

# Rose Gate

SI CAIGO EN LA  
TENTACIÓN,  
QUE PAREZCA  
UN ACCIDENTE



# Índice

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Agradecimientos

Referencias a las canciones

Biografía

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Cuando eres de un pueblecito de Lugo y el futuro que te espera es ser mamporrera en la granja de tu tía, has de tomar una decisión: o te marchas en busca de tu destino o el destino acaba contigo.

Yo me decanté por la primera opción. Me largué a la gran ciudad y me independicé agarrándome con fuerza a mi nueva realidad.

No tenía estudios, pero sí dos manos y unas veinte horas diarias para tratar de sobrevivir. Así fue como terminé con tres empleos.

Todo habría ido medianamente bien si no fuera porque cada madrugada el pichabrava de mi vecino se encargaba de desatar la tercera guerra sexual.

Me juré que iba a erradicar su lujuriosa existencia por una cuestión de supervivencia, pero eso fue antes de ver la tentación que vivía arriba.

# SI CAIGO EN LA TENTACIÓN, QUE PAREZCA UN ACCIDENTE

Rose Gate

Esencia/Planeta

# Capítulo 1

Bip, bip, bip.

Bip, bip, bip.

Bip, bip, PUM.

Vuelvo la cabeza palpando con la lengua, un hilillo de saliva se ha secado en la comisura de mi boca; menos mal que por lo menos esta vez es mía y no del gato.

Miro a mi lado y ahí está *Lucifer*. No tiene ese nombre porque sí, ese gato es el mismísimo Satán envuelto en angora, una adorable bola de pelo llena de problemas y traumas gatunos.

Lo recogí un día en plena tormenta, cuando regresaba del trabajo. Estaba bajo un coche, tan tembloroso como yo, pues a ambos nos había pillado el aguacero y ninguno de los dos teníamos vehículo, o por lo menos uno que fuera de nuestra propiedad. Me costó Dios y ayuda subirlo a mi piso, situado en una finca antigua del barrio de Gràcia, en Barcelona. Pero cinco arañazos después logré que *Lucifer* entrara en casa, lo sequé con una toalla y un secador, devolviéndole todo su esplendor, y le di de comer.

Después de ese primer encuentro, y tras darse cuenta de que en mi casa viviría a cuerpo de rey, *Lucifer* decidió quedarse y yo lo acogí encantada; por lo menos me haría compañía.

Vivía sola desde hacía un año, era una nini, pero no una de las que ni estudian ni trabajan, sino más bien de las que no son ni esto ni aquello. «Aprendiz de mucho, maestra de nada», decía mi madre. Mal que me pesara, tenía razón.

Era nativa de Villapene, una aldea del municipio de Cospeito, Lugo, que contaba con sus loables ciento sesenta y un vecinos, que, para tranquilidad de todos, eran nacidos en Villapene, como yo.

En fin, que en mi aldea no tenía futuro, o por lo menos no uno que yo deseara, y como no sabía qué quería hacer con mi vida, pues era muy indecisa, me vi terminando el instituto y rogando a mis tíos de Barcelona mudarme allí con ellos. Por lo menos, seguro que tendría más futuro y opciones donde elegir.

Mi madre no me puso muchas trabas, al fin y al cabo me marchaba a vivir con su hermana pequeña. Aceptó esperando que se me pasara la edad del pavo y regresara a Villapene con el rabo entre las piernas (obviamente el mío, y no el de un hombre).

Si a algo le tenía pavor mi madre era a que no llegara virgen al matrimonio y que cualquier desalmado me hiciera un bombo. «Los bombos, para las procesiones —decía siempre—. A ti que nadie te hurgue ahí abajo, que después de eso son nueve meses de embarazo.» Su sabiduría popular era muy extensa.

Así que me fui a Barcelona un tanto acongojada y asustada por si los hombres en la gran ciudad iban con su elemento fuera de los pantalones, esperando la mínima oportunidad para dejarme embarazada, y que ése fuera el billete directo a mi regreso a la aldea.

Cuando sales de un lugar tan pequeño y caes en la gran urbe, los impulsos que recibe tu cerebro son tan bestiales que la dejan a una media loca. Y así me quedé yo, en un lugar parecido al limbo que no me dejaba ir ni hacia delante ni hacia atrás. Nunca había sido mucho más guapa ni más lista que las demás; era de lo más normal, así que me quedé pajareando, despistada como pollo sin cabeza, correteando de un lugar a otro desde los dieciocho hasta los veintitrés que tenía ahora.



No encontraba mi espacio en el mundo ni qué hacer en él. Eso sí, no me quedé quieta ni por un instante, lo probé prácticamente todo.

Como no tenía experiencia, ni oficio ni beneficio, el abanico de trabajos fue poco más que embriagador.

Mi primer empleo: modelo de pies.

Un día, en el metro y en pleno verano, me encontré con un tipo que no dejaba de mirarme las sandalias. Estábamos sentados uno enfrente del otro con el vagón medio vacío; en un principio pensé que tal vez tuviera una plasta de perro pegada a la suela, así que giré el pie disimuladamente esperando encontrar una desagradable sorpresa, pero no fue así. Ciertamente era que no estaba reluciente, se podían apreciar restos de humanidad en ella, pero nada fuera de lo habitual.

Después me planteé que había andado mucho, quizá me habían sudado en exceso y al señor le llegara el olor. Gracias a mi elasticidad, que bien podría haberme llevado a ser contorsionista del Circo del Sol, me doblé en dos disimuladamente, intentando hacer ver que algo se me había caído al suelo. Cuando tuve mi objetivo cerca aspiré profundamente sin notar nada extraño. Aproveché para echar un vistazo a mis uñas, no fuera a ser que fueran tamaño mejillón en época de mariscar, o que me hubiera salido un juanete descomunal. Nada, mis pies eran los de siempre, finos, alargados, con aquellos cinco dedos simétricos que parecían estar ordenados de mayor a menor con total exactitud. Entonces ¿qué le pasaba a aquel tipo? ¿Por qué seguía con la vista fija en ellos? Para mi consternación, el hombre se levantó sin desviar la mirada, por poco le doy una patada en sus partes y grito en el vagón que era un perverso, tal como me había aleccionado mi prima Jud. Por suerte, lo primero que hizo fue tenderme su tarjeta y presentarse,

excusándose por no haber podido apartar la vista del hallazgo del año, según él.

Al principio no lo creí, pensé que se trataba de un tarado y que si me presentaba en esa dirección me secuestrarían para llevarme a algún prostíbulo de carretera como salía en las noticias, pero nada más lejos de la realidad, nunca había tenido buen ojo para juzgar a la gente. Otra de mis inconmensurables virtudes, siempre creía en la bondad de la humanidad, hasta que me encontraba con un maldito puñal clavado en la espalda.

En fin, en cuanto llegué a casa se lo conté a mi prima Jud, que, ni corta ni perezosa, lo buscó por internet. Resultó que toda la información que aparecía en aquella minúscula tarjeta era cierta. Matías Pie Grande resultó ser el nombre auténtico del agente, aunque pareciera una tomadura de pelo, y yo, de la noche a la mañana, me vi convertida en su modelo principal. Devor-Olor, Peusek o Dr. Scholl se morían por que apareciera en sus campañas, eso sí, de tobillos para abajo.

Pero todo tiene su parte negativa y me cansé de la ardua vida de las modelos de pinreles, pues sus caras atenciones copaban mi vida y mis ahorros. Podólogo, esteticista, masajista, cremas... Nada era suficiente para tenerlos perfectos y sin grietas; todo lo que ganaba en una campaña me lo pulía para su cuidado, y no tuvieras un repelón o un ojo de gallo, porque te echaban de inmediato.

Así que, como no estaba dispuesta a tanta presión para tan poco beneficio, me pasé al mundo de las axilas.

«Se busca testador de axilas —decía el anuncio del periódico—. No es necesaria experiencia previa, imprescindible buen olfato. TRABAJO BIEN REMUNERADO.»

«Ése es el mío», pensé yo.

Pues bien, tras la entrevista, que consistió en demostrar que con los ojos vendados era capaz de discernir entre el aroma de un huevo podrido, un limón, calcetines usados y una rosa, el entrevistador dijo que tenía un talento innato para descifrar los intrínquilis de los aromas; supongo que también ayudó que fuera la única en la salita de espera dispuesta a hacer la entrevista. El señor Bocanegra me dio un fuerte apretón de manos para asegurarse de que cerrábamos el trato y formaba parte de su nueva plantilla.

—Bienvenida al apasionante mundo de las axilas, señorita.

Hasta ahí era a donde me había llevado mi fino olfato, a olisquear axilas ajenas para ver si el desodorante era tan bueno como ese tal Rexona que en su campaña dice que no te abandona.

A los modelos de axilas se les pedía cierto grado de «emisión aromática», es decir, que había desde los que les olían a rosas hasta los que parecía que una mofeta les hubiera sacudido un buen zambombazo.

Según el apasionante mundo de los olores, el ser humano es capaz de discernir entre ciento cuarenta y cuatro aromas distintos, aunque las categorías quedaban resumidas en diez: fragante o floral, leñoso o resinoso, frutal (no cítrico), químico, mentolado o refrescante, dulce, quemado o ahumado (como las palomitas de maíz), cítrico, podrido, acre o rancio.

Las últimas dos categorías eran las peores, y si teníamos en cuenta que a los modelos los hacían correr en una cinta hasta sudar como pollos, una vez en el punto exacto, sin vestigios de desodorante o jabón en su cuerpo, para que la menda lerenda pasara alerón por alerón inspirando con fuerza, os podéis imaginar.

En resumen: el apasionante mundo de las axilas tampoco era lo mío. Harta de husmear en sobaco ajeno, cambié de trabajo, no sin

antes decirle al señor Bocanegra que el producto era un fraude: aquel desodorante era más malo que la madrastra de Blancanieves.

Y así pasé por un sinfín de trabajos más: degustadora de comida para mascotas, recolectora de gusanos para una empresa de cebos de pesca; mascota de fiestas infantiles, vendedora de productos cosméticos a domicilio, rescatadora de pelotas de golf y sexadora de pollos. En fin, que la lista de empleos no tuvo desperdicio, hasta que me quedé con tres, los más llevables hasta el momento, con los que más dinero había logrado ganar y que me permitieron independizarme cinco años después de mi llegada a la gran ciudad. No era plan que mi prima se hubiera marchado de casa y yo siguiera viviendo con mis tíos.

En la actualidad era telefonista en una línea erótica por las noches, vendedora de seguros de decesos de día y monitora de yoga por las tardes; en fin, que apenas me quedaban horas para vivir.

El único empleo para el que tuve que estudiar fue para dar clases de yoga, hice un curso para poder impartir aquella disciplina que tanto me gustaba. Empecé a ir con mi prima como alumna a un centro cercano al piso, porque mi tía decía que éramos dos polvorillas y necesitábamos aprender a relajarnos. Acabé sacándome el título, pues la profesora decía que tenía muchas aptitudes. Mientras yo practicaba las asanas y mi prima aprovechaba para liarse con ella, nos pasamos una época en la que apenas salíamos de allí con la excusa de estar aprendiendo el saludo al sol.

Jud, que así se llama mi prima, decía que mi problema era que parecía que tuviese una guindilla metida en el culo. Tal vez fuera verdad y por eso era incapaz de llevar nada a término, aunque yo

seguía pensando que todavía no había encontrado aquello que me apasionara de verdad y que ése era mi mayor problema.

En fin, era lunes y acababa de darle uno de mis míticos manotazos al despertador para lanzarlo contra el suelo y causando un homicidio involuntario; era el cuarto que moría en mis manos ese mes, tras comprarlo en el bazar del chino de debajo del piso, y no podía permitirme otro más. A ese ritmo mi sueldo se iría en despertadores.

Me desperecé en la cama, apenas había dormido cuatro horas, que era mi tope para poder pagar los ochocientos euros de renta del piso. Vivir en Barcelona era una ruina, los alquileres estaban por las nubes y o te matabas a trabajar y te conformabas con compartir piso, o debías seguir viviendo con la familia. Jud vivía con su pareja, una guapísima tatuadora, así que yo no iba a gorronear más a mis pobres tíos. O dormía poco y curraba mucho o me volvía a la aldea.

Tenía claro que no podía seguir abusando de su hospitalidad, y como Villapene no era una opción, curraba de sol a sol en busca de mi destino, que mira que le gustaba esconderse al hijo de su madre.

Con los ojos llenos de legañas, me calcé mis zapatillas de conejita y fui directa a la ducha.

Vivía en un piso de apenas cuarenta metros cuadrados, compuesto por una habitación con vistas al patio de luces, cocina americana integrada en el salón y un baño que funcionaba día no, día tampoco. Estaba harta de quejarme al casero por el tema de la ducha, o tenía poca presión, o mucha, o me escaldaba como un pollo o me congelaba como un polo; «ducha sensaciones», la llamaba yo, porque nunca sabías con qué sensación te ibas a largar al trabajo ese día.

Me metí en el minúsculo cubículo cerrado por una cortina del bazar Le Lin y abrí el grifo del agua. «Mmmmmm, hoy está en su

punto», una cosa que me salía bien. Comencé a enjabonarme el pelo tarareando *La cintura* de Álvaro Soler. Era una manía, siempre cantaba y bailaba dentro de la ducha, lo cierto era que no se me daba mal del todo, cadera hacia aquí, onda hacia allí, golpe de cabeza. Estaba en pleno apogeo, como si fuera Shakira en concierto, cuando lo oí y resoplé al instante.

Mi vecino de arriba, alias *el Superfollador*, ya le estaba tatuando las baldosas de la ducha a alguna descerebrada. Estaba claro que algo muy grande debía de tener entre las piernas, porque los gritos de aquella loca del madroño, por no decir otra cosa, me taladraban como un martillo percutor.

¡Santa Virgen del Orgasmo Encontrado! ¡Si me vibraban hasta las paredes del útero!, y no del gusto precisamente. El HDP del vecino hizo lo peor que podía hacer, abrió el agua de la ducha mientras yo estaba llena de jabón, y, cuando hacía eso, la mía comenzaba con el baile de San Vito: ahora te escaldo, ahora te convierto en cubito. De cero a cien grados en menos de un segundo, obviamente la mía era el Ferrari de las duchas, pero no para bien. Comencé a dar saltos intentando no escaldarme o congelarme el culo. Intentaba quitarme el jabón, a la par que maldecía al imbécil del vecino por no saber guardar a su amiguita en los pantalones, o más bien por sacarla, cuando yo me estaba duchando.

En uno de los saltos, con el que intentaba esquivar un chorro destinado a arrancarme la piel a tiras, me enredé con la cortina del baño, con tan mala suerte que la arranqué y caí de bruces al suelo. Genial, así empezaba el lunes, no queráis saber cómo iría el martes.

Un grotesco gemido inundó mi baño anunciando que la función del vecino había terminado, seguramente su semana sería mucho mejor que la mía. Me levanté del suelo y puse el agua en modo frío, no les diera por repetir como con las natillas y volviera a quemarme

el trasero. Por lo menos de ese modo conservaría la tonicidad de mis pechos, que, aunque no fueran muy grandes, estaban bien puestos.

Una vez limpita y aseada, fui hasta el armario para ponerme un vestido sencillo color azul marino con florecitas minúsculas, unas sandalias de tiras y unas braguitas de algodón.

No era una mujer exuberante, así que en pleno verano me podía permitir ir sin sujetador. Las tenía pequeñas pero matonas, de esas que si pones un boli debajo se cae, indicando que las tienes más tiesas que las piernas de un Playmobil.

Me hice una cola alta, no me gustaba notar el pelo pegado a la nuca, así que casi nunca me lo soltaba: optaba por una coleta, un moño o una trenza, mucho más cómodo y práctico.

Me miré en el espejo de cabeza a pies. «Eres lo que eres, Luz», me dije contemplándome en él.

Estatura media, pelo castaño oscuro, ojos marrones, nariz pequeña, boca ancha, poco pecho, cintura estrecha y caderas generosas para lo poca cosa que era. Cuerpo de pera, decía mi madre, Dios puso la manzana en el paraíso para tentar y obviamente la pera para mordisquear, aunque todavía no había encontrado a quien quisiera hincarme el diente. Era una chica del montón, me gustaba pasar desapercibida y camuflarme entre la gente. Era más de observar que de ser observada, no era ni de arreglarme mucho ni de maquillarme en exceso, así que era una más.

Jud decía que tenía unos rasgos muy bonitos, pero ella no contaba, era mi prima, la familia no cuenta para esas cosas, puedes ser el bebé más horroroso de la faz de la Tierra que siempre dicen lo bonito que eres; está claro que miran a través de los ojos del amor y no de los que tienen en la cara.

Una de las cosas que más me gustaba hacer era sentarme en un banco, contemplar el trasiego de gente y pensar en cómo serían sus vidas. Tenía una mente disparatadamente activa, imaginaba todo tipo de historias o situaciones, les ponía diálogos imaginarios a las parejas que paseaban por delante de mí, incluso en más de una ocasión lo hacía con mi prima. Nos sentábamos en una terraza de la Rambla armadas con un granizado de limón y nos tirábamos horas poniendo conversaciones absurdas a la gente, pasando el rato para reírnos sin más.

Adoraba a mi prima, trabajaba en una editorial donde le iba genial y además tenía un próspero negocio de bragas con mensajes. Siempre me regalaba algunas haciendo crecer mi colección particular. Ese día, precisamente, me había puesto unas de ellas que decían: «Pon tú el churro, que yo llevo la taza».

Últimamente me bombardeaba con bragas de ese tipo, supongo que era algún tipo de mensaje subliminal con respecto a mi estado; ella decía que ya era hora de que alguien me rasgara el precinto de garantía, pero yo seguía con él puesto.

Le puse la comida a *Lucifer*, una bola de angora de color gris humo con intensos ojos amarillos. Como siempre, se deslizó entre mis piernas para darme las gracias mientras yo apuraba el café y daba el último mordisco a la tostada. Le di un beso en su cabeza peluda, un par de mimos que le hicieron levantar el lomo y ronronear. Después tomé el bolso, las llaves del piso y la carpeta del trabajo para salir con paso firme a enfrentarme con el lunes.

Me dirigí en bici hasta llegar al parking donde debía recoger el coche de empresa, dispuesta a comenzar la ruta que tenía planificada. Me había propuesto cerrar por lo menos cinco pólizas ese día, o tendría complicado el mes.



Tras una mañana que ya se vaticinaba desastrosa, sólo logré venderle un seguro a Pedro, el churrero, y porque trabajé en su churrería durante un tiempo y estaba obsesionado con que le comiera el churro... Obviamente, no lo consiguió, pero dicen que la esperanza es lo único que se pierde, así que activé mis armas de mujer y logré que se pasara de Santa Lucía a Seguros Nuevo Amanecer. Menos daba una piedra. Aproveché para irme justo cuando llegaba una clienta, lo que me salvó por la campana de una cita asegurada. Puse pies en polvorosa y me largué con la póliza firmada bajo el brazo, prometiendo pasar en otro momento. Había quedado con mi prima para ir a comer a un wok cerca de su piso. Ella iba muy bien de pasta, pero yo, que era más pobre que las ratas, tenía que mirar mucho dónde comía para no pasarme del presupuesto mensual designado para esos menesteres.

Jud estaba sentada a una mesa, vestida completamente de negro, con una camiseta de Metallica estampada en lentejuelas, unos pitillos negros y unos tacones morados. Si a eso le uníamos su cabellera pelirroja y el aro de la nariz, desde luego que no pasaba desapercibida.

—Hola, Luz —me saludó estampándome un pico en los morros. Al chino de la entrada casi se le dan la vuelta los ojos cuando vio al pibonazo de mi prima besarme en la boca.

—Deberías dejar de saludarme de ese modo, la gente nos mira.  
Ella bufó.

—Pufff, pues que les den, como si a mí me importara eso, que soy bollera, Luz, es lo mínimo que me puede ocurrir. —Me encantaba que mi prima tuviera tan asumida su sexualidad y que no le importara lo que los demás pudieran pensar al respecto. Ella prosiguió con su diatriba—: Cuando a las bolleras nos dan el carnet, éste lleva intrínseco varias cosas: llevamos el pelo corto, nos gustan

todas las mujeres, por feas que sean; si te arrimas a nosotras se te puede pegar como si fuera la gripe, odiamos a los hombres, obviamente somos camioneras, si practicamos deporte es fútbol y lo único que comemos son tortillas, almejas y bollos.

Me eché a reír, sobre todo porque nada de eso iba con ella. ¡Si incluso era alérgica a los huevos!

—No tienes remedio.

—Ni tú tampoco. ¿Qué es ese golpe tan feo que llevas en la mejilla?

—El Superfollador ha vuelto al ataque. —Así era como llamábamos a mi vecino, pues rara era la noche que no se la pasara chingando, haciendo crujir el somier y poniendo a alguna descerebrada mirando *pa'* Cuenca y cantando *La gozadera*, porque no veas cómo gemían las jodidas. Si la Filarmónica de Nueva York hubiera visto cómo movía la batuta, seguro que lo habría fichado para dirigirla. Una vez llegué a pensar que se estaba tirando a la mujer del hombre lobo, menuda manera de aullarle a la luna llena o a lo que tuviera el vecino entre las piernas.

—¿Esta noche? ¿Ha vuelto a no dejarte dormir y te has caído de la cama golpeándote con la mesilla?

Nos levantamos para llenar los platos en el bufet.

—No, esta vez ha sido peor. Por la mañana, me ha jodido la ducha y la que ha abrazado el suelo ha sido mi mejilla; ya sabes que si se ducha él no me ducho yo.

Jud asintió, una noche se quedó en mi piso y rabió cuando el vecino abrió el grifo del agua mientras ella estaba bajo el chorro. Mi prima soltó sapos y culebras cuando la ducha le escarchó el culo, decía que nunca se le había puesto tan duro de golpe; por suerte ya se había aclarado el jabón del pelo, no como yo.

—Ya te dije que debías buscar otro piso o quejarte al casero, es deplorable ese cuchitril en el que vives y lo que pagas por él.

Tras servirme una ensalada de algas, unos rollitos de primavera y unos langostinos cocidos, me senté en la mesa.

—Y tú ya sabes cómo está el tema de la vivienda en Barcelona. Entre los pisos turísticos y los que hacen negocio con el alquiler, mi piso es de lo mejorcito; además, puedo pagarlo y está en una zona que me gusta mucho.

El barrio de Gràcia era uno con mucha tradición y mucha alma, me encantaban sus calles estrechas llenas de edificios modernistas. Digamos que era la zona bohemia de la ciudad.

—Tú sabrás, pero el ritmo que llevas no es sano, en algún momento tendrás que decidir qué hacer con tu vida e ir a por ello.

Odiaba ese tipo de charlas y Jud lo sabía. Todo el mundo me decía lo mismo, sobre todo mi madre, parece que todavía la oigo con su «¡Lucero del Alba!»; ése era mi nombre completo, muy poético, lo sé. Mi madre lo decía al completo cuando quería regañarme, hacerme reflexionar o se enfadaba conmigo. Pues bien, tras decirlo solía añadir algo así: «Algo tendrás que hacer. Puede que ser mamporrera en la granja de la tía Elvira no sea el mejor empleo del mundo, pero tendrías un trabajo estable y podrías quedarte en Villapene con nosotros». Mamporrera, es decir, «pajillera de cerdos», menudo futuro más esperanzador... Que no digo que hacer procrear a las rosadas criaturas no sea un trabajo digno, pero desde luego no el mío. Todavía recuerdo el verano de los dieciséis, en el que mi madre me obligó a trabajar en la granja de su hermana mayor. Hacer trabajos manuales con cerdos supuso un antes y un después en mi vida. Obviamente era algo a lo que no me quería dedicar, pero en la aldea no había mucho donde elegir y, como decía mi madre, parada no podía quedarme. Por lo menos,

con aquel empleo pude ahorrar para ir a los festejos del pueblo vecino, A Feira do Monte, que obviamente era más grande que Villapene, y algo más turístico, sobre todo cuando eran fiestas.

Ese día tocaba baile con orquesta y salí con mis dos únicas amigas que también vivían allí. Nos arreglamos, nos pusimos guapas, soñando con que algún príncipe del país vecino se interesara por nosotras y nos llevara bien lejos de allí.

Aquella noche conocimos a tres chicos muy guapos que vinieron a saludarnos, nos invitaron a tomar algo, y aceptamos encantadas. Lo único que recuerdo de ellos es que eran morenos de ojos oscuros, aunque el mío era el más guapo con diferencia; además, parecía desenfadado y divertido, cualidades imprescindibles para estar conmigo. Charlamos para conocernos algo más, aunque la vergüenza me impedía mirar más allá de mis zapatos, así que apenas le eché dos o tres vistazos. Por su acento no era de aquí, había venido de vacaciones con sus amigos, estudiaban los tres juntos y habían decidido hacer una ruta por Galicia. Era mayor que yo y eso me fascinaba, que un chico mayor y de fuera se hubiera fijado en mí era todo un halago. Me preguntó a qué me dedicaba, y yo, con la naturalidad que me caracterizaba, le respondí que era mamporrera. Si lo hubiera pensado por un instante debería haberme mordido la lengua, o por lo menos decirle que era estudiante, pocas chicas de dieciséis años trabajaban.

El chico soltó una carcajada. Primero pareció sorprendido, pero después cambió la expresión a una más seductora, mientras yo enrojecía a marchas forzadas. Se acercó a mí y me susurró:

—Pues entonces, preciosa, no perdamos el tiempo y saltémonos los preliminares. Si me bajas los pantalones encontrarás el mamporro de tu vida...

¡Sería merluzo el tío! Todo lo que tenía de guapo lo tenía de idiota. La vergüenza se me fue de golpe ante tal comentario.

—¿Mamporro? Eso es lo que yo te voy a dar en la cabeza como no te largues de inmediato. Si hubiera querido estar con un cerdo, me habría quedado en la granja.

Me di media vuelta y me largué sin mis amigas. Las muy traidoras prefirieron quedarse con los amigos del cerdo antes que acompañarme. Pero, lejos de desistir, Bragueta Fácil me siguió.

—Vamos, preciosa, no te enfades, era una broma.

—Claro, una que ha sacado tu cerdo interior. ¿C. J. has dicho que te llamabas? —Él asintió divertido, a mí se me llevaban los demonios—. Pues muy bien, C. J., busca a otra que le interesen tus tendencias cerdiles y a mí déjame en paz.

—Cómo os las gastáis las de Villapene, aunque con ese nombrecito no me extraña... ¿Todas os dedicáis a lo mismo? —Hizo un gesto obsceno con la mano.

Resoplé, estaba claro que Dios lo hizo guapo y profundamente imbécil.

—Mira, C. J., tengamos la fiesta en paz. No me haces ni puñetera gracia, y, perdóname, pero es que sacas lo peor que hay en mí. Si intentas hacerte el gracioso, te garantizo que vas por mal camino. Déjame en paz, sigue tu camino, que yo haré lo mismo. Los tíos como tú me dan alergia y ya me está empezando a salir un sarpullido... —Y, para enfatizar mis palabras, comencé a rascarme mientras me alejaba.

Esperaba no cruzármelo nunca más. Él fue uno de los motivos que me impulsaron a preservar la virginidad, no pensaba entregársela a cualquier necio que apareciera en mi vida, por bueno que estuviera.

Me gustaban los chicos, pero en mi pueblo no había demasiados y los del instituto me parecían superficiales, además de inmaduros. Había puesto la esperanza en ese espécimen del sexo masculino que parecía más maduro, pero debía de estar defectuoso. Tal vez me iría mejor si me interesaran las mujeres como a mi prima Jud.

Tras esa noche y dos veranos en la granja de mi tía Elvira, tomé la decisión de que cuando acabara el siguiente curso les pediría a mis tíos si podía mudarme a Barcelona con ellos; tal vez allí aclararía mis ideas y encontraría qué hacer con mi vida. Nunca más volví a ver a C. J.; de hecho, no creo que fuera capaz de recordarlo si me lo encontraba: mi cerebro tendía a olvidar las cosas indeseables, y desde luego que él fue una de ellas.

—¿Luz? ¿Luz? ¿Sigues ahí? —Mi prima chasqueaba los dedos ante mis ojos—. Tierra llamando a Luz, hemos sufrido un apagón.

Sacudí la cabeza, me pasaba más de lo que deseaba, mi mente empezaba a divagar y desconectaba de la realidad.

—Ya sabes cuánto odio que me digas lo mismo que mamá.

Ella resopló.

—Es que a veces, y sólo a veces, tiene razón. Llevas cinco años aquí, dando tumbos con trabajos que bien podrían aparecer en la lista de los más ridículos, en vez de dedicarte a lo que realmente te gusta.

—¿Y no crees que, si supiera qué es, ya lo estaría haciendo? —rezongué—. Si llego a saber que esta comida era para echarme la bronca, me habría planteado si acudir o no. —Se me había quitado el apetito.

—Vamos, no te lo tomes así, prima, sólo pretendía ayudar, ya sabes que el tacto no es una de mis virtudes. ¿Qué te parece si te cuento cómo me ha ido el día a mí y limamos asperezas? No me gusta que estemos enfadadas.

Asentí, mejor que me contara su día que yo le contara el mío. Juro que estaba escuchándola hasta que mi mente volvió a desconectar, y esta vez se cortocircuitó por completo.

Un par de tipos entraron en el restaurante y me perdí del todo cuando mis ojos conectaron con los de uno de ellos.

## Capítulo 2

OMG! ¡No eran una leyenda como Drácula o Bigfoot! ¡Los tíos así existían más allá de Instagram! Os juro que creía que sólo eran producto de las redes sociales, como el guardia civil buenorro, pero no. Ver a uno de esos *Homo follabilis* en directo me había dejado fuera de combate, noqueada en el primer asalto. Aquel tío era espectacular, y para más inri llevaba uniforme, y no precisamente de desratizador, aunque estuviera como un queso, o de desatascador, aunque lo único que me apeteciera fuera pedirle que se internara en mi tubería.

Jud volvió a chasquear los dedos con insistencia, logrando que enfocara la mirada.

—¿Otra vez? Desde luego que estás en la inopia. No sé ni por qué me molesto en contarte nada. ¿Va a ser toda la comida así? ¿Voy a hablar sola como la loca de los gatos? —Mi prima estaba claramente molesta.

—Joder, Jud, ¡es que acaba de aparecer! —exclamé.

—¿Quién? —preguntó mirando a su alrededor descaradamente.

—Podrías disimular mejor, jodida, no muevas tanto el cuello o se te va a caer la cabeza rodando y la vamos a liar. —Ella estaba con ese particular baile de cuello que me recordaba a una egipcia. Sería mejor que le indicara—. Mira con disimulo hacia atrás, a las tres menos cuarto.

—¿A las tres menos cuarto? ¿Te crees que soy un puto reloj? ¿Qué es eso de mirar a las tres menos cuarto? Deberías ver menos



«CSI» y más «Barrio Sésamo». ¿Qué ha pasado con eso de izquierda o derecha? ¿Ha sido descatalogado?

—No hables tan fuerte, que nos va a oír —murmuré cuando los ojazos del moreno se posaron en mí de nuevo.

Casi me fundo y me desintegro frente a esa mirada de rompebragas, y encima llevaba esposas. Estuve a punto de levantarme, tumbarme en su mesa y pedirle que me esposara para hacerme con la porra lo que quisiera. «Ponme las esposas y hazme sentir mariposas», gritaba mi mente calenturienta al toparse con semejante ejemplar. Virgencita del Orgasmo Encontrado, era él, el Empotrador de mis sueños, por fin lo había encontrado.

—Vale, pero ¿quién es?

—El Empotrador —sentencié. Así era como llamábamos mi prima y yo al hombre que todavía no había conocido y que acababa de aparecer.

—¿Estás segura de que es él? ¿Has recibido las señales?

—Altas y claras, pezones erectos, pupilas dilatadas y un chup-chup en mi parte inferior que ni los de Avecrem. ¿Se puede romper aguas sin estar embarazada y siendo virgen?

—Después de lo de la Virgen María, todo es posible —respondió mi prima—. Está bien, voy a darme la vuelta disimuladamente, ¿vale? —Asentí, Jud dio un golpe de melena a lo anuncio de champú para fijar la vista sobre el objetivo. El *Homo follabilis* charlaba animadamente con su compañero sin percatarse de que su depredadora, o sea, yo, andaba al acecho. Evidentemente los documentales de Félix Rodríguez de la Fuente habían marcado mi niñez—. Mmmm, tengo que reconocer que tiene su qué: es guapo, está bueno, tiene ese punto canalla que tanto os gusta a las heterosexuales y encima es poli. Trabajo fijo y asegurado, ciertamente podría ser él.

Bufé.

—Recuerda que no busco un marido, sólo un *rompetechos*.

—Cierto, supongo que ese buenorro podrá desvirgarte de una puñetera vez. Podría gritar: «¡Eh, que alguien detenga a esta virgen!», a ver si así se fija en ti.

—¿Estás loca? —La miré con horror, y ella resopló.

—Es que continúo sin entender por qué no seguiste mi consejo. Si te hubieras pillado una buena tajada y salido de fiesta, fijo que habrías terminado en la cama de alguna alma caritativa y sin esa molestia entre las piernas. Rápido, efectivo e indoloro.

—Tú siempre tan práctica.

Ella se encogió de hombros.

—Así la perdí yo.

—Tal vez por eso te hiciste lesbiana.

—Siempre he sido lesbiana, pero no quería ser virgen. —Se encogió de hombros como si eso fuera lo más razonable del mundo.

—Ya sabes que la primera vez te marca, y yo quiero que la mía sea más memorable que la tuya. Estoy segura de que Míster Empotrador 2018 lo logrará, aunque ahora viene la parte difícil.

—¿Que es...? —Sus dedos tamborileaban en la barbilla.

—Que sepa que existo, que se fije en mí, un tío como ése seguro que sale con mujeres que se parecen a Barbie y no a las Barriguitas.

—¡Tú no te pareces a las Barriguitas! ¡Si eres plana como una tabla de surf!

La miré con disgusto.

—Tal vez no tenga barriga, pero soy su versión homónima, voy con exceso de curva donde no debería. Si existieran, sería de las Caderitas, en mi caso soy todo cadera. Además, no tengo nada destacable: pelo marrón, ojos marrones, bajita y boca de pato.

Jud resolló indignada.

—Que sea la última vez que te describes así delante de mí. No te quepa duda alguna de que eres preciosa, tienes un pelo castaño chocolate muy lustroso, unos ojos color café con preciosas motas doradas y espesas pestañas que los vuelven hipnóticos. Tu boca no es de pato, sino de amplia sonrisa, como la de Julia Roberts. No eres bajita, eres manejable, eso les encanta a los tíos, y, vale, tienes caderas, pero ¿cuándo a un tío eso le ha supuesto un problema? Siempre les ha gustado agarrarse a algún lado para sembrar la cosecha. Los complejos están en tu cabeza, no en tu cuerpo; eres hermosa, Luz, sólo debes creerlo. —Siempre intentaba levantarme la moral—. ¿Por qué no vas hacia allí y te presentas?

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a hacer eso? —Mi prima se había trastornado, parecía que el golpe se lo hubiera dado ella.

—Pues haciéndolo. Levántate o lo haré yo.

—Ni de broma, no hagas nada, yo tampoco pienso moverme.

Ella enarcó entonces una ceja y, muy decidida, se levantó para ir directa a la mesa de mi Empotrador. Y yo hice lo único que se me ocurrió en aquel momento: esconderme bajo el mantel. Pasaron varios minutos hasta que mi prima regresó y se sentó, lo supe al ver sus zapatos. En cuanto acomodó la silla le pellizqué en la pierna y, como acto reflejo, me lanzó un puntapié en toda la frente que hizo que cayera de culo. ¡Joder!, a ese ritmo necesitaría un trasplante de rostro. Jud levantó el mantel para mirarme a los ojos.

—¿Es que te has vuelto loca? ¿Por qué me pellizcas? ¿Y qué narices haces bajo la mesa? Pensaba que te habías largado por patas como las ratas al ver estallar la tercera guerra mundial.

Mi prima tenía unas salidas... ¿Cómo se le ocurría hablarme? ¿Acaso no se daba cuenta de que me estaba escondiendo y que el poli se percataría?

—Haz el favor de sacar la cabeza de debajo de la mesa como si fueras un avestruz, seguro que estás llamando la atención. Sólo hazme una señal cuando pueda salir sin que el Empotrador me vea.

Mi prima se incorporó y cinco segundos después agitó el pie como si quisiera sacudirme de nuevo. Lo interpreté como la señal que estaba esperando. Salí de mi escondite reptando cual bailarina de limbo, para recuperar mi silla. Cuando apoyé el culo en el asiento, mirando tímidamente hacia su mesa, ¡zas!, vi que me estaba mirando con esa risa de mojabragas de quien te acaba de pillar cometiendo una diablura.

—¡Mierda! —mascullé llevándome la servilleta a la boca, mi prima me miraba sonriente—. Traidora —sentencié mientras ella se encogía.

—Hay veces en las que se necesita un empujoncito.

—En tu caso, casi me tiras a la vía del tren y me arrolla por completo.

Soltó una carcajada.

—Pues debo decir que si te tiro a la vía del tren es para que tú te tires al maquinista: el agente Jiménez está muy bien, además es simpático y resolutivo. Debo reconocer que, aunque a mí no me guste su medio de transporte, para ti es de lo mejorcito.

Abrí unos ojos como platos.

—¿Cómo sabes su apellido?

Jud levantó la vista al techo.

—Pues porque así lo ha llamado su compañero. No te preocupes, simplemente les he preguntado por una dirección. Tiene una de esas voces roncas que tanto os gustan a las heteros y esa mirada de «sí, nena, sé que soy guapo y que van estallando bragas a mi paso».

No pude evitar soltar una carcajada, y el agente Jiménez volvió a cruzar sus pupilas con las mías. Desde luego que mis bragas acababan de estallar.

—¿Por qué no te acercas y le pides una cita? —Dio un bocado a un rollito de sushi, no habíamos comido apenas, los platos estaban casi intactos.

—¿Estás loca? El agente buenorro nunca saldría con una anodina como yo.

Mi prima soltó la servilleta con enfado sobre la mesa.

—Desde luego que con esa actitud, no: a nadie le ponen los caracoles.

—¿Caracoles?

—Sí, eso es lo que pareces escondiéndote todo el día en tu caparazón. A este ritmo, o te haces monja y te casas con Dios o te canonizan por ser la última virgen encontrada, de veintitrés años, en pleno siglo XXI. —Sabía que tenía parte de razón, pero es que me moría de la vergüenza—. Hagamos una cosa: voy a sacar mi parte de meiga con un conjuro que me enseñó mamá, saca una de tus tarjetas. —Sentí pavor ante lo que pudiera hacer Jud, pero lo hice, me podía la curiosidad—. Muy bien, ahora escribe en esa tarjeta algo que creas que podría llamar suficientemente la atención del agente Jiménez como para querer poseerte.

Pensé por unos instantes: ¿qué podría despertar lo bastante la curiosidad de un hombre como aquél? Tras varios minutos de deliberar, escribí algo en la parte de atrás de la tarjeta.

—Ya está, ¿y ahora?

¿La quemaría? ¿La enterraría?

—Ahora voy a ir fuera un momento y voy a quemar la tarjeta, porque si lo hago aquí dentro, fijo que se disparan los detectores de humo y la liamos parda. Piensa en lo que has escrito hasta que

regrese, es una especie de ritual. Después de esto, te garantizo que el agente Jiménez querrá conocerte. —El fuego siempre se usaba con los deseos.

—Está bien. —¿Qué podía perder?

Jud desapareció y el chino la miró con cara de pocos amigos; igual imaginaba que quería hacer un *simpa*,<sup>1</sup> aunque nada más lejos de la realidad.

Mientras estuve sola no pude evitar mirar al agente unas cuantas veces, y para mi sorpresa, él también parecía mirarme. ¿Habría despertado su interés? Una de las veces se pasó la lengua por los dientes y me sonrió. Me puse roja como un tomate, y los pocos bocados que había podido darle a la ensalada de algas se terminaron con aquel gesto.

Jud regresó.

—Ya está, listo, ahora sólo hace falta esperar.

—Genial —le dije sin muchas esperanzas. Le conté el cruce de miradas y la pasada de lengua de Jiménez—. ¿Será una señal de que tu hechizo funciona? —le pregunté divertida.

—Más bien es una señal de que tienes un trozo enorme de alga en las paletas —replicó divertida mi prima—. Seguro que el pobre sólo pretendía avisarte...

«No puede ser», me dije. Para mi horror, palpé los dientes con la lengua para corroborar que, efectivamente, había un alga del tamaño de mi meñique pegada, como decía mi prima, a las paletas. Oh, Dios, ¿se podía ser más patética y ridícula que yo? Y yo sonriéndole y mostrándole el alga... Ufff..., las cosas no podían salirme tan mal, ¿o sí? Estaba sumergiéndome en mi propia mala suerte cuando los policías se levantaron, al parecer habían terminado de comer. En cuanto pagaron no pude evitar echarles un último vistazo con añoranza, él se volvió y nuestras miradas

colisionaron de nuevo, haciendo que descarrilara por completo. Sonreír así debería estar prohibido por la sanidad pública, ciertamente no había cura cuando una de éstas te alcanzaba. Después salió tal como había entrado, desapareciendo de mi vista. Sabía que no volvería a verlo.

Mi prima se levantó como un cohete y tironeó de mí hasta la salida, le soltó treinta euros al chino de la caja y me empujó a la carrera como alma que lleva el diablo.

—¿Se puede saber qué te ocurre? ¡No hemos terminado! ¡Si casi no hemos comido!

—Calla y sube al coche.

El coche de mi empresa era de color amarillo y naranja, con un cartel enorme en el techo que rezaba:

SEGUROS NUEVO AMANECER  
*Hasta que la muerte nos separe*

No estaba segura de quién había creado el eslogan, pero fijo que fue el mismo que preguntaba a qué olían las nubes en el anuncio de las compresas.

En fin, Jud me obligó a conducir y detenerme unos metros más adelante. Estábamos al otro lado de la calle donde el agente Jiménez y su compañero tenían aparcado el coche patrulla.

—¡Para, para! —me gritó mientras accionaba el botón de las luces de emergencia.

—Estamos en doble fila, ¿es que te has vuelto loca?

—Tú sólo mira a tu Empotrador y espera.

—Si me quedo en doble fila justo al otro lado de la calle donde hay un coche patrulla, lo único que voy a conseguir es una buena multa, ¿eso es lo que debo esperar? —repliqué ofuscada.

—Dudo mucho que te ponga una multa, haz el favor de callar y observar.

Mi agente empotrador se dirigió al coche y, por unos instantes, se detuvo mirando el parabrisas. Parecía que algo había llamado su atención, seguro que le habían dejado algo de publicidad. Debo reconocer que, aunque no sea lícito, yo lo había hecho alguna vez con los folletos de la aseguradora, por la noche y delante de los restaurantes. La gente es mucho más sensible de noche, cuando ha tomado una copa y ven un folleto sobre la muerte. El agente cogió algo entre los dedos y, cuando le dio la vuelta, creí que me daba un ictus. Me volví hacia Jud.

—¡Hija de Satanás! ¡Eres una maldita hija de... de... mi tía!

Ella sonrió ampliamente.

—Deja de mirarme a mí y míralo a él o te perderás la cara que pone...

Lo que el agente Jiménez tenía entre los dedos era claramente mi tarjeta de visita; era de los mismos colores que mi coche y podía distinguirse a la legua. Estaba leyendo la nota que yo había escrito hacía un momento... Iba a morirme.

—«Eres el Empotrador de mis sueños. ¿Quieres descubrir si soy la mujer de los tuyos?» —relató Jud con una vocecilla que intentaba ser una burda copia de la mía.

Contra todo pronóstico, el agente sonrió y, lejos de tirar la tarjeta, se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. ¡Madre mía, madre mía, madre mía, si no me había dado ya el ictus es que no iba a darme en la vida!

El otro policía le hizo algún tipo de comentario, él sonrió más ampliamente y entonces sucedió. Sus ojos volaron de nuevo a los míos, traspasando el cristal de la ventanilla, impactando de frente. Me había visto tras el cristal, me había reconocido como la Dientes



de Alga y me miraba. Seguro que había atado cabos: mi coche, yo, la tarjeta... Sus ojos me abrasaron, creí que hacía el amago de cruzar y venir hacia mí, y me puse tan nerviosa que arranqué quemando rueda, saltándome el semáforo en rojo. Mi prima gritaba y reía a carcajada limpia, mientras a mí se me llevaban los demonios. Si me metían una multa por su culpa, fijo que me despedían.

—Cállate, pedazo de alcornoque, como me detengan por esto o me caiga una multa me van a echar, y todo va a ser por tu culpa. Sin trabajo no hay dinero y sin dinero no hay piso, estoy a punto de parar el coche y arrojarte a la cuneta.

Mi prima no me hacía ni caso y seguía riendo como una hiena desbocada.

—Deberías darme las gracias en vez de ponerte así. Tú no habrías tenido narices de dársela, ahora sabrás si realmente él es quien tú crees que es.

—El problema no es ése, Jud. Obviamente yo tengo claro quién es, pero estoy convencida de que yo para él no soy lo mismo... Joder, Jud, que sé que me quieres, pero ¿me has visto a mí y lo has visto a él? Es como comparar un garbanzo con un diamante.

—¿Y se supone que tú eres el garbanzo? —Arqueó las cejas.

—Exacto: soy nutritiva, tengo mis usos, pero no soy la joya que todo tío desea tener.

—Será por los gases —respondió ella divertida.

—¿Cómo dices? —No estaba para bromas.

—Pues que los garbanzos provocan flatulencias, aunque con un poco de comino la cosa se soluciona y pueden convertirse en un gran placer.

¿En serio estábamos hablando de gases y de mí?

—Pero ¿a qué narices te refieres? —Seguía conduciendo a lo loco sin saber adónde iba.

—Oh, vamos, todas sabemos que a los tíos les gustan las chicas que te cortan la respiración, y tú, con la cara lavada y tu pésimo gusto para la moda, como mucho, consigues que alguno te dé una propina para que no te corten la luz... ¡No te sacas partido! Pero eso no quiere decir que no puedas sacártelo.

Era cierto que vestir a la moda nunca me había importado, iba mucho a las tiendas de segunda mano y compraba cualquier cosa que pudiera permitirme pagar y llegar a final de mes.

—Ya sabes mi lema: mientras no te estornude el higo, sirve cualquier abrigo.

Jud rebufó.

—Creo que la frase de la abuela Eustaquia sólo sirve para una de mis bragas, pero más allá de eso, no. Si quieres un tío como ése, necesitas algo más que un vestido descolorido de hace cuatro o cinco temporadas y tu belleza natural. Podría acompañarte a la tienda de Il, es diseñadora y de las buenas. Es amiga de Ana, ¿recuerdas a mi amiga Ana?

—Sí, claro, la que dejó al zoquete de su marido por el gallego potentón.

—Exacto, pues Ilke podría echar un vistazo a tu armario y hacer algún cambio, realmente lo necesitas.

—Lo que necesito es dinero, y dudo que sea barato ir a la tienda de una diseñadora.

—Si es por dinero, yo puedo prestarte...

Hice un gesto negativo con la mano.

—No voy a pedirte dinero para trapos; si a alguien no le gusta mi ropa, que no mire. Además, dudo que al Empotrador le importe la

ropa... Al fin y al cabo, lo quiero para que me la quite, no para que me la ponga.

—Mmmm, pensándolo bien, es una buena estrategia: puedes presentarte a la cita con un vestido horripilante para que sólo tenga ganas de arrancártelo. —Las dos nos echamos a reír como locas.

En fin, no sabía por qué me había puesto tan nerviosa si no iba a volver a ver a aquel tipo. Seguro que se había guardado la tarjeta para cachondearse a mi costa en la comisaría, sólo esperaba que no me causara ningún problema laboral.

Acerqué a mi prima a la editorial, había venido en metro y a mí no me costaba nada. Después me largué a casa. Tenía clase de yoga en el centro de ayuda psicológica donde trabajaba.

Esas clases estaban muy bien pagadas. Allí sólo acudía gente con desequilibrios emocionales, podía tratarse de personas a las cuales un juez les imponía las clases como terapia para controlar la agresividad, también por problemas médicos, como trastornos de bipolaridad o depresión, o cualquier otra patología que necesitara equilibrar la mente. En fin, que el elenco de alumnos era de lo mejorcito. Por suerte, eran grupos reducidos de no más de cinco personas. Y tanto desequilibrado junto tenía su riesgo, sobre todo porque eran personas emocionalmente inestables.

Los profesores no solían durar demasiado. El último se había marchado porque uno de los alumnos lo cogió por el cuello; al parecer, el motivo era que estaba harto de tanto saludo al sol para que llevara un mes lloviendo.

Yo apenas llevaba tres semanas y de momento no había tenido altercados importantes; además, allí siempre estaba Luis, el agente de seguridad, que desde la puerta se encargaba de mantener el orden. Era un chico normal, ni guapo, ni feo, ni alto ni bajo, con una agradable sonrisa y unos modales dignos de hacer feliz a cualquier

madre: lo que la mía definiría como un buen chico con quien casarse y yo, como un buen amigo. Cuando hablaba conmigo se ponía nervioso, y eso sólo podía significar una cosa: le gustaba. Lástima que no fuera mutuo.

El centro estaba a tres manzanas de mi casa, así que iba andando. No tenía coche, el de la empresa lo devolvía tras la jornada laboral, decían que no querían que hiciéramos uso personal del vehículo. ¡Ratas!, unos ratas es lo que eran... Con tal de que no les hiciéramos más kilómetros de lo estrictamente necesario, lo que fuera. Además, debíamos pagar la gasolina y los neumáticos si teníamos un pinchazo; un completo asco, pero era lo que había.

Llegué pronto a clase, tenía un grupo de cuatro alumnos nuevos que empezaban ese día. Según el juez, la semana siguiente se incorporaba otro más, lo enviaban a hacer yoga para controlar la ira y la agresividad, y eso me tenía un tanto preocupada.

—Hola, Lucero del Alba —me saludó Luis, que se empeñaba en no acortar mi nombre porque decía que era como contemplar una estrella al amanecer.

—Hola, Luis, ¿qué tal el día? —pregunté por amabilidad más que porque me importara realmente.

—Tranquila, tus nuevos alumnos ya han llegado, te están esperando.

—Gracias —sonreí.

—Parecen majos, no creo que tengas muchos problemas con ellos.

—Genial, voy a conocerlos entonces, hasta luego. —Mejor no intimar demasiado, no quería que se hiciera falsas ilusiones.

—Hasta luego.

Aunque, pensándolo mejor, ¿por qué no podía gustarme Luis? Con lo fácil que sería tener algo con él.

De inmediato, la idea salió despedida de mi mente, estaba claro que la niña había salido de morro fino, o mejor dicho, de buenorro fino: no me bastaba con Luis para romper mi «techo del amor».

Suspiré y me adentré en la sala. Era amplia, luminosa, con un bonito suelo de madera y esterillas de yoga acolchadas. Tenía mi gran tarima de madera natural, un equipo de música, velas por doquier y, por supuesto, un quemador de incienso.

Los cuatro integrantes de mi grupo estaban sentados en el suelo, el primer día solíamos presentarnos y explicar qué lo había llevado a cada uno allí, pues si algo se me daba bien era escuchar. Psicóloga, decía mi prima cada vez que hablábamos de cuál era mi futuro. Según su criterio, decía que para ejercer mis tres profesiones todo se resumía en ser una buena psicoterapeuta, que debía plantearme aquella opción, pero yo no las tenía todas conmigo, no me veía capaz de estudiar una carrera así, si casi siempre me engañaban. De momento estaba bien como estaba y no iba a plantearme nada más.

Había tres hombres y una mujer en la sala, vestidos con ropa del centro. Una vez allí todos vestíamos igual: las chicas, mallas negras y camiseta blanca, o top blanco, como era mi caso, y ellos pantalón de chándal negro con la misma camiseta.

Eché un vistazo a los cuatro congregados, no me gustaba prejuizar, así que los invité a presentarse.

—Si os parece bien, comenzaré yo. —Me aclaré la garganta—. Hola, soy Luz y soy vuestra profesora de yoga, meditación y autoconocimiento. Conmigo trabajaréis técnicas para aprender a controlar aquello que se desequilibra en vuestra mente a través de asanas de yoga, respiraciones y ejercicios de meditación. El objetivo es trabajar aquello que os ha traído hasta aquí. Todo lo que digáis será confidencial, nadie contará nada de lo que aquí suceda, así

que podéis estar tranquilos. —Mi voz era pausada, me habían enseñado a modularla para generar confianza, era fundamental para que pudieran relajarse—. Ahora necesito que os presentéis y que cada uno cuente qué lo ha llevado a estar aquí. El primer paso para avanzar es reconocer; si uno no asimila que tiene un problema, nunca podrá solucionarlo, así que adelante.

Luis ya estaba en la puerta, contemplándome.

—¿No eres un poco joven para esto? —preguntó un hombre de unos cincuenta años entradito en kilos.

—¿Era Mozart demasiado joven para componer con cinco años de edad? —El hombre se sintió molesto ante mi pregunta, mientras la única mujer del grupo soltaba una risilla—. No creo que la edad sea un factor esencial para el conocimiento o para las aptitudes de una persona, eso sería como decir que un hombre no funciona pasada cierta edad, mientras que una mujer puede tener sexo hasta el fin de sus días. —Otra risilla más, ya me había ganado una aliada—. ¿Cree en eso, señor...?

—Ibáñez, Antonio Ibáñez, de Holding Enterprises.

Cuando un hombre se presentaba por el apellido, su nombre y su empresa sólo podía significar una cosa: empresario, ejecutivo o pez gordo de picha pequeña. Que esos hombres intentaran mostrar tanto significaba que en su interior eran muy poco.

—¿Puedo llamarlo Antonio? Creo que es más sencillo si nos tuteamos todos. —Él asintió no muy convencido—. Entonces ¿qué opinas al respecto, Antonio?, ¿influye la edad?

—La experiencia es un grado —refunfuñó.

—Eso no te lo discuto, pero ¿la edad nos limita? ¿Crees que por ser mayor que el señor...? —señalé con el dedo a otro de los integrantes, que no debía de ser mucho mayor que yo.

—Alberto —respondió con agilidad.

—Gracias. —Desvié la vista de nuevo hacia Antonio—. ¿Crees que por ser mayor que Alberto eres sexualmente menos potente?

Antonio enrojeció.

—¡Por supuesto que no, además podría enseñarle muchas cosas!

Sonreí ante su defensa.

—O tal vez te las pueda enseñar yo a ti, viejales. —Alberto le sonrió con prepotencia.

—Bien, no vamos a entrar en la potencia o la carencia de ella, ni en temas de índole sexual. Se trataba de hacer una comparación y de relativizar algo a lo que le damos demasiada importancia. ¿A qué te dedicas, Antonio?

—Soy el CEO de mi empresa. —«Lo que yo decía, un mandamás.»

—¿El FEO? Creo que eso ya lo tenemos claro, sólo hay que verte —replicó Alberto en tono jocosos, mientras la risilla de la mujer, que comenzaba a ser algo molesta, se agitaba en mi espalda.

Eso no le hizo gracia a Antonio.

—Y lo que tenemos claro contigo es que Dios no te dio cerebro, por eso tuvo que darte físico. ¿A qué te dedicas, guaperas? Espera, déjame que lo adivine... ¿Dependiente del McDonald's?

Alberto bufó.

—Encargado de Hamburguesa Feliz, con un plan de carrera interna brillante. —Puso los ojos en blanco.

—Eso es lo que os dicen a todos para que trabajéis como negros por un sueldo mísero, rey de la hamburguesa y las patatas fritas. Carrera interna, dice..., la única carrera que te vas a pegar es de la freidora a la papelera, supervisarás si las mesas están limpias o si hay suficiente papel en los servilleteros, no vaya a ser que el jefe

supremo te ponga un punto negativo y de la noche a la mañana te encuentres de nuevo en la parrilla.

Alberto comenzó a ponerse rojo.

—¿Y tú que sabrás, CEO? ¿Acaso sabes algo de mi vida? Está claro por qué te pusieron esas iniciales: Capullo, Envidioso y Obsoleto.

Antonio se levantó de golpe y Luis hizo el amago de intervenir, pero lo detuve alzando la mano.

—Está bien que soltéis la ira, pero no es la manera, yo os voy a enseñar a canalizar la frustración que sentís. Vamos a empezar mejor contigo, Alberto, ¿por qué estás aquí?

El guaperas se sentó de nuevo. Era cierto que era guapo, de pelo castaño claro y ojos pardos, se notaba que se cuidaba y tenía una bonita sonrisa.

—Pues, como ya he dicho, soy encargado en Hamburguesa Feliz y estoy aquí por golpear a un cliente con la bandeja del pedido en la cabeza.

La reina de las risillas soltó otra y yo me volví incómoda. A nadie le gusta que se rían de él cuando cuenta sus intimidades. La mujer susurró un «lo siento» tras mi mirada reprobatoria y miró hacia abajo.

—¿Y qué te llevó a ello? —le pregunté a Alberto.

—No tolero bien a los prepotentes —desvió la vista hacia Antonio—, los que piensan que por trabajar en un sitio de comida rápida somos poco más que basura y que pueden hablarnos como les apetezca, cosificándonos. ¿Sabes lo que es sentirte una cosa y no una persona? —Sus ojos volaron a los míos, buscando comprensión. Podía sentir su rabia, su dolor y su frustración como parte de mí. Lamentablemente, a mí también me había ocurrido, entendía perfectamente a Alberto.



—Sí —le dije, y sentí esta extraña conexión que te une a una persona con tan sólo una mirada.

Él asintió con la cabeza.

—Fue un cambio progresivo, empecé a discutir con los clientes, a contestarles cuando veía algo que no era justo, hasta que terminé estampándole la bandeja a aquel cliente, que resultó ser abogado. Pero no podía tolerar cómo estaba tratando a Janaina, llegó a decirle que si no sabía coger una comanda se largara a su puto país, y era el primer día de la chica. Así que, tras el juicio, me condenaron a realizar trabajos sociales y a venir a estas clases para controlar mi supuesta «irritabilidad» —hizo el gesto de las comillas con los dedos, obviamente no creía necesitar las clases— y mi excesiva sensibilidad. Eso fue lo que dijo el juez.

Podía comprenderlo, pero Alberto debía saber que no iba por el camino correcto, por injusta que fuera la situación.

—Entiendo, ¿y al abogado? —no pude evitar preguntar. Y él torció el gesto.

—Al abogado, palmadita en la espalda y comida gratis durante un año.

Aquello me parecía intolerable, pero no podía pronunciarme al respecto. Alberto me caía bien, sabía que las clases serían perfectas para él, lo ayudaría en lo que pudiera. Esperaba que el karma le devolviera el golpe al abogado, porque lo de la bandeja no había sido suficiente. Esa gentuza me sacaba de mis casillas.

—Está bien, Alberto, muchas gracias por tu sinceridad.

Después se presentó Cristóbal, cuarenta años, sufría depresión y un trastorno bipolar que lo llevaba o a estar muy feliz o a hundirse en la miseria. Trabajaba organizando fiestas infantiles de cumpleaños y había recibido varias denuncias por hacer que los niños salieran llorando.

Ana María, o *Risitas*, como la había apodado, era maestra de primaria, debía de rondar los treinta y cinco, y su marido la abandonó por una mujer diez años más joven, alegando que en la cama era un muermo. Ana María comenzó a obsesionarse entonces con el sexo, tanto que terminó montando una orgía con varios padres de sus alumnos en la hora de tutoría. El problema fue que la cámara de seguridad estaba conectada y en ese momento había una reunión del AMPA en la que se estaba tratando el uso de las cámaras y la calidad de la imagen por los temas de acoso escolar detectados en el centro. Podéis imaginaros lo que sucedió. Una de las cámaras enfocaba la sala de profesores, mostrando a una fogosa Ana María, que evocaba los mejores días de Sodoma y Gomorra. Le cayó una suspensión de empleo y sueldo, la presidenta del AMPA quiso echarla de la escuela por conducta inapropiada, pero por suerte un psicólogo la diagnosticó y lo que le cayó fue tratamiento psicológico hasta que se recuperara combinado con mis clases. Por si fuera poco, tenía tendencia a no poder controlar la risa cuando se ponía nerviosa.

Antonio se negó a hablar sobre el motivo exacto que lo había llevado hasta allí, manifestando que no nos importaba a ninguno. Sólo dijo que estaba para aliviar el estrés que lo llevaba a tomar malas decisiones y a tener una inapropiada gestión del personal. Uno de los accionistas de la empresa también lo era de la asociación y por eso estaba allí.

Tras las presentaciones no nos quedó demasiado tiempo, así que hicimos unas cuantas respiraciones, una meditación grupal y les mandé deberes para casa. Debían apuntar en una lista las cosas que los colocaban en el tipo de situaciones que los habían llevado a mí. Al lunes siguiente me la entregarían y trabajaríamos sobre ello.

Tras despedirme, miré el reloj. Se me había hecho un poco tarde; debía ir a casa, darle de comer a *Lucifer*, zamparme una lata de comida precocinada e ir a mi siguiente curro.

Luis me detuvo antes de salir.

—Hoy has estado brillante, Lucero del Alba.

Su adoración me puso los pelos de punta.

—Gracias, Luis. —Miré nerviosa hacia la puerta.

—Es increíble cómo has lidiado con esos tipos..., tienes magia, eres la mejor que ha pasado por aquí.

—Muchas gracias. Perdona, pero tengo prisa, lo siento mucho. —Necesitaba desembarazarme de él si no quería llegar tarde.

—Claro, disculpa, no recordaba que eras una mujer extremadamente ocupada —comentó desilusionado, tocándome la fibra.

—Lo siento, tal vez un día que tenga más tiempo podríamos charlar y...

—¿Este viernes? ¿Cuando termines la clase de los sociópatas?

El viernes y el sábado eran los días que libraba en la línea erótica..., bueno, entre comillas: en vez de atender las llamadas desde la centralita, las desviaban a mi teléfono personal y así podía trabajar desde casa si lo deseaba. Me las pagaban como llamadas dobles, así que cobraba bastante más, cosa que me convenía. Dada mi escasa vida social, un sobresueldo me venía de perlas. Luis seguía mirándome con aquella cara que se asemejaba a la del Gato con Botas de *Shrek* poniendo ojitos.

—Está bien, tomamos algo rápido y charlamos, ¿vale?

Los ojos le chisporrotearon.

—Te juro que no te vas a arrepentir.

Ya lo estaba haciendo.

—Muy bien, hasta el viernes entonces. —Salí a la carrera para no llegar tarde.

Mi bola de pelo me esperaba en la puerta para sus arrumacos de rigor. Tras ellos, le puse la comida, me cambié, me calenté la lata de fabada asturiana, la apuré en cinco minutos y cogí la bici para ir a la ronda Universitat, donde estaba el pisito de *teleputadora*. Así era, así era como las chicas de la línea y yo habíamos bautizado nuestra profesión: «*teleputadoras eróticas*».

## Capítulo 3

—Hola, chicas —saludé cruzando el umbral.

—Aaaaah, aaaaahhhh... Oh, sí, Lucianooooo..., dame más duro por el anooooooooo...

No pude evitar reprimir una carcajada. Patri ya estaba con el cliente de las ocho, Luciano, un obseso del sexo anal. Siempre pedía por ella, que en la línea erótica se llamaba Anastasia: rusa, rubia, metro setenta, ojos azules y una noventa y cinco de pecho. Su verdadero yo, Patricia Ramos, era en realidad morena, metro sesenta, ojos marrones y ochenta de pecho, noventa de cintura y ochenta y cinco de cadera. Una manzana en toda regla, ella decía que era la tentación hecha mujer, creada para que un Adán le metiera su serpiente, aunque, como yo, no lo había encontrado todavía.

—Eso es, mi *amol*, estoy completamente desnuda esperando mamarte esa gran polla peluda, me encanta que no te depiles y que te describas como un oso; ya sabes lo que dicen: cuanto más peludo, más hermoso...

¡Jesús! Ante esa descripción casi me convierto en mi gato y regurgito una bola de pelo. Niyireth Andrea era originaria de Cuba, no tenía los papeles en regla y aun siendo médico en su país aquí no podía ejercer. Era una impresionante mulata de ojos verdes y tenía una hija de tres añitos con la que se había lanzado a la aventura española, obviamente, para mejorar su situación económica. Vino a nuestro país pensando en ser camarera y se

encontró como muchas, engañada por una mafia que terminó prostituyéndola. Por suerte, tras la fuga de una de sus compañeras, la red se destapó y sólo estuvo ejerciendo unos meses. Su pseudónimo en la línea erótica era Sol Ardiente.

—Te entiendo, José Manuel, es lógico que no se te ponga dura después de que tu mujer te abandonara hace veinte años... —Paca resopló mientras hacía ganchillo y yo sonreí.

Era la más veterana, fue una de las primeras en trabajar en la línea. Viuda, con tres hijos y cincuenta y siete años, se encontró en el paro de la noche a la mañana, había trabajado toda la vida de teleoperadora, así que experiencia no le faltaba. Era especialista en las llamadas de «larga distancia». Así llamábamos a esas que no implicaban sexo pero sí largas charlas, y Paqui, como la llamábamos, podía pasarse horas y horas charlando con hombres que se sentían solos.

Poseía el título de la más larga, con una llamada de cinco horas con José Manuel, su cliente estrella, un viudo como ella a quien, desde que perdió a Encarna, su mujer, la libido le desapareció. Dijo que Encarna nunca le habría perdonado que se acostara con otra y que fijo que se había llevado su capacidad de ponérsela dura a la tumba. El pobre José Manuel sólo encontraba consuelo en su compañera telefónica, Susi: pelirroja, metro cincuenta y una, ciento diez de pecho. Paca y Susi coincidían en eso, sólo que Susi tenía veintiséis años y una talla treinta seis, y Paca treinta y un años más y una talla cincuenta.

Me senté en mi terminal y marqué el código para que se activara. Allí era Lu, me describía tal cual era yo, no me gustaba engañar a los clientes aunque fuera una fantasía; al fin y al cabo, para hacerse cuatro pajas al teléfono les daba igual que fueras rubia, morena o pelirroja.

La luz de mi centralita parpadeó y descolgué el auricular, bajé la voz dos tonos y la envolví de sensualidad.

—Gatitas Cachondas, buenas noches, te atiende Lu.

—Hola, Lu. —Era una voz masculina que ya estaba jadeando.

«¡Mierda!», pensé, fijo que estaba ante un *rapidillo*: dos palabras y se les soltaba el gatillo. Esas llamadas eran las peores, telefoneaban cuando estaban al límite, y a la que oían tu voz se corrían a los tres segundos. Era lo que ninguna de nosotras deseaba, pues si una llamada no llegaba como mínimo a los cinco minutos no cobrabas absolutamente nada, comenzabas a tarificar a partir de sobrepasar ese tiempo, así que ésa era una llamada perdida, aunque había que intentarlo.

—Hola, guapo, ¿cómo te llamas? ¿Quieres saber qué llevo puesto esta noche? —«Tres, dos, uno...»

—Aaaaaaaaahhhhhh...

Pipipipipipipipi.

—¡Mierda! —protesté. Empezaba bien la noche.

Paca acababa de colgar.

—¿Un mal día? —me preguntó abriendo los brazos. Aquella mujer era como una mamá osa y yo a veces estaba necesitada de cariño. Sin poder evitarlo, me levanté y me sumergí en su abrazo.

—Ay, Paqui, ¿por qué siempre me tocan a mí los eyaculadores precoces? A este ritmo, mi casero me echa por impago —me quejé.

—Tienes una voz demasiado sexy, nena, te has de moderar. — Mis compañeras tenían un buen sueldo y, si no fuera porque se apiadaban de mí y hacían lésbicos conmigo, me quedaba a dos velas—. Has de buscarte clientes como los míos, maratonianos, y no de carreras de cincuenta metros.

—¿Y eso cómo se hace? —pregunté abatida.

—Intenta sacarles conversación más allá de lo que llevas puesto, pregúntales cosas, finge que te importan sus problemas... Eres muy empática, no tiene por qué dársete mal.

El teléfono de Paca se iluminó entonces. «Escucha y aprende.»

—Gatitas Cachondas, buenas noches, te atiende Susi. —Me hizo una señal para que me acercara y escuchara con ella.

El tipo ya estaba jadeando, sus espermatozoides estaban al borde del suicidio, cayendo sin remisión por un acantilado, ya los oía saliendo de ella, sobre todo al motivado, el primero de la fila: «Vamos, chicos, vamos, chicos, todos a una, que llegamos, hay que fecundar, hay que llegar el primero y meterse en el óvulo, ya veo la luz, ya llego... ¡Cuidado! Es una pajaaaaaaaaaaaaa». La vida de aquellos pobres bichitos iba a durar un suspiro.

—Ah, ahahah... —los jadeos se entrecortaban.

Me miré las uñas: ¿cuánto hacía que no me las limaba? Para mí aquella llamada había perdido todo el interés, el fin se acercaba, era irremediable.

—Hola, guapo, veo que eres un hombre de acción, me encantan los hombres como tú... ¿Sabes qué me gusta de ellos?

«En serio, Paqui, no te molestes», pensé.

—Ah, ah, ah...

Pero ella no tiraba la toalla.

—Pues lo que me gusta de los hombres como tú es la capacidad que tienen de resistir durante un buen polvo y de dejar completamente satisfecha a una mujer como yo —la voz cada vez se entrecortaba menos—, se nota que eres un hombre con experiencia que sabe complacer. Esta noche no he tenido un solo cliente que haya sabido hacerlo, ¿quieres ser el primero en llevarme al orgasmo? Tengo tantas ganas de ti... —Silencio, tanto a un lado



de la línea como al otro—. ¿Hola? —insistió Paqui— ¿Sigues ahí? Te necesito tanto...

—S-s-sí —respondió una voz titubeante de edad indefinida.

—Vaya, tienes una voz preciosa, antes no he podido oírla bien con tanta pasión, pero ahora que la oigo me encanta... ¿Es la primera vez que llamas?

—No..., bueno, sí, quiero decir, siempre que llamo me ha atendido otra compañera tuya, Lu, creo que se llama. —Yo puse los ojos en blanco, no había duda de que era uno de mis eyaculadores precoces—. Pero a ella le gusta así, rápido, que me corra y punto, sin preliminares.

¡Sería mentiroso el tío!

Paqui enarcó las cejas con esa mirada de «escucha y aprende» que sólo ella sabía echar.

—Entiendo, tal vez a Lu no le ha dado tiempo a contarte qué le gusta dada tu impetuosidad, pero creo que a partir de ahora sabrá explicártelo mejor, es un poco inexperta, ¿sabes?, necesita un hombre experimentado que la guíe en el mundo del placer. —Bajó un poco la voz—. Es virgen, su templo no ha encontrado un buen cirio que lo penetre.

«Lo que me faltaba, que contara mis intimidades al pajillero», le di un codazo a Paqui y ella me mandó callar.

—¿Vi-virgen? —se oyó al otro lado de la línea.

—Exacto, su bollito de crema está a la espera de que alguien quiera degustarlo. —«¡Oh, Dios mío! ¿Bollito de crema?»—. Lo tiene muy dulce y jugoso, hasta ahora se ha conformado con masturbarse porque sus padres eran muy estrictos, la hacían ir a misa a diario y a confesarse. Como comprenderás, para una chica así es complicado. Pero dentro de esa virgen se esconde una mujer fogosa, le encanta tocarse y experimentar, incluso con mujeres, pero

ningún hombre se ha acercado al tesoro que hay entre sus piernas.  
—Oímos un sonido entrecortado, como un jadeo—. ¿Te gustaría ser el primero en descubrir su tesoro y enterrarte en él? ¿Crees que podrías?

—Cr-creo que sí.

Puse los ojos en blanco. «¿En serio?»

—¿Te gustaría que te la pasara? Debes ser suave con ella, no asustarla, es muy guarra, pero también vergonzosa.

Le solté un pellizco, aunque no demasiado fuerte, y ella se frotó el brazo.

—Sí, quiero que me la pases, la trataré con delicadeza.

Paqui me hizo una señal para que regresara a mi mesa.

—Te pongo un segundo de música, no te retires, que la llamo; ha ido al baño a tocarse un poco mientras hablábamos. Haz que se corra como una perra.

—Lo haré, muchas gracias, Susi.

—De nada, corazón.

Paqui puso la llamada en espera, yo ya estaba en mi mesa.

—Ahora no la cagues, si lo haces bien tienes cliente para rato.

Me guiñó un ojo y yo tuve que elegir entre matarla o adorarla como una diosa. De momento atendería la llamada, dependiendo de cómo saliera haría una cosa o la otra, aunque no pude evitar decirle:

—¡Eres la puta ama!

Había transformado una llamada exprés en una posible «larga distancia».

—Me debes un café, haz que ése ponga la leche.

Puse cara de disgusto ante la imagen que acudió a mi mente. Las bromas en ese trabajo eran todas así; no íbamos a engañarnos, no nos dedicábamos a remendar calcetines. Por otro lado, sacar ese otro yo con las chicas me divertía mucho.

—Dalo por hecho. —Después descolgué dispuesta a ganarme el jornal.

Una hora y tres cuartos más tarde tenía la oreja roja como un pimiento morrón y estaba dispuesta a colgar.

—Entonces ¿puedo llamarte mañana, Lu?

—Claro, Mino, te estaré esperando.

—Me ha encantado charlar contigo y que no sea un simple polvo, iremos poco a poco si te parece bien. —Ese tío estaba chalado, como si fuéramos a follar de verdad...

—Yo también prefiero ir despacio, me gusta escucharte y que me cuentes tus cosas.

—A mí también, tienes una voz muy dulce, Lu.

—Gracias, Mino, ahora tengo que colgar, Susi me está llamando.

—Claro, dale recuerdos y las gracias también.

—Por supuesto.

—Hasta mañana entonces.

Parecía una de esas llamadas de enamorados de «Cuelga tú», «No, tú», «¿Has colgado?», «No, mejor cuelga tú», así que si quería finalizar sería mejor que yo le pusiera el punto final.

—Hasta mañana.

Cuando colgué el auricular todas se pusieron a aplaudir.

—¡Lo lograste, Luz! ¡Tu primera llamada de larga distancia! —exclamó Niyireth—. Esto merece una celebración, mi *amol*.

Fue a la nevera y sacó una botella de Blue Moscato y varias copas.

—Tengo la oreja a punto de reventar, creo que en cualquier momento se me despega de la cara y pide el finiquito.

Paqui sonrió.

—Eso es normal, mi vida, no te preocupes, es un efecto secundario. Con el tiempo mejora, y si acumulas llamadas los jefes

te compran auriculares para tener las manos libres. —Mostró las tuyas—. Pero como mínimo has de hacer doscientos minutos diarios. —Tomamos las copas y brindamos—. Por un mes lleno de largas distancias, ¡salud! —exclamó Paqui, y todas bebimos.

—¿Era muy raro? —preguntó Patri.

—Llamándose Mino, seguro que sí. En mi país hay muchos nombres extraños, si no, fijaos en el mío, Niyireth, ¿a cuántas conocéis? —Era cierto, las latinas solían tener nombres peculiares o de culebrón—. ¿Se llamaba Minotauro? —preguntó curiosa, y yo solté una carcajada.

—No, en realidad no era un nombre tan raro, pero antiguo sí: se llamaba Guastamino, aunque los amigos lo llamaban Mino.

—¡Por Dios! Y yo me quejo de mi nombre —exclamó Paqui—. Pero Guastamino tiene delito, seguro que ha sufrido un montón de burlas... A Guastamino no le ha crecido el pepino.

Todas estallamos en carcajadas.

—O a Guastamino le huele el cebollino.

—O... Guastamino gorrino, Guastamino gorrino —canturreó Patri en tono de burla.

Entre la bebida y el nombre nos echamos unas buenas risas a costa del pobre Mino.

Por lo menos le había pillado el tranquillo, no era muy distinto de mi trabajo en el centro de yoga, debía concentrarme e ir más allá de un simple jadeo.

Los teléfonos comenzaron a sonar en cascada: hora de currar. Me gustaba aquella complicidad que reinaba en el apartamento; lejos de pisarnos, nos echábamos una mano unas a otras y eso no tenía precio.

A las tres de la madrugada terminó la tercera parte de mi jornada laboral. Estaba cansada pero satisfecha, había logrado acumular

ciento ochenta minutos, lo que para mí era todo un récord. Había ganado treinta y seis euros, que no estaba nada mal: para empezar con tan mal pie el día, había logrado recuperar puntos y cerrarlo bien.

Me despedí de las chicas y cogí la bici para regresar a casa. Me encantaba mi nueva ciudad. Aunque no había tanto verde como en Villapene, era un lugar cómodo, con muchísimos sitios distintos que aún no conocía. Los carriles bici para circular eran todo un adelanto, me gustaba circular con la bicicleta y ver toda aquella gente variopinta, sobre todo cuando tenía algo de tiempo el fin de semana y podía pasear junto al mar. Adoraba la playa, podía pasarme horas caminando por la arena, refrescándome los pies o tomando un mojito en el chiringuito. Eso sí, jamás dentro del agua, porque nunca aprendí a nadar. Mi prima intentó enseñarme, pero con dieciocho me daba muchísima vergüenza, además de que tampoco lo necesitaba. A mi edad no iba a participar en las Olimpiadas, ser buceadora profesional o la Sirenita, así que me conformaba con meterme en la orilla hasta donde hiciera pie. Nunca sobrepasaba el límite.

Aparqué la bici, le coloqué el candado y subí al piso; estaba derrotada, no sabía cómo con tanto pedalear no me bajaban las caderas; más de una vez había estado tentada de agarrar el cuchillo jamonero y hacer un tentempié con ellas.

Mi adorable *Lucifer* me esperaba en la puerta, era la hora de su cepillado. Tener un gato de pelo largo requiere ser muy cuidadosa con él, pues, si no lo cepillas con asiduidad, se les hacen nudos y hay que cortarles la melena. Por suerte, el mío estaba muy lustroso. En cuanto me senté, subió sobre mis rodillas para que le pasara el peine, era nuestro momento del día, o de la noche, mejor dicho.

En cuanto terminé me di una ducha, me puse mi camiseta de tirantes para dormir, mis bragas de algodón y a la cama del tirón. Fue poner la cabeza en la almohada y saber que iba a caer en cero coma, pero no..., no fue así.

—OOOOOHHHHH, OOOOOHHHHH, SÍIIIII, *MAMMA MIA, MAMMA MIA, MAMMMMA MIAAAAAAAAAAAAAA...*

Ñi, ñi, ñi, ñi, ñi, ñi, ñi...

—Más, más, ooohhhhhh... *MAMMA MIA, MAMMA MIA!*

«No, otra vez no...» Obviamente, lo que oía no era un anuncio de tallarines ni un musical, era mi vecino el Superfollador, que se lanzaba de nuevo al ataque, y al parecer le había dado por una italiana o una fan de ABBA. ¡Maldita mala suerte la mía!

—¡Sí, sí, sí...!

Silencio.

Me quedé inmóvil por unos instantes. ¿Era posible que ya hubieran terminado? Respiré con suavidad como si no pudiera creérmelo, miré el despertador: las cinco menos cuarto. Todavía me quedaban tres horas y cuarto. Suspiré dispuesta a acomodarme cuando un golpe en una pared me activó de nuevo y, al parecer, a ellos también.

Una sucesión de rítmicos golpes seguidos de plañidos atronadores me indicaron que o bien el vecino estaba en obras o que lo que estaba taladrando no era la pared para colgar un cuadro.

Enfadada, fui a la cocina, cogí el palo de la escoba y, cual bruja gallega, me subí a la cama para dar golpes al techo, a ver si don Martillo Percutor se daba por aludido, pero ni aun con ésas, lo único que logré fue que con uno de mis golpes se agujereara el techo y me cayera un trozo de yeso en un ojo. ¡Perfecto! ¿Qué más podía sucederme? Como perdiera un ojo por ese miserable, se iba a enterar.

La italiana volvió a convertirse en la estrella del musical al grito de «*Mamma mia*», y yo, desesperada, me fui al sofá.

Eso tenía que terminar, entendía que mi vecino fuera sexualmente activo, pero un poquito de por favor para las que no lo éramos y queríamos dormir, que se fuera a vivir a un búnker o a una comuna hippy, porque con el ritmo que llevaba estaba claro que como poco practicaba el amor libre.

«Contrólate, Luz, respira y piensa.» Lo cierto es que nunca había hablado con él, tal vez si le expresaba mi molestia se calmaría un poco.

Cogí un papel y un boli, hice dos respiraciones más y me puse a escribir:

Querido vecino:

Son las cinco y cuarto de la mañana y todavía no he podido pegar ojo.

Obviamente, soy su vecina de abajo, la que apenas puede dormir por el uso de su martillo percutor.

Le agradecería que, si piensa hacer reformas en el piso o ponerse a ver musicales a altas horas de la madrugada, lo hiciera en otro momento, pues algunas necesitamos echarnos un sueñecito para poder rendir al día siguiente.

Atentamente,

Su vecina de abajo

Esperaba haber sido lo suficientemente clara sin usar palabras soeces. No creía que hiciera falta mucho más para que se diera por aludido. Cerré el sobre, cogí las llaves y, en una carrera, la colé por debajo de su puerta.

Después regresé a mi piso con la firme intención de dormir, estaba segura de que el Superfollador me entendería a la perfección y buscaría otro momento del día u otro lugar.

\* \* \*

El día siguiente fue algo mejor que el anterior, conseguí colocar dos pólizas, mi clase de yoga del gimnasio del barrio estaba llena, y mi nuevo cliente, Mino, estuvo tres horas seguidas hablando conmigo: por fin la suerte me sonreía.

Cuando abrí la puerta de casa, *Lucifer* me esperaba sentado sobre algo blanco. Me agaché y tomé lo que parecía una carta.

¿Sería de mi casero? Imposible, sólo llevaba un día de retraso en el pago del alquiler.

Abrí el sobre y encontré un papel perfectamente doblado. Sentí curiosidad por saber qué hallaría en su interior.

Querida vecina:

Vaya, era la respuesta del Superfollador, a ver qué me decía...

Lamento mucho la incomodidad que sufrió anoche...

Sonreí ante el trazo fuerte y la disculpa. Al parecer, mi vecino, aparte de tener los instintos básicos muy desarrollados, era un ser razonable.

... no sabía que usted también precisara reformas en sus bajos y que pudiera necesitar el uso de mi taladro.

¿A qué venía eso? ¿Qué sabía él sobre mis bajos? ¿Alguien le había dicho al vecino que era virgen? ¡Era imposible! Seguí leyendo:

Si necesita una acción de urgencia no dude en llamarme, soy un buen vecino y con gusto le echaré una mano, perforando su tabique, desatascando su tubería o engrasando su cerrojo, que parece estar un poco seco por falta de lubricación.

Mi garganta soltó un chillido contenido de horror.



Atentamente,

Su vecino de arriba

P. D. He observado que se le mueren todas las plantas, tal vez también necesite un buen horticultor que le remoje la lechuga y le abone el parterre.

Estaba que echaba humo por las orejas, ¿cómo se atrevía aquel mandril de culo rojo a decirme todas esas cosas? ¡Decía que iba a remojar la lechuga y abonarme el parterre! Pero ¿qué se había creído?

Cogí la carta y salí disparada hacia su piso, decidida a echar abajo la puerta si hacía falta. La aporreé con toda mi mala leche, hasta que el vecino de enfrente salió a llamarme la atención alegando que eran las tres de la mañana y que si no me habían abierto a la primera era que no querían abrirme.

Me disculpé con el hombre y, resignada, regresé a mi piso, ¿a ver quién me quitaba el enfado ahora?

Eso no podía quedar así, cogí papel y me dispuse a responderle:

Querido vecino:

Gracias por preocuparse por el estado de mi piso y de mi huerto. Para su tranquilidad le diré que para tales trabajos ya tengo un buen servicio de profesionales al cargo.

Veo que no capta bien las indirectas, así que no voy a andarme por las ramas.

Como siga dándole cera a su machete y ello implique que yo no pueda dormir, agarraré mi catana y le cortaré la banana.

Muerto el perro, se acabó la rabia, y le garantizo que se la trocearé en juliana para que no tenga solución y no puedan volvérsela a pegar de nuevo.

Buenas noches,

Su vecina de abajo

Subí, le pasé la nota y regresé a mi habitación. Me costó dormir, por suerte, la alimaña del vecino estaba en silencio: o no estaba en

casa o no había churri a quien colarle la manguera. Esperaba que la segunda carta surtiera efecto.

En fin, hice mi ritual de cada noche y dormí como los angelitos.

\* \* \*

La semana fue bien, hasta que el jueves, mientras estaba durmiendo, sufrí un atentado. Un trozo de techo que estaba descascarillado por los golpes con la escoba se cayó cuando dormía y me golpeó en toda la cabeza. Me levanté sobresaltada. Por suerte, el trozo no era muy grande, aunque el golpe dolía un huevo.

El crujir de los muelles y la serenata de la de turno me pusieron en alerta.

—Ahí, ahí, sí, sí, justo ahí, justo ahí, ahí, sigue, sigue... Oohhh, oohhh, no pares, no pares, aguanta, aguanta, madre mía, madre mía... —A ésta le iba lo de repetir las cosas dos veces, ¡qué cansina la tía! Y el puñetero somier venga a crujir—. Aprieta, aprieta, eso es, eso es... Ay, ¡madre mía, madre mía! —¿Cómo podía concentrarse con un loro como ése? Entonces la cosa mejoró y comenzaron los gritos como si fuera una mariachi—: Ay, ay, ay, ayyyyyyyyyyyyyyyyyy... Arriba, arriba, arribaaaaaaa... —Hasta a mí me dieron ganas de gritar «¡Cuate, aquí hay tomate!».

Estaba tan hasta las pelotas, o hasta los ovarios, mejor dicho, que me puse a dar brincos cual posesa en mi cama para repetir una y otra vez, a grito pelado, la estrofa de la canción de Alaska *A quién le importa*. Canté sin parar, desgañitándome hasta quedar prácticamente ronca. Entre los gritos de la mariachi y mi canción desproporcionada, no me extrañaba que mi gato se hubiera escondido bajo la cama.

No sé cuánto rato estuve cantando, lo que sí sé es que, cuando callé, no se oía absolutamente nada y me detuve porque me había sonado el despertador.

—¡Maldito hijo de Satanás! —grité, no por el despertador, que también, sino por las malditas horas de sueño que llevaba perdidas a su costa. ¡Menuda semanita!

\* \* \*

El viernes tuve un día de perros, pero es que la semana no había podido ser peor, así que no podía pretender que mejorara. No vendí ni un seguro durante la mañana y, encima, pinché una rueda. Por fortuna, fui a uno de esos talleres en los que reparan pinchazos, esperaba que colara y no tener que cambiar el neumático entero. El chico me dijo que estaba de suerte y sólo me cobraba treinta euros por repararlo, maldita mala suerte la mía. Lo único bueno que saqué fue concertar cita para la siguiente semana con su jefe: el chico decía que su madre estaba a punto de palmarla y que igual le podía endosar uno de mis seguros.

Hoy era el día, después de mi sesión de yoga tenía la cita con Luis y, aunque no me apetecía, no iba a dejarlo tirado. Sólo iba a ser un refresco, no tenía intención de que la cosa se alargara o fuera a más. Asimismo, ese día me tocaba guardia en la línea erótica desde casa, así que no podía estar mucho rato fuera: no iba a renunciar a ganar algo más de dinero, no me lo podía permitir.

## Capítulo 4

Luis había insistido en comer en la pizzería de un amigo suyo y, como igualmente tenía que cenar, no me opuse. Insistió en llevarme en su Vespino, herencia de su padre, todo un clásico según él, y para mí un cacharro que no sabía ni cómo se mantenía en pie. Así que me encontré agarrada a él, en una moto de los Picapiedra, en un trayecto que duró algo más de media hora.

El chico debía de sentirse el más feliz del mundo, pero yo, que llevaba un short vaquero, no tanto. La costura de la entrepierna se me clavó durante todo el trayecto, lo que hizo que no dejara de removerme contra su trasero. Luis no decía ni Pamplona, pero a cada movimiento circular de mi pelvis se tensaba, y eso me daba que pensar. A ese paso, cuando bajara de la moto, fijo que mi sonrisa vertical sería tan profunda que me partiría en dos. «¡Qué hartura de costura!», tenía unas ganas irrefrenables de meter la mano en la entrepierna y tirar hacia abajo para desclavar aquella prenda infernal.

En cuanto llegamos pegué un salto a lo *Kung Fu Panda*, le di la espalda a Luis, colé la mano por dentro del pantalón y tironeé para desincrustar aquella maldita prenda. Fijo que se había fusionado, como un táper de plástico en el microondas.

Sentí un alivio inmediato cuando lo logré, como si hubiera ganado una competición. Si es que ya lo dice el refrán: «No está el horno para bollos si se te clava el tanga en el pimpollo». Una vez lista y con cara de satisfacción, me di la vuelta. El pobre Luis estaba

cabizbajo, como si no supiera dónde mirar. ¿Tanto se notaba lo que había hecho?

—¡Cuidado, muchacho, que ésa te viene con sorpresa en el bombacho!

Al oír aquel grito, volví la cabeza hacia la carretera, donde había un camión que transportaba un espejo enorme, donde obviamente me veía reflejada de cuerpo entero. El conductor hacía gestos obscenos indicando a Luis que yo no era una mujer, sino un hombre. Lo que me faltaba, y luego dicen que los tíos no son básicos. Eso debía de ser lo que le ocurría al pobre Luis, seguro que había visto por el espejo cómo metía la mano en mi tesoro. Me volví hacia el imbécil del camión un poco sonrojada y bastante indignada y, tirando de una de las frases que le había oído en más de una ocasión a mi prima Jud, le solté:

—¡Está claro que hoy debe de haberse aguantado muchos pedos, porque ha tenido una idea de mierda! Y si le digo que se vaya por donde sus ideas, no lo insulto, sólo le indico el camino más directo hacia donde tiene que ir, espero que su enorme intelecto le permita averiguar dónde es. —El camionero abrió los ojos, al parecer sí que había captado que acababa de enviarle sutilmente a una montaña llena de estiércol. Pero mis ansias de venganza necesitaban más—. Será mejor que desaparezca si no quiere que mi amigo, que es cinturón negro de kárate, le rompa esa boca tan sucia que tiene para que no suelte más barbaridades, ¿o es que a usted nunca se le ha clavado la costura del pantalón en sus partes nobles?

El camionero, que tenía cara de pocos amigos, comenzó a abrir la portezuela y Luis a tironearme del brazo.

—Pero ¿qué demonios te pasa? ¿Acaso te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre provocar a ese tipo, que debe de hacer dos por

dos? ¡Será mejor que entremos antes que Jack el Destripador acabe con nosotros! Desde luego, Luz, que te tenía por alguien más cabal. —Volvió a tirar de mí con urgencia, hasta entrar en el bar. Tal vez sí me había pasado un poco, pero es que la falta de sueño me tenía trastornada.

Me disculpé con él.

—Pe-perdona, Luis, es que ese idiota me ha sacado de mis casillas, no pretendía incomodarte. Llevo unos días muy malos y se me junta todo, estoy teniendo problemas con el vecino, no puedo dormir y luego aparecen idiotas como ése, que a una la ponen enferma. —Resoplé mientras a mi acompañante se le relajaba el gesto—. Todo me está afectando demasiado y empeora mi temperamento, disculpa si te he comprometido.

—Tranquila, no pasa nada, lo importante es que te hayas dado cuenta. —Se parecía a mi padre cuando le decía que me arrepentía por haber cometido cualquier trastada—. Es que no soy un hombre violento y no te tenía por una chica que careciera de control, pareces tan serena y cabal en clase.

—Bueno, no soy ni una cosa ni la otra, sino más bien una fusión: a ratos, la niña de *El exorcista*; otros, Teresa de Calcuta. Pero no sufras si ves que la cabeza comienza a darme vueltas a la par que saco espumarajos por la boca: sólo has de darme la medicación que llevo en el bolso y se me pasa. —La mirada de Luis no tenía desperdicio—. ¡Es broma!

—Claro —dijo aliviado, aunque no parecía muy convencido. Sería mejor que me relajara, el sentido del humor de Luis distaba mucho del mío.

El local no era muy grande, eso sí, estaba atestado de gente: algunos en la barra, otros en las mesas, en general era un lugar acogedor con pinta de *trattoria* italiana.

—Ven, he reservado mesa, conozco al dueño. —Me guiñó el ojo pagado de sí mismo, seguramente se sentía orgulloso de ser amigo del propietario.

Nos acercamos a la barra y, tras esperar un buen rato, nos sentaron a una mesa al lado de la puerta que daba a la cocina. «Desde luego que es el mejor lugar», pensé con sorna, se notaba que el dueño lo apreciaba mucho. Bajo tierra sería, porque en su restaurante no lo quería. Hacía un calor inhumano y el trasiego de camareros cargando pizzas calientes no ayudaba, a puntito estuvo uno de tirarme la bandeja con unos succulentos espaguetis a la carbonara por encima.

—Es la mejor pizzería de la zona, siempre está llena —dijo Luis a modo de explicación.

Le sonreí.

—Ya lo veo, ya.

—El dueño es muy amigo mío, siempre me guarda la mejor mesa, cerca de la cocina, para no tener que esperar demasiado.

¿En serio se tragaba ese rollo? Menudo amigo, estaba clarísimo que le daba la peor mesa de todo el local.

Cogimos la carta y, tras mirar y remirar las especialidades de la casa, elegí una cinco quesos con verduras del tiempo llamada Pastalavaca. Luis, una Pahuevo, es decir, con patatas y huevo, y pensar que creía haberlo visto todo... Ver para creer, el tipo que escogió los nombres era todo un creativo, esperaba que no me echara hierba o forraje en la mía.

Tras otro largo rato esperando que vinieran a tomarnos nota, mi móvil sonó y casi lo agradecí. Luis estaba explicándome la apasionante diferencia entre un guardia de seguridad de parking, uno de supermercado y uno de estación de metro, así que me vino al pelo. Era una llamada de trabajo, lo sabía por el código que salía

en la pantalla. Habían tardado tanto en atendernos que mi jornada laboral comenzaba de nuevo y debía responder.

—Disculpa, Luis, tengo que cogerlo, es urgente.

—Claro, ve.

Necesitaba intimidad, así que salí corriendo hacia el baño, entré en un urinario y cerré la puerta descolgando con urgencia.

—Gatitas Cachondas, te atiende Lu.

—Ho-hola, Lu, pensaba que no había nadie, estaba a punto de colgar.

Intenté regularizar la respiración tras la carrera que me había metido.

—Disculpa, me has pillado justo antes de meterme en la ducha, estaba quitándome la ropa; de hecho, ahora mismo sólo me queda una prenda en el cuerpo.

—Mmmmm, ¿ah, sí? ¿Y qué es?

Menos mal que había remontado. «Concéntrate, Luz.»

—Un minúsculo tanga de encaje negro. Necesitaba la ducha porque está muy mojado, llevo todo el día muy caliente, ¿sabes?

—Me encanta que estés mojada. Quiero que te quites el tanga, lo pongas bajo tu nariz y aspire profundamente para que me digas a qué huele.

Puse los ojos en blanco. ¿A qué narices esperaba que oliera un tanga mojado?, ¿a pétalos de rosa? A ver qué le decía yo.

—Espera un momento, ya casi estoy... —Me puse a olisquear contra el auricular, esperaba que se oyera bien y no pareciera un perro de caza. No sabía si lo oía, así que enfaticé la respiración.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre al otro lado de la línea—. No estarás teniendo un ataque de asma, ¿no?

Lo que me faltaba.



—¿Disculpa? —respondí algo abochornada por mi exagerada respiración—. Es que intentaba captar todos los matices para poder describírtelos: el aroma es suave, picante, intenso, almizcleño... —Eché mano de los adjetivos que las autoras usaban en los libros de erótica que leía.

—Perdona, pero me he perdido en jalapeño... ¿No huele a coño mojado?

Resoplé. «¿Y qué esperabas, Luz? ¡Espabila, que es un pajillero!»

—Por supuesto, a uno muy mojado.

—Bien, ahora quiero que me la chupes, y no me vengas con tonterías de esas de que recorres mi cuerpo y todas esas milongas de romántica, que con tu descripción de anuncio de perfume he tenido suficiente. Sólo quiero una buena mamada, ¿serás capaz? —Sin lugar a dudas me había tocado el idiota de turno.

—Voy a hacerte la mejor mamada de tu vida, seguro que te corres del gusto. —Eché mano al bolso, donde llevaba un chupa-chups, para ese tipo de llamadas iba genial—. Mmmm, menuda polla más grande tienes, nunca había tenido una así entre las manos.

—Eso es, nena, ¿te gusta? Huélela.

¿Qué le pasaba a ese tío con los olores? Aspiré de nuevo contra el auricular, intentando ser más sutil esta vez.

—Mmmm —murmuré.

—Sabía que eras una guarrilla, llevo todo el día sentado al volante, sudando como un cerdo, y todavía no me he duchado. —Casi me entra una arcada al imaginarlo—. Sé que esto te pone, nena, métetela en la boca, capta mi sabor.

A ver quién era la lista que le daba al chupa-chups con esa imagen... «Eres una profesional, Luz, no pienses en el requesón...»

Otra arcada, a ese ritmo le vomitaba al móvil.

—¡La tengo! —Había logrado quitarle el envoltorio y comencé a rechupetearlo con exageración. «¡Piensa que es otra cosa, Luz!»—. Me encanta tu sabor, es delicioso.

—Sí, nena, voy a clavártela hasta el fondo de la garganta, siente mis once centímetros de pura polla...

¿Once centímetros? ¿Estaba de coña? ¿Y con eso pretendía llegar al fondo de mi garganta? Casi me atraganto, pero de la risa.

Entonces, algo similar a un estruendo ametrallador, seguido de un aroma pestilente y un gemido de placer, salió del cubículo de al lado.

—¿Qué ha sido eso? ¿No estás sola? —preguntó mi cliente nervioso. Estaba claro que se había desatado la tercera guerra mundial y a mí me había pillado en medio.

—Claro que estoy sola, ha sido un gemido de placer.

Y otra vez la ametralladora: «Ratatatatata, pum, pum...». No estaba segura de qué habría cenado el guerrillero de al lado, pero estaba convencida de que yo no quería lo mismo. ¡Por Dios, qué peste!

—Eso no ha sido un gemido, parecen pedos.

¿Una puede ponerse roja atendiendo una llamada? Obviamente sí.

—No, es el televisor, hay un documental sobre la guerra civil española, soy muy patriótica, ¿sabes? Además, me ponen mucho los tíos con armas.

—A mí no me engañas, guarrilla, lo que ahí se oye no es la guerra. Me encanta que confíes lo suficientemente en mí para hacer ese tipo de cosas, me pone muy cachondo que te gasees mientras me la chupas. ¿Puedo cagarte encima?

¿En serio me acababa de preguntar eso aquel tarado? Me importaba bien poco el dinero si veía comprometida mi salud mental, toleraba muchas cosas, pero la coprofilia era uno de mis infranqueables. Colgué la llamada con el estómago revuelto. Entre el estucador de al lado y mi cliente, no sabía si podría levantarme sin echar la poca comida que llevaba en el cuerpo.

El teléfono volvió a sonar de inmediato, no podía quedarme con ese desasosiego dentro aunque me echaran del curro, así que descolgué.

—Mira, so guarro, ya me parecía grave que intentaras que te comiera el manubrio sin ducharte, lo de que huela mis bragas, mira, tiene un pase, pero que quieras cagarte encima no te lo aguanto ni a ti ni a nadie...

Al otro lado de la línea sonó una carcajada.

—Pues lo cierto es que eso me tranquiliza bastante, la verdad, aunque no sé si después de ver con qué clase de tíos te acuestas me apetece seguir adelante con esto. —Me quedé muy quieta, aquella voz no era la del pajillero. ¿Era otro tío? Tenía una voz ronca, suave y muy seductora—. ¿Hola?, ¿sigues ahí?

—Mmmmm, s-sí, pe-perdona, es que me has pillado en un mal momento. ¿Con quién hablo?

—Ya lo veo, sé que he tardado varios días en llamarte, pero es que no las tenía todas conmigo, nunca he hecho algo así, y lo cierto es que ahora mismo dudo un poco de si estoy haciendo lo correcto.

¿Sería un cliente nuevo? ¿Le habrían recomendado mis servicios?

—Pe-perdona, pero es que en mi sector hay gustos para todo y yo no estoy dispuesta a según qué cosas. Sabes a lo que me dedico, ¿verdad?

—Claro, me quedó muy claro, es inconfundible saber a qué te dedicas. —Obviamente, después de lo que le había soltado no hacía falta ser un lumbreras para dilucidarlo; además, seguro que me llamaba por eso, si no..., ¿por qué iba a hacerlo?

—Muy bien entonces, esta noche estoy de servicio, así que puedo atenderte si te apetece.

—Vaya, no sabía que trabajaras de noche, debe de ser difícil dedicarte a lo que haces y encima de noche.

Pero ¿qué estaba diciendo aquel tío? ¿Acaso esperaba que no contestara? Decidí seguirle la conversación, eso me sumaba minutos, a ver si lograba una «larga distancia».

—Ya sabes, el placer nunca descansa. —Lo cierto era que me sentía muy cómoda hablando con él.

—¿Placer? ¿En serio? ¿Tanto te gusta lo que haces?

No parecía una llamada habitual. Crucé los dedos, tal vez tuviera suerte; después de la llamada anterior, la necesitaba. Estaba tan a gusto que me había olvidado del olor, que, por suerte, se estaba disipando. Tampoco recordaba dónde estaba, ni a mi cita, esa voz me había hecho desconectar.

—Bueno, no es el trabajo de mi vida, pero ayuda a pagar las facturas. ¿A ti te gusta el tuyo?

—Me apasiona, me dedico a lo que siempre quise ser.

—Menuda suerte. Yo, en cambio, sigo buscando, tal vez algún día lo logre.

Soltó una risita.

—Ya decía yo que con ese arrojo no te pegaba demasiado dedicarte a los seguros para muertos...

Un momento..., ¿había dicho «seguros para muertos»? ¿Cómo sabía que me dedicaba a los seguros? ¿Quién estaba al otro lado de la línea?

—En el restaurante me pareciste muy graciosa con esa sonrisa de alga. Cada vez que lo recuerdo, no puedo evitar sonreír ante la imagen, normalmente las chicas con las que salgo son muy cuidadosas en ese aspecto. Pero lo de la tarjeta me pareció increíble, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo la colocaste en el parabrisas? No te vi salir del restaurante, y créeme que me fijé...

«Ay, ay, ay, Virgencita del Orgasmo Encontrado, que ahora sí que me da algo. Tierra, trágame y escúpeme en Alaior, que éste es el Empotrador.» Aparté el móvil de la oreja y miré la pantalla con fijación, claramente no era un desvío de llamada. «¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío, es él!» Volví a colocarme el aparato sin saber muy bien qué decir.

—¿Sigues ahí? ¿Lucero del Alba?

—Mmmmmm, sí, claro, aquí estoy, pe-pero, por favor, llámame Luz.

—Claro, sin problema. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! ¿Vas a contarme cómo lo hiciste?, ¿acaso eres familiar de Houdini?

No estaba muy segura de cómo seguir la conversación, sabía que estaba hablando con Jiménez, el poli buenorro, así que intenté hacerme la interesante.

—Secreto profesional.

—¿De comercial de seguros? —preguntó divertido.

—Más bien de hechicera: echo unos polvos mágicos que flipas.

—Sabía que acababa de soltar una trola como un templo y que tal vez había sonado muy de sobrada, pero tenía que recuperar puntos como fuera.

Tomó aire y lo soltó poco a poco.

—Justamente eso es lo que me pareció que querías, un polvo mágico. —La boca se me secó, ¡Santa Apolonia de Alejandría, que

éste me iba a dar una alegría!—. ¿Era eso lo que querías de mí, señorita Martínez?

—Mmm, bueno, yo..., la verdad es que no tenía muy claro que contestaras...

—¿Y ahora que lo he hecho?

«Vamos, Luz, coraje, es tu Empotrador.»

—Pues ahora que lo has hecho creo que si agitaras tu varita no estaría nada mal —le solté. Esperaba que captara la indirecta.

Volvió a sonreír contra el auricular, y yo al imaginarlo casi me derrito.

—Me gustan tus salidas, yo también creo que podríamos pasarlo muy bien, y más después de saber que no te gustan determinadas cosas; eso me tranquiliza. —Volví a ponerme roja—. ¿Haces algo mañana por la noche? Libro en el trabajo, así que si te apetece...

—¡Sí! —respondí escueta y con más ímpetu del que debería.

Al otro lado de la línea sonó una risa ronca, fijo que con ese sonido estallaba mi ropa interior.

—Me gustan las mujeres entusiastas y con las cosas claras, después te mandaré una ubicación al móvil y la hora. Ponte guapa, te quiero lista para la mejor noche de tu vida.

¡Buuuuuummmm! Definitivamente había estallado.

—Hasta mañana entonces —fue lo único que pude decir antes de colgar.

No podía creerlo. ¡Me había llamado! ¡El poli empotrador me había llamado! Salí del baño pegando saltos de alegría para darme de bruces con Luis, que parecía un perro lleno de pulgas con esa cara de mala leche.

—¡Así que aquí estabas! Llevo casi cuarenta y cinco minutos esperándote. —Llevaba una caja de pizza en las manos—. Toma, ésta es la tuya. Si no querías quedar conmigo podrías habérmelo

dicho en vez de hacerme pasar por un idiota, encerrarte en el baño y tenerme solo todo el rato.

La había cagado con él, me supo mal, Luis no tenía la culpa de que me hubiera llamado mi poli del amor.

—Perdona, no era mi intención, la llamada se complicó y...

—¿Y por eso estabas dando saltos? No te preocupes, no soy tan tonto como para no pillar las indirectas, espero que la disfrutes. — Empujó la pizza contra mí y se largó.

Sabía que debía sentirme mal por el pobre Luis, pero lo cierto es que estaba tan contenta por mi cita del día siguiente que pasaba de amargarme por ello. Había quedado con Jiménez y nada ni nadie iban a poder estropear eso.

\* \* \*

En cuanto llegué a casa, puse a calentar la pizza fría en el horno. Mi sueldo había menguado, pues había vuelto en taxi, pero no me importaba. No podía dejar de sonreír, tenía una perpetua cara de idiota, hasta que la vi.

*Lucifer* debía de haberla movido hasta la pata de la silla, pues estaba arañada y mordisqueada, pero al fin y al cabo allí estaba.

Una cartita de mi querido vecino.

Estuve a punto de no abrirla, no quería que nada arruinara mi felicidad, pero mi curiosidad insana me lo impidió.

Querida vecina:

No dudo de sus dotes culinarias, y si desea mostrármelas en directo, nunca rechazo una buena comida de plátano, aunque sin objetos afilados de por medio.

Lamento que deba pagar a profesionales para que atiendan sus necesidades, tal vez por eso hay tan poca actividad en su piso.

Le recomendaría que, en vez de quejarse tanto por mi exceso de actividad sexual, buscara a alguien que activara la suya, pues está claro que si tuviera sus propios orgasmos no estaría tan pendiente de los míos.

Buenas noches,

Su vecino de arriba: Lorenzo Lamas, el rey de las camas

¡Sería imbécil el tío! ¿Lorenzo? ¿Se llamaba Lorenzo, como el sol? Pues había dado con la luna Catalina, y ya se podía ir preparando para un buen eclipse.

Si bien es cierto que la curiosidad mató al gato, a mí me acababa de fastidiar el rato, pero no pensaba quedarme de brazos cruzados. Ese tío me estaba buscando y me iba a encontrar, vamos que si iba a hacerlo.

Fui al arenero de *Lucifer*, me puse un guante de látex y recogí un buen montón de sus caquitas para meterlas en una caja y envolver el regalito en papel de seda. Además, iba a acompañarlo de una bonita nota en papel rosa.

Querido vecino:

Siempre he oído que «debes quedarte con el hombre que te haga sacar lo mejor de ti», pues esto es lo mejor que saca usted de mí.

Deje de incordiarme ya o llamaré a la policía por contaminación acústica y acoso auditivo.

Su vecina Catalina

Le dejé el regalo deseando saber qué cara pondría.

Después bajé a casa dispuesta a soñar con mi cita del siguiente y eso me llevó a otro punto: ¡¿qué narices me ponía?!

Comencé a hurgar en el armario como una posesa, lanzando prendas a diestro y siniestro. Al final debería darle la razón a Jud: ¡no tenía nada decente que ponerme! Sentía ganas de gritar y



patalear, *Lucifer* me miraba meneando la cola mientras una montaña de ropa inservible lo cubría por completo.

Menudo desastre. Tomé el móvil y le mandé un mensaje a Jud esperando no despertarla.

Mañana, quedada de emergencia.

Te necesito, *primi*.

Por suerte, apareció el doble *check* azul, los ángeles estaban de mi parte.

Ya sabes que odio ese mote penoso. Hija de Satán, mucho mejor.

Como quieras, pero te necesito.

¿Se puede saber en qué lío te has metido para que me mandes un wasap a las doce de la noche?

Para ir al grano y no contarte mi patética cita de hoy, te diré que he quedado mañana.

Un momento, rebobina. ¿Hoy has tenido una cita?

Sí, pero ésa no cuenta.

¿Cómo no va a contar?  
¡Tú no tienes citas!

Bien, pues hoy he tenido una, pero ha sido un desastre y necesito que la de mañana sea un éxito.

¿Es con el mismo? ¿Lo quieres impresionar?

¡No! y sí.

¿Puedes explicarte mejor? ¿No es con el mismo y sí lo quieres impresionar? ¡Aclárate, mujer!

No, joder. Mira, mejor te llamo, que por aquí es un lío.

Ok.

Llamé a mi prima deseando desahogarme. Tras media hora poniéndola en situación con la cita de Luis y mi llamada de trabajo, le conté lo sucedido con Jiménez. Una vez dejó de reír como una posesa, logró decir:

—¡Entonces funcionó! Si es que lo sabía, debería montar una agencia de citas.

—Una agencia de citas no sé, pero que funcionó es cierto, debo atribuirte ese mérito al menos.

—Me alegro, así podrás dejar de acariciar a ese gato tuyo para tocar pelo en otra parte.

Puse los ojos en blanco.

—¡Serás animal!

—Animal es lo que justamente debe de tener el agente Jiménez entre las piernas, y espero que sea muy salvaje. —Si era sincera, yo también lo esperaba, no pude evitar suspirar al imaginar esa parte de su anatomía—. Muy bien, pues da comienzo la operación «Rompiendo el techo del amor», y para ello te necesito el día completo. Mañana a la misma hora te habrás convertido en la nueva María Magdalena.

—¿En una magdalena? Perdona, pero paso de bollería industrial, con el culo tan gordo que tengo sólo me falta eso.

—Serás burra, está claro que no prestabas atención en la misa los domingos, ni en catequesis. María Magdalena era la pilingui de la Biblia.

—Tampoco nos pasemos, que no quiero pasar de ser virgen a pasármelos a todos por la piedra. Ya sabes que no es lo mismo «Jud, vete arriba y pon al fresco este besugo» que «Jud, vete arriba y ponte fresca, que ya subo».

Ella soltó una carcajada.

—¿Y ahora qué tiene que ver un besugo en todo esto? Como no sea que te refieras al tipo de conversación que estamos teniendo, porque *besuga* eres un rato cuando quieres.

—Me refiero a que ni tanto, ni tan calvo, ni virgen, ni puta, que tú eres muy bruta.

—Ya estamos con las rimas, si es que algo se nos tenía que pegar después de ser familia... —Mi madre y sus hermanas siempre jugaban a las rimas, tradición que habían heredado de nuestra abuela, así que no era de extrañar que Jud y yo jugáramos a lo mismo que todas las mujeres de la familia. Nuestras cenas de Navidad no tenían desperdicio—. Bueno, sea como sea, tenemos al hombre y ahora sólo hace falta que te sirvamos en bandeja de plata. Mañana pasaré a buscarte a las diez, ahora te cuelgo, que voy a hacer unas cuantas llamadas.

—¿A estas horas? —Era tarde, dudaba de que alguien le contestara y, si lo hacían, seguro que la mandaban a freír espárragos, como poco.

—¡Es una emergencia! Mis amigos lo entenderán. Tú no te preocupes de nada y déjalo todo en mis manos, ya sabes: a quien buen árbol se arrima...

—¡Se llena de bichos y resina!

Mi prima volvió a reír.

—¡Bruja!

—¡Hija de Satán!

—Te quiero, *primi*.

—Y yo a ti, loca, nos vemos mañana.

## Capítulo 5

Me desperté con unos dulces aporreos en la puerta que indicaban que mi prima había llegado.

Tras frotarme los ojos, me levanté antes de que despertara a todo el edificio. Jud entró como un vendaval.

—Aquí la tenéis.

Abrí los ojos para encontrarme a dos bellezas que me miraban de arriba abajo girando a mi alrededor.

—Tiene madera, pero tenías razón, hay mucho que pulir.

Las miré sin saber muy bien qué decir. Parecían dos modelos sacadas de cualquier portada y yo la hermana fea de la Cenicienta.

—Disculpad, pero... ¿vosotras quién diablos sois?

Ellas se miraron sonrientes.

—¡Tus hadas madrinas! —Qué oportunas con la comparativa—. Yo soy Ilke. —La rubia de aspecto de diosa nórdica se acercó a mí para besarme—. Seré tu *personal shopper* por hoy.

—¿*Personal choped*? Disculpa, pero nunca me ha gustado ese embutido.

Ella soltó una risa cantarina.

—Tenías razón, Jud, sigue siendo muy de pueblo, y tiene ese acento cantarín que la sitúa rápidamente en Galicia. Ese chico caerá rendido después de que la vista con una de mis prendas.

—¿Así que lo del *choped* tiene que ver con ropa? Mira que a mí no me va mucho lo alternativo: Lady Gaga y su vestido de carne no me gustaron nada, aunque tal vez tampoco sea tan mala idea... —

dije tamborileando mi dedo índice contra la barbilla. Después chasqué los dedos—. Publicidad subliminal, ¿no? Así Jiménez sabrá que espero darme el filete con él, podría ser una manera de conquistarlo, dicen que a los hombres se los conquista por el estómago... —La rubia me miraba con cara de no entender nada, debía explicarme mejor—. Por favor, ya que pago el vestido, ¿podría no ser de choped?, prefiero algo con más calidad: entrecot o carpaccio, que es más finito.

Las tres se miraron ojipláticas tras mi diatriba para estallar a continuación en una carcajada a tres bandas.

—Madre mía, chica, desde luego que no tienes desperdicio. No te preocupes, que no soy tan alternativa, más bien me va el estilo sexy y sugerente, no la ropa comestible.

Suspiré aliviada.

—Menos mal, creo que a mí también me va más.

—Perdonad que os interrumpa, chicas. —La oriental con piel de porcelana parecía muy concentrada mirando mis brazos y piernas—. Antes que nada, necesitaremos un tratamiento completo en el salón de David, está usando mi línea cosmética y sus clientas están encantadas. —Me acarició los brazos, y estaba segura de que se había pinchado, hacía días que me había pasado la cuchilla, así que mis pelos eran como los de un erizo a punto de atacar—. Hay que depilarla por completo, exfoliarla, hidratarla, hacerle la manicura, la pedicura y, por supuesto, maquillaje y peluquería, hace años que no veía unas puntas tan abiertas.

—Eso es porque no has visto el pelo de la tía Elvira... La cigüeña del pueblo la tomó con su pelo pensando que era paja para su nido, y cada vez que salía de casa, a la granja de cerdos, lo hacía con un paraguas.

—¿Por las cacas de cigüeña? —preguntó la japonesa.

—No, para liarse a paraguazos con el bicho cada vez que la atacaba queriéndole arrancar el pelo para su nido.

Ella sonrió.

—¿Tu tía cría cerdos?

Me encogí.

—Más bien ayuda a que se reproduzcan.

Entornó tanto los ojos que apenas se le veían. Jud pasó a iluminarla.

—Akiko, nuestra tía Elvira tiene una granja en la que se hacen pajas a los cerdos. Luz trabajó un par de veranos en ella, ¿verdad?

Las chicas me miraban con horror, mientras mi prima alzaba la comisura de los labios. Cómo le gustaba recordarme mi etapa de mamporrera.

—No es tan malo como parece —intenté suavizar la situación—, los cerdos la tienen finita y rizada, como un gusano, con dos o tres frotamientos están listos.

Sus caras no tenían desperdicio. Aunque Ilke rápidamente se recuperó.

—Entonces está claro por qué a algunos tíos se los compara con los cerdos —terminó sentenciando la rubia.

Todas reímos. Me gustaban, me hacían sentir cómoda, no eran un par de estiradas.

—Pues será mejor que nos pongamos en marcha, tenemos un día muy largo por delante. Vamos, Luz, espabila, duchada y cambiada en diez minutos, ya comerás algo en el salón de David.

Llamé disimuladamente a mi prima.

—No sé si voy a poder pagar todo lo que has dicho, tiene pinta de ser muy caro. —Estaba verdaderamente preocupada, esas chicas lo llevaban todo de marca, estaba convencida de que hasta el corte de pelo era de Chanel.

—Te dije que yo me hacía cargo si alguna vez te llevaba con Ilke. Este día corre de mi cuenta, tómatelo como un regalo por tu pérdida de la virginidad. Y ahora espabila, que no hay tiempo.

Me abracé a ella, mi prima era genial.

—Te quiero, *primi*.

—Y yo, anda, ve. —Me dio un cachete en la nalga y me largué al baño dispuesta a cambiarme.

La mañana fue caótica, nunca me habían sometido a tantas torturas juntas y a la vez tan placenteras, me habían dejado la piel más lisa que un huevo duro. Si después de eso y el body de encaje negro, que prometía realzar todas mis curvas y disimular todo lo que no me convenía, no pillaba, fijo que ingresaba en un convento para ser la esposa de Dios; por lo menos allí todas estaríamos en igualdad de condiciones.

Comimos en el mismo salón, que para mi sorpresa tenía un servicio de catering muy mono, con un amplio bufet de ensaladas, frutas y bebidas naturales.

Me sorprendió que mi esteticista fuera masculino; de hecho, todos allí lo eran, incluso el recepcionista, que era monísimo. Contrariamente a lo que podría parecer, me hicieron sentir muy cómoda, y al poco rato dejé de pensar que quien me hacía todo aquello era un hombre.

En fin, a mi puesta a punto corporal le siguió la facial y la capilar: que si tratamiento de queratina, mascarilla de algas de no sé qué... Por un día me sentí como Beyoncé, seguro que esa mujer se pasaba el día así, de cuidado en cuidado.

Me sanearon el pelo, me hicieron unas mechas para iluminar mis facciones y me dieron más manos que a una puerta; *contouring* se llamaba ahora.



—¿Estáis seguras de que con tanto potingue me reconocerá? — les pregunté preocupada.

—Pues ahora que lo dices, tal vez deberíamos haberte dejado el bigote de morsa y un trozo de alga en los dientes para que le resultaras familiar... —Jud se acarició el labio inferior.

—Serás...

—Cállate, Luz, que sólo nos quedan los labios y no nos podemos salir. Van a aplicarte un pintalabios 24 horas efecto *tattoo*. Si se salen aunque sea sólo un poco, acabarás con la boca de Carmen de Mairena. —Eso sí que no, bastante grande la tenía ya—. Queremos que desee besarte, no aparcar su moto en ella.

—¿Crees que tiene moto? —le pregunté curiosa, esperaba que no fuera un Vespino como el de Luis.

Mi prima se encogió.

—Casi todos los polis tienen una y con lo guaperas que es éste, no me extrañaría, aunque nunca se sabe.

Cuando terminaron me miré en el espejo. Hasta el momento no me habían dejado, tuve que palparme el rostro para asegurarme de que era yo la que se reflejaba.

—¡Santa María Auxiliadora, si tengo una cara arrebatadora! — exclamé al tiempo que agitaba unas gruesas y largas pestañas que podían provocar vientos huracanados en toda la Península.

La verdad es que estaba menos maquillada de lo que pensaba, o de lo que parecía. Era un maquillaje sutil, los ojos en un tono tierra muy suave, acentuando las motas doradas de mis ojos, las pestañas en negro mate que se desplegaban como un abanico; la piel parecía de porcelana, con un rubor melocotón sobre mis mejillas, y los labios de un color marrón teja que les daba voluptuosidad.

—Tú siempre has tenido una cara arrebatadora, sólo que no te sabías sacar partido —respondió Akiko—. La materia prima está debajo, mis productos sólo la han embellecido.

—Pues ya puedes prepararme un cesto con todo lo que me has puesto, ahora seré incapaz de regresar al modo oruga, ¡quiero ser mariposa!

Todas rieron.

—Muy bien, mariposa, levanta el panderero, que ha llegado mi turno, vamos en busca de la ropa que te va a catapultar hasta la cama de tu Empotrador.

—¡Sí, por favor! ¡Haz conmigo lo que quieras! Después de esto, confío ciegamente en vosotras.

Nos marchamos a la tienda de Ilke. Me sentía como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Vestidos, blusas, faldas, pantalones, creo que me probé casi toda la tienda. Ilke me dio una clase magistral de cómo combinar las prendas para resaltar mis curvas y ocultar mis excesos.

El vestido ganador fue uno de color negro de tirantes finos, escote más que generoso, con mucha caída, una raja que me llegaba casi a mi crisantemo y un cinturoncito decorativo en color plata. Lo complementaron con unos zapatos de tacón negros y un bolsito de esos ridículos donde apenas cabe nada.

—¡Lista!

Nunca había estado más despampanante en toda mi vida.

—¿A qué hora has quedado con el deshollinador? —preguntó Ilke.

—¿Deshollinador? No, es policía, ¿recuerdas?

Ella soltó una carcajada.

—Claro, pero es que esta noche va a desatascarte la chimenea...

¡Aquella chica estaba tan loca como Jud! La japonesa se rio ante la ocurrencia y mi prima no dejaba de asentir.

—Exacto, Luz, ábrete bien de piernas y deja que despeje tu caverna. —Puse los ojos en blanco, no tenían remedio—. No has respondido, ¿a qué hora has quedado?, y lo más importante: ¿dónde?

Cogí el móvil, lo cierto es que no lo había mirado en todo el día, con tanto trajín me había despistado. Abrí unos ojos como platos, eran las ocho y media, y mi Empotrador, tal como lo tenía grabado en el móvil, decía que quedábamos a las nueve en la otra punta de la ciudad. No llegaba ni de coña.

—¡¡¡Sólo tengo treinta minutos y he de ir a coger el metro!!!

—Ni hablar —repuso Ilke—. Vamos en mi coche, no vas a ir en metro con una de mis creaciones. Rápido, chicas, dejémoslo todo así, mañana ya lo recogeré.

Salimos a la carrera, tanto que casi me rompo un tobillo con aquellos tacones infernales. Por suerte, mi prima evitó que el mal fuera a mayores. Me senté al lado de Ilke y ella arrancó el motor como si en vez de un Mini llevara un Ferrari. No sabía que ese *micromachine* pudiera correr tanto.

Sólo llegué cinco minutos tarde. Teniendo en cuenta el tráfico de la ciudad y los malditos semáforos, había sido un milagro.

—Ánimo, Luz. Valor y al toro.

—Con un poco de suerte, me clavaré el pitón...

Tomé aire, ellas me miraban ilusionadas, al fin y al cabo era su creación. Salí con todo el coraje que pude, era mi gran noche y nada lo iba a estropear.

Estaba en la calle Muntaner, concretamente en el número 82, como me había dicho Jiménez en el mensaje. Delante de mí estaba el restaurante Indochine y a él no se lo veía por ningún lado. Tal vez

estuviera dentro. Saludé a las chicas con la mano y entré en el local hecha un manojo de nervios.

Era un restaurante exótico, los suelos y la barra eran de madera natural, las paredes estaban pintadas en gris humo y contrastaban con las minúsculas flores rojas que pendían del techo.

Me sentía muy insegura, no sabía hacia dónde ir o qué hacer, así que me dirigí a la barra para sentarme en un taburete que parecía más un tronco de un árbol que un sitio para sentarse. «Menudo sitio ha escogido para la primera cita... Tal vez haberme conocido en un wok lo ha condicionado.»

Lo cierto es que el lugar era espectacular, si mirabas hacia dentro parecía un jardín repleto de árboles y plantas, las mesas se enterraban en el suelo, dándole un aire de cuento. No estaba muy segura de si iba muy acorde con el vestido que llevaba, la raja XXL, que me llegaba hasta el muslo, no era ideal para ese tipo de mesas, aunque con un poco de suerte, si se sentaba delante, no le enseñaba toda mi flor.

El camarero me preguntó si me ponía algo de beber, le dije que estaba esperando a alguien, pero insistió, seguramente no dejaría de insistirme hasta que consumiera. Le dije que me pusiera cualquier cosa; error de principiante: ni a un peluquero le dejes cortarte sólo las puntas, ni a un camarero ponerte lo que él quiera. El tipo sonrió y vi cómo cogía un sinfín de botellas para verter de todas ellas en una coctelera y agitarla después.

Me tendió la copa con un resultado color melocotón que obviamente tuve que degustar tras los empujones del camarero a mi copa, era eso o me la tiraba por encima.

Di el primer sorbo con recelo, pero estaba francamente bueno, dulce, especiado y picante, con una mezcla de frutas donde claramente destacaba el coco.

—¡Está riquísimo! —le dije gratamente sorprendida, y él me sonrió con amabilidad para dejarme la cuenta encima de la barra, fijo que a ése no se le escapaba nadie sin pagar.

Abrí mi minibolso dispuesta a tender un billete cuando una voz ronca a mis espaldas me sorprendió.

—Cóbremelo a mí, la señorita viene conmigo.

El corazón comenzó una carrera frenética por salirse de mi boca, dejé la copa sobre el mostrador para volverme con prudencia y encontrarme de frente con EL EMPOTRADOR, y lo digo en mayúsculas porque era imposible que hubiera otro igual.

—Hola —susurró con aquella sonrisa tan devastadora. Mis ojos bajaron hasta esos tremendos bíceps e intenté contestar, juro que lo intenté.

—*Bola...* —bajé los ojos hasta su abultado paquete intentando rectificar—, *cola*, digo..., *pistola*. —Lo estaba empeorando, pero es que fijo que allí llevaba un arma, aunque no estaba segura de cuál.

Me cogió de la barbilla, supuse que para subirla hacia arriba y que dejara de mirar su abultada entrepierna. Tal vez lo hiciera para besarme, pero es que yo estaba tan nerviosa que al notar los dedos y entender qué miraba tan fijamente subí la cabeza de golpe y me encontré con su boca abierta tomándome la nariz y su lengua metida en el agujero. Pegué un grito desgarrador impulsándome hacia atrás al sentir aquello en mi fosa nasal y le di un codazo a la copa, que salió disparada contra el camarero, empapándolo por entero. ¡Empezaba bien la noche!

—¿E-estás bien? —Jiménez parecía abochornado, supongo que meterle la lengua en la nariz en la primera cita no es plato de buen gusto para nadie. Yo apenas podía mirarlo a la cara.

—Perdona, la culpa ha sido mía, es que no estoy acostumbrada a hacer estas cosas y supongo que estoy nerviosa. Si quieres que me

marche, lo entenderé, yo...

—Chissssss —me acarició el rostro—, tranquila, creo que me he precipitado. Sólo intentaba besarte para que dejaras de decir sandeces.

Lo miré de golpe, me estaba sonriendo. BUUUUUM, otras bragas que me estallaban... Ay, no, que llevaba body..., ¿se me habrían desabrochado los corchetes de la entrepierna? No era plan de palmarme ahí ahora para comprobarlo. Quería besarme y yo lo había estropeado todo consiguiendo un lametón en la nariz. «Será mejor que respires, Luz. Por muy bueno que esté, has de serenarte.»

—Iremos más despacio. Hola, soy Carlos.

¿Carlos? ¿Había dicho Carlos? Como el cantante Carlos Rivera, que estaba como un queso y era mi favorito. Me encantaba aquel nombre tan masculino, le pegaba, aunque también me gustaba su boca, sus ojos, sus pectorales, su... ¡Oh, mierda volvía a mirarle la pistola! Intenté remontar de nuevo fijando mis pupilas a las suyas.

—Luz —conseguí soltar.

—Lo sé, me lo dijiste por teléfono, ¿recuerdas?

No, no recordaba nada, ese hombre me sorbía el cerebro, y si tenía suerte me sorbería también otra cosa. «Ay, santa Rita, Rita, ¡este buenorro nadie me lo quita!»

— Claro, es que no estaba segura de que lo recordaras.

—Es imposible olvidarte —dijo ronroneante. ¿Por qué hacía tanto calor? ¿Alguien había encendido la calefacción en pleno verano? Esperaba que no me sudara el bigote y se me llenara de churretes —. ¿Puedo darte dos besos? Después del escáner al que me has sometido imagino que como mínimo me merezco eso.

Casi me derrito, entre la vergüenza y el gusto.

—Sí, por supuesto que puedes —fue lo único que se me ocurrió responder.

Sus ojos descendieron por toda la raja que descubría mi pierna, y lo hacía muy apreciativamente. Noté cómo mis pezones se tensaron y las mariposas de mi barriga bajaron a agitarse contra mi flor. Se acercó con cuidado para darme un par de besos bien dados, no como esos que te clavan el hueso del pómulo y se dan al aire. Carlos posó su boca por completo en mi mejilla, primero en una y después en la otra; me hormigueaba todo el carrillo tras su contacto.

—Estás preciosa. —Le sonreí embobada—. Y que no lleves algas en los dientes es un punto más a tu favor, me encanta tu sonrisa.

Casi me caigo del taburete ante su afirmación, ese hombre convertía mi maltrecho cerebro en gelatina.

—Tú también estás muy guapo, aunque no lleves la porra. —¿De dónde había salido eso?

Me tendió la mano, yo la agarré y me apretó contra su duro cuerpo, clavándome cierta parte de su anatomía.

—La porra siempre la llevo puesta, preciosa, y más sabiendo que iba a cenar contigo. —Bum, bum, y triple bum con tirabuzón. Me lo había susurrado en el oído para después depositar un suave beso bajo él—. Vamos, nena, no sabes cuántas ganas tengo de que acabemos de cenar y te conviertas en mi postre.

Estuve a punto de arrastrarlo fuera y saltarle encima cual pollina en celo para que rompiera mi «techo del amor» con su firme barra de acero. Pero de nuevo tuve que contenerme y lo único que me salió fue algo como un graznido ahogado.

Caminamos hacia la zona de comedor y vi que me tocaría meterme en esa especie de agujero bajo la mesa. No las tenía todas conmigo acerca de cómo descender hasta ahí abajo con aquellos

taconazos de aguja y sin enseñar nada a través de la abertura del vestido. Tras dos intentonas fallidas vi cómo mi acompañante cambiaba de lugar, me agarraba de la cintura y me hacía descender pegándome a su cuerpo. Cuando llegué abajo estaba jadeando como esas tortugas de los documentales de La 2. Ese hombre debería apellidarse SEXO.

—Si no te importa, no voy a cambiarme de lugar, me gusta estar sentado a tu lado, las vistas son envidiables. —Desde su estatura recorrió mi escote, pasando por mi cintura hasta llegar a la abertura. Me puse muy roja, pero accedí, ¿qué iba a decirle? Aquella mesa tan bajita no me permitía cruzar la pierna, así que todo mi muslame quedaba a la vista del depredador. Con un dedo recorrió sutilmente mi muslo hasta la rodilla—. Mmmm, eres como terciopelo.

—Como para no serlo, llevo toda la mañana en el puñetero salón de belleza, me aseguraron que quedaría lisa como un huevo duro... Lo que tocas es mi piel, no hay un solo pelo fuera de lugar. Si vieras lo que grité, ni los gorrinos de mi tía chillaban tanto en plena matanza. —No podía controlar la verborrea, mientras él no dejaba de contemplarme—. Suerte que el chico se esmeró mucho después con el masaje y me alivió todas las rojeces.

Su cara era un poema, no sabía si reír, llorar, enfadarse o sorprenderse. Finalmente optó por soltar una carcajada.

—Creo que nunca me había reído tanto con una mujer, desde nuestra conversación de ayer que no paro de darle vueltas. Así que un chico te ha depilado. —Asentí como las bobas—. ¿Todo?

—¿Es algún tipo de pregunta trampa? Mis amigas me dijeron que no debía quedar ni uno en todo el cuerpo, así que eso hizo el pobre muchacho. No habrás notado alguna pelusilla al palparme la pierna, ¿no?

Su fascinante sonrisa se amplió para después ponerse muy serio.



—Tu piel estaba muy suave, no he notado nada fuera de lugar. — El alivio me invadió—. Aunque estaré encantado de corroborar más tarde si tu depilación integral ha sido un éxito.

Sus ojos se oscurecieron y mis mariposas se convirtieron en abejas zumbonas. Por suerte, el camarero apareció antes de que le soltara cualquier barbaridad como si quería convertirse en mi abejorro. Entre el cóctel y ese hombre, era capaz de decir cualquier burrada.

—Espero que no te importe —dijo señalando al camarero, que parecía traer comida para un regimiento—. Soy un poco controlador, me gusta que todo salga al detalle, así que les pedí que lo tuvieran listo para no tener que esperar más de lo necesario. Como te he dicho, de lo que tengo ganas fundamentalmente es de ti.

«Virgencita del Orgasmo Encontrado, que con éste estallo sin que me haya tocado.»

—Me parece perfecto. —Cogí la servilleta e intenté cubrirme algo, pero mi Empotrador, al ver que me tapaba, destapó justo la zona donde mi falda se abría.

—Así, mucho mejor.

Estaba temblando, no podía apartar los ojos de su mano, que acariciaba el trozo de piel expuesta. El camarero seguía con su tarea disponiendo los platos sobre la mesa. Todo olía de maravilla, un sinfín de exóticos aromas alcanzaban mi nariz, me sentía abrumada por tantas sensaciones y, sobre todo, por sus caricias.

—Aquí tienen, señores. Rosas del desierto compuestas por pasta fresca rellena de mar y montaña con salsa de soja dulce y un toque de jengibre. Canelón con menta, langostinos macerados con cítricos y salsa de lima. Brochetas de carne de cerdo con verduras fermentadas. Pollo adobado con especias, a cocción baja temperatura con albahaca *thai*. Arroz frito con gambas y hierbas

frescas del sureste asiático. Y un vino blanco de aguja para acompañar. Espero que les aproveche.

—Gracias —dijimos los dos al unísono sin apartar la mirada del otro. Me parecía increíble que ese pedazo de hombre pudiera sentirse atraído por mí.

La cena fue bien, me costó un buen rato sentirme cómoda y dejar de decir sandeces, no porque Carlos no hiciera todo lo posible o el ambiente con aquella música suave y el correr del agua bajo nuestros pies no ejercieran su función. Era tan alto el nivel de atracción que despertaba en mí que me anulaba por completo, haciendo que me comportara como una tonta descerebrada. Casi todo el rato habló él, mi vocabulario se limitó a los excelsos monosílabos de «sí» y «no», debía sacarme la información con sacacorchos, y cuando llegó el postre, una crema de coco con mango natural, me soltó que le encantaba que fuera tan misteriosa. Yo estaba con la cuchara en la boca, se acercó a mi oreja para susurrármelo y yo, con los nervios, empujé la cucharilla con la lengua hacia arriba y me clavé el mango en un ojo.

Me llevé las manos a la cara aullando de dolor, mientras Carlos me consolaba diciendo que eso podía ocurrirle a cualquiera y que iba a poner una hoja de reclamaciones por no avisar de que esas cucharillas podían atacarte.

Terminé riendo, la verdad es que, además de guapo, era divertido, que todo el rato estuviera preocupándose de que me sintiera bien tenía su punto.

—Te juro que normalmente no soy tan patosa, si incluso doy clases de yoga en un centro, coordino bastante bien, pero es que me pones muy nerviosa —decidí sincerarme.

—Así que agente de seguros, profesora de yoga..., ¿y tal vez algún secreto más? ¿Eres agente de la CIA?

Por un momento estuve tentada de confesar, no iba a decirle lo de la línea cachonda, así que entorné los ojos haciéndome la interesante y le respondí:

—Tal vez tenga algún secreto más; como bien has dicho, soy un misterio y deberás descubrirlo.

Pasó la lengua por su labio, humedeciéndolo, y se acercó algo más a mí.

—Pues estoy deseando empezar.

Cada vez estaba más cerca, iba a besarme, así que puse morritos a lo Betty Boop y cerré los ojos.

—Si pones esa boca, no puedo quitarte el trozo de mango que se te ha quedado encallado entre los dientes. —Abrí la boca y los ojos a la vez, para comenzar a boquear e intentar palpar con la lengua el maldito mango. Carlos me miraba risueño—. Déjame a mí, creo que lo haré mejor.

¿Cómo pensaba hacerlo? En un visto y no visto, sus labios capturaron los míos y su lengua hizo un barrido a fondo de toda mi cavidad bucal, creo que hasta recorrió aquel minúsculo empaste que me hicieron a los doce años. No estaba segura de si me había sacado el trozo de mango o no, pero aquello dejó de importarme a la que le acaricié la lengua con la mía.

Los fuegos artificiales estallaban en todo el restaurante, me faltaba el oxígeno, no podía dejar de gemir en su boca y agarrarlo del cuello para que no se separara de mí jamás.

Pasó las manos por debajo de mi trasero y, sin dejar de besarme, me sacó de la mesa soterrada como si fuera ligera como una pluma.

Después me bajó al suelo y se pegó mucho a mí, los dos respirábamos agitadamente, acercó sus labios a mi oído.

—Espero que lo de la tarjeta siga en pie, porque no puedo pensar en otra cosa que no sea en arrancarte ese maldito vestido y follarte

contra la pared.

—¡Sí! —grité presa de la emoción. Pensar en él desnudo y haciéndome eso hizo que no pudiera aguantarme.

—Me alegra tu efusividad y que estemos de acuerdo. Pago y nos vamos. —Tiró de mi mano y fuimos hasta la barra a trompicones para pagar la cuenta.

Tras salir del restaurante vi que nos dirigíamos hacia una moto, no un Vespino como el de Luis, sino una señora Harley. Carlos sacó un par de cascos del asiento y me dio uno.

—Agárrate, muñeca, te voy a hacer volar...

Ya estaba volando hacía rato, pero con él habría volado al fin del mundo.

## Capítulo 6

Llegamos frente a un edificio en la zona de Balmes. Carlos me tomó de la mano y llamó al timbre, cosa que no entendí. ¿Compartiría piso o algo así? Como lo miré extrañada, supongo que captó mis dudas.

—Tranquila, bombón, este sitio me lo ha recomendado un compañero, vamos a disfrutar de lo lindo.

Le sonreí tímidamente, no estaba segura de dónde me estaba metiendo, y menos cuando una señora en bata con el estampado de las cortinas de mi abuela y más bigote que Cantinflas nos abrió la puerta.

—Bienvenidos al Palacio de la Lujuria. —¿Lujuria? Esa mujer no había conocido otra lujuria que no fuera comerse un helado triple de chocolate, si aún tenía el lamparón en la bata... Santa María Magdalena, esa mujer daba pena, o miedo, según se viera. Tenía una verruga enorme en la barbilla que parecía tener vida propia.

—Hola —dijo Carlos la mar de calmado—, reservé habitación a nombre de Jiménez.

—Cierto, la habitación «Cristales de pasión», seguidme.

Os juro que estuve a punto de largarme, pero tenía a mi lado al Empotrador Celestial, no podía irme en ese momento, sin haber catado el orgasmo.

Anduvimos por un estrecho pasillo de moqueta granate y luces de neón rojo: el ambiente no presagiaba nada bueno. Nos detuvimos frente a una puerta que debía de ser blanca, pero con la iluminación

se veía rosa, y la mujer nos tendió una llave con una bola enorme que debía de pesar un kilo por lo menos, no fuera a ser que nos la lleváramos de casualidad.

—Dentro tenéis sábanas y condones, tres son cortesía, si necesitáis más valen cinco euros la unidad, los tenemos de distintos sabores y tamaños. —¡Si parecía la señora Amparo de la verdulería ofreciéndome la fruta del día!—. Tenemos kits con lubricante, *plugs* anales, micrófonos vibradores, enemas, látigos, muñecos hinchables y dildos XXL. Tenéis un catálogo dentro por si le queréis echar un ojo.

A esas alturas mi ojo derecho ya sufría un tic nervioso. ¿Qué narices era un micrófono vibrador? ¿Es que dentro había karaoke? ¿Y un enema? Como al Empotrador se le ocurriera enchufarme una lavativa no iba a tener piernas suficientes para salir huyendo.

—Gracias, pero creo que no nos hará falta nada.

La mujer asintió y se marchó por el largo pasillo, provocándome un escalofrío de angustia; era como una película de terror.

Carlos abrió la puerta, prendió la luz y me quedé sin habla: ahora entendía el nombre de la habitación. Toda, absolutamente toda, estaba forrada de espejo, había una enorme cama redonda con un juego de sábanas doblado encima, una bañera, que por el tamaño parecía una minipiscina, estaba justo al lado, si me metiera dentro de pie estaba convencida de que el agua me llegaría al pecho, y justo enfrente había una puertecita. No pude controlarme y la abrí pensando encontrar un arsenal de juguetes como los que había descrito la mujer, pero no. Sólo había un váter y un lavamanos. Madre mía, no había visto un lugar más horripilante en toda mi vida. ¿Allí iba a perder la virginidad? Seguro que no lo olvidaba en la vida.

Mi poli buenorro se acercó a mí apretándome, clavándome el arma por detrás.

—No sabes cómo me pone este sitio, saber que voy a ver tu reflejo por todas partes, que voy a ponerte en todas las posiciones y que no va a haber un solo sitio oculto para mí me pone muy cachondo. —Subió las manos a mis tirantes y tiró hacia abajo. Por suerte, llevaba el body—. Estás tan buena, Luz...

Eso lo decía porque no me había visto las caderas, pero dudaba que en el cuarto de los horrores no me viera hasta el carnet de identidad. «Por favor, que no se me marque la piel de naranja de las caderas...» Sólo esperaba que los espejos del demonio no fueran de esos que amplían o estaba verdaderamente perdida: en vez de piel de naranja parecerían los cráteres de un volcán.

—¿Te apetece que llene la bañera y nos demos un baño? Creo que aquí dentro puedo dar incluso un par de brazadas —observó la mar de entusiasmado, mientras yo sólo veía un pozo lleno de agua donde ahogarse.

—C-como quieras —le respondí. ¿Qué iba a decirle? ¿Que era muy profunda para mi gusto? ¿Que no sabía nadar?

¿Cómo me metía en esos berenjenales? Había pensado que me llevaría a su piso y haríamos el amor rodeados de velas a media luz, no en un sitio donde me viera constantemente todos mis defectos y con una bañera asesina. Antes de ir a preparar el baño me desató el cinturón y mi vestido cayó al suelo, dejándome sólo con la pieza de lencería. Soltó un silbido de admiración, o eso me pareció a mí, ahí dentro no podía tratarse de otra.

El body era de esos de encaje negro, con efecto *push up* en el pecho y tanga en el trasero, sólo esperaba que no lo estuviera viendo a través del espejo. En mi cerebro sonaba la voz de la madrastra de Blancanieves: «Espejito, espejito, ¿quién tiene el culo más gordito del reino?». Cuánto daño había hecho Disney.

Me costó mirarlo a los ojos, pero lo hice. Para mi sorpresa, no había aprensión, sino deseo. Dio otro paso más y volvió a pegarse a mí para frotar su erección y besarme con energía. Por un momento desconecté, subí las manos a su cuello y me centré en aquel beso que me estaba quitando el sentido.

Su mano bajó hasta mi pecho y lo apresó, yo jadeé en su boca, cuando él acarició el pezón bajo la tela.

—Estoy deseando follarte, nena...

Su boca descendió por mi clavícula, así que no me quedó más remedio que fijar la vista en el techo. Vi cómo descendía su pelo moreno, sacaba uno de mis senos y se ponía a chupar como un loco, ¿pensaría que de ese modo sacaría leche para el cortado? «Concéntrate, Luz, has de sentir, no sacarle punta a todo...» Pero es que esa monstruosidad de habitación impedía que me relajara y mi cerebro buscaba distracciones en todas partes para no traumarse, imagino. Tras una fuerte succión, me olvidé del café y de los puñeteros espejos, tal vez si cerraba los ojos la cosa mejoraba y podía dejarme ir. Me dispuse a ello, sin ver nada y concentrándome en lo que aquella boca me hacía. Realmente me gustaba lo que me estaba haciendo, mi sexo empezaba a vibrar con fuerza y esta vez era yo la que me apretaba contra él.

—Eso es, me encanta que seas tan receptiva, tienes unos pechos muy dulces.

Se apartó para contemplarme sin cubrir mi seno, que se alzaba orgulloso. Sonrió, bajó la cabeza y besó la cresta rosada. Yo lo contemplaba con pereza, no me apetecía que se apartara de ahí.

—Voy a preparar la bañera, quédate así, estás perfecta.

Me temblaba absolutamente todo. El teléfono comenzó a sonar entonces en mi bolso, ¿quién sería? Lo abrí para apagarlo y dejarme en mi nube de fantasía, cuando me di cuenta: con las



prisas y los nervios no había quitado el aviso de la guardia, era un cliente y no podía no contestar. Por lo menos debía atender esa llamada y después introducir el código SMS para que no me entraran más.

—Debo responder, es urgente, será sólo un minuto.

No esperé que contestara y abrí la puerta del váter. No estaba segura de si me había oído o no, justo había conectado la tele, que estaba a toda leche emitiendo el grito de lo que parecía un orgasmo en grupo. Cerré rápidamente la puerta y respondí.

—Gatitas Cachondas, te atiende Lu.

—Hola, Lu, estoy muy caliente esta noche...

«Ponte en situación y termina rápido —me dije—, con un poco de suerte será de los que entran jadeando.»

—Ah, sí, me alegro, porque yo también, no me gustan los preliminares, así que, ¿qué deseas?

—Una chica directa, me gusta. ¿Puedo hacerte una pregunta?

¡Joder!, esperaba que no fuera una «larga distancia».

—Claro, dime.

—¿Tienes mucho pelo?, ¿eres peluda?

Menuda pregunta, precisamente hoy, que me había depilado por completo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no hay nada que me ponga más que un conejo salvaje oculto entre las zarzas. —Tuve que repetir mentalmente la frase dos veces para dilucidar lo que aquel majadero quería decirme.

—¿Te gusta el pelo?

—Me pone mucho, no hay nada que me dé más arrojito que tirarme sobre un buen matojo. Dime, ¿cuánto pelo tienes?...

Estaba flipando, ¿es que acaso pensaba que podía pesarlo? Además, justo ahora no podía hacer nada, lo tenía más calvo que el

de una Barbie, aunque yo era una experta vendedora de humo, así que si aquel hombre quería una selva tropical, se la iba a dar.

—Muchísimo, soy medio francesa, ¿sabes? —Mi madre siempre había dicho que las francesas y las portuguesas no se depilaban, así que si su fetiche era el pelo, seguro que lo sabía.

—Pues quiero oír cómo frotas tu felpudo mientras yo me la casco, quiero que ambos nos corramos así, ¿de acuerdo?

En aquel minibolso no tenía mi kit para llamadas, normalmente tenía un puñado de esparto anudado para ese menester, así que tuve que improvisar.

—Estaré encantada, escucha cómo me pone. —Me coloqué el teléfono en la cabeza y comencé a frotarlo, a la par que lo alentaba —. Mmmmm, eso es, sigue así, ¿notas lo caliente que me pones? —Y yo venga a darle al auricular, esperaba que el pelo no me cogiera electricidad estática y se me encrespara.

Oía sus jadeos, que cada vez eran más fuertes.

—¡Eso es, nena, madre mía, me encanta tu madeja!

Mira, una cosa que acertaba.

—No lo sabes tú bien, podría donarlo y que alguien se hiciera un peluquín... —Casi solté una carcajada, si alguien escuchara esas ridículas llamadas, alucinaría.

—Sigue, sigue, no pares, ahora quiero oír la humedad de tus labios, ¿estás mojada? —Ése era fácil, te lo enseñaban el primer día, era como la letra «a» del abecedario, el «a, e, i, o, u» de las *teleputadoras*. Puse el auricular cerca de mi boca, comencé a sacar saliva y a frotar arriba y abajo el dedo índice; era como hacer el indio, pero a lo porno—. Eso es, eso es, eso eeeeeeeeeesssssss...

—El cliente se había corrido a la vez que la puerta del baño se abría y Carlos me pillaba con el frotamiento de labios.

Pulsé el botón para colgar la llamada, no quería imaginar el aspecto que tendría con el pelo alborotado, la teta fuera y dándole al froti-froti. Menos mal que el pintalabios era permanente...

—¿Estás bien? —Me miraba extrañado.

Menudo bochorno, ahora no podía ponerme roja. «Piensa, Luz.»

—Mmm, sí, disculpa, me estaba lavando los dientes, soy una maniática de la higiene bucal y después de lo ocurrido la primera vez que nos vimos, más.

Me miró sorprendido.

—¿Con el móvil?

—Sí, bueno, lo tengo en modo efecto espejo, para no dejarme nada.

Carlos me observaba como si me hubiera enajenado.

—Ya... Mmm, bueno, si has terminado, la bañera ya está lista.

—Espérame dentro, ahora salgo, sólo necesito un minuto más.

Cerró la puerta y en cuanto lo hizo marqué el código SMS para que no nos molestaran. Después me volví para ver el deplorable aspecto que debía de haberle ofrecido. Solté una risotada, increíble, el único sitio donde habría necesitado un espejo y no había ninguno. Me pasé como pude las manos por el pelo, atusándolo.

«Vamos, Luz, que puedes hacerlo.» Metí el pecho en su lugar y salí del modo más sexy que pude.

Carlos ya estaba en la bañera, colocado como un marajá, y entonces caí: ¿tendría que desnudarme y entrar como Dios me trajo al mundo elevando la pierna y mostrándole la caja de Pandora? Me quedé muy quieta, él me miraba sonriente. ¿Ahora qué iba a hacer?

—¿Hay algo para beber? —Necesitaba alcohol para sacar valor y hacer lo que debía si quería mojar.

—Creo que ahí hay una cubitera, acércala para que descorche la botella. Mientras, puedes ir desnudándote.

«¡Ni hablar!» Era incapaz de hacer eso, me moría de la vergüenza.

—No te preocupes, ya la abro yo... —«Tiempo, Luz, gana tiempo.»

Prefería que me viera andar con el body a tener que quedarme en bolas en la habitación del pánico. Fui a por la botella sin dejar de mirar de refilón su escultural cuerpo. Tenía más bultos que el saco de Papá Noel en Navidad. Las manos me sudaban, el vapor de la bañera estaba condensando el ambiente, creando una neblina de vapor; con un poco de suerte se empañarían los espejos y podría hacer algo para entrar en la bañera. Tal vez pudiera entrar con el body y que él me lo quitara, sí, ésa iba a ser la mejor opción.

Alcancé la botella, puse la mano sobre el corcho y comencé a frotar y a tirar, el muy hijo de su madre se resistía.

—¿Te ayudo?

Negué, a cabezota no me ganaba nadie. Encajé la botella entre los muslos y seguí tirando sin éxito, hasta que Carlos insistió:

—Anda, déjame a mí.

Se levantó de la bañera mostrándome aquel pedazo de torso hasta que mis ojos alcanzaron su armamento. ¡Santa María Auxiliadora, menuda porra! ¡Viva el cuerpo de policía! Me dieron ganas de gritar «¡Firmes!» y cuadrarme ante él. Apreté el corcho más de la cuenta, giré la mano y éste salió disparado como un misil para alcanzarle en todo el mástil. Tocado y hundido.

El pobre Carlos se dobló en dos, ¡menudo golpetazo le había arreado! Después de aquello mi pérdida de virginidad se iba al garete.

Corrí rauda y veloz para socorrerlo, con tan mala suerte que uno de los puñeteros tacones de aguja se enganchó entre dos baldosas, partiéndome el tacón y propulsándome sin remedio hacia la bañera.

Intenté frenar, pero no había nada a lo que agarrarme y el vapor hacía que el suelo estuviera muy resbaladizo, como una de esas pistas de patinaje sobre hielo. Terminé aterrizando en las profundas aguas con un requebro mortal que me llevó a hacer el submarino.

Sentía las piernas moverse fuera del agua, ¡Dios mío, iba a morir ahogada..., que no sabía nadar! Intenté incorporarme agarrándome a las piernas que tenía justo enfrente, pero Carlos no tenía un solo pelo y debía de haberse echado aceite Johnson's, porque se me escurría como una anguila. Casi sin aire, emergí de golpe con los pulmones ardiendo cuando logré afianzar los pies en el suelo y salir como un misil. Era tal mi pavor que ni siquiera recordé que Carlos estaba doblado en dos; simplemente salí como pude para coger aire, golpeando su nariz con la parte alta de mi cabeza.

Otro grito de dolor escapó de sus labios.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡¿Es que te has propuesto rematarme y terminar conmigo?! ¡Si te van los cadáveres, haberlo dicho! O, si no querías que te follara, con decir «No» me habría bastado, no hacía falta todo eso. ¡Maldita chiflada! —No podía estar ocurriéndome aquello, mi poli buenorro parecía fuera de sí—. Puedes estar muy buena, pero hay cosas que no estoy dispuesto a tolerar.

«¿Yo? ¿Muy buena? ¿Chiflada?» Las palabras se agolpaban avasallándome el cerebro y dejándome incapaz de reaccionar tras el terror de verme muerta por ahogamiento.

Carlos salió con la nariz sangrando, se vistió con rapidez y soltó unos billetes sobre la cama.

—Será mejor que busques a otro para que te empotre, yo con la cita de hoy he tenido más que suficiente. Disfruta de la habitación y borra mi número, no vamos a vernos más. —Me miraba con resquemor y, tras soltarme eso, se largó dando un portazo. No había

sido capaz de reaccionar, los ojos me ardían, tanto de la impotencia como de los ríos de rímel que debían de recorrerlos.

Me sentía como una idiota, lo había echado todo a perder, ¿y todo por qué? ¿Porque no me viera en pelotas? Pero ¡si igualmente iba a verme desnuda! Comencé a llorar desconsoladamente y sólo se me ocurrió hacer una cosa, en ese estado no me veía capaz de ir a ninguna parte. Llamé a mi prima y le pedí que viniera a buscarme entre hipidos; no pude contarle demasiado, simplemente le dije que viniera, que le mandaba la ubicación y que preguntara por la habitación de los espejos.

Me quité los carísimos zapatos, que habían quedado para el arrastre, el body empapado, y me envolví en una toalla rancia que parecía papel de lija y apenas cubría nada.

Tras lo que me pareció una eternidad, oí un montón de gritos fuera y al final la puerta se abrió.

—¡Le he dicho que no se preocupe por el dinero!

—¡Es que le alquilé la habitación al poli para dos, no para hacer una orgía!

Ocho pares de ojos, incluyendo los de la loca de las habitaciones, miraron hacia el interior. Jud, Ilke y Akiko contemplaban la habitación con horror, absolutamente consternadas, hasta que se fijaron en mí.

—¡Por *Dior*! ¿Qué les ha pasado a tu pelo y a tu maquillaje? — Ilke fue la primera en entrar y estrecharme entre sus brazos.

—Son doscientos cincuenta por adelantado —le dijo la vieja gruñona a mi prima.

—No se preocupe, que no vamos a quedarnos ni un segundo en este lupanar de poca monta. Vístete, Luz, que nos largamos.

La mujer se cruzó de brazos.

—¿Y quién paga lo que hayan hecho esos dos? Por corto que haya sido, está claro que algo han hecho...

Me puse en pie con la cara de un oso panda diluido y le di los billetes que Carlos había arrojado sobre la cama.

—¿Es suficiente? —pregunté abatida.

La mujer miró los ciento cincuenta euros, después mi cara contrita, y asintió.

—Tenéis diez minutos para largaros. —Se detuvo antes de salir y clavó su mirada enjuta en mí—. Bonita, permíteme un consejo: si un tío no logra estar más de un asalto, si es que ha llegado, no merece tus lágrimas, por bueno que esté. Más vale feo y complaciente que guapo sin aliciente.

—Por fin ha soltado algo coherente, muchas gracias por su excelsa sabiduría —respondió Jud. La mujer desvió la mirada hacia ella con cara de pocos amigos y cerró la puerta tras de sí—. ¡Menudo espécimen! A ésa sí que le hace falta una buena sesión de chapa y pintura. —Al ver que no lograba arrancarme la sonrisa, mi prima se puso manos a la obra—. Ahora no tenemos tiempo que perder, vamos a vestirme y de camino a tu casa nos cuentas qué ha ocurrido, nos has pillado en plena noche de chicas.

—Lo siento, si es que todo lo hago mal.

Ilke me apretó con fuerza y Akiko se unió a ella, completando el abrazo en grupo de consolación.

—Chiss —me silenció la japonesa—, las cosas nunca son culpa de uno solo, no te mortifiques; además, la experiencia me dice que siempre son ellos los principales culpables. —Cuando oyera toda la historia estaba convencida de que cambiaría de opinión.

\* \* \*

Una vez en casa, con cuatro tazas de chocolate caliente entre las manos salpicadas de nubes de azúcar y la moral por los suelos, logré calmarme.

—Tampoco ha sido para tanto, un cúmulo de desgracias, que ya se sabe que nunca vienen solas —intentó justificarme Ilke—. Además, no era para que se pusiera así, unos cuantos accidentes le pasan a cualquiera. Vale que le habías hundido el barco y casi te cargas su nariz, pero siendo policía debería estar preparado para aguantar cosas peores, si te deja por algo tan nimio es que no era tu hombre.

—Exacto —aseveró Akiko—, mira, nuestros maridos vinieron hasta Rusia para reconquistarnos, el mío en concreto después de que me divorciara de él y estuviera a punto de casarme con otro.

—Yo también estuve a punto de casarme con otro..., bueno, más bien con el marido de Akiko.

Yo no salía de mi asombro, miraba a la una y a la otra sin poder creerlo.

—Pero ¡yo no buscaba un marido! ¡Sólo quería perder la dichosa virginidad!

—Lo sabemos, cielo —respondió contrita—. Pero a veces las cosas no salen como una quiere. Míranos a nosotras, nuestras historias están llenas de desencuentros y ahora somos muy felices.

—¿Y sois amigas? ¿Después de lo que pasó con vuestros maridos?

—¿Y por qué no? —La rubia parecía la mar de feliz—. Kiki es un cielo; además, cada una está casada con el que quiere.

Tomé un poco de chocolate.

—Sea como sea, dudo que Carlos viniera a Rusia a buscarme... Si me dejó tirada en ese maldito antro, ¿cómo iba a venir a Rusia? ¿Os he dicho que me pidió que lo borrara de la agenda?



Ellas asintieron.

—Bueno, eso es porque a veces los tíos son un poco capullos y tardan en darse cuenta de la mujer que tienen al lado, en eso sí que tienen un máster estas dos...

El timbre sonó, Jud fue a abrir y una cuarta mujer se unió al grupo, era Ana, la mejor amiga de Jud.

—¡Ana! —exclamamos todas, al parecer las chicas también la conocían. Ella vino directa a mí.

—Ay, peque, Jud me ha dicho lo de tu polvo fallido, cuánto lo siento, sé lo traumática que puede ser la primera vez. Siento no haber llegado a tiempo para apoyarte en el cuchitril, pero Alejandro no me soltaba —dijo algo sofocada arropándome entre sus brazos.

—Seguro que el fiero de tu marido te tenía atada dándote palmetazos en el trasero. —Ana seguía roja, así que probablemente Jud tenía razón—. Aquí donde la ves, ahora está más que satisfecha, pero su primera vez y los años posteriores a su matrimonio fueron un desastre. —Recordaba la historia de Ana, la pobre había sufrido mucho hasta encontrar a su media naranja—. El cafre de tu ex, que era para echarle de comer aparte —resopló mi prima.

—Son cosas que prefiero no recordar si no te importa. Además, ahora estoy muy contenta con mi Alejandro. Así que ponedme al día, ya sabéis que yo soy la reina de las cosas del revés: la ley de Murphy está basada en mi historia.

—Y en la mía de hoy seguro que también.

Nunca había sido patosa, pero es que ese hombre activaba esa parte de mí. Puse al día a Ana sobre mis infortunios, Jud siempre decía que ella tenía dos pies izquierdos, así que no iba a asustarse por lo que pudiera contarle. Cuando terminé, se encogió de hombros y dijo:

—Tampoco lo veo tan grave: a mí me pasaron cosas peores y Alejandro supo aguantar el tirón. Tal vez ese policía no fuera tan fantástico.

—Créeme, lo era, si lo hubieras visto de pie, desnudo, con el arma cargada y el agua deslizándose por su cuerpo, lo entenderías.

Ana sonrió.

—Sí, en fin, de tíos buenos está el mundo lleno, pero eso no quiere decir que estén a la altura de una mujer como tú. —Sin lugar a dudas trataba de ser amable.

—¿Y si hacemos como las gitanas? Te quitas las bragas y te hacemos lo del pañuelo: muerto el perro, se abrió el cerro. —A Jud le brillaban los ojos como si hubiera tenido una magnífica idea.

—Ni de broma, paso de que una tía me meta un dedo para eso —rezongué.

—¿Y tu vecino? ¿El Superfollador? Tal vez si te pones a tiro y subes a pedirle un poco de sal te meta el salero entero. Total, ya te habías hecho a la idea de perderla esta noche...

Casi se me salen los ojos de las cuencas.

—Ni de broma, antes me tiro a Luis que al vecino... Aunque después de lo de la pizza del otro día dudo que ni siquiera quiera saludarme.

—¿Quién es Luis? —preguntaron interesadas las chicas.

Y así fue como terminamos una noche en vela, de confesión en confesión. Como no tenía camas suficientes, a las cinco de la mañana las chicas pusieron rumbo a sus casas, y yo agradecí que por una noche mi vecino hubiera decidido dejarme en paz.

## Capítulo 7

### *Carlos*

Estaba hasta las mismísimas pelotas de todo y de todos.

Después de un fin de semana de mierda, me tocaba cumplir con la maldita condena que me había impuesto el juez. Según aquel viejo estúpido, no había actuado como debía, tenía tendencia a la agresividad y a comportarme de manera impulsiva y descontrolada, me gustaría haber visto cómo se comportaba él en mi misma situación.

Por suerte, no me habían retirado la pistola y la placa, pero debía asistir a esa porquería de clases para ver si lograba calmarme.

—Yoga —resoplé explicándole a mi compañero la absurda sentencia mientras nos tomábamos unas cañas en el bar de Pepe.

Él me contemplaba socarrón, sabía que aquella mirada era la de «te lo advertí». Se llevó unos cacahuetes a la boca y, tras engullirlos, me soltó:

—No quiero decírtelo, pero...

—Pues no lo digas —sentencié dando otro trago a mi Estrella. No quería oír la maldita frasecita. Habíamos terminado el servicio y, como siempre, nos tomábamos unas birras para desconectar.

Él soltó una carcajada.

—No te lo tomes así, hombre, para lo que hiciste no es tanto, sólo son dos clases semanales durante tres meses. Además, esos sitios

suelen estar llenos de mujeres en mallas, seguro que encuentras a una de esas gatitas con las que tanto te gusta jugar...

Sabía que era cierto, la condena había podido ser mucho peor, pero es que cada vez que pensaba en lo sucedido no podía evitar desencajarme. Prefería pensar en otra cosa y la imagen de Luz me golpeó, avivando mi mala leche.

—Mientras no sea como la última...

Roldán me miró sorprendido.

—No me digas que al final quedaste con la loca de los seguros...

—Asentí mientras él soltaba una risotada—. ¿Y qué ocurrió? ¿Le ponía la necrofilia o es que cuando te la tirabas estaba más muerta que viva?

—Si por lo menos hubiera llegado a tirármela... —refunfuñé.

—¡No me jodas! —Dio una palmada seguida de una risotada que me enervó todavía más, si es que era posible—. ¿A Jiménez se le ha resistido una tía? Esto es digno de enmarcar. ¿No te la pasaste por la piedra?

Si pensaba que no podía crisparme más, estaba equivocado. Casi nunca me salían mal las cosas con las mujeres, en la comisaría me tenían en un pedestal, pero con ésta había sido un despropósito desde el principio.

—¿Pasármela por la piedra? En todo caso habría sido por la de los sacrificios... La cita casi se convierte en un intento de homicidio; porque me largué de la habitación; si no, creo que lo siguiente era clavarme un tacón en un ojo o en el pecho, como si fuera un vampiro...

Roldán me miraba sorprendido.

—Pero ¿qué ocurrió?

—Pues que no me la pasé ni por la piedra ni por ningún otro lugar, y no me mires así, no es que tuviera gustos sexuales raros ni

nada por el estilo. Llamé al número de la tarjeta porque me hizo gracia su arrojo en el wok y tras la conversación telefónica que mantuvimos me pareció diferente de las típicas tías con las que follo; ya sabes, ésta era divertida, ingeniosa, graciosa... No sé, distinta —recordé la conversación y no pude evitar esbozar una sonrisa—. Y si la hubieras visto el sábado... con aquel vestido negro —mi bragueta se tensó involuntariamente—, ¡estaba buenísima, joder!, si me empalmo con sólo pensar en ella.

—Entonces ¿cuál fue el problema? ¿Era una loca o algo así? ¿Rollo Sharon Stone en *Instinto básico*?

Preferí contarle cómo había ido la noche para que se hiciera él mismo una idea. Cuando terminé, mi compañero estaba llorando de la risa.

—No puedo creerlo, tal vez la chica era una fan del Chupinazo y decidió atizarte en los huevos para iniciar la fiesta, o tal vez es que no supiste captar sus necesidades... —Levantó las cejas unas cuantas veces, las lágrimas seguían cayendo por su rostro sin intención de detenerse, se estaba cachondeando de mí de lo lindo. Lo tenía merecido por idiota, ¿a quién se le ocurre quedar con una desconocida que te deja una nota en el parabrisas?—. *Cincuenta sombras de Grey* ha hecho mucho daño, hermano, creo que lo del taponazo y el cabezazo en la nariz eran su forma de decirte que le iba el rollo duro.

Resoplé enfurruñado, últimamente no llevaba muy bien que las cosas no salieran como las tenía planeadas.

—Seguro. Te garantizo que si hubiera sido eso no me habría importado atarla con las esposas y darle su merecido, pero creo que simplemente se trata de una homicida sexual en potencia: tiente al hombre hasta que lo tiene donde quiere y sutilmente va acabando con él como si de un cúmulo de casualidades atroces se tratara. En

un juicio seguro que alegaba enajenación mental por torpeza transitoria. —Roldán volvió a soltar otra carcajada, mientras yo me decía a mí mismo que había hecho lo correcto al dejarla allí—. No necesito una mujer así cerca, dada mi falta de control igual podría haberla ahogado si no me hubiera largado.

—Dudo que le hicieras daño a una mujer, pero está claro que ésa no te conviene, por buena que esté.

—No pienso volver a verla, así que fin de la historia.

—Pues mucho mejor. Además, querido Jiménez, lamento decirte que creo que fuiste el *pagafantas* de la noche, una mujer no puede ser tan torpe a propósito. Piénsalo bien: cena gratis, noche de hotel pagada..., seguramente cuando te largaste espantado llamó a algún amigo para disfrutar de la suite a tu costa.

Pensar en ella tirándose a otro en la habitación de los espejos me encendió. ¿Tendría razón Roldán y todo habría sido postureo? Di un golpe en la barra con la cerveza vacía.

—Ponme otra, Pepe —pedí de malas maneras, suerte que él ya me conocía.

—Vamos, Jiménez, relájate, no hay mal que cien años dure ni que una buena profesional no cure.

Resoplé ante su observación, a Roldán le encantaba frecuentar locales de «profesionales».

—Ya sabes que yo paso de pagar.

Él soltó una risotada.

—Claro, porque con la de los muertos no pagaste, ¿verdad? ¿Por cuánto te salió la noche? ¿Doscientos? ¿Trescientos?

Si echaba números, estaba claro que por mucho más de lo que le habría salido el polvo a Roldán.

—Prefiero no pensarlo —repuse.

—Pues ahí lo tienes, y encima para terminar con dolor de huevos. Deberías aprender del maestro, uno que sabe realmente cómo tratar a cada mujer —dijo señalándose a sí mismo.

Aquello me hizo sonreír. Tomé mi nueva cerveza y di otro trago recordando mi última hazaña.

—¿Y ahora por qué sonríes? ¿Es que quieres venir conmigo?

—No es eso, he recordado algo que todavía no te he contado. ¿Te acuerdas de lo que me pasó el otro día? ¿Lo de la vecina?

Roldán volvía a deshacerse en carcajadas.

—Cómo voy a olvidarlo, apestabas a mierda... ¿A quién se le ocurre abrir el paquete de la vecina psicópata bajando la escalera?

Me crucé de brazos frunciendo el ceño.

—¡Llegaba tarde a trabajar y pensaba que era un regalo de mi última amante! Te aseguro que, si llego a pensar que era de la zorra amargada de la vecina, no lo abro. Además, tampoco habría ocurrido nada si a la de la limpieza no le hubiera dado por encerar los tres últimos peldaños de la escalera.

Roldán seguía con las risitas.

—Deberías haberte visto la cara cuando saliste con todas aquellas bolas de mierda pegadas en la camisa, ni las vacas de mi pueblo olían tan mal como tú.

Lo miré exasperado.

—¿Y qué querías que hiciera? Llegábamos tarde a la reunión, no podía volver a subir para cambiarme. Además, tenía las otras camisas en la lavandería, la única opción era cambiarme en la comisaría.

Él asintió.

—Si no se te hubieran pegado las sábanas tirándote a quien fuera, te habrías levantado antes y podrías haberte cambiado y no atufar la comisaría entera. Todavía recuerdo cómo te miraba el jefe y

cómo agitaba las fosas nasales preguntando si alguien tenía gastroenteritis... —Sus ojos lagrimeaban.

—¡Eres un maldito malnacido! —Al final terminé riendo con él—. No podía cambiarme antes de la reunión si no quería llegar todavía más tarde y ganarme una sanción. Tuve que esperar a que termináramos para solucionarlo.

—Lo sé, lo sé, pero es que su cara era un poema... Además, sabía que el queapestaba la sala eras tú.

Eso era cierto, no dejaba de mirarme, y no era de extrañar, me habían reservado una de las sillas de la primera fila, justo delante del capitán.

—Por suerte, la reunión fue breve y el asunto no fue a mayores. —Roldán asintió—. Bueno, pues ¿sabes qué...?

—¿Qué?

—Que esta mañana he puesto a la vecina en su sitio, creo que a partir de ahora a Catalina *la Frígida* se le van a quitar las ganas de hacerme más envíos —le solté cruzando los brazos.

—¿Se puede saber qué le has hecho? —Mi cara era la auténtica reencarnación del mal—. Miedo me da tu expresión.

## *Luz*

El domingo me lo tiré hibernando como un oso. Pasé de hacer nada que no fuera ponerme hasta el culo de comida fría y helado de chocolate. Normalmente era el día que llevaba a *Lucifer* a Collserola para corretear, era un gato con espíritu de perro. Le encantaba que le lanzara su ratón de juguete, correr entre la hierba y traérmelo. Luego, una vez en casa, le cepillaba el pelo y le abría una lata gourmet de salmón con gambas.



Pues bien, el pobre gato se quedó sin plan y yo me encasqueté un maratón de pelis lacrimógenas para no pensar en mi estrepitoso fracaso.

A las nueve de la noche ya tenía lista la mascarilla que me había regalado Akiko para irme a dormir; decía que tras despertarme me levantaría como una rosa. Esperaba que fuera así, porque si me miraba en ese instante parecía más un luchador de lucha libre mexicana que una mujer.

Cuando el lunes me desperté, sin que el incordio de mi vecino hubiera derribado el edificio con su último casquete, supe que me esperaba un gran día. Seguía con la mascarilla puesta cuando abrí, como todas las mañanas, la ventana del comedor para que los primeros rayos de sol me calentaran la piel. Me encantaba esa sensación, me cargaba las pilas. Me desperecé, cerrando los ojos para que la luz no me dañara, dejando que el calor se fundiera con mi piel.

Oí una voz en la lejanía:

—¡Buenos días, vecina, ahí va mi dosis de vitamina!

«¿Cómo?»

De pronto, algo impactó contra mi rostro. ¿Qué me había tirado ese capullo? Me metí rápidamente dentro y, tras intentar abrir los ojos y percibir el hedor que comenzaba a desprender, fijé la vista en mi camiseta blanca. Me di cuenta de que era huevo, pero no cualquier huevo... ¡El muy imbécil me había tirado un huevo podrido en toda la frente! Comenzaron a entrarme arcadas, el pringue se estaba escurriendo desde el pelo por toda mi cara, mezclándose con la mascarilla y no podía abrir los ojos, pues me escocían una barbaridad. Tropecé con la mesita de centro, rebanándome las espinillas. Completamente desprovista de visión, fui palpando a mi alrededor, le pisé la cola al gato, que soltó un fuerte maullido de

dolor y me atizó un par de zarpazos que desgarraron el lateral de mis pantorrillas; no podía echarle la culpa, el pobre lo había hecho para que lo librara del pisotón.

—¡Joder! ¡Mierda! —grité notando que una gota salpicaba mis labios.

Aquello fue el detonante, no pude ni llegar al baño. Comencé a vomitar en pleno salón, ¡sería HDP! ¡El tío me había hecho un champú al huevo en toda regla encima de mi puñetera cara! Estaba convencida de que era su venganza por lo de las cacas de *Lucifer*, pero se había pasado tres pueblos. ¡Aquello no iba a quedar así!

Trastabillé y, a cuatro patas, llegué hasta el baño, obviamente con las manos por delante para no terminar con un cuerno de unicornio en la frente, sólo me habría faltado eso e ir tirándome pedos de purpurina para completar la estampa. Me metí en la ducha para quitarme los restos de huevo y vómito de encima, menudo asco. Cuando llegué al comedor, mi gato me miraba con cara de pocos amigos. Estaba olisqueando la vomitona. Me imaginé que sacaba su lengüecita rosada para probarla, así que para evitar males mayores le lancé una de mis zapatillas de conejita, que, como era de esperar, cayó en medio del charco como si de arenas movedizas se tratara. Mi pobre coneja acabó tan sucia como estaba yo hacía unos minutos.

Cuando terminé de adecentar el desastre, que yo misma había causado, abrir todas las ventanas para airear el piso y vestirme, ya era muy tarde. No podía perder más tiempo si no quería que me echaran del trabajo, sólo me faltaba eso. Y yo que pensaba que empezaba bien el día..., sin desayunar que me iba por culpa de ese imbécil.

Al cerrar la puerta me encontré con un pósit que decía:

Espero que comiences el día con alegría, que mi regalo te haya gustado tanto como a mí el tuyo del otro día. No obstante, para tu información, no necesito material para abonar las plantas, aunque tú sí que necesitabas a alguien que te hidratara esas malas hierbas que tienes en la cabeza, así que espero que te haya aprovechado.

Tu vecino el jardinero

—¿Jardinero? ¡Hidrátate tú, ¿me oyes?, a ver si dejas de ser un capullo! —repliqué en plena escalera a grito pelado, esperando que me oyera. No podía subir a cantarle las cuarenta, pero éste no sabía con quién se había metido. Obviamente, la cosa no iba a quedar así, ni mucho menos.

Por suerte, la mañana se recondujo y logré vender cinco seguros, lo que mejoró mi productividad y me levantó el ánimo. Después de comer me puse a dar vueltas acerca de cómo fastidiar a mi vecino, navegué por internet intentando encontrar alguna faena que lo pusiera en su lugar, pero tras horas de infructuosa búsqueda me di por vencida.

Ya se me ocurriría algo; al fin y al cabo, la venganza se sirve fría.

Tenía que ir al centro a impartir mi clase de los lunes, debía canalizar la energía y eliminar cualquier tipo de mala vibración antes de llegar. No era bueno entrar en clase con los chacras alterados. Hice una buena meditación y salí de casa lista para enfrentarme a mi grupo con energías renovadas.

Ese día tocaban ejercicios de confianza, para afianzar el grupo; debíamos tener ciertos vínculos para poder trabajar mejor y alentar la seguridad, el compañerismo y la franqueza.

—Buenos días, Luis —saludé a mi compañero, que estaba tieso como un cirio de bautizo.

—Lucero del Alba —respondió cortante.

No me gustaba que estuviéramos así, sobre todo porque había sido culpa mía: lo planté en el mismo local, primero por un pajillero y después por el idiota de Carlos.

—Me gustaría hablar contigo y disculparme, no estuve muy acertada el otro día y quería pedirte perdón. Sé que no es excusa, pero tenía un par de llamadas importantes y se me fue el tiempo sin darme cuenta, no pretendía hacerte sentir mal o huir de ti.

Su mirada seguía siendo fría.

—No me gusta que me tomen el pelo y que jueguen conmigo, simplemente pensaba que eras distinta.

—Y lo soy —le dije con demasiada efusividad—. Créeme, dame una oportunidad para demostrarte que puedo ser mejor amiga de lo que fui. —No quería nada amoroso con él, pero necesitaba redimirme. Luis era un buen tío y yo la había cagado.

Poco a poco, su postura rígida se fue soltando.

—Está bien, si quieres podemos quedar el viernes de nuevo, así empezamos de cero. —Por un momento dudé de si estaba haciendo lo correcto, no quería despertarle falsas ilusiones. Volvió a demudarse al observar mi indecisión—. O, si no, lo dejamos. Mira, de verdad que no estoy para...

—¡Sí! —me apresuré a responder—. El viernes me va genial, sólo estaba intentando cuadrar mi agenda mentalmente para que nada se interpusiera esta vez. —Parecía aliviado tras mi explicación—. El viernes seré toda tuya.

Sus ojos se iluminaron.

—Maravilloso, pues entonces te llevaré a cenar a otro sitio, pasaré por tu casa a recogerte y te llevaré a un lugar sorprendente.

No estaba muy segura de si me hacía mucha gracia que Luis supiera dónde vivía.

—Podemos quedar aquí si lo prefieres, no es necesario que vengas hasta mi piso.

—Calle Torrent de l'Olla, 158, 3º 1ª. Te espero a las nueve en la puerta. —Me quedé muerta cuando recitó mi dirección completa—. ¿Acabo de sorprenderte? —Asentí—. En recepción están todas las fichas de los trabajadores, quería asombrarte el viernes llevándote a casa tras la cita sin que me lo dijeras, puesto que soy un caballero, pero no pudo ser, espero que no te importe.

Por un momento no supe qué contestar, no estaba segura de si me gustaba o no que hubiera hurgado en mi intimidad. Aunque había sido por ser considerado conmigo, así que tampoco podía enfadarme.

—E-está bien, no te preocupes.

—Te haré una perdida para que tengas mi número. —Se acercó a mi oído—: El teléfono también sale en la ficha.

Después se apartó sonriente mientras a mí me daba un poco de repelús; me parecían demasiados datos para que estuvieran al alcance de cualquiera. Más tarde hablaría con el responsable del centro, no me gustaba que alguien tuviera tanta facilidad para saber dónde vivía o cuál era mi número.

—Te dejo, que veo que mis alumnos están esperando. —Solté los brazos, hasta el momento no me había dado cuenta de que los tenía en tensión.

—Sí, allí los tienes a todos. Por cierto, ha venido el nuevo; ahí está, no ha dejado de tontear desde que ha llegado con la ninfómana de Ana María. —No me gustó que la llamara así, pero no quise corregirlo, no quería fastidiar las cosas ahora que parecía que habíamos solventado la tirantez entre nosotros—. Te juro que no entiendo cómo una mujer puede ser tan golfa, ahí, liándose con los

padres de varios alumnos, y encima le conservan el puesto de trabajo, ver para creer... —renegó.

—Tú y yo no estamos aquí para juzgar a nadie —lo reprendí—. Yo estoy para ayudarlos y tú para vigilar. Será mejor que nos ciñamos a nuestro trabajo, son personas con problemas y como tal deben ser tratadas.

No podía apartar la vista del tipo que estaba hablando con la profesora; era muy alto, de espaldas anchas, moreno, parecía un jugador de fútbol americano. Recordaba que estaba allí por no gestionar bien la agresividad, así que debía tener cuidado con él. Miré disimuladamente al tirillas de Luis para devolver luego la vista hacia el nuevo, comparándolos inevitablemente. Parece que mi compañero se dio cuenta.

—Tranquila, puede ser grande, pero yo soy mortal. Si se propasa, actuaré en consecuencia, tu seguridad está en buenas manos. — Pasó el dedo índice por mi antebrazo. Me contuve, pues sólo me daban ganas de apartarme y resoplar.

Aquel tipo era un cuatro por cuatro y Luis no llegaba ni a ser un Seiscientos. Traté de calmarme y conectar con mi energía. «Relájate, Luz, todo va a salir bien.»

—Gracias, Luis, no creo que haga falta que actúes —le respondí sonriente, dispuesta a conocer a mi nuevo alumno.

## *Carlos*

—Buenas tardes, chicos..., ¿qué tal estáis hoy?

Giré en redondo, suponía que se trataba de la profesora de yoga, aunque la voz no parecía la de una sexagenaria como había imaginado. Cuando mis ojos impactaron contra los suyos, sentí un golpe en pleno plexo solar. ¡Imposible, no podía tener tan mala

suerte! Mi cita del sábado estaba allí, mirándome tan sorprendida como yo, se le había borrado la sonrisa de golpe.

—Él es Carlos, Luz, y es policía —explicó rápidamente Ana María. Estaba claro que a la profesora no le era indiferente: sus caídas de ojos y el modo en que flirteaba conmigo hacían muy obvias sus intenciones. Era mayor que yo, pero para su edad no estaba nada mal, podría tirármela con facilidad si se me antojaba, la edad nunca había sido un impedimento para que me acostara con una mujer, aunque encontrarme de frente con Luz sí que lo era, se me habían quitado las ganas de golpe—. ¡Ay, Luz, cuando te cuente el motivo por el que está aquí...!

—No hace falta —respondió ella seca—. Con saber que es policía y que su agresividad y su falta de control lo han traído a este grupo, es suficiente. —Sus ojos refulgieron y aquellas motas doradas que me parecieron tan exóticas la noche del sábado me atravesaron por la mitad.

—Pero yo creía que todos debíamos contar el motivo que nos había traído aquí, sincerarnos y...

—He dicho que no es necesario, Ana María, el caso del agente Jiménez es distinto, basta con saber que tiene tendencias indeseables en su puesto de trabajo y que eso no puede sucederle a un agente de la autoridad que lleva armas y cuya función es proteger al ciudadano. —Menuda víbora estaba hecha, estaba convencido de que era de mordida rápida y dolorosa. Parecía no estar satisfecha con lo que había soltado por su dulce boquita—. Los agentes no deben provocar, incitar o agredir a nadie, ésa no es su función. —Y todo eso lo dijo sin titubear, dejando que su veneno se filtrara por mis venas, alimentando la animadversión que me producía por lo que me había hecho en nuestra cita. ¿Dónde estaba la chica que se ruborizaba, contestaba con monosílabos y me dirigía

caídas de ojos? Al parecer, la mosquita muerta se había transformado en serpiente, y una muy voraz.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con la señorita Martínez. —Un cincuentón del grupo miraba a Luz y asentía como si le diera la razón.

—Luz —corrigió ella mirándolo—, recuerda que aquí nos tuteamos, Antonio —lo corrigió con amabilidad, como si no quisiera formalismos.

—Pues eso, que estoy de acuerdo con Luz, un agente de la ley está para servirnos y no puede permitirse ni un fallo, nuestra seguridad depende de él, y sea por el motivo que sea ha de controlarse.

Abrí y cerré los puños, desviando la mirada hacia aquel hombre.

—¿Acaso alguien le ha dado vela en este entierro? Que yo sepa, la señorita Endesa no le ha pedido su opinión.

—¿Endesa? —preguntó ella alterada.

Me encogí de hombros.

—Soy muy malo para los nombres, así que suelo poner mote que me sean fáciles de recordar. El tuyo tenía que ver algo con la iluminación, ¿no? ¿Acaso te llamabas Iluminada? Sería un buen nombre para una profesora de yoga.

—Entonces, su mote debe de ser Capullo: cada vez que se mira al espejo estoy segura de que ve uno.

Ana María se llevó las manos a la boca ahogando un gritito. Alberto, el encargado de Hamburguesa Feliz, soltó una risotada, mientras Luis venía con rapidez.

—¿Todo bien, señorita Lucero del Alba?

Ella puso los ojos en blanco al oír su nombre completo.

—Sí, gracias, Luis, todo bien, sólo estaba poniendo al señor Jiménez en su lugar, puedes volver a tu puesto. —Lo miró con gesto



dulce y él se retiró.

¿Acaso tenía algo con aquel intento de policia? Estaba convencido de que los guardias de seguridad eran polis frustrados que no habían entrado en la academia y se conformaban con esos puestos. Volví la vista hacia ella, estaba bastante molesto, aunque por otro lado me había gustado su agilidad a la hora de defenderse.

—Dígame una cosa, señorita Lucero del Alba, ¿a usted le pagan para insultar a sus clientes?

—¿Y a usted para agredir a los ciudadanos? —Tenía coraje, seguía buscando en ella a aquella mujer del sábado, pero parecía que la Tierra se la había tragado.

Sentí una sacudida en la bragueta y la repasé de pies a cabeza: descalza, con la cara lavada, ese top que le empujaba esos dulces pechos hacia arriba, como si se tratara de las dos bolas del cucurucho listas para ser lamidas, y aquellas mallas apretando sus bonitas piernas, me resultó incluso más espectacular que el sábado. Llevaba el pelo recogido en una cola alta, mostrando sus bellas facciones de duende, esos ojos mágicos, la nariz pequeña e insolente y esa boca ancha con la que había imaginado un gran final feliz.

—Veo que no tiene nada más que añadir, mucho mejor así. ¿Qué os parece si comenzamos ya? Hemos perdido demasiado tiempo —dijo mirándome como si fuera el culpable e intentando desviar la atención. Lo cierto es que no le había respondido porque me había quedado embobado mirándola y, encima, estaba excitado—. Poneos en parejas, seguiremos donde lo dejamos el otro día, pero primero realizaremos unas respiraciones.

Los cuatro se emparejaron con rapidez. Ana María, que era mi esperanza, se puso con el más joven del grupo y los otros dos hombres juntos, así que me había quedado solo frente al peligro de

la señorita bombilla, porque, sin lugar a dudas, esa mujer tenía la capacidad de encenderme.

Fue hacia el equipo de sonido para poner la música y eso me permitió contemplar cómo se movía su prieto trasero de un lado a otro. Ya fuera en mallas o en tanga, su culo era espectacular.

—Está buena, ¿eh? —me susurró el compañero de Ana María—. Con ese culo podría partir nueces.

—Del montón —respondí restándole importancia, aunque obviamente no lo pensaba.

Me molestó que aquel tipo se fijara en ella, yo la había visto primero y ese culo era mío. Refrené mis pensamientos, tenía cierta tendencia a la competitividad, sobre todo a la masculina, supongo que por eso mi cerebro se empeñaba en marcarla como de mi propiedad. Por eso y porque no había logrado mis objetivos con ella. Pero una cosa estaba clara: si no había sido mía, de ése, tampoco.

—Pues yo le hacía un par de favores... De hecho, no lo descarto, desde que empecé las clases que no me la quito de la cabeza, tal vez le pida una cita. —Volvió a irritarme su comentario, pero no dije nada al respecto.

Luz caminó hacia mí con paso decidido hasta ponerse justo enfrente.

—Bien, chicos, comenzaremos con las respiraciones conscientes.

Se sentó en la esterilla que había frente a la mía, intuí que debía hacer lo mismo tras ver que todos la imitaban. Cruzó las piernas cual faquir, con los talones encima de los muslos, tocando el hueso de la pelvis.

—Si yo hago eso, me rompo —observé.

—Es imposible que el primer día te sientes como yo, incluso algo que puede parecer tan sencillo implica mucha práctica. —Vaya, por

lo menos ya me tuteaba—. Cruza las piernas lo mejor que puedas y relájate, tus compañeros harán lo mismo.

Asentí sin darle mayor importancia, aproveché para fijarme en su abdomen plano y ese bonito ombligo circular. Cómo me habría encantado lamerlo y morderlo... Mi mirada siguió cayendo hasta encontrarse con el fruto de mi deseo, me habría encantado degustarla en mi boca y hacerla gemir. Luz carraspeó, y subí la mirada hasta encontrarme con la suya, que me observaba reprobatoria.

—Tengo los ojos aquí arriba —susurró.

—Lo sé, pero no te miraba a los ojos precisamente, supongo que te pones esas mallas para marcar tu otra sonrisa... —Su incomodidad se hizo palpable, no le gustaba mi actitud de cazador.

Desvió sutilmente la mirada hacia abajo para comprobar que lo que decía no era cierto. Había sido una mera provocación, me gustaba jugar al gato y al ratón, obviamente era mi ratoncito e iba a ponerla en todos los aprietos que pudiera. Iba a hacerle pagar el polvo fallido con creces. ¿Llamó al compañero de Ana María para pasar la noche cuando la dejé allí? ¿O tal vez a Luis? En cualquier caso, iba a divertirme con ella.

—Me alegro de que te gusten tanto las sonrisas, porque la tuya la voy a borrar de un plumazo como sigas así. —Otro tirón en la ingle, a ese ritmo estallaba en plena clase. Cambió su mirada de odio a otra mucho más neutra para dirigirse al resto—: Vamos a cantar el mantra «*om*». Como ya os expliqué, es una sílaba sagrada que te conecta con el mundo espiritual y creativo, tiene un alto poder curativo; al cantar el mantra estamos reconociendo nuestra conexión con la naturaleza y el universo. —Su voz sonaba mucho más dulce y segura, aquello hizo que me planteara quién era realmente aquella mujer—. Vamos a llevar las manos al pecho en

*namasté*. —Juntó ambas palmas a la altura de sus torres gemelas—. El dedo pulgar apuntando hacia el esternón, eso es. —Hizo un barrido para comprobar que todos estábamos bien colocados—. Ahora, inhalad profundamente y exhalad diciendo «*om*» con los ojos cerrados, vamos allá.

Todos cogieron aire ante la orden, cerraron los ojos y comenzó la cancioncilla que parecía sacada de la peli *Pequeño Buda*:

—Oooooooooooooommmmmmmmmmmmmmmmmmmmm...

Madre mía, aquello era imposible, las dos letras se alargaban hasta el infinito y más allá, Pero ¿cuánto rato podía aguantar esa mujer sin respirar diciendo aquella maldita sílaba? Estaba claro que las largas horas que se tiraba de palique con las amigas la dotaban de mayor resistencia pulmonar. Comencé a divagar y a imaginarla debajo de mí, mientras decía aquella maldita sílaba, ¿podía ponerme cachondo con eso? Claramente sí, todo lo que hacía me excitaba. Entreabrió un ojo para darse cuenta de que yo no lo estaba haciendo, sino que me limitaba a contemplarla perplejo por el efecto que causaba en mí. Ese maldito ojo me miró tan mal que decidí seguir el ejemplo del resto, no fuera a echarme un mal de ojo o algo que me causara impotencia. Cuando terminamos y lo único que se oía era el silencio, Luz dio la orden de separar las manos y abrir los párpados suavemente. Qué bonita era con el rostro relajado... Intenté sacudir ese tipo de pensamientos ñoños de mi mente. Era cierto que era guapa y que estaba buena, pero era una homicida, debía recordarlo, a ver si así lograba bajar la bandera.

—El yoga es una práctica milenaria que unifica la mente con el cuerpo, une los pensamientos a las acciones, por eso es tan importante para todos vosotros...

No pude evitar que una risa ahogada escapara de mi garganta. Lo único que quería unificar era mi cuerpo con el suyo.

—¿Te hace gracia lo que digo? —Volvió los ojos hacia mí, viendo cómo me encogía.

—No soy muy espiritual que digamos, estoy aquí por orden judicial, como bien has dicho, no por voluntad propia.

Ella estiró el gesto, obviamente ya sabía que estaba allí obligado.

—Los caminos del universo son infinitos, nada ocurre por casualidad.

¡Por supuesto!, ¿por qué, si no, la vida me la volvía a poner delante? Era una señal de que debía hacerla mía.

—¿Ni lo del sábado? —musité sin que nadie lo oyera excepto nosotros, ¿a ver por dónde me salía?

—A veces la vida nos pone pruebas en el camino, unas son sencillas y otras son pesadas como rocas —sentí cierto resquemor en esa última palabra—, cada cual debe cargar con la suya y aprender cómo apartarla para seguir avanzando. —Volvió el rostro, dando por finalizada nuestra breve conversación para dirigirse al grupo. ¿Era sensación mía o yo era la roca que debía apartar? «Pues de eso nada, bonita.» Ésta no me conocía a mí, yo decía dónde, cuándo y con quién—. Realmente el yoga no es una postura física, sino un descubrimiento de uno mismo, el descubrimiento de la relación con los demás y, por supuesto, con nuestro entorno. El yoga es la unión de nuestro cuerpo y nuestra mente a través de la respiración. Ésta es sumamente importante, es el alimento de nuestra sangre, de nuestras células, nuestros tejidos y nuestros órganos...

Eso sí que me daba risa, y un motivo para provocarla de nuevo.

—Disculpa, Lucero del Alba —dije con retintín, captando su atención—, pero ahora no me dirás que tú vives del aire, ¿no? —Por su rostro arrugado supe al instante que no le había gustado mi interrupción—. ¿Sabes qué ocurre? Que soy una persona que se

documenta mucho, y tú no eres la primera iluminada con la que me cruzo y pretende venderme esa clase de pantomimas como el respiracionismo... Ahora va a resultar que tú te alimentas sólo de oxígeno..., pues perdona que lo dude. —Obviamente ambos sabíamos que no era así tras cenar juntos. ¿Era Luz una impostora? —. Donde esté un buen entrecot, que se quite el aire —acabé soltando.

—Pues deja de respirar, a ver si así te ahogas de una maldita vez, si tan poco lo necesitas... —replicó. Estuve a punto de atragantarme de la risa al ver la cara de enfado que traía, podía calcinarme por completo con esa mirada, pero el efecto que provocaba en mí no era ése precisamente—. Si escucharas más y hablaras menos, te darías cuenta de que hablo de la necesidad de oxigenar nuestro organismo, no de comida —añadió entre dientes.

Joder, cómo me estaba poniendo el rifirrafe verbal, verla ligeramente sonrojada y con los ojos echando fuego..., parecía que las motitas se iluminaran.

—Pues cuenta conmigo para lo del entrecot. Además, podemos acompañarlo de un buen rioja si te apetece, después de la clase no tengo planes. —Luz parecía irritada. Y yo no pude evitar deslizar la mirada sobre la artífice de aquellas palabras, Ana María me miraba invitante.

—Mire, ya tiene con quien ir a cenar, señor Jiménez... —Vaya, ya volvía al usted.

—¿Qué tipo de yoga practicas, Lucero del Alba? ¿Tal vez yoga vegetariano y por eso no te gusta el entrecot? ¿O te va más el tantra duro?

—¿Que le vas a dar duro? —pregunto Ana María visiblemente alterada. Los otros tres hombres soltaron una risita.

—Aquí la única que le va a dar duro voy a ser yo como no se calle de una vez. Le voy a poner una cruz en el expediente que ni la de *Jesucristo Superstar*. —Por fin la sacaba de sus casillas. Me ponía mucho, mucho, ver ese brillo en el fondo de su mirada, el modo en que se mordía el labio superior mientras levantaba las cejas, como si estuviera a punto de atacar y llenarme de mordiscos —. A ver qué le parece cuando le diga al juez que no ha aprendido nada en mis clases y que lo suspenden de empleo y sueldo, retirándole el arma y la placa.

Me desinflé como un globo, esa ninfa descarada me tenía cogido por los huevos, ella lo sabía y me los estaba apretando a conciencia. Me quedé callado mirándola con el gesto adusto.

—Veo que ya no tiene nada más que agregar, me alegro, espero que a partir de ahora la clase vaya mucho mejor. —Después se dirigió a todos en general—: Y quiero que quede claro para todos: soy Luz, ni Lucero del Alba, ni Endesa ni cualquier otra tontería que se os pueda ocurrir, yo os trato con respeto y espero recibir, como mínimo, lo mismo que doy. ¿Lo entendéis? —Hizo un barrido ocular durante el cual todos asentimos—. Muy bien, pues ahora pongámonos a trabajar.

## Capítulo 8

### *Luz*

No podía tener más mala suerte, parecía que había pisado una mierda, pero una de elefante como poco.

Salí del centro lo más rápido que pude para no encontrarme con él, menuda clasecita me había dado, con esas miradas intensas recorriendo mi cuerpo y esas pullas que no paraba de lanzarme. Por si fuera poco, debía de pensar que no me daba cuenta, pero el paquete no dejaba de crecerle, como a Pinocho la nariz, pero en la entrepierna. Me había pasado la hora entera sudando e intentando evitar mirar ese punto de su anatomía que me tenía tan trastornada.

Cogí la bici y puse rumbo al piso como alma que lleva el diablo, pues Carlos hacía el amago de venir a hablar conmigo tras la clase, así que tuve que salir por piernas, no me apetecía nada hablar con él. Suficiente iba a ser con tener que aguantarlo en clase.

Tras mi ritual diario de alimentar a *Lucifer* y comer algo precocinado, salí corriendo hacia mi siguiente curro.

Entré en el piso un poco desasosegada, las chicas estaban al teléfono y mi línea ya empezaba a sonar, así que no perdí el tiempo.

—Gatitas Cachondas, te atiende Lu.

—Hola, Lu.

Vaya, ahí estaba mi «larga distancia».

—Hola, Mino, ¿qué tal estás?

—Bien, deseando que llegara la hora para poder llamarte.



No pude más que sonreír y comenzar a interpretar mi papel.

—Cómo me alegro, yo también tenía muchas ganas de oírte, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —sonaba esperanzado, pero justamente ése era mi trabajo, alimentar sus ilusiones y sus fantasías.

—Sí, me gustan mucho nuestras conversaciones.

—A mí también. —Hubo un silencio incómodo—. ¿Puedo hacerte una pregunta, Lu?

—Adelante.

—¿Ti-tienes novio?

*Novio*, menuda palabra.

—Creo que eso no debería importar, ¿no te parece?

—No, claro que no, pero me gustaría saberlo. No querría pensar que por mi culpa le eres infiel a tu pareja; si es así dejaré de llamar y...

Todas las alertas se me dispararon, no podía perder a Mino.

—No tengo pareja, Mino, puedes estar tranquilo.

Oí un suspiro.

—Mejor, no me gustaría que lo pasara mal ninguno de los dos.

—Pues no sufras. Además, esta línea no es para pasarlo mal. —  
No estaba muy segura de ser capaz de llevar tan bien ese tipo de llamadas como Paqui.

—¿Ésta es la profesión que quieres para ti, Lu? ¿O tienes otros sueños?

—Pues la verdad es que es un *impasse*, hasta que descubra a qué quiero dedicarme. Una necesita dinero para vivir, ¿sabes?, las facturas no se pagan solas.

—Claro, a mí me gustaría formar una familia..., ése es mi sueño. Tener una preciosa mujer en casa a quien colmar de besos y atenciones en cuanto llegue de trabajar, me gustaría tratarla como a

una reina y que no le faltara de nada. Las mujeres son criaturas maravillosas hechas para ser veneradas por los hombres.

Me parecía una forma un tanto antigua, seguro que Mino era de los de la mujer en casa y el hombre al trabajo.

—Es un bonito sueño si es el que a ti te gusta.

—Ahora mismo me gustaría tenerte delante, Lu, para mirar tus preciosos ojos castaños y besarte suavemente. Me dijiste que tus labios eran grandes, ¿verdad?

—Así es.

—Pues me gustaría besarlos con dulzura. Primero muy suave, para captar todos los matices..., lamería tu grueso labio inferior para que entreabrieras la boca y me dejaras acariciarte por dentro..., ¿me dejarías, Lu?

—Por supuesto —le respondí, se suponía que debía seguirle el juego—. Mmmmmm, besas tan bien, tengo tantas ganas de que mi lengua acaricie la tuya y podamos fundirnos en un beso lento y salvaje.

—¿De verdad? —Su respiración empezaba a agitarse.

—Claro, no tengo por qué mentirte. ¿Cómo eres? —Lo cierto es que no me importaba demasiado, pero eran minutos que ganaba.

—Alto, moreno, ojos castaños verdosos, y me gusta cuidarme, voy todos los días al gimnasio, las chicas dicen que tengo un buen físico.

A cada palabra que me decía sólo podía pensar en Carlos, con su pelo oscuro, sus ojos chocolate caliente y aquel cuerpo escultural. Suspiré de manera audible.

—¿Ese suspiro es por mí?

Salí de mi ensoñación.

—¿Por quién si no?, ¿acaso no estoy hablando contigo?

—Sí.

—Siempre me han gustado los chicos morenos y que se cuidan.

—¿Lo ves?, encajamos a la perfección. —Solté una risita—. Me encanta cuando sonríes, eres tan dulce...

—Gracias, Mino, eres muy amable.

—Me gustaría verte —me quedé en silencio—, conocerte de verdad, creo que podríamos encajar..., ¿tú no?

¿Qué hacía? Miré a mis compañeras, todas estaban ocupadas, así que no podían asesorarme.

—Bueno, apenas nos conocemos y lo tenemos prohibido por contrato, no podemos salir con clientes.

—¿Te tienen retenida contra tu voluntad? —preguntó con preocupación.

—No, no, tranquilo, no es nada de eso, simplemente no podemos por seguridad, hay mucho loco suelto, ¿sabes?

—¿Crees que soy un loco?

En menudo berenjenal me estaba metiendo.

—No, para nada, pero son las normas y no quiero saltármelas, necesito el trabajo, ¿entiendes?

—Ya —susurró—. Es que contigo siento una conexión especial, nunca me había pasado nada por el estilo, tienes una voz que me calienta el alma y hay veces que me siento tan solo...

Me dio lástima.

—¿Por qué te sientes solo? ¿No tienes amigos? ¿Familia?

Un sonido entre ronco y lastimero alcanzó mi oído.

—Digamos que mi pasado no ha sido agradable, soy un lobo solitario en busca de su compañera de vida...

La conversación se estaba volviendo algo incómoda, o por lo menos a mí me incomodaba.

—¿Y si nos divertimos mientras la encuentras? Antes me estabas besando y me gustaba mucho, yo puedo cumplir tus fantasías, hasta

que aparezca la mujer de tus sueños.

—D-déjalo, hoy no estoy de humor. Estoy cansado de fantasías, quiero algo real, una mujer que sienta algo de verdad, no una que se lo invente. —Me quedé callada por un momento—. ¿Puedes ofrecerme eso, Lu? ¿Puedes tener sexo telefónico conmigo sin mentirme, entregándote a mí sin reservas? —Tenía el corazón en un puño, no podía responder, no quería perderlo como cliente—. Tranquila, hay silencios que valen más que mil palabras... Voy a colgar, hoy no me siento con ánimos.

—No me gustaría dejar de hablar contigo, espero que esto no sea un adiós.

—No, simplemente es un hasta luego. Que pases buena noche, princesa.

Tragué un tanto acongojada.

—Buenas noches, Mino.

Colgué sin saber muy bien cómo reaccionar. Me había dado pena, podía sentir el pesar de aquel hombre, su necesidad de contacto humano. ¿Qué le habría pasado para necesitar hablar conmigo? No tenía voz de ser mayor, lo situaba entre los veinticinco y los treinta, ¿qué llevaba a un chico joven como él a llamar a una línea erótica simplemente para charlar? Porque ahora no llamaba para otra cosa que no fuera hablar conmigo.

—Uy, uy, uy... Esa mirada no me gusta nada —dijo Paqui acercándose—. No puedes vincularte emocionalmente con los clientes, Luz —me reprendió acercándose con su silla giratoria, sin despegar el trasero de ella.

—Lo sé, pero es que está tan solo...

Ella sonrió.

—¿Y quién no lo está? A esta vida venimos solos y nos vamos solos, pequeña, las personas que aparecen en el camino hacen el

viaje más llevadero, pero solos vinimos y solos nos iremos. Además, la soledad no es mala si se sabe llevar.

Pensé en mí, en mi familia, en lo lejos que estaba mi madre y en la cantidad de días que hacía que no la llamaba porque no sabía qué contarle. En el fondo me sentía una fracasada, había sido incapaz de encontrar mi camino y cada día estaba más perdida. Tal vez tuviera razón y debiera regresar a Villapene para trabajar en la granja de tía Elvira, muchas veces tenía la sensación de que me oponía a mi verdadero destino, que no era otro que vivir en la aldea y trabajar de mamporrera.

—¿Y ahora qué ocurre, preciosa? Te brillan los ojos, no irás a llorar, ¿verdad? —Hice un mohín y no pude contenerme, Paqui abrió los brazos y yo me agarré a ella dejando ir toda aquella pena que me corroía por dentro—. Vamos, corazón, cálmate, ¿qué ocurre? ¿Por qué estás así? —Entre hipidos le conté cómo me sentía, ella me acunaba como una mamá protectora—. Vamos, eres una luchadora, no importa que no sepas todavía qué quieres hacer con tu vida, lo importante es que todo lo que haces lo haces de corazón y que eres una buena persona incapaz de hacer daño o molestar a los demás, eso es lo que va a valorar tu madre.

Mis hipidos se hicieron más fuertes, hasta que logré controlarlos pasó un buen rato. Cuando Paqui dijo lo de molestar vino a mi mente mi vecino, las pullas que nos habíamos soltado, tal vez no me había portado del todo bien con él y me merecía lo que me había hecho. Después acudió a mi mente Carlos, con él los sentimientos eran tan contradictorios... Vale que había sido una patosa, pero eso no le daba derecho al modo en que me había tratado, abandonándome en aquella habitación escalofriante como si fuera una cualquiera y, después, lanzándome pullas en clase.

—Pues no sé qué decirte —le respondí un poco más calmada—, últimamente creo que no me reconozco, soy capaz de hacer cosas poco ortodoxas, cosas que no son de buena cristiana.

Ella rio.

—Eso no es malo, a veces una no puede ser tan buena, hay que dejarse ir y vivir un poco al margen de la ley. —Me guiñó un ojo.

—Creo que me he pasado un poco con el vecino de arriba, aunque él me la ha devuelto con creces. Tal vez sea el karma, como no logro perder la virginidad con el hombre que quiero, lo pago con todos —solté compungida.

—¿Tan importante es para ti dejar de ser virgen?

¿Lo era? ¡Claro que lo era! Estaba harta de sentirme tan diferente de las demás.

—Creo que sí.

Paqui no me juzgó, sólo asintió.

—¿Y qué te impide dejar de serlo? Eres joven, guapa, lista y divertida, seguro que cualquier chico de tu edad estaría encantado de hacerte disfrutar una noche. —Niyireth se acercó por detrás—. Disculpad que interrumpa, pero ¿por qué no te apuntas a esto? —Vi que sacaba un folleto y me lo entregaba.

—¿De qué se trata? —le pregunté curiosa.

—Es un local nuevo para gente que busca sexo sin ataduras, se llama Speed Date Sex y los miércoles hacen sus encuentros. ¿Recordáis los locales de citas exprés? —ambas asentimos—, pues ésta es la evolución. Las citas tienen lugar en una habitación a oscuras, concretamente sobre una cama, los participantes disponen de cinco minutos para acariciarse, besarse y saber si quieren ir más allá con esa persona. No hay palabras, sólo besos y caricias en plena oscuridad; si la otra persona te atrae lo suficiente puedes decidir si quieres seguir o no. Antes de la cita te dan un pulsador, si

lo pulsas antes de que transcurran los cinco minutos te cambian de pareja, pero si ninguno lo hace, el juego continúa hasta que la pareja desee, no hay límites.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? En el folleto simplemente pone Speed Date Sex y un teléfono. —Niyireth sonrió enigmática y yo abrí mucho los ojos—. ¡No me digas que tú has participado!

Ella sonrió ampliamente.

—A veces, pero lo más importante es que soy una de las organizadoras.

Eso sí que no lo esperaba.

—¿Tú organizas estos eventos?

Ella asintió.

—Sólo los miércoles, que es el día que libro aquí y, si quisieras inscribirte, me encargaría de buscarte a los mejores clientes, los más experimentados, guapos y complacientes que tenemos.

—¿A ese tipo de sitios van tíos buenos?

Asintió con la cabeza, capturando un rizo entre los dedos.

—Te sorprenderías, hay gente muy morbosa y muchos hombres que quieren sexo sin ataduras. Si quieres venir, me encargaré personalmente de seleccionar tus tres candidatos. Cuando vienen chicas nuevas a las *speed dates* llamamos a nuestros clientes vips, auténticos reyes del sexo. —Niyireth entornó los ojos—. ¿Qué me dices, Luz?, ¿te apunto?

La idea me tentaba. Si no veía al tipo no había ataduras, siempre podía decir que no y, dado que ya no iba a acostarme con Carlos, ¿qué más daba? Mejor un desconocido experimentado que ese capullo engreído.

—¿Y qué hago con el curro?

Ambas sonrieron ampliamente.

—Por eso no te preocupes, preciosa, entre Patri y yo cubriremos tus llamadas, todo sea porque rompas el «techo del amor» — aseveró Paqui con convicción.

Tomé aire y, antes de que me arrepintiera, lo solté con fuerza.

—Está bien, acepto, pero como no estén buenos y no me hagan disfrutar, te mato. Quiero una primera vez para recordar.

Niyireth comenzó a dar palmadas.

—No te preocupes, mi chica tendrá lo mejor de lo mejor, el caviar de los empotradores.

—Y ahora, a trabajar, que los teléfonos están sonando.

Era cierto, los tres a la vez, eso debía de ser una señal. El miércoles acabaría con la dichosa barrera, estaba segura de que eso me ayudaría a liberarme de una vez.

\* \* \*

Me miré en el espejo, estaba atacada de los nervios. No estaba tan espectacular como el día de la cita con Carlos, pero no estaba mal del todo. Total, no iba a verme con mis desconocidos, sólo a acariciarme y a perder la virginidad.

Niyireth me explicó que no sufriera demasiado por la ropa, ya que en la habitación deberíamos estar en ropa interior, para incrementar la sensación piel con piel.

Me eché una última ojeada. Me había dejado el pelo suelto, llevaba un pantalón cortito suelto en color negro y un top de gasa en estampado de cebra. Mi piel seguía sin un solo pelo y debajo llevaba el body de «la Victoria»; así lo había bautizado, no porque me hubiera servido de mucho la primera vez, sino porque era de Victoria's Secret.



«Hoy es tu día, Luz —me dije—. Por fin van a cazarte el Pokémon y te lo van a estrenar.» Sólo esperaba pillar un buen entrenador que lo hiciera evolucionar satisfactoriamente.

Me sudaban las palmas de las manos, pero supongo que era normal: iba a regalarle mi Pokémon a un desconocido. Obviamente no era lo que había planeado, pero mejor caer en manos expertas que en inexpertas. Además, mi compañera me había garantizado que lo iba a pasar muy bien, me había dicho que ella tenía a su candidato ganador, aunque, eligiera a quien eligiese, estaba convencida de que me iría genial.

Cogí el metro y me desplazé hasta la parada más próxima, que estaba a dos calles del local. Ese mes no tenía más presupuesto para gastos imprevistos, así que el taxi quedaba descartado y pasaba de llegar sudando por ir en bici.

Antes de ir al local hice caso a mi instinto y llamé a mi madre. Lejos de reprocharme nada, se puso muy contenta de oírme la voz. Me dijo que tenía una sorpresa preparada, que esperaba que me gustara mucho, pero que no iba a soltar prenda puesto que se trataba de una sorpresa.

Hablamos de lo mucho que nos extrañábamos y de lo distinta que era la vida en la gran ciudad, debo decir que me entró algo de morriña, me habría encantado estar con ella en aquel momento y acurrucarme en el sofá de casa mientras cantaba con su dulce voz. Mi padre estaba trabajando en el bar, así que no pudo ponerse, aunque le mandé muchos recuerdos para él.

En el fondo, una madre era una madre y era imposible que no quisiera lo mejor para su hija.

Salí del metro y anduve las dos calles hasta detenerme frente a una gran puerta negra. No había ningún cartel, sólo un número y un

picaporte antiguo en forma de mano para llamar. Estaba a punto de cruzar el umbral que iba a llevarme a lo desconocido.

Miré mi reloj de pulsera. Tenía una hora concreta de llegada, al parecer era así para que los invitados no se cruzaran en ningún momento. Golpeé con la mano dorada tres veces, justo como se indicaba en el wasap que recibí, e inmediatamente la puerta se abrió.

Un hombre enmascarado vestido con traje negro me hizo un gesto para que entrara.

—Bienvenida, señorita Martínez, la estábamos esperando. —Su tono era grave, era alto y corpulento, con el pelo completamente rapado. Que me esperaran me puso más nerviosa, ¿eso quería decir que los hombres seleccionados ya estaban dentro?

—Gracias. —Mi voz sonó algo temblorosa.

—Le diré cómo funciona esto. Verá que aquí al lado hay una cortina. Deberá desvestirse tras ella y quedarse sólo con la ropa interior. —Abrí los ojos sorprendida—. No se preocupe por sus pertenencias, las guardaremos hasta que todo haya terminado, es por seguridad; nos hemos encontrado algún indeseable que intentaba grabar o hacer fotos, así que todo quedará bajo nuestra custodia. —Menuda previsión—. Para nosotros, que nuestros clientes se sientan seguros es fundamental, para ello usted dispondrá de un botón de seguridad. En cualquier momento que pudiera sentirse incómoda, púselo, su acompañante abandonará la habitación y, si no sucediera, yo mismo entraría a rescatarla.

Lo miré de arriba abajo, aquel armario empotrado podría socorrerme y eso me dejaba algo más tranquila.

—Está bien.

—Cuando esté lista, abra la cortina y avíseme, le pondré una venda en los ojos para que no vea nada hasta que lleguemos y allí

la dejaré completamente a oscuras. —Volví a sentirme algo acongojada y él a captarlo, pues volvió a insistir en que si no me sentía cómoda él entraría y me sacaría—. Recuerde que tendrá un botón de seguridad que pulsará si en algún momento quiere terminar cualquiera de sus *speed dates*. Cada una de ellas tendrá una duración de cinco minutos, transcurrido ese tiempo sonará una campana de aviso, si usted no pulsa el botón interpretaremos que desea quedarse con esa cita durante el tiempo que ambos determinen. ¿Lo ha entendido? —Asentí como una idiota, pero es que estaba tan nerviosa que no sabía muy bien cómo reaccionar, tenía un nudo en el estómago que iba a ser muy difícil de disolver—. Pues entonces ya puede entrar a cambiarse, espero que su experiencia sea muy placentera y que decida repetir.

—Gracias. —Había vuelto la Luz monosilábica, estaba claro que no iba a ganar el «Pasapalabra», pues prácticamente me había olvidado de hablar. Menos mal que Niyireth me había dicho que no se podía decir nada, que lo único que estaba permitido era tocar.

Me quité la ropa dejándola bien dobladita en la única silla que había. Me miré en el espejo de cuerpo entero, seguía viéndome las caderas anchas, aunque tumbada en la cama no se iba a notar. «Vamos, Luz, es ahora o nunca.» Descorrí la cortina de nuevo y mi guardaespaldas particular ya estaba allí esperándome. Me recordaba a Don Limpio, el muñeco de la marca de limpieza del hogar. «Brillo más fácil hasta en lo más difícil», era su eslogan, y viendo los reflejos de su calva, que casi me cegaban, podía entender por qué.

—Veo que ya está lista y, si me permite decirlo, lo que lleva le sienta muy bien.

Noté cómo se encendían mis mejillas, aquel hombre era tan serio y duro que parecía imposible que dijera una cosa bonita.

—Es usted muy amable —le respondí.

—Dese la vuelta, señorita Martínez, voy a colocarle la venda.

La suave tela acarició mis ojos, era completamente opaca, así que no veía nada de nada. La anudó con suavidad y justo después mis pies dejaron de tocar el suelo. Di un gritito y no pude más que agarrarme a aquel cuerpo de cemento armado.

—No se asuste, es por su seguridad, no me gustaría que tropezara y se hiciera daño. Dentro de un momento la bajo, estamos muy cerca de su habitación —me susurró al oído poniéndome la carne de gallina—. Huele usted muy bien, si me permite decirlo.

Solté una risita nerviosa, esperaba no haberme pasado con el perfume, odiaba los aromas demasiado intensos, para mí el olor era algo fundamental.

—Mmm, sí, gracias, el perfume es La Vie Est Belle, de Julia Roberts, mi prima dice que tengo su sonrisa, aunque más bien lo compré por su aroma a pera, me recuerda a mí: soy la pera, ¿sabes? —«¿Qué estás diciendo, Luz?, echa el freno, que te estampas.» Pero no podía detenerme—: Aunque, claro, no sólo lleva pera, también lavanda, jazmín, iris, pachuli y vainilla; dicen que la vainilla es estimulante y afrodisíaca... —Creí oír una risa contenida, obviamente había pasado de los monosílabos a recitarle la Biblia en verso, debía de pensar que era una desequilibrada—. Perdone, es que cuando estoy nerviosa, o no hablo o parloteo sin parar.

Noté cómo abría una puerta.

—No tiene por qué disculparse, me parece usted muy refrescante. Si no encuentra lo que busca esta noche, estaré encantado de ofrecirme voluntario para la próxima vez.

Mi Don Limpio particular se inclinó depositándome en una cama muy mullida. Las sábanas estaban fresquitas y eran muy

resbaladizas, parecía que fueran de seda; únicamente esperaba no escurrirme y caerme llegado el momento de la verdad, sólo me faltaba eso.

—Muchas gracias... —me di cuenta de que no sabía cómo llamarlo—, señor —acabé diciendo.

—Jon, soy Jon.

Solté una risita.

—¿Y tiene licencia para matar?

Volvió a aguantarse la risa.

—Disculpe, es que me ha recordado a 007 con esa voz tan grave y profunda que tiene.

Jon me quitó la venda con suavidad. No veía nada, estaba todo más negro que una convención de grillos en plena noche.

—Eso no es lo único profundo que tengo —me susurró al oído, provocando que riera de nuevo bajo su cálido aliento, que olía a mentol—. Guapa, ocurrente y divertida, todavía no sé qué hace una mujer como usted en un sitio como éste. —Yo tampoco estaba muy segura—. No se parece a las que suelen venir por aquí, ellas son mucho más mundanas y, si me lo permite, usted parece inocente, una delicia para cualquier hombre, un tierno bocado que degustar.

Un escalofrío recorrió mi piel ante sus palabras. Me aclaré la garganta. ¿Tan transparente era? Quise darme un aire misterioso y desenfadado.

—Créame, Jon, soy más mundana de lo que parezco.

Volvió a contener la risa.

—Si usted lo dice... —Me tomó la mano para darme una especie de pulsador—. Tenga, éste es el botón, le recomiendo que lo deje cerca. Justo a su lado hay una mesilla de noche y una lamparita, aunque está prohibido encenderla a no ser que haya un consenso mutuo entre ambos y decidan lo contrario. —Vaya, eso sí que no lo

sabía—. Eso sí, si la enciende cualquiera de los dos sin permiso del otro, esa persona queda vetada y jamás podrá regresar a este local, ¿entendido?

—Entendido.

—Nuestra premisa es sexo seguro, así que no permitimos mantener relaciones sin condón, los participantes masculinos ya lo saben. Si alguno lo intentara, pulse el botón, es algo que está completamente prohibido. Su seguridad está en mis manos, así que no tiene por qué temer.

Realmente aquel hombre me hacía sentir bastante segura.

—Muchas gracias por sus palabras, Jon, me hace sentir mucho mejor.

—De nada, en cuanto yo salga entrará el primero. Espero que pase una gran velada y, si no es así, quede conmigo a la salida, la estaré esperando.

No dije nada más, oí cómo sus pasos se alejaban y la puerta se cerraba. Tenía palpitaciones, mis manos parecían las cataratas del Iguazú, estaba histérica, tesa como un palo en aquella cama desconocida esperando a mi cazador.

Intenté concentrarme en el suave hilo musical que envolvía la habitación, no era ninguna canción conocida, era música tipo *chill out*, esa que suena en los chiringuitos de playa durante las noches de verano. Intenté visualizarme en una playa, sentada en la arena, con la suave brisa acariciando mi cuerpo, y entonces ocurrió: la puerta sonó, mi primer candidato acababa de entrar.

## Capítulo 9

Ahora sí, el corazón me iba a mil, tenía el cuerpo rígido a más no poder, sobre todo cuando el colchón se hundió y una colonia demasiado fuerte para mi gusto golpeó mi nariz. Madre mía, a ése le había pasado como a Obélix y se había caído a la marmita, pero de colonia. Sin pensarlo, di al pulsador, no sé si por nervios o porque no podía con tanto pachuli.

Mi compañero resopló, pues se encendió un pequeño piloto rojo en la puerta, supuse que era el indicativo de «eliminado». Creo que estuve a puntito de visualizar a Risto Mejide en «Got Talent», diciendo: «Esta noche no sólo estás nominado, estás directamente expulsado. Si no hubieras venido tan perfumado quizá ahora no estarías eliminado. Por cierto, si por los pasillos te encuentras con tu nariz, mándala al otorrinolaringólogo a que la revise, tal vez así la próxima vez pueda respirar y darte una oportunidad...».

Menudo aroma había dejado el tío, esperaba que el próximo fuera aséptico, porque la mezcla podía ser letal.

Ya sólo me quedaban dos, así que con el siguiente debía tener aunque fuera un poco más de aguante.

La puerta volvió a sonar y mentalmente hice un «om» para relajarme. Por suerte, mi segundo candidato no se había caído en el barreño de perfume. El colchón se hundió menos, imaginaba que era porque no debía de ser tan corpulento como el anterior.

En cuanto su brazo tocó el mío saltó encima de mí como si se tratara de un ataque ninja, me tomó la cara entre las manos y

comenzó a chuparme la boca intentando que abriera la mía. Se me antojó como una especie de anguila culebreando sobre mi rostro, me dio tanto asco que pulsé de nuevo.

Si el primero me había durado diez segundos, éste habían sido quince, y, por si fuera poco, llevaba barba y noté cómo uno de sus pelos caía dentro de mi boca cuando empujaba con su lengua intentando entrar. Me dio la primera arcada tratando de escupir el maldito pelo, que no había manera de localizarlo. «Mec, mec, mec», eliminado.

Me puse a lanzar saliva cual llama andina, menos mal que había sido un pelo de barba y no de otro sitio, el pensar en ello me revolvió las tripas. «Serénate, Luz, o esta noche te vas tal cual has venido, tan casta y pura como la Edelmira», una vecina de mi madre que no había conocido hombre en su vida; eso sí, tenía un huerto de calabacines y pepinos en Villapene que daba mucho que pensar, sobre todo por su tamaño y su lozanía, y lo rápido que desaparecían.

No creía estar hecha para aquel sitio, no estaba segura de si darle la oportunidad al tercero, y eso que Niyireth me había asegurado que eran los mejores. O me quedaba con ése o la operación se iba al traste.

«Sólo son cinco minutos —me dije—, un último asalto y si no funciona te vas.» Tal vez Jon no era tan mala opción después de todo.

La puerta volvió a abrirse y yo desplegué mis fosas nasales. Comenzábamos bien, éste olía a limpio, era un perfume masculino intenso pero nada empalagoso, estaba convencida de haberlo olido antes, tal vez a alguno de mis alumnos, no estaba segura.

La cama no se hundió, porque no se tumbó. Unas fuertes manos me tomaron de los pies y comenzaron a hacerme un masaje para



morirse del placer, creo que incluso gemí del gustirrinín que me estaba entrando. Apretaba con la suficiente fuerza como para que tras la presión un alivio insano trepara por mis piernas. Se concentró en cada uno de los dedos, en la planta y en el empeine, para terminar subiendo con delicadeza por las pantorrillas.

La boca se me estaba secando y un delicioso cosquilleo comenzaba a vibrar por mis muslos cuando el maldito timbre sonó; me recordó a mi maldito despertador, que se emperraba en despertarme en medio de un sueño húmedo. Me negaba, esta vez no iba a ser así, esta vez tenía yo el control. Eso no era un sueño y podía disfrutarlo al cien por cien, sin que nada ni nadie me detuviera.

Mi dedo pulgar acarició el botón. Si lo hundía, mi masajista de pies desaparecería y nunca más volvería a saber de él. ¿Qué hacía? ¿Me lanzaba a la aventura con él? Por lo menos parecía que sabía tocar, y eso era fundamental. Con tanta diatriba mental, ni me di cuenta de que el ruido cesó y las manos siguieron el tortuoso recorrido por mis muslos. No había pulsado, la decisión estaba tomada, él sería el encargado de romper mi «techo del amor».

Cambió de posición, separó mis piernas con suavidad y se subió al colchón. Por suerte no lo hizo con brusquedad, me dio tiempo a que me acostumbrara a su presencia, a saber que él iba a estar ahí encargándose de mí.

Tras la suavidad de sus dedos fue la boca la que comenzó a recorrer el sendero marcado. No eran besos pretenciosos, sino más bien dulces, húmedos, destinados a provocar, como un bombón de cereza y licor que estalla al primer bocado.

Cuando llegó a mis rodillas fue su lengua la que tomó la suave piel que quedaba en el pliegue interno. Un jadeo mayúsculo rebotó por toda la estancia, nunca habría dicho que fuera tan sensible en

esa zona, obviamente no había sido él, sino yo quien suspiraba bajo sus atenciones.

Cada vez se acercaba más a la zona cero, aquella que no dejaba de rugir por ser atendida. Él seguía su particular tortura, recorriendo lánguidamente toda la piel que hallaba en el camino, parecía que no quisiera dejar un simple poro por cubrir. Aquellas caricias estaban destinadas a ir avivándome paulatinamente, como si se tratara de un reguero de brasas que él azuzaba con el fuego de su aliento. Tenía el pelo suave, lo sabía por las cosquillas que me hacía a cada pasada de su boca y la sonrisa perenne que curvaba la mía. Había sido tan agradable hasta el momento que me tomó por sorpresa cuando de repente sus manos salvaron mis muslos flexionados y los pasó sobre mis ingles para cogerlos y separarlos a voluntad. Contuve el aliento cuando encajó su nariz en mi sexo.

Estaba muerta de vergüenza, oía sus inhalaciones profundas, como si quisiera embeberse de mi aroma a la par que su nariz se movía arriba y abajo de mi entrepierna. Me sentía muy caliente y excitada, estaba convencida de que la humedad estaría traspasando el fino encaje de la delicada prenda interior; pero, lejos de frenarse, él seguía presionando entre mis piernas, captando todos los matices que emanaban de ella.

Me mordí los labios con fuerza cuando posó la boca sobre mi vagina, sólo nos separaba un suspiro, aquella ínfima tela que, lejos de molestar, incitaba a pecar. Aquel roce, juntamente con el de sus dientes sobre mi clítoris, me estaba inflamando a marchas forzadas, tenía ganas de gritar, de elevar las caderas y aplastarlas en su boca. «¿Y por qué no?», me pregunté. ¿Qué me impedía que me comportara como deseara? ¿Acaso él no lo estaba haciendo? Me prendí como un bidón de gasolina junto a una cerilla y empujé las caderas para sentirlo mejor. Algo así como una risa ronca llegó a

mis oídos; como si supiera en cada momento qué necesitaba, una de sus manos apartó el delicado encaje y una boca golosa cubrió mi sexo para devorarlo.

¡Santa Virgen de la Macarena, esa boca era una condena! No pude controlar mis dedos, que estaban retorciendo las sábanas, aquella lengua me recorría sin pudor, tanteando cada sinuoso rincón, descubriéndolo y saqueándolo. Era la primera vez que un hombre me besaba ahí abajo y ahora sabía por qué mi prima me decía que con el sexo oral tenía suficiente, que me dejara de un Metedor y buscara a un Devorador.

OMG! Menuda delicia, ni una tableta de chocolate entera era comparable al placer que ese hombre me estaba dando, podrían darle la medalla al mérito. Separó más mis muslos para encajarse mejor y obviamente no me resistí.

Si hubiera tenido vello en el cuerpo estaba convencida de que habría parecido un erizo. Sus dientes mordisqueaban mis labios externos con gula y yo me abría para él ofreciéndole todo lo que quisiera comer. Tras el dulce aperitivo, se situó sobre el clítoris y comenzó a sorber con fuerza.

WOWWWWWW, ni mi aspiradora turbo 6000 tenía tanto poder de succión, sentía cómo el alma se me despegaba del cuerpo. ¿Era posible hacer un viaje astral mientras a una le exploraban el canal? Mejor prefería regresar, no fuera a ser que me perdiera algo interesante por el camino.

Me concentré en todas las sensaciones que aquel hombre provocaba en mí, que no eran pocas, e hice algo que había deseado hacer desde el momento en que su boca se encontró con mi vagina. Lo tomé del pelo y dejé que esas suaves hebras se deslizaran entre mis dedos, provocando que mi Devorador gruñera. Creí que iba a desfallecer ante aquel sonido tan primitivo, que no podía haber nada

mejor que eso, pero me equivocaba, lo supe en el preciso instante en que su lengua me penetró.

Sentirla dentro fue una sensación que no esperaba, me pareció un acto tan íntimo y excitante que me puso al rojo vivo. Me estaba degustando y parecía encantarle. Mis caderas habían adquirido vida propia, se agitaban en busca de todos aquellos maravillosos sobresaltos que me embriagaban. Tenía los dedos completamente enroscados en su pelo y tiraba de él hacia mí sin temor. Total, ¿qué más daba?, estábamos allí para follar, no para rezar el rosario. ¿Qué diría el cura de mi aldea? Fijo que era demasiado tarde para mí, mi alma estaba ya condenada, así que mejor que me concentrara en disfrutar, la penitencia y los arrepentimientos ya vendrían más tarde, o no.

Oía el ligero chapoteo de mis jugos, estaba empapada y una energía arrolladora crecía con la fuerza de un tsunami en mi primer chacra, amenazando con estallar como una supernova en cualquier momento.

Me alegraba de haberme quedado con ese candidato, estaba convencida de que no había mejor entrenador de Pokémon que ése.

Sentía el clítoris terriblemente rígido. Su lengua abandonó mi cueva para soplar con suavidad sobre mi preciado montículo y después sucedió, se lanzó a por él con tal vehemencia y empuje que estallé en su boca aullando como una loba. Mi vagina se contraía sin parar, intentando hacer señales, estaba claro que necesitaba algo en su interior para sentirme completamente plena; estaba siendo un orgasmo brutal, sobre todo porque en ningún momento se había apartado y había alargado esa dulce agonía hasta que los últimos coletazos de éxtasis me abandonaron.

Una vez me sintió relajada, pasó su lengua de arriba abajo, como hacía *Lucifer* cuando se aseaba.

—Eres deliciosa —soltó, y yo me puse rígida de golpe. ¡Había hablado! ¡Acababa de saltarse una de las normas!—. Tengo muchísimas ganas de enterrarme en ti. —¡Había vuelto a hacerlo!...

Pero eso no era lo peor: ¡había reconocido su voz! ¡Era imposible, no podía ser...! ¡Necesitaba verlo con mis propios ojos, al fin y al cabo, él se acababa de saltar las reglas a la torera! Subí los pies y empujé con todas mis fuerzas, estaba segura de que había impactado sobre sus hombros. Él se quejó incorporándose, o por lo menos es la sensación que me dio, pues no veía un pijo. Aproveché el momento para reptar hacia arriba, palpar la mesilla y accionar el interruptor de la lamparita.

Aunque no era una luz cegadora, los ojos me dolieron y se me nublaron por un momento, pero era tal mi necesidad de corroborar lo que me temía que volví a abrirlos, rezando porque hubiera sido una enajenación auditiva transitoria. Pero no, era el colmo de la mala suerte, justamente me encontré con quien me temía.

Nuestros ojos impactaron, fue un *shock* para ambos, pero mucho más para mí, porque la sonrisa engreída de Carlos no tenía desperdicio.

—Vaya, vaya, señorita Martínez, no esperaba yo encontrarla aquí esta noche, y mucho menos que me dejara probar su deliciosa sonrisa vertical... —Sacó la lengua y rebañó sus labios, que estaban brillantes por mis jugos. Quería morirme de la vergüenza, ¿cómo era posible que fuera él mi elegido? Además, ¡¿qué narices hacía allí?! —

—¡¿Tú?! ¡¿Tú?! —Me volví medio loca, cogí el cojín y se lo lancé.

Él no dejaba de reír a carcajada limpia, hasta que, como un depredador, se lanzó a por mí de nuevo. Me inmovilizó contra el colchón. Estaba duro, podía sentir su piel pegada a la mía, y esa rigidez que se clavaba en mi bajo vientre, que mi vagina no había parado de reclamar, incluso ahora que sabía quién se escondía tras

mi desconocido. Intenté revolverme, pero era imposible, debía de pesar treinta kilos más que yo, me tenía aplastada y con los puños agarrados.

—Menuda sorpresa, aunque no es difícil de entender que el destino quiera que terminemos lo que empezamos, lo que se denomina cerrar el círculo. —Su fuerte muslo estaba entre los míos, aquel vello encrespado me hacía cosquillas, tantas que no pude evitar una risita. Sus ojos se iluminaron—. Me alegro de que te guste la idea tanto como a mí, porque después del orgasmo que te he regalado ahora me toca disfrutar del mío. —Sus ojos me miraban hambrientos, abrí la boca para decirle que la risa era porque era muy sensible en aquella zona, pero él lo tomó como una invitación para besarme.

Esta vez saqué mi boca sin que pusiera mayor impedimento. Su lengua impactó contra la mía para que degustara el rastro de mi pasión. Perdí el norte, aquel hombre tenía la capacidad de licuarme el cerebro. No era un beso salvaje, sino dulcemente provocador, uno que invitaba a pecar y a desear más y más.

Resollé entre sus labios mientras él gruñía en los míos. Estaba tan duro, tan listo para mí.

Aflojó el agarre de las muñecas y al sentirme libre tomé su nuca, pero no para separarlo precisamente: mis dedos lo acariciaban y lo acercaban cuando él metió una mano entre nuestros cuerpos para acariciar de nuevo mi agitado sexo. Volví a estar mojada y abandonada, me había tocado un depredador sexual y yo era su presa. Internó uno de sus dedos en mí con suavidad.

—Joder, qué estrecha eres... —Volvió a presionar sin abandonar mi boca, hasta que en una de las acometidas se topó con la barrera de accesos. Por un momento se quedó muy quieto y tanteó a continuación con suavidad, como si estuviera pidiendo permiso para

entrar. Tras la segunda intentona fallida volvió a detenerse y se apartó de mí como si quemara—. ¡No me jodas...! ¡Virgen! ¡Eres una puta virgen!

Me enfadó el modo en que se apartó de mí como si fuera una apestada y los términos que estaba utilizando.

—¡Perdona, o se es puta o se es virgen, pero las dos cosas a la vez, imposible! Además, ¿cuál es el problema? ¿Acaso nos tienes alergia? ¿Es que no servimos igual?

Se pasó los dedos por el pelo como si no lo pudiera creer.

—¿Pretendías que la otra noche te desvirgara en un maldito hotel para putas? ¿Y ahora ibas a tirarte a uno de tres desconocidos y entregarle tu virginidad así como así? ¿Es que acaso te has vuelto loca o es que te queda una semana de vida?

Ver para creer. Me incorporé en la cama recolocando la entrepierna de mi body para no seguir discutiendo con mi Pikachu al aire.

Me puse de pie al lado de la cama. Pero ¿quién se creía que era para increparme de ese modo y para decidir qué era correcto y qué no? Me lancé al ataque.

—Que yo recuerde, el lugar lo elegiste tú, yo pensaba que ibas a llevarme a tu piso, no a ese espantoso sitio, que parecía el cuarto de los horrores. ¿Crees que a alguna tía le pone verse todos sus defectos en realidad aumentada? Además, te recuerdo que tú y sólo tú eres el culpable de que hoy esté aquí; si hubieras cumplido no me habría visto forzada a recurrir a ningún desconocido. —Estaba completamente descontrolada—. Te había escogido a ti, debías ser tú, pero te asustaste como una nenaza por un simple taponazo y un golpecito de nada...

Se acercó peligrosamente a mí.

—¿Nenaza, yo?! ¡Tú eres la maldita homicida! Además, ¿no crees que tenía derecho a saber que iba a tirarme a una maldita virgen?

—¿Y cuál es el problema? ¿Eres agnóstico? ¿Te damos repelús? ¿Acaso creías que si me quitabas la virginidad deberías casarte conmigo? ¡Quería un empotrador, no un marido! ¡Si hubiera querido ir al altar, me habría buscado a otro! —Parecía que eso le había dolido, pero era cierto, los tíos como él eran intolerantes a estar sólo con una mujer, y yo no quería llegar un día a casa para encontrarme que no podía entrar por la puerta al tener más cuernos que la madre de Bambi—. Hasta hace un momento parecía que te gustaba lo que estabas haciendo y te daba absolutamente igual comerme el Pokémon.

—¿El Pokémon? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Cada cual llama a su intimidad como gusta, ¿o también te vas a meter en eso? —pregunté de brazos cruzados—. Será mejor que no nos desviemos del tema. ¿Puedes explicarme cuál es la diferencia de tener que desvirgarme a no tener que hacerlo? ¿Qué pasa por cruzar la maldita barrera? ¿Acaso crees que te le voy a arrancar de cuajo o te voy a cobrar peaje? —Estaba fuera de mis casillas.

Él parecía algo más relajado y se acercó con tiento.

—No es eso, es que la primera vez es especial, no puedes desear algo así para ti. —Había bajado la voz, ya no estaba resoplando furibundo con los ojos fuera de las órbitas, pero yo seguía en pie de guerra, estaba desatada y no me iba a calmar con nada.

—Tú no eres quién para decidir eso, ¿no crees? —Después me lancé a la cama a por el pulsador y lo apreté.

Él me miró con los ojos muy abiertos.



—¿Por qué has hecho eso? —Como si no lo supiera.

—Pues porque la fiesta ha terminado, igualmente no ibas a cumplir, yo me voy a casa intacta y tú con el calentón a otra parte, a ver si encuentras una que esté bien estrenada y que te pegue la gonorrea, así seguro que eres mucho más feliz.

—Luz... —Su mirada era algo triste, pero a mí no me importaba un carajo, estaba harta de él.

La puerta se abrió y Jon entró.

—¿Ha pulsado, señorita?

—Así es, Jon, ya hemos terminado —dije pasando por su lado hasta alcanzar al guardaespaldas.

—¡Espera! —llamó Carlos—. Tenemos que hablar.

—Aquí ya está todo dicho —resumí sin volverme.

—¿Todo bien? —Jon parecía preocupado. Estuve tentada de no hacer lo que iba a hacer, pero podía más mi mosqueo que mi capacidad de raciocinio.

—No, él me habló para decirme un montón de guarradas, se saltó las normas un montón de veces, además de encender la luz, por eso pulsé el timbre, quiero largarme y que lo echen del local.

Jon miró a Carlos con cara de pocos amigos, esperaba que se revoliera, que me dijera de todo o por lo menos que explicara que estaba soltando una burda mentira. Pero nada de eso sucedió. Carlos calló, sentía la intensidad de sus ojos en mi nuca.

—No se preocupe, señorita, le vetaremos la entrada, nunca más podrá acudir aquí. Acompañeme, yo la ayudo.

Jon volvió a cargarme en sus fuertes brazos y me llevó al cambiador. Menos mal que me tenía cogida, sentía que podría desmayarme en cualquier momento.

No sabía cómo debía sentirme, estaba completamente confundida, el hombre al que había elegido como el Empotrador de

mis sueños y que me había salido rana tras la primera cita resultó ser mi nuevo alumno y, para más inri, el desconocido que debería haberme desvirgado tras llevarme al mejor orgasmo de mi vida. Aquello era de locos.

Me cambié en un momento y, tras la negativa a las atenciones de Jon, que intentó que quedara con él, me vi en plena calle sin saber muy bien por dónde me pegaba el aire. No me veía cogiendo el metro, necesitaba despejarme, ya lo cogería más hacia delante.

Anduve cabizbaja entre la poca gente que había a esas horas por la calle, era tarde y al día siguiente tenía que madrugar. Me sentía extraña, por un lado Carlos me había regalado el mejor orgasmo de mi vida, todavía sentía el calor recorriendo mi cuerpo, y, por otro, me sentía traicionada, no sabía si por él o por mí. Que no hubiera querido continuar al advertir que era virgen me descolocó, creo que en otro momento habría sido capaz hasta de suplicarle y eso me enervaba.

Noté un empujón en el hombro que me desestabilizó. Había andado unas cuatro manzanas, estaba en una calle bastante oscura, al parecer la luz de la farola estaba fundida y los del ayuntamiento no habían cambiado la bombilla, no debíamos de pagar suficientes impuestos.

—Disculpa, ¿te he hecho daño, bonita? —Era una voz masculina, rápidamente me invadió el aroma a pachuli. ¿Era posible que se tratara de mi primer candidato?

Lo miré a los ojos. Era un hombre atractivo, pelo castaño, corto, ojos avellana y labios finos. Era alto y fuerte, llevaba una camiseta ajustada que le marcaba los abultados bíceps. Había algo en su mirada que no me gustaba.

—No, estoy bien —respondí con amabilidad, con intención de largarme de allí cuanto antes, no me daba buena espina.

—Me alegro de que estés bien. —Curvó el labio hacia arriba en un amago de sonrisa. Dio un par de pasos hacia mí y yo, instintivamente, los di hacia atrás, chocando contra la pared del edificio. Su mano voló a mi mejilla—. Una chica tan guapa como tú no debería ir sola a estas horas de la noche —se acercó todavía más—, uno nunca sabe con qué indeseable puede encontrarse. — Estaba claro que el indeseable era él.

—Gracias por la advertencia. —Puse mi mano sobre su pecho para intentar apartarlo, pero era como una roca. Sus ojos se desviaron hacia mis dedos.

—¿Te gusta tocar? A mí también...

¿Lo había tomado como una invitación? Su mano voló hacia mi pecho, estrujándolo sin piedad. Fui a gritar, pero su boca interceptó la mía, metiéndose en ella sin permiso. Lo empujé de nuevo sin obtener resultado alguno, me estaba haciendo daño, así que hice lo único que se me ocurrió, le mordí la lengua con fuerza, paladeando el sabor de su sangre en mi boca. Me soltó de inmediato y yo eché a correr, aunque al momento me vi lanzada contra el portal de otro edificio.

—¡Putas! —me gritó—. ¿Crees que puedes ir al local y rechazar me como si nada? —Así que sabía que era yo—. ¿Y ahora morderme? Tú no sabes quién soy, a mí una mosquita muerta como tú no me rechaza, te he estado esperando para darte tu merecido. —Cogió mi top de gasa y tiró con fuerza, desgarrándolo por completo—. Si ni siquiera estás buena..., mírate, eres una del montón: tetas pequeñas, caderas anchas y cara de lo más corriente... ¿Quién te crees que eres para rechazarme? —Estaba claro que había herido su amor propio, aquel tipo era violento y yo estaba sola. Miré a un lado y a otro en busca de ayuda—. ¡¿Qué miras?! ¿Crees que alguien va a librarte de que te folle contra esa

puerta? —Su cuerpo bloqueó el mío—. Nadie va a librarte, eres una perra en celo dispuesta a tirarte a desconocidos, ¿crees que no conozco a las de tu especie? Cada miércoles me tiro a una de vosotras, mujeres que os creéis libres de poder tener sexo como cualquier hombre, cuando lo que sois es unas zorras cachondas que vais calentando y provocando para que cualquiera se os tire...

Los ojos me escocían, aquel tipo debía de pesar más de cien kilos y medir metro noventa, estaba convencida de que era de esos que se pinchan anabolizantes, esos músculos no eran normales y esa agresividad tampoco.

—Tranquilízate un poco, ¿quieres? Hoy en día las cosas han cambiado, la mujer es tan libre como el hombre, todos somos iguales respecto al sexo, tenemos el mismo derecho que vosotros de disfrutar.

Él torció el gesto.

—Eso es lo que queréis creer —bajó la voz y acercó su aliento al mío—, pero la realidad es que sois débiles.

Cogió los tirantes de mi body y los bajó de golpe sin previo aviso, dejándome con los pechos desnudos, después los agarró y los estrujó de nuevo. Grité fuerte por el dolor. Él apartó una mano y me soltó una bofetada en pleno rostro, logrando que volviera a gritar. La mejilla me ardía.

—¡Cállate, puta! Ni siquiera me diste la oportunidad, pulsaste el botón sin saber qué te perdías, y ahora vas a descubrir por qué deberías haberte quedado conmigo y no enfadarme. —Me agarró del pelo y lo retorció en la mano.

El dolor era agudo, las primeras lágrimas caían por mi rostro, me iba a violar por el simple hecho de no haberlo elegido.

—Por favor, no nos hagas esto...

Me miró con sorpresa.

—¿Que no nos haga qué? —Estaba desencajado, ido.

Intenté recordar los consejos que me había dado mi jefe ante un ataque violento: primero negociar y, si no funcionaba, patada en los huevos y correr.

—Sé que eres un buen hombre, sólo te has sentido herido; tal vez tengas razón y debería haberte elegido a ti, está claro que eres muy guapo y muy fuerte. —Fue apenas perceptible, pero aflojó un poco el agarre, necesitaba un poco de distancia para clavar la rodilla donde debía—. Estaba nerviosa —me justifiqué—, era la primera vez que hacía algo así, nunca había estado en un local como ése, los nervios me traicionaron y apreté el botón por error. Si te hubiera visto, estoy convencida de que te habría escogido a ti, eres perfecto y parece saber qué le gusta a una mujer.

—¿Ah, sí? —Su expresión no me decía demasiado, no estaba segura de si mi plan estaba funcionando— ¿Te gusto entonces? —Asentí—. Ya veo, desabróchame la bragueta y chúpame la polla.

Abrí los ojos como platos.

—¿C-cómo?

Una sonrisa cruel empujó las comisuras de sus labios hacia arriba.

—¿Te crees que soy imbécil? ¿Que porque cuido mi cuerpo soy tonto? Me quedó muy claro desde que me mordiste que no querías saber nada de mí, tus sucias argucias no van a servirte de nada, no voy a dejar mi miembro entre tus dientes para que me des otro mordisco, sólo voy a follarte y a demostrarte lo que es un hombre de verdad. —¡Mierda! Me había descubierto y no tenía espacio de maniobra. Volvió a apretar mi pelo y mi pecho, arrancándome un nuevo quejido—. ¡Que no grites!

Me dio la vuelta aplastándome contra la pared del portal, dio otro tirón a mi pantalón corto, dejando al descubierto la parte inferior de

mi body, y una vez me tuvo así me agarró ambas manos con una de las suyas y las sujetó a mi espalda.

—Por favor —supliqué—, suéltame.

—Tranquila, puta, lo haré, pero primero vas a saber qué es tener un tío de verdad entre los muslos.

Con la mano libre hurgó en mi entrepierna y rasgó el body. El aire frío me golpeó la piel expuesta. Aquello no podía estar pasándome, ¡me iba a violar! ¡No podía perder la virginidad de aquel modo! Prefería morir luchando que terminar así con aquel tipo. Comencé a gritar como una posesa, con un poco de suerte algún vecino me oiría, aunque mis gritos duraron poco. Mi captor cogió mi cabeza y la estrelló contra la pared del edificio con fuerza. Todo me daba vueltas, sentía náuseas y mis piernas comenzaron a flojear, después vino la oscuridad.

## Capítulo 10

### *Carlos*

Cogí la moto, estaba enfadado conmigo mismo y con Niyireth más aún.

No solía participar en mis propios juegos, había abierto el local hacía un tiempo como un centro de *speed dates* normal y decidí ofrecerle el puesto a ella para que le fuera más fácil mantener a su hija.

Conocí a Niyireth hará cosa de un año, fui uno de los agentes responsables de desarticular la red de proxenetas que la tenían retenida contra su voluntad. Cuando llegué a aquel minúsculo habitáculo que era su habitación y descubrí en él a la preciosa bebé de ojos verdes que tenía allí, no pude resistirme a socorrerla. Le dije que la ayudaría en lo que pudiera, mi negocio no era muy boyante en aquel entonces, así que apenas tenía suficiente para pagarle. Pero ella era una luchadora, se buscó un trabajo de teleoperadora por las noches; así, mientras la pequeña dormía en uno de nuestros pisos tutelados con otras chicas, ella podía ir al trabajar, además de hacerlo para mí. Resultó ser más lista de lo que imaginaba, fue ella quien sugirió lo de las *speed dates*. Al principio fui un poco reticente, pero estaba claro que un cambio debíamos dar, al fin y al cabo, el sexo mueve muchísimo dinero y si era consentido no había problema alguno. Apenas llevábamos seis meses con el cambio de rumbo y los números hablaban por sí solos: el negocio prosperaba,

cada vez iba mejor. Estábamos haciéndonos un nombre en el sector, teníamos lista de espera para los fines de semana y ahora estábamos potenciando las citas entre semana.

Cuando Niyireth me dijo que tenía una amiga a quien le debía un favor, que necesitaba que yo estuviera entre los tres candidatos porque ella era muy especial y no iba a quedarse con cualquiera, no pude decirle que no. Aquellos ojos verdes brillaban llenos de súplica; me perjuró que la chica era guapa pero poco experimentada, que nunca había tenido a un hombre que la hiciera alcanzar el orgasmo, así que no valía cualquiera. Me explicó que era dulce, sensible, soñadora, y que sobre todo necesitaba una buena experiencia. Al momento supe qué deseaba aquella chica, así que acepté y me metí de cuatro patas en aquel berenjenal. Lo que no habría esperado es que fuese Luz, y mucho menos que su experiencia con los hombres fuera la de forrar con ellos su carpeta del instituto. ¡Era virgen! Aquello me bloqueó por completo, no actué como debería haberlo hecho, estaba claro, pero es que me descolocó mucho y cuando me di cuenta del error fue demasiado tarde. La estaba empujando a los brazos de cualquier capullo desalmado, uno que no se preocuparía de otra cosa que no fuera descargar, y todo habría sido por mi culpa.

Ahora entendía el nerviosismo de aquella primera cita, había llevado a una mujer sin experiencia a un picadero, ¿así pretendía que no estuviera nerviosa? Normal que le pasara todo aquello. Y esta vez no había actuado mucho mejor, pero es que Luz activaba algo en mí que me sacaba de mis casillas, de mi zona de confort, y actuaba como no debía. Había metido la pata hasta el fondo.

Me detuve en el tercer semáforo cuando vi algo extraño a mi derecha. Había un tipo contra el portal de un edificio y parecía estar beneficiándose a una mujer. No estaba de servicio, la calle era



solitaria, seguramente se trataba de un par de exhibicionistas, así que pasaba de intervenir. El semáforo se puso en verde, di gas y entonces un ligero movimiento me alertó: parecía que el tipo le había cogido la cabeza a la mujer y la estampaba con fuerza contra el cemento. Frené en seco, mi cuerpo se tensó segregando adrenalina por doquier, comencé a verlo todo rojo, el coche de detrás casi me embiste. Me disculpé, arranqué de nuevo y di gas para enfrentarme a aquel miserable.

Si había algo que era superior a mí era la violencia de género. Las mujeres eran criaturas hermosas, cada una tenía algo especial; por tener más fuerza bruta un hombre no debía usarla jamás contra ellas. Tal vez éramos más fuertes físicamente, pero las mujeres lo eran más desde un punto de vista emocional y, si no, que le preguntaran a mi hermana o a mi madre.

Paré la moto, desmonté de un salto y fui a por ese cabrón sin pensarlo dos veces. Tenía a la mujer desmadejada entre los brazos, estaba desnuda de cintura hacia arriba y le había arrancado la parte de la entrepierna, dejando su sexo a la vista. Él se estaba desabrochando los pantalones dejándola como una muñeca rota en el suelo..., ¿pretendía tirársela estando inconsciente?

Sin preguntar, arremetí, estaba claro que era una mole, pero no me importó. Estaba enfurecido por lo que acababa de ver, ni siquiera me quité el casco para pelear, tal vez fuera mejor así.

Lo golpeé como si fuera uno de los sacos del gimnasio, él no tuvo tiempo de reacción: directos, ganchos, patadas y un cabezazo lo dejaron inconsciente, tendido en el suelo del portal, como el gran saco de mierda que era. Un tío así merecía eso y más. Algo parecido me había llevado a las malditas clases de yoga, y sólo de pensarlo volvía a ponerme enfermo. Notaba la sangre recorrerme alterada todos los músculos del cuerpo, podría haber continuado

hasta verlo morir entre mis manos, un tipo así no merecía seguir respirando. Pero un chispazo de cordura prendió en mi cerebro, vi los ojos y la sonrisa de Luz alentándome a respirar, a calmarme, a conectar y atender a quien realmente lo necesitaba, que era la mujer que seguía inconsciente en el suelo.

Me di media vuelta con rapidez, levanté su rostro y todo mi cuerpo se encogió de dolor, retorciéndose de agonía por dentro. En mis manos estaba el rostro de Luz, con la mejilla roja por un golpe y un feo chichón en la frente. Aquel tipo había estado a punto de abusar de ella, aunque no lo había logrado. Intenté despertarla, pero era evidente que sufría una conmoción, aunque no parecía nada grave. Mi hermana era enfermera y me había enseñado a discernir cuándo un golpe era complicado y cuándo no; eso sí, luciría un bonito recordatorio en la frente de lo que le había pasado. Le subí el body, le puse los pantalones y dejé allí el top, que estaba hecho jirones.

Aparqué bien la moto, estaba claro que no podía ir con ella en ese estado. La cargué en brazos y paré a un taxi. Mañana ya volvería a por ella, lo importante era Luz.

Subí a mi piso, la desnudé con cuidado y le puse una de mis camisetas, quería que estuviera cómoda. Después fui a por Thrombocid, le puse la pomada en ambos golpes y un paquete de guisantes congelados en la frente; se removió algo al sentir el frío, eso era buena señal. Estaba agotada, debía de haberlo pasado fatal, no quería imaginar el miedo que debía de haber pasado con aquel gorila encima. Si él la hubiera violado, no me lo habría perdonado en la vida.

Tras media hora con el frío en la frente, se lo quité, me desnudé y me metí en la cama con ella, pasaba de dormir en el sofá porque estuviera allí; tal vez eso es lo que haría un caballero, pero yo no

era uno. Además, los dos nos habíamos visto prácticamente desnudos, y ¿qué narices?, había tenido su sexo en mi boca hasta hacerla gritar... Si eso no me daba permiso para dormir en pelotas junto a ella, que bajara Dios y lo viera. Bueno, mejor Dios no..., en fin, que dormiríamos así.

Acaricié su pelo y besé sus labios con ternura antes de apagar la luz. Desde que esa mujer había llegado a mi vida que no lograba quitármela de la cabeza. Ambos necesitábamos descansar, le di la espalda y cerré los ojos, mañana ya le daría las explicaciones oportunas.

## *Luz*

La cabeza me dolía un horror, me desperecé en la cama con aquel latido incesante que parecía que fuera a partírmela en dos. ¿Qué había ocurrido para que estuviera así? ¿Acaso había bebido? Parpadeé con fuerza, pues una extraña luz bañaba toda la habitación. ¿Quién había abierto la persiana? Yo siempre dormía completamente a oscuras, la luz me molestaba un horror cuando me levantaba. Intenté incorporarme, pero algo me lo impedía. A tientas, toqué lo que parecía un brazo masculino agarrado a uno de mis pechos. Me quedé muy quieta intentando no respirar, para que quien tuviera al lado no se percatara de que me había despertado.

—Si sigues aguantando la respiración, podrías morir por asfixia, y paso de tener que hacer un levantamiento de cadáver en mi cama; no sabes lo pesados que se ponen los de asuntos internos con los muertos y los polis...

¡No! ¿Cómo era posible? ¡Esa voz era la de mi Empotrador! ¿Estaba soñando? Volví la cabeza rápidamente, lo que implicó otro fagonazo de dolor. Abrí los ojos para encontrarme con los suyos,

que estaban soñolientos a la par que me observaban divertidos. Un hormigueo me recorrió el pecho, desvié la mirada, su dedo pulgar me acariciaba el pezón con malicia y éste se había puesto duro ante su contacto.

—Buenos días a ti también, bonito. —Pellizcó el tenso botón y yo ahogué un gemido.

—Quita tu sucia zarpa de mi Pokéball.

Una sonrisa perezosa curvó la mitad de su labio que no quedaba enterrada en la almohada. Debería estar prohibido levantarse y estar tan guapo, con ese pelo alborotado como si hubiéramos...

—Desde luego que no dejas de asombrarme, eres una friki de esa serie... Aunque no debería sorprenderme: quien tiene un buen Pokémon ha de tener un buen par de Pokéballs para guardarlo. —Estaba inusualmente dulce y divertido—. ¿Estás mejor? Anoche... —Oh, Dios mío, no podía ser verdad... ¿Me había acostado con él y no me acordaba? Miré hacia abajo, llevaba una camiseta que obviamente no era mía, enrollada en la cintura y con todo, todo, todo mi Pikachu a la vista. Intenté agarrar los bordes de la camiseta y tirar hacia abajo para cubrirme—. Déjalo así —me susurró al oído—, lo tienes muy bonito, me gusta contemplarlo.

—¡Ni que fuera un cuadro de Dalí! —exclamé enfadada, intentando cubrirlo como fuera.

—Para ser de Dalí, deberías dejarte bigote, y a mí me gusta así de afeitado. —Pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué me decía esas cosas?

—¡Lo único que se afeita es el bigote y la barba!

Volvió a lanzar una de sus demoledoras sonrisas.

—Cierto, ¿y a los Pokémon qué se les hace?

Puse los ojos en blanco. ¿En serio estábamos manteniendo esa conversación? Aunque estaba tan divertido y tan guapo que no pude

más que seguirle el juego.

—Claramente, se los depila.

Su sonrisa se hizo mucho más amplia y mi corazón comenzó a alborotarse.

—Cierto, y te hicieron un trabajo perfecto que anoche agradecí.

—El calor de su mano abandonó mi pecho para tomarme de la barbilla sutilmente. Yo me puse como una fresa al pensar en su boca en mi entrepierna—. Y ahora cuéntame, ¿cómo te encuentras después de lo de ayer?, ¿te duele mucho?

Obviamente no hablaba del maravilloso sexo oral que me había dispensado, estaba preocupado seguramente por lo que ocurrió después, ¿qué habría sucedido? ¿Cómo llegamos a su casa? ¿Me habría dolido una barbaridad? ¿Habría sangrado como un gorrino? Intenté centrarme en los músculos de mi vagina, a ver si sentía algo de dolor... Nada, absolutamente nada. ¿Era normal que no me doliera y que, sin embargo, me palpitara la cabeza? ¿Qué le decía yo ahora? ¿Por qué no recordaba mi primera vez? ¡Si no bebí nada! Me aclaré la garganta intentando dar respuesta a su pregunta.

—Pues creo que me encuentro como cualquier mujer que ha pasado por lo mismo que yo.

Él asintió y se incorporó sobre un brazo, acercó su rostro al mío y supe que iba a besarme. Después de haberse acostado conmigo era lógico que quisiera darme un beso. Puse morritos y sus labios se posaron sobre la punta de mi nariz, con lo que terminé cual besugo, besando su barbilla como una imbécil. Pero ¿qué le pasaba a aquel tipo con mi nariz? El primer día me metió la lengua, y ahora le daba a ella el beso de buenos días en vez de a mis labios. Bajó los ojos a la altura de los míos la mar de sonriente y frotó su nariz contra la mía como si fuera David el Gnomo, mordiendo su labio inferior. ¡Se acabó!, si buscaba una gnoma, ésa no era yo. «¡A la

porra!», me dije, total ya me lo había tirado, ¿qué más me daba? Me lancé a por su boca en picado y sin paracaídas. Carlos seguía sonriendo, pero le iba a borrar la sonrisa de un plumazo.

Lo agarré de la nuca profundizando mi ataque, le chupé el labio inferior, se lo mordí y, con ello, me gané un gruñido que me permitió barra libre entre sus labios. Los separó y yo me colé dispuesta a darme el banquete de mi vida.

Sabía a gloria bendita, no podía dejar de acariciarlo con la lengua, mi cuerpo vibraba para él en un acorde que sólo nosotros oíamos. Mi espalda se arqueaba, mis piernas se abrían y mis pechos apuntaban hacia arriba en busca de la tempestad. No quería calma, quería un tifón con vientos huracanados de doscientos kilómetros hora, quería recordar, que me agitaran por completo, y sentirlo erizando mi piel, saqueándome el cuerpo con sus labios de pirata y entrando en mí para alcanzar mi tesoro.

Una de mis manos pasó de su cuello a su espalda. ¡Joder, qué bueno estaba! Seguí bajando, memorizando aquella montaña de músculos bajo mis dedos hasta llegar a los lumbares, donde reposaba la sábana. Me sentía osada, eso de perder la virginidad me daba un empuje que antes no tenía. Colé la mano por debajo, agarrándole ese trasero duro y redondo que parecía una hogaza de pan de pueblo.

¡Por la Virgen de los Panaderos, yo quería seguir amasándole el pandero!

Con suavidad, se colocó encima de mí, la boca se me hacía agua en cuanto su baguette se encontró con mi tierno bollito de Viena. Ahora entendía por qué mi padre le decía siempre a mi madre: «¡Estate quieta, que las manos van siempre al pan!». Estaba convencida de que las mías también irían al del policía, que parecía haber sacado la hornada del día.

Enrosqué las piernas en su cintura moviéndome arriba y abajo, tratando de calmar esa comezón que me abrasaba entre las piernas.

Carlos no dejaba de gruñir y resoplar en mi boca, a cada balanceo de mi cadera lo hacía con más fuerza, como si le ocurriera lo mismo que a mí.

Estaba más que lista, notaba cómo me había lubricado para él. Empujé de nuevo para ver si se daba por aludido, pero seguía aguantando estoicamente el ataque, dedicándose por completo a poseer mi boca.

¡Que yo quería que poseyera otra cosa! Estaba claro que mi poli tenía roto el GPS y que, por mucho que le presentara la entrada de la cueva, él se la pasaba de largo una y otra vez, dando vueltas a la maldita rotonda sin terminar de coger la salida correcta. Necesitaba una guía experimentada, y yo era experta en mostrar el camino a mis alumnos, sobre todo a aquellos que se negaban a ver lo que tenían delante.

Ni corta ni perezosa, pasé la mano del pan de pueblo al pan de barra. ¡Jesús, era más grande palpándola que mirándola! Eso sí que era una superplús, y no el tampón que usaba cuando tenía el período.

Pasé mis manos por aquel fascinante miembro. Era muy duro y muy suave, ¿cómo se sentiría en mi interior? Ay, si pudiera recordarlo... Aunque no había mayor problema, en un instante desvelaría el misterio. Presenté la punta en mi entrada, ahora ya no había pérdida, ni escapatoria, era todo recto. Pero el muy cabrito no empujaba..., ¿por qué narices no entraba? Cada vez que yo subía las caderas, Carlos hacía lo mismo, estaba claro que a ese ritmo antes serrábamos un tronco que me lo metía.

Al final, harta de jugar al gato y al ratón, me aparté de sus labios para decirle:

—¡Pero ¿quieres entrar de una puñetera vez?! ¡El movimiento debe ser al contrario o no habrá manera!

Él resollaba, estaba muy tenso, con el sudor perlado su frente.

—¿Sabes el esfuerzo que estoy haciendo para contenerme? Después de lo de anoche, no creo que esto sea la mejor opción.

Abrí unos ojos como platos.

—¿Que no es la mejor opción? ¡¿Quieres decirme qué «miércoles» pasó anoche?! Por no decir una palabrota... ¿Acaso te violé? ¿Te pegué? ¿Te la arranqué?

Me miró desconcertado.

—¿No recuerdas lo que ocurrió?

Bufé como mi gato y él se apartó, tumbándose al lado.

—Pues me imagino que lo lógico entre un hombre y una mujer que amanecen juntos, él en pelotas y ella desnuda bajo la camiseta del nudista de al lado. Porque o bien eres nudista o es que hemos...

—Froté dos dedos entre sí.

—¿Hemos...? —Volvía a sonreír divertido alzando las cejas.

—Ya sabes..., fornicado, chingado, echado un casquete, un polvo, roto «mi techo del amor»... —Ahí sí que soltó una carcajada.

—¿Roto el qué? ¿Tu «techo del amor»? —Los lagrimones le caían gruesos como puños—. ¿Qué crees que tengo entre las piernas?, ¿una empresa de derribos?

—Pues por el tamaño, podría ser —dije entre dientes.

Él seguía riendo a carcajada limpia y yo venga a cubrirme con la sábana. ¿Era posible que dos segundos antes hubiéramos estado a punto de hacerlo y ahora se estuviera descojonando vivo? Mis planes de recordar se estaban yendo al garete. Una vez más calmado, me respondió.



—Lamento darte esta noticia, pero creo que todavía no tienes un descapotable entre las piernas, aunque sea un Ferrari. Tu «techo del amor» sigue intacto por mi parte...

Eso sí que no lo esperaba.

—¿Tú y yo no...?

Él negó con la cabeza.

—Ya te dije anoche que no llevaba muy bien el tema de la virginidad, es una responsabilidad demasiado grande para acarrear con ella y de esa manera.

—Pero ¡si estamos desnudos y en la misma cama! ¿De verdad eres un tío? —Ahora el sorprendido parecía ser él—. ¿Desde cuándo os preocupa eso cuando tenéis una mujer a tiro en la cama? Que yo sepa, sois como los insectos, estáis viendo la lámpara friemosquitos e igualmente vais hacia ella, aunque eso suponga vuestra muerte; todo vale si con ello alcanzas la luz.

—Pues ya ves que no todos los insectos somos iguales. Debes de haber dado con un bicho palo. —Estaba claro dónde tenía el palo mi bicho—. Gracias por la comparativa, pero algunos todavía sabemos dónde la vamos a meter, no como el tipo que te saqué anoche de encima... Estoy convencido de que con él no habrías tenido problema de derribos, y si no hubiera intervenido te habría hecho un túnel...

Aquel hombre era bipolar, ahora parecía enfadado, cuando la enfadada debería haber sido yo por rechazarme por segunda vez.

—¿De qué tipo me hablas?

Carlos cogió mi mano y la llevó hasta mi frente, donde palpé una protuberancia.

—Del mismo que decidió jugar con tu cabeza a los bolos lanzándola contra una pared mientras intentaba forzarte..., ¿acaso no te acuerdas? —preguntó nervioso—. Tuviste suerte de que

pasara por allí con la moto y lo pillara en ese preciso instante. No sabía que eras tú, no quiero imaginarme lo que podría haberte hecho ese animal...

Las imágenes comenzaron a colapsar mi cerebro y el olor a pachuli me golpeó con fuerza como si lo estuviera sintiendo de nuevo. Me levanté con rapidez de la cama, saliendo de aquel cuarto, que no era el mío, en busca de un baño. Por suerte, era la puerta de al lado, la misma distribución que en mi piso. Metí la cabeza en el váter, uno de esos de diseño que parece que esté flotando, aunque no era precisamente así como me sentía. Vomité, últimamente parecía que no podía retener nada en el cuerpo; si no hubiera sido virgen habría pensado que estaba embarazada, aunque, claro, en mi estado debería ser obra del Espíritu Santo.

Oí unos pasos tras de mí. Carlos se agachó y me sujetó la cabeza con mucho tiento. ¿Podía haber algo peor que el tío a quien te has insinuado dos veces, el que se ha negado a acostarse contigo, te aguantara la cabeza cuando tu vaciabas el estómago en su impoluto inodoro? Porque, eso sí, nunca había visto un váter con menos manchas que ése, parecía sacado de un anuncio de Porcelanosa.

—Ya está, vamos, tranquila. —Su mano pasaba con sosiego por mi espalda, mientras yo acababa de vaciarme.

Una vez las arcadas remitieron, me ayudó a incorporarme. Por suerte, se había puesto unos calzoncillos que llenaba de mala manera. «No le mires el paquete —me recordé—. Ése tiene otra destinataria que no eres tú.» Ni aun con lo que acababa de sucederme era capaz de controlar mi deseo por ese hombre.

Se dio media vuelta, abrió un cajón y me entregó un cepillo de dientes completamente nuevo, sin estrenar, dentro de la cajita que indicaba que nadie lo había utilizado. En un principio me sorprendió

que tuviera uno de repuesto, pero antes de que cerrara el cajón pude observar todo el arsenal de cepillos que tenía allí dentro. Supongo que mi expresión interrogante fue suficiente para que respondiera sin preguntar.

—Suelo tener muchas visitas que se quedan a pasar la noche...

Justo lo que pensaba: después de que se arrodillaran entre sus piernas las mandaba a lavarse los dientes. Aquella visión me enfermó.

—Sin lugar a dudas cuando vienen a follar contigo en lo último que piensan es en traerse el cepillo. Obviamente eres un detallista, a tu madre fijo que le regalas una plancha para su cumpleaños...

Lejos de sonrojarse, Carlos me sonrió.

—Ya sabes, hombre precavido vale por dos. Ahí tienes toallas limpias; estaría bien que te dieras una ducha. —¿Me estaba llamando maloliente? Agaché la cabeza con disimulo y aspiré, igual que cuando trabajaba de olfateadora de axilas. Estaba claro que a rosas no olía, pero tampoco echaba para atrás. Él parecía estar atento a todos mis movimientos—. Imagino que querrás despejarte, no hay nada mejor que una buena ducha para ello, buscaré en el armario alguna camiseta que puedas ponerte y haré el desayuno, ¿te parece?

Casi parecía mi sirviente, no podía con tanta amabilidad. Un momento, ayer era miércoles y eso quería decir que ¡era jueves! Se dispararon todas mis alarmas.

—¿Qué hora es?

Miró su reloj.

—Las nueve.

Por un momento me horroricé, entraba a trabajar a las ocho, aunque con ese cuerno de unicornio que llevaba en la frente dudaba que pudiera ir ese día.

—¿Ocurre algo?

—Pues que como todo mortal debería estar trabajando, antes de la ducha voy a llamar a mi jefe para decirle que estoy enferma; sólo espero que no me lo descuente de la nómina, es lo único que me faltaba.

—Si necesitas que le explique lo ocurrido...

Lo miré como si hubiera enloquecido.

—Claro, todo un detalle por tu parte, sería algo así como: «Disculpe, señor, su empleada no irá hoy a trabajar porque anoche estuvo en un club de sexo intentando perder la virginidad. No se preocupe, no lo logró; eso sí, por el camino, el primer candidato intentó tirársela sin su consentimiento en plena calle, estampándola contra una pared. Hoy tiene un chichón tremendo, y aunque haya amanecido desnuda en mi cama, sigue siendo una maravillosa unicornia virgen». ¿Te parece?

Su cara se había metamorfoseado, había aparecido una arruga doble en su ceño que se hacía cada vez más profunda.

—¿Cómo dices?

—Unicornia virgen.

Él negó con la cabeza.

—Eso no..., ¿has dicho que fue uno de los candidatos?

Asentí.

—Eso he dicho, lo reconocí por la peste a pachuli y después él me lo confirmó; al parecer, no llevaba bien que lo rechazaran.

—¡Joder! —exclamó enfadado—. Ahora mismo llamaré para que veten la entrada a ese malnacido, buscaré sus datos, y tú y yo iremos a comisaría para denunciarlo por intento de agresión y violación.

Estaba muy ofuscado y, lejos de asustarme, me pareció muy tierno por su parte.

—¿Puedo preguntarte algo? —Necesitaba saber la respuesta para aceptar ir a declarar.

—Pregunta.

—¿Qué le ocurrió al tipo cuando lo cogiste?

El cambio en su mirada me indicó justo lo que imaginaba.

—Lo que debería ocurrirle a cualquiera que se atreviera a tocar y golpear a una mujer como él hizo contigo.

—Entiendo, entonces no denunciaré.

Me cogió por los hombros con dureza.

—¿Estás loca? ¡Has de denunciar! ¡Un tipo así no puede andar suelto!

—Lo sé, pero creo que tú ya le diste su merecido, y si lo denuncio tal vez levante la liebre y él te denuncie a ti.

—¿A mí? —Ahora el sorprendido era él.

—Entiendo que hiciste que el karma regresara a por él, lo cual te agradezco, pero nada puede vincularte al suceso, o tu condena de clases de yoga puede convertirse en tu retirada de placa y pistola.

Carlos suspiró.

—Nadie me vio, llevaba el casco puesto. Además, no debes preocuparte por mí —su agarre se suavizó—, hice lo que debía.

—Y yo te lo agradezco, pero no voy a poner en peligro tu carrera. Igualmente no voy a volver a cruzarme con ese tío, no pienso volver a ese local.

—Ni él tampoco, eso te lo garantizo —zanjó.

—Pues eso, asunto resuelto, y ahora voy a llamar a mi jefe para decirle que tengo la gripe y que hasta el lunes no me espere, obviamente no puedo ir con el huevo de Pascua en la frente.

Me tomó de las mejillas y me dio un beso muy ligero sobre el huevo, que iba a pasar por toda la coloración del arcoíris.

—Ya verás cómo con mi beso mejora, es mano de santo.

«Ayyyyy, la mano de santo te la metía yo en todo el *espiritusanto*.» Ese hombre me desarmaba, lástima que no quisiera nada conmigo, aunque cualquiera lo habría dicho cuando tenía su lengua repicando en mi campanilla.

Carlos salió del baño y yo fui a la habitación. Era amplia, cómoda y masculina. Estaba pintada en un tono verde apagado que le daba mucha paz. Además, la decoración en tonos crema y marrones le pegaba mucho. Parecía un hombre bastante ordenado, todo estaba en su lugar, nada de calzoncillos tirados por el suelo, calcetines olvidados o toallas dispersadas fuera del cesto de la ropa sucia.

Había una cama grande de madera que se veía robusta, con un par de mesillas a juego de un solo cajón, un armario amplio, una cómoda con espejo y una silla de esas donde puedes dejar la ropa para que no se te arrugue. Encima de la silla estaba mi body roto y los pantalones cortos; supongo que el top que aquel animal me había despedazado no lo había cogido. Encima de todo estaba mi bolso, lo abrí y llamé a mi jefe poniendo voz de engripada; cada vez se me daba mejor fingir, al final iría al infierno por pecadora, si mi madre me oyera y me viera...

Tras colgar me fui directa a la ducha. Carlos tenía una de esas cabinas de hidromasaje completamente acristalada. Abrí todos los chorros y creí que me moría del gusto. Era capaz de cantar *La traviata* allí dentro, fijo que todos los problemas se iban por el desagüe.

Cuando salí envuelta en una esponjosa toalla naranja, mi salvador ya había dejado una camiseta blanca sobre la taza del váter. La miré pensativa, ¿me había visto desnuda de espaldas mientras me duchaba? ¿Qué habría pensado? «Pues que si hubiera un concurso, fijo que tu pandero ganaba el de la hogaza más grande.»

El olor a beicon recién hecho llegó hasta mí y mis tripas rugieron; estaba claro que a ellas no les importaba que mi culo siguiera creciendo.

Me puse la camiseta y no pude contenerme: la olisqueé como si fuera un perverso, olía a su detergente y su suavizante colmándome de su aroma a limpio. No pude evitar que una sonrisita tonta se instalara en mis labios; obviamente debía borrarla o pensaría que era una trastornada.

Completamente aseada, con la camiseta que me llegaba a medio muslo y los dientes limpios (no podía ir a desayunar con el sabor a vómito), me dispuse a salir.

Estaba claro que se trataba de un piso pequeño, de un tamaño similar al mío; incluso la distribución era parecida, cosa que me sorprendió, aunque estaba claro que había muchos pisos pequeños en Barcelona y el de él, a diferencia del mío, estaba completamente reformado, nada que ver con mis baldosas de flores, que tan poco me gustaban y que tan de moda se pusieron en la década de los sesenta.

El suelo estaba cubierto de parquet de madera natural, las paredes pintadas en un tono beige que daba luminosidad al pasillo y al salón con cocina integrada. Me quedé embobada viendo cómo se manejaba en la cocina, no se había preocupado de cubrirse, así que las vistas eran impagables.

—Tienes un piso muy bonito y una ducha maravillosa.

Carlos estaba sirviendo el beicon y los huevos en dos platos, al lado de unas anchas rebanadas de pan con aceite y sal.

—Gracias, lo compré hace unos años y lo reformé a mi gusto; para mí solo tengo suficiente. Anda, ven y siéntate, otra de las cosas buenas del piso es el propietario, que además de guapo cocina de maravilla.

—Y, por lo visto, no tienes abuela.

Él sonrió sirviendo un par de vasos de zumo de naranja y un yogur con cereales sobre la barra americana.

Me senté en uno de los taburetes y él ocupó el otro.

—Aquí hay mucha comida —me quejé. Si me comía todo aquello, iba a estallar.

—Ya sabes lo que dicen: el desayuno es la comida más importante del día y tú estás muy delgada, has de recuperar fuerzas y coger algún kilo si no quieres que un día de éstos se te lleve el viento.

Solté una carcajada.

—Pero ¿tú me has visto bien? Si fuera el título de una peli no sería *Lo que el viento se llevó*, sino *Lo que el viento no pudo llevarse*.

Tras una sonrisa, su mirada se volvió intensa.

—Pues para aclarar el título de tu película te diré que te he visto a la perfección cuando dejaba la camiseta en el baño y, si el viento no se te lleva, mejor para mí. —Noté el calor subirme por las mejillas—. Y ahora, a desayunar.

Volvió la cabeza hacia el plato y se dispuso a comer. Habría dado lo que fuera por convertirme en beicon en ese instante.



## Capítulo 11

Terminamos de desayunar charlando de cosas banales. Le pregunté por su familia. Al parecer, todos eran de Barcelona, su madre era ama de casa, aunque no paraba en ella, pues ayudaba a distintas asociaciones benéficas. Era viuda, el padre de Carlos había fallecido años atrás, no quise ahondar en el tema, pues su rictus de dolor me indicó que no estaba preparado. Y tenía una hermana enfermera que era dos años menor que él.

Carlos tenía veintisiete y estaba cerca de cumplir los veintiocho, así que nos llevábamos casi cinco años.

Yo le conté que era de un pequeño pueblo de Galicia, no iba a decirle que era una aldea que se llamaba Villapene, siempre que lo contaba acababan burlándose del nombre del lugar que me vio nacer, así que opté por omitirlo. Le expliqué que era hija única y que buscando mi porvenir vine a casa de mis tíos, en concreto, a casa de mi prima Jud, y que para independizarme me mataba a currar.

—Eso ya lo veo —dijo llevando los platos al fregadero—. Trabajas en el tema de los seguros, profesora de yoga...

—Y teleoperadora nocturna. —No era una mentira al cien por cien.

Eso llamó su atención y se volvió.

—¿De eso conoces a Niyireth? —¿Cómo sabía él que Niyireth trabajaba de eso?

—Sí..., ¿y tú cómo sabes de qué trabaja? ¿Acaso tú y ella....?  
—«Por favor, que no se lo haya tirado...»

—No, eso jamás. Digamos que somos amigos, ella fue quien me insistió para que anoche participara en tu *speed date*.

—Así que eras tú.

Me miró extrañado.

—¿Cómo que era yo?

—Me dijo que tenía un candidato estrella y que estaba segura de que estaría a la altura. —Sonrió pagado de sí mismo—. Borra esa cara de engreído, que a la única altura que estuviste fue a la de comerte el donut, pero no fuiste capaz de torpedear el objetivo.

—Ya sabes que los polis somos muy de donuts, más que de torpedos —repuso acercándose peligrosamente e instalándose entre mis piernas. Acercó su boca a mi oído—. Y el tuyo es de mis favoritos: jugoso, tierno, relleno de deliciosa crema... —«¡PUES CÓMETELO!», gritaba mi cuerpo mientras él mordisqueaba el lóbulo de mi oreja. Mi cerebro se había convertido en potito para bebés, aquel hombre era demasiado para mis sentidos—. Me encanta la camiseta que llevas, blanca inmaculada y muy desgastada por delante. ¿Sabes cuánto he disfrutado durante el desayuno contemplando este par? —Pasó sus pulgares por mis duros pezones—. Hasta ahora no me había dado cuenta de que estaban así, tan necesitados de caricias. —Volví a sentir cómo me ardían las mejillas—. Eres preciosa, Luz... —depositó un dulce beso bajo mi oreja—, pero lo que realmente necesitas es un príncipe azul que sepa valorar lo que estás dispuesta a entregar, y no un tío como yo, que quiere follarte como si no hubiera un mañana, sin ataduras y sin darte nada más a cambio que un orgasmo tras otro.

¡Joder, yo quería la opción dos! ¿Dónde debía pulsar? ¿Dónde estaba el comodín de la llamada? ¡Al maldito príncipe que se lo quedara otra! ¡Yo quería al superfollador!

Se separó despacio.

—Voy a ducharme y después iré a comprarte algo de ropa para que puedas salir, está claro que no puedo dejar que vayas así por el mundo. —Sus ojos me abrasaban—. Tú has de regresar a tu casa y yo tengo que ir a por mi moto, la necesito para ir a currar esta tarde. Si quieres, mira la tele un rato, estás en tu casa.

A mí parecía que se me hubiera comido la lengua el gato, pero es que no podía pensar. Me acababa de decir que estaba en mi casa, eso habría querido yo, estar en mi casa con un espécimen como él, porque de allí no salía vivo. Se retiró para ir directamente al baño y yo aproveché para contemplar sus anchas espaldas y su perfecto culo. Tuve que contener el millar de suspiros que se me agolpaban en la garganta.

«¡Madre del amor hermoso, con este tío me detienen por acoso!»

No podía más con los sofocos, ese hombre era inhumano, tenía las cataratas del Niágara precipitándose de mi espalda hasta mi entrepierna, volvía a estar empapada de sudor y deseo. ¿Cómo podía decirme esas cosas e irse tan ancho? Acababa de acariciarme los pezones, me había encendido como a una caja de fósforos y se largaba como si tal cosa.

«Luz, has de hacer algo, está claro que no le eres indiferente, simplemente cree que no te conviene, y tú sabes que es justo lo que te conviene.» Necesitaba sentir el sol, tomar fuerzas para lo que pretendía hacer, iba a servírselo en bandeja. Entraría desnuda mientras se duchaba y que saliera el sol por Antequera..., con un poco de suerte me la clavaba entera. Si no pillaba esa directa iba a darme por vencida.

Fui hasta la ventana, levanté la persiana y la abrí de par en par cerrando los ojos para que la luz no me cegara; me encantaba esa sensación de los primeros rayos calentando mi piel. Esperaba que en unos momentos quien me calentara fuera él.

Me metí dentro con las pilas cargadas, dispuesta a comérmelo entero, y abrí los ojos para cerrar la ventana. Sin embargo, me detuve en seco cuando logré enfocar. ¡Madre mía, juraría que el edificio de delante era exacto al de enfrente de mi piso! Volví a abrir la ventana para asegurarme de que se trataba de una mera coincidencia y me asomé mirando hacia abajo, donde, para mi total consternación, estaban mis bragas tendidas. ¡Mis bragas! No podía ser que mis bragas estuvieran en el piso de abajo, porque eso sólo podía significar una cosa: ¡Carlos era el insufrible de mi vecino!

Comencé a hiperventilar, la Tierra giraba alocadamente bajo mis pies, no pude cerrar la ventana de la impresión, necesitaba cerciorarme de que eran un cúmulo de malas coincidencias y que mi mente estaba jugándome una mala pasada, como cuando ves un oasis en medio del desierto y resulta que cuando te dispones a beber te encuentras escupiendo arena.

Fui corriendo hasta la habitación y cogí mi bolso; total, sólo necesitaba las llaves, iba a ser un visto y no visto.

Abrí la puerta sin hacer ruido, muy despacio. ¡Oh, Dios mío! ¡Estaba en el rellano de mi vecino! No me dio tiempo a reaccionar cuando la puerta se cerró debido a una corriente de aire. «¡Mierda, la ventana!» Ahora no había nada que hacer, no podía regresar dentro.

Fui a dar un paso pero no pude, la maldita camiseta se había quedado enganchada. ¡Joder! ¿Podían las cosas ir a peor? Tiré de ella con fuerza para liberarme, pero estaba muy pillada. ¿Y ahora qué? Tenía dos opciones, o me quitaba la camiseta y salía corriendo en pelotas hasta mi piso, o aporreaba la puerta de Carlos para que me dejara entrar. Oí un ruido en la puerta de enfrente, que era la del piso del casero. No tenía tiempo de reacción, así que, ni corta ni

perezosa, salí de la prisión de algodón blanco huyendo escaleras abajo tapándome como podía.

El corazón me iba a mil, oí la puerta del casero cerrarse y yo no daba con las malditas llaves, ¡en mi finca no había ascensor! Oí las pisadas y una maldición seguida de un golpe; con un poco de suerte, se habría caído.

«¡Bingo! ¡Las llaves!» Las metí en la cerradura y, antes de que pudiera entrar, oí:

—¿Señorita Martínez? ¿Qué hace desnuda en la escalera? —Era la voz de mi vecino de enfrente, un octogenario con muy malas pulgas.

Volví la cabeza y con la mejor de mis sonrisas le dije:

—Buenos días, don Laureano, no voy desnuda, es un tejido nuevo que se llama *nude* e imita el color de la piel.

Él seguía contemplando mi pandero mientras yo intentaba entrar y cubrirme.

—Menudas cosas inventan ahora —dijo ajustándose las gafas—. Juraría que la estoy viendo como su madre la trajo al mundo... Si mi Eulogia hubiera llevado uno de esos vestidos, en vez de ocho hijos habríamos tenido dieciséis. —Si él supiera...

—Discúlpeme, don Laureano, pero tengo prisa, que pase un buen día.

Me colé en mi piso oyendo cómo el hombre decía:

—Y usted también, hija, y usted también.

Cerré la puerta y me deslicé hasta el suelo. *Lucifer* vino corriendo y se plantó justo delante como si no se creyera lo que tenía ante los ojos.

—Lo sé, precioso, lo sé, estoy desnuda, pero es que no te creerás lo que me ha pasado. —Me puse a hablar con mi gato, que

era el único que me iba a entender, después ya llamaría a Jud, que a esas horas estaba currando.

## *Carlos*

Me largué cagando leches a la ducha, esa mujer era un pecado. Me había pasado todo el maldito desayuno imaginando sentarla sobre la barra y dándome un buen atracón con ella.

La idea de darle esa maldita camiseta me había salido al revés, pues tenía esos tensos picos señalándome en todo momento, poniéndome las largas y deslumbrándome con su intensidad. Apenas había podido mirarla a los ojos, y mi dolor de entrepierna era a cada minuto más intenso.

No podía controlarme más. Tras advertirle que no era lo que necesitaba y tocar aquellos botoncitos que me moría por degustar, fui directo al baño para aliviar la angustia que tenía entre las piernas.

Me la casqué en la ducha como un colegial, en la misma que ella se había aseado minutos antes y donde había contemplado su perfecto cuerpo desnudo.

Luz era justo como a mí me gustaban las mujeres, estrechita donde debía serlo y ampliamente excitante en el punto exacto. Tenía un culo y unas caderas de infarto, ideales para ponerla a cuatro patas, agarrarla de ellas y embestirla para ver su carne rebotando bajo mi firme palma. El agua caía por mi cuerpo, no era capaz de calmarme, imaginando aquella situación volvía a estar empalmado, era imposible quitármela de la cabeza.

«¿Y dónde ves el problema? —me dije—. Tú ya le has dicho lo que puede esperar de ti, si después de eso sigue queriendo perder la virginidad contigo, ¿qué te detiene?»

Me sequé enérgicamente y anudé la toalla en la parte baja de mis caderas. ¿Por qué pretendía evitar lo inevitable? Si ella estaba de acuerdo, ¿qué más daba que fuera virgen?, mejor conmigo que con cualquier desalmado.

Salí del baño dispuesto a encontrarla tumbada en el sofá, desnuda bajo mi camiseta, con su aroma mezclándose con el mío; pero, para mi sorpresa, Luz no estaba allí. Mis labios se curvaron en una sonrisa, ¿me estaría esperando desnuda en la cama? Si era así, iba a pasar de la moto y del trabajo, llamaría diciendo que estaba enfermo como ella había hecho y me pasaría todo el día haciéndola mía. Entré en la habitación diciendo...

—Hola, preciosa —y allí murieron mis palabras, porque Luz no estaba donde debía.

Si en el baño no estaba, en el salón tampoco y en la habitación menos, ¿dónde se había metido? Miré la silla, donde estaba todo en su lugar a excepción de su bolso.

No habría sido capaz de largarse sólo con mi camiseta, ¿no? Si alguien la veía de esa guisa la violaban seguro.

Volví al salón intentando encontrar alguna pista, pero nada, no había nada, ni una nota, nada de nada. La ventana estaba abierta, ¿habría saltado? Asomé la cabeza pero allí sólo estaba la maldita colección de bragas raras de la vecina de abajo. Entré y cerré. ¿Dónde se había metido? Cogí el móvil y la llamé. No contestó. Por lo menos daba señal, quería decir que nadie lo había apagado. No pude contenerme, abrí el WhatsApp y tecleé:

¿Se puede saber dónde demonios estás?

Estaba claro que no podía hacer mucho más en el piso. Me vestí y, cuando estuve listo, no pude contenerme, cogí su ropa y aspiré para impregnarme de su aroma. Me encantaba ese suave olor a

pera, era mi fruta favorita, y desde ahora el olor que esperaba encontrar en una mujer.

Comprobé el teléfono, no estaba el doble *check* azul, así que todavía no lo había leído. «¿Dónde estás, Luz?», me pregunté como si por arte de magia pudiera recibir respuesta.

Cogí las llaves y me dirigí a la puerta, tenía que ir a por la moto.

Nada más abrir, algo cayó al suelo. ¿Otra bromita de la maldita vecina? Le di una patada a esa cosa blanca por si acaso, pero en vez de salir cualquier barbaridad, se enganchó en la punta de mis deportivas.

Me agaché para sacarlo de la zapatilla, parecía una prenda de ropa. Cuando la desplegué y vi de qué se trataba, casi me da un infarto. ¡Era la camiseta de Luz! Bueno, la mía. Si su ropa estaba en mi piso y la camiseta en mi mano, ¿cómo demonios había salido del edificio?, ¿en bolas? ¿Y si no había salido? En el bloque éramos seis vecinos, el propietario de prácticamente todas las viviendas, que vivía justo enfrente; en el piso de abajo, la vecina psicópata y el viejo de Laureano, y en los bajos una pareja joven y un tipo que no conocía porque, según el dueño del edificio, viajaba mucho.

Estaba muy preocupado, ¿y si alguno de ellos la había encerrado en su piso obligándola a hacer cosas indeseables? En mi profesión se veían cosas espeluznantes.

Tenía el corazón contraído, bombeando sin parar ante la incertidumbre. Llamé a la puerta de enfrente pero nadie me abrió, el señor Prieto no debía de estar. Después bajé a casa de Laureano, también llamé, aunque esta vez sí hubo respuesta. El anciano me abrió, aunque estaba seguro de que no sabría nada, pues era un buen hombre.

—Buenos días, don Laureano —lo saludé.



—Hombre, Carlos, ¿qué tal? ¿A cuántos de los malos has detenido? —Aquel hombre era un veterano de guerra, viudo como mi madre, y me inspiraba mucha ternura. Las veces que había hablado con él siempre terminaba nombrando a su amada mujer.

—A menos de los que debería. Ya sabe, coronel, que el mal siempre está al acecho.

Él asintió.

—¿Puedo ayudarte con algún caso? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Esta noche, una amiga se ha quedado en mi piso, pero cuando he salido de la ducha no estaba y no le di llaves... Usted no la habrá visto, ¿no? No me gustaría que le hubiera pasado algo.

Su mirada se tornó pícara.

—Lo que le pasó estoy seguro de que le gustó. Tú y tus amigas, menudos festivos te pegas... —Le sonreí—. No he visto a nadie, sólo a mi vecina de enfrente, que hoy llevaba un modelito que ni te imaginas.

—Créame, puedo imaginarlo —resoplé. Viendo las bragas, podías imaginarte el espanto de ropa de esa loca—. Si usted viera las bragas que tiende desde la ventana me entendería, puedo esperar cualquier cosa.

Se le escapó la risa.

—Pues yo, si estuviera soltero como tú y tuviera tu edad, no la dejaba escapar...

Ahora quien menos me preocupaba era la vecina.

—¿Iba sola? ¿Hace mucho que la ha visto? —Tal vez esa loca había secuestrado a Luz al verla bajar desnuda de mi piso.

—Una media hora, y sí iba sola.

—Es que hay mucho loco suelto, ¿sabe?, y no me tiene en mucha estima —dije cabeceando hacia la puerta de la vecina.

El coronel entornó los ojos.

—Pues puedes estar tranquilo, su puerta no se ha abierto, así que dudo que tenga a tu amiguita secuestrada. ¿No crees que tal vez se marchó a su casa?

No iba a explicarle a aquel pobre hombre que iba desnuda.

—Tal vez. Muchas gracias por su ayuda, coronel, me marché a ver si la encuentro.

—A tu servicio, muchacho, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Me despedí de Laureano y llamé a los dos pisos de abajo. Parecía no haber nadie en ninguno.

Salí a la calle y volví a mirar el teléfono. Había un mensaje, esperaba que fuera suyo.

Abrí el WhatsApp y allí estaba:

No hace falta que te preocupes por mí, que ya soy mayorcita. Gracias por lo de anoche, ahora ya puedes seguir con tu vida.

Me enfadé tanto por esa respuesta que cogí el móvil y lo estampé contra el suelo. ¡Mierda! Pero ¡¿qué pensaba?! Yo, loco de preocupación y ella, vete a saber dónde diciéndome que podía seguir con mi vida. ¡Pues iba a hacerlo! ¡Claro que iba a hacerlo!

Paré un taxi y le di la dirección donde estaba mi moto. Se había terminado eso de perder el tiempo pensando en ella. A otra cosa, mariposa.

## *Luz*

Viernes, miré mi reflejo en el espejo. Mi chichón había evolucionado de huevo de Pascua a pequeño resalte de color verde. Por suerte, uno de los productos de Akiko me sirvió para disimularlo.

El jueves había ido a trabajar al piso, pero Niyireth no estaba, tenía la gripe, así que no pude aclarar nada con ella.

Pasé todo el viernes por la mañana intentando aclararme las ideas, fui a comer con mi prima, quien me dijo que no perdiera más el tiempo con Carlos, que intentara mirar más allá de un buen físico, que estaba claro que me había evitado y que seguramente era uno de esos de ni contigo ni sin ti.

Así que decidí centrarme en mi cita con Luis.

Había ido al centro a impartir mi clase de los viernes. Carlos apenas me miró ni habló conmigo, con quien más interactué fue con Ana María, que comenzaba a evolucionar muy favorablemente: me trajo una caja de bombones para darme las gracias, decía que estaba descubriendo a su mujer interior y que todo era gracias a mí. Aquello me levantó el ánimo.

Les expliqué que el próximo fin de semana hacíamos un *therapy weekend* en Formentera. Que podían apuntarse si querían, yo debía ir, ya que cada año uno de los instructores viajaba con el grupo. Era un seminario de autoconocimiento, ese año traían a una eminencia del sector de la autoayuda que prometía librate de las cadenas interiores para encontrar tu verdadera esencia, de ese modo era mucho más fácil ver qué había llevado a cada uno a su situación actual. Tenían que apuntarse a través de un formulario online y confirmarlo como muy tarde el miércoles de la semana que viene. El vuelo salía el viernes por la tarde a Ibiza y de allí debíamos coger un ferri hasta Formentera, así que si no venían no debían asistir a clase.

Todos excepto Cristóbal y Carlos dijeron que irían. Tampoco me preocupaba si él venía o no; si no lo hacía, mucho mejor para mí, pasaba de aguantar su cara de perro todo el fin de semana. Me encantaban los seminarios de crecimiento personal, aspiraba a

poder encontrar mi profesión en uno de ellos, tal vez tuviera suerte esa vez.

Cuando llegué a casa me sorprendió encontrar una rosa roja delante de mi puerta con una nota. ¿Sería de Carlos? Imposible, él no sabía que yo era la vecina. La recogí del suelo, entré en el piso y la leí:

La vida a veces es un camino de rosas lleno de espinas. Espero que tras las espinas halle a la hermosa rosa y que tú seas la mía.

Por un momento sonreí, imaginando que la nota me la mandaba él, aunque era imposible. ¿Habría sido Luis? Él tenía mi dirección y habíamos quedado esa misma noche. Además, tenía pinta de mandar cosas así, aunque eso de que no estuviera firmada me mosqueaba un poco.

En fin, puse la flor en agua, era muy bonita y olía muy bien.

Me di una ducha y cogí uno de mis vestidos; para salir con Luis no necesitaba arreglarme en exceso. Recordé el incidente con su Vespino y mi pantalón, así que para no repetir experiencia cogí uno de tirantes color amarillo limón y topitos negros. Tal vez necesitaba algo más de color, pues los usos lo habían apagado, pero al fin y al cabo era Luis, no necesitaba impresionarlo.

No me recogí el pelo como siempre, lo dejé suelto, peinándolo con la raya al lado. Opté por un maquillaje suave que camuflara el golpe de la frente, eso era lo más importante. Por suerte, pasaba casi inadvertido.

Decidí seguir el consejo de Jud y mirar más allá del envoltorio, tal vez Luis me sorprendiera, después de todo.

Llamaron al timbre, estaba segura de que se trataba de él, era extremadamente puntual. Cogí el bolso, le acaricié la cabecita a *Lucifer* y me deslicé escaleras abajo dando pequeños brincos. Abrí

la puerta del portal y la sonrisa se me borró de golpe. Allí, al lado de Luis, estaba Carlos, vestido con un vaquero desgastado azul y una camiseta que se le pegaba a ese escultural cuerpo de Dios del sexo.

—Buenas noches, Lucero del Alba —saludó Luis desde su moto—. Menuda coincidencia, ¿no sabía que Carlos fuera tu vecino!

«¡Oh, Dios mío! Luz llamando a cualquier ovni que esté pasando por la Tierra en este momento: si queréis experimentar con un humano, estoy dispuesta. ¡Por favor, teletransportadme ahora mismo!» Me quedé muda de la impresión.

Carlos estaba impertérrito, parecía que fuera a un funeral, y por la pinta debía de ser el mío. Ya me veía en la cajita de pino.

—No sabe la sorpresa que me he llevado, señorita Martínez, cuando le he preguntado a Luis qué hacía aquí, justo debajo de *mi casa* —recalcó— y me ha dicho que venía a buscarla, que usted vivía en este edificio... Qué pequeño es el mundo, ¿no cree?

—Minúsculo —mascullé entre dientes.

—Todo este tiempo viviendo en el mismo edificio sin saber que mi apreciada vecina de abajo era usted... —Ahora sí que me miraba con resquemor y usaba el usted, no podía sentirme peor.

Luis, obviamente, no se enteraba de qué iba la cosa.

—Eso debe de ser porque tenéis horarios incompatibles, si no, no se entiende. —Él iba buscando explicaciones y yo oteando el cielo en busca del ovni que se me iba a llevar. Era eso o que la Tierra se abriera bajo mis pies.

—Ya me ha dicho Luis que tenéis una cita... Espero que os divirtáis mucho, yo también he quedado con unas amigas para disfrutar en el piso —dijo dirigiéndose a mi acompañante.

—Mi vecino tiene muchas amigas —solté entre dientes, y Carlos fijó la vista en mí.

—Exacto, soy muy extrovertido y me encanta pasarlo bien, así que no os voy a robar más tiempo. Disfrutad del planazo, pareja, que yo voy a por el mío —remarcó la última palabra antes de entrar en el edificio.

Estuve tentada de agarrar el maldito bolso y estampárselo en la cabeza, ¿acababa de enterarse de que yo era la arpía de su vecina y no hacía nada?

—¿Vamos, Luz? —Luis me miraba con una sonrisa esperanzada.

—Claro.

Me puse el casco que me tendió y subí tras él, era mejor que lo olvidara cuanto antes.

## *Carlos*

«¡Imbécil, imbécil y más que imbécil!»

Todo había sido una treta, una maldita treta de esa insufrible, ¿cuánto tiempo llevaría planeándolo? Estaba claro que todo se trataba de una argucia para darme a beber de mi propia medicina.

Luz sabía en todo momento quién era yo, estaba convencido, había sido una trampa para que perdiera el tiempo detrás de ella y así no la molestara con mis ligues por la noche, pero ahora que había descubierto todo el pastel lo llevaba claro conmigo.

Si una cosa era segura es que se sentía tan atraída por mí como yo por ella, conocía muy bien el cuerpo femenino y estaba claro que el tiro le había salido por la culata; seguramente no había contado con sentirse verdaderamente atraída por mí y se le había ido de las manos.

Obviamente, conocía mis horarios y eso le había ido genial para no cruzarse conmigo, y el otro día que hizo de Houdini resultó que

como todo buen mago tenía truco, y no precisamente el de sacar el conejo de la chistera.

Se había metido con quien no debía y lo iba a pagar con creces, esa mujer era una maldita plaga y como tal debía ser tratada.

Cogí el teléfono y llamé a Roldán.

—¿Roldán?

—Hombre, Jiménez, ¿qué pasa? ¿Quieres unirme a la fiesta de esta noche? —El viernes era el día favorito de Roldán para frecuentar el club de estriptis al que acudía.

—No, es que necesito un favor, ¿me puedes pasar el teléfono de tu cuñado? Tengo una emergencia...

Por suerte, el cuñado de Roldán me hizo un favor enorme y me trajo justo lo que necesitaba; yo le había echado una mano en más de una ocasión, así que era lógico que me ayudara. Bajé al piso de mi queridísima vecina para hacerle entrega de mi nuevo regalo. Esperaba que le gustara, mataría por ver su cara en el momento en que se diera cuenta de tanpreciado presente.

Dispuesto a seguir con mi venganza, llamé a un par de amigas para que vinieran a mi piso, necesitaba montarme una buena fiesta, para olvidar lo que me había hecho y que encima se había largado con el *pocamonta* de Luis. Se iba a enterar de lo que valía un peine.

## *Luz*

Luis se esforzó muchísimo durante toda la noche, me llevó a un restaurante precioso en la Vila Olímpica, donde nos pusieron marisco hasta reventar. Tras un largo paseo para bajar la comida, entramos en uno de los pubs cercanos. Nos tomamos un par de mojitos, los suyos sin alcohol, pues tenía que conducir y era muy prudente. Fue muy agradable en todo momento y terminamos

bailando salsa. Me sorprendió lo bien que movía las caderas, la verdad es que había sido una velada agradable, pero sin un ápice de tensión sexual. Por lo menos, por mi parte.

Cuando la cita llegó a su fin, me llevó de nuevo a casa y desmontó de la moto, imagino que esperando que lo invitara a subir, pero no me veía capaz, así que le di las gracias y las buenas noches alegando que estaba cansada. Me dio la sensación de que no le había gustado mi actitud al despedirme y, cuando iba a devolverle el casco, me tomó por el codo y me plantó un beso con lengua incluida.

Reconozco que podría haberlo detenido, pero no lo hice, quería estar segura de que lo mío con él no tenía futuro. Fue un beso agradable, no voy a negarlo, pero no tuvo chispa, nada que me hiciera saltar por los aires o que me agitara mínimamente.

Nos separamos y me sonrió.

—Que descanses, Lucero del Alba, nos vemos el lunes.

—Gracias por la velada, hasta el lunes. —Le entregué el casco y subí al piso.

Me supo mal decirle a Luis que no teníamos futuro, con todo lo que se había esforzado para que la cita saliera bien, aunque tal vez debería habérselo dicho, o por lo menos haber parado el beso. No quería mentirle, ni decepcionarle, el lunes tendría que hablar con él y aclararle las cosas.

Entré en casa y me sorprendió que *Lucifer* no estuviera en la puerta. Normalmente cuando me oía subir ya me esperaba sentado para recibir su dosis de mimos, igual lo había pillado yendo al arenero.

La música, las risas y los gritos del piso de arriba me anunciaron que mi querido Superfollador había vuelto a las andadas. Por lo menos oí tres voces distintas, así que la que debía de tener



montada era monumental. No puedo negar que me dolió y me molestó, aunque obviamente no podía hacer nada al respecto. Carlos ya me había advertido que debía buscarme a otro y él había corrido a hacer lo mismo, aunque como las natillas: él de dos en dos.

«No quieres té, pues toma dos tazas», era lo que debía de haber pensado al invitar a dos mujeres a su piso: una tenía una risita estridente y la otra una de esas envolventes, como si riera en estéreo. «¡Menuda mierda! —pensé—, otra vez estoy en la casilla de salida.»

Dejé el bolso sobre el sofá y me puse a llamar a *Lucifer*, ¿dónde se habría metido? Entré en el baño, pero no estaba en el arenero, en su cesto tampoco; eso me acongojó. Las ventanas estaban cerradas, así que sólo quedaba mi habitación. La puerta estaba abierta, encendí la luz y seguía sin verlo, me agaché bajo la cama y ahí fue cuando lo vi.

Estaba tumbado con los ojos abiertos y el pecho le subía y le bajaba con dificultad, como si le costara respirar. Me metí como pude y, sin saber muy bien qué debía hacer, lo tomé en mis brazos. Parecía un infarto o algo así.

—*Luci*, tranquilo —le susurré. No podía controlar las gruesas lágrimas que pendían de mis ojos. No era un gato viejo, así que no era que se muriera por la edad, aunque sí me daba la sensación de que la vida se le estaba escapando.

Cogí el teléfono y llamé al servicio de urgencias veterinarias. La chica que me atendió me dijo que la clínica estaba cerrada y me mandó a una que estaba en la otra punta de Barcelona. Sólo tenía la bici y apenas me quedaba dinero para terminar el mes, no podía permitirme un taxi. «¡Mierda!» Hice de tripas corazón e hice lo que jamás imaginé que haría. Cogí el bolso, junto con *Lucifer*, y subí al

piso de Carlos. Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Aporreé la puerta, hasta que una rubia con tetas de silicona y sólo vestida con un tanga me abrió. La reconocí como la de la risita estridente.

—Hola, ¿qué quieres?

—Necesito que le digas a Carlos que salga, por favor, es una emergencia. Soy su vecina.

La chica me miraba como si no me entendiera, juraría que era española como yo, aunque tenía pinta de noruega.

—Wendy, ¿quién es? Si es la vecina, dile que se largue. Date prisa, Bonnie está a punto de chupármela, no te lo querrás perder...

—Puñetazo en todo el estómago, pero me daba absolutamente igual, lo importante era mi gato, no yo.

—Ya lo has oído, lo siento, bonita.

Fue a cerrarme la puerta en las narices y yo metí el pie, esa rubia tetona no iba a suponer la muerte de *Lucifer*.

—¡Oye! —dijo cuándo le pegué un empujón que la estampó contra el mueblecito recibidor.

Entré como alma que lleva el diablo a la habitación de Carlos para encontrarlo desnudo sobre la cama y a una pelirroja con un rabo de coneja insertado en el culo caminando a cuatro patas. El muy capullo no dejaba de agitarle la zanahoria.

En un principio, me miró sorprendido.

—Vaya, menuda sorpresa, Luz, ¿acaso has venido a unirme a la fiesta? ¿Es que Luis no te ha dejado satisfecha?

Apenas me salían las palabras por la rabia y el dolor que sentía, primero porque *Lucifer* estuviera así, y después por encontrarlo en esa tesitura.

—¡Cállate, maldito idiota, si no fuera imprescindible jamás habría subido para ver esto! —dije señalando a la coneja.

—Lo siento, Charlie —oí a la rubia detrás—. Esta loca me empujó para entrar... —¿Charlie? Le iba a dar yo Charlie.

—¡Y lo volvería a hacer! ¡Te he dicho que era una emergencia, ¿qué es lo que no entiendes de la palabra *emergencia*?! ¡Por mujeres como tú las rubias tienen la fama que tienen! —Ya no hablaba, gritaba, mientras las lágrimas me caían a borbotones.

Carlos dio un salto de la cama y se plantó delante de mí con preocupación.

—Eh, eh, Luz, tranquila, ¿qué ha ocurrido? ¿Ha sido Luis? ¿Ese imbécil te ha hecho algo?

Negué con la cabeza y extendí los brazos mostrando a *Lucifer*, que apenas respiraba ya.

—Es mi gato, llegué a casa y lo encontré así. Llamé a la clínica y me dijeron que la única que está abierta está en la otra punta de Barcelona, no voy a llegar con la bici, está muy mal... —No podía parar de hipar.

Para cuando me di cuenta, Carlos ya estaba vestido.

—Chicas, lo siento, tendremos que dejarlo para otro día, debo llevar a Luz al veterinario.

—¿Lo dices en serio? ¡Es un puto gato! —exclamó la rubia.

—¡Y tú una maldita zorra y ésa una coneja! —le grité fuera de mí—. ¡Igual aprovecho el viaje y os llevo a que os castren!

—Tengamos la fiesta en paz —dijo Carlos poniéndose los zapatos—. Ya sabéis dónde está la salida, chicas, cuando estéis cerrad la puerta, ya os llamaré. Vamos, Luz.

Me cogió por la cintura y bajamos a por su moto. No solté a mi gato ni por un instante hasta que llegamos a la clínica y se lo llevaron para dentro.

En la sala de espera, me desmoroné y Carlos estuvo allí acunándome, consolándome, y yo empapándole la camiseta con todo tipo de fluidos.

La veterinaria tardó en salir y lo hizo con un bote entre las manos.

—¿Señorita Martínez? —preguntó mientras yo asentía—. Hemos tenido que hacerle una traqueotomía de urgencia a *Lucifer*. Al parecer, su gato es alérgico a esto. —Me mostró el bote, dentro había una cucaracha enorme de color negro. Ahogué un grito—. Los gatos son cazadores por naturaleza, seguramente debe de tener una plaga de cucarachas en su casa y usted no se ha dado cuenta, en las fincas antiguas a veces salen por los desagües.

—Pero ¡si en mi piso nunca ha habido cucarachas!

La veterinaria se encogió.

—Las cloacas de Barcelona están llenas, no estaría de más que llamara a un equipo de especialistas para que revisaran su piso. Con un gato alérgico a estos insectos se expone a que, si sale de ésta, le vuelva a suceder.

Asentí.

—¿Cómo está *Lucifer*?

—No le voy a mentir, su estado de salud es delicado, en cuanto llegó le suministramos epinefrina en vena para subsanar el *shock* anafiláctico. Ahora le hemos puesto una mascarilla con oxígeno, suero para que no se deshidrate, calmantes y un medicamento intravenoso que le bajará la inflamación de la tráquea. Deberá quedarse un mínimo de veinticuatro horas para ver cómo evoluciona. De todas formas, yo lo dejaría aquí hasta el lunes, si le va bien, es por precaución.

Mi cabeza comenzó a echar cálculos, no sabía si tendría suficiente dinero.

—¿Cuánto me va a suponer? Sé que no debería estar pensando en dinero y que obviamente la salud de *Lucifer* va antes que cualquier cosa, pero es que...

—No pasa nada, doctora —dijo la voz de Carlos—, yo asumiré todos los gastos, pero garantíceme que el gato va a salir vivo y coleando de aquí. —Estaba muy serio.

—Carlos, yo...

Me detuvo.

—Estoy hablando con la doctora, tú relájate, que ya has pasado suficiente susto.

Qué agradable era sentir que alguien se preocupaba así por ti, aunque fuera por un instante.

—Haremos todo lo posible, no se preocupe, calcule aproximadamente entre cuatrocientos y quinientos euros si se queda hasta el lunes. —Él asintió como si la decisión estuviera tomada—. Por ahora, aquí no pueden hacer más, si quieren pueden irse a descansar.

—¿Pu-puedo verlo? —pregunté.

La doctora asintió y me llevó hasta mi pobre gato, que estaba con los ojos cerrados. Lloré en silencio culpándome por no haberme dado cuenta de que había esos bichos en casa, esos que casi le habían costado la vida a mi fiel compañero.

## Capítulo 12

### *Carlos*

¿Cómo había podido liarla tanto? Cuando le había pedido al cuñado de Roldán que me trajera unas cuantas cucarachas de esas que usan en su empresa de fumigación para hacer pruebas no esperaba que el resultado fuera ése. ¿Cómo iba a saber que el maldito gato era alérgico? Además, tampoco sabía que Luz tuviera un animal, tal vez debería haberlo intuido tras su broma de las cacas, pero no caí.

Me sentía un miserable, sabía cuánto podía una persona llegar a querer a un animal de compañía, yo mismo no había deseado tener más animales desde que murió mi último perro de un tumor. Hacerme cargo de los gastos era lo mínimo que podía hacer; al fin y al cabo, había sido culpa mía. Casi no podía ni mirarla a la cara cuando salió con la doctora.

Ambos montamos en la moto y conduje todo el camino maldiciéndome sin cesar. Cuando llegamos al portal, ni pregunté, cargué con ella en brazos y la subí hasta mi piso. La senté en el sofá y preparé una tila para que se calmara. Justo después me dispuse a cambiar la ropa de cama, no pensaba acostarla en esas sábanas. Aunque no hubiera pasado nada con ese par que tenía en el piso, no era plan de usar las mismas. Después fui al salón, se había agarrado a un cojín, estaba acurrucada y completamente dormida, con un par de surcos marcando la fina piel de sus mejillas.

Volví a cargarla en brazos, la desnudé y le puse una de mis camisetas. Me gustaba saber que dormía con mi ropa, era como si pudiera abrazarla a través de ella, como si se envolviera en mí, me gustaba verla allí, tranquila; su rostro parecía el de una jovencita dulce y llena de vitalidad.

Fui a la cocina para servirme un par de dedos de whisky y me los tomé en un abrir y cerrar de ojos. Esperaba que el alcohol templara mis nervios y me dejara dormir, el cargo de conciencia era muy grande.

Mañana llamaría al cuñado de Roldán para que fuera al piso de Luz y lo solucionara todo. Toda aquella tontería me iba a salir por un ojo de la cara, pero no importaba, me lo merecía por idiota.

Me quedé en calzoncillos y me tumbé a su lado, sus facciones se habían relajado, estaba tan bonita... Con esa imagen, mis ojos se cerraron y me dejé llevar por el sueño.

Cuando desperté, tenía a Luz prácticamente encima, su cabeza estaba sobre mi pecho, la pierna izquierda cruzaba las mías y mi camiseta dejaba ver esas graciosas bragas de gatos que se me habían antojado tan adorables como ella en ese momento.

Mi cuerpo comenzó a reaccionar, uno no podía tener una mujer así y quedarse como un muerto, me sabía mal moverme, pero los sábados siempre me levantaba para irme a correr pronto.

Me moví y ella protestó acurrucándose todavía más, con la consiguiente reacción de mi entrepierna. Su rodilla subió y la frotó contra mi dureza. Ahogué un gemido, sus labios se curvaron y volví a intentar escapar.

Sus pestañas se desplegaron mostrando aquellos ojos cargados de sueño.

—¿Adónde vas? —No intentó moverse ni librarme de aquella situación, tampoco se extrañó o protestó.

Tragué con dificultad.

—Me voy a correr.

Su sonrisa se hizo más profunda.

—Si quieres correrte, ¿por qué no me avisas? Creo que es más divertido con dos que uno solo. —Su rodilla volvió a pasar sobre mi entrepierna.

—¿Es que te has vuelto loca? —Empujé esa maldita rodilla, si seguía haciéndome eso no iba a responder e iba a poseerla en mi cama sin pensar.

Ella se quedó muy quieta y parpadeó dos veces abriendo mucho los ojos, su mirada parecía desubicada.

—¿Qué hago aquí otra vez? —Me confundió su pregunta, parecía que se le hubiera olvidado de repente su proposición. La miré desconfiado—. Esto parece *El día de la marmota*. —Se apartó como si abrasara.

—Perdona, pero ¿acaso eres bipolar? —Volvió a mirarme confundida, bajándose la camiseta.

—¿Bipolar? ¿Tú encuentras lógico que cada vez que me quedo dormida amanezca en tu cama?

Aquello me hizo sonreír.

—Da gracias a que cambié las sábanas anoche. —Ella miró hacia abajo como si acabara de recordar a las chicas de ayer y arrugó la expresión—. ¿Sabes que está prohibido ofrecerse para mantener sexo y al minuto enfurruñarse como estás haciendo?

—¡Yo no me he ofrecido!

—Ya..., ¿y cómo llamarías a frotarte contra mí y decirme que mejor me corriera contigo que irme a correr solo?

—Yo no he dicho eso. —Se cruzó de brazos y mi instinto de cazador se despertó al instante.



Salté sobre ella, le cogí las muñecas y las levanté sobre su cabeza.

—No sé cuál es tu juegucito, pero recuerda que el poli soy yo. —Se agitó nerviosa—. ¿Está segura la acusada de no recordar haber ofrecido al agente una proposición sexual totalmente explícita? —pregunté pegando mi nariz a la suya.

Aunque seguía con aquella actitud similar a la de una niña a quien le han robado el caramelo, sus pupilas se dilataron y su respiración perdió el ritmo.

—Muy segura. Además, supongo que anoche te saciarías, una virgen como yo no puede compararse a las dos conejas de Playboy que tenías en la cama. —Las motitas de sus ojos se prendieron. Mi entrepierna seguía creciendo y sus labios estaban tan cerca...

—¿Estás celosa? —Pasé mi nariz sobre la suya.

—¿Celosa, yo? Más bien incómoda, señor agente, debería haber guardado mejor la porra en vez de ir a la cama con ella.

—Mi porra está justo donde debe estar, pequeña delincuente, siempre en guardia, por si es necesario usarla. —Fui a besarla y me hizo la cobra.

—Suerte que conmigo no tienes esos problemas, haz el favor de guardarla, que la tuya es retráctil. —Me encantaba su humor—. Y quítate de encima, tengo que ver si pongo un anuncio para vender mi virginidad al mejor postor, con todos los gastos que se me vienen encima.

La sola idea de que eso pudiera suceder cambió mi estado de ánimo, sabía que era capaz de cualquier cosa. ¿No había ido a mi club para perder la dichosa virginidad? Si ahora se veía con la necesidad, qué iba a impedírselo. La zarandeé.

—No vas a hacer eso, ¿me oyes?

Ella me miró desafiante.

—¿Y quién me lo va a impedir?, ¿tú? No me hagas reír... —Se había levantado peleona—. La factura de *Lucifer* son quinientos euros, que venga una empresa de plagas serán otros cientos, y según tengo entendido, cuando pasa eso no puedes estar en casa, y menos teniendo en cuenta que mi gato es alérgico y podría pasar de nuevo, así que a menos que me toque la lotería, cosa poco probable, no me va a quedar más que venderme al mejor postor.

—No vas a hacer eso porque yo me voy a encargar de todo y vas a venirte a vivir conmigo hasta que todo vuelva a su lugar. —Estaba convencido de que iba a arrepentirme de mis palabras, pero ya estaban dichas.

—¿Vivir contigo? —Creo que puso los ojos en blanco—. ¿Es que te has vuelto loco? —Se agitó de nuevo tratando de liberarse. Teníamos que hablar y así era imposible concentrarse.

La solté y me senté en la cama cruzándome de brazos.

—Puede que sea un efecto secundario de estar contigo tantas horas: locura transitoria por Luz masiva.

Ella resopló y se sentó igual que yo, parecíamos un matrimonio de los que llevan veinte años casados.

—Está claro que es un «no» rotundo a todo lo que has dicho, ¡no tienes por qué cargar con mis gastos, y menos aún vivir conmigo!

«Si ella supiera...»

—Pero voy a hacerlo quieras o no, en vista de que no voy a ir a correr, te preparo la ducha y después hago el desayuno. Llamaré a un amigo mío que nos echará una mano con lo de las plagas y, cuando terminemos, bajamos a tu piso para que cojas lo que necesites, te haré un hueco en mi armario.

Su expresión se relajó un poco, aunque seguía con el gesto de sorpresa.

—Gracias, Carlos, pero no puedo aceptar todo esto después de lo que ha sucedido entre nosotros, me sentiría fatal...

Estaba claro que debíamos hablar de muchas cosas y establecer puntos en común para mantener una buena convivencia esos días, pero no me parecía algo insalvable, aunque seguía molesto por la tomadura de pelo de que fuera mi vecina y no me lo hubiera dicho.

—Me da igual que te sientas fatal, creo que ambos somos culpables de muchas cosas. Por lo pronto, tómalo como mi penitencia por todas las noches que no te he dejado descansar. Además, mi amigo me hará un precio especial, no te preocupes, me debe unas cuantas. —Necesitaba que entendiera que no iba a ser tan malo después de todo—. Y no voy a morir por compartir piso contigo unos días. Total, el viernes nos vamos a Formentera.

No me había apuntado todavía, ni siquiera tenía intención de hacerlo, pero ahora me parecía una buena idea, sobre todo si eso significaba ver a Luz en bikini en esas playas paradisíacas. Ella me miraba estupefacta.

—Es que sigo sin poder permitírtelo, es demasiado dinero. —Su voz había bajado dos tonos—. ¿En serio vas a venir?

Me daba la sensación de que la estaba saturando con tantas cosas.

—Claro que voy a ir, mi profe me ha dicho que va a ser de gran utilidad y yo soy un alumno muy disciplinado. Y por el dinero no te preocupes: los polis ganamos mucha pasta.

Ella arqueó las cejas y a mí me dieron ganas de mordisquear esos tentadores labios.

—Creo que tendré que hablar con tu profe..., no sé si ese término te define muy bien.

Me levanté de la cama.

—Te lo demostraré, y ahora, señorita Martínez, a la ducha.

Se incorporó con una sonrisa y fue directa al baño moviendo las caderas bajo mi camiseta.

—Esto no quedará así, te lo devolveré todo.

—Tal vez encontremos un método de agradecimiento más interesante...

No pude verle la expresión, pero me la imaginé entornando los ojos y sonrojándose..., cómo me ponía. Oí cómo abría el grifo de la ducha y miré la silla. Había entrado en el baño sin que le dejara la toalla. Calculé el tiempo suficiente como para entrar y que estuviera bajo el agua enjabonándose, tal vez pudiera recrearme de nuevo en su espléndido trasero y la suave curva de su espalda.

Entreabrí la puerta sonriente y me desarmé en cuanto mis ojos la contemplaron.

Esta vez no estaba de espaldas, sino de frente. Los chorros golpeaban su cuerpo mientras ella pasaba la mano cubierta de espuma entre sus muslos. Tenía los ojos cerrados y se estaba acariciando.

¡Joder! Era imposible que pudiera resistirme a eso, a su cara de placer y abandono, a esos tiernos pezones erectos y a esa mano que desaparecía una y otra vez en su entrepierna.

Tiré la toalla, me quité los calzoncillos, abrí la mampara y me interné en la cabina, sorprendiéndola.

—Pero ¿qué haces?

—He decidido aceptar tu invitación de correr juntos. Además, creo que lo que estabas haciendo a mí se me da mucho mejor. —No esperé a que respondiera y saqué sus labios, pues estaba hambriento de su sabor.

Luz gimió pegando su cuerpo al mío, sin oponer resistencia, ofreciéndome su boca para que me alojara en ella.

Posé mi mano en su trasero para acercarla a mí, sintiendo su dulce sexo cubierto de jabón. Necesitaba tocarla, volver a acariciar esos pliegues que me volvían loco, estaba rígido y con muchas ganas de ella.

—Date la vuelta —le ordené pegado a su boca— y separa las piernas. —Ella pasó la lengua por sus labios con el deseo encendido en la mirada, el agua pendía de su pelo goteando hasta sus pechos; me pareció la encarnación del erotismo más absoluto. Obedeció sin rechistar—. Eso es, preciosa, me encantan las chicas obedientes, las que reconocen cuándo van a darles justo aquello que necesitan, las que no tienen miedo a soltarse. Deja que te coloque. —Su cuerpo era completamente maleable, puse sus manos contra la pared de la cabina y su sexo contra uno de los chorros, ella gimió con fuerza—. Exacto, pequeña, siente cómo el agua te da placer. —Sus piernas se sacudían, sabía que tenía puesta una potencia elevada y los estragos que causaría en ella.

Tomé el gel, llené mis manos formando una ligera capa de espuma y las pasé con adoración por sus pechos. Estaban muy duros, con los pezones receptivos, enhiestos, preparados para ser deliciosamente torturados. Los pellizqué y retorcí con suavidad. Luz resollaba, su carne trémula desfallecía bajo mi toque. Coloqué mi polla en su sexo, no para penetrarla, sino para seguir acariciándola, moviéndola arriba y abajo entre sus labios; ungiéndome en ella para golpear su clítoris una y otra vez. Luz cada vez jadeaba más fuerte y yo no podía dejar de tocarla. Me incliné para besar su cuello, una de las manos vagó hasta su vagina dispuesta a tantearla, colé un dedo en su interior, aunque era muy estrecha notaba cómo su cuerpo se preparaba para mí. Me aparté un poco, sólo para poder observar con algo de distancia su espalda arqueada. Mis manos nos acariciaban a ambos, una para ella y otra para mí.

Recorrí mi miembro en toda su extensión, simulando lo que haría si me encontrara en el interior de Luz. Apliqué el mismo ritmo tortuoso al dedo que tenía albergado en su sexo, deteniéndome en el momento preciso, justo al sentir la pequeña barrera que cerraba el paso a su interior.

Ella temblaba como una hoja, tenía tanto deseo, tanta necesidad dentro de ese pequeño cuerpo que apenas si podía contenerse.

—Lo estás haciendo muy bien, preciosa, eres pura ambrosía. — Su trasero se desplazaba buscando mayor profundidad, pero yo no se la daba, llegaba hasta el punto exacto donde su himen me cerraba el paso; quería darle placer, no arrebatarle la virginidad. Oí su protesta y sonreí—. Sólo hasta aquí, pequeña, es suficiente, no te preocupes, no es necesario llegar a más para complacerte. Concéntrate, Luz, siente cómo palpita tu centro de placer, los músculos de tu vagina me están apretando mucho, sé que estás muy cerca y yo también.

—¿T-tú? —preguntó tartamudeando.

—Sí, me estoy tocando, me encanta ver cómo disfrutas en mis manos, quiero correrme contigo, encima de ti, marcarte con mi esencia... —Los sonidos de placer se acrecentaron con mis palabras—. Eres tan hermosa, no sabes cómo me pones. —Ella gritó apretando muy fuerte mi dedo—. Eso es, nena, sigue buscando tu placer, es todo para ti, no te guardes nada, estalla en mi mano, Luz, quiero verte resplandecer.

—Aaaaaaaaahhhhhhhhhh... —Su grito fue profundo, agudo, al igual que las sacudidas demoledoras de aquel cuerpo que se agitaba frente al mío.

Luz había alcanzado el éxtasis más absoluto y verla así me catapultó a mí. Rugí con fuerza cuando el semen salió disparado sobre sus glúteos, llenándolos con mi esencia. Cuando la última

gota cayó, solté mi miembro para frotarlo contra su piel, quería que sus poros lo absorbieran, que de algún modo estuviera tan dentro de ella como habría deseado. Seguí masajeando su vulva hasta que se calmó.

Aquella mujer era un pecado, una tentación difícil de resistir. Cuando el último temblor la recorrió, me di por satisfecho.

—Quédate así, voy a enjabonarte.

Me entretuve lavándole el pelo y recorriendo todos los recovecos de su cuerpo, cuando llegué a su entrepierna le pedí que me cogiera por la nuca de espaldas a mí. Volví a masturbarla hasta que se corrió de nuevo, su cuerpo cada vez estaba más laxo. Los últimos resquicios del orgasmo la sacudieron, saqué los dedos, los puse contra sus labios y se los ofrecí. Tímidamente, ella los separó y se saboreó en mis dedos. Obviamente, aquello me puso rígido. Lo hizo lentamente, recorriendo con la lengua todos los matices de su sabor, y cuando no quedó nada se volvió y me besó. Me gustó saborearla así, mimosamente entregada. Fue un beso perezoso, largo y muy húmedo.

Me tenía agarrado por el cuello, aunque no se detuvo ahí; con suavidad fue recorriendo todo el cuerpo a voluntad.

—¿Puedo lavarte yo? —su petición fue apenas un susurro.

—Claro. —Tomó el gel y me masajeó por completo—. Tienes unas manos maravillosas —expuse complacido. Ella me sonrió. Recorrió con mimo mis brazos, mi pectoral, mis abdominales y, cuando llegó a la altura de mi entrepierna, volvió a mirarme interrogante, como si me estuviera pidiendo permiso. A esas alturas yo volvía a estar listo para cargar de nuevo—. Adelante, es toda tuya, haz lo que quieras con ella.

Sus ojos refulgieron como los de quien recibe un gran premio. Paseó las manos con curiosidad reconociendo la largura y el grosor.

—Es muy grande y muy bonita.

Me hizo gracia aquella inocencia. Elevé la polla moviéndola entre sus manos, Luz gritó y yo solté una risita.

—Es su manera de darte las gracias frente al cumplido.

Torció el cuello para mirarme. Me observaba detenidamente, como si evaluara las expresiones que cruzaban mi rostro.

—¿Te gusta lo que te hago?

¿Que si me gustaba? Estaba siendo la paja más inusitadamente erótica e inexperta de toda mi vida, estaba a mil...

—Mucho, puedes hacerlo un poco más fuerte, apretar más los dedos, no se va a romper.

Inmediatamente me constriñó, ajustando sus manos por completo y arrancándome un jadeo de gusto.

—¿He sido muy bruta? —se preocupó.

—Has sido perfecta, toda tú eres jodidamente perfecta.

Las comisuras de sus labios se curvaron y siguió con el movimiento, su mirada descendió contemplando qué sucedía. La punta de mi polla goteaba y su pequeña lengua salió para chupar el labio inferior, como si se imaginara saboreándola. Mi sexo dio un nuevo brinco, Luz movió la cabeza, sus mejillas se habían coloreado.

—Me gustaría hacer una cosa, pero no sé si querrás...

Tragué con dificultad.

—Dime.

—¿Puedo probarla con la boca como tú me hiciste la primera vez?

¡Joder! Casi me corro ante la pregunta.

—¿A ti te apetece?

Ella asintió.



—No quiero que hagas nada forzada o porque creas que debes hacerlo para complacerme.

Subió y bajó la mano con fuerza y yo gruñí.

—¿Crees que hago esto forzada? Me has dado mucho placer, has hecho que me saboree y ahora quiero saborearte yo a ti. —Para ser inexperta, me lo estaba poniendo terriblemente difícil. Se arrodilló entre mis piernas—. Si no lo hago bien, me avisas. ¿Hay algo que deba saber?

—Esconde los dientes —fue lo único que me dio tiempo a decir antes de que su boca me tomara.

Tuve que agarrarme a su pelo, aquella chica tenía un talento innato, en un momento se hizo con el control de la situación.

—¡Joder, Luz! ¿Nunca habías hecho esto?

Ella negó con mi polla alojada casi hasta el fondo, la sacó de repente para contestar.

—Siempre me han gustado mucho los Calippos, ya sabes..., el helado que te quita el hipo... —¿El hipo? Más bien lo que me estaba quitando era la respiración—. En mi pueblo hacíamos competiciones con las amigas a ver quién conseguía metérselo entero en la boca y aguantar, ¿sabes quién ganaba siempre? —Sin darme opción a respuesta, volvió a capturarla y se la metió hasta que mis huevos golpearon su barbilla.

—¡Benditos helados y bendito pueblo! ¿Cómo se llama tu pueblo?

Ella entornó los ojos con todo mi sexo enterrado en su garganta y me miró coqueta, desarmándome por completo. La sacó para soltar: «Villapene», y después se lanzó al ataque, a uno que no me permitió pensar más allá de que el nombre le venía que ni pintado y que no era la primera vez que lo oía.

Luz succionó sin piedad mientras mi pelvis se desataba enterrándose una y otra vez, me daba cabida sin protestar hasta que ya no pude más.

—Nena, voy a correrme, si no quieres que lo haga en tu boca, sácala ahora o chupa para siempre.

Lejos de sacarla, se enterró con más fuerza y, cuando sentí que chocaba contra el fondo de su garganta, descargué y ella tragó, sin abandonarme ni un instante. ¡Madre mía! Nunca me habían hecho una mamada como aquella y menos una virgen... A partir de ahora creería en Dios y en los milagros.

Ayudé a Luz a que se incorporara y la besé, no pude contenerme, necesitaba cerciorarme de que todo lo que había ocurrido en mi ducha había sido real. Allí estaba mi sabor entre sus labios, dándole una nueva dimensión a lo que conocía hasta el momento. Parecía no saciarme nunca de ella, podría haber estado perfectamente todo el día sin hacer nada más aparte de besarla, pero debía hacer muchas cosas, entre ellas trabajar.

Salimos de la ducha y nos secamos mutuamente, entre risas y besos. Le puse mi camiseta y yo me anudé la toalla en las caderas.

Llegamos al comedor y ella se sentó en un taburete dispuesta a verme cocinar, estaba claro que tras dos orgasmos necesitábamos reponer fuerzas.

Su móvil sonó, fue a buscarlo y yo seguí preparando un desayuno de campeones.

## *Luz*

—Luz, ¿dónde estás? —Me había encerrado en el baño al ver que quien me llamaba era mi prima. Mi sonrisa de oreja a oreja me impe-

día casi responder, no había perdido la virginidad, pero había estado muy cerca; además, jamás había sentido tanto placer en la vida.

Cuando intenté picar a Carlos en la cama con el juego de palabras de correrse y vi que no surtía efecto, casi me muero de la vergüenza. No sabía si se había tragado lo de que no me había enterado de lo que acababa de decir, como si fuera un extraño suceso de sonambulismo, pero fue lo único que se me ocurrió y por lo menos lo capeé. Después, cuando se ofreció a hacerse cargo de todo y a correr con los gastos, casi me derrito; esa faceta de caballero andante me pudo, aunque por suerte vi más allá, vi la oportunidad de picarlo, necesitaba que reaccionara. Lo de la venta de mi virginidad lo había visto por internet, obviamente no se me ocurriría hacerlo, antes le pediría dinero a Jud, pero necesitaba que de algún modo él se hiciera cargo de eso también. Sé que estaba consternado, que su cerebro no dejaba de elucubrar si sería capaz de cumplir con lo que decía, podía leerlo en sus ojos, así que, una vez situado en plena portería, sólo me quedaba rematar la jugada y marcar el gol de la victoria. Allí entraba mi pase secreto, ¿qué hombre es capaz de resistirse a una mujer desnuda masturbándose en la ducha? Tenía toda mi fe puesta en ello y por suerte funcionó, vaya si funcionó, tal vez no fue el gol de la victoria, pero sí el de la prórroga, un poquito más y finalmente lograría que me la metiera en plena puerta para que pudiera cantar el alirón.

La voz de Jud volvió a sonar en el móvil.

—¡Luzzzzzzzzz! —gritó. Otra vez me había empanado—. ¡No tengo batería! ¿Dónde estás? ¿Me oyes?

—No grites, estoy arriba, en casa del vecino. ¿Por qué lo preguntas?

—¿En serio?, ¿en casa del vecino? —Sabía que ella se oponía, pero yo no podía resistirme a esa fuerza que me impulsaba hacia él.

—Sí, nos hemos arreglado y la cosa marcha. —No iba a darle más explicaciones por el momento.

—Bueno, ya me contarás, ahora no tengo tiempo, el móvil está pitando como un loco por la falta de batería. Te llamaba para decirte que han venido tus padres a pasar unos días a casa de mamá y...

Pipipipipipi.

Estaba claro que se había cortado. Vaya, así que mis padres estaban allí... Menuda sorpresa, eso quería decir que debería pasarme por casa de mi tía para verlos, pero antes iba a por el pase de oro, necesitaba una última jugada magistral para romper el «techo del amor».

Me miré en el espejo del baño, tenía una sonrisa perenne en el rostro. Contemplé la camiseta desgastada que llevaba puesta, se veía absolutamente todo y eso me hizo sentirme mala y poderosa. ¿Y si me la quitaba y me paseaba desnuda por la cocina? ¿Sería capaz de resistirse? Me armé de valor y me la quité, caminé contoneando mis caderas hasta la cocina, no estaba allí, ¿habría ido a la habitación? Mucho mejor, así podría sorprenderlo. Dejé el móvil sobre la mesa y me subí sobre la barra americana en posición de ataque. Me tumbé de lado cual Mata Hari, atusándome el pelo y poniéndome lo más sexy que pude, puse morritos como esas modelos que quieren ser besadas en las fotos. Apoyé la cabeza sobre una mano y la otra la estiré, levantando la camiseta cual bandera de la paz, aunque la mía gritaba guerra.

Tenía la pierna flexionada, con la rodilla apuntando al techo y mi pie sobre la barra, no quería que le quedara ninguna duda de que mi Pokémon estaba listo para el ataque.

El desayuno estaba en dos platos sobre la encimera, pero yo prefería desayunármelo a él, o que él me desayunara a mí...; pensándolo mejor, íbamos a comernos mutuamente.

—Luz, ha venido tu... —Se puso blanco cuando me vio. No salía de la habitación, sino del recibidor, ¿qué hacía allí?—. ¡Madre! —graznó.

«¿Cómo?» Mi cerebro, abducido por las feromonas, fue incapaz de procesar la información hasta que las cabezas de mi madre y mi prima asomaron a su espalda.

Todas gritamos al unísono, y yo, que me vi sin salida, opté por dar un salto al vacío y lanzarme contra el suelo, desplegando mi poderío al brincar sobre los taburetes cual mujer araña, para terminar aplastada contra el suelo... No quería ni pensar en la imagen que estaba ofreciendo.

—¡*Virxe do Monte*, a nuestra *rapaciña* la ha embestido un bisonte! —Ésa era mi madre, igual de bruta que mis tías.

Corrí a ponerme la camiseta, que estaba hecha un gurrullo debajo de mí ¡¿Qué demonios hacía allí mi madre?! ¿Por qué la había traído mi prima si acababa de decirle que estaba con Carlos?

—¡Lucero del Alba Martínez! ¡¿Esto es lo que has aprendido en esta ciudad infernal llena de pecado?, ¿a tumbarte desnuda en la cocina cual meiga *adulterina*?! —me gritó—. Menos mal que tu padre se quedó aparcando el coche, ¡*que vergonza!*<sup>1</sup> ¡¿Qué diría nuestro párroco?! —No lo quería ni imaginar.

Me incorporé poniéndome aquella prenda, que ahora me parecía de lo más terrible debido a su transparencia; no podía estar más roja. Mi madre me miró de arriba abajo y se santiguó.

—¡Madre del amor hermoso, si se te ve todo el oso!

—Más que el oso, el gato egipcio, tía, que se lo dejamos bien lampiño —saltó la sabelotodo de Jud.

—¡Calla esa boca, hija de Satanás! —la increpé.

—¡Lucero del Alba, esos modales! ¿Qué va a pensar tu... tu...? —Miró a Carlos, que estaba con la toalla en la cintura y parecía el más

relajado—. Dijo que era el vecino, ¿verdad?

Él asintió sin remordimiento alguno, a la par que yo cerraba los ojos.

—Está claro, tía, que a Luz se le acabó la sal y finalmente subió a por el bote entero. —Sólo hacía falta que Jud le añadiera más leña al fuego.

Carlos vio mi bochorno y se dispuso a interceder.

—Discúlpeme, señora, por este inusual recibimiento, está claro que no esperábamos visita, y menos la suya. Es cierto que soy el vecino de su hija, pero no crea que Luz va paseándose desnuda por todo el edificio visitando a los vecinos. —Un gemido ahogado escapó de mi garganta, este hombre me estaba hundiendo cada vez más en la miseria—. Luz estaba así porque somos algo más...

¿«Algo más»? Pero ¿qué decía aquel majadero? Mi madre se echó las manos a la cabeza.

—Ay, ay, que me da, no me diga que mi Luz se ha echado uno de esos... —Mi prima la sujetó, porque parecía al borde del desmayo—. ¿Cómo se dice eso, Judiña? —Chasqueó los dedos—. ¡Un *pollamigo*! —soltó quedándose tan ancha.

Por poco se me salen los ojos de las cuencas. Carlos estuvo a punto de atragantarse.

—*Follamigo*, tía, se dice *follamigo*. —No sabía si la aclaración serviría para mejorar la cosa, como salirme de ésta.

—¡Ay, *carallo*! ¿Qué va a decir tu padre? ¿Y en el pueblo? ¡Ay, Dios mío, cuando se enteren de que correteas desnuda trajinándote al vecino *riquiño*! ¡Yo no te eduqué para que te entregaras a cualquiera, sino a tu marido!, y ahora te has perdido. —Mi madre se santiguó.

—Señora, tranquilícese —dijo muy serio Carlos—, que su hija y yo vamos muy en serio, estamos prometidos. Sé que lo que ha visto

no es lo correcto, pero le pondremos remedio. Además, aunque no lo parezca, Luz sigue siendo virgen, pero no le negaré que nos hemos estado conociendo en profundidad para saber si somos compatibles y dar el siguiente paso.

¿Es que se había vuelto loco?! ¿Cómo le soltaba eso a mi madre?!

—¿Prometidos?! —Vaya, al parecer, lo de conocerse en profundidad ni le había importado tras oír la palabra *compromiso*—. ¿Es eso verdad, *rapaciño*? —«¡Por favor, Dios mío, que la saque del error!»—. ¡Ay, ay, Jud, que la niña se nos casa! —Quería morirme, a ver cómo salíamos ahora del entuerto—. ¿Y a qué se dedica, joven?

—Soy policía —explicó solemne, y mi madre agitó las pestañas. El muy cabrito no la cortaba, le seguía el juego.

—Ay, todo un agente de la ley en la familia, un hombre de honor y con trabajo fijo, y además es muy guapo —le pegó un repaso que por un momento temí que se quedara bizca—. ¿Verdad que es un buen partido, Judiña? *Este mozo estache ben bo, de toma pan e molla.*<sup>2</sup> —Carlos le sonreía como si se sintiera complacido, ¿es que no se daba cuenta de que estaba empeorándolo todo?—. Pese a que hayan sucumbido parcialmente a los placeres de la carne, parece un hombre honorable y apuesto.

—¡Mamá, ¿quieres hacer el favor de no hablar como si Carlos no estuviera delante?! —la reprendí.

—Y tiene un nombre muy masculino, de emperador, seguro que me engendra buenos nietos. —Resoplé, todo aquello no podía estar sucediendo—. Ay, ¿cómo nos ocultaste esto, Luz? Con lo felices que nos hará a tu padre y a mí verte casada.

—¡Mariana! —se oyó entonces desde la escalera.

—¡Uy, tu padre! Rápido, id a cambiaros antes de que os vea en pleno jardín del Edén con serpiente incluida; hay cosas que es mejor

que los padres nunca vean de sus hijas. Yo lo entretendré fuera.

Eso era cierto, no quería ni pensar qué sucedería si mi padre nos veía así. Le cogí la mano a Carlos y tiré de él para que me siguiera.

—Espabila o los huevos revueltos de la cocina no serán nada en comparación con lo que mi padre hará con los tuyos.

Y el muy cretino soltó una carcajada y me siguió.



## Capítulo 13

—No me lo puedo creer —dije con la puerta cerrada—, ¿es que estás loco? —le pregunté desenchajada mientras me miraba con aquella pose de dios dominante.

—Deberías estar dándome las gracias y no mirándome con ese gesto congestionado que va a hacer que de mayor tengas cara de abuelita gruñona.

Resoplé.

—De lo que tengo ganas es de estrellarte el puño en esa sonrisa de pagado de ti mismo que tienes. ¿En qué estabas pensando? ¡Ahora mi madre cree que tú y yo somos pareja y que nos vamos a casar!

Se acercó a mí peligrosamente.

—¿Y no prefieres eso a que sepa que hace un momento me la estabas comiendo en la ducha y te ofrecías en bandeja para que yo le echara limón a tu almeja?

Retrocedí hasta caerme de culo en la cama.

—¡Basta! ¡Eres un cerdo! —protesté sin poder apartar la vista de su entrepierna, que se alzaba impertinente ante mis ojos—. Mi padre no tardará en subir, así que será mejor que nos espabilemos.

Sus manos agarraron la toalla y la soltó sin problema alguno, dejándome la serpiente en pleno rostro. ¿Por qué tenía que estar tan bueno? Mi sexo se contrajo ante la expectativa de sentirlo dentro.

—Muy cierto, pero te aseguro que en cuanto se larguen tú y yo vamos a seguir justo donde lo dejamos. —Me subían unos calores por todo el cuerpo de aúpa. Se inclinó ligeramente y tomó mis labios para saquearlos en un beso que me hizo gemir, agarrarlo del pelo y frotar mi lengua contra la suya como una gata en celo. Me levantó de la cama y me pegó a sus caderas, me sentía minúscula envuelta en su abrazo y muy muy caliente—. Y ahora vamos a cambiarnos antes de que te folle de verdad.

«¡Oh, Dios, sí!», gritaban todas las células de mi cuerpo. Estuve tentada de salir y obligar a todo el mundo a largarse.

—Si me miras con esa cara, lo voy a tener jodidamente difícil para no echarte un polvo ahora mismo contra la cama...

«¡Que me lo eche, que me lo eche!», canturreaban a coro todas mis feromonas, que debían de atestar la habitación. Me dio un último beso seco y un cachete en el trasero para vestirse, dejándome por completo desasosegada.

Obviamente, tuve que hacer lo mismo aunque no fuera lo que más me apetecía. Debía vestirme con la ropa del día anterior, con el pestazo a marisco de la cena que pegaba. Miré de refilón mis bragas; ésas sí que no podía ponérmelas, me negaba. Debía rezar para que no viniera una ventolera y se me viera la almeja entera.

—¡Joder! —exclamó mirando cómo acababa de vestirme y hacía una bola con las bragas—. ¿No piensas ponerte ropa interior?

—Pues no. Por si no lo recuerdas, acabo de salir de la ducha y no quiero ponerme la misma de anoche, no lo veo nada higiénico.

Abrió los ojos alarmado.

—¿Piensas ir con vestido y sin bragas para presentarme a tu padre? —Enarcó las cejas con una cara de pervertido que me mareaba.

—Pues sí —repuse con más convicción de la que sentía. Y él volvió al ataque pegándose a mí, frotando su dureza contra mi bajo vientre, lo que provocó que se me escapara un gritito cuando me tomó por el culo y me aplastó contra él.

—Voy a estar empalmado todo el rato pensando en lo que no hay bajo tu vestido. —Me mordió el labio inferior y casi me corro allí mismo. Remonté como pude y le di un empujón.

—Pues será mejor que tengas la porra quieta, soy hija única, así que mi padre no se tomará a bien que estés en guardia dándole la mano.

Él sonrió.

—No te preocupes, seré un yerno encantador.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no lo dudo —rezongué.

Me tomó de la mano apretando mis dedos entre los suyos.

—Vamos a por el Oscar, nena.

—¿Quién es Óscar? Mi padre se llama Tomás.

Soltó una carcajada.

—Desde luego, contigo es imposible aburrirse, menos mal que no se llama Pedro y tú Penélope.

Entonces lo pillé, se refería a los Oscar de Hollywood.

—¿Qué quieres que te diga? Estoy muy nerviosa. —Era cierto, me sentía atacada.

—Pues no lo estés, te garantizo que tus padres quedarán encantados conmigo. Anda, vamos. —Esta vez fue él quien tiró de mí. Dejé la ropa interior encima de la silla, no podía hacer otra cosa por el momento.

Cuando salimos al salón, mi padre ya estaba allí, mirando a Carlos con cara de póquer.

—Señor Martínez. —Carlos se acercó tendiéndole la mano—. Deje que me presente, soy Carlos Jiménez, el prometido de Luz.

Mi padre le tomó la mano con disgusto.

—Que yo sepa, muchacho, no me has pedido la mano de mi hija para considerarla tu prometida.

—¡Papá! —exclamé acercándome y dándole dos besos.

—Y tú, desvergonzada —dijo con tono de advertencia, tras el cual me costó tragar—, no pienso perdonarte que no subieras a Villapene para presentárnoslo. Si no llegamos a venir a Barcelona, ¿qué habría sucedido? ¿Os habríais ido a vivir juntos como un par de pecadores sin avisar?

Lo miré horrorizada y un tanto abochornada.

—De eso nada, señor —replicó Carlos—. Lo que sucede es que no hace mucho que salimos juntos, estábamos esperando a que su hija tuviera vacaciones para visitarlos, hacer las presentaciones formales y, como usted sugiere, pedirle su mano, pero todo se ha precipitado con su inesperada visita.

—Y tan inesperada —soltó mi madre entre dientes mientras me miraba dando a entender que a ella no se la colábamos.

—Sea como sea, no se preocupen, su hija está en buenas manos...

«Unas gloriosas que me hacen tocar el cielo cuando me acarician en la ducha... Céntrate, Luz.»

—Carlos es policía —solté como si eso pudiera mejorar las cosas. Mi progenitor lo miró de arriba abajo.

—Que sea policía no lo exime de sus responsabilidades como buen cristiano. Porque eres cristiano, ¿verdad?

«Ahora viene cuando lo matan.»

—Por supuesto, fui monaguillo de la parroquia de mi barrio, cantaba en el coro, y cuando puedo les hecho una mano en los

actos de beneficencia.

Lo miré estupefacta. ¿Monaguillo? ¿En serio?

—No me habías dicho nada de tu etapa eclesiástica —observé.

—Aún hay muchas cosas que no sabes de mí —me respondió con la voz demasiado ronca.

Mi madre carraspeó.

—¿Y cuándo conoceremos a tus padres? —Un nudo oprimió mi pecho frente a la pregunta de mi madre.

Carlos se puso rígido, aunque rápidamente se soltó de nuevo.

—Pues no lo sé, señora, mi madre suele estar bastante ocupada y nosotros nos marchamos el viernes de viaje.

—¿Juntos? —preguntó horrorizada.

—Tranquila, mamá, es un viaje en grupo, vamos a Formentera con los de yoga, Carlos viene a mis clases como alumno. Es un seminario de autoconocimiento y reflexión.

—Qué interesante —apuntó Jud—. Tal vez podríamos apuntarnos.

Abrí unos ojos como platos fijándome en su cara de «chúpate ésa, primita».

—No creo que haya plazas, ni que a mis padres o a ti os gustara.

—Presupones mucho, *primi*. Dime dónde hay que inscribirse, estoy convencida de que a mis tíos y a mis padres les encantará ver Formentera juntos.

—Pero no les va a gustar ir a un retiro de yoga, se van a aburrir como ostras.

Ella me miró divertida.

—Eso ya lo evaluaremos nosotros.

Me daban ganas de lanzarme a por su pelo y borrarle esa sonrisa socarrona.

—¿Qué les parece si vamos a desayunar todos juntos y así nos conocemos un poco más? —propuso Carlos.

Fuimos a una cafetería que había a un par de manzanas, donde hacían unos cruasanes de mantequilla que estaban para chuparse los dedos.

Carlos fue encantador, como me anunció, a los diez minutos tenía a mi madre comiendo de la palma de su mano. Mi padre, en cambio, fue otro cantar. Era un hombre duro de pelar, hasta que le dijo que le encantaba el fútbol e ir a pescar, que cuando era pequeño su padre siempre lo llevaba al río y era un momento de los que más añoraba, ya que había fallecido años atrás.

—Pues no te preocupes, muchacho, que cuando vengas al pueblo te llevaré conmigo a la cabaña de caza que tengo junto al río Támoga, podemos pescar truchas, nos llevamos un par de cañas y echamos la mañana.

—Pero, Tomás, ¿qué dices? —le replicó mi madre—, si hace años que no pescas, que las únicas cañas que te echas son en el bar de la Joaquina.

—¡Pues compraré dos! —dijo golpeando la mesa a puño cerrado—. No me seas *mixiriqueira*.<sup>1</sup> A mi yerno le gusta la pesca y a mí también, a ver por qué *carallo* no vamos a poder ir a pescar truchas... Tú y la niña ya os podéis ir acostumbrando, que los hombres de la casa traerán la cena para que vosotras la preparéis. —Mi padre parecía un toro de Miura.

—Disculpa, Tomás —lo interrumpió Carlos—, pero mi padre me enseñó que quien pesca cocina, así que si no te sabe mal casi que preferiría que ellas se relajaran y me dejaran cocinar a mí.

Mi madre lo miró con ojos de enamorada, mientras Jud se descojonaba de la risa. Mis padres le habían pedido que los tuteara, signo de que ya le habían comenzado a coger cariño. Menuda

suerte la mía, aunque no sabía de qué me extrañaba, ¿acaso no me ocurría a mí lo mismo? Aunque intentara alejarme siempre acababa sucumbiendo a sus encantos.

—Menudo partidazo, ¿eh, tía? Guapo, atento, policía y encima cocinero. Quién nos iba a decir que Luz encontraría al hombre perfecto y que sería su vecino de arriba. Ya sabes lo que dicen..., cuanto más vecino, más me arrimo.

—La frase no es así —repliqué.

—No seas desagradable, Lucero del Alba, está claro que no podrías haber tenido un vecino mejor. —Mis padres y Jud estaban sentados enfrente de mí, así que podía ver sus caras a la perfección. La de mi prima, disfrutando como una posesa, y la de mis padres adorando a Carlos.

Iba a interrumpir cuando su mano se deslizó por la parte interna de mi muslo, hallando el camino a mi centro. Boqueé como un pez cuando comenzó a acariciarme.

—¿Decías, *primi*? —canturreó Jud—. No se te entiende...

¡Pues claro que no se me entendía! El muy cromañón me estaba acariciando en plena cafetería con mis padres delante.

—Creo que está imitando a una trucha —soltó Carlos divertido—. ¿Verdad que es eso, mi amor? ¿Les estás mandando besos de pececillo? Es muy cariñosa, ¿sabéis? —Sus dedos se internaron un poco más mientras me abrasaba con la mirada—. A Luz le encanta mi trucha ahumada.

—Pues será otra trucha, porque de toda la vida que a mi prima le ha dado asco ese pescado...

Mi madre le arreó un codazo a Jud, a la par que yo trataba de resistir aquella tortura. Intenté cerrar las piernas, pero nada, aquellos dedos resbalaban sin problemas, haciéndome temblar de placer.

—No me seas *rexoubona*,<sup>2</sup> Judiña —la cortó mi madre—. Estás rara, hija, ¿estás temblando? ¿A ver si estás incubando algo?

—Seguro que sí —afirmó mi prima con guasa—, como las gallinas, debe de estar incubando un buen par de hue...

—¡Judiña! —la reprendió mi madre antes de que siguiera—. Basta de decir barbaridades, ¿qué va a pensar este *rapaciño* de nuestra familia?

—Pues que sois maravillosos, nunca me había sentido más a gusto y tan bien acogido por nadie que no fuera de mi familia —respondió el muy truhan sin dejar de masturbarme—. Tu madre tiene razón, cielo —su mirada se fijó en la mía—, estás sonrojada y sudorosa, ¿quieres que regresemos al piso? Tal vez sea mejor que te tumbes un rato en la cama. —Aquello era una invitación en toda regla y yo me moría de ganas, aunque debería esperar, no podía hacerles eso a mis padres..., ¿o sí?

Su teléfono sonó, y por suerte dejó de tocarme, aunque un vacío se instaló entre mis piernas. Carlos se levantó para contestar.

—Disculpad un momento.

—Ay, Lucero del Alba, cómo me gusta este hombre para ti, no podrías haber escogido mejor.

Sonreí ruborizada mirando las anchas espaldas de Carlos. Lo cierto es que, pese a nuestros encontronazos, era un hombre del que sería muy fácil enamorarse.

—Por una vez estoy de acuerdo con tu madre, parece un hombre de los que se visten por los pies y no un *monicreque*<sup>3</sup> —sentenció mi padre—. Debemos preparar una cena o una comida para conocer a su familia antes de que regresemos al pueblo el lunes.

—Ya habéis oído lo que ha dicho Carlos, su madre está muy ocupada. —No sabía cómo iba a salirme del entuerto.



—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Piensas que esa buena mujer no come o no cena? Además, ¿tú ya la conoces? —preguntó mi padre suspicaz. Negué con la cabeza—. Pues ahí lo tienes, si es tu novio formal, tendremos que conocernos todos.

—Qué divertido va a ser —replicó Jud—. No hay nada como una buena comida.

Si hubiera podido la habría asesinado allí mismo, se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Disculpad —dijo Carlos acercándose—. Me ha llamado el de la empresa de control de plagas, estarán en tu piso dentro de diez minutos, tenemos que ir hacia allí.

—¿Control de plagas? —preguntó mi prima extrañada.

—Sí, creemos que hay una plaga de cucarachas en mi piso, por eso estaba en casa de Carlos. —Puso cara de repugnancia—. Pero eso no es lo peor: *Lucifer* se comió una y resultó ser alérgico, ayer lo llevamos de urgencias al hospital, le tuvieron que hacer una traqueotomía de emergencia. Si no hubiera sido por Carlos, podría haber muerto.

—¡Qué horror! —exclamó mi madre—. Suerte que tu prometido está para ayudarte, muchas gracias, Carliños, por socorrer a nuestra pequeña.

—No hay de qué.

Logré que mis padres se marcharan con Jud, prometiendo que más tarde iría a visitarlos a casa de mi tía.

\* \* \*

Cuando llegamos a mi piso, el fumigador nos dijo que iba a colocar un gel especial, que en unos cinco días debían desaparecer, pero que al tener mi gato alergia era mejor que no estuviera allí.

Haciendo caso a Carlos, me hice una pequeña maleta con lo imprescindible y subí tras él. Había estado tan colapsada por su arrolladora presencia que no había pensado en *Lucifer*, y eso hizo que me diera un bajón, sobre todo cuando vi su camita y su arenero en mi piso.

—¿Qué te ocurre? —Me abrazó por detrás y por un momento me sentí tan cómoda rodeada por sus brazos.

—Me siento culpable.

—¿Por la trola que les he soltado a tus padres? —Tenía la barbilla apoyada sobre mi cabeza.

—No sólo es por una cosa, supongo que es un cúmulo, estoy en un punto de mi vida que... —Pero ¿qué narices estaba haciendo?, ¿iba a contarle mis penas a él? ¡Si apenas nos conocíamos!—. Déjalo, supongo que no me sienta bien tener que depender de alguien de nuevo.

—¿Crees que dependes de mí?

Resoplé.

—No sé cómo llamarías tú a hacerte cargo de los gastos de la clínica, pagar a los de las cucarachas y que ocupe tu piso.

Besó la parte alta de mi cabeza.

—Lo llamo ser un buen vecino. Anda, ven. —Me llevó hasta el sofá y me sentó sobre él, como si fuera una niña pequeña—. Creo que ambos necesitamos hablar. —En mi fuero interno yo también lo creía. Estábamos en una postura muy íntima, pero no me sentía incómoda—. ¿Cuándo supiste que era tu vecino? Y quiero la verdad.

Ésa era una pregunta sencilla. Le relaté mi desventura saliendo de su piso para cotejar si realmente estaba en mi edificio o no. Soltó una carcajada cuando le conté lo sucedido con mi vecino de

enfrente y cómo no supe gestionar mi descubrimiento. Me sorprendió cuando con dulzura me contestó:

—Puedo entenderlo.

—¿De-de verdad? —pregunté mirándolo a los ojos, no había rencor en ellos. Carlos simplemente asintió—. No estaba segura de cómo te lo tomarías después de nuestras pullas.

—No soy tan mal tío como crees, sé detectar a una mentirosa a la legua y sé que no me has mentido, cosa que es de agradecer... Habría pagado por verte desnuda frente a don Laureano. —Pasaba su mano con lentitud por mi brazo—. Por cierto, tienes unos padres geniales ¿sabes? Se nota que te quieren mucho y se preocupan por ti.

Le sonreí pensando en ellos.

—Lo sé, son un tanto especiales, pero me quieren mucho. — Siempre me había sentido una hija querida.

—Lógico, es muy fácil quererte. —Su mirada se intensificó y mis labios se separaron ansiando los suyos, aunque, como no se movió, yo tampoco lo hice. Se hizo un silencio incómodo entre nosotros e intenté subsanarlo.

—Sí, bueno, soy la pera limonera. Tú también eres mucho más majo de lo que aparentas como vecino.

Levantó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué aparento, según tú? —inquirió curioso.

—Vas de perdonavidas, de rompebragas y de duro, pero en realidad eres un buen tipo. Ayer no lo dudaste ni un segundo, dejaste a ese par de conejas para socorrerme.

—Tú eras más importante que ellas.

El corazón me dio un vuelco y casi se me hizo imposible seguir, pero lo hice.

—Debemos sumarle tu actuación del otro día con el innombrable que casi me viola y, finalmente, cómo has salvado hoy el expediente con mis padres. —Su mirada era difícil de descifrar—. ¿Por qué lo haces?

—Soy poli, ¿recuerdas? Creo que lo de ayudar a la gente va impreso en nuestro ADN.

Entorné los ojos con suspicacia.

—Sobre todo cuando lanzáis huevos podridos por la ventana a vecinas indefensas...

Él sonrió.

—Eso de «indefensas» no lo tengo yo muy claro, creo que precisamente esa vecina me dejó un regalito en la puerta con el que tropecé, me manché el uniforme y apesté la comisaría durante una reunión importante. —Su mano bajaba y subía por mi pierna con suavidad, contrayéndome de deseo.

—¿En serio?

Asintió. Yo puse cara de arrepentimiento.

—Pues no sabe cuánto lo lamento, agente. —Hice un mohín—. ¿Habría algún modo de compensárselo? —Deslicé la lengua por mi labio inferior y él gruñó.

—Te juro que nunca una mujer me lo había puesto tan difícil. Anda, levanta, vamos a ver a ese gato tuyo antes de que sea yo quien te viole en mi sofá...

«¡Viólame!», gritó mi mente. Aunque al instante me autoflagelé por ese pensamiento; se preocupaba él más por mi gato que yo.

Fuimos a la clínica, *Lucifer* estaba despierto, y aunque no parecía pasar por su mejor momento, estaba bien. La doctora nos dijo que lo dejáramos allí un día más, que no ocurriría nada y que era mucho mejor para él. «Y para la economía de la clínica», pensé, aunque no dije nada.

Tras la visita a mi gato fuimos a pasear por el parque Güell. Hacía mucho tiempo que no caminaba por él, es un lugar cercano a Collserola, justo donde iba con *Lucifer* a pasear los domingos, pero nunca íbamos al parque.

—¿Sabes por qué se llama parque Güell? —me preguntó Carlos.

—No, pero intuyo que me vas a iluminar con tus conocimientos.

Asintió.

—Esta parte de la montaña pertenecía al conde Güell, que fue quien encomendó a Gaudí la construcción de este lugar, además del palacio, la cripta, los pabellones y las bodegas.

—Eres un pozo de sabiduría —le dije subiendo la escalinata de su mano. No me había soltado desde que habíamos aparcado y a mí me encantaba sentirlo en la mía. Prácticamente la cubría, tenía unos dedos fuertes y largos que me habían acariciado deliciosamente horas antes.

«Borra ese pensamiento de tu mente, Luz.» Y lo habría hecho si con el pulgar no hubiera comenzado a trazar círculos en el interior de mi muñeca, llenándome de escalofríos anhelantes. «Te has de hacer la dura, ya no puedes ofrecerte más, ¿qué va a pensar de ti?», preguntó la acuciante voz de mi cerebro. «Pues la verdad —le respondí—. Que tengo tantas ganas de estar con él que me convierto en un licuado cada vez que lo tengo al lado.»

—¿En qué piensas?

Nos encontrábamos en la sala Hipóstila, que estaba llena de columnas.

—Pues en que podríamos estar en Grecia rodeados de tanta columna —mentí, y él me lanzó una de esas sonrisas que me derretían por dentro.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza nerviosa.

—Pues mi detector dice que no es cierto, pequeña mentirosa. —  
Tiró de mí y nos mezclamos entre las columnas. Carlos buscó una  
apartada, puso mi espalda contra ella y sus manos apoyadas  
flanqueando mi rostro—. Tu tez se ha sonrosado, tus pupilas se han  
dilatado y tu respiración se ha vuelto irregular. —Pasó el pulgar por  
mi labio inferior y a punto estuve de chupárselo.

—Eso es porque estoy en baja forma, tanta escalera me ha  
cortado el aliento.

—¿Estás segura de que lo que te ha cortado el aliento es la  
escalera? —Invadió mi espacio personal, acariciando con sus  
caderas las mías, mostrándome sin vergüenza que estaba tan duro  
como la maldita columna. Su mano descendió por mi clavícula hasta  
detenerse sobre uno de mis pechos. Lo sopesó y me acarició el  
pezón, que respondió al instante—. Me gusta lo receptiva que eres y  
que no lleves sujetador.

—Alguna ventaja ha de tener tenerlas pequeñas...

«¡Genial, Luz! Ahora recuérdale al hombre que quieres en tu  
cama tus defectos, es lo mejor que puedes hacer.»

—A mí me encantan —soltó sorprendiéndome, sin dejar de  
tantear el tenso botón—. Son como la dueña: por fuera muy tiasas  
pero increíblemente dulces cuando pones la boca en ellas.

Gemí audiblemente, y al instante me puse roja.

—¡Por Dios, qué vergüenza!

Él siguió con su recorrido sin detenerse, pasando de un pecho a  
otro para descender por mi cintura hasta el bajo de mi falda.

—Nunca te avergüences por sentir, pequeña mentirosa. —Su  
mano pasó al interior de mis muslos, erizándome por completo. Miré  
a un lado y al otro pensando en si alguien nos vería—. Mírame a los  
ojos, Luz —busqué sus pupilas con las mías, necesitando aferrarme  
a algo—, eso es, no desconfíes, yo me ocupo de los dos, tranquila.

—Su tacto me abrasaba, convirtiendo cada poro de mi piel en un espeso manto de lava ardiente—. ¿Sabes por qué llaman a este lugar la sala de las Cien Columnas?

—¿Po-porque hay cien columnas?

Puso los ojos en blanco.

—Eso sería lo lógico, pero no, no hay cien columnas, marisabidilla: hay ochenta y seis. —Tenía la mano en mi ingle, tanteó mi monte de Venus—. Simplemente es porque parece que las haya, por eso no debemos dejarnos llevar nunca por las apariencias, la realidad siempre puede sorprendernos. —Suspiré de nuevo tanteando mi ingle—. Llevo toda la mañana empalmado por tu culpa, creo que mi polla podría convertirse en la número ochenta y siete de tan rígida que la tengo, y todo porque una pequeña mentirosa no deja de torturarme. —Lamió mi labio superior—. Separa las piernas, Luz.

—¿A-aquí? —tragué con dificultad.

—¿Dónde va a ser?

—¿Vas a cachearme?

Una sonrisita perversa tomó sus labios.

—Por supuesto, me han dicho que una delincuente muy peligrosa anda suelta, y usted, señorita, coincide con la descripción, haga el favor de separar las piernas y no obstruir una investigación policial, si se resiste tendré que ponerle las esposas.

«¡Ay, san Saturnino, que en vez de media naranja he encontrado el pepino!» Separé las piernas sin chistar y Carlos aprovechó para introducir los dedos entre mis labios empapados.

—¡Joder, Luz, estás tan mojada que puede que me cortocircuites!

Ahugué un gemido que me desgarraba por dentro.

—¡Bésame o te juro que grito! —Necesitaba algo en la boca que me acallara.

—Será un placer, señorita Martínez.

Estábamos a pleno día, en un lugar público y con muchísima gente paseando a nuestras espaldas, pero en ese momento no me importaba nada más que él y lo que me hacía sentir.

Su lengua exploraba con una lenta tortura toda mi boca, sus dedos seguían el envite de nuestras lenguas, que parecían incapaces de hacer otra cosa que no fuera buscarse una y otra vez.

Uno de sus dedos tanteó la entrada de mi sexo empujando con suavidad.

—Eres tan jodidamente estrecha que sólo de pensar en enterrarme en ti me pone a punto de nieve.

—Hazlo —dije sin pensar mientras mi clítoris se sacudía.

—¿Aquí? ¿En un parque? ¿Contra una columna? ¿En medio de un montón de gente? —Asentí con vehemencia—. Creo que no. —Apartó los dedos y yo volví a sentir esa frustración que me colapsaba cada vez que estaba con él.

Me estaba convirtiendo en una facilona, Carlos me tocaba a su antojo, cuando a él le apetecía. Cuando yo le pedía que siguiera, reculaba y me dejaba con un palmo de narices. Se terminó, ya no aguantaba más, no me gustaba que jugaran conmigo. Le endiñé un empujón con todas mis fuerzas y él trastabilló hacia atrás.

—¿Sabe qué le digo, agente Jiménez?! Que se meta su porra por el culo si es que puede, porque a mí es la última vez que me pone una mano encima. No quiero que me toque, no quiero que me mire, no quiero nada que venga de usted que no sea un trato correcto entre vecinos, ¿me oye?!

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡La gente nos mira! —Era cierto, había un grupito de turistas que no nos quitaba ojo—. ¿Acaso eres bipolar y no te has tomado la medicación esta mañana?



—¿La medicación? Te voy a dar yo a ti medicación. —Le solté un guantazo en toda regla.

Carlos no daba crédito y la gente menos, algunos incluso nos tomaban fotos o grababan con el móvil en alto.

—¿Es que te has vuelto loca?

—¡Por supuesto! ¡Me tienes harta con tu tira y afloja! ¡Me estás enloqueciendo! ¡Ahora sí, ahora no...! ¿Qué te crees que soy?, ¿un yoyó? ¡Hace dos minutos me dices que me abra de piernas para masturbarme —le grité fuera de mí—, y cuando te pido que no te detengas me dejas a medias porque al señorito no le parece bien follarme contra una columna!

Carlos tenía la mirada roja y la cara desencajada.

—Cállate, ¿me oyes?, estás chillando —replicó entre dientes.

—¡No me da la gana! —dije todavía más alto y mirando a la pequeña multitud que se iba congregando a nuestro alrededor—. ¡SOY VIRGEN PERO NO IDIOTA! Si no te gusto, no me des coba ni me hagas pensar que va a suceder cuando lo único que sucede es que te apartas en el momento de la verdad. ¿Y todo por qué? ¿Porque nadie me ha estrenado todavía? ¿Porque tienes miedo de no estar a la altura, señor Rompebragas? Pues déjame que te diga que seguramente tienes razón y no lo estás ni lo estarás jamás. Ya estoy harta, y ahora, aunque quisieras, soy yo la que no quiere perderla contigo.

—¡Bien dicho! —dijo una chica del fondo.

Una señora de unos setenta años se le sumó:

—¡Ánimo, que somos muchas las que no hemos catado hombre! —En sus brazos llevaba un gato. ¡Por la Virgen del Orgasmo Encontrado! ¿Así iba a terminar yo? ¿Con mi *Lucifer* a cuestas y sin haber catado varón? De golpe comenzó a cantar—: ¡No estás sola!

¡No estás sola!... ¡Vamos, chicas! —increpó a un grupo de ancianitas, que se unieron al cántico dando palmas.

—¡No estás sola, no estás sola!...

—¡Que le den! —gritó otra—. ¡Seguro que es un rapidillo!

—¡Usted cállese, señora! —soltó Carlos, que cada vez estaba más rojo. La situación nos había estallado en plena cara y ya no había marcha atrás.

—¿Que se calle? Creo que es el mejor consejo que nadie podía darme. Que te den, pásalo bien con tus conejas, que yo me buscaré otro a quien le interese lo que yo puedo ofrecerle...

Me di media vuelta y me largué escaleras abajo. En mi fuero interno esperaba que viniera corriendo tras de mí, persiguiéndome como a la Cenicienta cuando pierde el zapato.

Pero, a diferencia de ella, a mí no se me había caído la sandalia, como mucho iba sin bragas, pero a esas alturas del cuento dudaba que fuera un dato relevante en la historia. Estaba claro que mi príncipe me había salido rana... ¡Cuánto daño había hecho Disney!

En fin, mejor así. Tenía las cosas claras, Carlos sólo quería magrearme y punto, de romper mi techo del amor nada de nada, menudo pedazo de cobarde estaba hecho.

Fui en busca del metro, debía ir a casa de mi tía para ver a mis padres, más tarde ya iría al piso de Carlos a buscar mi maleta; no pensaba pasar con él ni un minuto más, aunque eso me supusiera ir a vivir bajo un puente.

Pasé la tarde con mi familia y tuve que aguantar cómo ensalzaban a Carlos una y otra vez. Cuando tuve suficiente me largué sabiendo que, me gustara o no, debía enfrentarme a él de nuevo.

Subí la escalera y en mi rellano encontré otra vez una rosa roja con una nota.

¿Así era como pretendía disculparse? Pasé de leer la nota, cogí la flor y la tarjeta y subí a su piso para golpear la puerta.

## Capítulo 14

### *Carlos*

¿Por qué siempre acababa metiendo la pata con ella?

Mi intención había sido pasear por los jardines, conocernos un poco más y que todo fluyera despacio. Pero parecía que cada vez que estaba a mi lado no podía tener las manos quietas.

¡Que era virgen, joder! Y yo había estado a punto de tirármela en público contra una columna del parque. No era una cualquiera, se merecía respeto y yo no se lo había dado.

Tras nuestra discusión y los abucheos de los congregados, la dejé ir, necesitaba ordenar mi cabeza. Luz había llegado a mi vida arrasando con todo y yo necesitaba colocar cada pensamiento en su cajón, con la etiqueta correspondiente.

Con ella, todo era complejo, sacudía el armario de mis pensamientos a diestro y siniestro, mezclaba prendas, tejidos y colores sin orden alguno, y eso me ponía de los nervios. Yo no era una persona a quien le gustara improvisar o ir sobre la marcha, siempre había sido un controlador, cada cosa tenía su lugar, pero a ella no lograba ubicarla.

Mi casa, mis amigos, mis relaciones. Todo tenía su posición exacta en mi armario, pero a Luz..., a Luz no había dónde ponerla.

Me inspiraba tantos sentimientos distintos que era muy difícil etiquetarla, obviamente no era una «amiga», aunque fácilmente podía convertirse en una, Luz era una de esas personas en las que

de un vistazo sabes que puedes confiar, era una chica alegre, familiar, sin demasiadas pretensiones y refrescantemente natural. Era una trabajadora nata, amante de los animales, y era obvio que tenía las ideas muy claras, casi tanto como yo. Era obstinada, testaruda, lista y divertida, además de tremendamente sexy.

¡Mierda! Ya se me había puesto dura de nuevo.

Llamé a Patrick para comer. Él era uno de mis mejores amigos, era expoli y ahora regentaba un club de BDSM, el Black Mamba.

Llevaba tiempo con una pediatra llamada Patricia, y desde que había comenzado a salir con ella que no paraba de decirme que algún día encontraría a la mujer que sacudiría mi mundo, tanto como Patricia había sacudido el suyo.

Quedamos en mi casa, no quería estar fuera por si a Luz le daba por volver, estaba claro que no tenía muchos sitios donde estar, así que tarde o temprano regresaría.

—Carlos, tío, cuánto tiempo —me saludó Patrick abrazándome y golpeando mi espalda.

—Eso es porque tú no quieres quedar, pedazo de cabrón, esa mujercita tuya te tiene absorbido.

Mi amigo sonrió.

—Cuando llegue la tuya, ya me lo dirás, entonces me tocará a mí reírme de ti. Estoy seco, ¿tienes algo para beber?

Fui a la nevera a por dos botellines de cerveza.

—¿Una birra?

—*Of course*. Por cierto, huele que alimenta.

—No me he matado mucho, son macarrones a la boloñesa y una ensalada de tomate con rúcula y mozzarella.

Le di la cerveza y dispuse los platos en la barra americana. Con Patrick tenía confianza, y cuando sólo éramos dos pasaba de poner la mesa. Dio un trago al botellín y lo dejó en la encimera.

—Voy un momento al baño, necesito aliviarme y lavarme las manos para hincarle el diente a tu comida.

—Ya sabes dónde está.

Coloqué los cubiertos, acabé de echar la ensalada en la ensaladera, y Patrick entró en el salón sonriendo y agitando algo entre las manos.

—¿Por esto me has llamado?

Me fijé bien. ¡Mierda!, eran las bragas de Luz, las había dejado en el cesto del baño de la ropa sucia tras verlas abandonadas en la silla de mi cuarto. No podía evitarlo, era un poco maniático con el orden.

—¡Deja eso en su sitio! —lo reprendí molesto.

Él me sonrió lanzándome las bragas a la cara.

—Creo que no te pegan mucho, ni a ti, ni al tipo de mujeres con las que vas. No te veo con una Hello Kitty cubriendo tu polla, aunque debo reconocer que me gusta el eslogan: «No soy rara, soy edición limitada».

—Bueno, esa frase podría tener algo de razón —dije acariciándome el paquete.

—Eres un cerdo, pero no tanto como para usar ropa interior de mujer, así que canta, ¿de quién son?

—Más cerdo eres tú, que rebuscas en mi cesto de la ropa sucia —intenté desviar la conversación.

—Eso no es cierto, y lo sabes, no he rebuscado, estaban justo encima de todo... Ahora que lo pienso..., ¡Hello Kitty me ha visto la polla! —exclamó.

No pude evitar echarme a reír. Lo dejé un momento en el salón, necesitaba ir al baño a dejar las bragas de Luz a buen recaudo, y regresé junto a él.

—Habla —me instó, sentándose a la barra y pinchando el primer trozo de tomate.

Lo había llamado para eso, ¿no?, para hablar. Entonces ¿por qué me costaba tanto? Tomé aire intentando aliviar el nudo que sentía en la garganta.

—Se llama Luz —Patrick simplemente asintió, supongo que para que continuara— y es mi vecina.

Soltó una carcajada.

—No me vengas con milongas, que te conozco: ahora me dirás que las bragas volaron de su tendedero al tuyo como si fueran en globo... Pero no me lo creo, tu piso es el último, así que, aunque hubiese habido un huracán, no daría explicación a qué hacen esas bragas en tu cesto. —Estaba claro que tonto no era, por eso era mi amigo.

—Lo sé, como bien dices, no fue un viento huracanado lo que trajo las bragas aquí, más bien una riña entre vecinos y una plaga de cucarachas que terminó con un gato hospitalizado. —Me miró con sorpresa—. ¿Sabes qué te digo?, que será mejor que comience desde el principio.

Cuando terminé, ambos nos habíamos bebido dos cervezas y acabado con la comida. Hice un par de cafés bien cargados y nos sentamos en el sofá.

—Te ha cazado.

—¿Cómo dices? —Casi le escupo el café en el rostro.

—Que la virgen ha cazado al demonio y éste no osa sacarle el rabo. —Estalló en una sonora carcajada, golpeando mi hombro—. Amigo mío, estás perdido.

—Pero ¿de qué hablas?

—¿Pues de qué voy a hablar? Si vieras la cara de imbécil que se te pone cuando la mencionas, entenderías lo que quiero decir. —

Parecía verdaderamente complacido y divertido por la situación—. Eso y la cantidad de cosas que has hecho por esa chica que no habrías hecho en tu puta vida por ninguna mujer.

—Eso no es cierto —dije bajando el tono.

—Oh, sí, claro que es cierto, ¡si incluso te has comprometido con ella!

—¡Pero de mentira!

Patrick se cruzó de brazos.

—Claro, de mentira... ¿Cuándo se la presentarás a tu madre?

—Pues había pensado que el miércoles era un buen día, ella no ha de ir a la iglesia y...

—¡Ajá! —Golpeó el puño contra la palma de la mano—. Ahí lo tienes, vas a seguir con la farsa hasta el final, vas a hacer que tu madre la conozca, y no sólo a ella, sino también a sus padres. ¿Es que no te das cuenta? ¡La estás atando a ti! ¡Le estás echando un lazo y cuando te des cuenta estarás dando el «sí, quiero» en el altar conmigo de padrino!

—¡Ni de broma! —exclamé más asustado de lo que quería reconocer.

—¿No? Eso ya lo veremos, aunque ahí radica mi duda: ¿serás capaz de llevarla virgen o te la tirarás por el camino? —Resoplé—. ¿No te das cuenta, tío? Es la única mujer a la que has respetado, la única que yo recuerde que te ha dicho que no.

—Eso no es cierto.

Patrick entornó los ojos como si intentara hacer memoria y luego se le abrieron de golpe.

—¡Es verdad! ¡Hubo otra! ¡La mamporrera de aquellas vacaciones que hicimos en Galicia! ¿De qué pueblo era? —Se frotó la barbilla.



—De Villapene —sentencié, y solté la bomba que me había estado guardando desde que Luz me dijo de dónde era originaria. Reconozco que al principio no la reconocí, pero tras decirme el nombre de tan pintoresco lugar, todo regresó a mi memoria—. Igual que Luz.

Patrick reaccionó al instante.

—¡No me jodas!

Asentí con la cabeza.

—¿Y se conocen? ¿O es que todas las de Villapene son duras de roer? Porque la que me tocó a mí no era nada estrecha —dijo con una sonrisita.

—Ambas mujeres son la misma.

La carcajada de Patrick resonó en todo el piso.

—¡Qué fuerte! De verdad que el mundo es un pañuelo, te has acabado enamorando de la mamporrera.

—Echa el freno, que yo no me he enamorado de nadie. —De eso sí que estaba seguro, que Luz me gustaba era obvio, pero estar colgado de ella era otra cosa.

—Lo que tú digas, ¿y qué dice ella al respecto? ¿Te reconoció?

Al principio creí que tal vez me hubiera reconocido, pero estaba claro que no.

—Creo que no, aunque no es de extrañar, yo tampoco la reconocí a ella, fue una noche y éramos unos críos. Además, no sucedió nada.

—Que no sucedió nada lo dirás tú, te pasaste todas las putas vacaciones sin follar, mientras nosotros nos hinchábamos, no podías quitarte de la cabeza a la maldita *pajeadora* de cerdos —afirmó divertido.

—¡No la llames así! —protesté con tono de advertencia.

Él sonreía y ponía las manos en alto.

—Así que ni siquiera se acuerda de ti..., esa chica es mi *ídola*.

—Recuerda que por aquel entonces me hacía llamar C. J. porque me molaba más: Carlos Jiménez no sonaba tan bien.

—Lo recuerdo. La de vueltas que da la vida, quién te iba a decir a ti que ibas a volver a verla, que iba a ser tu vecina y que iba a idear una estrategia para perder la virginidad contigo. Aunque lo que me sobrepasa, lo que me parece más increíble, es que se te ponga a tiro y no quieras arrebatársela. Ver para creer..., lo vuestro es de libro.

—A veces yo también lo pienso, seguro que podían hacer una novela de esas que les gustan tanto a las tías, pero obviamente la mía sin el «felices para siempre», sólo con el polvo del siglo y cada uno por su camino.

—¿Ahora sí que quieres tirártela? Será divertido de ver.

—Si me la tiro, tú no verás nada.

—Si la traes a mi club, podría.

Pensar en Luz entrando en el Black Mamba me ponía de mala leche.

—Eso ni lo sueñes.

Patrick seguía con aquella mueca de «acabas de caer de cuatro patas y ni te has enterado» que tan poco me gustaba.

—Por tu bien, será mejor que no se entere de que tú y C. J. sois la misma persona, y mucho menos que has tenido la culpa de lo del gato. Si llega a saber eso, estás muerto, amigo.

Me tiré del pelo.

—Lo sé, no sabes cuánto me arrepiento, fui un necio, pero es que me dio tanta rabia verla con el pardillo del segurata y haber estado tan preocupado por ella sin saber dónde estaba cuando se largó en pelotas de mi apartamento que se me nubló la cabeza.

—¿Igual que con tu cuñado? —Su rictus se volvió más serio.

Volví la mirada hacia él completamente desenchajado.

—Eso no tiene nada que ver.

Patrick se encogió.

—No tenía nada que ver hasta que atacaste al tipo que intentó forzar a Luz, aunque debo reconocer que por lo menos esta vez tuviste más cabeza que con tu cuñado. —No me apetecía recordar aquello—. Fuiste listo al no quitarte el casco. Todavía no entiendo cómo la cagaste tanto con lo de tu hermana, parece mentira que seas poli...

Esa afirmación me molestó.

—Si hubieras estado en mi situación, me habría gustado verte. Cuando es alguien de tu familia el que está involucrado...

Me cogió del hombro.

—Ya sabes que no te juzgo por lo que hiciste, sólo por el cómo. Aunque Roldán hubiera querido cubrirte le habría sido imposible, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, hizo lo que debía, no le guardo rencor. Justamente por el malnacido de mi cuñado estoy condenado a las malditas clases de yoga.

—Que da tu querida Luz —apuntilló—. Si es que, lo mires por donde lo mires, la vida se empeña en ponértela delante, ¿es que no te das cuenta? —Pues claro que me había dado cuenta, hiciera lo que hiciese, Luz aparecía, como si estuviera condenado a tenerla en todas partes—. ¿Por qué te opones a ello?

—¡Porque no estoy seguro, joder! Ya sabes lo cuadrulado que soy, Luz no entraba en mis planes ni en mi proyecto de vida.

—Claro, olvidaba que estabas destinado a ser el soltero de oro —dijo mofándose—. Guapo, poli, un pequeño negocio que genera ingresos extras, un pisito picadero y ninguna atadura, ése era tu fabuloso plan de vida.

—¡Pues sí! —estallé.

—¡Despierta, Carlos, joder! Ése era un buen plan con dieciséis, pero ya nos hemos hecho mayores y nuestras necesidades cambian, ¿de verdad te ves toda tu vida en este piso, follando con una o con varias cada noche sin que no te una nada más que sexo a ellas?

A estas alturas de la película yo ya no estaba seguro de nada, pero eso era lo que había deseado siempre, era mi sueño hecho realidad.

—Sabes que siempre lo he tenido claro.

Mi amigo se armó de paciencia.

—Lo sé, pero las personas cambian, las circunstancias también, un día estás y al otro has desaparecido.

¿En serio no había caído en las redes del amor? Pensé en mi padre, en lo rápida que fue su muerte, un infarto nos lo arrebató, de la noche a la mañana, sin dejar que nos despidiéramos de él. Mi madre se quedó destrozada, le costó reponerse, aquel hombre había sido el amor de su vida y un padre maravilloso. Fue un trance muy duro para todos. En ese momento decidí que no quería eso para mí, llegar a amar tanto a una persona que cuando te faltara te convirtieras en la sombra de lo que fuiste.

—Lo siento si te he recordado a...

Levanté la mano para silenciarlo.

—No pasa nada, ya hace tiempo.

—Pero una pérdida, aunque se supere, siempre queda grabada a fuego. Fue un gran hombre.

—Lo fue.

Guardamos unos minutos de silencio.

—Tal vez podríamos quedar los cuatro, Patri, Luz, tú y yo para ir a cenar y tomar algo, así podría darte mi opinión al respecto.

Sabía que estaba intentando que desconectara del fallecimiento de mi padre; esa herida, aunque cerrada, siempre iba a doler.

—Tal vez —suspiré—. Este viernes nos marchamos a Formentera, así que esta semana lo tenemos complicado. Además, seguro que me va a costar ganarme su perdón, vendrá de uñas y me tocará arrastrarme como un gusano.

Patrick torció el gesto.

—Seguro que sabes cómo hacerlo, eres un hombre de recursos. Si crees que te importa de verdad, no la pierdas, no la dejes escapar por temor a que tu burbuja te estalle en la cara; a veces es necesario dejarla estallar para ver la grandeza de lo que te rodea. Sé valiente y ve a por ello. —Patrick se levantó y lo acompañé a la puerta.

—Gracias por todo, tío, eres un gran amigo.

—Igual que tú, sabes que me tienes para lo que necesites.

Asentí.

\* \* \*

Era tarde, dentro de media hora comenzaba mi turno y Luz no había aparecido. Estaba preocupado, aunque sabía que no tenía motivo, seguro que estaba con su familia.

Llamaron a la puerta y salí disparado a abrir. Allí estaba, tan bonita como por la mañana, aunque con el ceño mucho más fruncido.

—Vaya, veo que has logrado seguir las miguitas de pan para regresar a casa —bromeé.

—¿Puedo pasar? Sólo he venido a recoger mi ropa.

Aquello me sentó como una patada en los huevos.

—Luz, lo siento, siento lo que ocurrió esta mañana, sé que fui un cretino y que tienes todos los motivos del mundo para estar enfadada conmigo. No debería haberte tocado. —Quería decirle que había tomado una decisión, iba a ser lo que ella necesitaba que fuera, su primera vez sería conmigo, pero lo haríamos bien.

—Tienes razón, no deberías haberme tocado ni hoy ni nunca. Te juro que no sé qué vi en ti..., bueno, sí lo sé, vi justamente lo que eres: un follador nato que no me pondría muchas pegadas para terminar con mi pequeño problema. Pero me equivoqué. —Caminaba arriba y abajo enfurecida—. No te preocupes, no fui clara contigo y debería haberlo sido, así no me habría llevado ningún chasco. Yo no quería un novio, ¿sabes? Sólo quería una primera vez para recordar, y ahora lo único que me apetece es olvidar.

—Vamos, Luz... —Intenté cogerla.

—Ni se te ocurra tocarme, agente. —Iba vestido con el uniforme—. A partir de hoy, nuestra relación ha cambiado, no quiero nada contigo, ¿me oyes? Nada.

Iba a costarme más trabajo del que pensaba, pero, fuera como fuese, necesitaba su perdón.

—Escúchame un minuto, ¿quieres? —Se cruzó de brazos y asintió—. Mira, vamos a ser y vamos a hacer lo que tú quieras estos días. Eres una mujer muy ocupada, puedes quedarte aquí y apenas nos veremos. Mi turno es de siete a siete, eso quiere decir que cuando tú estés yo no estaré, como mucho coincidiremos en algún momento de la mañana cuando llegue al piso. Sólo van a ser cinco días y te juro que me comportaré: no te tocaré, no te besaré, no haré absolutamente nada que no quieras o no pidas. —Y ahí entraba mi juego de seducción, porque estaba seguro de que en esos pequeños momentos iba a ser capaz de que me suplicara todo eso y más. Me fijé en que traía una flor en la mano, era una rosa

roja de tallo largo, la típica que le das a una mujer cuando pretendes conquistarla. No pude evitar preguntar—: ¿Quién te la ha regalado?

Ella me miró de sopetón.

—No te hagas el tonto, ya sabes que has sido tú, ¿crees que una simple rosa, por bonita que sea, va a arreglar las cosas?

Un momento, ¿pensaba que era mía? ¿Le seguía el juego o le confesaba que estaba en un error? Sopesé las opciones rápidamente, no podía seguir añadiendo más mentiras o al final iban a estallarme todas juntas.

—Lo lamento, pero no es mía. —Parecía sorprendida—. Aunque, si te gustan las flores, te colmaré de ellas si con ello me perdonas.

—¿No es tuya?

Negué.

—¿Qué te hizo pensar que era mía?

Ella se encogió.

—Supongo que porque estaba delante de mi puerta.

Seguro que era del capullo del segurata, de Luis, tenía toda la pinta.

—¿No traía nota? —Se mordió el labio y después negó. ¿Me estaba mintiendo? Me dio la impresión de que sí, pero no quise seguir hurgando, al fin y al cabo, la flor era suya y yo no tenía nada más que decir al respecto—. Sea como sea, piénsalo, Luz, por favor. Tengo que ir a trabajar, regresaré por la mañana, tienes comida en un táper en la nevera, sólo hace falta que te la calientes. Mañana podemos seguir hablando si lo necesitas; te juro que voy a comportarme bien y no voy a cagarla. Tú necesitas un lugar donde estar con *Lucifer* y yo tu perdón, de verdad que no voy a cagarla más, déjame que te lo demuestre. —Me dio la sensación de que se ablandaba—. Me marcho o llegaré tarde. En ese cajón tienes una copia de las llaves, las necesitarás si decides quedarte estos días.

Dime que por lo menos lo pensarás y que pasarás aquí la noche, no quiero estar preocupándome por lo que un desalmado pueda hacerte.

—Sé valerme por mí misma —resopló.

—No lo pongo en duda, pero necesito estar tranquilo, hoy me toca patrullar y no podré hacerlo bien si estoy pensando en que algo pueda sucederte. —Realmente me preocupaba, no era ninguna mentira.

Su rostro se fue suavizando.

—Está bien, pero no te prometo nada.

—Gracias.

—¿Por gorronearte la comida, darme una ducha en ese *minispa* y dormir en una cama que hace dos de la mía? De nada. —Su humor había regresado.

—Un placer que disfrute del hotel Jiménez, ya sabe que estoy aquí para cumplir sus órdenes y todo lo que desee. —No pude evitar abrassarla con la mirada, me encantaba ese rubor que aparecía por sus mejillas como un suave atardecer.

Abrí la puerta y oí cómo me decía:

—Ten cuidado.

Me volví por un instante para grabar en mi memoria su imagen en mi piso. Por el momento, con eso me conformaba, su visión me acompañaría durante toda la noche.

—Lo tendré, pequeña mentirosa.

## *Luz*

¡Estaba completamente decidida a largarme! Entonces ¿qué hacía tumbada de nuevo en su cama, olisqueando su maldita camiseta blanca como un perro hambriento?



«Luz, no tienes remedio», sentenció mi conciencia.

Aunque una cosa sí tenía clara: no pensaba caer de nuevo. Fantasearía con él, con su olor, con sus manos, con su boca sobre mi cuerpo, pero no volvería a caer.

Mi clítoris protestó.

—Tú calla, traidor —le dije con voz seria.

Cené un plato repleto de macarrones que estaban de vicio, me di una ducha que me dejó nueva y, tras ver un rato la tele, me tumbé en la cama. No tenía sueño, así que cogí mi ebook, estaba a medias de un libro de Anabel García, *Esta princesa ya no quiere tanto cuento*. Me sentía muy identificada con la protagonista porque la pobre era tan virgen como yo y estaba enamorada de un tío tan capullo como Carlos. Si es que a las mujeres nos van los malotes.

Tras leer diez capítulos del tirón, me entró sueño, aunque también tenía sed.

Fui a la cocina, me serví un vaso de agua y recordé que no había leído la nota de la flor. Me había extrañado mucho que no fuera de Carlos. La abrí.

Una flor para otra flor... Los pétalos de esta delicada rosa me recuerdan a tus suaves labios, esos que me muero por besar. Algún día tú morirás por querer besar los míos.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No me gustaba esa nota, y aunque el significado de morir por un beso podía ser desearlo mucho, no me había hecho ni pizca de gracia.

Si no era Carlos quien me mandaba las rosas, ¿era posible que fuera Luis? Estaba claro que tenían una connotación romántica y que no le había dejado las cosas claras. Tal vez debería hablar con él, el lunes lo haría.

Regresé a la cama y caí rendida por el sueño.

\* \* \*

Me desperté cerca de las ocho y me sorprendió estar sola en la enorme cama de Carlos.

Me había dicho que llegaba a las siete de trabajar.

Un aroma dulce llegó hasta mi nariz y no me pude contener, salí del cuarto olfateando el ambiente.

Carlos estaba junto a la barra, disponiendo unos churros con chocolate en la encimera, con aquel uniforme que le sentaba de vicio.

—Buenos días —dije frotándome los ojos y colocando mi pelo para que no pareciera un nido de pájaros.

—Buenos días, preciosa. —Me premió con una bonita sonrisa—. Te he traído churros. Están de vicio y recién hechos...

«Tú sí que estás de vicio», es que verlo con uniforme me ponía muchísimo.

—¡Me encantan los churros!

—Ven, siéntate y come —palmeó el taburete.

—¿Y tú? ¿No me acompañas?

Su mirada interrogante me avergonzó un poco.

—¿Te apetece que te acompañe?

—Me sentiría mal si no lo hicieras; al fin y al cabo, tú los has traído.

—Está bien, comamos entonces.

Mojé el churro en el chocolate gimiendo cuando lo mordí y el dulce sabor estalló en mi boca.

—Está increíble.

Carlos seguía con el suyo en la mano y me miraba con los ojos encendidos. Así que lo ponía cachondo verme comer churros, pues iba a flipar. Comencé a moverlo arriba y abajo para impregnarlo

bien, sus ojos seguían el movimiento que iba a llevarlo directo a mi boca.

Pero antes de engullirlo lo sostuve en alto, dejando caer pequeñas gotas de chocolate que caían en mi lengua ávida.

Sus ojos ardientes me abrasaban, y cuando dejó de caer chocolate lo introduje entero para engullirlo.

—Mmmmmm, es brutal. —Su mirada me estaba incendiando—. ¿No tienes hambre? ¿Tú no comes?

—Prefiero verte comer a ti.

Mojé otro y lo llevé a sus labios, él los entreabrió y mordió sin quitarme la vista de encima. Le sonreí, antes de mojarlo de nuevo y llevarlo hacia la mía.

—Uppps —musité cuando varias gotas cayeron sobre su camiseta blanca, justo encima de mi pezón. Mi poli había desviado los ojos y miraba mi pecho con gula—. Será mejor que lo lave, el chocolate cuesta de quitar.

Fui hasta la pila, abrí el agua caliente y me encargué de empapar bien la camiseta y frotar. Cuando me di por satisfecha, me di media vuelta; sentía la camiseta pegada como una segunda piel, dejando ver toda la mercancía. Carlos apenas podía tragar, era como un depredador a punto de saltar, y eso fue justo lo que hizo, dio un brinco, lo que provocó que el taburete cayera al suelo formando un gran estruendo.

Lo recolocó disculpándose y gruñó un «buenas noches..., buenos días, me marcho a descansar». Estaba claro que no sabía ni qué decía, pero no se fue sin antes dar un último vistazo a mis tetas, que alcé orgullosa.

—Felices sueños —le susurré divertida. Esperaba que no pudiera pegar ojo en toda la noche, o en toda la mañana, o lo que fuera, mientras fuera pensando en mí.

## Capítulo 15

El domingo apenas lo vi, había quedado con mis padres para comer, así que le dejé una nota en el salón.

Cogí las llaves del piso y salí por la puerta.

No pude dejar de pensar en él durante toda la comida, estaba claro que estaba trastornando mi vida por completo.

Lo primero que hicieron mis padres fue preguntar por qué su yerno no se había sumado a la comida. Les conté que tenía turno de noche, doce horas seguidas, y que necesitaba descansar, con lo que logré que no insistieran más.

La comida se alargó hasta las cinco de la tarde con mi padre y mi tío contando batallitas, y después nos marchamos a dar un paseo por la zona del puerto.

Mi madre tenía muchas ganas de pasear por la Rambla, así que los cinco nos encaminamos hacia allí.

Me encantaba ver a mi tío tan feliz, era un gran hombre, había superado una grave enfermedad, un cáncer de colon que le hacía vivir pegado a una bolsa, nunca se rindió y siempre estaba con una sonrisa en el rostro, bromeando al respecto.

Todavía recuerdo a mi tía llorando en silencio junto a la cama del hospital y él consolándola: «Cariño, no te preocupes, mira el lado bueno, se acabaron los comprimidos de fibra y las caras de estreñido, no voy a dejar patinazos en el váter y puedo montar una empresa de fertilizante embotellado..., ¿qué más quieres?». La pobre no dejaba de llorar y él haciendo broma. A mi tía fue a quien

más le costó hacerse a la idea, no por ella, sino por él, le daba miedo que en algún momento se rompiera; que su alegría se apagara por la enfermedad; pero mi tío parecía llevarlo tan bien que finalmente se habituó.

Nos sentamos en una terraza, donde nos sirvieron unos helados de escándalo, habían ganado un concurso internacional de los sabores más extraños y ricos que hubiera probado jamás.

Era para vernos, las copas abultaban más que nosotros, llenas de bolas de colores, barquillos y decoraciones varias. Mi tío se empeñó en immortalizar el momento, bromeaba con mi padre diciéndole que en su vida estaría rodeado de tantas mujeres lamiendo un montón de pelotas congeladas.

Mi pobre padre casi se atraganta, aunque ya estaba habituado al humor de mi tío.

El teléfono móvil no paraba de sacar fotos, hasta que mi tío se quejó de no tener ninguna en la que apareciéramos todos. Le sugerí que hiciéramos un selfi y me respondió que los selfis no le gustaban, que el que salía en primer plano parecía un *carasandía*. Así que decidió pedirle a un chico que pasaba por allí que nos fotografiara.

El muchacho, móvil en mano, se alejó unos pasos diciendo que no lograba encuadrarnos bien, y a la que estuvo suficientemente lejos apretó a correr como el Correcaminos de los dibujos animados.

Mi pobre tío intentó salir tras él, incluso mi padre se le unió, gritando ambos que alguien detuviera al ladrón; pero fue imposible, a los pocos metros desistieron, así que me encontré acompañando a mi tío a la comisaría más cercana para interponer la pertinente denuncia.

Mi tía y mis padres se marcharon a casa, con dos que fuéramos era suficiente.

Estaba muy enfadada, el pobre había perdido todos sus contactos, las fotos y los recuerdos que éstas implican. Además, era un teléfono de los baratos, si hubiera sido un último modelo lo habría entendido algo más, pero es que a ese ladrón de poca monta no le iban a dar ni treinta euros por él, y mi tío perdía algunos de sus recuerdos, que estaban en ese maldito aparato.

Entramos en la comisaría con él despotricando, no daba crédito a lo que acababa de suceder. Un agente nos atendió diciendo que esperáramos para que nos pudiera tomar declaración. Yo cada vez estaba más nerviosa, estaba convencida de que a cada segundo que pasaba más complicado sería recuperar el teléfono.

Por fin llegó nuestro turno y mi tío se dispuso a relatarle de pe a pa lo acontecido, mientras el agente parecía ausente, se limitaba a escuchar y a teclear con actitud de «tengo cosas más importantes que hacer que ocuparme de un móvil robado». En la escala de empatía, ese agente era un menos cien, me habría gustado a mí verlo en la misma tesitura, seguro que estaría mucho peor que mi tío. Tenía una cara de amargado que ríete del café solo sin azúcar.

Cuando mi tío terminó de relatar lo sucedido entraron un par más de agentes que se mantuvieron en un rincón, comentando el partido de fútbol del fin de semana.

Fue el único momento en que vi inquieto al primer policía, claramente quería que nos largáramos e incorporarse a la conversación de sus compañeros. No les quitaba la vista de encima, y la oreja menos. Yo cada vez me sentía más molesta porque no nos prestara la atención que merecíamos.

Se dio media vuelta en busca del papel que acababa de imprimir con la declaración de mi tío, cuando se oyó: «Prrrrrrrrrrrrrr».

Me quería morir. Juro que no fui yo, mi amado tío se había peído, en plena comisaría, cuando los dos agentes habían decidido

interrumpir la conversación. Además, se había tirado uno de esos «pedetes princesa», que suenan flojito pero vibran mucho.

Miré de reojo a mi tío, que estaba tan ancho. Estaba habituado a que los gases estallaran sin permiso, nunca se sabía cuándo iban a surgir, pero lo que sí sabíamos es que jamás venían solos, era cuestión de tiempo.

Era consciente de que los agentes nos miraban, pero no osaba levantar la mirada de mis rodillas. Parecía extraño que un agujero directo a una bolsa pudiera tirarse pedos, pero así era, mi tío era un claro ejemplo de ello, y en casa lo tomábamos con total normalidad. No eran malolientes, pues se quedaban concentrados en la bolsa y de ahí no tenían escapatoria. Mi tío se jactaba de que, si alguna vez se le ocurría soltar la bolsa en mitad del centro comercial el primer día de rebajas, nos hacíamos con las mejores prendas de la temporada. Nunca lo intentamos.

El silencio en la sala era sepulcral, el calor abrasaba mis mejillas, claro indicativo de que estaba poniéndome como un tomate. No podía pronunciarme al respecto..., ¿qué iba a decir? Levanté un poco la vista para encontrarme con la cara de estupefacción del agente Malaleche, y no pude evitar que se me escapara una risilla al comprobar cómo miraba a mi tío. Seguro que estaba flipando de que se hubiera tirado un cuesco en su presencia. Sin mediar palabra, le tendió a mi tío el papel con la declaración e indicó en tono seco:

—Léala y firme si está de acuerdo.

En cuanto mi tío fue a estampar su rúbrica... ¡Pa, pa, pa, pa, pa, pa, pa, pa, PA!

Estuve a punto de gritar «¡Cuerpo a tierra!» frente al pedo metrallero de mi tío. Estaba segura de que los agentes se habrían lanzado en plancha, ése sí que había sido un pedo descomunal.

Me quedé lívida de la impresión. El agente Malaleche golpeó la mesa indignado.

—¡Bueno, ya está bien, pero ¿usted qué se ha creído al faltarme al respeto de esa manera?!

Si pensaba que mi tío se iba a amilanar, lo tenía claro. Él, ni corto ni perezoso, se levantó la camisa mostrando la bolsita pegada al lateral del cuerpo. El pobre agente se quedó a cuadros, debo reconocer que en aquel momento me dio algo de lástima. Estoy convencida de que habría querido morir fulminado en ese preciso instante.

—¡Dios mío, señor, perdone, yo no sabía...! Eso son causas mayores —se disculpó el agente, estaba tan azorado...

Mi tío sonrió viendo el apuro del hombre y, como siempre, hizo alarde de su buen humor. No le gustaban las situaciones incómodas ni que las personas se sintieran mal por su enfermedad. Con total tranquilidad, miró al agente con su particular sonrisa y se dirigió a él con su particular acento de *Cai*.

—No, agente, no —repuso todo convencido—, esto no son causas mayores —dijo señalando la bolsita—. Causas mayores son cuando me como un buen puchero de garbanzos y judías de mi mujer, que ni con la bolsa del Caprabo tengo suficiente para contenerlos —y después estalló en carcajadas.

Yo no pude resistirme e hice lo mismo, y al final los tres agentes terminaron riendo con nosotros.

Los policías felicitaron a mi tío por su buen humor, por poco no lo condecoran como héroe de la comisaría. Le dijeron que pondrían todo de su parte por encontrar el móvil y que si en algún momento aparecía nos llamarían. Les dejé mi número para que pudieran localizarme y nos marchamos.



—Creo que esos agentes no van a olvidarte en la vida, es admirable cómo te sigues tomando lo de tu enfermedad, aunque ya estés a salvo.

—Mira, Luz, del bicho uno nunca está a salvo, pero si una cosa he aprendido es que la vida es un regalo. Cuando la abres es como el roscón de Reyes, llena de momentos dulces y con alguna que otra haba en el camino. Pero incluso de esas habas aprendes. — Siempre que hablaba me quedaba embelesada escuchándolo—. El cáncer me ayudó a entender que el mundo no se detenía por una enfermedad, me enseñó a valorar y a descubrir mis auténticas prioridades. Sabes que durante un tiempo estuve enfadado con tu prima. —Asentí, aceptar que Jud fuera lesbiana no fue fácil, sobre todo en una familia tan devota como la nuestra—. No lograba entender qué había hecho mal para que le gustaran las mujeres, hubo un tiempo en que me culpé, incluso culpé a tu tía. Aceptarlo fue difícil, aunque no imposible. Ahora sé que lo importante no es con quién te acuestes, sino con quién te levantes. Esa persona, sea hombre o mujer, debe ayudarte, demostrar que realmente te ama y que puedes contar con ella, independientemente de su sexo. — Ahora era yo la que me emocionaba. Él se puso serio y algo triste—. Con tu tía tampoco me porté mucho mejor, la tenía abandonada, ella ocupándose de la casa y de la niña y yo todo el día fuera, sólo pensando en trabajar, sin valorar lo que ella hacía. Apenas la sacaba, no disfrutaba con ella; sólo estaba pendiente de que no nos faltara dinero. Pero la vida se ocupó de colocarme en mi lugar, y dejé de ser el haba de tu tía y tu prima para toparme con la mía propia. El cáncer me miró de frente sin miedo, estuvo ahí para recordarme lo que verdaderamente es importante en la vida, para enseñarme que todo lo material desaparece con la aparición de la enfermedad; con ella llega el miedo, el sufrimiento, y finalmente la

esperanza. Parece mentira, pero nunca he sido más feliz que ahora, y todo se lo debo a la enfermedad.

Era cierto, mi tío había dado un cambio radical tras «matar al bicho», como él lo llamaba. Al principio nos costó entender qué le sucedía, era como si hubiera renacido otro hombre en su lugar. La psicóloga del hospital nos dijo que era más frecuente de lo que pensábamos y que diéramos gracias por haber sido bendecidos con la resurrección de mi tío.

—Has sido un valiente, tío.

Él me sonrió con ternura y me tomó del hombro.

—Hasta el más valiente sufre y tiene miedo, Luz, no lo olvides, pero después del miedo, si logras superarlo, viene la aceptación y la calma. A mí el cáncer me dio una nueva visión de la vida, me dio un motivo más para luchar y para vivir, creo que me hizo mejor persona, aparte de regalarme un agujero nuevo. ¿Sabes lo que es tener siempre los calzoncillos limpios?

No pude contener la carcajada.

—¡Tío! —lo reñí divertida—. Eres un hombre maravilloso —le dije con cariño, abrazándolo.

—Y tú, una muchacha increíble, mi sobrina favorita.

—¡Claro, como que sólo me tienes a mí! —seguí riendo.

—¿Sabes?, no podrías tener un nombre que fuera mejor contigo, pequeña, eres pura Luz, sólo espero que llegue la persona que pueda verla, que no te la apague y que la haga refulgir. —Le sonreí mientras me besaba la mejilla—. Y ahora cuéntame eso de que tienes prometido y no nos habías dicho nada a tu tía y a mí.

Me sabía fatal tener que mentirle a él también, no se merecía que le engañara cuando se había portado tan bien conmigo, sabía que podía confiar en él con creces, me lo había demostrado en más de una ocasión, así que, de camino a su casa, le conté la verdad.

—Ay, pequeña, en menudo lío te has metido, sabes que no me gusta que embauques a tus padres, Nuestro Señor odia la mentira —me regañó con suavidad.

—Lo sé, tío, pero ésta es piadosa, se me fue de las manos y ahora no sé cómo hacerlo, parece que la bola crece minuto a minuto.

—Y seguirá creciendo, Luz, las mentiras sólo traen más mentiras y mucho dolor al final, seguro que todo este asunto te arrastra como un gran alud, y ya sabes que las consecuencias pueden ser funestas. —Sabía que me hablaba desde el corazón, yo ya me sentía mal como para ver que encima mi tío opinaba lo mismo que yo—. Habla con ellos, sincérate y acepta las consecuencias, ése es mi consejo, pero es tu vida, has de tomar tus propias decisiones, equivocarte y levantarte para seguir peleando, no voy a ser yo quien les diga nada.

—Lo sé, tío, gracias, sólo necesito un poco de tiempo, y te juro que se lo contaré todo.

Él asintió, llegamos al portal donde tenía mi bici, nos despedimos y puse rumbo al piso de Carlos. Era tarde, así que dudaba que coincidiéramos.

Cuando llegué me encontré un pòsit anunciando que tenía comida en la nevera y deseándome dulces sueños. En él me ponía que no me preocupara por *Lucifer*, que había comprado un transportín para traerlo a casa al día siguiente, que él mismo iría a la clínica a buscarlo. Me sugirió que subiera sus cosas al piso para que no se sintiera extraño, me pareció muy dulce por su parte. Algo estalló en mi pecho ante tanta preocupación, un hombre que se comportaba así con un animal que apenas conocía decía mucho de él, sobre todo si teníamos en cuenta que el contacto más directo que había tenido con mi gato habían sido sus cacas.

Hice lo que me pidió, y, tras colocar las cosas del gato, cené, me di una buena ducha y fui a la habitación envuelta en una mullida toalla.

Encima de la cama encontré su camiseta, que ahora era mía, limpia, lista para ser usada, con otra notita encima:

Estuve tentado de dejarla mojada sólo para contemplarte así de nuevo, pero he decidido que prefiero que duermas con ella puesta que con cualquier otra cosa; así, aunque no esté, sentirás como si te estuviera abrazando toda la noche. Descansa, pequeña mentirosa, dulces sueños.

¿Cómo me hacía eso antes de irme a dormir? Cogí el libro que tenía encima de la mesilla para intentar conciliar el sueño, aunque no me ayudó demasiado, justo estaba en medio de una de las escenas más eróticas de sus protagonistas. Así que entre lo que había leído, la prenda que llevaba encima y la notita de mi poli, no paré de tener sueños en los que Carlos me hacía gemir de placer para acabar suplicándole que me tomara.

## *Carlos*

El domingo no la vi, estuve tentado de llamarla por teléfono, mandarle quinientos mil mensajes para decirle que... que... ¡Joder, ¿qué iba a decirle?!, no lo tenía claro ni yo. Tecleé y borré cientos de veces y finalmente decidí dejarle espacio.

Si quería volver a tenerla anhelando mis atenciones era imprescindible que me la trabajara bien.

Preparé meticulosamente la cena y las notas que iba a escribir.

Quería que descubriera mi parte tierna, que no me cosificara como un pene con patas, su Empotrador, como me dejaba entrever a la mínima. No quería ser un mero polvo para desembarazarse de

su menospreciada virginidad, que parecía que fuera una molestia más que cualquier otra cosa.

A mí no me importaba que una mujer fuera virgen, pero estaba claro que era una responsabilidad. Las mujeres solían recordar la primera vez para los restos, ya fuera para bien o para mal, por eso siempre había preferido que tuvieran largo recorrido: no me importaba ser el primero, pero sí ser con el que más disfrutaban en la cama. Las vírgenes solían estar llenas de complejos, de prejuicios, pensando en que si iban a hacer bien esto o aquello, que si les iba a mirar la celulitis o las estrías. ¡Cuando un tío folla, en lo que menos piensa es en eso! Aunque, por suerte, las mujeres son listas y pronto se dan cuenta de ello. No me iban las mojigatas, eso lo tenía claro. Luz era un ejemplar raro, con ella tenía sentimientos encontrados, era cierto que era virgen, pero poseía una sensualidad innata, una curiosidad salvaje que despertaba mi instinto animal y las ganas de poseerla.

Por un lado, me sentía orgulloso de que me hubiera elegido, aunque la responsabilidad me mataba. Las mujeres suelen idealizar a los hombres, y más a quienes las desvirgan. ¿Y si no estaba a la altura? ¿Y si no cumplía con sus expectativas? ¿Y si se enamoraba de mí? Sentía pavor a despertar sentimientos que no pudiera corresponder, aunque por otro lado me hechizaba saber que iba a ser mía y de nadie más. Era un sentimiento primitivo, no había otro modo de explicarlo, sentir que me había dado algo que no le había entregado nunca a nadie porque yo era especial. Sabía que tras de mí habría otros, Luz me quería para lo que me quería; pero no podía dejar de pensar en ella como en algo que me pertenecía, algo que si me era dado debería cuidarlo durante tiempo... ¿Por qué acudían a mí esos pensamientos?

Luz me despertaba una ternura inusitada comparable a la que sentía por las mujeres de mi familia, y eso sí que era para preocuparse.

La noche fue muy tranquila, me tocó estar en comisaría tomando declaraciones, alguna que otra pelea, algún que otro robo, pero nada destacable. Mucho mejor así.

Cuando llegué al piso, Luz no estaba, aunque me encontré una agradable sorpresa: tenía el desayuno hecho. Sobre la encimera había una tarta de manzana con canela que aún mantenía el calor, estaba recién hecha, y me había dejado una notita al lado:

Dios creó la manzana para tentar y la tarta de manzana para devorar.  
Espero que la disfrutes.

Blancanieves

La imaginé con su preciosa cara sonriente diciéndome esas palabras con mi camiseta puesta. Me endurecí al instante, ella sí que me tentaba, me habría encantado comer la tarta sobre su bonito cuerpo desnudo.

¡O dejaba de pensar esas cosas o me ingresarían por *mastilitis* aguda! No podía estar más rígido, debía darle solución cuanto antes, y el gato me iba a ayudar a ganar puntos.

En cuanto me levanté, después de haber engullido el setenta por ciento de la tarta y dormido seis horas, fui a por *Lucifer*. Suponía que Luz vendría a casa en cuanto terminara de trabajar, así que debía darme prisa si quería sorprenderla.

Una vez en la clínica, pagué la factura, atendí cuando la veterinaria me dio la explicación de cómo administrar los medicamentos al gato y anoté en una lista lo que debía comer. Todo era poco para cuidar al pobre minino.

Lo sacaron en el transportín listo para que me lo llevara y, en cuanto me miró clavando sus pupilas amarillas en las mías, supe que tendríamos problemas.

El pelo se le erizó y me bufó, supongo que intuía que yo era el causante de todos sus males.

—¿Esto es normal? —le pregunté a la veterinaria.

—Has de darle tiempo, él también es un macho dominante como tú —dijo entornando los ojos tras sus gafas de pasta. Era una mujer atractiva, supongo que si no tuviera a Luz colapsando mi cerebro me habría dado cuenta la primera vez que la vi—. Los alfas se detectan entre ellos y se repelen, como los imanes que tienen la misma carga. Aunque no creo que eso sea un problema..., el gato es de tu vecina, ¿no? —Asentí y ella se acercó a mí sugerentemente.

—¿Cómo sabes que Luz es mi vecina? —pregunté curioso.

—Ella me lo contó cuando le insinué si erais pareja. —Curvó una sonrisa invitante, estaba claro que le interesaba y me lo estaba haciendo saber.

—Entiendo.

Cogí el transportín y ella aprovechó para acariciarme la mano.

—Me llamo Vanessa. —Extendió una tarjeta y me la metió en el bolsillo—. Si necesitas llamarme, te atenderé encantada, también paso consulta a domicilio —me anunció humedeciéndose los labios.

—Gracias por decírmelo, si el gato necesita cualquier cosa, te aviso.

—Preferiría que me necesitaras tú. —Estaba claro que no se andaba con rodeos.

—Un placer —me despedí sin alentarla y sin utilizar su nombre, no quería que pensara lo que no era.

Llegué al piso y, como imaginaba, Luz todavía no había llegado. Había comprado un lazo enorme, unos globos con forma de gato y un cartel que decía BIENVENIDO A CASA. Sé que puede parecer un poco friki, pero en el fondo a mí me gustaban los animales, aunque reconozco que era más de perros que de gatos.

Coloqué toda la decoración y me puse a hacer la comida. No saqué a *Lucifer* de su encierro, para el rato que quedaba prefería que lo hiciera su dueña. Esperaba que la convivencia no fuera muy dura esos días.

Oí la puerta abrirse, y Luz apareció con cara emocionada, buscando a su peludo amigo por el suelo.

Cuando vio la que había montado con ese montón de globos de colores, los ojos se le humedecieron.

—¿Dónde está? —Le señalé la mesita del café y entonces lo vio, metido en la jaula con un gigantesco lazo morado—. ¡*Lucifer!* —exclamó.

Le faltaron piernas para llegar corriendo y abrir la puertecita mientras el gato se lanzaba a sus brazos; estaba ágil para salir de una operación a vida o muerte. Era cierto eso de que los gatos tienen siete vidas, y además ése tenía nombre del rey de los infiernos.

—No sabes cuánto he sufrido pensando que podía perderte... Lo siento tanto, pequeño..., te juro que no sabía lo de las cucarachas ni lo de tu alergia —le decía como si el minino fuera capaz de entenderla—. Dime que me crees y que me perdonas. —Ambos se quedaron embobados, mirándose con fijeza. Obviamente, el gato no iba a hablar, aunque lo parecía. Luz lo sabía, ¿verdad?

—Creo que no va a contestarte. La veterinaria dijo que tardaría un mes aproximadamente en recuperar su maullido de siempre. — Fue oír mi voz y el gato soltó un bufido hacia mí.



—*Lucifer*, no seas maleducado —lo reprendió Luz—. Carlos nos está ayudando mucho y nos deja quedarnos aquí hasta que mueran esos malditos bichos, así que sé amable con nuestro anfitrión. —El gato soltó un ronroneo cuando ella lo acarició en la cabeza.

—No te preocupes, tarde o temprano me lo ganaré —aseveré.

Sus iris se iluminaron y las motitas doradas a juego con el color de ojos de su minino restallaron.

—No sabes cuánto te agradezco todo esto, te juro que no sé cómo voy a pagártelo.

Coloqué los platos de comida.

—Pues, por lo pronto, comiéndote lo que he cocinado, ya sabes que no me gustan las mujeres que no se lo comen todo.

Un brillo pícaro se instaló en el fondo de sus pupilas.

—Si es tuyo, LO DEVORO.

¡Joder! ¡Otro tirón de ingle! Si fuera menos expresiva, tal vez la cosa fuese mejor.

—Anda, ven aquí, devoradora, que *Lucifer* también tiene su plato listo —dije señalando su comedero—. Así puedo explicarte qué me ha comentado la veterinaria.

Luz vestía unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes, que, para no variar, llevaba sin sujetador. Alguien debería decirle a esa mujer que los sujetadores existían, no podía ir marcando pezones y esperando que los hombres no reaccionaran, por lo menos yo era incapaz de no mirar, por mucho que lo intentara. Y eso me suponía comer con una barra de pan de anteayer tensando mi bragueta. Luz era bajita, así que cada vez que se agachaba para acercarse al plato me mostraba todos sus encantos.

Carraspeé y ella me miró sin entender, pues antes de que me descentrara con sus encantos estábamos hablando de los cuidados de mi nuevo compañero de piso.

—¿Te ocurre algo?

No podía más, tenía que soltarlo o me saldrían subtítulos.

—¿Has ido así vestida a trabajar?

Me miraba como si no entendiera la pregunta, fijo que me habían salido en japonés.

—Claro, ¿acaso crees que soy la versión femenina de Superman y me cambio en las cabinas telefónicas? Además, no entiendo a qué viene esa pregunta.

Estaba poniéndome nervioso.

—¿Cuántas pólizas has vendido esta mañana?

Ahí sí que una gran sonrisa copó su cara.

—Prefiero esa pregunta a la anterior, lo cierto es que hoy he tenido un gran día y he logrado salvar el mes, fui a una cooperativa de taxistas en la calle Aragón y me los quitaban de las manos, en vez de seguros parecían paletillas de ibérico.

—¿Y no te has preguntado por qué? —Comencé a mosquearme.

—¿Por mi simpatía? ¿Por mi conocimiento del producto? ¿Por mis cualidades de vendedora?

—Desde luego que por tus cualidades ha sido, pero más bien por ese par de cualidades que seguramente les has restregado por toda la cara como si fueras la frutera y éstos un par de jugosos melones de Villaconejos.

Luz abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo dices?

—¡Digo que no te los quitaban de las manos..., lo que no te quitaban eran los ojos de las tetas! —exclamé enfurruñado.

—No puedo creer que acabes de decir eso —resopló.

—Pues ya puedes ir creyéndotelo, que los tíos somos así de básicos. Nos restriegas la mercancía y rápidamente hacemos lo que sea para catar el género. —Yo cada vez estaba más encendido y

ella parecía indignada, pero una vez cogida la directa no podía recular—. ¿O es que acaso ir vestida así es una estrategia de marketing? ¿Tu jefe te exige ir sin sujetador para que cada vez que te agaches enseñes tus virtudes?

Se había demudado, estaba roja y juraría que podía lanzar llamas por esos ojos de gata.

—Y eso lo sabes porque tú también me las has mirado, ¿no?

—¿A los niños les gustan los caramelos? —le respondí preguntando lo que era obvio—. Pues a los tíos nos gustan las tetas, a no ser que sean gais, e incluso a éstos les gustan si están bien puestas.

Se levantó de sopetón.

—Me parece increíble tener que estar oyendo esto.

—¿Es que acaso tu santa madre no te explicó qué es un sujetador y para qué sirve? —Estaba fuera de mí, pensando en todos los tíos que le habrían visto ese par de preciosidades que eran mías.

—Esto es el colmo... Mira que habíamos empezado bien el día, pero está claro que tú y yo, por mucho que queramos, somos incapaces de llevarnos bien.

—No se trata de eso, sino de que vas enseñando las tetas... ¡Para eso, ve sin nada, como esas activistas que no dejan de salir por la tele con los pechos desnudos!

Luz estaba enrojeciendo por momentos, hasta que, ni corta ni perezosa, cogió el bajo de su camiseta, se la quitó y me la lanzó a la cara.

—¿Así? ¿Prefieres que vaya así? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Que sea una activista de Femen? —Apenas podía hablar contemplando aquellas preciosidades agitándose frente a mí—. ¡Eres un puñetero sexista! Los tíos vais sin camiseta y no pasa

nada, las tías vamos sin sujetador y vamos provocando, ¿es eso? ¿Cuál es la diferencia entre ver un torso de hombre sin camiseta y sin sujetador a ver uno de mujer?

—¡Pues que tenéis tetas! —le grité.

—¡No me fastidies! ¡También tengo ojos, nariz y boca y no por eso los oculto! —Se dio media vuelta, abrió la ventana de par en par y se puso a gritar como las locas—: ¡Soy mujer y tengo tetas! ¡Soy un milagro de la naturaleza!

¡Madre mía, ¿es que había perdido la cabeza?! Justo delante había un piso en obras y un par de operarios miraban a Luz desconcertados, hasta que uno le soltó:

—¡Viva la naturaleza, que pone ante nosotros ese buen par de cerezas!

Fui hasta ella y de un tirón la saqué de allí encerrándola en mis brazos para que nadie pudiera verla.

—¡Suéltame, maldito patán, ¿no querías que fuera una activista?!

—Lo que quiero es mandar a esos dos al oculista del puñetazo que les voy a dar en todo el ojo por haber contemplado lo que es mío. ¡Tus tetas son mías! ¿Me oyes? ¡No tiene por qué verlas nadie más que yo, para algo eres mi prometida! —Sabía que lo que estaba diciendo no tenía ningún sentido, y estaba claro que ella también lo sabía.

—¿Es que te has vuelto loco rematado? ¿Ya no recuerdas que eso es mentira? ¡Suéltame, maldito patán, que no soy nada tuyo! —dijo aporreándome mientras yo tenía la mirada clavada en los obreros, que estaban disfrutando de lo lindo.

Un profundo dolor me atravesó de pronto, di un grito al notar como si mil alfileres me desgarraran la espalda y me arrancaran la piel a tiras. Solté a Luz de sopetón para entender qué ocurría.

Tenía al maldito gato enganchado a mi carne, lanzándome zarpazos a diestro y siniestro.

—¡Joder! ¡Sácame a este puto bicho de encima!

El muy cabrón no se detenía, como si estuviera demostrando quién tenía la supremacía. Estaba claro que pretendía defender a su dueña de lo que él consideraba un ataque. Con agilidad, Luz lo capturó, aunque eso no impidió que el gato me siguiera bufando como un loco.

—¡Joder, ahora entiendo por qué te llamas *Lucifer*! ¡Eres un maldito gato del demonio!

—¡No le digas eso! —me gritó ella desbordada, con los ojos llenos de lágrimas contenidas.

Mi puto genio había vuelto a sacarlo todo de quicio, ahora la había hecho llorar. Y lo peor de todo es que no era capaz de relajarme. Me di media vuelta para meterme en el baño. Cerré dando un portazo y tras él golpeé la pared.

—¡Mierda! —grité arrancándome la ropa para meterme debajo de la ducha buscando sosiego.

La espalda me ardió al entrar en contacto con el agua, pero me daba igual, me lo merecía por necio. ¿Quién era yo para meterme con lo que llevaba o dejaba de llevar Luz? Sabía que no había hecho bien en reprenderla, que cada uno puede llevar lo que quiera. Entendía su postura, nunca me había importado que una chica hiciera *topless* en la playa o que llevara o no sujetador. Entonces ¿qué narices me pasaba?

Cuando me sentí más calmado, me envolví en la toalla y salí de la cabina. Necesitaba desinfectar los arañazos, y no me veía capaz de pedirle ayuda a Luz después del numerito que le había montado.

Cogí el botiquín, el yodo y me dispuse a lanzar chorros por mi espalda esperando cubrir todos los arañazos posibles. Tras lanzar

los primeros chorros oí que golpeaban con suavidad en la puerta.

—¿Carlos? ¿Puedo pasar? —No parecía que estuviera en pie de guerra, ni yo quería que lo estuviera.

—Pasa —le respondí lo suficientemente alto como para que me oyera. La puerta se abrió y oí cómo contenía la respiración.

—Madre mía, cómo te ha puesto... Anda, déjame a mí. —No me negué, le pasé el yodo y el algodón para que me desinfectara mi nuevo tatuaje—. Lo-lo siento mucho, no sé qué le ha pasado a *Lucifer*, nunca había atacado a nadie. Lo entenderé si quieres que nos marchemos... Esta misma tarde haré la maleta y...

Me di media vuelta para encontrarme con su mirada de preocupación. El único que había metido la pata hasta el fondo había sido yo.

—No debes disculparte por nada, ¿me oyes?, no has hecho nada malo, la culpa ha sido completamente mía, me volví loco al pensar lo que habrían visto esos indeseables y no supe controlarme. —Vi algo similar al placer cruzando su mirada que tan sólo duró unos segundos, pero lo vislumbré—. Y por el gato no te preocupes, hizo lo que debía, te protegió poniéndome en mi sitio, creo que no me habría atacado si no me hubiera puesto como lo hice, lo lamento, Luz, de verdad —intenté sonar arrepentido—. ¿Me perdonas? —Se había vuelto a poner la camiseta y eso me permitía concentrarme algo más.

—Claro, creo que a ambos se nos ha ido de las manos, vuélvete para que pueda desinfectarte bien. —Obedecí y ella fue curándome con muchísima dulzura—. Así que te pusiste de ese modo... ¿por celos? —Volvía a sonar divertida. Tócate las narices, yo sufriendo y ella divertida.

—¿Celoso, yo? Ni hablar. —Pretendía sonar serio, pero no me salió muy bien.

—Ya, pues entonces no te importará que mañana me pase por tu comisaría a ofrecer unos cuantos de mis seguros, tengo una preciosa camiseta blanca que me ha prestado mi compañero de piso que...

Me di la vuelta y no seguí dejando que hablara, atrapé sus labios con los míos para besarla como se merecía, o tal vez para acallarla. Luz me agarró como pudo, por el cuello, sujetando el yodo y el algodón sin dejar que cayeran. No podía dejar pasar la ocasión, así que colé las manos bajo su camiseta para cubrir aquellos pechos traicioneros.

—Si hace lo que me acaba de decir, señorita Martínez, me veré obligado a hacer justo lo que estoy haciendo ahora y detenerla por escándalo público.

Ella suspiró complacida cuando mi pulgar rozó el dulce montículo.

—¿Y me esposará y me bajará a la celda con usted, agente?

Apreté mi pelvis contra ella para que notara cómo me tenía.

—Haré más que eso, pequeña mentirosa...

Un sonido carrasposo detuvo el momento, ambos fijamos la vista en el suelo para encontrar al gato moviendo la boca en lo que intentaba ser un burdo maullido.

—Parece que *Lucifer* viene a disculparse contigo.

Los ojos del felino se encontraron con los míos. Más que una disculpa estaba convencido de que se trataba de una advertencia, pasaba de mis ojos a mis manos como si me dijera que no debían estar ahí. Las aparté dejándolas caer a los costados y me pareció ver cómo el cabrón sonreía. Luz tiró el algodón y dejó el yodo para agarrar al minino y colocarlo en sus pechos.

—El gato no es tonto, quién fuera gato...

Luz le besó la cabeza y sonrió pizpireta.

—¿También tiene celos del gato, agente?

A ese ritmo iba a sentirme celoso hasta del aire que respiraba.

—Para nada, es una simple observación, será mejor que me cambie, no vaya a ser que le entren ganas de afilarse las uñas de nuevo...

Pasé por su lado, no sin antes echar otro vistazo a su escote. Estaba bien jodido.



## Capítulo 16

Me mantuve prudencialmente apartado del gato mientras Luz se dedicaba a enseñarle la casa para terminar colocándolo sobre su regazo y dispensarle todo tipo de mimos y carantoñas.

Él seguía con su pose de «yo soy el macho alfa y tú un intruso, así que mantén las distancias». No quise contradecirlo, al fin y al cabo era el responsable de su intento de *gaticidio*.

El ambiente entre Luz y yo estaba mucho más relajado, cosa que era de agradecer, estuvimos charlando sobre un tema neutral: los animales, y sobre cómo *Lucifer* había llegado a su vida. Me sentía muy cómodo con ella, tal vez demasiado, y eso, junto a los sentimientos que despertaba en mí, me hacía sentir terriblemente angustiado.

¿Tendría razón Patrick y esa mujer iba más allá de un simple polvo? Aunque no podía considerarla polvo, todavía no me la había tirado, y eso era todo un récord en mi caso.

Para saber qué significaba para mí estaba convencido de que sólo había un modo, y era estar con ella al cien por cien, no se me ocurría otra manera de descubrir si lo que sentía era debido a que era la única mujer que se me había resistido.

—Es tarde, tenemos que ir a clase, Carlos.

Miré el reloj, era cierto, se me había pasado el tiempo volando.

—Después de clase debo ir a trabajar, no tendré tiempo de pasar por casa.

Luz me sonrió. Madre mía, parecía una conversación de pareja.

—Lo imagino, no te preocupes, no te destrozaremos el piso.

—Eso espero, si no, el señor *Lucifer* deberá costear los desperfectos. —El gato me miró y se erizó—. Si no te gusta lo que digo, ya puedes ir aprendiendo modales —le expliqué, él volvió la cabeza tratando de ignorarme.

Bajamos juntos a la portería.

—Si quieres, te llevo.

Luz se colocó tímidamente un mechón de pelo tras la oreja.

—No es necesario, después tú has de ir a trabajar, y tampoco me gustaría que chismorrearan sobre nosotros.

Su respuesta apretó el nudo que se había formado en mi garganta. Estaba claro que tenía razón, que especularan sobre nosotros no era bueno, pero no dejaba de molestarme.

—Está bien, como quieras —respondí algo hosco.

—¿Te has molestado? —inquirió preocupada.

—No, así mucho mejor, tú por tu lado y yo por el mío, tienes razón. No vayamos a confundir al personal y que les dé por pensar que somos pareja o algo así. —Me puse el casco—. Nos vemos en la asociación.

Sus ojos parecían algo apagados ante mi respuesta. ¿Qué esperaba? No hay quien entienda a las mujeres.

—Hasta luego —se despidió montándose en su bici.

## *Luz*

No creía que pudiera haber una mujer más confundida que yo ahora mismo, ese hombre iba a lograr que me internaran en un sanatorio mental.

Yo era una chica tranquila hasta que él se cruzó en mi camino, y ahora no dejaba de alterarme y hacer cosas de las cuales me

arrepentía justo después.

Si mi vida ya era complicada, Carlos la estaba terminando de rematar con su tira y afloja.

Me encantó verlo consumido por los celos, y no pensaba decirle que el sujetador me lo había quitado expresamente en el portal antes de subir al piso. Me fascinó verlo tan desencajado y fuera de sí, aunque después me enfadó. No estaba acostumbrada a que nadie me dijera qué debía ponerme o qué no, y no pensaba tolerárselo ni a él ni a nadie.

Aparqué mi bici fuera, Carlos ya debía de estar dentro, pues su moto estaba allí.

En cuanto llegué a la sala, mis ojos lo buscaron, estaba charlando con Ana María, cómo no, aunque desvió la mirada en cuanto me vio. Nuestros ojos se encontraron a la par que unas manos me daban la vuelta y unos labios cubrían los míos sorprendiéndome. «¿Qué demonios...?»

—Buenas tardes, princesa, he estado tentado de llamarte el fin de semana, pero he preferido esperar..., sé que a las mujeres no os gustan los novios que os agobian.

«¿Novios? ¿Cómo? ¿Qué?» Delante de mí estaba Luis, con una sonrisa de oreja a oreja. Me aclaré la garganta.

—Un momento, Luis, nosotros... —Antes de que pudiera aclararle que no éramos nada, una voz me interrumpió:

—Vaya, vaya, no sabía que lo vuestro marchara tan bien...  
—«¡Mierda!» Era Carlos, a mis espaldas.

—Sí —soltó Luis al momento—, la noche fue perfecta. Gracias a tus consejos, Lucero del Alba y yo ahora salimos juntos.

Los ojos de Carlos me miraban con resquemor.

—Ya lo veo, pues me alegro por vosotros, hacéis una pareja preciosa, tal vez a mi vecina le gustaría mudarse a tu piso, cuando

hay tanto amor ya se sabe...

—¡Imposible! —objetó Luis—. Vivo con mis padres, además son muy tradicionales, antes de nada deberemos casarnos y presentar formalmente a nuestras familias.

Me estaba entrando jaqueca ante la conversación de merluzos de esos dos.

—A Luz le encantará conocer a tus padres, mi vecina es tremendamente familiar, ¿verdad, Luz?

—¡Silencio! —exclamé molesta—. ¿Se puede saber por qué estáis hablando como si yo no estuviera presente? No hay cosa que más rabia me dé que me ignoren. —Primero dirigí la mirada a Carlos—. Gracias por tu interés sobre mi vida sentimental, vecino, pero no creo que debas opinar al respecto. —Resultaba obvio que estaba muy molesto, pero no menos que yo. Los alumnos comenzaban a fijar su atención sobre lo que ocurría, así que decidí que lo mejor era zanjar el tema—. Y tú... —dije señalando a Luis en el pecho— tú y yo tenemos una conversación pendiente, pero ahora no es el momento.

—Como quieras, mi amor. —Carlos resopló a mis espaldas mientras yo lo ignoraba, si no me enfrentaba a él seguro que nos iría mucho mejor.

—No me llames así. Ya veremos cómo cuadro la agenda y busco un momento para que aclaremos «nuestra relación» —remarqué las últimas palabras.

—Claro, establecer las bases de una relación es fundamental para que funcione.

Puse los ojos en blanco, aquel hombre no entendía nada, o, mejor dicho, no quería entender.

Me dirigí a los alumnos con total naturalidad, explicándoles cómo íbamos a organizarnos para el viaje del viernes.

Sorprendentemente, todos iban a asistir, la recepcionista me pasó la lista de inscritos, incluso Luis se había apuntado. Perfecto, completamente perfecto, ¿qué pintaba Luis allí? Desvié la vista para verlo mirándome con cara de cordero degollado; lo que me faltaba, tenerle pegado a mis faldas.

Les expliqué que dormiríamos de dos en dos. Ana María, que era la única mujer del grupo, dormiría conmigo. Carlos compartiría habitación con Alberto, el empleado de Hamburguesa Feliz. Parecía que ambos habían conectado, tal vez por edad o por temperamento, estaba claro que ambos eran impulsivos y tenían un problema con el control de la irritabilidad, dos almas afines.

Antonio, el CEO, dormiría con Cristóbal, el bipolar; esperaba que no le diera ninguna crisis que sacara el carácter irascible del primero. Y Luis dormiría con alguien del otro grupo, no conocía a todos los asistentes, pues iban a ir más personas aparte de nosotros. Por suerte, mis padres y mis tíos no se habían apuntado, sólo me hacía falta tenerlos por allí.

La clase fue bastante tensa, Carlos no dejaba de echarnos miradas a Luis y a mí, como si tratara de elucubrar qué había entre nosotros. Yo intentaba capearlas como podía, lo puse a trabajar con Alberto, yo me puse con Ana María y Antonio con Cristóbal. Pasaba de complicar más las cosas; además, uno de los ejercicios de ese día implicaba dar un masaje por parejas, así que no estaba por la labor de trabajar con él.

Hice que mi compañera se tumbara explicando cómo debían proceder los demás. Ella estaba de suerte, iba a recibir doble masaje, pues yo debía conducir el ejercicio.

Usaba esa técnica cuando ya había cierto grado de confianza en los asistentes, las técnicas de masaje servían para relajar, generar

mayor confianza con el compañero, transmitir sentimientos de aprecio y salir mucho más relajados, que era una de las finalidades.

Los acompañaba con respiraciones conscientes y visualizaciones, para buscar un estado de armonía interior. Antes de comenzar les expliqué qué íbamos a hacer, era fundamental que el grupo supiera en todo momento qué iba a suceder.

—Hoy trabajaremos un masaje con visualización creativa —les anuncié—. Con este tipo de visualizaciones basadas en la física cuántica buscamos observar la materia desde la conciencia humana, alterando este pequeño mundo subatómico. —Los términos eran complejos, pero no era la primera vez que los usaba en clase.

—Si quiere ver algo atómico, señorita Martínez, creo que debería buscar entre las piernas de un hombre, seguro que eso la catapulta hasta la luna...

No podía creer que Carlos hubiera soltado eso en medio de mi clase. Lo miré intentando aniquilarlo mientras Alberto soltaba una risilla.

—Discúlpese ahora mismo, señor Jiménez, no estoy para sus tonterías, tal vez a las mujeres que frecuenta les haga gracia ese tipo de humor tan suyo, pero a mí no me hace ninguna.

—Eso debe de ser porque necesita un buen cohete, las mujeres con las que yo estoy no precisan de sus masajes para salir relajadas de mi cama, tal vez debería probar...

Vi cómo Luis se ponía rígido, tenía prohibido interceder a no ser que yo se lo pidiera. Curvé el labio hacia arriba.

—No lo probaría a usted ni aunque fuera la última Coca-Cola del desierto.

—No se confunda, señorita Martínez, no le estaba ofreciendo mis servicios, simplemente era una observación. Tal vez al cohete que

ha escogido le falte fuelle para relajarla como se merece —señaló socarrón.

—¡Ya está bien! Parece un crío de cinco años, me parece lamentable tener que perder el tiempo por una de sus ridículas tonterías. Si no le gusta mi clase, no asista, pero deje de incordiar a los que verdaderamente quieren avanzar. Es como el maestro liendre, que de todo sabe y nada entiende. Háganos un favor a todos y cálese o lárquese, usted mismo.

Sonó un aplauso, para mi sorpresa, era Ana María.

—Muy bien dicho, Luz. Gracias a tus clases, cada vez me doy más cuenta de la mentalidad tan retorcida que tienen algunos hombres.

—Y eso lo dice una que está aquí por ser más puta que las gallinas —soltó Antonio con mofa.

Ana María se levantó indignada y lo enfrentó.

—Yo no soy puta, pedazo de misógino, soy sexualmente exitosa, y si crees que por vivir la sexualidad con plena libertad una mujer es una puta revisa tu cerebro, porque está claro que se suicidó ante tales pensamientos de mierda.

—Será mejor que nos serenemos —intenté calmar los ánimos—. Carlos, espero una disculpa de su parte, al igual que espero una disculpa mutua por parte de vosotros dos —dije señalando a Ana María y a Antonio. Los tres se disculparon a regañadientes y yo pude seguir, aunque mis ánimos estaban bastante encendidos—. Muy bien, ahora escuchadme: la física cuántica da las bases para explicar y comprobar que la plegaria, la afirmación metafísica, la oración científica, la meditación y la visualización creativa son funciones elevadas de la conciencia humana, y estas funciones interactúan con la realidad de manera específica en el mundo cuántico, que es la matriz del mundo material, allí es donde la

energía mental se convierte en materia. Sé que todo esto por el momento os suena a chino, pero a través de la técnica de hoy podréis comprobar sus beneficios. Necesito que Antonio, Carlos y Ana María os tumbéis boca arriba y pongáis la cabeza sobre los muslos de vuestros compañeros.

Oí cómo Carlos le decía a Alberto: «Eso sí se me da bien, meter la cabeza entre los muslos, pero de una mujer...». Alberto le rio la gracia y yo proseguí como si no hubiera oído nada.

—En ningún momento podréis abrir los ojos, os limitaréis a escuchar lo que yo diga intentando seguir todas y cada una de mis instrucciones. Cristóbal y Alberto, deberéis imitar mis movimientos, serán suaves y envolventes, para nada duros o toscos. —Ellos asintieron—. Nos sentaremos en círculo para que podáis captar cada una de mis acciones.

Puse una música de olas con sonidos de delfines y ballenas y me senté en el círculo, colocando a mi compañera como había descrito. Pasé mis manos bajo sus omóplatos ejerciendo una presión suave, explicando los distintos tipos de movimientos que haríamos. Una de mis funciones era que supieran en todo momento qué estaban haciendo y por qué. Era fundamental que lo entendieran para que no interrumpieran mis palabras una vez iniciada la visualización.

—Mmmmmm —ronroneó mi compañera—, tienes unas manos fabulosas, ¿nunca te has planteado dedicarte a dar masajes?

Lo cierto era que no, no me lo había planteado nunca; una cosa era dar masajes así, en clase, y otra en una cabina, magreando montañas de carne ajena.

—Pues no —le confesé.

—Es una lástima, yo me pasaría el día en tu cabina —murmuró.

—Ahora silencio, necesito que te concentres en la visualización. ¿Estáis listos? —pregunté a los demás—. ¿Tenéis alguna duda? —



Nadie respondió, negaron con la cabeza indicando que todo estaba claro, así que comencé a fluir modulando mi timbre, pasando a uno bajo y sutil—. Quiero que relajés el cuello. Tu cuello está totalmente relajado. Suelta todas las tensiones que se acumulan en tu cuerpo. —Me dirigía a ellos en singular, para que todos creyeran que mis palabras iban dirigidas única y exclusivamente a ellos, de esa forma lo vivían de un modo más personal. Si las órdenes se pluralizaban, tendían a dispersarse, mientras que hablar en singular les hacía creer que lo que decía era sólo para el receptor de mis palabras—. Ordena a tus células que se relajen, que estén en perfecta paz y armonía. —Hacía pausas suaves para dar tiempo a que asimilaran mis palabras—. Ahora, haz lo mismo con tus maxilares, tus mandíbulas están totalmente relajadas, libres de tensión, suelta la presión de los dientes, no quiero un ápice de rigidez en tus mandíbulas, ni en el resto de tu cuerpo.

Fui zona por zona, acompañándolos para que descargaran cualquier tipo de tirantez. Era curioso observar cómo los cuerpos se volvían laxos frente a mis palabras. Los tenía justo donde quería, ahora podía comenzar con el foco de la visualización. Puse la mano en el plexo de Ana María, sintiendo cómo subía y bajaba, su respiración era mucho más pausada y tranquila. Los chicos me imitaron.

—Enciendo un magnífico sol amarillo en tu plexo solar, quiero que sientas su calor inundando tu cuerpo, cómo tus extremidades van calentándose, llenándose de un sentimiento muy agradable. No estás solo, yo estoy contigo, y frente a nosotros se abre un océano infinito, sus aguas azules nos envuelven llenándonos de paz y sosiego. —Ahora me había incluido en la visualización, ya podía usar el «nosotros», yo iba a ser su guía, su punto de conexión y anclaje, la figura en quien deberían confiar su seguridad—. Fíjate en

el horizonte, ¿lo ves? Se está acercando a nosotros... —En este punto había gente que reaccionaba con miedo, al fin y al cabo, la visualización hablaba del océano, un lugar inmenso donde no sabes qué puede haber bajo tus pies. Igual que en la vida, que no sabes nunca a qué te vas a enfrentar. Por suerte, mis alumnos parecían tranquilos, no debía de haber ninguno con fobia al agua o a los tiburones. Si supieran que yo no sabía nadar... Proseguí—: Mira cómo brilla, es una ballena blanca, ¿habías visto alguna vez una criatura más bella? Fíjate bien, nos sonrío, resplandece bajo el sol emitiendo una luz dorada y plateada. No hace falta que hable, no hace falta que se comuniquen con nosotros, porque somos capaces de sentir el inmenso amor que emana. Escúchala a través de su suave tacto, oye el mensaje que te da, para ti, para la Tierra. Está lleno de amor y de sabios consejos, abrázala y pregunta aquello que necesitas conocer, ella te dará las respuestas que tanto estabas buscando.

Me callé por un momento, necesitaba que hicieran sus preguntas y hallasen sus respuestas, pues al fin y al cabo siempre estaban ahí, en nuestro interior. Esperé un tiempo prudencial, sin poder evitar desviar mis ojos hacia el causante de todos mis males. Estaba tan guapo, el *jodío*, aunque me sacara de mis casillas no podía evitar sentir lo que sentía por él. ¿Qué estaría preguntando? ¿Saldría yo en alguna de sus preguntas? «¡Cállate, necia!», me dije, debía continuar con el ejercicio.

—La ballena blanca te da un regalo. Dice que te va a dar mucha fuerza, lo contemplas e interiorizas su significado, era justo lo que necesitabas para seguir. Nos quedamos un rato juntos, nadando a su lado por tan maravillosa ofrenda, y nos despedimos cuando el sol comienza a ocultarse, explicándole que haremos buen uso de ella. —Volví a colocar la mano sobre el plexo de Ana María y los chicos

hicieron lo mismo. Debíamos regresar en el mismo orden secuencial. De un lugar a otro, hasta llegar a la primera visión y a la parte del cuerpo que había servido de punto de partida. Así, el alumno lograba reintegrarse en el organismo—. Ahora podéis comenzar a mover muy suavemente las distintas partes de vuestro cuerpo, no tengáis prisa, cuando os sintáis capaces id incorporándoos con tranquilidad. Debéis sentaros al lado de vuestro compañero y ofrecer una sonrisa sincera a las personas que conformamos este círculo.

Por una vez, me hicieron caso.

Ana me miró con ojos brillantes llenos de amor, estaba claro que la visualización había funcionado con ella, me ofrecía una sonrisa radiante llena de entusiasmo. Me cogió de las manos.

—Ay, Luz, no sabes cuánto me has ayudado, si antes tenía dudas, ahora estoy convencida de que sé lo que necesito. — Después se me abrazó, enterrándose en mis brazos por unos segundos. Esos pequeños momentos eran los que hacían que mi vida cobrara verdadero sentido.

—Gracias por compartir tu alegría conmigo, Ana María, ofrece tu sonrisa a tus compañeros.

Ella hizo exactamente eso y mis ojos buscaron inevitablemente los de él, que no sonreía precisamente. Me estaba abrasando, literalmente me achicharraba por dentro, contemplándome con determinación. Su mirada era tan intensa que tuve que desviar la mía. ¿Qué significaría? Estaba claro que podía echarme a temblar si todo ese fuego recaía sobre mí.

—Muy bien, chicos, vamos a invertir las parejas y cambiaré de visualización para que no sea repetitiva, aunque el objetivo será el mismo.

No pude deshacerme de la intensidad de esos ojos oscuros durante el resto de la clase, estaba claro que me miraba como quien ha tomado una determinación, pero ¿cuál sería? Debería esperar para averiguarlo.

La clase terminó y, con ello, mi consecuente maratón: debía ir corriendo al piso, hacer todo mi ritual y largarme a trabajar. Carlos no me dijo nada, aunque sí que vi las miradas que intercambiaba con Luis, que no eran demasiado amistosas.

—¿Estás bien? —me preguntó Luis antes de que saliera—. Si necesitas que le aclare las cosas a ese vecino tuyo, yo...

—Tranquilo —le dije tomándolo del brazo—. Creo que quienes debemos aclarar las cosas primero somos nosotros, tenemos que hablar con respecto a lo de la otra noche y lo que somos.

—No te preocupes, Luz, sé que vas mal de tiempo. En Formentera tendremos tiempo de aclararlo todo. —Me dio un rápido pico.

—Te agradecería que no hicieras esas cosas —le dije cortante.

—Disculpa, es que estoy tan emocionado porque seamos pareja que no lo puedo evitar, intentaré cortarme en el trabajo.

Madre mía, ¡¿es que ese hombre era ciego o qué?! Estaba convencida de que le ponías un montón de culos delante y se imaginaba que eran corazones que salían de mi cabeza.

—No es eso, es... —Los demás comenzaron a acercarse, así que decidí que volvía a no ser el momento—. Que lo hablaremos el viernes —sentencié.

Avisé a mis alumnos de que fueran puntuales, el vuelo no esperaba a nadie. Salí justísima de tiempo y, como era de esperar, Carlos ya no estaba, ni él ni la moto. Tal vez fuera mejor así.

Llegué al piso de las Gatitas Cachondas y mis compañeras ya estaban en sus puestos. Niyireth estaba golpeando su antebrazo.

—Eso es, papito lindo, azótame así, más fuerte... Mmmmmm, me encanta cuando te pones duro. —Era uno de los trucos más viejos del mundo, o por lo menos eso decía Paqui, que había sido la instructora de todas y cada una de nosotras.

Patri estaba pasando agua de un vaso a otro y eso sólo podía decir una cosa: a su cliente le iba la lluvia dorada.

—¡Abre más la boca, cerdo! —ordenó con acento ruso—. Quiero que te lo tragues todo, absolutamente todo, y que no caiga una puta gota al suelo, *da?* —La noche empezaba fuerte.

Paqui estaba haciendo punto de cruz, y levantó la mano para saludarme.

—Ay, José Manuel, de verdad que no puedo, no permiten que nos conozcamos fuera de aquí, ya lo sabes. —Me hizo un gesto con la mano, indicándome que mi teléfono empezaba a iluminarse. Salí propulsada hacia él.

—Gatitas Cachondas, buenas noches, te atiende Lu... —Casi derrapo, tal vez había contestado con demasiado brío.

—Hola, Lu, tenía la esperanza de que me contestaras tú.

Ahí estaba Mino.

—Hola, Mino, ¿cómo estás?, ¿qué tal tu día? —Cuando hablaba con él era como hacerlo con un viejo conocido.

—Largo, ¿y el tuyo?

¿Cómo resumiría mi día?

—Intenso.

Creí oírlo sonreír.

—Eso suena interesante, ¿quieres contármelo?

¿Me desahogaba con un cliente? La vocecilla de mi cerebro dijo «No», así que me limité a contarle algunas cosas.

—Pues tuve un problema en mi piso el fin de semana, a mi gato le tuvieron que practicar una traqueotomía de urgencia y de

momento he tenido que mudarme al piso de arriba, con mi vecino, que amablemente nos ha ofrecido que nos instalemos con él unos días. —Silencio, un silencio demasiado denso para mi gusto. ¿Había contado demasiado?—. ¿Mino? —pregunté, y la línea se cortó.

Me quedó una sensación amarga en la boca del estómago, ¿me había equivocado al contarle parte de lo que me había ocurrido? Mi teléfono volvió a sonar, descolgué.

—Gatitas Cachondas, buenas noches, te atiende...

—Dime una cosa —era su voz—, ¿te has acostado con él?

Pero ¿qué se creía ese imbécil?, ¿que iba a contestarle algo así? Por un momento estuve tentada de colgarle yo, pero después recordé dónde estaba, era un trabajo. Paqui le había vendido mi «virginidad» a Mino, así que tal vez por eso se había disgustado.

—Por supuesto que no —dije aclarándome la voz—, sólo me está ayudando.

—Pe-perdona, antes no lo he gestionado bien, mi pareja me engañó con un vecino y por un momento lo he revivido. —Vaya, ahora tenía algo más de sentido, aunque estaba claro que yo no era nada suyo.

—Debió de ser muy duro.

—Ni te lo imaginas, ocurrió seis meses antes de casarnos, desde entonces no he estado con ninguna mujer, su traición me dolió demasiado. —Podía entenderlo—. Aunque uno no es de piedra, necesitaba sexo y por eso un día comencé a llamar, parece que si oyes una voz al otro lado de la línea no es tan frío como masturbarte viendo una peli. Disculpa si te hablo así. —Su voz era dulce y varonil.

—Tranquilo, soy teleoperadora en una línea erótica, ¿recuerdas?

—A veces lo olvido —replicó divertido.

—La semana pasada me dejaste algo preocupada. —Recordé la llamada donde él me decía que buscaba una mujer de carne y hueso, una compañera de vida.

—Ah, ya, no me hagas mucho caso, el día que te llamé no estaba de humor, hacía justo un año que Clara y yo lo dejamos. —Así se llamaba la traidora.

—Pues para llamarse Clara resultó ser bastante oscura y retorcida...

«¡Mierda, debería haberme callado! Si es que a veces me pierde la boca...» Oí una risotada al otro lado de la línea.

—Justamente. Me encanta tu acento, ¿eres gallega? —Me sorprendió que lo hubiera notado, pensaba que ya nadie lo percibía.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tengo muy buen oído, como el Lobo de Caperucita.

Ahí fui yo la que rio.

—¿Te hace gracia?

—Sí, es que mi prima siempre me dice que me deje de príncipes azules y busque al Lobo Feroz, que a fin de cuentas te oye y te come mejor...

¡Jesús! Otra cosa que no debería haber dicho y que provocó otra risa. «Luz, esta noche estás sembrada.»

—Tal vez el destino te haya puesto a tu Lobo en el camino...

Ante esa frase quien me vino irremediablemente a la cabeza fue Carlos.

—Tal vez —respondí pensando más en mi poli que en Mino—. ¿A qué te dedicas? —Tal vez si pasaba a algo más neutro...

—Creo que no lo adivinarías nunca, ¿por qué no pruebas?

Mis dedos tamborilearon sobre la mesa.

—Déjame que piense..., ¿repartidor?

—No —suspiró.

—¿Taxista?

—¿En serio? ¿Taxista? —Estalló a reír.

—Tendrías que ver cuántos taxistas nos llaman, creo que han hecho una tarifa plana para los del gremio del taxi. Si cuando vas por la ciudad ves a un taxista conduciendo, hablando solo, con la luz de ocupado mientras claramente está libre y con una sola mano al volante, sospecha: la otra fijo que la tiene en la mecha.

Mino no paraba de reír, tenía una risa contagiosa, así que terminamos riendo los dos.

—Eres única, hacía tiempo que no me reía tanto con una mujer.

—Gracias por el cumplido. Así, ¿qué? ¿Panadero? ¿Electricista? ¿Cura?

—Con la Iglesia hemos topado..., ¿también os llaman curas?

—Secreto de confesión, hermano, no sabrás nunca cuántos cirios hemos encendido...

Seguía carcajeándose.

—Está bien, te lo diré, sólo por cómo me has hecho reír esta noche. Soy ginecólogo.

Eso sí que no lo esperaba, mi pajillero nocturno era médico, aunque, claro, por teléfono podía decirme que era el presidente de Estados Unidos y yo creérmelo.

—Ya —respondí no demasiado convencida.

—¿Qué ocurre? ¿No me crees?

—Hombre, no tengo por qué dudar, pero entiende que no es lo más común —dije sin un ápice de convicción.

—Está bien, ¿tienes Instagram? —A él iba a contárselo... Tardé demasiado en contestar—. No hace falta que respondas si no quieres, puedes buscarme: pon «Doctor Mino Ulloa».

Tenía el bolso al lado, así que no me costó nada coger el móvil y teclear. Cuando la imagen del doctor Quiero-mi-útero-en-tus-manos



se abrió ante mí casi se me cae el mío al suelo. Era una página privada, así que no podía ver el resto de las fotos si no lo seguía... ¿Qué hacía?, ¿le daba a seguir o no? Total, tenía... *OMG!* Once mil seguidores, ni se iba a enterar si yo también lo acosaba. Le di a «Seguir» y... ¡Santa Agripina, ese hombre tenía que verme la vagina! La mía se había puesto a bailar una polca, muda me había dejado semejante hombre, no quería imaginar la larga lista de mujeres que pedirían hora para que el doctor Ulloa les mirara toda la proa.

—¿Lu?

Tomé aire y lo solté despacito.

—¿Sí? —exclamé como si fuera una gaviota.

—¿Estás bien? —Sonaba preocupado.

—Pe-perdona, es que se me ha caído el auricular...

Menudos sofocos me estaban entrando, no podía dejar de mirar las fotos, era guapísimo y estaba buenísimo, ¿qué narices hacía hablando conmigo? Me quedé congelada en una imagen, estaba en el gimnasio haciendo asanas de yoga. ¿Me estarían saliendo corazones de la cabeza? Ahora estaba segura de que no eran culos como con Luis.

—¿Practicas yoga? —pregunté sin pensar, después deseé haberme mordido la lengua.

—¿Estás mirando mi Instagram? —repuso suspicaz.

—No —contesté efusivamente, tal vez demasiado—, es que el otro día me dijiste que te gusta ir al gimnasio, cuidarte y todo eso, y como ahora está tan de moda...

Me pareció oír una risita.

—Sí, Lu, practico yoga, crossfit, salgo a correr cuando puedo y juego a pádel. Me gusta el deporte, ¿y tú?

Suspiré cuando vi una foto donde aparecían sus abdominales.

—Yo..., abdominales.

—¿Haces abdominales?

Hasta una gotita de baba caía por mi comisura.

—No, sí, bueno..., a veces. —Iba a pensar que estaba idiota.

—¿Estás bien? Te noto un poco nerviosa.

—Ay, es que no sé ni lo que digo, perdona, lo de mi gato y el vecino me tiene desubicada. —No era mentira, aunque tampoco verdad, pero es que el doctor Ulloa había dejado mi cerebro asándose en la parrilla.

—Ya, entonces ¿practicas o no deporte?

—Sí, también hago yoga, lo de correr se lo dejo al gato, lo de nadar a los peces, en el pádel dudo que acertara con la bola, y el crossfit definitivamente no es lo mío, aunque me encantan tus abdominales.

Soltó otra risita.

—¿Estás segura de que no has visto mi Instagram?

Me aclaré la voz.

—Muy segura, lo de los abdominales lo digo porque todos tenemos unos, y si haces tanto deporte seguro que los tienes perfectos.

—No me puedo quejar. —Desde luego que no, si mi tía Elvira lo viera, seguro que usaba su tableta para frotar sus bragas, y no en la pileta de piedra—. Por cierto, ¿estás segura de que no podemos quedar?

Era médico, estaba bueno..., ¿qué podía pasar? Miré a Paqui dubitativa, ella acababa de colgar, le hice un gesto para que se acercara y tapé el auricular. Rápidamente le dije:

—Quiere quedar. —Le enseñé las fotos del móvil—. Es ginecólogo y está como un queso.

—Ni se te ocurra. No, Luz, P-R-O-H-I-B-I-D-O.

Me mordí el puño con ganas.

—¿Lu?

—Lo siento, Mino, hoy el teléfono hace el tonto. De verdad que no puedo quedar —contesté apesadumbrada.

—Una verdadera lástima. —Estaba convencida de que iba a arrepentirme—. Tengo que colgar, esta semana me toca guardia y he aprovechado el descanso para llamarte, mañana volveré a intentarlo, no me voy a dar por vencido tan fácilmente.

Mi corazón se agitó, ¿era posible que me hubiera equivocado y mi Empotrador no fuera Carlos, sino Mino?

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, princesa.

No pude evitar suspirar, ni que mi silla empezara a dar vueltas, aunque alguien la detuvo en seco y me zarandó.

—Ah, no, eso sí que no. —Ahí estaba la voz de la conciencia en forma humana, una grande y con bastante peso.

Paqui bloqueaba todo mi campo visual con cara de muy pocos amigos mientras yo enrollaba en el dedo el cable del teléfono.

—¿Qué sucede? —preguntó Niyireth.

—Es que es tan guapo... —volví a suspirar mostrándole el teléfono a mi otra compañera.

—Ay, mamita, el doctorcito sí que está de rechupete, yo lo cogía y le meneaba todo el paquete.

Me eché a reír mientras Paqui le daba un tirón al móvil y lo agitaba ante mis ojos a modo de advertencia.

—Ni se te ocurra, Luz, ¿me oyes? Es un cliente y esas cosas nunca salen bien.

La miré soñadora.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso has estado con alguno?

Ella negó.

—No, pero alguna compañera sí. Esos tipos van a lo que van, aunque sean «largas distancias» no importa, todos tienen el mismo patrón, no veas corazones donde en realidad hay pollones.

No pude evitar reír, aunque mi corazón seguía galopando.

—Creo que le va a dar igual lo que le digas, Paqui, mira qué ojitos tiene, y no es de extrañar, menudo bomboncito es el doctorcito, para lamerle enterito todos esos cuadraditos que se le agolpan en el abdomen. ¡Ay, mamita, yo quiero un papi chulo como ése!

—Pues tendremos que ir a pedir hora con el doctor para una revisión de bajos —bromeé.

Paqui agarró mi silla y clavó sus ojos en los míos con fijación.

—Ni se te ocurra. —Yo le cogí el rostro y le solté un pico breve, para después reírme como una loca—. ¡Ay, por Dios, Paqui, no seas tan rígida, nunca se sabe dónde puede estar el verdadero amor!

—Desde luego que tras una línea novecientos no —sentenció.

Quería zanjar el tema, además necesitaba hablar con Niyireth.

—Vale, vale, mami Paqui, entendido, aunque a tu «larga distancia» creo que le pasa lo mismo que al mío.

Se apartó bruscamente.

—Puede pasarle lo que quiera, no pienso quedar con él, ya te he dicho que está...

—P-R-O-H-I-B-I-D-O —dijimos a coro Niyireth y yo.

—Muy bien, me alegro de que hayáis aprendido la lección —repuso complacida.

Miré a mi negra, que la observaba sonriente.

—Niyireth —la llamé.

Ella se volvió.

—Menudo fiasco el miércoles...

Sus ojos se apenaron.

—Lo sé, mi *amol*, Carlos me lo contó. Mira que yo tenía toda la esperanza puesta en que tú y él... —Frotó los dedos—. Es tan buen hombre, se portó tan bien conmigo y con mi hija cuando más lo necesitaba; además, no le falta experiencia —añadió agitando las cejas—, y no me negarás que es guapísimo, tanto o más que el doctorcito.

—Sí, bueno, que es guapo es incuestionable, pero lo nuestro no tiene futuro. ¿Tú y él...? —no pude evitar preguntarlo.

—¡Jamás! —respondió cortante—. Sólo somos amigos. —La creía.

—¿Qué pasó?, ¿no fue bien tu operación «Rompiendo el techo del amor»? —preguntó Paqui.

Me puse a relatarles lo que sucedió la noche del Speed Date Sex, alucinaron con todo lo ocurrido, y sobre todo con cómo Carlos me rescató.

—Ya te dije que es un buen hombre, deberías intentarlo con él. Además, si es tu vecino lo tenéis más fácil.

—No sé yo qué decirte, parece que no acabamos de congeniar, discutimos mucho y él está emperrado en que no es el adecuado.

Ambas me miraron sorprendidas.

—¿Desde cuándo un hombre no es el adecuado para tirarse a una tía? —intervino Patri uniéndose a la conversación.

Yo me encogí.

—Eso sólo sucede cuando al hombre verdaderamente le importas. —Ahí estaba Paqui con su dosis de sabiduría popular.

—Vamos, Paqui, para los hombres sólo existe un objetivo claro, y es meterla en caliente... Si te ofreces a un tío y te rechaza, o es gay o no le interesas.

Eso era justo lo que yo pensaba.

—Ay, mi *amol*, no le hagas caso a Patri, yo estoy con Paqui, creo que le gustas y quiere ir despacio.

Resoplé.

—Por eso dicen que los hombres son de martes y las mujeres de viernes —rezongué.

—El dicho no es así: los hombres son de Marte y las mujeres de Venus —aclaró Patri.

—No, ellos son de martes: ni te cases ni te embarques. Y nosotras de viernes, y nuestro cuerpo lo sabe...

Me levanté y comencé a agitarme y a refregarme contra la silla imitando a una bailarina de *twerking* de las malas, aunque me parecía más al perro de la vecina de abajo cuando estaba en celo que a la protagonista de un videoclip. Sin embargo, conseguí que mis compañeras se echaran unas risas. Los teléfonos comenzaron a sonar en cascada y se terminó nuestra charla de chicas. Una cosa tenía clara, y era que la llamada y la visualización del Instagram de Mino lo habían desestabilizado todo.

## Capítulo 17

### *Carlos*

Estaba de muy mala leche.

¿A qué narices estaba jugando Luz? ¿Estaba saliendo con el guardia de seguridad del centro? Por el beso que le había dado, parecía que sí, y tampoco ella dijo lo contrario.

Estaba que se me llevaban los demonios, ¿qué narices era yo entonces? Si había decidido que ése fuera su pareja, ¿qué pintaba yo en esa historia?

Sentí ganas de partirle la boca a ese imbécil cuando lo vi besarla, me costó media vida refrenar mis impulsos. Al final iba a tener razón Patrick e iba a resultar que Luz era para mí mucho más de lo que me empeñaba en ver.

Cuando hicimos el ejercicio de la visualización, la imaginé bañándose conmigo desnuda. En mi sueño hacíamos pie y la tomé contra aquella increíble ballena blanca, vi aquellas motas doradas refulgiendo cuando ambos llegamos al orgasmo, sintiéndome por primera vez en plenitud con una mujer. Le pregunté a la ballena qué era lo que había sentido y me contestó que yo lo sabía a la perfección, que sólo hacía falta que me hiciera la pregunta correcta y hallaría la respuesta.

Me dio una cajita y me pidió que la guardara, era su regalo. No debía abrirlo por el momento, pues lo que había en su interior me sería revelado más adelante.

La visualización terminó y, al abrir los párpados, lo primero que vi fue a ella, como si Luz fuera la pieza que completaba mi mundo, lo que había estado esperando para que toda mi vida cobrara sentido. Ella era la respuesta a mi pregunta, mi luz al final del camino.

Entender eso me angustió, sobre todo al pensar que podía estar iniciando algo con Luis y que tal vez la perdería. ¡No podía perderla ahora que la había encontrado! ¿Y si al rechazarla tantas veces se había conformado con el guardia de seguridad? ¿Y si yo era el culpable de haberla empujado a sus brazos?

Debía ponerle solución, no podía postergar más lo inevitable.

Llamé a mi madre para quedar con ella el miércoles, debía presentarle a los padres de Luz, necesitaba que todos los astros se alinearan a mi favor. Tener a sus padres de mi lado era una gran baza e iba a apostar por ella. No estaba completamente seguro de que fuera a salir bien, pero si no arriesgaba nunca lo sabría, ella merecía que hiciera un salto de fe por nosotros.

En un principio mi madre se sorprendió, pero aceptó gustosa, ¿cómo no iba a aceptar que le presentara a mi prometida y a sus consuegros? Le pedí que Lucía también estuviera, mi hermana me adoraba y yo necesitaba que me lanzaran flores por todas partes, quería que Luz me viera como su única opción.

Mi compañero llevaba días enfermo, estaba de baja hasta el jueves, al parecer tenía gripe estomacal, así que me tocaba patrullar con Antúnez. Era un buen tipo, padre de familia numerosa y felizmente casado desde hacía veinticinco años, o por lo menos en apariencia.

Se pasó toda la noche hablándome de todas las desavenencias habidas y por haber que tenía con su mujer, de cómo la relación había cambiado desde que se casaron y comenzaron a llegar los críos. Total, que cuando llegué a casa mi cabeza estaba de nuevo



hecha un lío. Se despidió de mí diciéndome que lo que peor podía hacer era atarme a una mujer, que fuera listo y disfrutara mientras pudiera. Era como hablar conmigo justo antes de conocer a Luz.

Una vez en casa, vi que ella ya estaba con el portafolios de los seguros en las manos, mordisqueando los últimos resquicios de una tostada y riendo al gato.

—Buenos días —saludé contemplándola.

Llevaba un pantalón corto azul marino con vuelo en las piernas que le daba apariencia de falda y un top palabra de honor blanco. Entorné los ojos para fijarme en si se transparentaban los pezones. ¡Dios, me estaba obsesionando con eso! Pero, por suerte, no me dio esa sensación, aunque ante mi mirada se pusieron en pie de guerra. Sonreí por la respuesta de su cuerpo y fui subiendo hasta llegar a los ojos, que no parecían tan amistosos.

—Buenos días, ¿ves algo en mi atuendo de hoy que te incomode?

Levanté las manos en señal de rendición mientras me acercaba peligrosamente a ella.

—Más bien veo algo que me encanta, pero está justo debajo de tu atuendo.

Sus mejillas se encendieron y yo no perdí el tiempo. Se estaba llevando el último bocado a los labios cuando lo intercepté agarrándola por la cintura y literalmente lo engullí para tomar como postre su boca, que se entreabrió por la sorpresa. Luz soltó una ligera protesta que fue acallada por mi lengua.

Sabía a pan tostado, a mantequilla y a mermelada de pera. Era completamente deliciosa. No obstante, no ocurrió lo que otras veces, no se deshizo bajo mi beso, más bien al contrario: me empujó tratando de librarse de mi abrazo. No me di por vencido y seguí con mi estrategia de acoso y derribo buscando su lengua una

y otra vez, empujando su glorioso trasero contra mi erección. Lo único que logré fue que Luz me diera un mordisco de advertencia en el labio.

—¿Qué haces? —le pregunté molesto.

—¿Y tú? —replicó jadeante—. ¿Acaso no sabes que si te empujan quiere decir que debes parar, que nadie te ha invitado a esta fiesta? —dijo señalándose los labios enrojecidos.

—¡No hay quien te entienda! Te pasas una semana tratando por todos los medios que te folle y, ahora que me decido, ¿me rechazas? Manda huevos —repliqué molesto.

Ella soltó una carcajada seca.

—Ay, claro, perdone, majestad, que yo sepa habíamos acordado que no iba a haber nada entre nosotros, que no me ibas a tocar, que cada cual iba a hacer su vida..., ¿qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Es por lo de ayer? ¿Es por Luis? ¿Sientes que alguien se interesa por el hueso que tú tenías arrinconado y ahora lo quieres?

Esa mujer tenía el don de sacarme de mis casillas.

—¿Ahora eres un hueso? Pues ten cuidado, no vaya a ser que, después de que tu chucho callejero te haya mordisqueado, sea él quien te arrincone a un lado y entonces ya no me intereses.

Ella enarcó las cejas.

—Claro, porque tú eres el perro de pedigrí, ¿no? El macho alfa de la manada. —Curvé los labios socarrón—. Pues deja que te diga una cosa, tú te lames la pilila como todos y olfateas los culos ajenos como cualquier hijo de chucho cazando perra. ¡Conmigo lo llevas claro, saco de pulgas! Ya me he cansado de este jueguito y no estoy dispuesta a seguir con él.

—¿Ah, no? Pues mañana tienes comida con tus padres, mi madre, mi hermana y este saco de pulgas —dije señalándome—. No estoy dispuesto a quedar en ridículo por el soplagaitas del

segurata de barrio. —La mala leche hervía en mis venas, me sentía como una lechera de bar a la que calientan sin control, estaba a punto de desbordar.

—¡No pienso ir! ¡Ni mis padres tampoco! Además, no les he dicho nada.

—Pero yo sí.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Cómo que tú sí? Eso es imposible.

La tenía atrapada, era bueno en ese juego, no sabía a quién se enfrentaba.

—Le mandé un mensaje a tu padre justo después de hablar con mi madre, y escúchame bien, no pienso quedar en ridículo porque ahora se te haya antojado estar con ese meapilas que no me llega ni a la suela del zapato. —El padre de Luz me había dado su teléfono el día que estuvimos hablando sobre pesca, justo cuando ella se fue al baño, por eso no contaba con que yo pudiera hablar con él.

—¡Por favor! —replicó mirando al cielo—. ¡Modesto, baja, que sube Carlos en tu lugar!

Estaba hasta las narices de su actitud, era imposible que escogiera a Luis antes que a mí, no pensaba perderla ante él. Si debía jugar sucio, lo haría.

—Me dan igual tus ruegos, o mañana vienes a nuestra comida de compromiso y te muestras completamente enamorada de mí o les cuento a tus padres que eres una salida, que no has dejado de acosarme hasta que me has entregado tu virginidad, y les enseño la tarjeta que me escribiste.

Me miró sorprendida.

—¡No serás capaz!

—Pruébame, no me hace ni puta gracia que jueguen conmigo y menos que me dejen en ridículo.

—¡Que yo sepa, la farsa del compromiso fue cosa tuya! —estalló gritando.

—Y yo te recuerdo que a quien pillaron desnuda como la Maja de Goya sobre mi encimera esperando que le metiera la polla fue a ti y no a mí.

—Serás soez... —dijo lanzándose hacia mí y aporreando mi pecho.

Aproveché el ataque para apretarla contra la pared y volver a por su boca, esa Luz guerrera me ponía como una fiera. Agarré sus manos, las puse sobre su cabeza y la besé hasta decir basta, hasta que fueron cayendo todas sus defensas y la sentí temblando entre mis brazos. Ese beso me estaba sabiendo a gloria. Su lengua comenzó a buscar la mía en una vorágine desenfrenada, no podía estar más excitado.

Recorrí sus labios con los dientes, dándoles pequeños mordiscos. Con la mano que tenía libre, desplazé el top hacia abajo mostrando sus tiernos pechos, que llené de besos y lametazos. Ante la primera succión de su pezón, Luz gritó con fuerza, llenándome de júbilo hasta que el grito lo di yo.

La solté de inmediato cuando los afilados dientes del gato comenzaron a perforar mis tobillos.

—¡Joder! —aullé de dolor intentando quitarme al maldito felino de encima sin darle una patada que pudiera dañarlo. El puto gato había interpretado de nuevo que el grito de su dueña era de dolor y no de placer. Ese animal era peor que un pitbull—. ¡Suéltame, gato del demonio, si no quieres que te mande al maldito infierno! —le lancé la amenaza intentando que dejara de mordirme, y a la que sintió mis manos se revolvió tratando de darme un zarpazo.

—¡Suéltalo! —chilló Luz mirando a *Lucifer*.

—Eso, díselo tú, a ver si te hace más caso que a mí —repliqué.

—¡No se lo decía al gato, sino a ti, zoquete! —Se había recolocado el top acercándose a mi tobillo y acogiendo a su mascota entre los brazos.

Él dio un brinco y se afincó entre ellos mientras me miraba erizado y desafiante.

—No lo puedo creer..., ¿lo defiendes? ¡Si ha sido él!

Ella se cuadró.

—De eso nada, tú me has atacado sin permiso.

Aquello me parecía increíble.

—Ver para creer... Ahora me dirás que no tenías los pezones como los pitones de un toro y gemías como una posesa... Vamos, Luz, no me hagas reír. —Ambos estábamos cabreados, estaba claro que no íbamos a llegar a buen puerto.

—¡Me estaba quejando!

Solté una carcajada seca.

—Claro, tu gemido era el mismo que cuando rellenas una hoja de reclamaciones pidiendo mi polla dentro. —Luz ahogó un grito, pero yo no me sentía saciado—. ¿Piensas que no sé por qué jadeabas? ¿Crees que soy imbécil y no reconozco a una tía cachonda?

Bajó a *Lucifer* al suelo.

—Pues en estos momentos sí, creo que eres bastante imbécil. Llego tarde a trabajar, espero que no me echen por tu culpa, pues sólo me faltaría eso —repuso con desdén—. Iré a comer contigo mañana, pero después fingiremos nuestra ruptura. No quiero tener nada que ver contigo, ¿me oyes? Está claro que me equivoqué al mil por mil y eres mi penitencia.

La carpeta se le cayó con el ímpetu y también el móvil. Lo recogí de mala manera para entregárselo y de pronto me encontré con la

mirada de un tipo de ojos verdes que estaba sin camiseta.

—¿Quién cojones es ese tío?

Luz cogió nerviosa el teléfono de entre mis dedos sin responder. Parecía un modelo, uno de esos tipos de las revistas de fitness, igual se trataba de eso, de una de esas imágenes que te mandan por WhatsApp.

—¿Qué opina tu novio de que babeas por tíos sin camiseta cuando no te ve? —le pregunté molesto.

—Lo que yo haga o deje de hacer no te importa, como tampoco lo que hable o deje de hablar con Luis.

—Así que lo reconoces, estáis saliendo juntos —afirmé. Ella no respondió, y ya se sabe que quien calla otorga..., ¡menuda mierda!

—¿Qué narices soy para ti, Luz?

Ella me miró sin un ápice de sentimiento.

—Mi vecino —soltó. Después se dio media vuelta y se largó sin mirar atrás.

¡Mierda, mierda y más mierda! ¡Joder! ¿Cómo se habían complicado las cosas tanto?

\* \* \*

Estaba de tan mala hostia que iba a ser imposible que me durmiera. Llamé a Patrick, necesitaba una buena paliza, descargar. Por suerte, me dijo que estaría encantado de dármela, así que fui al gimnasio para darnos de hostias. El boxeo era mi herramienta para canalizar la ira, pasaba de quedarme en el piso con aquel gato asesino, igual durmiendo me sacaba los ojos.

Llegué de muy mal humor al ring y me subí sin mediar palabra. Patrick y yo nos conocíamos lo suficiente para saber cuándo era necesario hablar y cuándo no.

Él ya estaba listo y yo también, así que nos pasamos los siguientes cuarenta y cinco minutos dando y encajando golpes, hasta que tuve suficiente. Sólo hizo falta una mirada para que se detuviera.

—¿Mejor?

Me apoyé contra las cuerdas dejando caer la cabeza entre los hombros.

—No estoy seguro. —Y era cierto, esa mujer me desubicaba de tal modo que perdía el norte.

—Pues vamos a la ducha y nos tomamos un café cargado en el bar de la esquina, intuyo que lo necesitas —dijo desabrochándose los guantes y quitándose el protector bucal.

—Vamos.

Una vez en la cafetería, me desahogué de nuevo. Cuando terminé, silbó, dando el último trago a su café solo.

—Pues sí que estás verdaderamente jodido, mucho más de lo que imaginaba. Te ha pillado, tío, lamento decirte que estás enamorado hasta las trancas, aunque te cueste reconocerlo; a mí también me costó y tienes todos los síntomas. Bienvenido a mi mundo.

No iba a engañarme, era justo lo que esperaba que me dijera, diagnóstico: *Luziotizado*.

—Tu mundo es una mierda —sentenció mientras él se reía.

—Mi mundo es una bendición si la mujer por la que suspiras te corresponde. —Eso seguramente también era cierto—. Has de ganártela, no puedes ir de macho alfa porque te tiene calado y está claro que no le ha gustado. Sólo ha hecho falta que le mearas encima marcando tu farola. Eso, amigo mío, no le gusta a ninguna mujer.

—No, claro, mejor atarla a una cruz y darle de fustazos mientras los demás miran...

Patrick no se molestó, simplemente se encogió de hombros.

—La dinámica del BDSM es mucho más que eso, pero no voy a entrar a debatir contigo eso ahora.

—Lo sé, lo siento, he estado fuera de lugar. ¡Es que me siento desbordado! —Me miró comprensivo—. ¿Qué coño hago? Es la primera vez que me pasa algo así, no me ubico.

Me apretó el hombro.

—Tranquilo, voy a echarte una mano, ¿para qué están los amigos sino para momentos como éstos? Además, no sabes lo que me divierte ver cómo caes bajo el yugo del amor. Tú y yo nos vamos de compras, y espero que lleves la Visa bien cargada: conquistar a tu chica te va a salir por un buen pico.

—Haré lo que haga falta —le juré.

—Ésa es la actitud, a los cafés invito yo. Anda, pongámonos en marcha.

## *Luz*

¡Menudo día había tenido! Mi vida podría ser un culebrón venezolano.

La pobre Lucero del Alba Martínez sufre por su pendeja vida. No encuentra su camino y se siente perdida. Emigra a la gran ciudad, a casa de sus tíos, y cuando menos se lo espera aparece él: don Carlos Jiménez, policía y empotrador de sus sueños.

Lucero del Alba descubrirá lo que es el deseo en brazos de Carlos. Un fuego interior la consumirá, haciéndola anhelar que él se convierta en su primera vez.



Carlos la desprecia, la ignora, la humilla y la desea a partes iguales, haciendo que Lucero del Alba pierda la poca cordura que le queda. Cuando ya se han esfumado todas sus esperanzas con respecto a él, dos hombres se cruzan en el camino de la protagonista. Luis, un compañero de trabajo de Luz, que tras una cita y un beso robado cree que se ha convertido en su pareja. Y Mino, un sexy ginecólogo que hará palpar el corazón de nuestra protagonista conquistándola llamada tras llamada.

Tres hombres, una mujer y un destino: conquistar el corazón de Lucero del Alba y que ella pierda su indeseable virginidad...

«Creo que ése sería un buen resumen», me dije mentalmente mirando a *Lucifer*.

— Ya sé que no me entiendes, pero si hubieras oído la llamada de Mino de anoche me entenderías.

Había sido tan sexy y dulce a la vez, esta semana estaba de guardia, así que todas las llamadas serían de veinte minutos, pero estaba claro que se estaba aplicando a fondo.

Estaba deseando hablar con él, conocerlo más, entender su personalidad y comprobar si era el hombre que estaba buscando. Deseaba otro de sus besos telefónicos, tal vez ese día nos diéramos uno, pensé esperanzada.

Oí un ruido y agua correr, estaba claro que Carlos se hallaba en la cocina.

Ese hombre me desesperaba, ¡menudo ataque el de la mañana! Debía de ser bipolar, o simplemente le gustaba jugar conmigo, aunque yo ya me había hartado, por bueno que estuviera.

Entré en el salón sin ganas de seguir discutiendo, tal vez pudiéramos razonar y tener una relación de amistad normal.

—¿Qué tal te ha ido el día? —Parecía más sosegado y prudente que por la mañana.

—Bien, he vendido tres seguros y he quedado para mañana con dos clientes más para cerrar dos pólizas. —No estaba muy segura de cómo estaba él, parecía esa extraña calma que precede a la tormenta.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

Asentí.

Él se movía inquieto, secándose las manos con el paño de cocina.

—Luz, creo que todo se nos ha ido un poco de las manos, y no sé muy bien cómo gestionarlo. Me gustaría que empezáramos de cero, ¿crees que es posible? —¿Lo era? Carlos sonaba algo abatido, aunque esperanzado—. He preparado lasaña y a *Lucifer* ya le he dado su comida, ¿tienes hambre?

Debía darle cierta tregua, yo tampoco me había comportado como la mujer más cuerda del mundo.

—Eso suena muy bien. Además, tengo un hambre canina y esa lasaña huele de maravilla.

Ladeó esa sonrisa que tanto me gustaba.

—Perfecto entonces, siéntate, por favor.

Como siempre, dispuso los platos, llevaba un vaquero gris clarito y una camiseta de Iron Maiden.

—¿Te gusta el heavy? —Nunca habíamos hablado de música o de nuestras aficiones.

—Me gusta la buena música en general —respondió emplatando aquella delicia culinaria.

—No serás uno de esos que consideran que todo lo que no le gusta es basura comercial, ¿no?

Por su expresión risueña era fácil interpretar que había dado en el clavo.

—Bueno, es que hay gente con muy mal gusto, de eso no tengo la culpa.

Puso ante mí el humeante plato y yo aspiré con profundidad.

—Mmmmm, huele que alimenta —exclamé abriendo los ojos.

Él cogió un tenedor, tomó un pedacito y sopló presentándolo ante mis labios.

—Y sabe mucho mejor. —Aquella voz ronca hizo que mi estómago protestara, y no por el hambre precisamente—. Tranquila, no quema, abre los labios. —Miré el delicioso bocado y después sus cálidos ojos—. ¿Confías en mí?

—Le dijo el cactus al globo...

Sonrió ante mi símil.

—¿Entiendo que tú eres el globo?

Atrapé el bocado entre los labios y lo degusté gimiendo del gusto.

—Mmmmmmm, ahora mismo me podría poner como uno... ¿Por qué diablos cocinas tan bien? —Todos sus platos eran realmente buenos.

—Hacer comidas siempre se me ha dado de lujo —respondió en tono pícaro, moviendo las cejas.

No pude evitar reír.

—Eres terrible.

—Lo sé, pero sabes que no miento. —Esta vez fue él quien le dio un bocado al plato. También era cierto, la imagen de su boca tomando mi sexo hizo que ahora la que diera un tirón fuera mi vagina—. Supongo que la culpable es mi madre. —Casi lo miré con horror ante la imagen que me había sacudido el cerebro... Después recordé que estábamos hablando de cocina. Su expresión había cambiado y estaba ahora llena de cariño—. Mi hermana y yo pasábamos largas horas con ella viéndola cocinar y ayudándola en las tareas del hogar. Nos crio como a iguales, si mi hermana ponía

los cubiertos, yo los platos; si mi hermana ponía la harina, yo la leche.

—Tú siempre tienes que ser la leche. —Volvió a sonreírme. ¿Por qué no podía ser siempre así? Me gustaba ese Carlos distendido y bromista—. Se nota que estáis muy unidos.

—Siempre lo hemos estado, mis padres se amaban con locura hasta que él se marchó de viaje.

—¿De viaje? —Parecía contrito. Señaló al cielo y entonces lo entendí—. Oh, ya, lo lamento mucho, debió de ser muy duro para los tres.

—Lo fue, pero estoy convencido de que nos está preparando el mejor sitio allí arriba, un lugar tranquilo con unas bonitas vistas, donde estará echado sobre una manta de cuadros esperando a que nos reunamos con él.

Se me había cortado el apetito, la muerte y yo no nos llevábamos muy bien. No había perdido a ningún ser querido y era algo que me aterraba.

—¿Cómo lo superaste? —pregunté con suavidad.

Me devolvió una mirada cargada de sentimiento.

—Creo que nunca llegué a hacerlo, fue tan de repente... Encima, habíamos discutido, yo era un adolescente algo rebelde. —No sabía por qué, pero lo había intuido—. Fiestas, chicas, carreras ilegales de motos, alcohol, algún que otro porro...

—Entiendo, yo tampoco fui lo que mis padres deseaban, aunque no tonteeé con drogas o carreras ilegales.

—¿Eras la fiestera de Villapene? —Me gustó que no se metiera con el nombre de mi pueblo, desde que se lo dije que no había bromeado al respecto.

—¡Oh, sí, era la encargada del chupinazo! En Villapene tenemos un gran falo en medio de la plaza del pueblo, como indica su

nombre. Tiene un origen pagano —expliqué muy seria—, las vírgenes que alcanzan la mayoría de edad se sitúan frente a la gran polla de piedra, adorándola y frotándola desnudas durante el solsticio de verano. —Carlos me miraba entre extasiado y sorprendido—. Pueden pasar horas, hasta que finalmente, ploffff, estalla y nos cubre a todas con su simiente...

Tenía el rostro desencajado y la mandíbula iba a llegarle al suelo.

—¿E-en serio?

Estaba a punto de partirme de la risa.

—¿Cómo va a ser en serio?... —Solté una gran carcajada.

Él reaccionó al instante saltando del taburete y lanzándose al ataque para hacerme mil y una cosquillas. No podía dejar de reír, las lágrimas caían por mi rostro. Carlos aprovechó mi debilidad para levantarme en volandas, cargarme como un saco, correr hasta la habitación y soltarme sobre la cama para seguir con su ataque.

Me defendí como pude lanzándome a la ofensiva, mordiscos, cosquillas, patadas, todo valía, obviamente era mucho más fuerte que yo, así que tomé un cojín como arma y nos liamos a mamporrazos.

Cuando ya no pudimos más, caímos en la cama rendidos y sonrientes. Hacía mucho tiempo que no hacía una guerra de cojines, la última había sido con Jud.

—¿Tregua? —me preguntó tendiéndome la mano, y yo se la agarré con mi última sonrisa pendiendo de los labios.

—Tregua.

Me encontré envuelta en su abrazo de oso, con la cabeza apoyada en su fuerte pecho, embriagada por su aroma a limpio, que activaba todo mi cuerpo. A cada inspiración sentía una mayor necesidad de acurrucarme contra él, de frotarme para sentirlo más y mejor. ¿Qué narices me pasaba? Mi mano había comenzado a

trazar el dibujo de la camiseta, sintiendo cómo se encogían los músculos de debajo. Estaba completamente duro. Mi mente divagó, recordó nuestro momento ducha, cómo lo tuve en mi boca y él a mí en la suya.

Me estaba comenzando a acalorar, oír los acelerones de su corazón y sentir su mano acariciándome el brazo no ayudaba para nada.

—¿Y tú? ¿Qué música te gusta a ti?

«La de tus gruñidos cuando te corres», estuve a punto de contestar.

—Toda la que seguramente meterías en el cubo de la basura comercial. Me encanta bailar, aunque no salgo mucho, así que mientras sean canciones que permitan que mueva las caderas todo me sirve.

Su mano descendió hasta posarse sobre la parte de mi anatomía que acababa de nombrar.

—Me encantan tus caderas, y me encantaría ver cómo se agitan al ritmo de la música.

«¡A mí también, pero mientras me embistes por detrás!» Necesitaba aire o me veía lanzándome sobre él en cualquier momento. ¿Por qué justo ahora volvían a asaltarme aquellas ganas de devorarlo? ¿No había decidido que lo nuestro no podía ser? Hice el amago de moverme, pero él no me soltó y siguió hablando como si tal cosa.

—¿Qué aficiones tienes, aparte de trabajar, cuidar a tu gato y leer porno?

—¿Leer porno?

—¿Crees que no he visto el libro que lees todas las noches?

¿La calefacción estaba puesta?... Menudos sofocos, si estaba diciendo eso es porque había hojeado el libro, estaba muerta de la

vergüenza.

—¡Yo no leo porno, es romántica-erótica! —Levanté el rostro de golpe sin calcular que lo tenía justo encima, propinándole un cabezazo contra la nariz.

—¡Joder! ¿Por qué siempre tienes que golpearme?

Salté de la cama cuando vi que comenzaba a sangrar.

—¡Ay, lo siento! Espera, ahora mismo traigo algo para cortar la hemorragia. —Salí a toda prisa hacia el baño. Estaba claro que no podíamos tener un minuto de tranquilidad. Regresé a la habitación tan rápido como pude, sentándome a horcajadas sobre sus piernas mientras él intentaba contener la sangre—. Déjame a mí, levanta la cabeza un minuto.

Retiré los envoltorios y le apliqué el mismo remedio que a mi amiga Matilde en las fiestas del pueblo, cuando se cayó de boca contra la fuente y se golpeó la nariz: un buen par de tampones mini, que era lo que teníamos más a mano.

—¿Qué narices me has puesto? —preguntó incorporándose cuando notó las fosas nasales llenas.

Se levantó de repente, lanzándome contra el lado opuesto de la cama, con la camiseta empapada en sangre. Lo primero que hizo fue quitársela, mostrándome su perfecto torso, y después contemplarse en el espejo de la cómoda.

—¡Hija de tu madre! ¿Crees que me acaba de venir la regla? —Se volvió y no pude evitar carcajearme ante la imagen. Ambas fosas estaban dilatadas con los tampones y los cordoncillos colgando. Yo no podía parar de reír, la imagen de Carlos no era comparable a la de la borracha de mi amiga, que se dejó poner los tampones y siguió cantando la Cucaracha—. ¿Te parece divertido? ¡Muerta de la risa por las desgracias ajenas que tú misma vas provocando!

Por extraño que pareciera, no daba la impresión de estar enfadado, incluso había creído percibir un amago de sonrisa. No se quitó los tampones, sino que vino otra vez a por mí, y yo me encontré diciendo entre lágrimas:

—¿Es que no ha tenido suficiente, agente Jiménez? ¿No ve que soy la asesina del tampón? Es mi sello tras matar a mis víctimas a cabezazos.

Ya lo tenía encima de mí, agarrándome las manos de aquel modo tan suyo, haciendo que me sintiera pequeña e indefensa mientras él me miraba con ansia. Incluso con aquellos tampones ridículos estaba guapo.

—Creo que es la segunda vez que la detengo, señorita Martínez, soy más resistente de lo que cree. Ya le advertí que la próxima vez iba a esposarla. —Una de sus manos voló a la mesilla de al lado y en menos que canta un gallo me vi con las esposas puestas y atada a los barrotes de la cama—. Es una delincuente muy peligrosa y como tal va a ser tratada.

La risa se me había borrado del rostro. Aquel juego me ponía nerviosa, no podía soltarme.

—¿Qué haces? ¿Qué pretendes? —pregunté agitada.

—Voy a quitarte las ganas de meterte con un agente de la ley, preciosa, ahora eres mía y deberás soportar tu castigo en mi mazmorra...

Tenía las hormonas revolucionadas, vernos de esa guisa me estaba poniendo cardíaca. Carlos se quitó los tampones con cuidado. Ya no sangraba, no volvió a ponerse la camiseta; al contrario, desabrochó el primer botón de su vaquero y éste se deslizó, mostrando la goma del calzoncillo. La boca se me hizo agua. Vi entonces que cogía una bolsita que tenía a los pies de la cama y sacaba algo de su interior.



—¿Qué es eso? —Tenía un bote entre las manos.

—Aceite de masaje. ¿Recuerdas la noche del Speed Date?

Asentí con dificultad, como para olvidarla...

—Pues para hacer las paces contigo he pensado que podría darte un masaje, sé que no quieres que nuestra relación avance o tome un cariz sexual, esta mañana me ha quedado claro, pero ¿qué mujer puede negarse a un buen masaje?

Me mordí el labio inferior. No podía ser tan condenadamente sexy, me iba a dar un pasmo si me daba un masaje así, mientras yo estaba maniatada y él sin camiseta. Juro que iba a decirle que no, pero mis labios se atascaron, no podía hablar, no los podía mover.

Mis ojos estaban hechizados comprobando cómo abría la botella, vertía el contenido en sus manos, lo calentaba y lo extendía por mis piernas. ¡Dios, qué gusto! Creo que incluso ronroneé como el gato.

—¿Te gusta?

—Mmmmmm —fue lo único que fui capaz de decir mientras se agazapaba entre mis piernas. Cerré los ojos y me dejé seducir por la magia de aquellos dedos invitantes y el aroma especiado del aceite. Mi piel se calentaba a cada pasada, pidiendo más y más.

Estaba completamente receptiva, los dedos de mis pies se flexionaban sin control, intentando agarrarse a las sábanas. Los de mis manos apresaban las esposas con fuerza al sentir cómo alcanzaba el interior de mis muslos.

Aquellos ágiles dedos me recorrían sin prisa, colándose bajo la pernera ancha del pantalón corto, rozando una y otra vez el borde de mis bragas. Tenía que controlarme para no gemir con fuerza, para no gritarle que quería que los introdujera dentro en vez de quedarse en el extremo de la prenda, que estaba desesperada por sentir de nuevo sus dedos recorriendo mis pliegues.

—Luz, ¿estás bien? Estás sudando —¡¿Cómo no iba a sudar?! Si me estaba poniendo mala. Entreabrí los ojos para ver su cara de fingida inocencia. Estaba más que claro que sabía qué hacía y lo que provocaba en mí—. Estás tan tensa aquí...

Pasó los dedos con mayor fuerza presionando mis ingles, y a mí me dieron ganas de gritarle que si quería ver tensión se acercara a mi Pokémon, que estaba en posición de ataque. No sé si lo hizo aposta o no, pero sentí una ligera caricia sobre mi excitado clítoris, provocando que diera un bote que ni Magic Johnson en la NBA. Mis caderas se impulsaron hacia arriba intentando hallar la caricia perdida. Él me miró con una de esas sonrisillas de «sé justamente lo que necesitas, pídemelo». ¡Oh, qué rabia!

—No me mires así, me ha dado una rampa en el culo —le respondí enfurruñada sin que me hubiera preguntado.

—¿En serio? Déjame que te ayude entonces.

Me separó las piernas, se puso de rodillas entre ellas e introdujo las manos bajo mis bragas por la parte de los cachetes, magreando sin vergüenza toda mi zona posterior. Ahí sí que jadeé, menudo gusto, nunca me habían tocado el culo de ese modo, y menos un macizo como ése. Lamí mis labios resecos, los ojos de Carlos estaban completamente encendidos y mi cuerpo se estaba desdoblado, actuaba por cuenta propia, a cada magreo. Mis caderas se elevaban y el muy listo aprovechó para ajustarse más, poniendo en contacto su epicentro con el mío. A cada subida de caderas, mi centro de placer rozaba con su erección, que estaba en pleno apogeo. Ya no me miraba divertido, estaba tan encendido como yo.

—Pide y se te concederá. —¿Había oído bien? ¿Cuándo había cerrado los ojos? Estaba tan excitada que no sabía cuánto podría soportarlo. Mi pecho subía y bajaba agitado, apenas notaba cómo

entraba el oxígeno en mis pulmones—. Pídemelo, Luz, dime qué quieres que haga por ti...

¿Qué quería? Ya no sabía qué quería, sentía tanto calor, lo necesitaba tanto.

—Calor, tengo mucho calor —fue lo único que atiné a decir mientras mi cuerpo seguía revolucionándose bajo su toque.

—Está bien, voy a ayudarte con eso. —Retiró las manos de mi trasero y las llevó a mi top bajándolo con tranquilidad, como si esperara que lo detuviera. Mis pechos quedaron expuestos, con los pezones erectos intentando llamar su atención—. Eres tan hermosa...

Tomó la botellita que tenía al lado y dejó caer el líquido de un pezón a otro. Gemí con fuerza por el contraste de temperatura, mi cuerpo ardía con mayor intensidad. Las manos no tardaron en cubrir mis pechos, distribuyendo el aceite por ellos, colapsando todos y cada uno de mis sentidos. Era tan jodidamente erótico, tan sensual, no podía detenerlo, lo necesitaba tanto..., mi piel gritaba anhelante, mis poros lo reclamaban. A cada pasada arqueaba la espalda buscando el roce de nuestros sexos, era una delicia.

—Nena, lo estás deseando, lo noto, lo sé, pídemelo, Luz, pídemelo que te haga mía...

Lo necesitaba realmente, quería, pero algo me decía que no, que no era el momento, que podía estar equivocándome de persona. La imagen de Mino acudió a mi cerebro como una tabla de salvación.

—No. —Las caricias se sucedían, estaba pellizcándome los pezones—. No, Carlos, por favor, para, para... ¡PARA! —le grité.

Se quedó muy quieto. Me daba muchísima vergüenza mirarlo a los ojos, yo no lo había detenido en un principio, podría haber hecho que nada de eso sucediera y, sin embargo, no lo había hecho.

No hizo falta que dijera nada más, me sentía abochornada por el numerito, mi cuerpo seguía llamándolo a gritos, pero mi cerebro decidió zanjar el tema.

Sin decir nada, me subió el top y desató mis muñecas, salió de la habitación dejándome sola y se fue al baño.

«¡Mierda, mierda, mierda y más mierda!» Me arrebujié entre las sábanas y lloré. La situación estaba fuera de control, mis emociones estaban tan desbordadas que era incapaz de gestionarlas correctamente, ¿qué iba a hacer al respecto?

## Capítulo 18

### *Carlos*

Había vuelto a equivocarme, estaba encerrado en el baño y no me atrevía a salir.

¡Joder! La había visto tan relajada que me había salido del plan original. Sólo pretendía que se sintiera a gusto conmigo, una charla agradable y ya.

Pero no, tenía que envalentonarme y sacar la artillería pesada.

Me había puesto la maldita colonia de feromonas para que Luz estuviera más receptiva, parecía que había funcionado, la tuve un buen rato acurrucada encima de mí, tocándome por voluntad propia, suspirando a cada pasada de mis dedos por su suave piel.

Así que cuando me dio el cabezazo y yo jugué al poli malo pensé que podía dar un paso más, usar el aceite de la tienda a la que me había llevado Patrick; según la dependienta, incrementaba la sensibilidad de la mujer con su efecto calor y su aroma era estimulante.

Creí ver las señales del deseo en sus ojos, en el modo en que arqueaba la espalda, en el vaivén de sus caderas sobre las mías, en la erección de sus pezones. Pero me equivoqué, Luz me rechazó de pleno, me alzó un stop con luminoso incluido que me costó de admitir.

¿Iría en serio lo suyo con Luis? ¿Era por él por quien me había frenado? Sabía que debía disculparme de nuevo, ella me había

dicho que quería otro tipo de relación y yo me había extralimitado, ¿cómo podía equivocarme tantas veces seguidas? Fijo que tenía el radar estropeado, habitualmente sabía cuándo una mujer deseaba mis atenciones, cuándo podía avanzar; pero con ella nada parecía funcionar, me encontraba en la casilla de salida una y otra vez sin poder hacer nada para ir hacia delante.

Me lavé la cara para serenarme y salí dispuesto a ponerme de rodillas si hacía falta.

Anduve hacia la habitación, pero ya no estaba en ella, puse rumbo al salón y allí la encontré, sentada en el sofá, cepillando a *Lucifer* mientras lo miraba cabizbaja, con los ojos enrojecidos. Me sentía un miserable porque estaba convencido de que yo era el culpable de que estuviera así.

—¿Podemos hablar? —No me respondió, pero tampoco dijo que no. Tomé asiento en el otro extremo del sofá de dos plazas, así que de extremo tenía poco, pero sí el suficiente para que hubiera espacio entre ambos. Suspiré—. Te juro que lo siento, Luz, no pretendo engañarte, no voy a decirte que no lo deseaba o que no te deseo, sería la peor mentira que he dicho jamás. No puedo dar un nombre a lo que me sucede contigo, pero es una atracción que me cuesta de dominar. Entiendo que tienes novio y que te he puesto en un compromiso, pero...

—No tengo novio —respondió tranquilamente sin alzar el tono, lo que me hizo dudar si había oído bien.

—¿Cómo? —le pregunté para intentar aclararlo. Su mirada se clavó en la mía.

—Luis no es mi novio, se confundió al final de la cita que tuvimos y me besó. Ciertamente, yo no lo aparté, pues necesitaba saber si podía sentir por él algo parecido a... —Se calló de nuevo—. En resumen, que no lo detuve y él creyó lo que no era. No sé por qué te

estoy contando todo esto —expresó contrita—. ¿Qué más da si estoy o no con alguien? Creía que había quedado claro que entre nosotros no iba a haber nada...

Por un lado, mi corazón se alegró cuando dijo que no era su novio, para recibir un golpe tras lo del beso, pero ¿qué esperaba?, no la ataba nada a mí.

—Lo sé, y sé que todo lo que ocurre es culpa mía, no debería haberme lanzado de ese modo —la interrumpí.

—Es que no lo entiendo, Carlos... ¿Por qué ahora? He estado detrás de ti todo este tiempo y tú rehuyendo cualquier tipo de contacto que te llevara a romper mi «techo del amor»... ¿Qué ha cambiado para que ahora te intereses por mí? ¿Para que quieras ser tú quien me desvirgue?

¿Qué hacía? ¿Le contaba la verdad? ¿Le decía que me había dado cuenta de que me gustaba más de lo razonable y que creía que me había enamorado de ella? Pero... ¿y si ella no sentía eso por mí? Nunca me había dicho que le gustara, simplemente era un objeto, ¿cómo iba a revelarles mis sentimientos? ¿Por qué debía hacerlo, para que se riera en mi cara al albergar falsas esperanzas? Mejor planteaba una opción intermedia.

—Te deseo y no puedo pensar en otra mujer que no seas tú, me equivoqué al tener miedo de no ser quien esperabas para hacer algo tan importante, y ahora estoy seguro de que soy la persona adecuada.

Luz se mordió el labio, sabía que estaba dudando, pero ¿respecto a qué? ¿Acaso ya no me deseaba?

—Es que ya no sé si eres la persona —repuso.

Eso sí que me dolió, porque vi claramente que era cierto, acababa de caerme un balde congelado y no sabía de dónde.

Bueno, sí lo sabía, de la morena que tenía justo enfrente, aunque seguía sin comprender el porqué.

—Pero me acabas de decir que no estás con Luis..., ¿entonces?  
—Si en la vida había aprendido una cosa es que una mujer no deja una rama que le gusta si no es porque ha visto otra que le gusta más todavía—. ¿Acaso hay alguien más? —Por un instante, un nanosegundo, sus ojos se desviaron y entonces lo supe, había otro; Luz se había fijado en alguien, pero ¿en quién?—. ¿Lo conozco?

—No lo conozco ni yo —contestó críptica—, pero lo importante es que creo que nuestro momento pasó.

De eso nada. ¡Nuestro momento no había pasado, ni siquiera había llegado! Si justo comenzaba ahora... Iba a demostrarle lo equivocada que estaba, iba a conocerme como ninguna otra, iba a desplegar todos mis encantos e iba a conseguir que se enamorara de mí. Ella era mía, simplemente no lo sabía aún, pero me iba a encargarme de que lo supiera.

—Antes no me has contestado.

Frunció el ceño.

—¿Respecto a qué?

—¿Tienes algún hobby aparte de las novelas cachondas?

Ella sonrió.

—Novelas romántico-eróticas —me corrigió.

—Sí, bueno, yo sólo leí un par de páginas de tu libro y tuve que darme una ducha de agua helada... ¿Cómo puedes leer eso y no excitarte?

Me miró incrédula.

—¿Quién ha dicho que no me excite? —Vaya, así que esos libros la encendían, era bueno saberlo—. Esas novelas excitan a cualquiera, son como la Viagra femenina... —«¿En serio? «Nota mental: regalarle de esas novelas a Luz»—. Pero ya nos estamos



desviando de nuevo..., respondiendo a tu pregunta te diré que me apasiona la fotografía.

Abrí los ojos sorprendido, en los días que llevaba aquí no había visto una sola foto, ni que usara el teléfono para sacar una.

—¿En serio? —Asintió con las mejillas encendidas—. ¿Te da vergüenza?

—Un poco, no es algo que suela contar.

*Lucifer* parecía un angelito, estaba completamente relajado sobre las piernas de su ama.

—¿Por qué?

—No lo sé, supongo que forma parte de mi intimidad. —«Su intimidad», cómo había sonado eso...

—¿Qué clase de fotografías? —me interesé.

—De todo y nada en concreto, pero me fascinan los retratos, los paisajes, los animales y los desnudos —con esta última palabra bajó la voz. Silbé y ella rectificó rápidamente—: No los desnudos burdos o explícitos, me gusta jugar con las luces y las sombras creando efectos ópticos sobre el cuerpo, fotos sutiles e impactantes, o eso es lo que me gustaría crear.

—¿Puedo ver alguna foto tuya? ¿Las tienes colgadas en alguna red social?

Asintió.

—Las tengo en Instagram.

Me levanté, fui a por el móvil y luego regresé a su lado.

—¿Puedo verlas?

—Me da un poco de apuro.

La miré incrédulo.

—¿Las cuelgas ante millones de personas y te da vergüenza que las vea yo?

—No tengo millones de seguidores, apenas cinco mil. Hará un par de meses que habilité mi Instagram después de que la pareja de mi prima me insistiera tras sacar algunas fotos en su estudio de *tattoos*.

—¿La pareja de tu prima es tatuadora? —No conocía a muchas mujeres que tatuaran.

—Y de las buenas, hice las fotos que ahora decoran su estudio —anunció orgullosa.

—Bien, pues déjeme ver su trabajo, señorita fotógrafa, y quiero decirte que cinco mil seguidores en dos meses es una clara señal de que eres buena.

Le costó darme su dirección de Instagram, pero finalmente lo hizo: @Luzysombras. Cuando la galería de imágenes se desplegó ante mis ojos, aluciné. Eran francamente buenas, la sensibilidad especial que tenía Luz, esa empatía desbordante se plasmaba en cada una de las imágenes. Varias llamaron mi atención, pero sobre todo dos. Una era un claro autorretrato de ella, estaba completamente desnuda, pero las sombras la envolvían formando una especie de vestido que velaba e insinuaba su silueta sin que apenas se percibiera nada, era absolutamente magnífica. Le di a *like* sin pensar, quería poder ver aquella imagen siempre que quisiera.

Otra era un baño, había mucho vapor, pero tras la mampara se dibujaba una silueta masculina; había aplicado multitud de filtros, pero estaba convencido de que ése era yo.

La miré con intensidad y ella me devolvió una mirada cargada de preocupación, porque sabía que había atado cabos.

—Puedo borrarla —dijo rauda.

—¿Por qué deberías hacerlo? Es realmente magnífica, todas lo son, tu prima tenía razón: eres muy buena.

—¿No te importa? Entendería que te hubieras enfadado; no te pedí permiso, pero es que no pude evitarlo.

Le acaricié el rostro con suavidad, sin ninguna pretensión que no fuera la de calmarla.

—No; de hecho, me encantaría ser tu modelo, ¿crees que podrías hacerme una sesión para mi Instagram? Además, creo que yo mismo estaría interesado en un encargo para mi local, y tengo un amigo que seguro que también lo está.

—¿Tu local? —me preguntó curiosa. No tenía por qué ocultarle eso.

—Sí, el local donde acudiste y donde trabaja Niyireth es mío.

Su cara de sorpresa no tenía precio. Distintas emociones cruzaron su rostro.

—¿Tú sabías que yo...?

—No —zanjé rápidamente su pregunta, aunque sabía qué se estaba planteando exactamente—. Como te dije, Niyireth me pidió que participara como un favor, ¿conoces su historia?

Ella asintió.

—Fui uno de los agentes encargados del caso de trata de blancas en el que se vio envuelta Niyireth, no pude abandonarla a ella y a su pequeña, no tenían a nadie más; así que me propuse ayudarla, le di trabajo en mi local de citas rápidas, que ella convirtió en lo que es ahora, así que le debía una por hacer que los números nos fueran tan bien.

Luz no parecía molesta o enfadada.

—¿Por qué no me lo contaste?

Me encogí de hombros.

—No sé, apenas nos conocíamos, y tampoco pensé que fuera relevante.

Ella abrió mucho los ojos, como si de repente se hubiera dado cuenta de algo.

—¡Le pedí al segurata que te echara de tu propio local! — exclamó llevándose las manos a la cara.

—Cierto, Jon aún se está riendo de mí —respondí divertido.

—¡Qué vergüenza! —Seguía con las manos en el rostro.

—No sufras, se divirtió a base de bien, aunque debiste de causarle muy buena impresión porque te defendió a capa y espada.

—Era cierto, incluso creo que Luz le gustaba más de lo debido.

—¿Y el tipo que...? —Ahora era preocupación lo que velaba su mirada.

—Lo echamos del club; que yo sepa, no me reconoció ni ha interpuesto ninguna denuncia contra mí. —Respiró más tranquila.

—Entonces ¿qué?, señora fotógrafa, ¿está dispuesta a hacerme una sesión?

El retraimiento desapareció de su rostro para dar cabida a la ilusión.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Negué.

—Había pensado hacer algunas de uniforme, con paisajes urbanos, y otras más subidas de tono aquí, pero sin que se vea nada, a ver si tengo un poco de suerte y me pasa como al guardia civil ese que no paran de lloverle contratos con marcas publicitarias.

—Está bien entonces, si te parece, voy al piso a buscar la cámara y hoy hacemos las de exteriores, mañana o el jueves podemos hacer las otras aquí.

—Me parece perfecto. Mientras vas a por la cámara, voy a ponerme el uniforme.

Me parecía increíble que fuera a hacer algo con ella que la ilusionara tanto, estaba claro que en el cuento de la liebre y la

tortuga acababa ganando la tortuga, así que iba a hacerlo bien, sin prisa, iba a darle a Luz justo lo que necesitaba.

## *Luz*

Bajé dando saltitos a mi piso, me apetecía muchísimo fotografiar a Carlos y tenerlo en mi portafolio. Cuando llegué al rellano me detuve: delante de mi puerta había otra rosa roja. Miré a un lado y a otro, estaba comenzando a asustarme, tomé la nota y la leí una vez dentro de mi piso.

Sé que ahora ya sabes que existo, has percibido la conexión que hay entre nuestras almas, sabes que somos afines y que se pertenecen. Te necesito tanto, tengo tantas ganas de poder estar contigo... Cuento los minutos y las horas para que así sea, quiero que seas mía para siempre.

Otra vez esa maldita flor con ese tipo de mensaje romántico que me ponía la carne de gallina. Sabía que Carlos no era, así que estaba casi convencida de que me las dejaba Luis. Debía aclararle rápidamente nuestra situación antes de que la cosa empeorara.

Dejé la flor en un jarrón y guardé la nota junto a las otras para ir a buscar la cámara. Nada iba a chafarme la tarde, y mucho menos una nota de Luis. Tenía la intención de pasarlo en grande, así que nadie la iba a estropear.

\* \* \*

Cuando me acosté de madrugada lo hice con una sonrisa en los labios.

La tarde con Carlos había sido más que perfecta, nos habíamos divertido muchísimo tomando las fotos, verlo posar para mí con

uniforme fue increíble, y él no dejó de decirme lo maravillosa que era, que estaba perdiendo el tiempo y que tenía mi profesión justo delante de las narices.

¿Fotógrafa? ¿En serio? Nunca me había planteado que ese hobby, que comenzó con una de esas máquinas de juguete de las tómbolas, pudiera convertirse en mi verdadera profesión.

Tras la sesión fuimos a tomar un helado, Carlos no dejó de agasajarme en todo momento y de hacerme reír: era un payaso consumado. Descubrí otra de sus muchas facetas, la de un hombre risueño, un hombre amable que no dudó en comprarle un helado a un niño que lloraba desconsolado porque se le había caído el suyo. Su madre no dejaba de decirle que no llevaba más dinero encima, así que mi caballero andante se dispuso a comprarle otro, ganándose la sonrisa del pequeño. Le saqué algunas fotos sin que se diera cuenta, de esas que te cortan la respiración, porque además de su innegable belleza se mostraba la nobleza de su corazón. Me encontré suspirando ante esas imágenes que me robaban el aliento.

Mino no me llamó cuando fui a trabajar, así que todos mis pensamientos estaban dirigidos a mi nuevo compañero de piso, ese que me agitaba por dentro con cada una de sus sonrisas. Tomé el libro de la mesilla e intenté leer, pero no lograba concentrarme, no podía dejar de pensar en el día tan increíblemente extraño que había vivido.

Carlos me había dejado muy claro que deseaba ser mi Empotrador, yo lo había rechazado por mis inseguridades, pero tras la tarde de hoy, casi podía sentir que era a él a quien debía entregarme.

Fijé la vista sobre la pantalla del móvil. Había pasado las mejores fotos a mi carpeta de imágenes, allí estaba él, mirándome fijamente

y haciendo que mi cabeza fantaseara más allá de una simple primera vez. ¿Sería posible que Carlos se fijara en mí como en algo más que un desquite? Me imaginé paseando con él de la mano, compartiendo románticos paseos a la luz de la luna y divertidas mañanas de playa. Nos vi despertando juntos en la misma cama con el único abrigo de nuestras pieles, justo después de haber pasado una intensa noche entera haciendo el amor. Ya no sólo era sexo, Carlos estaba metiéndose bajo mi piel y eso sí que era un problema, ¿cómo iba a hacer para sacarlo de ella? Finalmente me dormí cuando faltaba tan sólo una hora para que sonara mi despertador, menudo día me esperaba...

Tuve una mañana de locos, si pensaba que mi día iba a ser malo por haber dormido poco, me equivocaba. Cada vez mejoraba más con el tema de los seguros, incluso esa mañana mi jefe me había felicitado, al parecer iba la primera en el ranking de ventas y eso era genial: el mejor vendedor se llevaba una prima de trescientos euros que me vendrían como agua de mayo si lograba mantenerme. Necesitaba devolverle el dinero del veterinario a Carlos, y ganar ese pellizco me ayudaría.

Fue cruzar la puerta y mi guapísimo falso prometido ya me estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja y vestido de punta en blanco.

—Llegas muy justa, pero no te preocupes, te he dejado la ropa preparada en el baño, así no perdemos tiempo.

Ese día era la comida de compromiso, así que estaba claro que Carlos no quería dejar nada al azar.

—¿Me has elegido modelito para impresionar a tu madre? — pregunté sonriente.

—Más bien he elegido algo que espero que te guste a ti, espabila si no quieres que lleguemos tarde.

Fui corriendo a la ducha para encontrarme con un maravilloso vestido de gasa color turquesa, a mi piel le iba a sentar genial, tenía un escote profundo sin ser excesivo y el tejido era una auténtica maravilla. También había un bonito conjunto de ropa interior de encaje que me hizo sonrojar. Todo era nuevo, incluso unas bonitas sandalias de pedrería muy finita.

Sobre el mármol había un lote de productos sin estrenar: jabones, aceites para el cuerpo y uno en el que ponía «aceite para la zona íntima» que me hizo enrojecer.

Madre mía, la dependienta se habría frotado las manos con la Visa del pobre Carlos.

Lo usé absolutamente todo y en abundancia, no quería que pensara que después de todo lo habían timado o que yo era una desagradecida.

Cuando terminé salí sonriente del baño. Él me esperaba apoyado contra la pared, mirándome como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra.

—¡Madre mía, Luz, estás preciosa!

Di una vuelta y la falda revoloteó a mi alrededor.

—¿De verdad te gusta?

—Me encanta, creo que es el dinero mejor invertido de mi vida.

—No tenías por qué haberme comprado nada, y menos aún los productos.

—Lo sé, pero me apetecía, y ha merecido la pena: estás deslumbrante. ¿Preparada para nuestra comida de compromiso? — Colocó el brazo como un galán de novela. Él también estaba muy guapo, con una bermuda azul marino y un polo blanco que resaltaba el tono bronceado de su piel.

—Por supuesto.

—Pues vamos allá.



\* \* \*

El piso de la madre de Carlos estaba en la zona de la Vall d'Hebron, muy cerca del hospital con el mismo nombre, donde trabajaba su hermana.

Era una finca bastante nueva para la zona, resaltaba el magnífico edificio de ladrillo, con un amplio portal y siete pisos.

Subimos hasta el séptimo, yo estaba más que atacada, aunque Carlos no dejaba de decirme que me tranquilizara. En el ascensor comenzó a masajearme las cervicales, y eso, lejos de relajarme, hizo que me encendiera.

Sabía que era mentira, que íbamos a interpretar un papel, pero no podía evitar sentirme como si fuera verdad. Además, seguía con los calores y el hormigueo tras sentir sus manos en mi espalda. Tenía su toque instalado por todo el cuerpo, sobre todo en esa parte de mi anatomía que se pegó al trasero de Carlos y que no dejó de frotarse durante el trayecto en moto. El muy canalla daba unos acelerones de aúpa que hacían que me pegara una y otra vez sin remedio. En resumen, estaba más encendida que las hogueras de San Juan.

Carlos estaba a punto de llamar a la puerta y yo no podía pensar en otra cosa que no fuera besarlo y pegarme a su cuerpo. Fue a levantar la mano y me dije: «¡A la mierda! ¿Por qué no?».

Le metí un empujón de órdago que lo estampó contra la pared, pillándolo desprevenido. Me miró asustado, sin entender qué me ocurría; de hecho, yo tampoco lo entendía, pero es que lo necesitaba tanto...

—¿Qué haces? —me preguntó desconcertado.

Algo debía decirle...

—Meterme en el papel; si no, nadie nos va a creer. —Tomé su cuello para hacerlo bajar y poder comerle la boca a gusto.

—Mmmmm, creo que esta mentira me va a gustar —dijo a dos centímetros de mis labios.

—Cállate y bésame —refunfuñé.

—Será un placer. —Volvió las tornas y me arrinconó contra la pared, separándome los labios con su lengua.

Yo estaba completamente desatada, mi cuerpo pedía más a cada segundo, no tenía suficiente. Mis dedos recorrían su espalda a voluntad, dándose un atracón de prieta musculatura, hasta que encontraron el camino en dirección a sus glúteos. Los agarré, los apretujé y empujé sus nalgas para sentir su erección. Estaba tan duro... Gemí en su boca audiblemente y él capturó mi lengua para succionarla. No oí cuando la puerta se abrió y alguien con una voz muy dulce dijo:

—¿Hijo?

Casi me desmayo de la impresión. Mi suegra acababa de abrir la puerta, y yo, cual panadera, amasándole el culo a su hijo. Carlos se separó de mis labios resollando, con los ojos completamente encendidos y la mar de sonriente, con una promesa en su mirada. Antes de separarse me susurró al oído:

—Creo que me va a gustar mucho esta función...

«Pues yo no estoy tan segura», pensé. ¿Qué había hecho? Darle de comer al que tiene hambre es lo peor que se puede hacer, mi padre decía que hay que enseñarle a conseguir la comida, no ofrecérsela.

Se apartó de mí dándome protección con su cuerpo. Agradecí esos momentos para recomponerme. Me re Coloqué el vestido y tomé aire.

—Hola, mamá, disculpa, es que no puedo apartar las manos de Luz.

Ella soltó una risa cantarina.

—Lo he visto, pero al parecer es mutuo.

Carlos se alejó un poco, me tomó de los hombros como si me acogiera bajo su ala protectora y me presentó a su madre mientras yo moría de turbación ante el comentario.

—Cariño, ésta es mi madre, Lucía. —Otra mujer muy parecida a la madre de Carlos se sumó a la escena, era como un clon, pero con veinte años menos—. Y ella es mi hermana, Lucía, valga la redundancia, aunque en casa la llamamos Lu. —¡Anda, menuda casualidad! No podía decirles que era mi nombre de teleoperadora erótica, pero me había hecho gracia—. Chicas, ella es Luz.

Las dos me sonrieron ampliamente.

—¿Lucía también?

Sólo habría faltado eso.

—No —le aclaré a la hermana de Carlos—, pero casi. Mis padres me pusieron Lucero del Alba, aunque prefiero Luz, creo que va más con mi personalidad.

La chica asintió. Eran muy guapas, aunque no se parecían a Carlos, su pelo era castaño claro con matices dorados, como si se tratara de un rubio oscuro bruñido, y tenían unos bonitos ojos azules, los de la hermana de Carlos un poco más claros que los de la madre.

—Por cierto, me alegro mucho de conocerlas —saludé tímidamente. Ellas se mostraron encantadoras saliendo a recibirme para darme dos besos cada una.

—Eres muy guapa, Luz —dijo afablemente mi suegra.

—Usted sí que es guapa —exclamé con total sinceridad.

Ella me abrazó con cariño.

—Me gusta esta chica —dijo desviando la mirada a Carlos, después se dirigió a mí—: Háblame de tú, por favor, no me gustan los formalismos, me hacen mayor.

Se oían pasos en la escalera y voces acercándose.

—¡Mira que te lo dije, Tomás! Por el ascensor...

—¡Que yo no me subo a un demonio de esos! Vi una película donde se partía una cuerda y el bicho se precipitaba al vacío, y yo no soy Tom Cruise. —La voz se entrecortaba por la falta de aliento.

—Eso no hace falta que lo jures: te sobra barriga, te falta pelo, y de los músculos mejor no hablemos. —¡Sí! Mis padres subían por las escaleras.

—Será que tienes algo que decir de mis músculos..., bien que te cargué en brazos el día de nuestra boda y después te aguanté contra la pared para cumplir como me pedías.

Carlos soltó una risita, no podía creer que mis progenitores estuvieran hablando de eso.

—Eso fue hace veinticinco años, ahora necesitarías una grúa para levantarme, y no por mi exceso de peso precisamente...

Llegaron al rellano, bastante sudorosos, si contábamos que era verano, un séptimo y que no hacían deporte... No sabía cómo se les había podido ocurrir semejante hazaña. La familia de Carlos cruzaba miraditas por la conversación oída, aunque no dijeron nada al respecto. Menos mal.

En cuanto nos vieron, la presentación fue rodada. Lucía resultó ser una agradable anfitriona que supo llevárselos a su terreno.

Congeniaron más que bien, las dos mujeres eran un encanto, se notaba que adoraban a Carlos por el modo en que hablaban de él.

Por mi parte, seguía con esas extrañas reacciones en el cuerpo, que parecía que me hubiera comido dos bolsas de Peta Zetas afrodisíacos. Mi cuerpo no dejaba de hacer miniestallidos por todas

partes, las yemas de los dedos me ardían por la necesidad de tocarlo, era como si se me hubiera despertado el reloj biológico de golpe, aunque lo que me pedía el cuerpo no era engendrar, sino comenzar con las prácticas para sacarme el carnet.

Mi vagina literalmente hervía, tenía un cosquilleo continuo que me hizo plantearme si aquel aceite me estaría haciendo reacción..., ¿sería alérgica? Estaba en un punto que necesitaba aliviarme como fuera, mis neuronas no pensaban, habían comenzado a cortocircuitarse, y lo único que me apetecía comer era a mi compañero de mesa, que parecía estar más a gusto que un arbusto, mientras yo quería arrasar con el bosque entero.

—Carlos, hijo, ¿por qué no le enseñas el piso a Luz mientras yo preparo el café con Mariana? Lucía puede enseñarle el huerto urbano que tenemos a Tomás, que seguro le encantará...

¡Ohhhh, sí!, esa mujer era mi salvadora, iba a hacerle un monumento, era la mía y no la iba a desaprovechar.

—Ay, me encantaría —dije levantándome con mucha efusividad, cogiendo a Carlos de la mano y casi arrancándolo de la silla.

Él me miró divertido.

—Está bien, cielo, no sabía que te hiciera tanta ilusión.

Caminamos por el pasillo y, sin mediar palabra, abrí la primera puerta que encontré, arrastrándolo conmigo hacia el interior. Sin mirar siquiera dónde estábamos o encender la luz, me di media vuelta para volver a atacar.

—¡Joder, Luz! —exclamó a tiempo de ver cómo su espalda golpeaba la puerta y yo me encaramaba como un mono a un cocotero dando un brinco hasta su encalladero, porque menuda manera de encallarme..., estaba tan rígido como la puerta—. ¿Se puede saber qué te pasa hoy?

Fui a por su cuello, no podía contenerme, lo chupaba y lo mordía mientras mi vagina se contraía sobre su bragueta, que crecía por momentos.

—Me equivocaba —sentenció—. ¿Estoy a tiempo de rectificar? Quiero que me folles, necesito que me folles, quiero que me folles y que lo hagas ya —ordené en su oído justo antes de morderle el lóbulo de la oreja.

Él gruñó.

—¿Así, sin más, aquí, en el cuarto de la colada, mientras mi madre está con la tuya preparando el café y tu padre contemplando los pimientos?

—Un buen pimiento es lo que necesito yo ahora, saca el tuyo y no hagas el capullo... —No podía controlarme, ni tampoco las palabras, aunque él parecía reticente; no podía rechazarme de nuevo, no lo soportaría—. ¿Qué te pasa ahora?, ¿vuelves a ser tú el que no quiere?

Me detuve. Carlos encendió la luz, caminó conmigo a cuestas y me sentó sobre la lavadora, que estaba en marcha.

—No, no es eso, claro que quiero, creo que no he deseado algo tanto en mi vida... —Me miraba tan ávido como yo a él.

—¿Entonces? —Me subí la falda lo suficiente como para que viera la minúscula braga de encaje que me había comprado. Sus ojos se desviaron hasta ella.

—¡Joder! —exclamó recolocando su erección—. No puedes hacerme esto ahora, ni aquí —dijo mirando a nuestro alrededor—. Tu primera vez conmigo no puede ser así, ni en un lugar como éste. —Parecía apurado.

—¿Y quién ha dicho que no? Yo te deseo, tú me deseas, ¡podemos hacerlo rápido! ¿Qué más da que sea sobre una lavadora?

Se mesó el pelo.

—Tú te mereces más que eso, cariño.

Se acercó meloso para besarme lentamente, y yo necesitaba que fuera todo más duro y rápido, una extraña urgencia me atenazaba. Enrosqué las piernas en su cintura atrayéndolo hacia mí. Necesitaba sentirlo más profundamente, nuestras lenguas seguían buscándose, aunque la mía no dejaba de atacarlo una y otra vez, provocándolo sin remisión.

Carlos comenzaba a reaccionar... «¡Gracias, María Auxiliadora, va a encender la abonadora!» Con lo a punto que yo tenía el campo para que él lo fertilizara... Su boca se desplazaba por mi mandíbula y sus manos bajaban los tirantes del vestido mostrando el sujetador de encaje.

—No sabes cómo me estás poniendo. —Lo sabía a la perfección porque yo estaba igual.

—Por favor, Carlos, me dijiste que te lo pidiera y lo estoy haciendo: hazlo esta vez y no me dejes en la estacada.

Él cerró los ojos como si estuviera manteniendo una lucha interna.

—No tenemos mucho tiempo, cariño, te juro que la próxima vez me esmeraré más... —Estaba echando mano al botón de su bragueta cuando...

—Oh, oh, oooooooooohhhhh...

La maldita lavadora había comenzado a centrifugar conmigo encima, seguía encajada entre sus piernas, así que aquella vibración tan intensa estaba haciendo que rebotara arriba y abajo a lo largo de su entrepierna. El gusto era demoledor y, como estaba tan al límite, no pude controlarlo...

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhh —grité corriéndome bajo la mirada estupefacta de Carlos. Estaba segura de que estaba

flipando, de que toda la casa habría oído mi atronador aullido.

En menos de dos segundos la puerta se abrió con mi madre, mi suegra, mi padre y mi cuñada asomándose.

—¿Qué sucede, Lucero del Alba, estás bien?

Quería morirme, debía hacer algo si no quería que pensarán lo evidente....

—Es el pecho —dije cogiéndomelo con fuerza.

Carlos abrió mucho los ojos.

—Rápido, Tomás, llame al 112, puede ser un infarto... —  
Lógicamente me estaba siguiendo el juego.

—Voy, hijo, voy. —Mi padre cogió el móvil, que casualmente llevaba en la mano, y yo me vi marchándome de allí en ambulancia —. ¿Emergencias?

—¡No! —grité antes de que todo empeorara—, no es un infarto, creo que era la varilla del sujetador, que como no estoy habituada se me ha clavado...

Todos me miraban incrédulos, como si no pudieran creer lo que oían.

—¿El sujetador? —preguntó Carlos mientras una chispa de diversión prendía en su mirada—. Y yo pensando que te perdía...  
Ay, mi amor, qué susto me has dado.

Me abrazó con alivio para darme un casto beso en los labios. Esa trola no se la tragaba nadie, pero por el bochorno de la situación decidieron callar y dar por bueno mi *clavamiento* de varilla. Salimos todos del cuarto de la colada y Carlos me susurró al oído:

—De ésta no te libras, pequeña mentirosa, vas a cumplir tu penitencia por mentir y por provocar a un agente hasta el límite de la cordura. Voy a follarte tanto que no vas a poder sentarte en una semana, ése va a ser tu castigo...



Estuve a punto de gemir de nuevo. ¡Quería largarme ya y que cumpliera con lo que acababa de decir!

## *Carlos*

¡Menuda mala suerte! Me había pasado con los productos del sex-shop y la colonia de feromonas.

Luz estaba desatada y yo no podía satisfacerla por el lugar donde nos encontrábamos.

Patrick me había dicho que eran la leche, sobre todo el aceite íntimo. No sabía qué cantidad había usado, pero parecía que se hubiese echado el bote entero, estaba en un estado de excitación perpetuo desde que había montado tras de mí en la moto.

Había sentido sus refregones durante todo el viaje, cosa que hizo peligrar mi conducción, la sucesión de acelerones y frenazos me convirtieron en un peligro al volante; por suerte, no había ocurrido ningún mal mayor. El beso del rellano me había dejado fuera de juego, y cuando ya creía que no había mucho que hacer y que conquistarla iba a ser un infierno, se abalanzaba sobre mí como una loba hambrienta, y menuda loba... Durante la comida me costó seguir la conversación, pues me sentía el plato principal, y cuando me arrastró al cuartito pidiéndome que la hiciera mía, casi me dejo llevar.

¡Madre mía! Menudo orgasmo había tenido encima de la lavadora, era la viva imagen de la decadencia y la sensualidad personificada... Aquél no era nuestro momento, y así lo demostraron las cabezas que se agolparon en la puerta al oír su grito.

Di gracias porque sus padres y mi madre nos siguieran el juego. Nadie podía creerse aquella pantomima del aro del sujetador, Luz tenía el vestido por encima de las ingles, estaba sentada en una

lavadora en pleno centrifugado y con los labios hinchados... Vaya, que sólo le faltaba el cartel de RECIÉN FOLLADA, aunque no hubiera sucedido. Era más que obvio que lo que decíamos no era verdad, pero por suerte no dijeron lo contrario y fue un verdadero alivio.

Lo único que no usé con ella fue el afrodisíaco líquido, y menos mal, o a ese ritmo no sé qué habría pasado. Dudaba que fuera a necesitarlo, así que lo guardaría a buen recaudo. Lo que sí iba a seguir usando era la colonia, seguiría echándosela por toda la ropa, la quería completamente volcada en mí hasta hacerla mía. Estaba convencido de que después de haberse acostado conmigo no querría a ningún otro, la dejaría tan satisfecha que sería incapaz de pensar en nadie más.

Lo tenía todo planeado, al día siguiente por la mañana sería el gran día, pensaba llegar una hora antes de lo previsto y terminar lo que había empezado. Roldán hacía ronda conmigo, así que estaba seguro de que me cubriría las espaldas.

Estaba completamente decidido a culminar, y del día siguiente no iba a pasar.

## Capítulo 19

### *Luz*

No podía creerlo, con el calentón que llevaba y tuve que aguantar una sesión de dos horas de álbum de fotos y recuerdos familiares.

Sé que mi suegra no tenía la culpa y que seguramente, en otro momento, la habría disfrutado, pues eran imágenes muy entrañables de toda la familia, pero mi estado de cordura peligró en varias ocasiones..., ni con el *centrifugismo* había tenido bastante.

Por suerte, a medida que avanzó la tarde, pude relajarme un poco, aunque no lo suficiente para no acosar con la mirada a mi poli buenorro.

—Te gusta mucho mi hermano, ¿verdad? —Lucía me miraba divertida, no era mucho mayor que yo y era muy cercana.

—Sí, ¿tanto se me nota? —le pregunté cómplice.

—Un poco, aunque prefiero que sea así, Carlos se merece a una mujer que lo dé todo por él igual que él hace por los demás. —Le devolví la sonrisa—. Según ha dicho, eres su profesora de yoga y su vecina, ¿no? —Asentí—. ¿Así fue como os conocisteis?

¿Cómo le decía que había sido por una tarjeta de visita y un mensaje un poco subido?

—No exactamente, supongo que fue un cúmulo de casualidades. Comenzamos a encontrarnos de manera fortuita y, tras ver que la vida se empeñaba en cruzar nuestros caminos, decidimos intentarlo.

—El destino suele ser muy sabio, nada ocurre porque sí.

—Yo también creo en el destino, ¿tú tienes pareja?

Su rostro se tensó.

—¿Carlos no te ha hablado de mí?

¡Mierda! Debería haber pensado antes de hablar, o por lo menos interesarme por preguntar algo y que no me pillaran desprevenida.

—Bueno, es que todo ha ido muy rápido entre nosotros, ha sido un flechazo y prácticamente lo único que hemos hecho ha sido hablar sobre nosotros... Queríamos ir más despacio, pero mis padres se presentaron de improviso, subieron al piso de Carlos sin avisar y todo se precipitó.

Hizo un gesto de entendimiento.

—Ya, puedo imaginarlo..., otro amago de infarto, ¿no?

Me puse roja.

—Algo parecido. —No me iba a servir de mucho disimular con ella.

—Se nota que tenéis mucha química... No te preocupes, mujer, somos jóvenes y nuestra generación es muy diferente de la de nuestros padres, seguro que ellos ya saben que tú y mi hermano hacéis cosas cuando ellos no están.

«Ojalá fuera así.»

—Menos de las que deberíamos —me salió solo.

—¿En serio? Pues quién lo diría, mi hermano siempre ha sido muy fogoso..., ¿es que acaso no te da lo suficiente?

Me parecía un pelín fuerte aquella conversación, pero Lucía me hacía sentir terriblemente cómoda.

—Es que todavía no hemos..., ya sabes...

Abrió mucho los ojos.

—¿En serio? —Carlos y mi padre se habían ido al despacho, donde, al parecer, guardaban las cañas de pescar, los trofeos de caza del padre de Carlos y cosas que en mí no despertaban interés

alguno, pero para mi padre era como ir a Disney. Mi madre parloteaba incansable con la de Lucía, paseaban por el huerto como auténticas confidentes. Y nosotras nos habíamos quedado rezagadas en el sofá de la terraza, hablando con tranquilidad—. Porque me lo dices tú y no tengo por qué desconfiar, pero me parece prácticamente imposible, ¿es por tus convicciones religiosas? He notado que tus padres son muy creyentes —observó curiosa.

—Supongo que mi educación ha influido, pero básicamente es que, hasta que encontré a tu hermano, no hubo ningún otro que despertara esos sentimientos en mí.

—¡Qué bonito! —dijo suspirando—. Me alegra que mi hermano haya terminado escogiendo una de las buenas para sentar la cabeza, y no una de esas muñecas hinchables con las que no dejaba de ir. Yo no acerté, ¿sabes? —Su mirada se perdió entre las nubes.

—¿Tu relación salió mal?

—Bastante, estoy separada desde hace seis meses y me encuentro tramitando el divorcio. —Se notaba que no se sentía cómoda con su separación.

—Lo lamento.

Se encogió de hombros.

—Más lo lamentó él —suspiró. Pero no siguió con el tema y yo no quise profundizar, había dolor en su mirada, así que no insistí; si quería charlar lo haría antes o después—. ¿Sabes que soy enfermera en el hospital y ahora estoy estudiando para intentar que me den la plaza de jefa de planta? —Negué con la cabeza—. Hay una vacante y varias queremos el puesto.

—Seguro que te lo dan, se nota que te gusta tu trabajo, cuando has hablado de él durante la comida te brillaban los ojos.

—Lo cierto es que sí, desde que tengo uso de razón siempre he estado poniendo tiritas y vendas a las muñecas, supongo que influyeron las veces que vi a mi madre curando las heridas de mi padre. Era un hombre de acción, como mi hermano, odiaba las injusticias, así que siempre estaba mediando en reyertas y terminaba con golpes y cortes. Mi hermano se parece mucho a él. —Mi padre y Carlos acababan de salir a la terraza—. No le hagas daño, Luz, parece muy duro por fuera, pero tiene un corazón que sufre por los que ama, y está claro que a ti te quiere mucho.

Busqué la mirada de Carlos tras sus palabras y mi corazón comenzó a aletear. Él me había dicho que le gustaba, que lo atraía, ¿podía esa atracción convertirse en amor como sugería Lucía?

Vino hasta nosotras y se sentó en medio de las dos, pasando un brazo por detrás de cada una.

—¿De qué hablan mis chicas favoritas? —preguntó dándonos un beso a ambas.

—De lo mucho que te queremos —respondió Lucía.

—¿Las dos? —Primero miró a su hermana y después a mí, era una mirada interrogante, cargada de intensidad.

—¿Acaso lo dudas? —repuso ella—. Ya sabes que yo te adoro, que no habrá días suficientes para agradecerte lo que hiciste por mí. —Recordé las palabras de Ana María aquella vez en clase, sentía un palpito acerca de que algo tenían que ver las palabras de Lucía en todo aquello—. Nunca había visto a una pareja más enamorada que vosotros, excepto a papá y mamá, y eso me hace muy feliz. Me gusta mucho Luz, hermanito, así que cuídala como haces con nosotras.

—Puedes estar segura —dijo él sin apartar la mirada de la mía, disparando los latidos de mi pecho.

—Chicos, ¿no teníais que ir a trabajar? Me dijisteis que os avisara a las seis. — Mi suegra había aparecido para dar la alarma.

—¡¿Ya?! —exclamamos al unísono.

Nos despedimos apresuradamente, no sin antes prometerle que la visitaríamos a nuestro regreso de Formentera. Me daba pena tener que mentirle y que todo aquello fuera una pantomima, se notaba que era una gran mujer, de las que cogen cariño con facilidad.

Incluso mi madre la invitó al pueblo, y no paró hasta que la pobre le aseguró que pasaríamos las Navidades todos juntos en Villapene. Era tradición que toda la familia nos reuniéramos allí para celebrarlas.

Bajamos con mis padres y en la puerta nos despedimos de ellos, debíamos darnos prisa. Carlos y yo fuimos corriendo al piso, no teníamos tiempo de nada. Yo debía cambiarme para dar una de mis clases y él marcharse directamente a la comisaría. Eso sí, antes de irse me dio un beso lleno de promesas que me hizo arder hasta el infinito.

Tras la clase y mi rutina diaria de las tardes, una ducha, una segunda ronda de los productos de Carlos y me fui directa al siguiente trabajo, la línea erótica. Nada más cruzar la puerta mi teléfono comenzó a sonar. Parecía que Mino me estuviera esperando, pues era él quien estaba al otro lado de la línea.

—Gatitas Cachondas, buenas noches, te atiende Lu.

—No sabes cuánto te extrañé ayer —así comenzó la conversación con Mino. Y yo no pude evitar sonreír—. Te estoy oyendo, Lu, te hace gracia que te eche de menos.

—Bueno, más que gracia, me hace ilusión, yo también pensé en ti. —Era cierto.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. —Tenía una voz muy bonita, igual no tan profunda como la de Carlos, pero con un deje rasgado que era muy sexy.

—¿Ha tenido muchas incidencias, doctor Ulloa?

—Veo que recuerdas mi apellido —soltó con sorpresa.

—¿Acaso no debía recordarlo?

—No, más bien todo lo contrario, quiero que te familiarices con él todo lo posible. Además, dice mucho de ti que no lo hayas olvidado. —Nuestras conversaciones siempre hacían que mi cuerpo estuviera en tensión, y más hoy, que estaba tan receptiva.

—¿Y qué dice de mí? —pregunté ronroneante.

—¿Pretendes que te regale los oídos?

—Tal vez —respondí coqueta.

—Muy bien, señorita Lu, creo que eres una mujer inteligente, detallista, perspicaz, sensible; con un gran nivel de empatía, Ah, y también eres divertida, muy muy sexy y seguramente preciosa.

Solté otra risita.

—No me has visto para poder evaluar el último adjetivo.

—Pero sólo porque tú no has querido, ya sabes que yo estoy deseando que me des el «sí, quiero».

—Eso suena a boda.

Ahora el que rio fue él.

—No voy a mentirte, Lu, te dije que aspiro a encontrar a mi compañera de vida y, aunque pueda parecerme una locura, y demasiado precipitada, creo que la he encontrado al otro lado de una línea muy especial...

El corazón me dio un vuelco, no pude evitar sacar el móvil y mirar el post del día del doctor Ulloa. Casi me da el paro cardíaco que no me había dado al mediodía. Había colgado una foto bañándose en el mar, sus ojos parecían más claros que nunca, y había escrito:



No pierdo la esperanza de encontrarte, no me importa la distancia, ni que pertenezcamos a mundos distintos; no me importa que los océanos te oculten, ni tan sólo me importa conocer tu rostro, porque en el fondo mi corazón late por tu esencia y ésa es sólo tuya. Tu nocturna voz me habla de esperanza, aquella que me mece cuando sale la luna arrullándome con tu canto, empujándome hacia ti. Puedes esconderte todo lo que quieras, que tarde o temprano te encontraré y, cuando lo haga, será para siempre.

Estaba temblando, ese mensaje era claramente para mí, aunque debajo tenía trescientas pelanduscas declarándose. Me sentía como la sirena perdida del doctor, él me había llamado así en una de nuestras últimas conversaciones, aunque estaba claro que yo no era la única sirena en el mar, muchas de aquellas mujeres decían querer mostrarle su perla, otras menearle la cola como a Tritón... ¡Serían degeneradas!

—¿Lu? ¿Te he incomodado?

¿Incomodado? Creo que ésa no sería la palabra.

—No, tranquilo, ¿te has planteado que podría ser muy distinta de como me imaginas?

—¿Lo dices por tu físico?

—Podrías llevarte una decepción.

—¿Realmente crees que soy tan superficial?

¿Los tíos guapos no lo eran?

—Luz, soy médico, sé que bajo una cara bonita y un cuerpo perfecto sólo se encuentran los caprichos de la naturaleza, mientras que bajo todo eso late un corazón, uno que puede ser rojo y apasionado, o negro y putrefacto, eso es lo que me importa verdaderamente. ¿Has visto mi post de hoy? —¿Le mentía? ¿Le decía la verdad?—. Sé sincera, por favor.

—Sí.

—¿Qué opinas?

Suspiré.

—Que lo has escrito para mí.

—Cierto, lo he escrito para ti. ¿Qué ves en él? —intenté concentrarme más allá del doctor más sexy del planeta.

—Veo un hombre herido, un corazón que, pese a estar cubierto de cicatrices, late con esperanza. Veo a un hombre que lucha, que es de fuertes convicciones y de profundos sentimientos. Veo a un hombre del que sería muy fácil enamorarse...

Su respiración se agitó.

—¿Crees que podrías enamorarte de un hombre como yo?

¿Podría?

—Es pronto para saberlo.

—Cierto, pero quiero que respondas sin pensar, ¿lo crees posible?

Me pedía sinceridad y yo no tenía por qué no dársela.

—Por lo que conozco hasta el momento de ti, creo que podrías despertar muchos sentimientos en mí. No puedo hablarte de amor, nunca me he enamorado... —Aunque ahora creía que podía estar enamorándome de dos hombres, ¿era eso posible?

—¿Sabes qué me encantaría hacer ahora, Lu?

—¿Qué? —susurré.

—Me gustaría que estuvieras en mi despacho del hospital, que te sentaras frente a mí sabiendo quién soy yo y sin yo saber quién eres tú, ¿sabes por qué?

—No.

—Porque te demostraría que soy capaz de reconocerte sin haberte visto jamás, creo que nuestra conexión es tan fuerte que si alguna vez te viera sabría que eras tú...

Solté el aire que estaba conteniendo.

—Me acercaría con tranquilidad, con paso firme pero seguro, me arrodillaría ante ti para tomar tu rostro entre las manos y besar tu

boca; muy lentamente, regodeándome en el tacto de tus labios y en tu sabor. No me detendría, Lu, porque tú no querrías que lo hiciera, abrirías tus labios para mí dispuesta a que mi lengua se encontrara con la tuya, deseosa de saborearme tanto como yo a ti. Ninguno de los dos tendríamos prisa, sé que es la primera vez que sientes algo así por un hombre, y me encargaré de premiar tu valentía por entregarte a mí. ¿Querrías que te siguiera besando?

—Sí... —Estaba tan metida en la escena que notaba cómo mi garganta se secaba y mi sexo comenzaba a palpitar.

—¿Qué sientes, sirena mía? ¿Quieres que continúe?

—Sí. —Era como si Mino fuera el telefonista y yo la clienta, sentía la sensualidad que envolvía la llamada.

—Bien... Dejaría de besarte por un momento para contemplar tu hermoso rostro y depositar un suave beso en la comisura de tus labios, te diría que te levantarás y te llevaría a la camilla que hay en un lateral. Te pediría permiso para desabrocharte la blusa y besaría cada porción de piel que quedara al descubierto. —Gemí con suavidad—. Eso es, preciosa, déjame que te vea. La blusa caería formando un susurro, mostrándome la dulzura que hay bajo ella... Muero por besar tus pechos..., ¿quieres que lo haga?

—Hazlo. —Tenía la garganta seca y mi voz era rasposa—. No llevo sujetador —me descubrí afirmando.

—No te hace falta, tanta belleza no debería ser ocultada. Bajo la cabeza y me llevo uno de tus pezones a la boca para saborearlo como un dulce anís, tu sabor me embriaga, princesa... —Madre mía, estaba poniéndome muy cachonda—. Tus manos subirían a mi pelo para empujar la cabeza sobre ti, te torturaría con mis dientes, una y otra vez, hasta que gritaras mi nombre... Dilo, Lu.

—Mino.

—Más fuerte.

—¡Mino! —grité. Mis compañeras estaban a lo suyo, y además era una llamada erótica, así que no iban a extrañarse.

—Ahora mismo querría estar a tu lado para acariciarte, para sentir la magia de tu piel en mis dedos, para recrearme en tu sedoso tacto.

Pensé en aquellas manos misteriosas recorriendo mis piernas y no pude evitar acariciar mis muslos con la mía. El calentón con Carlos y las palabras de Mino me llevaban a un punto sin retorno. Miré a un lado y a otro, si metía mis piernas bajo el escritorio y separaba los muslos no sabrían que me estaba tocando.

—Quiero que seas mía, Lu, única y exclusivamente mía para complacerte, para adorarte cada día de mi vida...

Rocé la goma de mi braguita, ese médico me estaba poniendo cardíaca...

—¡Doctor Ulloa, es una emergencia, rápido! —fue una simple frase que oí en la lejanía, pero supe que nuestro tiempo había terminado.

—Lo siento, sirena mía, tengo que dejarte. Si puedo te llamo más tarde, ayer tuve una emergencia y no pude hacerlo, es lo que tiene estar de guardia.

—N-no te preocupes —le respondí algo cortada.

—Está bien, piensa en todo lo que te he dicho y sigue mis posts, a partir de ahora todos mis mensajes van a ser para ti. Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, Mino. —La conversación se cortó y sentí su pérdida al instante.

Mino era tan dulce e intenso que hacía que perdiera la perspectiva, que me dejara llevar por su mundo de príncipes y princesas. «Pero ¿no habíamos quedado que no querías príncipes, sino un empotrador?», me preguntó la insistente voz de mi cabeza.

Mino era el príncipe y Carlos el dragón, Mino me prometía un «felices para siempre» y Carlos una pasión desbordante, ¿qué iba a hacer?

\* \* \*

Llegué a casa con la cabeza como un bombo y el cuerpo ardiendo, me di una ducha para intentar calmar los ánimos, pero nada era suficiente. Entré en la habitación y allí estaba su camiseta, aquella que me abrazaba todas las noches, como Carlos decía.

La tomé entre mis manos para respirar su olor, el del jabón que usaba mi poli, y ese sutil aroma me llevó a recrear todos los momentos que había vivido con él, mientras una sonrisa soñadora se curvaba en mis labios. En el instante en que la deslicé por mi cuerpo lo supe: aunque el doctor me encendiera, Carlos me acariciaba el corazón, y eso era algo que no podía comparar. Además, a Mino no lo conocía, era cierto que telefónicamente conectábamos y que estaba muy bueno, pero lo que sentía por mi poli no era comparable. Había tomado una decisión: iba a entregarme a Carlos en cuerpo y alma, la vida no era de los cobardes, como decía mi tío, si quería conquistarlo debería arriesgarme.

Hacía un calor horrible, estuve tentada de quitarme la camiseta y dormir como Dios me trajo el mundo, pero no quería renunciar a sentirlo de algún modo, así que la anudé bajo mi pecho, me tumbé en la cama y esperé a que el sueño me llevara.

\* \* \*

Me desperté sobresaltada. ¿Alguien había llamado al timbre? Miré el despertador, faltaba una hora exacta para levantarme. Tal vez fuera Carlos, que se había dejado las llaves. Fui hasta el interfono medio adormilada, lo descolgué y, antes de preguntar quién era, me detuve al oír una risa masculina desconocida.

—Sólo se te podía ocurrir a ti..., mira que llamar a mi cuñado para meterle cucarachas a tu vecina... Eres la hostia, Jiménez...

Abrí las orejas como nunca lo había hecho, no reconocía esa voz.

—¡Joder, Roldán, me jodió mucho! ¿Cómo iba a saber que el puto gato era alérgico?

La cabeza comenzó a darme vueltas, no quise seguir escuchando, era él, era su voz. Carlos era quien estaba detrás de lo de las cucarachas y tal vez también de lo de la flor..., ¿estaba intentando volverme loca? ¿Acaso todo lo que había hecho no era más que un absurdo plan de venganza? Y yo pensando que podía sentir algo por mí...

Estaba completamente indignada, llena de ira, no podía controlar mis impulsos de nuevo. Ni lo pensé, dejé la puerta abierta y salí escaleras abajo en tromba.

## *Carlos*

La noche había sido más movida de lo habitual, así que apenas había tenido tiempo de hablar con mi compañero, a quien le habían dado el alta un día antes.

Le pedí como favor que me cubriera, que necesitaba llegar a las seis a casa, antes de que mi bella durmiente despertara. Lo tenía todo planeado, necesitaba hacerle el amor como fuera, no me bastaba con follarla, porque lo que sentía por Luz iba mucho más allá que un simple polvo.

De camino, intenté ponerlo al día y me acompañó hasta la portería discutiendo conmigo cada cosa. Se apoyó contra el telefonillo mientras seguía dándome su punto de vista.

—Te juro que no te entiendo, si lo tienes todo, ¿para qué vas a atarte a una tía? ¡No la necesitas para nada, por buena que esté!

—Es que tú no la conoces, no sabes todo lo que me hace sentir. Luz ha sido un punto de inflexión, me ha golpeado de tal modo que soy incapaz de concebir la vida sin ella, la necesito como jamás habría pensado que podía necesitar a alguien. —Si pensaba en una vida sin ella sentía un vacío similar a cuando perdí a mi padre, y eso sólo podía significar una cosa: la amaba.

Entonces el portal se abrió, sentí una extraña corriente, y eso que estaba en plena calle. Luz salió por la puerta con mi camiseta anudada bajo el pecho, unas minúsculas bragas prácticamente transparentes y sus zapatillas de coneja. ¿Es que se había vuelto loca? ¿Estaba sonámbula o algo así? Caminó con determinación hasta donde yo estaba para coger impulso y plantarme una hostia que hizo que la cabeza me diera la vuelta.

—¡Joder! —exclamó Roldán tan sorprendido como yo.

—A mi gato no lo llames «puto», porque el único puto que hay aquí eres tú, y no vuelvas a dirigirme la palabra en tu vida, ¡so cabrón!

Abrí los ojos desmesuradamente. ¿Nos había oído? Pero ¿cómo? Ella se dio media vuelta para regresar al interior del edificio frente a un atónito Roldán, que la miraba como si se le hubiera aparecido la Virgen, y nunca mejor dicho.

—¡Luz, espera! —intenté detenerla, pero ella cerró la puerta con determinación.

—Wooooow, desde luego que sí te ha golpeado, sí. —El muy HDP soltó una risita.

Abrí los ojos desmesuradamente cuando me di cuenta de cómo se había enterado Luz de nuestra conversación.

—¡Me cago en tus muertos! ¡Todo esto es culpa tuya, mira dónde tienes la puta mano!

Roldán desvió la vista, lógicamente en algún momento había pulsado el botón de mi piso, despertando a Luz y haciendo que se enterara de todo.

—Perdona, don Juan Tenorio, pero que yo sepa no fui el que puso esos malditos bichos bajo su puerta.

Lo miré abatido, en eso estaba en lo cierto, pero también estaba convencido de que ella iba a ser incapaz de perdonarme.

—En eso tienes razón, pero es que... ¡Mierda! ¡Menudo marrón!

—Desde luego que la conejita no va a ponértelo fácil, menudo genio que gasta, con lo chiquitina que es, y menudo culo que tiene... Está para...

Me acerqué a él y lo levanté por la camisa.

—Ni un comentario sobre ella, ¿me entiendes? Luz es sagrada.

Roldán silbó.

—Madre mía, ésta sí que te tiene cogido por los huevos... o por la zanahoria, mejor dicho.

—Tengo que lavar mi imagen, tengo que hacerle entender que todo fue un error —comenté con desesperación.

—A ti no te lavan la imagen ni los payasos de Micolor... No es por meter baza, pero cuando a una mujer le tocas el gato, prepárate para el asesinato. Esa tía es capaz de ponerte arsénico; yo que tú la sacaba del piso. Por mucho que te guste, una mujer enfadada es la criatura más peligrosa y malvada de la faz de la Tierra. ¿Por qué crees que las palabras *muerte* y *maldad* son femeninas? Y no olvidemos *rabia*, *mala leche*, *venganza*, todas llevan el artículo femenino delante, igual que *hostia*, *tortura* y *enajenación mental*



*transitoria*, que sabemos que es lo que alegan todas cuando cometen un asesinato.

Sólo me faltaba Roldán y sus chorradas.

—Pues *galleta* también es femenino, y te juro que te la voy a dar si no te callas, que en vez de animarme estás echando mi ánimo por los suelos. ¿Cómo narices voy a remontar el partido?

—Compañero...—dijo apretándome contra él—, saca el talonario y ráscate el bolsillo, no hay nada que le ponga más a una mujer que un cheque en blanco.

—¡Luz no es una puta! ¡Si es virgen, joder!

—¡Cuidado! —Elevó las manos—. Con la Virgen hemos topado... Eso es sacrilegio, hermano, ¡no puedes tirarte a una virgen! ¿Cómo se te ocurre siquiera intentarlo? Además, que yo sepa, no tienes necesidad, por buena que esté. ¿Por qué no la olvidas y llamas a una de tus conejitas?, seguro que están más que dispuestas a hacer que te olvides de ella.

—¡Porque la quiero! —Roldán se calló en seco— La quiero —repetí sentándome en el borde de la acera mientras él se sentaba a mi lado.

—Macho, eso sí que es estar jodido.

Un taxi se detuvo entonces justo a nuestro lado. La puerta del edificio se abrió y Luz, vestida de calle, con maleta y transportín en mano, salía en dirección al vehículo.

—¡Luz! —grité levantándome para intentar que razonara. Debía impedir que se metiera en aquel vehículo antes de aclarar las cosas.

—Ni te me acerques —me dijo metiendo su maleta en el maletero del taxi—. No quiero que estés cerca de mí y *Lucifer* tampoco, ahora entiendo por qué te tenía tanta manía, y yo diciéndole que eras su salvador... No voy a perdonarte jamás.

—Necesito que me escuches... —La agarré del brazo y ella gritó dirigiéndose a Roldán.

—¡Agente, por favor! Este hombre me está molestando, quiero que me lo saque de encima. —Mi pobre compañero nos miraba al uno y al otro como si no supiera qué hacer—. Soy una ciudadana y este hombre me acosa, además, intentó asesinar a mi gato y usted lo sabe. Solicito su ayuda como agente de la ley, o me lo quita de encima o interpongo una denuncia, a él por acoso y a usted por confabulación y omisión de socorro al no atender mi petición.

Roldán me miró con ojos suplicantes. Estaba claro que no quería verse envuelto de nuevo en una tesitura complicada conmigo. Solté a Luz.

—Necesito hablar contigo, pequeña, necesito que entiendas que fue un error, se me fue de las manos, no sabía lo que iba a suceder, te juro que si lo hubiera sabido no lo habría hecho. Hice todo lo posible para que *Lucifer* se curara y estuviera bien, no puedes hacernos esto por un pequeño error —le dije antes de que entrara en el interior del vehículo—. Luz, yo...

—Me parece increíble que tildes la tentativa de *gaticidio* de *Lucifer* de «pequeño error». ¡Tú, nada! —soltó seca—. Nada es lo que has sido siempre y nada es lo que eres ahora. Que te vaya bien, Carlos, sigue con tu vida, que yo seguiré con la mía.

Después cerró la puerta del taxi y no pude hacer más que contemplar cómo se marchaba. ¿Cómo la había podido cagar tanto?

—Lo siento, tío —Roldán se colocó a mi lado.

—Más lo siento yo, pero te garantizo que esto no va a quedar así, haré lo que sea necesario para recuperarla.

## Capítulo 20

### *Luz*

Pasé el jueves en casa de mi prima Jud. Bueno, más que pasar el jueves, las pocas horas del mediodía y las de la noche.

Me instalé en su sofá hecha un mar de lágrimas. Carlos me había hecho mucho daño, demasiado para poder perdonarle algo así. Había jugado con mis sentimientos, y sobre todo con la vida de *Lucifer*.

Queeney, su pareja, se posicionó del lado de mi adorable vecino, ofreciéndole el beneficio de la duda; según ella, debía escucharlo y tratar de entender qué lo había llevado a hacer algo así, mientras Jud se enervaba con ella a más no poder tachándola de ingenua y de que siempre confiaba demasiado en los demás. Según mi prima, él era un cabrón y sólo podía pensar en cortarle los huevos de una forma muy dolorosa por hacerme sufrir de ese modo desde el principio.

Al final, la pelea subió de tono y ellas terminaron discutiendo y sacando a relucir sus propios trapos sucios como pareja, cosa que me hizo sentir peor de lo que ya estaba. Queeney le achacaba a Jud que solía prejuzgar a todo el mundo, que no daba segundas oportunidades y que siempre estaba dispuesta a hacer sangre con cualquier tema; por otro lado, mi prima le decía a ella que tenía poco carácter, que era demasiado confiada y así terminaba como

terminaba, con puñaladas traperas en toda la espalda, ni un colador de los chinos tenía tantos agujeros, según ella.

En fin, Jud y yo terminamos compartiendo sofá, ella confesándome que su relación hacía más aguas que el *Titanic* y yo sufriendo porque la mía ni siquiera había empezado. Menudo par estábamos hechas.

Al día siguiente, tras trabajar toda la mañana y comer cualquier cosa en un puestecillo ambulante, fui al piso con Jud; necesitaba preparar la maleta para el viaje a Formentera, al cabo de pocas horas salía el vuelo y no tenía nada listo. Ella y Queeny iban a quedarse con *Lucifer* el fin de semana, y el lunes ya podría llevar el gato al piso. Por fin habría pasado el tiempo que había dicho el del control de plagas.

—Sólo espero no encontrármelo —le dije subiendo la escalera. Ver a Carlos y enfrentarme a él era mi máximo temor.

—Si nos lo encontramos, le hago una llave, lo tiro escaleras abajo, lo metemos en el piso y lo descuartizo, nunca nadie sabrá lo que ha sucedido.

Su ocurrencia me hizo reír.

—No seas chiflada, con la suerte que tengo seguro que nos pillarían.

Llegamos a mi rellano y ahí estaba, otra maldita rosa.

—¡Fíjate! —Jud fue más rápida, se agachó y cogió la flor con la nota—. Si piensa que con una flor vas a perdonarlo, lo lleva claro, a ver qué idiotez dice.

Leyó en voz alta antes de que pudiera decir que la flor no era suya:

Hoy comienza nuestra gran aventura, estoy deseando tenerte para mí. Sueño con que por fin puedas verme del mismo modo que yo te veo a ti, sentirme del mismo modo que yo te siento y hacerte mía hasta la eternidad.

—¿Es que está tarado? ¿No ha entendido que no quieres saber nada de él? ¿Qué mierda de disculpa es ésta? Además, ¿a quién pretende engañar? «Hacerte mía hasta la eternidad»..., lo que éste quiere es follarte hasta hartarse y si te he visto finjo que me llamo Evaristo y que no te conozco de nada. Será imbécil el tío...

—No es suya —sentencié quitándole la flor y la nota de la mano. Después abrí la puerta.

—¿Cómo que no es suya? —preguntó sin creerme.

—Al principio pensé que las notas y las rosas eran tuyas, pero cuando le pregunté me dijo que no, y al ver cosas escritas del puño y letra de Carlos en su piso supe que no me mentía.

Entramos y cerré la puerta.

—Un momento, ¿me estás diciendo que llevas tiempo recibiendo flores y notas que no sabes de quién son? ¿Y si se trata de un loco? ¿Y si es un acosador? ¿Por qué narices no me has dicho nada?

Negué.

—No te pongas histérica, ¿quieres?, son de Luis. —Estaba prácticamente segura, nadie más sabía mi dirección.

—¿El segurata de tu curro? —Jud parecía conmocionada.

—Sí, cree que somos pareja, tuve una cita con él, nos dimos un beso y ahora piensa que salimos.

Me cogió del brazo y me llevó hasta el sofá.

—Recapitula para que me entere, haz el favor de contarme eso y de cómo es posible que crea que salís si no es cierto. —Puse a Jud al día sobre Luis, porque sobre Carlos ya lo había hecho la noche anterior—. Así que el segurata cree que eres su novia por un simple beso..., menudo merluzo. Chica, tu gusto para los hombres es pésimo. —Algo de razón tenía, y eso que no le había hablado de Mino—. ¿Puede saberse qué piensas hacer al respecto?

—Pues sacarlo de su error, obviamente.

—¿Y por qué no lo has hecho ya? Joder, eres profe de yoga. No entendía nada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sólo tenías que respirar profunda, lentamente, y decirle que se fuera a la mierda. ¿Qué tipo de tío piensa que por un beso está saliendo con alguien? Ése es mejor que se pierda y que no lo encuentres ni con Google.

Resoplé.

—No es tan malo, simplemente se confundió.

Cuando mi prima se ponía en ese plan me sacaba de quicio, era como si sólo ella fuera concedora de la verdad más absoluta y los demás, unos necios metepatas.

—Pues si se confundió, acláraselo y no hagas más la gilipollas o al final te van a dar un máster. —Jud me estaba ofendiendo a marchas forzadas y yo ya no estaba para soportar depende qué.

—Que tengas menos filtro que el tabaco de liar no te da derecho a hablarme así... Al final, *primi*, le voy a dar la razón a Queeny, no hay quien te aguante, siempre has de quedar por encima, como el aceite, tú nunca te equivocas y los demás somos lerdos. Pues ten cuidado, Jud, o cualquier día te despertarás y estarás más sola que la una.

Mi prima me miraba como si no me entendiera.

—¿Ahora le das la razón a ella? ¿Después de lo que he hecho por ti? —Estaba claro que no entendía nada—. ¿Pues sabes qué te digo? Que paso de tu ombligo, que yo no soy ninguna pelusa que tengas metida en él para que me ignores. Yo no tengo por qué aguantar tus tonterías de inmadura. Si no te gustan mis consejos, me lo paso por el entrecejo. —Se chupó el índice y el meñique de la mano derecha y los deslizó por sus cejas—. Aquí te quedas, y

cuando vuelvas con el rabo entre las piernas porque te ha pasado esto o aquello, vas a Queeny y se lo cuentas.

Mi mosqueo era monumental, casi tan grande como el suyo, estaba cansada de que no escuchara y simplemente diera su opinión. Si yo era una inmadura, ella una prepotente sabelotodo. Si quería largarse, que lo hiciera, no la necesitaba para nada.

Jud se levantó con unos aires que parecía la de *Lo que el viento se llevó* y se largó de mi piso en tromba dando un portazo; sólo le faltó decir eso de: «A Dios pongo por testigo de que lo que me dices me lo paso por el higo». Parecía que todos los planetas se hubieran alineado en mi contra.

Por si fuera poco, había tenido que silenciar el móvil, Carlos lo estaba colapsando con wasaps y llamadas que no quería responder. Terminé bloqueándolo de la aplicación y poniéndolo en modo avión para que no me molestara más.

Intentaría pasar el fin de semana como pudiera y el lunes mismo me pondría a buscar otro piso, no podía ni quería tenerlo de vecino, cuanto antes estuviera fuera de mi vida, mejor.

Hice la maleta con poca cosa, no necesitaba demasiado: un par de biquinis, ropa cómoda, algo de abrigo por si refrescaba y ya; era un retiro, no la Pasarela Cibeles. Maleta en mano, bajé a la calle para parar un taxi que me llevara al aeropuerto. Para mi sorpresa, justo debajo de mi portal estaba Luis. ¡Qué oportuno!

—Hola, Lucero del Alba, he venido a buscarte. —Verlo tan sonriente me dio rabia. Estaba de mal humor y a él parecía que le hubiera tocado la lotería. Lo que no sabía es que si le tocaba la mía tenía todos los boletos para salir escaldado.

—¿En moto? —le pregunté viendo cómo bajaba de aquella atrocidad que lo transportaba—. Dudo mucho que puedas llevar mi maleta junto a la tuya.

—No, mujer, no vamos a ir en moto, la policía nos detendría —me aclaró sonriente—. He venido hasta aquí para que cojamos el taxi juntos, así nos saldrá más barato.

Puse los ojos en blanco... Lo que me faltaba era ir al aeropuerto con él, menudo trayecto me esperaba.

—¿Puedo apuntarme? —Me puse rígida como si me hubieran metido un palo por el culo. Sabía a quién pertenecía aquella voz, y era justo la persona que quería eliminar de la faz de la Tierra.

Cuando me volví para decirle que en el único sitio que iba a montarse conmigo era en el tren que iba a llevarlo directo al infierno, me detuve en seco, pues a su lado estaba su hermana.

—¿Lucía?

—¡Hola, preciosa! Espero que no te importe que vaya con vosotros. Cuando Carlos me comentó lo del finde de yoga y me dijo que estaba abierto a más gente no pude resistirme. Necesitaba una escapada, así que llamé, quedaba una plaza y me apunté. —Eso sí que no lo esperaba. Vino hacia mí como si tal cosa y me abrazó con muchísimo aprecio, no pude hacer más que devolverle el abrazo, aunque no estuviera en mi mejor momento, ella no tenía la culpa—. Así ¿qué? ¿Nos podemos apuntar? Al fin y al cabo, somos casi familia...

—¿Familia? —preguntó extrañado Luis.

Yo me aclaré la garganta.

—Sí, bueno, Lucía y yo somos como hermanas, ¿por qué no vas parando el taxi, Luis?

—Como quieras, amorcito.

«¡Ay, Dios!»

Lucía me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Amorcito? —preguntó.



—Es una historia muy larga, Lu —intercedí con agilidad—. Luis ha estado ingresado en un sanatorio mental, tiene ciertas limitaciones cerebrales y carencias afectivas que le hacen llegar a creer que soy su novia.

Ella nos miró de hito en hito.

—¿Y a ti no te importa? —le preguntó a su hermano como si él tuviera voz o voto en el asunto.

—Es inofensivo, además, trabaja en el centro de Luz. Simplemente no hay que desestabilizarlo, tú síguele la corriente y punto. Por cierto, en el centro nadie sabe lo nuestro, así que te agradeceríamos...

—Si es que eres un gran hombre, no me extraña que Luz esté tan enamorada de ti. —Si ella supiera... Estaba tan enamorada que estaba por llamar a Cupido, pedirle su flecha y clavársela a Carlos cual estaca en pleno corazón—. Por cierto, creo que la discreción no es vuestro fuerte, así que si alguien tiene que disimular no soy yo —terminó sentenciando pizpireta—. Por mi parte no habrá problema, veremos si sois capaces de mantener las manos quietas. —Mi mano para lo único que iba a moverse era para arrearle otro guantazo a su hermano y terminar de borrarle esa sonrisilla, que parecía que no se hubiera enterado de nada—. Espero que no hayas traído sujetadores con aro —sonrió cómplice dándome un ligero codazo.

—Tranquila, directamente no llevo sujetadores —repuse con la mirada puesta en Carlos; sabía cuánto lo incomodaba que no los llevara con hombres pululando a mi alrededor.

Ella dio unos saltitos, mientras su hermano cerraba los ojos resoplando.

—Mucho mejor así, todo más suelto, nada de opresiones, creo que yo haré lo mismo y me libraré de todos los míos, ¡libertad, hermana!

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó Carlos—. ¡Menudo par!

—Exacto, dos cada una, para ser precisos —dije señalándole nuestras delanteras—. Y si te molesta, ya sabes, ajo y agua, tú los llevas colgando todo el día y nadie te dice nada. —Señalé su entrepierna mientras Lucía seguía riendo.

—¡Si es que me encantas, Luz! Justamente mi hermano necesitaba una chica como tú...

Pues lo llevaba claro, a mí ya me había perdido...

—¡Chicos, ya tenemos taxi! —Miré con recelo a Carlos, que me devolvió una mirada críptica. No sabía qué estaba pensando, pero poco me importaba, para mí era como si no existiera, y así fue hasta que casi llegamos a Formentera.

Sabía que lo que iba a hacer no era correcto, pero si me servía para mantenerlo alejado, ¿qué más daba si alargaba un poco más lo de Luis?

En el ferri hablé con mi «novio de pega» y le dije que quería ir más despacio, pero, sobre todo, que delante de la gente no deseaba que actuara como mi pareja. Todo era demasiado precipitado; necesitaba tiempo para que nos conociéramos mejor y para que ambos decidiéramos si nuestra relación era un noviazgo o una buena amistad.

Con la palabra *amistad* puso cara rancia, pero no dijo nada al respecto. Lo de ir más despacio no pareció que le sentara mal, aunque según él estábamos hechos el uno para el otro y si necesitaba tiempo me lo iba a dar.

Le di las gracias por las rosas y le comenté que no hacía falta que me las siguiera enviando. Me miró con extrañeza y me dijo que no sabía nada sobre unas rosas; disimulé diciendo que entonces seguro que se habían equivocado de puerta y eran para la vecina de abajo y pareció quedarse más tranquilo. No obstante, su tranquilidad

hizo peligrar la mía: si Luis decía no saber nada respecto al asunto de las flores y las notas, ¿de quién eran? Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Entre la falta de sueño, la pelea con mi prima, las desavenencias con Carlos y lo de las flores, tenía un mal cuerpo que apenas me aguantaba en pie.

Decidí dar un paseo por la cubierta. En el horizonte ya se vislumbraba Formentera, en un momento estaríamos tocando tierra firme; el aire agitaba mi pelo y sentía ganas de lanzarme al mar dejándome llevar por las olas.

Habría sido bonito, aunque fuera una pésima idea: si me caía al agua sería como una gran piedra cayendo al fondo del Mediterráneo, pues seguía sin saber nadar. Los peces se habrían dado un buen banquete a mi costa. Me apoyé en la barandilla y cerré los ojos por un instante.

—Es bonito, ¿verdad?

Qué poco duraba la paz.

—¿Puedes dejarme tranquila? —protesté.

—Luz, tenemos que hablar, he intentado llamarte y que aclaremos las cosas, pero te has negado, estás cerrada en banda y así es muy difícil.

—¿Y no crees que eso quiere decir algo? No hay que ser muy listo para saber que si alguien no te contesta y te bloquea en WhatsApp es justo porque no quiere saber nada de ti.

Me di media vuelta lista para echarle toda la caballería por encima y entonces me llegó ese aroma que me hechizaba y freía mis neuronas convirtiéndolas en ninfómanas sexuales. ¿Cómo podía oler así de bien? ¿Por qué era tan condenadamente guapo? Ya podría haber sido un orco como Luis y no me habría costado tanto mandarlo a pastar con las vacas. Aunque intentara negarlo, aunque estuviera muy enfadada, mi cuerpo reaccionaba a ese

hombre, como cuando pasas por el escaparate de una pastelería. Su cuello me llamaba para que pasara mi lengua por él y... Me sacudí mentalmente. «¡Basta!» No podía seguir haciéndome eso, era una tortura.

—Nena, lo siento, te juro que en ningún momento tuve intención de hacerle daño a *Lucifer*. —Parecía verdaderamente arrepentido, pero a mí me daba igual, yo era Luz la castigadora y él, un simple mortal. Qué bien me habría venido ser una diosa en esos momentos, le habría lanzado un rayo para que le encendiera las ideas de golpe.

—No soy tu nena ni nada por el estilo, puedo llegar a entender que la «bromita» —dije haciendo comillas con los dedos— se te saliera de madre, pero me mentiste, seguiste como si tal cosa, haciéndome creer que era culpa mía, y eso sí que no te lo perdono. ¿Cuál era la finalidad? ¿Reírte de la vecina tarada? ¿Devolvérmela? ¡Dímelo, porque te juro que no te entiendo! —Estaba muy disgustada y él parecía no saber qué decir o cómo hacerlo—. Tranquilo, no hace falta que digas nada, sé perfectamente qué soy para ti.

—No, no lo sabes —replico agarrándome de los brazos. Cerró los ojos por un instante como si tomara fuerzas para hacer o decir algo—. Creo que ha llegado el momento de que sepas exactamente qué eres para mí, aun a riesgo de que no quieras saber nada después. —¿Ahora le daba el arranque de sinceridad? ¿Ahora era cuando iba a decirme que todo había sido una artimaña para tomarme el pelo? No tenía ganas de escucharlo, porque en el instante que me enfrentara a la verdad, esa que sólo podían contar sus labios, todo lo que sentía por él moriría para siempre y, por el momento, no estaba preparada—. Creo que tienes razón, he sido un cobarde, te

he mentido y no te merecías eso. Tú siempre has ido con la verdad por delante, te juro que a partir de ahora todo será distinto, yo...

—¡Luz!... —era la voz de Ana María.

Creí oír cómo Carlos gruñía, aunque me vino al pelo la interrupción. Era uno de esos momentos en que tú crees estar escuchando una declaración de amor por parte del chico de tus sueños y es justo cuando él te dice que te ve como a una amiga y que su intención no era la de hacerte daño, simplemente no sabía cómo decírtelo.

—Estamos hablando —dijo él de malas maneras, pero a ella no pareció importarle, más bien lo ignoraba y me miraba a mí. ¿Estaría perdiendo Carlos su *sex-appeal* con las mujeres?

—El guía me ha dicho que venga a buscarte, te necesita para organizar al grupo antes de atracar. Vamos, compi.

Me agarró de la mano arrastrándome con ella y yo me así como si fuera un bote salvavidas. Tal vez que Ana María me llevara era justo lo que necesitaba.

—Carlos es un poco pesado, ¿no crees? Siempre intenta acapararte —observó en cuanto nos alejamos.

—Bueno, ya sabes que estoy para todos, hay alumnos que requieren más atención que otros.

Ella se encogió de hombros.

—Por lo menos te he librado de él, se notaba que estabas agobiada.

—¿Cómo? —le pregunté.

—No hace falta que me des las gracias, para eso estamos las amigas, yo estaba paseando y vi cómo te acorralaba. Sé interpretar muy bien a los hombres y sus intenciones, claramente quería ganar un trofeo más contigo, conozco a los tíos como él, recuerda que antes me acostaba con ellos.

—¿Y ahora no? —Prefería desviar el tema y que yo no fuera el centro de atención.

—Digamos que mis gustos han cambiado, ya hablaremos cuando no haya tanta gente alrededor. —Estábamos llegando donde estaba el grupo.

—Entonces ¿no me busca el guía?

Ella negó.

—No, tonta, ha sido una excusa para librarte de él. Estoy tan contenta de que estemos aquí las dos... —Me dio un abrazo tremendamente efusivo—. No sabes lo que significa todo esto para mí, lo que me estás ayudando a encontrar el camino, eres única, Luz. —Estaba pegada a mí como una lapa, llegando a hacer que me sintiera incómoda.

—Tranquila, para eso estoy —la calmé, y poco a poco me fui separando de su abrazo.

—Estoy mucho mejor, ¿sabes? Y todo te lo debo a ti, eres una mujer tan especial, irradas tanta luz... Tus padres sabían lo que hacían cuando te pusieron ese nombre, es precioso y te va que ni pintado... —Ana María estaba completamente eufórica, suponía que eso era buena señal. El barco se detuvo.

—Mira, creo que ahora sí hemos atracado de verdad. Vamos con el grupo, no se vaya a despistar alguien.

Estábamos a escasos pasos del resto de los compañeros. Me tomó de la mano para ir en busca de los demás.

## *Carlos*

Siempre tenía que pasar algo... Una vez que me envalentonaba para contarle a Luz lo que sentía y tenía que interrumpirnos la ninfómana de Ana María.

Fui en busca de mi hermana.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó preocupada.

—Mal, no he podido hablar con ella, nos han interrumpido.

El día anterior había decidido que si alguien podía ayudarme con Luz era mi hermana. La puse al día de todo, necesitaba una aliada, alguien que me aconsejara y me diera el punto de vista femenino. Obviamente, me pegó la bronca padre, pero después me consoló, se dio cuenta de que mis sentimientos hacia Luz eran verdaderos, aunque me hubiera equivocado con las formas, y accedió a ayudarme y seguirme el rollo delante de ella.

—Bueno, tranquilo, hermanito, es normal que esté enfadada, a mí me habría ocurrido lo mismo, pero estoy segura de que ella también te quiere, tarde o temprano se le pasará, sólo hay que empujarla un poquito.

—¿Un poquito? A este paso tendré que arrojarla por la borda para que se dé cuenta. No soporto ver cómo el imbécil de Luis se comporta como si fuera su pareja...

Los miré de refilón y me puse enfermo al ver cómo le pasaba el brazo sobre los hombros.

—Anda, tranquilo, que estoy segura de que es imposible que ese chico le guste a Luz.

—Tal vez antes no, pero con mi metedura de pata creo que ha ganado puntos, ella no es una chica superficial, mira el interior de las personas y yo he resultado ser un capullo... Fíjate en cómo la mira y la coge sin que ella se aparte, estoy convencido de que no ha roto con él, y eso me pone de los nervios... —Yo abría y cerraba los dedos con ganas de retorcerle el pescuezo al segurata de pacotilla.

—Venga, vamos con los demás, que están haciendo señas para que nos acerquemos, todo saldrá bien, ya verás.

Quería creer a Lucía, pero no las tenía todas conmigo, no había nada peor que una mujer enfadada, y obviamente el objeto de mi deseo tenía un enfado de ciento veinte en una escala del uno al diez.

Nada más bajar del ferri nos esperaba un minibús que iba a llevarnos a nuestro destino, la casa rural Es Pas, en la reserva natural de Es Caló, al sudeste de la isla.

Según el guía, la finca tenía ochenta mil hectáreas, no estaba nada mal. La rodeaban tierras de cultivo, con olivos y una gran variedad de árboles frutales. Elaboraban su propio aceite y las mermeladas para el desayuno, lo cual era de agradecer.

El alojamiento era una casa antigua, tenía más de doscientos años, aunque estaba completamente restaurada, contaba con ocho habitaciones, algunas cuádruples, y suites. El alojamiento estaba pensado para albergar un máximo de veintitrés personas. Nuestro grupo era de seis, pero el curso estaba completo, pues habían venido otros grupos para participar en el fin de semana «espiritual». Esperaba que el organizador no fuera un gurú de esos que piden que te abrases a los árboles y se alimentan del sol.

Nada más llegar, nos asignaron las habitaciones. Estábamos repartidos como Luz nos había advertido: Alberto y yo dormiríamos juntos en la habitación Cabrera; Cristóbal y Antonio, en la habitación Menorca; a Luz y a Ana María les tocaba Ibiza (esperaba que el nombre no fuera un prelude de en lo que se iba a convertir la habitación, pues Ana María en Ibiza no me olía nada bien, y lo peor es que Luz iba en ese saco). Mi hermana y Luis iban a compartir habitación con personas de los otros grupos, esperaba que estuviera contenta y no le tocara alguien a quien le olieran los pies. En fin, iban a ser sólo un par de noches, no podría ser tan terrible.



—No sufras —me dijo Lucía, que intuyó mi preocupación—. Me vendrá bien conocer gente nueva.

Teníamos una hora para dejar el equipaje, darnos una ducha y salir a la terraza, donde estaba ubicado el punto de encuentro. Allí nos darían un *planning* de las actividades y después cenaríamos todos juntos.

Nuestra habitación era amplia y bonita, muy acorde con la casa pintada en blanco y con suelos de madera oscura. Contaba con una preciosa terraza con vistas a las dunas, la piscina y al mar. Tenía dos camas grandes, baño con ducha, aire acondicionado y conexión wifi... ¡Menos mal que no estábamos aislados!

—Este sitio es una gozada. —Alberto se lanzó en la cama, que literalmente lo engulló, mientras yo iba en dirección a la ducha.

—No está nada mal.

Él soltó una risa.

—Pero estaría mejor si la profe estuviera con nosotros, ¿no? —Me volví entornando los ojos—.Vamos, tío, que no soy ciego, la profe te pone mucho, ¿y para qué negarlo?, a mí también, aunque está claro que yo no despierto la misma química que despiertas tú en ella... Esos ríffirrafes que os traéis sólo quieren decir una cosa...

—Ilumíname, Míster Hamburguesa.

—Tensión sexual no resuelta —declaró agitando las cejas, y yo lo único que pude hacer fue soltar una carcajada.

—Ves fantasmas donde no los hay, Rey de la Parrilla.

—Entonces no te importará que la tanteé para ligármela, ¿no?

Si mi mirada fuera de fuego, le habría quemado toda la hamburguesa.

Dio una palmada.

—¡Ja, lo sabía! No te preocupes, no voy a pelearme contigo por una mujer... A mí Luz me gusta, pero para echar un polvo o dos.

—No te pases ni un pelo —le advertí.

—Está claro que tú la quieres para más que eso —sentenció—, así que no pienso meterme, aunque sí divertirme viendo cómo intentas levantársela al panoli de Luis..., porque sabes que están juntos, ¿verdad? —Asentí de mala gana—. No sé qué le ha podido ver a ése, si lleva almidón hasta en el culo.

Reí, me hizo gracia la observación.

—Yo tampoco lo sé, lo que sí sé es que de esta isla no salen juntos.

Alberto se carcajeó mientras yo me metía en el baño. Lo había dicho completamente en serio, no estaba seguro de lograr que Luz me perdonara y de que entendiera que era el hombre de su vida, pero por lo menos la apartaría de ese absurdo que no le llegaba ni a la suela del zapato.

Cuando salimos al exterior nos quedamos obnubilados por la belleza del entorno. No había anochecido todavía, aunque las pequeñas estrellas comenzaban a despuntar. Estaba convencido de que, cuando el sol abandonara completamente el horizonte, el cielo refulgiría con un manto estrellado. Me habría encantado que en vez de compartir habitación con Alberto hubiera sido con Luz, le habría hecho el amor dejando entrar la brisa por la ventana, abrigados por la suave luz de las estrellas, que atestiguarían nuestro amor.

Joder, me estaba volviendo un romántico...

Había un pequeño grupo congregado en el punto de encuentro. Alberto y yo nos unimos, rápidamente el organizador nos dio la bienvenida y un folleto explicativo con todas las actividades.

Era un hombre no demasiado alto, pero con un físico cuidado, parecía medio hindú. Llevaba ropa amplia, blanca, como esos de las pelis de Bollywood; iba descalzo y llevaba un puntito rojo en la frente.

—Bienvenidos, soy el maestro Bhaskara. Espero que aprendáis mucho en este día y medio. Aquí tenéis las actividades que se llevarán a cabo, nos dividiremos en dos grupos, el que dirigiré yo y el que dirigirá mi compañera, la maestra Indra. Espero que disfrutéis de lo que hemos pensado para vosotros.

—Gracias —contestamos ambos, y echamos un ojo al folleto.

#### Sábado

08.00 - 08.30 horas Ritual amanecer  
09.00 - 09.30 horas Desayuno  
10.00 - 12.00 horas Yoga nidra: «Regenerando la conciencia»  
13.00 - 16.00 horas Comida y tiempo libre  
16.00 - 18.00 horas Emociones al desnudo  
18.00 - 20.00 horas Tantra en parejas  
21.00 - 22.00 horas Cena

#### Domingo

08.00 - 08.30 horas Ritual del agua  
09.00 - 09.30 horas Desayuno  
10.00 - 12.00 horas Conectando emociones  
13.00 - 16.00 horas Comida y despedida

Releí un par de veces el programa, todo parecía bastante correcto, pero la actividad del tantra me generaba dudas, nunca lo había practicado, pero todo lo que había leído sobre ello tenía que ver con sexo.

—Oye, eso del tantra, ¿no te suena a sexo? —le susurré a mi compañero.

Alberto se encogió de hombros.

—Ni idea, tío, pero yo con ese grupo de chicas de allí me dejo hacer lo que sea... Espero que me toque con la rubia, menuda delantera, con ésa el Barça no pierde ni un partido. —Había un

grupito de mujeres que no dejaban de reír y mirar hacia nosotros—. Creo que tanto ella como las demás estarían más que dispuestas a practicar el tantra ese con nosotros...

Sabía que Alberto no se equivocaba, pero yo no había ido hasta la isla para tirarme al primer grupo de chicas guapas que viera, a mí no me importaba nadie más que Luz.

Al grupo se fue sumando más gente, rebusqué entre los recién llegados para ver si la veía. Por fin la vi llegar con mi hermana y Ana María, las tres caminaban muy sonrientes. Estaba preciosa, con un vestido de tirantes en color verde musgo muy acorde con el entorno.

El maestro Bhaskara e Indra se presentaron oficialmente a todos los asistentes. Al parecer, además de trabajar juntos eran pareja, se los veía muy compenetrados, emanaban una extraña calma que parecía llegar a todos los congregados.

Fueron llamándonos uno a uno para distribuirnos en dos grupos, los que irían con Bhaskara y los que irían con Indra. Por lo que parecía, nuestro grupo se separaba, a mí me habían nombrado el primero para ir con el grupo del maestro; Alberto, Antonio y Cristóbal iban con Indra. Mi compañero estaba contento porque la rubia iba a ir con él, otra cosa es que les tocara juntos, aunque no dudaba que Alberto se espabilaría. Después nombraron a Ana María, que venía en el mío; la siguiente fue mi hermana, destinada a ir con Indra, y también Luis iba en ese grupo. Estaba de los nervios.

—Lucero del Alba Martínez —anunció el maestro, y ella levantó la mano. Contuve la respiración—. Vindrás conmigo. —Casi se me escapa un «¡Bingo!» en toda regla, estaba que no cabía en mí de felicidad, Luz en mi grupo y el pelmazo de Luis en el otro—. Y, por último, Mino Ulloa. —Un hombre de mi edad levantó la mano, los ojos de Luz volaron hacia él y se quedó pálida, como si no pudiera creer que el maestro hubiera dicho ese nombre. Desvié la vista para

ver si podía verlo, pero estaba detrás del grupo de las chicas, así que mi gozo en un pozo. ¿Por qué Luz había reaccionado así? ¿Acaso lo conocía?—. Irás en el grupo de Indra, después os diré las parejas de trabajo, trabajaréis con un compañero todas las actividades y lo escogeremos Indra y yo. —Aquello llamó mi atención, necesitaba hablar con el maestro, había dicho parejas de trabajo y yo necesitaba ir con Luz. Haría lo que fuera para que me tocara con ella, incluso era capaz de sobornarlo si hacía falta—. Bienvenidos a este enriquecedor fin de semana, espero que disfrutéis de la experiencia y que os sirva en vuestro día a día. Ahora podréis sentaros a las mesas para cenar, veréis que en cada una están dispuestos unos cartelitos con vuestros nombres, os hemos mezclado para fomentar la interacción y sacaros de vuestra zona de confort. Dejad que vuestros nuevos compañeros os conozcan y que la energía fluya. *Namasté* —concluyó inclinándose.

Vi que Luz tiraba de mi hermana para hablar con ella a solas. ¿Qué demonios le ocurría? Ahora no podía preocuparme por eso, necesitaba hablar con el maestro en privado, así que lo perseguí hasta conseguir arrinconarlo, no pensaba dejarlo en paz hasta lograr mi objetivo, y tenía claro cuál era.

## Capítulo 21

*Luz*

—¡No me lo puedo creer! ¡Mierda! —exclamé tironeando de Lucía.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —preguntó haciendo un gesto de dolor.

—Ay, perdona, es que no sé cómo gestionar esto... —Comencé a caminar de arriba abajo, sin rumbo—. Estoy sola aquí y necesito... necesito...

Antes de que yo dijera nada más, me abrazó.

—Tranquila, Luz, ¿es por lo de mi hermano? No sufras, lo sé todo, si necesitas una confidente puedes contar conmigo, sé que era todo una farsa, conmigo puedes comportarte como necesites.

—¿Cómo? ¿Lo-lo sabes? —pregunté extrañada.

Ella asintió.

—Ayer me lo confesó, así que si en algún momento necesitas hablar con alguien de lo vuestro o de lo que sea puedes contar conmigo, no voy a meter baza porque sea mi hermano y crea que hagáis una magnífica pareja. —«Pues para no meter baza...»—. Simplemente me ofrezco a escuchar si es necesario, como amiga, si tú me quieres como eso, claro.

—Mil gracias, Lucía, eres un amor, pero no se trata de él, sino de otro.

—¿Es por Luis?

Negué con la cabeza nerviosa.

—¡No! Por otro. —¿Cómo le explicaba lo de Mino?

—¿Otro? —preguntó extrañada—. ¿Qué otro?

Di un cabezazo hacia donde estaba mi doctor. ¿Quién iba a decir que me lo iba a encontrar allí? Estaba temblando, si me oía la voz estaba perdida.

—¿Quién es? —preguntó Lucía cuando salió de detrás del grupo de chicas donde estaba metido—. Es muy guapo.

—Lo sé, se llama Mino Ulloa y es un cliente mío.

—¿Es alumno tuyo? ¿Va a tus clases?

—No exactamente... ¿Cómo de buena eres guardando secretos?

—O hablaba con alguien o estallaba.

—La mejor —contestó besándose los dedos índice y corazón a modo de juramento.

—Perfecto, porque necesito ayuda en secreto de confesión, y eso incluye a hermanos de sangre —expliqué arqueando las cejas.

—Adelante, hermana, soy toda tuya.

Le conté lo de mi trabajo nocturno, sobre cómo el doctor Ulloa había ido ganando terreno llamada tras llamada hasta ahora.

—Vaya, vaya, una virgen como teleoperadora erótica..., ver para creer.

—¿No te importa? —le planteé recelosa.

—¿A mí? A quien debe importarte es a ti. Además, es como ser actriz por teléfono, una algo subidita de tono, pero actriz al fin y al cabo. —Sonrió tranquilizadora—. ¿Y dices que el doctor Buenorro es tu cliente vip?

—Sí, pero es más que eso —repuse bajando el tono de voz.

—Entonces ¿te gusta? —Parecía algo preocupada.

—Yo... yo... no lo sé. A veces me confundo y tu hermano tiene la culpa —le recriminé como si ella fuera Carlos. Por suerte, reulé a tiempo—. Perdona, es que me tiene muy liada y sé que tú no tienes

nada que ver. Carlos me enseña el filete y luego me lo esconde, y yo me he cansado de ser el perrito que va tras él. —Lucía asintió—. Con las charlas telefónicas, Mino fue ganando terreno, pero entonces Carlos me hizo pasar uno de los días más maravillosos de mi vida, después vino la comida familiar, tras la cual me ilusioné, y cuando creía que lo nuestro podía funcionar...

—Te enteraste de lo del gato —sentenció.

—Exacto. Tu hermano me decepcionó mucho y no sé si podré perdonarlo. Ahora Mino está aquí y él me dijo que me reconocería en cualquier lugar, me siento desbordada, no sé cómo actuar o qué hacer. —Realmente estaba desesperada, se me notaba en la voz.

Lucía, en cambio, estaba muy tranquila, supongo que intentaba infundirme paz.

—Recapitulemos entonces. Habías escogido a mi hermano, ¿verdad?

—Sí. —Eso era cierto.

—Bien, pues yo te ayudaré a distraer al doctor si se da el caso. Igual no pasa nada y no debemos actuar al respecto, no estáis en el mismo grupo y quizá no coincidas con él más que por los pasillos o para comer: con evitarlo basta. Si, por el contrario, vemos que no es así, yo te ayudaré.

—Tal vez tengas razón y me esté preocupando sin motivos —comenté más tranquila.

—¡Lu! —Aquel apelativo me dejó clavada en el sitio, me costó reaccionar y darme cuenta de que era una voz de mujer y no una de hombre quien lo usaba.

Miré al frente para toparme con el grupo de chicas que estaban con Mino, avanzando hacia nosotras como si fueran un pelotón de fusilamiento, y lo peor es que él iba en la retaguardia, con la vista fija como si fuera un águila imperial contemplando dos ratones de



campo. «¡Santa Virgen de la Macarena, esto es una condena!» Estaba segura de que Dios me estaba castigando por tantas mentiras.

Me había quedado congelada, mis pies no se movían. Las chicas llegaron hasta nosotras junto a Mino, que nos miraba a ambas tratando de discernir a quién pertenecía el nombre. Obviamente, si se guiaba por la descripción telefónica era yo, pero las chicas se dirigían a Lucía, puesto que así era justo cómo la llamaban.

—Mino, ella es Lu —dijo una rubia de curvas peligrosas señalando a mi amiga.

Él fijó toda su atención en ella, recorriéndola de arriba abajo como si no pudiera creer del todo que se tratara de mí. ¿Estaría pensando que era una mera coincidencia?

—Encantado, Lu. —Se acercó a Lucía y le plantó un par de besos que habrían derretido a cualquiera, aunque a ella parecía no afectarle el doctor—. ¿Y tú eres? —Fijó la vista en mí.

—Es mi amiga, Lucero del Alba. —Supongo que usó el nombre largo para despistar.

Mino se acercó a mí y yo seguía sin hablar, me miró extrañado.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó suspicaz.

—¡No! —exclamó apresurada Lucía—. Es que es muda, aunque puede oírte a la perfección. —«¿Muda? ¿En serio?»

Él me miró con horror y con lástima.

—Vaya, lo lamento mucho, Lucero del Alba, no pretendía ofenderte.

Mino fue a besarme, pero Lucía volvió a saltar:

—Y tiene fobia al contacto.

El pobre dio un salto atrás como si quemara.

—Sólo pueden tocarla personas a quienes les tiene aprecio o confianza; si no, se pone muy nerviosa y comienza a hiperventilar.

—Entiendo —dijo él desviando su verde mirada hacia la de Lucía. ¿Qué había sido eso? La estaba mirando con deseo, fue fugaz, pero estaba ahí, a Mino le había gustado Lucía y no había reparado en mí. Claramente todos los hombres eran unos mentirosos y ése en concreto tenía el radar estropeado. ¿Que iba a reconocerme? ¡Ja! Podría haber sido un murciélago gigante y se habría quedado igual. Era como todos, le ponías una chica guapa delante y se olvidaba de todas las palabras bonitas que decía por teléfono—. Así que eres enfermera..., mis compañeras me han hablado mucho de ti.

—Sí, bueno, soy enfermera y además tengo un trabajo de teleoperadora nocturna. —A Lucía no le tembló el pulso y él fijó los ojos como si acabara de descubrir El Dorado. Increíble, ver para creer. ¿En serio se estaba planteando que ella era yo? ¡Si nuestras voces no se parecían en nada! Estaba claro que el oído se lo había dejado en la bragueta, que comenzaba a abultarse. Ella se esforzaba en imitar mi deje y parecía que para el doctorcito aquello era suficiente. Oír para creer.

—¿Y no te es difícil compatibilizarlo?

—Por el momento no —respondió ella resuelta—. Tengo una reducción de jornada en el hospital, así que puedo hacer ambas cosas, aunque estoy planteándome dejar mi trabajo nocturno. — ¡Anda, ahora iba a quitarme el cliente!

—¿Y eso? —preguntó curioso.

—Hay mucho loco suelto llamando a altas horas de la noche, prefiero llevar una vida más tranquila.

Y yo sin poder decir nada, menudo papelón. Me había tocado la china, mejor dicho: la muda. ¿No se le podría haber ocurrido otra cosa? Si es que... Tironeé de su brazo y cabeceé hacia las mesas donde todo el mundo se estaba sentando.

—Creo que tu amiga tiene hambre —observó el doctor.

Ella le sonrió.

—Es que aún no está acostumbrada a ser muda, le ocurrió hace poco.

Me observó interrogante.

—¿Fue un accidente? —Me miraba demasiado.

—Podría decirse que sí, se metió en la boca el miembro equivocado, el tipo tenía sífilis. —Los ojos me habían dado la vuelta—. La cosa se complicó, se le infectaron las cuerdas vocales..., en fin, un desastre, y como consecuencia perdió la voz.

—Como la Sirenita —terció una de las otras chicas—, aunque ésta un poco porno.

—Claudia, por favor —la recriminó Mino—, son cosas que suceden si uno no toma las medidas adecuadas. Ya sabéis lo peligrosas que pueden ser algunas enfermedades de transmisión sexual, por eso siempre aconsejo en mi consulta el uso de preservativos. —La chica asintió algo conmovida, pero más conmovida estaba yo, que Lucía me acababa de meter una polla en la boca y me había dejado muda de golpe.

—Bueno, nosotras nos vamos, que estamos famélicas, ha sido un placer conocerte, Mino. —Lucía le sonrió y después se despidió de las chicas—. Nos vemos más tarde en la habitación. —Ellas le devolvieron la sonrisa.

Y por fin pude largarme con ella sintiendo la abrasadora mirada del doctor Ulloa hacia mi compañera de fatigas. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, la increpé.

—¡¿Es que estás loca?! ¿Muda? ¿Sífilis? ¿Teleoperadora nocturna? ¿No te das cuenta de que cree que tú eres yo? Ya te vale...

—¿Y qué más da? Mira, Luz, a mí los hombres no me interesan, puedo mirarlos, pero no quiero uno cerca ni a cien metros, y lo de la

enfermedad fue lo primero que me vino a la mente —resopló.

¿En qué estaría pensando para que le viniera eso?... Un momento ¿acababa de decir que no le interesaban los hombres?

—¿Eres lesbiana? ¿Por eso te separaste?

Soltó una risa que no le llegó a los ojos.

—No, cielo, me separé porque mi marido me daba unas palizas de muerte, era traumatólogo, así que sabía cómo darme en el lugar exacto sin dejar rastro.

Me quedé conmocionada por un momento.

—¿Te maltrataba?

Sus ojos se inundaron de dolor, aunque no lloró, era de ese que se te queda adherido a las fibras del cuerpo, del que, aunque lo intentes, no eres capaz de desprenderte. De ese que se incrusta bajo la piel y sólo hace falta una brizna de recuerdo para que arrase tu alma llenándola de desasosiego. El que es capaz de opacar los ojos de una mujer y que ésta agache la cabeza sintiéndose culpable.

—Sí, hasta que Carlos intervino.

—¿Tu hermano?

Caminamos por un momento en silencio hasta que se detuvo, no había nadie cerca.

—Exacto, ¿por qué crees que lo condenaron a ir a tus clases? —Lo cierto es que no me lo había planteado. Lucía prosiguió—: Una noche, él y Roldán recibieron un aviso de mis vecinos, mi marido se había pasado con la bebida. Veníamos de un congreso médico y me acusó de coquetear con el jefe de urgencias, cuando lo único que estaba haciendo era ensalzar a mi marido delante de él. Inmediatamente abandonamos la fiesta, yo ya sabía que la noche no iba a terminar bien, pero no hice nada al respecto, nunca hacía nada —sus ojos estaban vacíos al recordarlo—, me limitaba a callar

y aguantar la paliza hasta que se cansaba; pero esa noche fue distinta, se le fue de las manos e hizo algo que nunca antes había hecho. —Hizo una pausa, yo tenía el corazón encogido ante sus palabras—. Me rompió una silla encima. —La miré espeluznada—. Los vecinos oyeron ruido y pensaron que habían entrado a robar, así que llamaron a la policía. Por suerte, mi hermano oyó el aviso por radio; él y Roldán habían acabado el turno y ya regresaban a comisaría. Como estaba cerca y reconoció la dirección, vino cagando leches pensando en detener a los ladrones. Mi familia nunca sospechó lo que ocurría entre nosotros, no me atrevía a contar nada, era tal el terror y la impotencia que sentía que nunca dije nada a nadie. —Estaba completamente acongojada por lo que me estaba contando—. Llegué a creer que merecía aquellas palizas, que eran culpa mía por molestarlo, por no hacer las cosas a su gusto, yo sólo quería ser la mujer perfecta, como lo era mi madre con mi padre, sentir ese amor de pareja que ellos se profesaban; pero nunca fue así. —Tenía todo el vello de punta mientras escuchaba a aquella mujer, que nadie habría dicho que fuera una víctima de maltrato—. Mi hermano jamás imaginó que iba a encontrarme allí, tumbada en el suelo, inconsciente, cubierta de sangre y con el brazo roto, mientras mi marido sostenía una pata de la silla en la mano.

Ella no lloraba, pero a mí las lágrimas me caían a borbotones.

—Lucía...—susurré sorbiendo por la nariz. Sentía su congoja como propia. ¿Cómo había podido soportar algo así?

—No sé qué ocurrió exactamente, porque había perdido el conocimiento, pero al tiempo Carlos me lo contó. No pudo controlarse, ¿sabes? Él, que tenía un expediente intachable, que era el orgullo de la comisaría por su sangre fría en las situaciones de peligro, no pudo controlarse. —Aquello me hizo recordar el

incidente del tipo que intentó abusar de mí—. Le dio a mi ex la paliza de su vida: si yo estaba mal, él terminó peor. Roldán me estaba atendiendo y llamando a la ambulancia cuando la patrulla asignada llegó a mi domicilio, así que no pudo hacer nada por cubrir a Carlos. Cuando los policías llegaron, tenía a mi ex medio muerto entre las manos. —Era horrible—. Juzgaron a mi hermano por excederse, aunque, cuando subí a declarar y relaté el infierno que había sido mi vida, el juez se ablandó. Dentro de lo malo que podría haber sido, todo quedó en unas clases en tu centro para controlar la ira y la agresividad, más los trabajos comunitarios, aunque eso no le supone un esfuerzo, él siempre ha colaborado con la comunidad. Carlos tuvo que aceptar las clases a regañadientes, era eso o perder la placa y el arma, y suspensión de empleo y sueldo.

—Madre mía, Lucía, no sé qué decir. —Aunque en esos momentos Carlos había subido del cero al cien en mi escala de hombres.

—No hace falta que digas nada, todo aquello forma parte de mi pasado. Sigo yendo al psicólogo una vez a la semana. Me ha ayudado mucho con mi autoestima, la tenía por los suelos. —Era lógico, una mujer maltratada necesita ayuda para volver a creer en sí misma—. Por eso no quiero saber nada de los hombres, y menos si son médicos, sólo quiero ser feliz, recomponerme, y no necesito a un hombre para ello.

—Entiendo —confesé contrita.

—No quiero que pienses que mi hermano es violento, porque no es cierto. Simplemente me protegió, porque así es Carlos, irracional cuando le tocan lo que más ama. —Otra vez vino a mí la imagen de la noche de mi abuso..., ¿me amaría también a mí y por eso reaccionó de aquel modo?—. Y ahora alegre esa cara, mujer, vamos a cenar y a pasarlo en grande. Anda, toma un pañuelo. —Intenté

sonreírle y hacer como si no hubiera ocurrido nada, pero obviamente había ocurrido.

Lucía, una mujer hermosa y fuerte por fuera, estaba llena de cicatrices por dentro, unas difíciles de sanar, unas que apenas lograba imaginar. Busqué a Carlos con la mirada y lo vi allí en la lejanía, hablando con el maestro, muy serio. ¿Podía haberme equivocado tanto con él? ¿Realmente lo de mi gato había sido una broma que se le fue de las manos?

—Mi hermano es un buen hombre, Luz —susurró ella a mi oído—, tiene muchos defectos, pero es una buena persona, nunca habría hecho nada que te dañara, porque te quiere tanto o más que a mí, y cuando mi hermano ama a alguien se lo entrega todo, no lo olvides.

No respondí, simplemente seguí observándolo pero sin acercarme, sintiendo cómo mi corazón golpeaba con fuerza contra mi pecho, como si quisiera decirme que lo escuchara, que no me dejara guiar por la cabeza, que por una vez sintiera, que viera a través de sus ojos, porque, al fin y al cabo, son los que cuentan.

\* \* \*

La cena fue tranquila, en la mesa me tocó gente de mi grupo: Ana María, un chico que era triatleta y colaboraba con proyectos para el Tercer Mundo, y un biólogo marino. Mis ojos buscaron a Carlos prácticamente toda la noche, él estaba con Alberto y dos de las chicas que iban con Mino. Algo se enroscó en mi pecho cuando la morena que tenía al lado empezó a sobetearlo, riéndose sin parar a cada frase que él soltaba.

Se me llevaban los demonios, me dieron ganas de levantarme y sacarlo de allí conmigo. Definitivamente me estaba trastornando,

este hombre era capaz de llevar mis sentimientos encima de una montaña rusa, lanzarlos en tirabuzón por un precipicio y recogerlos con un huracán para catapultarlos a la estratosfera. Así no había quien se aclarara.

Lucía estaba en la mesa del doctor y éste no dejaba de mirarla como si fuera el plato principal. ¡Madre mía, ¿dónde iba a terminar eso?!

Cuando acabamos de cenar, los anfitriones nos invitaron a una fogata en la playa, que estaba a doscientos cincuenta metros.

Una vez sentados sobre las mantas dispuestas alrededor del fuego, el maestro Bhaskara sacó una guitarra española y empezó a entonar con suavidad dulces canciones hindús que invitaban a la relajación. Me recosté sin perder de vista el cielo, calentándome bajo el crepitar de las llamas.

La noche estaba preciosa, no había una sola nube, así que me tumbé para contemplar cómo las estrellas encendían el infinito. Me habría gustado sacar la cámara para captar la belleza del momento.

Nadie hablaba, nos limitábamos a sentir la paz del entorno, a fundirnos con el ronroneo perezoso de las olas, que embastaba a la perfección con aquellos cantos ancestrales.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero para mí fue suficiente para viajar, recorrer mi vida de hito en hito, desde la niñez hasta la actualidad. Reviví los sueños que nunca supe que tenía hasta Carlos, había hecho falta que él llegara a mi vida para abrirme los ojos y mostrarme qué era lo que realmente deseaba.

Había comenzado a entender que la pérdida de mi virginidad se había convertido en mi objetivo vital, en un auténtico maratón, como si me fuera la vida en ello, cuando lo realmente importante nunca había sido eso.



Me había focalizado tanto en aquel absurdo que había perdido la perspectiva, mis sueños se habían extraviado por el camino y, de paso, había olvidado que lo realmente importante no era dejar de ser virgen, sino encontrarlo a él. A la persona que agitara la sólida burbuja que había construido a mi alrededor, al que hiciera tambalear los cimientos de mi intensa pero predecible vida, al que me sacudiera de pies a cabeza con el ímpetu del primer amor, porque estaba convencida de que él era mi primer amor, aunque nunca pude olvidar a aquel idiota de mi juventud en Villapene. Supongo que en aquel momento comenzó todo, un ciclo que debería haber cerrado hacía mucho, dándole la importancia que merecía y no todo el peso que le había dado.

Los acordes de la guitarra cambiaron, haciendo que me incorporara. Reconocía esa canción que tantas veces había cantado en mi piso, desgañitándome y sintiéndola como mía, sólo que esta vez no era yo quien la cantaba, sino una voz más ronca y sedosa.

Tenía los ojos puestos en mí y sólo en mí. Sentía cómo se desgarraba su voz a cada palabra. *Déjala que baile* era un canto de libertad, un canto a la mujer, una canción interpretada por Alejandro Sanz, Melendi y el rapero Arkano, pero con Carlos tomaba un cáliz diferente.

Se la cantaba a la mujer que habita en mí, dándole la opción a escoger, a ser ella misma, siendo libre, sin constricciones. Yo debía elegir qué quería y con quién, nadie más tenía ese poder.

Nunca una canción me había llegado tanto, ni acariciado mi corazón de aquella manera. Cuando terminó le devolvió la guitarra al maestro y vino hacia mí decidido.

—Me fastidian tanto los tíos que cantan con guitarra, siempre piensan que a una le estallarán las bragas cuando los escuchen. —  
La voz de Ana María me sacó de mi ensoñación.

—¿Cómo dices? —pregunté rompiendo el contacto visual con Carlos. Las demás personas estaban charlando, mientras que la guitarra había cambiado de manos para caer en las de una chica que había escogido un tema de Malú.

—El poli. ¿Es que acaso no te has dado cuenta? Te ha cantado esa canción para meterte en su cama, ha elegido ese tema a propósito, para ir de guay contigo, cuando es igual que los demás. Primero le mete la lengua a la morena con la que ha cenado y después intenta llevarte al huerto a ti. —Las palabras *lengua* y *morena* perforaron mi cerebro como un taladro de broca gruesa.

—¿La morena?

Ella asintió.

—Los he visto con mis propios ojos, justo antes de bajar a la playa. No sé si le habrá dado tiempo a echarle uno rapidillo, pero te juro que la lengua se la ha metido hasta la campanilla.

—Luz, ¿podemos hablar? —Carlos había llegado hasta nosotras y yo volvía a tener la cabeza revuelta, no me sentía bien, tantas emociones juntas me colapsaban.

Me levanté medio mareada.

—No, lo siento, no me encuentro bien, creo que me marchó a mi habitación a descansar —afirmé sin mirarlo.

—Tranquila, que yo te acompaño —respondió solícita Ana María —, así tú puedes seguir entreteniendo a tu compañera de mesa, seguro que le encantará que le cantes al oído.

—Ya la acompaño yo —se ofreció Carlos—. No soy ningún mono de feria que deba ir entreteniendo a la gente; además, ella se entretiene sola. —Ambos mantenían una guerra visual que yo debía zanjar.

—Mejor hablamos mañana, Carlos, no estoy de humor, y Ana María tiene razón; seguro que ella es más divertida que yo en estos

momentos y te complace mucho más, diviértete.

Me marché agarrada del brazo de mi compañera intentando ordenar todo lo que me ocurría sin poder hacerlo, estaba completamente desubicada. Apenas recuerdo cómo llegué al cuarto.

—Ay, Luz, estás muy pálida, deja que te ayude a ponerte cómoda. —Ana María me quitó el vestido por la cabeza, dejándome en bragas—. Si yo tuviera unas tetas como las tuyas, iría todo el día en *topless*, las tienes tan bien puestas...

De repente me dio vergüenza que las estuviera contemplando con tanta fijación. Fui al armario para buscar algo para cubrirme mientras ella se desnudaba y se tumbaba tal como Dios la trajo al mundo en la cama. Tenía un cuerpo bonito, cuidado y curvilíneo.

—Espero no incomodarte, siempre duermo desnuda, y aquí hace tanto calor...

—Haz lo que quieras. —Retiré las sábanas y me metí debajo, no tenía ganas de cháchara—. Disculpa si no te doy conversación, necesito descansar, no me siento muy bien.

—Claro, no te preocupes por mí, yo me ocuparé de que nadie te desvele ni te moleste, para eso están las amigas. Tú me has ayudado mucho, Luz, y ahora es mi turno de devolvértelo, yo me encargaré de ti.

Cerré los ojos con una extraña sensación en el cuerpo, no me sentía a gusto, menos mal que sólo iban a ser dos noches.

\* \* \*

Me pasé la noche soñando con Carlos, Luis y Mino. Alguien acariciaba mi cuerpo, lo recorría con suavidad como si una mano fantasma se recreara en él. No lograba ponerle cara, pero sentía que me angustiaba ese toque furtivo. Me desperté con un regusto

amargo en el fondo de la garganta, mi compañera estaba completamente pegada a mí, agarrándome un pecho. Me incomodó mucho aquella familiaridad. Salí de la cama como pude y me metí directa en la ducha. No sabía qué hora era, pero estaba convencida de que faltaba poco para comenzar el día.

Me puse una camiseta de tirantes blanca y un pantalón corto a juego, quería ir cómoda y hacía mucho calor. Me planté un moño alto y listo, estaba preparada para enfrentar mi día.

Cuando salí del baño Ana María ya estaba despierta.

—Buenos días, Luz, estás preciosa esta mañana, se nota que te sentó bien dormir anoche.

—Gracias, supongo que sí me sentó bien.

Se levantó de un brinco.

—A ver si con un poco de suerte nos toca juntas... —Me rozó el brazo y volvió a mí esa sensación de rechazo—. ¿Me esperas? No tardo nada, así desayunamos juntas.

Fui a por el móvil para fijarme en la hora, quedaban treinta minutos para el desayuno.

—Mejor nos vemos allí, necesito tomar el aire un rato.

Su gesto se torció un poco, pero se repuso con agilidad.

—Está bien, como quieras.

En cuanto entró en el baño consulté rápidamente Instagram. No sé qué me impulsó a hacerlo, o tal vez sí, lo único que sé es que busqué el post de Mino.

Había una foto suya sentado en una barandilla, mirando la luna.

A ella fue a quien le pedí encontrarte, y parece que escuchó mis ruegos. Quiero perderme en tu mirada una y otra vez, pero sobre todo quiero volver a saborear tus labios de nuevo.

Abrí unos ojos como platos..., ¿cómo que saborear sus labios de nuevo? En un inicio pensé que al fin se había dado cuenta y estaba

hablando de mí, pero cuando dijo lo del beso me dejó fuera de juego. ¿El doctor había besado a alguien? Obviamente, sólo había una persona que me lo pudiera aclarar.

Salí del cuarto en busca de Lucía. Me había dicho que estaba en la habitación Es Vedra, así que seguí las indicaciones hasta llegar allí. Golpeé la puerta con suavidad y me abrió una de las chicas del grupo del médico, concretamente la morena con la que Ana María había visto liándose a Carlos, la misma que me había llamado Sirenita.

—Lu, tu amiga Ariel ha venido a buscarte. Pasa, bonita, que no te vamos a cobrar.

Dentro, las chicas estaban arreglándose. Lucía salía del baño con una toalla en la cabeza y un minúsculo bikini blanco que no dejaba nada a la imaginación. Menudo cuerpazo que tenía.

—No se llama Ariel, se llama Luz —replicó molesta a la lagarta—. Hola, preciosa, pasa, voy a presentarte a las chicas. Ella es Annette —una rubia de hoyuelos y nariz pecosa me sonrió—, Claudia —era la morena que me había abierto y a la cual yo miraba con cara de disgusto. Era muy guapa, muy alta y muy delgada, MUY todo. Parecía la típica modelo de pasarela, la típica chica que les gustaba a los tíos como Carlos— e Indira —terminó la presentación. Esta última era bajita como yo y bastante rellenita, con una sonrisa contagiosa—. Las tres trabajan juntas y son enfermeras como yo.

Eso de no poder hablar era una porquería, les sonreí.

—Pues, como te decía, Lu, ese chico es muy mono —prosiguió Annette con expresión soñadora, como si las hubiera pillado en medio de una conversación—. Estuvo toda la noche tirándome los trastos y al final no pude decir que no... Hoy el escalón de la piscina lleva nuestro nombre...

—Serás putón —replicó Claudia—. No pienso meterme en esa piscina, menudo asco.

—Pfff —protestó la rubia—, como si tú no hubieras hecho lo mismo si hubieras podido. Además, usamos condón, guapa, así que no te preocupes, no vas a quedarte embarazada por nadar en sus aguas. Estoy convencida de que si el hermano de Lu te hubiera hecho caso habríamos acabado los cuatro en el escalón.

Desvié la mirada hacia Lucía, que se mordió el labio.

—No voy a negarte que es cierto que lo intenté con él, pero para lo que me sirvió... —Se volvió hacia Lucía—. Tu hermano está muy bueno, pero es un soso de cuidado, no sé si es que es gay o qué le ocurre, porque no será porque no lo intenté: le metí la lengua hasta la tráquea y el muy pavo me apartó...

Vaya, así que no había sido él... Me sentí eufórica al oír que la había rechazado.

—Mi hermano no es soso, ni gay, simplemente ama a otra. — Lucía no apartaba su mirada de la mía.

Yo enrojecí y Claudia desvió los ojos hasta mí.

—¿A quién? ¿A la muda? ¿En serio? —Parecía sorprendida.

—Es muda, no sorda.

Claudia pareció avergonzarse al momento.

—Perdona, Luz, no era por desmerecerte, simplemente me ha sorprendido. —De buena gana le habría soltado cuatro frescas.

—Pues no sé por qué. Luz es preciosa y tiene un corazón que muchas querrían para sí. A veces las palabras están sobrevaloradas, sobre todo dependiendo de quién provengan.

El ambiente se tensó con el zasca en toda la boca de Lucía. Indira carraspeó y después soltó la bomba.

—A quien no le sobraron las palabras fue al doctor Ulloa contigo —comentó risueña—. Menudo paseo os pegasteis los dos solos.

—Sólo charlamos —aclaró Lucía acabando de vestirse, aunque parecía agitada y habló más rápido de lo normal.

—Nadie lo diría..., tenías los labios muy rojos e hinchados cuando entraste por la puerta.

Lucía se quitó la toalla del pelo y agitó su cabellera al viento mientras Claudia la miraba suspicaz. Claramente la morena se la tenía guardada por lo de antes.

—Eso es porque comí una fruta sin lavar y me hizo reacción.

—¿Y qué te comiste, guapa? ¿No sería un buen plátano?

Las tres se rieron, mientras la hermana de Carlos enrojecía.

—Todo el mundo sabe que los plátanos son de Canarias, y estamos en Formentera —replicó.

—Pues yo creo que nuestro doctor tiene uno bien jugoso en la bragueta, ¿seguro que no te lo dio a probar? —Annette hizo un gesto obsceno con la mano y la boca simulando una felación—. Si el doctor Ulloa me saca el platanero, le como el árbol entero.

Todas echaron a reír excepto Lucía, que parecía molesta.

—Tú eres peor que la mona *Chita*: plátano que ves, te lo llevas a la boquita. —Ésa fue Claudia, y las tres enfermeras seguían con el cachondeo—. Cuéntanos, Lucía, ¿cómo la tiene el doctor?

Ella resopló.

—Dejadme en paz, no hice nada con él, son sólo elucubraciones vuestras.

—Pues menuda lástima —suspiró Annette—. Todas tenemos ganas de saber quién es la persona misteriosa a la que dedica todos esos posts de Instagram... ¿Seguro que no os conocíais de antes y sólo charlasteis?

—Seguro —aseveró ella.

Las chicas parecieron darse por satisfechas, pero yo no.

—Es que el doctor Ulloa es el soltero de oro del hospital, nunca ha ligado con ninguna enfermera, y eso que no ha habido una que no se le ofreciera. Se ha llegado a decir que es gay, pero, claro, nadie lo sabe a ciencia cierta. Además, no lo hemos visto mirar a una mujer así desde que trabajamos con él, excepto a su vagina, y obviamente porque es ginecólogo. Hay tantas mujeres suspirando por que el doctor les haga una revisión completa y en vez del palito de la citología les monte una orgía...

—Veis fantasmas donde no los hay, entre el doctor y yo no hay ni va a haber nada, sólo charlamos y paseamos. Tampoco hablamos de su sexualidad, así que desconozco si le gustan los hombres o las mujeres. —Menuda pedazo de actriz estaba hecha mi cuñada, estaba claro que a Mino le gustaban las mujeres—. Además, si hay tantas a su alrededor, ¿por qué yo tendría que ser diferente? —Era esperanza lo que había percibido en esa frase.

Y no fui la única que la notó, pues Annette se lanzó sobre la cama diciendo:

—¡Ay, Mino..., a Lucía le arde el gamusino! ¡Creo que deberá hacerle una revisión completa si no quiere que se vuelva majareta!

Casi estallo en carcajadas al ver el color rojo de los mofletes de la hermana de Carlos.

—Vamos, Luz, que éstas sólo tienen ganas de reírse a mi costa y yo no tengo ninguna.

Las otras tres no dejaban de carcajearse.

—Huye, cobarde, pero sabes que tenemos razón..., el doctor Ulloa te hace tolón, tolón.

—Os equivocáis, yo no soy la vaca lechera.

—No, ¡simplemente se la quieres comer entera! —gritó Claudia antes de que Lucía cerrara la puerta sofocada.



—No sé qué mosca les ha picado a éstas, están como una regadera.

—Como una regadera no sé, pero besarlo lo has besado.

Ella suspiró.

—¿Tú también, Luz?

Me encogí de hombros, sacándole el móvil.

—A las pruebas me remito, si no, ¿a quién le ha escrito este post el doctorcito? —Puse la pantalla frente a sus ojos y, cuando terminó de leer, suspiró apenada.

—Ay, lo siento, Luz, te juro que no sé qué pasó, ni cómo, fue una tontería... Yo paseaba por la playa, él me siguió y dijo: «¿Lu?», a mi oído, yo me giré diciendo: «*Oui, c'est moi*», como si fuera el anuncio de la colonia, y me besó. Por un instante me dejé llevar, supongo que necesitaba volver a sentir el deseo de un hombre, aunque fuera una quimera: él creía que yo eras tú. Después comenzó a decirme cosas tan bonitas... —Volvió a suspirar—. Nunca un hombre me había hablado ni mirado así, por un momento me sentí especial, tanto que no lo saqué de su error, y me encontré besándolo como si me fuera la vida en ello, pero te juro que no ocurrió nada más. Curiosamente, no me sentía molesta, más bien divertida y alegre porque Lucía pudiera volver a sentir algo por alguien, aunque fuera simple atracción.

—¿Y? —pregunté sonriente—. ¿Te gustó el beso? Porque a él sí —dije mostrándole el móvil.

Casi me lo arranca y no pudo evitar sonreír.

—¿Crees que ese mensaje es por mí?

—¿Y por quién, si no? ¿Crees que el doctor Buenorro va besándose con todas después de lo que han dicho esas arpías que tiene por enfermeras? —Ella negó—. Lo que tú necesitas es un buen empujador, y estoy segura de que es el bueno del doctor.

—¿Un empujador?

—Exacto, uno que te empuje bien por todos los rincones de tu casa: contra la lavadora, contra el sofá, contra la cama... —Me pasé las manos por el cuerpo de un modo excitante.

—Pues aplícate el cuento, bonita, creo que antes de que me empujen a mí te toca a ti —replicó sonriente mientras me daba un empujón inesperado que me lanzaba propulsada hacia delante.

Tropecé y, por suerte, caí contra un cuerpo duro que me recogió.

—Buenos días a ti también, preciosa. No sabía que el cielo estaba de oferta y lanzaba ángeles esta mañana. —Levanté la mirada, sonriendo aún por las bromas con Lucía, para encontrarme con el perfecto rostro de su hermano—. Si llego a saberlo, vengo antes.

Tenía las manos apoyadas en su pecho, notando todos aquellos músculos agolpándose bajo mis palmas. Los latidos iban *in crescendo*, como el calor que comenzaba a prodigarse por mi cuerpo. Reconozco que me costó salir de su abrazo, me sentía tan a gusto que habría sido capaz de ronronear. Con mucho esfuerzo me aparté para contraatacar, aunque no fuera lo que me apetecía exactamente.

—Más querrías tú que yo me lanzara encima de ti. —Me aparté haciéndome la digna y la ofendida.

Cada vez se me daba peor fingir, mi enfado con él se había reducido a simples cenizas, ya no quedaba nada, estaba completamente pulverizado. Lo del gato había pasado a ser una anécdota; al fin y al cabo, *Lucifer* estaba bien, y era cierto que Carlos hizo todo lo que estuvo en su mano para arreglarlo. Nadie sabía que mi gato era alérgico, ni siquiera yo misma. ¿Cómo iba a saberlo él? Fue un error, mis bromas hacia él tampoco se habían quedado cortas. Lo había perdonado, aunque mi poli no lo supiera.

—Eso seguro —afirmó—. Me encantaría que te lanzaras porque siempre estaría ahí para cogerte.

—Anda, tortolitos, será mejor que vayamos a desayunar.

Entonces lo recordé: Carlos creía que yo no sabía que su hermana sabía que lo nuestro era mentira... Menudo embrollo, sólo de pensarlo ya me había liado hasta yo.

—Es que me cuesta tanto despegar las manos de tu hermano... —Me acerqué a él, lo tomé del cuello haciendo que se inclinara y le lamí el lóbulo de la oreja. Carlos se puso rígido y su nariz de Pinocho comenzó a buscar la boca de mi ballena—. Ay, perdona, cariño... —Me aparté con rapidez al sentir su creciente erección—. Ya no recordaba que nadie puede saber que estamos juntos, sobre todo el pobre Luis, así que deberemos evitar besarnos, acariciarnos y todo lo que tenga que ver con tocarnos. —Sus ojos se encendieron con la palabra *guerra* escrita en ellos, mientras Lucía soltaba una risita y se encaminaba hacia el bufet distanciándose de nosotros.

—Eso ya lo veremos, pequeña mentirosa. A este juego tuyo yo también sé jugar, y te advierto que no me gusta perder. —En dos pasos lo tenía mordiéndome el cuello para ponerme de punta hasta los pelillos de los dedos de los pies; creo que incluso suspiré al notar su lengua cubriendo la porción de piel que acababa de morder, después me dio un suave cachete—. Anda, vamos a desayunar antes de que te cargue como un saco, te lleve a mi habitación y complacerte pase a ser mi único taller del día...

«¡Santa Agripina, que alguien detenga a mi vagina!» Estuve a punto de lanzarme voluntariamente contra él, trepar por su espalda y gritarle que me llevara de una vez. Pero no lo hice, habíamos ido allí a un fin de semana de autoconocimiento que le iba a ir muy bien

a Carlos para su problema de irritabilidad y autocontrol. Mi virginidad podía esperar.

## Capítulo 22

### *Carlos*

¿Era yo o Luz parecía estar ahora mucho más receptiva a mis atenciones?

Después de haber estado comiéndome la cabeza toda la noche pensando qué había hecho mal para que se largara de esa manera después de haberle cantado junto al fuego, me sorprendía bromeando conmigo y provocándome.

Esa mujer me enloquecía.

Antes de desayunar, el maestro Bhaskara e Indra nos hicieron a todos el «Ritual amanecer», que no fue más allá de unas asanas de yoga para dar las gracias al nuevo día.

El desayuno fue en la terraza. Nos habían preparado un bufet de zumos naturales, fruta, pan recién horneado, mermeladas de la casa y aceite. Esta vez podíamos elegir con quién sentarnos, así que fui en busca de mi hermana para charlar, pero ella ya estaba en una mesa con gente, me supo mal molestarla.

Luz estaba con Ana María, Luis y uno de los chicos con los que había cenado la noche anterior, así que no me quedó más remedio que desayunar con mis compañeros de cena. Menudo fastidio, la morena no dejó de atacarme en todo el desayuno, haciendo alusión a que su fruta favorita era el plátano. Se entretuvo un buen rato lamiendo la dichosa fruta e incluso hizo una demostración de cómo

era capaz de albergarla y que saliera intacta de su garganta. Eso era tener tragaderas.

Finalmente Claudia intentó llamar mi atención especificando que, si me gustaban silenciosas, ella podía dejar de hablar si hacía falta mientras le tuviera la boca ocupada. Su mano viajó por debajo de la mesa a mi entrepierna para hacerme entender con qué pretendía ocuparla. Tuve que pedirle que se cortara, no quería problemas con Luz. Terminó mosqueada diciendo que me fuera bien con la muda, que ella pasaba de mí.

Definitivamente esa chica había perdido el norte. Yo no entendía nada, aunque preferí no preguntar. Si me hubiera pillado en otra etapa, seguramente, ahora estaría en la habitación montándomelo con ella. Era una mujer muy persistente y yo bastante facilón para el sexo, pero ahora no tenía ojos o cabeza para nadie más que no fuera Luz. Esa mujer había tomado el control de mi vida y de mi deseo por completo.

El día anterior Alberto había ligado con Annette, la amiga de Claudia. Había estado bien entretenido parte de la noche y en el desayuno iban por el mismo camino. Intentaba no mirarlos, pero era prácticamente imposible, despertaban en mí una envidia sana, ya que me habría gustado estar haciendo lo mismo con Luz.

El desayuno terminó dando paso a la sesión de yoga nidra.

Esperaba que mi conversación con el maestro, la noche anterior, hubiera surtido efecto. El hombre pareció apiadarse de mí, esperaba habérmelo camelado lo suficiente como para que en el momento de trabajar en parejas me tocara con Luz.

En fin, ya lo veríamos.

Nuestro grupo fue bajo los olivos para aquella actividad. Los árboles daban la suficiente sombra para que el sol no nos molestara demasiado. Escogí un lugar cercano al de Luz, ya que ella estaba

con la garrapata de Ana María; no había manera de desembarazarse de ella ni con agua caliente, ¡qué mujer más pesada, por Dios! Parecía que había encontrado en Luz a su amiga del alma. Entre ella y Luis, me estaban dando el viajecito, y eso que el segurata se estaba comportando: que le hubiera tocado en el otro grupo había sido una ventaja.

Por su parte, Ana María se había vuelto más huraña, menos sociable, con todos excepto con Luz, cuando ella estaba al lado se le iluminaba el rostro; tal vez fueran paranoias mías, deseaba tanto estar con ella que todo aquel que me lo impedía pasaba a ser casi como el enemigo.

El maestro comenzó a explicarnos en qué consistía el nidra, pues muchos de nosotros no teníamos ni idea. Según él, ese tipo de disciplina tenía su origen en la India y provenía de una técnica de relajación muy antigua conocida como *nyasa*. Era una poderosa práctica tántrica destinada a lograr la relajación profunda. Un hombre llamado Swami Satyananda Saraswati la adaptó, la actualizó y la simplificó sin que perdiera su esencia, transformándola en el nidra. Esta técnica permitía alcanzar un estado de relajación física, mental y emocional de manera consciente. El maestro explicaba que nuestra mente permanecería entre la frontera del sueño y la conciencia, logrando un máximo rendimiento de ésta. En el punto álgido de la relajación, la conciencia se alejaría, despegando de los estímulos externos, volviendo a nuestros pensamientos poderosos.

Estaba claro en lo que iba a pensar: si era cierto lo que el maestro decía, iba a focalizarme completamente en Luz, en que me perdonara, en que viera el verdadero hombre que había en mí, que sus dudas se despejaran y me diera la oportunidad de ser quien ella necesitaba que fuera. A ver si mis pensamientos se volvían tan

poderosos que lograba que se viniera a mi terreno. ¡Dios, cuánto me gustaba esa mujer! No había dejado de hacer el idiota desde que la conocí. Si la hubiera hecho mía en el Speed Date Sex, otro gallo me habría cantado.

El maestro siguió hablando:

—Con la práctica, nuestra mente aprende a estabilizarse en el nivel de nidra, a nivel del «sueño consciente», donde la mente está muy receptiva y nos permite conectar con el subconsciente y el inconsciente, espacios muy profundos de la psique. —Su voz era lenta y pausada—. Cuando profundizamos en esos espacios, navegamos por nuestro mundo interior, podemos visualizar nuestros problemas, nuestros miedos, nuestros conflictos, enfrentarlos, limpiarlos y encontrarles soluciones. —«Vaya, y yo que creía que era como el método ese que hace que cuando deseas mucho algo lo consigues.» Mi gozo en un pozo, aunque, bien pensado, lo que tenía con Luz era un conflicto. Igual hallaba la solución—. Muy bien, ahora ya estamos listos, debéis tumbaros en las colchonetas, vuestra ropa debe ser muy cómoda, sin elásticos ni pliegues. Si a alguien le molesta alguna prenda, puede quitársela, no importa el grado de desnudez del cuerpo, sino el grado de comodidad. — Algunas personas se quitaron los pantalones, pero yo preferí quedarme tal cual. Luz fue una de ellas: se quedó con un minúsculo biquini de cordeles que dejaba sus portentosos glúteos al aire. La boca se me secó y, en consecuencia, mi entrepierna se tensó. Viéndola así, o con esa imagen en mi memoria, iba a relajarme por el forro—. Los que llevéis calzado conviene que os lo quitéis, una vez estéis, cubríos con el pareo que hay a vuestro lado.

—Disculpe, maestro —lo interrumpí—, pero es que hace mucho calor.

Él me sonrió como si supiera algo que yo desconocía.



—Cuando entres en la fase en que tu subconsciente se encuentre con tu consciente, me lo agradecerás, joven. —No dije nada más al respecto y le hice caso—. Muy bien, ahora que ya estáis todos listos, colocaos en la posición *savasana*: debéis mantener los brazos abiertos a los lados, las palmas hacia arriba, ojos cerrados y cabeza extendida hacia atrás. —Me coloqué como pedía—. Vuestra espalda debe estar en pleno contacto con el suelo, las piernas separadas y los pies descansando hacia fuera. —Intenté concentrarme en sus palabras tal como hacía en las clases de Luz—. Si notáis que la zona lumbar no descansa sobre el suelo, he dejado unos cojines que podéis usar para que apoye correctamente, también podéis ponerlos bajo las rodillas, todo esto es para que, al relajarse, esas zonas no pesen y produzcan dolor o molestias. —En mi caso estaba cómodo, así que no hice nada de eso—. Antes de empezar sólo quiero advertiros que no es aconsejable la práctica del yoga nidra para personas que hayan padecido epilepsia o que hayan tenido brotes psicóticos. Si al alcanzar el estado de relajación profunda nos sumergimos en viejos traumas no superados o revivimos situaciones desagradables o conflictos de infancia que pudieran provocarnos inquietud y generar que perdamos el control, es conveniente restablecer la calma y tratar de «observar» la situación como desde fuera. Debemos ser conscientes de que lo que estamos visualizando no lo estamos viviendo. Si alguien se angustia y necesita salir de esa situación, basta con tomar conciencia del peso del cuerpo, percibir algún sonido del exterior y así suspender temporalmente la práctica, hasta que se pueda retomar un poco más tarde. ¿Me habéis comprendido todos? Si es así, decid: «Sí, maestro».

—Sí, maestro —repetimos al unísono. Oírnos me dio un poco de repelús, parecíamos de esas sectas que salen por la tele en las que

todos sus miembros terminan quemados a lo bonzo.

—Bien, esta clase de hoy va a daros algunas nociones. Poco a poco, y con la práctica diaria, iremos dominando la técnica y lograremos así el equilibrio que necesitamos. Ahora, comencemos.

»Repetid conmigo: voy a permanecer plenamente consciente durante todo el tiempo, voy a permanecer conscientemente durante toda la práctica del yoga nidra.

—Voy a permanecer plenamente consciente durante todo el tiempo, voy a permanecer conscientemente durante toda la práctica del yoga nidra —repetimos acompasando el ritmo para que fuera al unísono.

No podía hacer más que seguir las palabras del maestro, así que decidí dejar de pensar en Luz e intentar aprender algo.

El maestro nos indujo a una especie de meditación guiada, a cada palabra que él pronunciaba me sentía más y más relajado. Se parecía bastante a la relajación inducida que nos hacía Luz, por lo menos no era algo extraño para mí, así que fue fácil dejarme llevar y seguirlo en ese viaje hacia mi interior.

Había perdido la noción del tiempo cuando a lo lejos oí su voz.

—Una pantalla oscura aparece en tu mente, en ella pueden aparecer imágenes, recuerdos del pasado, visiones, pensamientos o nada. Observa atentamente sin identificarte con nada de ello, manteniendo tu conciencia como testigo. Sé un mero espectador imparcial de lo que aparece, que no juzgue, que no rechace y que no alimente nada de lo que pueda presentarse en la pantalla mental. Cualquier cosa que surja es una manifestación de tu mente subconsciente, obsérvalo sin entregarte y continúa observándolo.

Mi alrededor se volvió un hogar, un lugar que conocía y en el que había estado centenares de veces. Las baldosas de mármol relucían bajo mis pies. Mi hermana siempre había tenido fobia a la

suciedad, desde pequeña se volvía loca si veía una mancha en su cuaderno o suciedad bajo sus uñas. Yo me metía con ella haciéndole trastadas, llenando de quesito untable sus zapatillas de andar por casa o de tierra su pelo, en el parque.

No estaba en mi casa, era la suya, era de noche y yo estaba de pie en el recibidor.

Me vi entrar junto a Roldán, vestidos con el uniforme.

Reviví la peor noche de mi vida cuando vi a mi hermana completamente ensangrentada, tumbada en el suelo con los pedazos de una silla rota sobre su cuerpo. Tenía el brazo en una posición imposible a no ser que estuviera fracturado. El cabrón de mi cuñado estaba allí, de pie, con los restos de la pata de una silla en la mano, contemplándola como si fuera una macabra obra de arte.

Roldán le dio el alto, pero él parecía completamente ido, con la vista perdida sobre aquel amasijo de carne, sangre y madera. Oí en la lejanía cómo mi compañero me pedía que respirara, que lo inmovilizara, mientras él se ocupaba de mi hermana. No sabía si estaba viva o muerta, pero me daba igual, sólo deseaba aplastar a ese bastardo y que muriera entre mis dedos por haberle hecho eso a la sangre de mi sangre.

Me lancé contra él furibundo, no oía los gritos de mi compañero pidiéndome cordura, que me detuviera. No podía hacerlo, había entrado en un extraño estado de posesión demoníaca que me impedía razonar con otra cosa que no fueran mis puños. Mi cuñado no se defendía, se dejaba golpear una y otra vez como si fuera el saco de boxeo del gimnasio, yo no podía ni quería detenerme.

Sentí la angustia a la que había hecho referencia el maestro, me faltaba el oxígeno, era incapaz de no juzgar, de no sentir o de ser

imparcial; eso era lo que había dicho él, debía comportarme como un espectador, pero ¿cómo iba a lograrlo?

Entonces oí una voz suave que me decía: «Es ahora, Carlos, es el momento, abre mi cajita y mira tu regalo». La escena daba vueltas de un modo incontrolable, me sentía mareado, la bilis subía y bajaba por mi tráquea, veía a mi otro yo con los puños cubiertos de la sangre perteneciente al marido de mi hermana, la furia estallaba en cada golpe.

«Hazlo, vamos, ábrela...» Reconocí aquella voz, era la de la ballena blanca, la de la visualización de Luz. Una caja apareció frente a mí flotando como por arte de magia, la tomé abriéndola por impulso, sin plantearme qué iba a encontrar. Un resplandor muy fuerte lo iluminó todo, calentándome por dentro, llenándome de una paz profunda. «Mira en el interior», me ordenó la voz.

Pensé que me deslumbraría, pero no fue así. En el fondo de la caja había una imagen, era una especie de foto de familia hecha en 3D. Estaba compuesta por mi padre, mi hermana, mi madre y Luz. Parecía que los cuatro me miraran directamente a mí, eran tan reales.

Los labios de mi padre se movieron.

—Hijo, sé que te culpaste por mi muerte, creíste que no habías tenido tiempo suficiente de demostrarme quién eras, de comportarte como yo esperaba, pero te equivocabas. Siempre fuiste un orgullo para mí, la vida está llena de malas decisiones y otras más acertadas. Tal vez las tuyas no fueron las correctas en algunas ocasiones, pero si no las hubieses tomado no serías el hombre que hoy eres. Siéntete orgulloso de ti mismo porque yo siempre lo he estado de ti. Te quiero, siempre me tendrás en tu corazón y yo os tengo a todos vosotros. —Rodeó a las chicas entre sus brazos. Yo estaba perplejo por lo que estaba sucediendo, un nudo atenazaba

mi garganta y me impedía hablar. Era mi padre, joder, y me estaba perdonando, estaba haciéndome entender que no debía culparme por mi conducta, que podía errar y, aun así, él nunca dejaría de amarme—. Ellas son las mujeres más importantes de nuestra vida, las has protegido cuando ha hecho falta; no te acongojes, yo habría actuado igual o peor que tú. Defendiste a nuestra pequeña y no debes avergonzarte por ello; incluso el cascarrabias del juez que te juzgó te impuso esa condena porque algo debía hacer, no porque no estuviera de acuerdo con tus actos; a veces la justicia de los libros es independiente de la justicia moral, no lo olvides. Has traído a nuestra familia la *luz* que te faltaba para reencontrarte, para hallar tu camino. —Miró a Luz y después a mí—. Ella es para ti lo mismo que tu madre será siempre para mí. Cuida a nuestras tres mujeres, que son lo más valioso que tenemos. Te quiero, hijo, vive tu vida plenamente hasta que nos encontremos de nuevo.

—Yo también te quiero, papá —fue lo único que fui capaz de decir antes de que la imagen se diluyera.

Mis mejillas heladas estaban ardiendo, pues por ellas se deslizaban las lágrimas del perdón, aquel que sólo puedes concederte a ti mismo cuando te das cuenta de que la perfección no existe, de que cometer errores no te hace más débil, sino más sabio. Todos desaparecieron del fondo de la cajita, dejándome un sentimiento de pérdida y amor, un estado difícil de asimilar porque era como sentir las dos caras de una misma moneda a la vez.

La pantalla se había vuelto negra, intenté escuchar algún ruido como nos había explicado el maestro, concentrarme, encontrar el camino a la conciencia para salir de ese estado. Entonces lo oí, volví a encontrar la voz del maestro guiándome hacia un jardín, el sol apenas despuntaba, había un hermoso estanque rodeado de flores y verde pasto.

Me acerqué a él, observando los peces de colores moverse con gracia, parecían estar muy a gusto, pese a que el lugar no era demasiado grande. Retomé el paso encaminándome hacia los árboles, andando entre su magnificencia, contemplando el rocío salpicando la hierba.

Llegué a un claro donde había un templo rodeado por un haz de luz, no me detuve hasta alcanzar su interior. Abrí la puerta, estaba iluminado con velas que lo dotaban de un clima acogedor, en sus paredes había multitud de imágenes religiosas. A veces se me olvidaba que mi familia era cristiana y que me habían educado en la fe. ¿Cuándo había sido la última vez que había pisado una iglesia? Las dos últimas veces había sido en la boda de mi hermana y en el funeral de mi padre. Recuerdo que tras su muerte la fe que habitaba en mi interior también se marchó.

Me senté en el suelo y cerré los ojos quedándome completamente quieto, como ordenaba la voz del maestro. Estaba en paz, en armonía, escuchando cómo los sonidos del exterior se alejaban en la distancia.

—Sigue en ese estado de calma y meditación, éste es tu templo, tu lugar seguro, siéntete en paz contigo mismo, aquí nada ni nadie te puede dañar...

Por un momento dejé de escuchar, dejé de percibir absolutamente todo hasta que un cúmulo de imágenes volvieron a mí. Mi madre cocinando con mi hermana y conmigo; Lucía y yo jugando a los médicos con papá; Patrick junto a mí en las fiestas de un pueblo, y la primera vez que sentí que mi corazón se agitaba ante la sonrisa de una tímida muchacha, una de cabello oscuro y ojos con motas doradas que me había dejado sin aliento. Sonreí al recordar a una joven Luz, era nuestro primer encuentro en aquellas

fiestas de Galicia, aquellas que habían marcado un antes y un después en mi vida.

Hasta esa noche nunca había sentido el rechazo por parte de una chica, una que me interesara de verdad, alguien que deseaba que me conociera realmente, no como el chico guapo del que todas se colaban, sino como Carlos, el chico divertido, el amigo de sus amigos y amante de su familia. Pero los nervios me llevaron a meter la pata hasta el fondo, me puse tan nervioso que no supe controlar mis palabras, fui de gracioso y me equivoqué; perdiendo la ocasión de que me conociera verdaderamente.

Oí la voz de mi padre de nuevo:

—De los errores se aprende, hijo, no dejes perder las segundas oportunidades que te brinda la vida. Si es ella tu destino, ve a por él sin miedo, demuéstrole que la amas de verdad, ofrécele lo mejor de ti, entrégale tu corazón, sólo así sabrás si es ella verdaderamente; aunque sospecho que ya lo sabes. —Sentí cómo se recargaba mi arrojo, mi ímpetu, mis ganas de luchar por la que creía la mujer de mi vida. Porque ella era eso, la luz de mi vida, y pensaba demostrárselo.

La voz del maestro volvió en la lejanía:

—Es hora de regresar, con la misma frase que emprendimos este viaje, repite la misma resolución tres veces, repítela en tu mente, claramente. —Así lo hice y repetí para mí aquella oración que me había inducido a aquel extraño mundo: «Voy a permanecer plenamente consciente durante todo el tiempo, voy a permanecer conscientemente durante toda la práctica del yoga nidra». Eran como las palabras mágicas de un mago al realizar un truco. El maestro prosiguió—: De nuevo, vuelve a ser consciente de tu respiración natural, vuelve a tomar conciencia de tu cuerpo, sintiendo las manos, los pies, los brazos... Siente cómo tu cuerpo

está en el suelo, vuelve a generar la conciencia del estado que te envuelve, los olivos, la tierra, el mar, y mantente descansando en esta posición por un momento con los ojos cerrados. —Seguí todos y cada uno de los pasos—. Recupera la conciencia para volver a moverte despacio y sin prisas; cuando estés listo, siéntate y abre los ojos. Así terminará hoy la práctica de yoga nidra.

Me costó recomponerme, aunque lo tuve todo tan claro que lo primero que hice fue buscar los ojos de Luz. A su vez, ella hizo lo mismo, y sentí esa energía tensándose, arrastrándome junto a ella, noté la fuerza con la que nos conectaba, esa que fluía con intensidad de ella hacia mí y de mí hacia ella. Éramos los polos opuestos de un imán que se atraían para convertirnos en un todo. Ahora entendía eso de que los polos opuestos se atraen; no es que fuéramos opuestos, sino complementarios, ella era mi otra mitad.

Ana María reclamó su atención y rompimos el contacto visual, el flujo que me había acariciado por dentro con sólo una mirada.

Necesitaba con urgencia llevarme a Luz, aclarar las cosas de una vez por todas. Ella debía entender que no podíamos negarnos a lo evidente, aunque por el momento debería esperar: el maestro acababa de anunciar la nueva actividad.

## *Luz*

La mañana había transcurrido muy rápido. Me gustaron todos los talleres; por gustarme, me gustó hasta la comida, que era vegana, y yo más carnívora que un león en plena selva.

Tras el último ejercicio, Luis vino a buscarme para comer juntos. Debo decir que tuve la esperanza de comer con Carlos: al finalizar el yoga nidra había sentido una necesidad imperiosa de ir hacia él, y por el modo en que me miró creo que le sucedió lo mismo. Pero Ana María estaba allí para acapararme y contarme lo grata que había sido la experiencia para ella.



Después de la siguiente actividad, Luis entró en tromba, sin darme la oportunidad de hablar con Carlos.

—Luz, sé que me pediste que no se nos notara, que mantuviera un poco las distancias, pero es que necesito estar cerca de ti aunque sea para comer, te necesito tanto...

A mi lado, Ana María lo miraba como las vacas al tren, mientras yo seguía con ganas de huir de ese par y largarme con Carlos, que estaba a unos metros de nosotros.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? —le preguntó mi compañera extrañada—. ¿Es por los talleres?

Él levantó las cejas, la observó como si no entendiera y después la ignoró para mirarme a mí.

—Es absurdo, Luz, tarde o temprano se enterarán... —Lo que era absurda era aquella conversación, que no iba a llevarnos a ningún lado. Era hora de poner los puntos sobre las íes—. Luz y yo somos novios, nos amamos, y cuando nuestros padres se conozcan vamos a casarnos.

«¡Hala, venga...! Y la Virgen María no era virgen y José era un cornudo que se tragó lo del Espíritu Santo, ¡no te fastidia!»

—¿Tú y Luz? —Mi compañera no daba crédito, aunque no era de extrañar: no lo daba ni yo—. Pero si no pegáis ni con cola...

—Luis —comencé paciente dispuesta a aclararlo todo, aunque con tacto; no podía soltarle que le había hecho ilusionarse porque me convenía para poner celoso a Carlos—, ya te dije que estábamos en observación, que necesitaba tiempo para conocernos y saber si hay algo más que una simple amistad; de momento sólo hay eso, somos amigos.

—¡Por supuesto que lo hay! —exclamó ofendido—. ¡Tú me besaste! —añadió extendiendo un dedo acusador.

—¿Besaste a este memo? —No podía creer que estuviera manteniendo esa conversación con ese par—. ¿Qué le viste?

—Perdone, señorita ninfómana, será qué le vieron a usted todos esos padres para tirársela en un despacho frente a una cámara... Si la indecencia es un sustantivo femenino es porque lleva su nombre.

Ana María abrió los ojos desmesuradamente y no siguió con la conversación, sino que le plantó un bofetón en toda regla.

—¡Sois todos unos cerdos! Desde mi padre a todos vosotros. — Se había desatado y era como un huracán dispuesto a arrasar con todo y con todos—. Claro, la indecente soy yo ¿y él qué era, entonces? Él lo pasaba en grande prestándome a sus amigos en las timbas que hacía en casa mientras yo acataba, ¡Era una cría, joder! Me hacía pasear desnuda ante ellos y complacerlos de mil formas distintas, a veces para entretenerlos e intentar ganar y otras porque perdía y no podía pagar... —¡Madre mía, pobrecilla! No me extrañaba que estuviera desequilibrada—. Para mí el sexo carecía de importancia, pues había aprendido a evadirme, sólo servía para que los hombres me aceptaran, nunca aprendí a hacerlo de otro modo. No entendí que mi conducta no era sana hasta que llegué a las clases de Luz, y hoy lo he visto más claro gracias a la sesión de nidra. Nunca más voy a estar con un hombre porque sois seres repugnantes y mezquinos capaces de cometer las peores atrocidades del mundo. —Ana María no estaba bien, estaba teniendo una crisis, y Luis no era capaz de reaccionar ante todo lo que acababa de soltar.

—Vamos, cielo, tranquila. —La abracé—. Lo que te hizo tu padre fue terrible, ningún padre debería hacerle eso a su hija —la estreché entre mis brazos intentando calmarla—, pero Luis, por muy desacertado que haya estado, no pretendía herirte, lo ha dicho sin

pensar. ¿Verdad que no, Luis? —Pasé las manos por su espalda sintiendo la congoja que la atenazaba.

—No..., bueno, yo no quería ser desagradable, tampoco conocía su pasado... Es que me sobrepasó lo que dijo, parece que para nadie soy lo bastante bueno... ¿Por qué no podrías haberte enamorado de mí? ¿Por qué todos lo ponen en duda, incluso tú? — Ahora la que se sentía mal era yo—. Te pido disculpas, Ana María, si te he ofendido, pero que te hiciera eso tu padre y sus amigotes no significa que todos seamos iguales, deberías pensar en ello. Tal vez tu conducta fue lo que los llevó a comportarse contigo de ese modo..., no digo que tengas la culpa, pero ellos tampoco...

Ana María había comenzado a sollozar.

—Luis, por favor, pide que nos lleven la comida a la habitación. Ana María necesita estar tranquila. Voy a acompañarla, en estos momentos no es bueno que esté sola.

—Claro, ya hablaremos más tarde. —Se marchó solícito y a mí me dio mucha pena, había estado jugando con él a mi conveniencia y eso no era justo.

Me fui con ella y pasamos un buen rato charlando, razonando, intentando que se calmara. Al parecer, con el nido, los recuerdos de su pasado ocultos en el subconsciente afloraron. Ana María acababa de encontrar el motivo que la había llevado a tirarse a los padres de sus alumnos. Haciéndolo, volvía a ser aquella niña complaciente, aquella que no protestaba frente a los deseos de su padre, de algún modo sólo buscaba ser querida y aceptada, aunque fuera a través de su cuerpo. Tenía un pasado traumático sobre el que debería trabajar.

Cuando terminó de desahogarse la insté a que se acostara un rato, se bebió una tila y la puse a dormir. Tras tocar y remover sentimientos tan profundos, el cuerpo necesitaba recomponerse.

—Iré a pasear un rato, quedan un par de horas para la siguiente actividad, descansa y más tarde vendré a por ti —dije arropándola con la sábana con suavidad.

Ella levantó los brazos, me cogió por la nuca y susurró «gracias» mientras me daba un pico. No fue más allá, fue un beso dado desde el cariño y no desde el deseo. No quise darle mayor importancia, sabía que necesitaba amor y no era más que una muestra de afecto.

Cuando llegué a recepción pensando en todo lo sucedido, no me percaté de que Carlos estaba allí hasta que casi me di de bruces con él.

—Hola —lo saludé perturbada por lo sucedido.

—Hola —respondió algo seco, parecía molesto. La chica le tendió un remo y un chaleco—. Pensaba que no te vería hasta la siguiente actividad, tu compañera parece tenerte muy ocupada —soltó con cierto resquemor, ¿estaría celoso?

—Me necesitaba. —No iba a soltarle todo lo que había ocurrido, formaba parte de la intimidad de Ana María, aunque me vi obligada a darle algún tipo de explicación—. En estos talleres emergen un montón de recuerdos y sensaciones que a veces no son agradables. Recuerda que hemos venido aquí en busca de respuestas a los desequilibrios de vuestra conducta. Navegar en el interior de uno mismo puede resultar sobrecogedor.

Carlos asintió pensativo.

—Eso es cierto. ¿Y ahora? ¿Vas a regresar con ella?

—No, la he dejado descansando, había pensado en dar una vuelta.

Sus pupilas brillaron.

—¿No tienes planes? —Negué con la cabeza y él le pidió a la chica un chaleco y un remo más—. ¡Pues vámonos! —exclamó

esperanzado sin apenas darme tiempo a aceptar.

—¿Adónde?

—Eso ya lo descubrirás, señorita impaciente.

No podía negarme, estaba deseosa de pasar tiempo con él, así que accedí siguiéndolo a la playa, donde había un kayak amarillo. Carlos se quitó la ropa, quedándose en bañador para colocarse el chaleco. Me miró con intensidad.

—Vamos, que no tenemos todo el día.

Miré la pequeña embarcación y a él, me daba vergüenza decirle que no sabía nadar y que me daba pavor subirme a ese cacharro.

—¿Tú sabes manejar eso? —le pregunté un poco asustada.

—Claro, no te preocupes, salgo siempre que puedo en kayak con los compañeros. ¿Es que acaso no te fías de mí?

No quería empezar mal y que creyera eso.

—No, es sólo que ahí hay mucha agua.

Él soltó una carcajada.

—No me digas que eres una miedica... En estas aguas no hay tiburones, sólo unos pocos peces de colores; además, vas conmigo, si te sucede algo yo te salvaré.

Mi corazón se agitó ante sus palabras. «Vamos, Luz, un poco de arrojo o a este ritmo al final va a salirte Spiderman de entre las piernas con la cantidad de telarañas que tienes...» Había tomado una decisión. Me quité los pantalones y me dejé puesta la camiseta, no llevaba parte de arriba y no iba a ir con las domingas al aire, por mucho que me tapara el chaleco. Me lo puse y Carlos me instó a que subiera en ese pequeño agujero que era mi lugar en la embarcación. Él debía empujar y después montaría tras de mí.

Estaba paralizada por el miedo de pensar en salir a mar abierto y no saber nadar. Ni me fijé en la belleza de las aguas turquesas, en los peces que se arremolinaban debajo de nosotros, ni en nada que

no fuera el amarillo de la embarcación o el naranja fluorescente del chaleco salvavidas. «¡Por favor, Dios mío, no dejes que muera en este navío, que todavía no he catado hombre y quiero hacerlo!» Sabía que no estaba bien rogarle a Dios por la pérdida de mi virginidad, sobre todo porque quería que sucediera ya y no iba a esperar hasta el matrimonio. Hablé con Él de nuevo: «Apiádate de mí, soy como tu amiga Magdalena, que no esperó y a ti te dio pena... Si me acuesto con Carlos, te juro que después me confesaré, te llenaré la iglesia de cirios y haré donaciones aunque me quede sin vacaciones. Perdóname, Señor, y ayúdame a pecar, que lo necesito mucho». Tal vez no fuera la conversación que Nuestro Señor esperaba de mí, pero era la única que podía ofrecerle sin mentir.

Ése fue mi último pensamiento antes de notar cómo Carlos subía detrás de mí, agarraba el remo y se disponía a emprender nuestra excursión a mar abierto.

Por un momento le dejé todo el trabajo a él, mi cuerpo estaba completamente agarrotado, no podía moverme pensando que ese maldito cacharro iba a volcar.

—Es más divertido si remas mientras vas mirando a tu alrededor, no creo que disfrutes viéndote las uñas de los pies, si es que logras verlas embutidas en el fondo del kayak.

Hice el esfuerzo de mirar al frente y la inmensidad del mar me arrolló. Era verdaderamente hermoso, estábamos bordeando la costa bañados en el impresionante color de esas aguas que me recordaba a los anuncios del Caribe.

—¡Es precioso!—claudiqué.

—Casi tanto como tú —añadió a mis espaldas, haciendo que el calor inundara mis mejillas—. Ahora coge el remo e intenta

acompañar tus movimientos a los míos, iré despacio para que no te cueste.

Seguí las instrucciones de Carlos, no voy a negar que al principio se notaba mi falta de destreza, pero poco a poco le fui pillando el tranquillo. Lo cierto es que la experiencia me encantó, sentía los hombros arder, pero no me importaba.

El sol calentaba mi piel mientras la brisa jugueteaba con mi pelo, enredándolo con suavidad. Llegamos a avistar unos delfines que jugueteaban entre las olas, no pude dejar de reír, admirarlos y pensar cómo era posible que los humanos los capturáramos por pura diversión para meterlos en acuarios y que nos divirtieran. «Nota mental: cuando llegues a casa, haz un donativo al grupo de activistas.»

Carlos me indicó que habíamos llegado, nuestro destino no era otro que la isla de Espalmador, en el norte de Formentera. Era una preciosa lengua de arena blanca con mucha vegetación que se fundía con las aguas turquesas.

Bajamos del kayak cuando hicimos pie. No pude dejar de asombrarme por la belleza natural del entorno.

—¡Madre mía, esto es una maravilla, creo que el paraíso se llama Formentera!

Carlos estaba empujando el bote en la arena, se quitó el chaleco y me sonrió.

—Pues claro, ¿qué esperabas? —Me encogí de hombros. Él vino hasta mí y me ayudó a quitarme el salvavidas—. Anda, vamos a darnos un chapuzón, el agua está caliente y yo estoy sudando después de tanto remar.

Me mordí el labio.

—Es que no llevo parte de arriba.

Él arqueó las cejas.

—¿Y eso es un impedimento? Si lo dices por mí, ya las he visto unas cuantas veces, y si lo dices por los demás... —miró a un lado y al otro—, todas van igual, incluso en bolas.

Me fijé en la gente que había desperdigada por la playa. Carlos tenía razón, aunque eso no era lo que me limitaba, lo había usado como excusa.

—Es que no sé nadar —anuncié contrita.

Lejos de reírse, me miró con sorpresa.

—¿No sabes nadar?

Negué algo avergonzada.

—De pequeña no aprendí porque me daba pánico meterme en el río o en el lago, el agua estaba helada y me aterraba que me mordiera algún pez. —Me miró abriendo mucho los ojos—. Lo sé, sé que es absurdo, que los peces no muerden, pero de pequeña vi la peli de *Piraña* y me marcó; además, en Villapene no hay piscina pública, así que hasta que fui a Barcelona no tuve la ocasión. Ya era muy mayor, por lo que, aunque mi prima insistió, yo me negué, me daba vergüenza hacer el ridículo.

Agitó la cabeza como si no lograra creerme.

—¿Tú, mayor? ¿Vergüenza? No me hagas reír, para aprender nunca es tarde, pequeña mentirosa, y la vergüenza no nos lleva a ningún sitio, sólo a perdernos experiencias maravillosas. Anda, vamos, que yo te enseñaré.

—¿Tú? —le pregunté sorprendida.

—¿No me has enseñado tú a hacer yoga?, pues ahora el maestro de natación voy a ser yo. —Se acarició los abdominales, convirtiendo mi lengua en un zapato—. ¿No crees que tengo cuerpo de nadador? —«De lo que tienes cuerpo es de empotrador, ¡viva el cuerpo de la Policía Nacional!»—. Anda, ven, que vas a nadar tan bien que hasta *Flipper*, el delfín, te tendrá envidia.



—Si logras que no me ahogue y que tenga el estilo del chihuahua de Paris Hilton en el agua, creo que tendré suficiente... —observé. Él vino hacia mí decidido para agarrarme y cargarme sobre el hombro—. ¿Qué haces? —le pregunté nerviosa.

—No dejar que lo pienses mucho. ¡Al agua, patos!

Me metió con él sin mediar palabra mientras yo gritaba y pateaba sobre su espalda. Terminamos sumergidos y yo agarrada cual koala a su fuerte tronco mientras sus manos apresaban mi trasero.

—¡No me sueltes, no me sueltes, no me sueltes! —chillaba una y otra vez intentando fundirme con su cuerpo.

—Y tú no me grites o al final necesitaré un audífono, ¿estás segura de que tu vocación no es ser soprano? ¡Menudo timbre! Vamos, nena, relájate, todo el mundo nos mira.

—¡Pues que nos miren! ¡Me da igual! ¡Has sido tú el que me ha metido aquí contigo! ¡Y si no querías esto, haberlo pensado mejor! —vociferé indignada.

Una risa ronca escapó de su garganta, la oí muy cerca de mi oído, donde el muy capullo me soltó:

—Si hubiera sabido que meterte en el agua servía para que te adosaras a mí, me dejaras que te agarrara de este glorioso trasero y no dejaras de frotarte contra mi erección, lo habría hecho mucho antes.

—¡Cerdo! —le grité con una sonrisa dibujada en mis labios que él no veía, pues tenía la barbilla enterrada en su cuello.

—No sabes cuánto. Bien, pequeña mentirosa, estamos en un punto donde yo hago pie y, si tú no fueras un delicioso taponcito, también harías.

—Tu llámame tapón, que verás en qué parte de tu anatomía acaba enterrado.

—Mmmmm —susurró en mi oído—, no sabes cuánto me alegra oír eso, no sabes las ganas que tengo de enterrarte. —Mordió el lóbulo de mi oreja y apreté mi vagina contra su tremenda erección—. Mmmmm, sí, pequeña, justo ahí. —Embistió contra mi sexo enviando una descarga de placer a todo mi epicentro.

—¡Ay! ¡Basta ya! ¡Ahí no vas a enterrar nada!

—Eso ya lo veremos, ¿y sabes por qué? —No respondí y él prosiguió en mi oído—: Porque *hay* ganas de darle mambo a este cuerpo tuyo, que es un maldito pecado. *Ahí* es justo por donde te voy a dar —explicó frotando su rigidez contra mi clítoris—, y *Ay* es lo que vas a gritar cuando te esté dando tan fuerte que no vas a poder evitar correrte una y otra vez.

¡Madre mía!, creo que toda la sangre se me había ido al clítoris y toda la saliva también, menos mal que estaba en el agua, toda la arena de la playa se había aglomerado en mi garganta y en lo único que podía pensar era en que cumpliera lo que estaba diciendo. Como pude, le respondí:

—Nunca he sido muy buena en ortografía, creo que no he entendido muy bien las diferencias que me has explicado, soy dura de oído, así que supongo que mejor deberás mostrármelo —cuchicheé en su oreja.

Él soltó un gruñido.

—Te juro que de hoy no pasa —replicó con los ojos encendidos mientras me capturaba la boca y la saqueaba. Busqué su lengua con desesperación, mientras él me sujetaba y recibía con gusto los envites de ésta—. Joder, nena, no me hagas esto, no sabes cuánto te deseo ahora mismo, daría lo que fuera por separar ese minúsculo trozo de tela que tienes en la entrepierna y enterrarme en ti una y otra vez. —Apoyó su frente contra la mía.

¡Ay, Virgencita del Orgasmo Encontrado, que esta vez le notaba todo el soldado! Me estaba haciendo un «firmes» en toda regla y yo no podía pensar en otra cosa que no fuera que entrara en la garita. Menudo calor, me aparté de su cuello y busqué sus ojos, que estaban tan encendidos como los míos.

—Mira, Carlos, por tu bien sólo espero que esta vez no me hagas un «polla a la fuga» —afirmé con rotundidad—. Porque, como lo hagas, como huyas, no habrá una próxima, aunque tenga que zumbarme al mismísimo Luis.

—Eso ni se te ocurra —gruñó amenazador.

—Pues entonces cumple de una puñetera vez y fóllame —ordené.

—¿Eso quiere decir que me has perdonado?

Ahora le daba por preguntar... Resoplé.

—Eso quiere decir que deberás ganarte tu perdón, y pienso ser muy exigente.

—Y yo pienso follarte hasta que cada rincón de tu piel grite mi nombre, pero ahora...

De repente me sentí propulsada y lanzada al vacío, el muy cabrón me había tirado al agua, donde no hacía pie, ¡¡¡¡y no sabía nadar!!!! Por suerte, el fondo estaba cerca, toqué con los pies y subí cogiendo impulso, escupiendo agua y agitando las extremidades como si me estuviera electrocutando.

—¡Sácame de aquí, maldito cabr...! —Volví a hundirme antes de poder terminar la frase. Nunca había tragado tanta agua, ni cuando me aposté con mis amigas que era capaz de aguantar con la cabeza metida en el bebedero de los caballos de tía Elvira dos minutos.

Noté un sabor desagradable subiendo por mi nariz, los pulmones me ardían, estaba muy enfadada, aunque sólo podía pensar en

sobrevivir. Unos brazos fuertes me sacaron del agua, librándome de una muerte asegurada.

—¿Se te ha bajado el calentón, pequeña mentirosa? —soltó Carlos riendo mientras yo recuperaba el aire y le escupía, por lo menos, cuarenta litros de agua en toda la cara.

—El calentón te lo voy a dar yo entre oreja y oreja, ¡no vuelvas a hacerme eso, malnacido!

—¡No me escupas, que te pones muy fea, pareces una llama del zoo!

—¡Llama te voy a dar yo a ti, hijo de Satanás!

—¿Qué diría mi madre si te oyera...? Muy mal, señorita Martínez, muy mal. ¿Sabes?, ahora mismo tienes el mismo aspecto que tu gato, la misma cara de mala leche.

—Pues vigila no te saque un ojo con las uñas, creo que tu espalda ya sabe cómo se las gasta *Lucifer*.

—Basta de cháchara, lo primero que voy a enseñarte es a hacer el muerto.

—Eso ya me lo has enseñado hace un momento, ¿no crees?

Acarició mi nariz con la suya.

—Eso fue supervivencia, nena, estabas a punto de implosionar y llevarme contigo por el camino, ahora vas a disfrutar del mar.

No iba a aprender a nadar en una hora, pero por lo menos fui capaz de sentir lo que era dejarse mecer por las olas sin que los brazos de Carlos me sostuvieran, escuchando la quietud del agua y el calor del sol sobre mi rostro.

Me sentí libre, en paz, una nueva sensación que jamás había experimentado, y de nuevo volvía a ser gracias a él.

La hora terminó y tuvimos que regresar, atesoraría aquellos instantes llenos de la felicidad más básica y genuina, por y para siempre.

## Capítulo 23

Regresamos sacando la lengua, el tiempo había pasado tan rápido que tuvimos que poner el turbo para llegar a la hora. Por suerte, nuestra ropa seguía allí, mi camiseta se había secado en el trayecto y apenas tuvimos tiempo de dejar las cosas en recepción. Salimos corriendo y agarrados de la mano para ir a donde se suponía que empezaba la siguiente actividad.

Llegamos juntos y sonrientes, cubiertos de sal y arena, pero no importaba, lo único importante era que ambos sabíamos que nos habíamos perdonado. El maestro había comenzado a dar la explicación del siguiente taller y, sorprendentemente, todos estaban quitándose la ropa.

Carlos y yo nos quedamos de pie mirando al grupo, el maestro nos instó a que hiciéramos lo mismo.

—Vamos, chicos, seguid el ejemplo de vuestros compañeros, este taller se llama «Emociones al desnudo», no es un nombre puesto al azar. Ahora vamos a liberarnos de prejuicios y dejar fluir nuestros cuerpos y nuestras almas sin pudor. Para ello es imprescindible la aceptación de uno mismo, el renacer, el sentirnos en comunión con lo que nos rodea. Si los árboles no llevan ropa, los animales tampoco, la naturaleza tampoco, ¿por qué nosotros somos distintos?

Todos se habían desnudado, sólo quedábamos Carlos y yo, que nos miramos el uno al otro.

—Adelante, hermanos —nos animó un integrante de nuestro grupo conocido hasta el momento como *Frondoso Bosque*. Era un activista de Greenpeace que luchaba en contra del calentamiento global.

—Ya me acaba de quedar claro por qué se llama Frondoso Bosque —susurró Carlos sin apenas mover los labios—, ¿te has fijado en la espesura que lo cubre desde la espalda hasta los dedos de los pies? Creo que acabo de ver un par de monos aulladores en peligro de extinción colgando de su árbol.

—¿Quieres hacer el favor...? —rezongué sin apenas poder contener la risa—. Ese hombre es natural, como la vida misma.

—Yo te digo que a ese tío lo sueltas en medio de la selva y fijo que dos furtivos le dan caza para apoderarse de su piel, ¡menudo pelaje!

No pude aguantar y solté la carcajada que había estado conteniendo, frente a la mirada estupefacta del grupo.

—Disculpad —rectifiqué algo avergonzada—, es que cuando me siento nerviosa me da por reír. —Necesitaba una excusa creíble.

—No debes sentirte incómoda, Luz —la voz del maestro era muy suave—, todos somos hermosos por fuera y por dentro, todos somos criaturas de este mundo. No debe avergonzarte nada de tu cuerpo, aquí nadie va a juzgarte, siéntete libre de ser quien eres.

Desde luego, el del pelo jugaba con ventaja, con semejante matorral todo se ocultaba bajo la espesura.

En fin, Carlos y yo nos miramos, éramos los únicos con ropa, nadie se iba a asustar por ver dos cuerpos más sin ella. Ambos asentimos y nos desprendimos de las pocas prendas que nos cubrían. Podía ver algunas miradas de deseo femeninas recorriendo el cuerpo de mi poli, me dieron ganas de saber jugar al billar y usar sus ojos como bolas.

Ana María me sonrió, me contemplaba sin prisa, ¿qué brillaba en el fondo de su mirada? ¿Deseo? ¿Admiración? No estaba segura. Desvié la mirada para centrarme en las palabras del maestro.

—Muy bien, ahora que estáis listos, vamos a hacer una sesión de la activación de la energía cósmica a través del kundalini shakti. Desnudarse es desatar los nudos interiores, liberarse de prejuicios. Debéis ver en vuestro interior, encontrar y expresar la divinidad que habita en cada uno de vosotros. —Miré de reojo a Carlos, él sí que era una buena divinidad... En su caso, el dios era tanto interior como exterior, a ver si me llevaba al Olimpo de una vez con él—. Debéis aprender a invocar al dios y a la diosa que habitan en vosotros, usar el poder creativo de la divinidad interior para transformar vuestro cuerpo y vuestra alma en amor puro y eterno. No olvidéis esto: CADA CUERPO ES SAGRADO... CADA CUERPO ES DIVINO.

«Y si me dejas a solas con Carlos lo pongo FINO, FINO, FILIPINO.» *OMG*, menudo espécimen, y esa noche iba a ser mío, por fin mío, no iba a dejar ni las migajas. Como decía mi abuela: «Dime con quién andas y si te deja espatarrada me lo mandas». Menuda mujer, todavía me río con sus refranes. Esperaba que Carlos me dejara como los vaqueros del Oeste, pero sin caballo debajo.

Tuve que dejar de mirarlo y centrarme, mi vagina se encogía y palpitaba, tenía los pezones tan duros que podría haber tallado diamantes con ellos, y la boca tan seca como el esparto. Así que sólo me quedó mirar al maestro, que parecía el espíritu de la golosina, para que se llevara toda mi libido.

El taller incluyó técnicas diversas, desde cantos de mantras, *kirtan*, sonidoterapias mediante instrumentos ancestrales, visualizaciones, mentalizaciones, *bandhas* para fortalecer los músculos del perineo, abdomen y garganta; meditaciones activas y,

por último, apertura y limpieza de chacras activando la energía sexual vital kundalini shakti.

Sólo pensar que el siguiente era de masaje tántrico ya me entraban los siete males, no sabía cómo iba a ser el taller ni con quién me iba a tocar de pareja, así que mis nervios habían pasado al máximo nivel.

El maestro comenzó a emparejar a mis compañeros, cuando dijo mi nombre casi me desmayo, pues sólo quedaban Ana María, Frondoso Bosque y Carlos.

—Tú irás con Carlos. —Me pareció ver cómo el maestro le guiñaba un ojo a él, pero no estaba segura de si había sido eso o un tic nervioso; fuera como fuere, estaba flotando en las nubes del éxtasis más absoluto.

—Quiero un cambio de pareja —solicitó Ana María—, Luz y yo vamos juntas en todo, ¿verdad que sí, Luz? —Me miraba nerviosa, y antes de que pudiera intervenir lo hizo el maestro por mí.

—Querida Ana María, no he establecido las parejas al azar, antes de hacerlo he palpado vuestra energía vital y os he puesto con un compañero, o compañera, que la complementara. Tú irás con Frondoso Bosque, él te dará la paz que necesita tu alma, al igual que Carlos le dará a Luz justo lo que necesita.

«Sí, sí, sí. Oh, gracias, Señor, por escuchar mis plegarias, ¡que me dé mucho y muy fuerte!» Estaba deseando que Carlos me diera todo lo que pudiera.

Nos pusimos uno enfrente del otro siguiendo las instrucciones del maestro, contemplamos nuestra desnudez y la del compañero que teníamos delante. Tal vez estuviéramos con mucha más gente, pero yo me sentía completamente sola con él, la intensidad de su mirada no dejaba que percibiera nada más. Todo lo que había a mi



alrededor había dejado de existir, todo, excepto mi Empotrador soñado.

—El tantra es la ciencia de la conciencia, pero sus principios son fáciles de aplicar porque reconoce y acepta la estructura de la psique humana y construye sobre la experiencia más poderosa accesible al hombre y a la mujer: el amor. —Oía su voz de fondo, aunque incluso ese sentido había dejado prácticamente de existir, oía el aire que entraba en los pulmones de Carlos, el que lo recorría por dentro para después ser exhalado acariciando mi piel—. El sexo es sagrado, es parte primordial del tantra, activa la poderosa dinamo de energía vital sexual que duerme en nuestro sacro. Esta energía sexual orgásmica no sólo une al hombre y a la mujer sexualmente para reproducir la raza humana, sino que, a su vez, despierta aunque sea un instante «EL GIGANTE DORMIDO» que yace oculto en la mayoría de los humanos. La energía sexual despierta el poder divino y el amor mágico une a Shakti con Shiva... —¡Y yo quería unirme a Carlos...! ¿Cuándo se iba a callar y a empezar?—. Cada persona, ya sea hombre o mujer, es un «canal» entre el dios y la diosa, entre el cielo y la tierra, positivo y negativo, y conforme despertamos a la divinidad interior y abrimos los canales para el flujo y reflujo de la energía orgásmica divina, aceleramos la evolución de la conciencia, la sanación de la Pachamama y de todo lo que la habita. —¿Pachamama? ¿Y a quién le importaba eso?—. Debéis estudiaros a vosotros mismos, conectaros, cargaros de poder, encenderos y abrir vuestros canales. —Eso era lo que quería, que Carlos me encendiera y me abriera el canal—. El tantra es amor y el amor es Dios, amor es la ley bajo la voluntad divina. Hoy vamos a explorar el tantra, a descubrir que el placer se experimenta en el cerebro, de manera que el orgasmo puede dirigirse a ese órgano si el juego previo de extiende lo suficiente.

—¡Sí! —exclamé en voz alta.

Carlos soltó una sonrisita, yo me sonrojé.

—Me encanta tu entusiasmo, Luz, serás una gran receptora —  
remarcó el maestro.

—No lo sabe bien —musité mirando a Carlos, a punto de comérmelo a mordiscos. Él me mandó una de esas miradas que te incendian de pies a cabeza, que te hacen arder sin tocarte siquiera. Mi cuerpo se estaba horneando, y eso que aún no habíamos empezado—. Pasaré por vuestro lado para daros las indicaciones oportunas, he formado parejas masculinas y femeninas, quiero que las mujeres se tumben boca arriba y los hombres tomen el bote de aceite natural que os he dejado al lado. Indra será mi pareja y así podréis ver cómo deben realizarse los ejercicios.

Carlos abrió la boca.

—Dicen que Caperucita Roja dejó de creer en príncipes azules cuando se dio cuenta de que el Lobo Feroz lo tenía todo más grande y que lo usaba mucho mejor —declaró ladino mirándome con intensidad.

—¿Y tú eres ese Lobo Feroz? —lo interrumpí.

—Creo que deberás averiguarlo —se jactó. Desde luego que iba a averiguarlo, aunque ya sabía el tamaño que calzaba, en eso no había duda.

—¡He dicho que no! ¡Que me niego a que me toque la réplica de Bigfoot! ¡Mi compañera era Luz y no voy a permitir que lo sea nadie más! —Esa era la voz de Ana María, desgañitándose como una oca a punto de atacar.

—Ya lo he explicado, Ana María.

—Me dan igual tus explicaciones, a mí no me va a tocar el hombre lobo este ni ningún otro.

—Cálmate, no puedes hablar de ese modo tan despectivo de Frondoso Bosque, su cuerpo es tan hermoso como puede serlo el tuyo o el mío; si tiene algo más de vello no importa.

—¿Vello? Eso no es vello, es pelo duro y crespo, seguro que le va genial para ahorrar calefacción en su casa, pero, con pelo o sin él, este tío no me toca.

—¡Basta! —exclamó irritado el maestro, que había demostrado mucha paciencia—. Si no sabes estar con el grupo deberás marcharte a tu habitación, no voy a tolerar ese tipo de comportamiento que denigra a tu compañero.

Ella parecía incapaz de razonar, ¿era posible que hubiera pasado de un extremo al otro? Tal vez al remover tantas emociones ahora sentía fobia hacia los hombres; ese sentimiento tampoco era bueno y debía trabajarse, aunque un masaje tántrico no era lo más recomendable.

—Vamos, Ana María, sé que el exceso de vello puede incomodar a algunas mujeres, pero cuando me toques verás lo suave que soy, siempre me dicen que abrazarme a mí es como abrazar al osito de Mimosín.

Ella lo miró fuera de sí.

—¡Pues búscate a una a la que le guste ese suavizante, que yo me largo!

Me pareció bien que se marchara, la actividad iría mejor, además, estaba en un punto egoísta, me moría por que Carlos me diera ese masaje tántrico, si no, la hubiera acompañado. Estaba tan obnubilada en mis divagaciones que sólo acerté a oír los gritos previos a la estampida que se produjo después. Carlos me agarró de la mano y tiró de mí, instándome a correr como el grupo.

—Socorro, socorro... ¡Acaba de picarme una abeja y vienen más, sálvese quien pueda! —Era la voz de Frondoso Bosque.

—Rápido, vamos, no hay tiempo, están por todas partes. — Carlos tiró de mi mano y yo salí corriendo con él como alma que lleva el diablo.

Entramos en pelotas en el hotel bajo la atónita mirada de la recepcionista, tenía la adrenalina por las nubes.

—Pero ¡¿adónde me llevas?! ¿Qué ha pasado? ¡Estamos desnudos!

Él me sonrió.

—No me había dado cuenta... Anda, date prisa, parece que alguien ahí arriba ha oído mis plegarias y ha alborotado una colmena para que yo pueda largarme contigo y descubrirte otras mieles que poco tienen que ver con las de las abejas... —Su voz era ronca, yo estaba tanto o más acelerada que él.

Todavía no lograba entender de dónde había salido tanta abeja, pero ¿quién era yo para dudar de los designios del Señor? Cuando llegaron las siete plagas del Apocalipsis nadie se cuestionó de dónde venían, o tal vez sí, pero el caso es que vinieron y punto. A mí esos insectos me habían venido al pelo.

Salimos por un acceso lateral que daba a una terraza, Carlos entró de un salto y, cuando estuvo al otro lado, me cogió en volandas. Pensé que se había trastornado, ¡estábamos en la terraza de una habitación!

—Esto es allanamiento de morada, agente —observé algo nerviosa por estar con él en un lugar donde había una cama.

—No, si la morada es la mía.

Así que era su cuarto..., eso lo cambiaba todo.

—¿Vienes, Caperucita? —preguntó sugerente entrando. Miré al cielo y di gracias.

—Vamos, abuelita, que voy a por el Lobo Feroz...

En cuanto puse el pie en el interior, Carlos arremetió contra mí. Tal vez mi primera vez no fuera a ser de noche y rodeada de velas como había imaginado, pero iba a ser con el hombre al que amaba, armado con un buen cirio entre las piernas para iluminar el camino de mi orgasmo.

Tenía tanta necesidad de él que no sabía ni dónde colocar las manos, lo agarré de la nuca, enredé los dedos en su pelo, aplastándome contra él todo lo que pude. Sus manos vagaron por mi espalda hasta apresar mis glúteos, que rebotaban ansiosos por ser acariciados.

Me levantó del suelo para llevarme a la cama, donde me depositó con suavidad. Estaba tan lista, tan dispuesta para él, que cuando se abrió la puerta y oímos las risas de Alberto y Annette no dábamos crédito a que estuviera sucediendo aquello.

—Perdón, perdón, perdón —repitió Alberto cuando nos vio a los dos desnudos sobre la cama.

—Pero ¡¿qué demonios...?! —gruñó Carlos.

—Lo siento, tío, no sabía que tú y la profe estabais a punto de...

—¿Profe? —preguntó la rubia mientras yo me escabullía cubriéndome con la sábana.

—Es nuestra profe de yoga en el centro.

—¿Y la entendéis?

Alberto la miró extrañado.

—Pues claro.

—Me parece sorprendente que una muda pueda dar clases de yoga..., ¿cómo os explica las asanas y las respiraciones?

Me quería morir.

—¿Muda? ¡Luz no es muda! ¿Quién te ha dicho eso? —repuso Alberto.

—Claro que sí, ella misma nos lo contó. Bueno, ella misma no, Lu nos lo contó ayer, cuando nos la presentó al doctor Ulloa y a nosotras. Fue por sífilis, un tío se la pegó cuando ella se la chupaba.

Alberto y Carlos se volvieron hacia mí sin entender nada, mientras yo me ponía del color de las fresas.

—Todo esto tiene una explicación... —Aunque no sabía cuál darles y ellos parecían expectantes.

—Entonces ¿hablas? —preguntó la rubia mirándome como si fuera Jesús andando sobre las aguas.

—¡Pues claro que habla! ¿O es que crees que soy ventrílocuo y le he metido una mano por el culo para que mueva los labios mientras yo pongo voz de mujer? —repuso Carlos más ofuscado de lo normal.

Annette rebufó.

—Está claro que la mano en el culo sí se la has metido, aunque no sé si lo suficiente... Que te explique ella por qué mintió, a mí me da igual si habla o no. Vamos, Alberto, ya encontraremos otro sitio para practicar el masaje, está claro que este par tienen muchas tensiones que liberar. Cuando pille a Lu se va a enterar, mira que tomarnos el pelo de esa manera, ese tipo de bromas no tienen ninguna gracia.

Los dos abandonaron la habitación dejándome a solas con Carlos y con el marrón.

—¿Puede saberse por qué les dijisteis eso tú y mi hermana?

Tenía dos opciones: o mentir como una bellaca o contarle la verdad. Las mentiras no nos habían llevado por buen camino, así que sólo podía enfrentarme a las cosas que le había ocultado a Carlos hasta el momento.

—Te lo contaré, pero prométeme que me escucharás, no me juzgarás y no te enfadarás.

Se cruzó de brazos, sentándose en un sillón alejado de mí.

—¿Tendré motivos para hacerlo?

Me mordí una uña.

—Puede, pero has de entender que no estaba preparada para contarte esa parte de mi vida —remarqué.

—¿Es por lo de la sífilis? ¿Se la chupaste a un tío y te la pegó? ¿Es cierto? —preguntó preocupado.

—No, jamás se la he chupado a un tío..., excepto a ti. —Todavía recordaba aquel momento en la ducha.

—No sé si creerte, tu mamada fue espectacular, me generó ciertas dudas tu historia de los helados... —observó, y aunque en el fondo me sentía orgullosa de su cumplido, me molestó que desconfiara.

—Nunca lo había hecho, esa parte era verdad. —Me puse seria.

—Está bien, pues comienza a dar tu explicación y veremos qué ocurre.

Así fue como le hablé de mi trabajo en Gatitas Cachondas, le expliqué cómo la necesidad de independizarme y el sueldo que ofertaban me hicieron decidirme por aceptar el empleo. Aclaré la primera llamada que tuvimos cuando lo confundí con un cliente; en ese punto me pareció que contenía una sonrisa, igual se lo tomaba mejor de lo que esperaba, al fin y al cabo, el trabajo no era nada del otro mundo y Niyireth también trabajaba allí. Parecía ir bien hasta que llegué a la parte de Mino y las llamadas de larga distancia. Su expresión cambió cuando le conté que, dados nuestros malentendidos y la amabilidad del ginecólogo, me planteé si no me estaba equivocando de persona. Se lo conté todo, absolutamente todo, mis dudas, mis reacciones cuando no estaba segura de por cuál de los dos decantarme y mi posterior descubrimiento de que estaba allí.

Su mandíbula se fue tensando paulatinamente.

—¿Y qué pinta mi hermana en todo eso? —preguntó hosco.

—Le pedí que me ayudara cuando entendí que el doctor Ulloa podía atar cabos y descubrirme a través de mi voz, a ella se le ocurrió lo de hacer que era muda y creo que se ha estado haciendo pasar por mí con él —añadí pensando que sonaba peor de lo que era.

—¿Me estás diciendo que me has hecho sufrir como un cabrón por lo de tu gato mientras tú te follabas a tíos por teléfono, tonteabas con un médico, tonteabas con Luis y, encima, has metido a mi hermana en todo este lío? —Ahora sí que parecía enfadado—. ¡Maldita sea, Luz! ¡Puede estar con un maldito psicópata pervertido en este momento!

—¡No es cierto! Mino no es nada de todo eso, él es dulce, amable...

—¡Por Dios, Luz, que se mataba a pajas escuchándote! ¡¿Encima lo defiendes?! —protestó.

—Dicho así suena mucho peor de lo que es. Mino estaba pasando por un mal momento, él...

—¡¿Quieres dejar de hablarme de ese capullo?! Si tanto te gusta, ¿por qué no te has largado con él en vez de estar pelando la pava conmigo?

Me enfurruñé, Carlos no atendía a razones.

—Haz el favor de escuchar, ¿quieres? Pareces un crío al que le han robado la pelota, las cosas no son así.

—¿Y cómo son, Luz? ¡Ilumíname, porque yo sólo lo veo de un modo! —Se había puesto en pie y andaba de un lado a otro.

—Lo del trabajo es todo una mentira, tenemos nuestros trucos, es como ser actriz, nosotras no lo pasamos bien con esos tipos, simplemente fingimos.



—¿Tampoco lo pasabas bien con el doctor? —preguntó entornando la mirada. Y yo la aparté, habría sido fácil responder lo que él quería oír, pero no podía hacerlo, no podía engañarlo—. Entiendo.

—No, no entiendes, ¿qué quieres que te diga? Me confundí con tanto tira y afloja, estaba atacada porque no te decidías, dudé de si me estaba equivocando, creo que no eres ajeno a ese tipo de emoción, no he visto a un tío más indeciso que tú en mi vida —repliqué mientras él se plantaba de brazos cruzados frente a mí. No lo estaba llevando bien y yo no era capaz de exponer con claridad lo que me sucedía. «No puedes perderlo de nuevo, Luz, esfuérate.» Intenté sonar lo más calmada posible, que pudiera ver mis emociones en el fondo de mi mirada—: Me equivoqué, Carlos, ¿y sabes por qué? Porque siempre fuiste tú, aunque me rechazaras una y otra vez, nunca hubo otro para mí, era imposible, porque aquí dentro —señalé mi pecho— ya se había instalado un vecino molesto que se encargaba de complicarme la vida. —Le estaba abriendo mi corazón, mientras él parecía a punto de atacar.

Soltó una risa seca.

—¿Pretendes que crea eso? No me tenías sólo a mí, tenías a tres tíos deseando follarte y arrancarte tu maldita virginidad, ¿debo sentirme orgulloso de haber formado parte de tanpreciado casting y haber salido finalmente el escogido?

Me estaba irritando, la cosa no había ido así.

—No ha habido ningún casting, pedazo de alcornoque. Hasta que te conocí no sentí la necesidad de estar con un hombre.

—¿Y eso cuándo fue? ¿En Barcelona o en A Feira do Monte?

Cuando oí que preguntaba por aquel lugar, me quedé helada.

—¿C-CÓMO? —¿Por qué Carlos conocía el nombre del pueblo donde iba con mis amigas de la infancia de fiesta?

—Dime que no me recuerdas, mamporrera, dime que aquella noche no te sentiste atraída por mí, por C. J.

La cabeza comenzó a darme vueltas, viajó hasta aquella noche en la que aquel chico moreno mayor que yo me gustó lo suficiente como para plantearme algo con él y me sacó de mis casillas como nadie.

—¿Eras tú?

—No hay que ser muy lista, querida, son mis iniciales. —Era él, ¿cómo era posible? ¿Desde cuándo lo sabía?—. Siempre he sido yo, desde aquella maldita noche en que te cruzaste en mi camino mi vida cambió. Cuando creí que eras una mera anécdota en mi vida regresaste para volverme loco. ¿Por qué, Luz? ¿Por qué cada vez que creo que lo nuestro puede funcionar sucede algo que me distancia de ti?

Yo tampoco lo sabía.

—¿Lo has sabido siempre? —pregunté más tranquila cuando vi que lo estaba pasando tan mal como yo.

—No.

—¿Cuándo lo supiste? —le exigí, necesitaba respuestas.

—Cuando me contaste de qué pueblo eras, mi cabeza viajó hasta ese instante y lo recordé todo, te recordé. —Su voz sonaba rota y yo también me estaba rompiendo por dentro.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté recelosa.

—No lo sé, supongo que no quería que me juzgaras por ser un capullo aquella noche, nunca una chica me había puesto tan nervioso como tú aquel día, era incapaz de no hacer el imbécil.

—¿Tú, nervioso?

—¿No me crees? —Me costaba imaginarlo así—. Supongo que da igual que me creas o no. En el momento que lo descubrí no quise

contártelo por miedo a que sentara precedente después de lo que ya había ocurrido en nuestra primera cita. —Eso era entendible.

—¿Y en qué punto nos deja todo esto? —pregunté con miedo a la respuesta que pudiera darme.

—Sinceramente, no lo sé, ahora mismo no puedo darte una contestación, necesito enfriar la cabeza y sopesar todo lo que acabas de contarme.

Lo miré acongojada, aunque entendía que necesitara meditar lo ocurrido, yo también necesité mi tiempo después de lo de *Lucifer*.

—Será mejor que me marche, entonces.

Me levanté envuelta en la sábana. Toda la baraja estaba sobre la mesa, sus mentiras y las mías, lo que ambos ocultábamos había salido a flote emborronándolo todo de nuevo. Me encaminé hacia la puerta.

—Luz —susurró cuando abrí para irme. Me volví esperanzada como aquella vez en la escalinata del parque Güell, cuando pensé que vendría tras de mí y no lo hizo—. Dame tiempo.

Simplemente asentí y salí de allí con el corazón destrozado. El resultado fue el mismo que en la otra ocasión: Carlos no vino a por mí, dejó que me marchara fracturando mi corazón en mil pedazos.

«¿Y qué esperabas? —dijo la vocecilla de mi cabeza—, ya te dijo que no era el príncipe, sino el lobo», y un lobo herido era peor que un príncipe convertido en sapo.

Puse rumbo a mi habitación esperando que hubiera alguien. Llamé a la puerta, pero nadie me abrió, así que me dirigí a recepción.

—Disculpa. —La chica estaba de espaldas a mí, se volvió para atenderme.

—Dime —respondió repasándome de arriba abajo, reconozco que mi atuendo no era el ideal.

—Es que no sé dónde he dejado la llave de mi habitación y necesito entrar.

—Al parecer, no es lo único que no sabes dónde has dejado —se mofó.

—No tengo un buen día, así que será mejor que tengamos la fiesta en paz, ¿puedes darme la llave de la habitación Ibiza, por favor?

Ella sonrió con sorna.

—¿Lu? —Me quedé muy quieta, apenas sin respirar. Una mano tomó mi hombro para darme la vuelta.

Delante tenía al mismísimo Mino, solo y sin Lucía.

—Toma, aquí tienes. —La chica tendió la llave sobre el mostrador —. Lamento que no tengas un buen día como me decías, pero te recuerdo que en la recepción no se puede ir desnudo, va contra la normativa, aunque lleves una sábana de otra habitación que obviamente no es la tuya.

Yo seguía sin hablar, no sabía si Mino me había oído o no, cogí la llave.

—¿Quería algo, doctor Ulloa? —preguntó la recepcionista solícita, agitando las pestañas.

—Pues en primer lugar le agradecería algo de tacto al tratar a sus clientes, está claro que si en su establecimiento no están dispuestos a que la gente vaya «desnuda» en la recepción, no deberían hacer este tipo de seminarios donde uno debe quitarse la ropa. —Menudo rapapolvo le acababa de echar—. Vamos. —Me tomó de la cintura empujándome hacia delante.

No sabía qué hacer, el calor de aquella mano traspasaba la sábana, caminé como un robot al lado del doctor, que se mantuvo en silencio hasta que salimos de la recepción.

—No hace falta que sigas fingiendo, te he oído perfectamente y he reconocido tu voz. —Solté el aire lentamente—. Sólo dime por qué.

Menudo día, seguro que los planetas se habían alineado y era el día de mi juicio final; con las peticiones lujuriosas que le había hecho a Dios, fijo que era mi castigo.

—Lo siento —musité cabizbaja. A ese ritmo iba a estar disculpándome todo el día.

—¿Qué sientes, Lu..., o debería llamarte Lucero del Alba? —Me detuvo en el pasillo que llevaba a mi habitación apoyándome contra la pared. No había nadie, estaba muy guapo, con una bermuda oscura y un polo color salmón.

—No estaba preparada para enfrentarme a ti, ni para que supieras que era yo.

—¿Por eso tuviste que hacer que creyera que eras otra? ¿Por eso tuviste que engañarme? ¿Qué soy para ti? Pensaba que era algo más que un tío que se dejaba el sueldo en esa línea donde trabajas, pero me equivoqué, ¿no es cierto? —Sus acusaciones estaban llenas de dolor, se sentía traicionado de nuevo por una mujer, y yo era esa mujer—. Yo era uno más, un imbécil ilusionado por una voz anónima, una que le decía lo que quería oír.

—Eso no fue así, tú me gustabas —le respondí.

—¿No fue así? ¿Yo te gustaba? ¿Y cómo fue, entonces?

La voz me fallaba y las piernas me temblaban.

—Yo también creí sentir algo, pero estaba conociendo a alguien, alguien real, no una voz al otro lado de la línea —suspiré—. Tal vez si no lo hubiera conocido a él antes que a ti... ¡No sé! Además, también estaba la normativa de la empresa...

—Ah, así que estabas jugando a dos bandas... Y, por lo visto, lo de tu virginidad también era mentira..., ¿o me dirás que vienes

desnuda y envuelta en una sábana de hacer un pícnic?

Resoplé. Mino no iba a creerme, por muchas explicaciones que le diera.

—No me parece que deba darte ninguna explicación acerca de dónde vengo o cómo voy.

—No, claro que no, es la segunda vez, o, mejor dicho, la tercera que una mujer juega conmigo y con mis sentimientos. Espero que tú y tu amiguita hayáis disfrutado de lo lindo, porque es la última vez que os reís de mí. La vida pone a cada uno en su sitio, Lu, y está claro que también te pondrá a ti en el tuyo. —Su mirada me dio miedo, me había acorralado contra la pared, por suerte, fue el momento escogido por Ana María para aparecer.

—¡Ana María! —grité esperando disuadir al doctor, quien se apartó de golpe. Ella me miró sin entender qué sucedía.

—Suerte, Lu, la necesitarás —dijo él antes de largarse dejándome con una sensación extraña en el cuerpo. Sólo esperaba que Lucía estuviera bien, la llamaría desde la habitación para alertarla.

—¿Ocurre algo? —Tuve que abrazarme a mi compañera: sentía que las piernas no me iban a sostener—. Vamos, tranquila, calma, será mejor que vayamos a la habitación y me cuentes qué ha ocurrido y quién era ese tipo.

## Capítulo 24

—¡Luz, espera!

Volví el rostro hacia la voz que procedía del final del pasillo. Era Carlos, con la respiración agitada y viniendo hacia mí.

—No le hagas caso —Ana María me tironeó del brazo—, todo esto es culpa suya, estoy convencida.

Aun así, me quedé allí, esperando que él me alcanzara como tantas veces había imaginado, hasta que lo hizo.

—Tenemos que hablar, no pienso cagarla más dejando que pase el tiempo y que ocurran otras cosas que nos distancien —se justificó.

—Ahora, Luz necesita descansar, no que vengas tú a increparla —lo interrumpió Ana María.

—Tranquila, está bien. —Yo tampoco quería distanciarme de él—. Déjanos solos un minuto, que ahora entro.

Ella miró a Carlos con recelo, aunque no se opuso a entrar.

—Cualquier cosa, estoy aquí.

Me apoyé en la pared apretujando la sábana contra el cuerpo como si fuera un escudo de defensa con el que enfrentarme a él.

—Tú dirás —espeté.

—No quiero arrepentirme, Luz, no quiero pensar que te tuve y que por celos te dejé marchar... Es cierto que necesito algo de tiempo, pero no una eternidad. —Alargó la mano y me acarició la mejilla—. ¿Qué te parece si quedamos como una pareja normal, sa-

limos a cenar, charlamos y vemos adónde nos conduce? —Sus palabras me sonaron sinceras.

—Me parece bien, creo que nos hace falta —concedí.

—Perfecto, te esperaré en la recepción dentro de cuarenta y cinco minutos, así tienes tiempo de darte una ducha para quitarte la sal y la arena de este mediodía, yo haré lo mismo.

Asentí con la cabeza.

—Nos vemos dentro de un rato, entonces.

Tenía el pulso agitado, debo reconocer que me costó entrar, al igual que a él echar a andar. Me moría por arrojarme en sus brazos y que él me prometiera que a partir de ahora todo saldría bien.

Una vez dentro de la habitación, Ana María me esperaba con la escopeta cargada.

—Te juro que no entiendo qué le ves, pero cada vez que lo miras se te caen las bragas al suelo —rezongó.

—No es fácil de explicar, Ana María, han pasado muchas cosas entre nosotros, ha habido muchos malentendidos y debemos aclararlos.

—¿Es que no te das cuenta? —Hizo aspavientos con las manos hasta que se sentó junto a mí al borde de la cama. Su mirada cambió a una mucho más suave mientras me acariciaba el rostro—. No los necesitamos, tú y yo somos mujeres fuertes, hermosas, libres de prejuicios, no necesitamos tipos como éstos para demostrarnos que podemos ser amadas, eso ya pasó a la historia.

—Cierto —convine alejándome—. No los necesitamos para eso, porque el amor nace en el interior de uno mismo y no puedes pretender que alguien te ame si no te amas tú primero. —Vi en el reflejo de sus pupilas lo perdida que se hallaba—. Este fin de semana te va a ir muy bien para que reflexiones, para que tomes distancia entre tu yo pasado y tu yo actual, has de darte cuenta de lo



que vales; como bien has dicho, eres fuerte, hermosa y libre, pero no basta con decirlo, hay que sentirlo. Lo que te hizo tu padre no tiene nombre, has de perdonar a la niña que habita en ti, a la que hacía todas esas cosas terribles para sentir que su padre la aprobaba.

Ana se miró las rodillas.

—Enfrentarme a lo que me ocurrió ha sido muy duro.

—Lo sé —la cogí de las manos—, pero estás en el camino, sabes que cuentas conmigo para lo que necesites, cuando necesites un hombro sobre el que llorar, cuando necesites un abrazo, has de entender que no estás sola, yo siempre estaré aquí.

Me miró esperanzada.

—No sé qué habría hecho sin ti, yo... —Se soltó de mis manos, me cogió el rostro y me besó. Me tomó por sorpresa, nunca antes una mujer me había besado de ese modo, recorriéndome los labios con la lengua con tanto amor y sensualidad.

No sentí nada, sólo aflicción por que se estuviera confundiendo tanto. La detuve.

—Ana María, para, por favor, no me gustan las mujeres, ni a ti tampoco.

—Pero me gustas tú, me da igual que seas una mujer, porque lo que yo siento por ti no entiende de género, es amor puro y sincero...

Le sonreí con ternura.

—No, cielo, yo no te gusto. Simplemente me has idealizado, mi prima es lesbiana, a ella sí le gustan las mujeres, a ti no. Necesitas serenarte, meditar y reflexionar. Y yo —añadí sonriente— necesito una ducha con urgencia y hablar con Carlos. —Me puse en pie y fui hasta el baño—. Hazme caso, sal, da una vuelta y despéjate, verás cómo con el tiempo todo vuelve a su lugar, sólo estás confundida.

Cuando salí del baño ella ya no estaba, tal vez fuera mejor así.

Me había quitado tanta sal y tanta arena que podría haber hecho una playa en mi ducha, me hidraté y perfumé el cuerpo a conciencia para ponerme un sencillo vestido blanco de encaje menorquín que me trajo mi prima de uno de sus viajes. Pensar en ella y en nuestra discusión me dolió, Jud era como mi hermana y no iba a aguantar mucho tiempo estando distanciada de ella.

Cuando regresara la llamaría e iríamos a comer para aclarar las cosas.

Pensar en ella me hizo pensar también en Lucía. Cogí rápidamente el móvil y la llamé. Nada, saltaba el buzón, le dejé un mensaje de texto alertándola de que Mino sabía todo lo ocurrido, no quería que la pobre pagara los platos rotos después de haber intentado ayudarme.

Me miré en el espejo, el sol me había dado de lleno y lucía un bonito color moreno. Lo complementé con algo de *gloss* y rímel para intensificar la mirada. Me calcé unas sandalias de dedo, cogí el bolso bandolera con lo imprescindible y salí dispuesta a arreglar las cosas con Carlos.

## *Carlos*

En cuanto Luz salió por la puerta sentí una gran pérdida atenazándome el pecho, recordé las palabras de mi padre, recordé lo que había sentido junto a ella todos esos días.

¿Podía culparla por confundirse cuando yo no había sido nada claro? ¿Podía culparla por coger un trabajo no convencional para poder vivir su vida con independencia económica? Sabía que mi enfado provenía de los celos, no soportaba pensar en Luz con otro hombre, ¿entonces? ¿Qué demonios estaba haciendo alejándola de nuevo? Ella no merecía que nos hiciera eso, ni yo tampoco.

Llamé a Patrick, necesitaba cerciorarme de estar haciendo lo correcto. Por suerte, mi amigo no sólo corroboró mis pensamientos,

sino que me animó a ir más allá, me dijo que no me preocupara, que él organizaría justo lo que necesitábamos en ese momento. Patrick era mi mejor amigo, sería capaz de poner mi vida en sus manos una y otra vez, jamás me había fallado. Me preguntó en qué lugar exacto de la isla estábamos, para montar lo que según él iba a ser la noche de nuestra vida. Esperaba que así fuera y que no incluyera látigos o cuero, pues sus gustos sexuales poco tenían que ver con los míos.

También me indicó que le anunciara a Luz que quería contratarla como fotógrafa para el local, a mucha gente le gustaba ser fotografiada en sus sesiones, pero no de un modo explícito; necesitaba a alguien de confianza que mantuviera el secreto de lo que ocurría en el club y con sus clientes. Le había encantado la colección de fotos de desnudos de Luz, así que tenía otro as en la manga para hacerla feliz, sobre todo cuando supiera cuál iba a ser el sueldo.

En cuanto colgué, salí a buscarla, esperaba que no me diera con la puerta en las narices. Quería decirle que se preparara y que me diera la oportunidad de arreglar las cosas. Por suerte, todavía estaba en el pasillo, con Ana María. Esa mujer cada día me gustaba menos, se puso como una fiera cuando me vio aparecer; ni que Luz fuera de su propiedad... Ella parecía receptiva e instó a Ana María a que nos dejara solos. Me gustó que aceptara y que no rechazara mi propuesta, sabía que era la mujer de mi vida e iba a demostrárselo.

Una vez regresé al cuarto intenté localizar a mi hermana, fue imposible, así que le dejé un mensaje en el buzón de voz. Sólo pensar que ese tarado del ginecólogo andaba suelto por el hotel me daba grima, mi hermana no estaba para ir saltando de loco en loco, todavía no había entendido cómo se había dejado liar para hacer algo así.

Cuando salí de la ducha, Alberto ya estaba allí. Le pedí, por favor, que se ocupara de Lucía y que, si veía algo raro con el médico, me llamara. Aceptó sin problemas y eso me dejó más tranquilo.

Patrick volvió a llamarme para decirme que lo tenía todo listo y ponerme al día de lo que había ideado. Si Luz no caía rendida con eso, no iba a caer con nada.

—Deséame suerte —le pedí a mi amigo antes de colgar.

—No la vas a necesitar. Anda, capullo, ve a por ella y vuelve aquí para decirme que es tu pareja.

Accedí.

—Dalo por hecho, te debo muchas, así que ve eligiendo cómo te lo voy a pagar.

—Tranquilo, que ya me lo cobraré, y con intereses.

—Si esto sale bien, te garantizo que los duplicaré.

Soltó una carcajada.

—Disfruta y gánate a la chica, nos vemos a tu regreso.

Me sentía como si fuera a mi primera cita, con una opresión en el estómago difícil de sobrellevar. Llegué a recepción diez minutos antes de lo previsto, cosa que agradecí, pues en ese preciso instante entraba mi hermana con los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

—¿Lucía, estás bien? —la interrogué.

—Sí, tranquilo, algo me ha hecho reacción, igual es del polen. Iba a la habitación a ver si las chicas tienen colirio.

—Pues a mí no me parece que sea eso, aunque si tú lo dices, lo daré por cierto.

—Es eso, ¿por qué iba a mentir? —contraatacó.

—Está bien, no quería molestarte, sólo me preocupaba por ti, no quiero que te suceda nada. —Ella suspiró—. ¿Has escuchado mi mensaje?

—No, me dejé el móvil en la habitación.

—Está bien, Luz me contó lo del médico. —Ella me miró con sorpresa—. No está bien lo que hicisteis, ese tipo podría ser un loco. Le he pedido a Alberto que cene contigo esta noche, te quiero alejada de él, Lucía, y no es una advertencia, sino una orden.

—No te preocupes, no hace falta que me pongas guardaespaldas para que se mantenga alejado de mí, él también sabe que todo era una farsa; ahora ya lo sabe todo, así que dudo que me dirija la palabra nunca más. —Parecía pesarosa y enfadada, ¿qué le ocurría?

—Pues mucho mejor así, no me fío del pajillero ese.

—¡No es un pajillero! —exclamó con ímpetu—. Sólo un hombre muy solo y así va a seguir siendo. Voy a descansar un rato antes de ir a cenar.

No me gustaba verla tan triste e irritable.

—¿Estás segura de que estás bien? —Ella asintió, aunque sabía que mentía, éramos hermanos, sabía que me ocultaba la verdad y que no le apetecía hablar. Lucía era muy terca y hermética cuando no quería contar algo—. Llevaré el móvil encima, voy con Luz a cenar y, si todo sale bien, no regresaremos hasta la actividad de la mañana, así que si me necesitas llámame.

Su mirada se iluminó.

—¡Eso es genial! Me alegra mucho oír eso, pasadlo bien, ambos os lo merecéis. Quiero a esa chica de cuñada y mamá también la quiere en la familia, así que no la cagues esta vez, ella es muy especial.

—Lo intentaré.

Mi hermana me abrazó deseándome suerte, me dio un par de besos y se marchó.

Dos minutos después de que se fuera, el tiempo se detuvo cuando apareció la mujer más hermosa del mundo, la mujer de mis sueños. Estaba radiante, parecía una ninfa de tez morena y ojos dorados, con aquel vestido flotando a su alrededor y el cabello cayendo sobre sus hombros.

—Hola —me saludó sonrojándose.

—Estás preciosa. —Le cogí la mano y deposité un suave beso en el interior de la muñeca. Noté cómo se erizaba ante el breve contacto y cómo se calentaba aquella pequeña porción de piel bajo mi aliento.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Me había puesto una bermuda blanca con una camisa de lino del mismo color.

—Esto es de serie —repliqué guiñándole un ojo, y ella sonrió. Cómo me iba a costar controlarme.

—¿Adónde vamos? —preguntó curiosa.

—Es una sorpresa, ya lo verás, ya sabes lo que dicen: si lo cuentas no es sorpresa. —Parecía tan ilusionada como yo.

—Espero que esta vez no incluya una habitación con espejos —respondió socarrona.

—Pues no me importaría volver a tenerte desnuda en aquel lugar sabiendo lo que sé ahora.

Me acerqué a su cuello, inspiré aquella suave fragancia a pera y besé justo donde latía el pulso desbocado. Ella carraspeó ligeramente.

—Mejor otro sitio, aquél era aterrador.

Seguí sin despegarme.

—Pues a mí me puso muy cachondo pensar que te iba a ver por todas partes, follándote de todas las maneras imaginables. —Luz se

había tensado, su respiración se había desacompasado—. Yo que tú no lo descartaría, tal vez en un futuro podamos ir...

Me distancié lo suficiente para observar las reacciones de su cuerpo. Justo lo que había imaginado: sus pupilas se habían dilatado; tenía las fosas nasales abiertas y los pezones en pie de guerra. Decididamente, iba a llevar a Luz otra vez allí, pero más adelante; ahora necesitaba conquistarla.

—¿Preparada, señorita Martínez? —Le ofrecí mi brazo.

—Preparada.

## *Luz*

Fuimos hasta la playa, donde un hombre de mediana edad nos esperaba sentado en una lancha a motor.

—¿Adónde vamos? —insistí a mi poli buenorro.

—La curiosidad mató al gato, sólo déjate llevar, como esta mañana sobre las olas.

Rememoré aquel momento en que mi cuerpo flotaba ajeno de toda preocupación, como si el mar pudiera llevarse todo aquello que pesaba sobre mis hombros.

Subí con Carlos y aquel hombre sin hacer más preguntas. El tipo arrancó la pequeña embarcación saliendo con nosotros a mar abierto.

Ya estaba oscureciendo, los últimos rayos de sol acariciaban la luna, que se alzaba altanera en un cielo plagado de innumerables estrellas.

Nos acercamos a una embarcación mucho más grande, parecía de esos barcos que llevan los narcotraficantes en las pelis.

—¿Nerviosa?

Mis dedos estaban enredados en los suyos, hasta el momento no me había percatado de que le estaba apretando tanto.

—¿Te has dado cuenta de que nos lleva hacia esa embarcación? ¿Estás seguro de que este tipo es de fiar? Parece un barco de mafiosos.

Él sonrió.

—Aquí, de quien menos tienes que fiarte es de mí, pequeña, no sabes las ganas que tengo de secuestrarte y enseñarte mi arma secreta.

«¡Por favor, que esa arma secreta sea su porra y me la meta!» Me lamí el labio inferior y su bragueta acusó el gesto.

El hombre detuvo la lancha y nos invitó a subir.

—Tú primero, cielo —indicó Carlos.

Se había levantado viento, la embarcación se agitaba, y yo estaba tan nerviosa que sólo atiné a agarrarme a la barandilla para subir al enorme yate negro que estaba plantado en medio del mar. Carlos estaba subiendo justo detrás de mí cuando el viento sopló con tanta fuerza que levantó mi falda descaradamente y oí un exabrupto al tiempo que me la bajaba.

—¡Joder! ¿Se puede saber dónde demonios te has dejado las bragas? —Hasta ese momento no había recordado que no llevaba. Tras la ducha me había puesto el vestido y me había olvidado de la ropa interior. Menudo bochorno..., me lo había visto a pelo y sin adornos—. Aunque, pensándolo bien, mucho mejor así, iba a dejarte sin ellas de todas, todas, un trabajo que me ahorras. —Su mano paseó indecentemente por mi muslo, pellizcando mi trasero, hasta que logré subir del todo, roja como una cereza.

—Bienvenidos al Sunseeker 82 Predator. Soy Mario, el patrón de la embarcación. Si son tan amables de acompañarme les enseñaré el que va a ser su hogar por una noche.



¿Había dicho «una noche»? La boca se me secó.

Mario era un hombre de unos cincuenta años completamente uniformado y de sonrisa amable.

—Gracias, Mario —dije, y a continuación me pegué a la oreja de Carlos—. ¿Toda la noche? —le susurré.

Él arqueó la ceja.

—Creo que ni con eso tendré suficiente, y menos aún sabiendo que vienes tan preparada.

El cuerpo me ardía, y más cuando la mano de Carlos acarició mi trasero desnudo bajo la falda.

—Estate quieto —lo amonesté—. ¿Quién te ha dicho que no me he puesto bragas por ti? Estaba practicando las enseñanzas del maestro, soy una alumna muy disciplinada.

—Pues esta noche quien te va a aplicar disciplina soy yo, pequeña mentirosa. —Cómo deseaba que lo hiciera.

Seguimos a Mario en el tour, nos explicó que estábamos en el yate de lujo más grande de la empresa; según él, tenía veinticuatro metros de eslora y seis de manga. A mí eso me sonaba a chino, pues las únicas mangas que conocía eran la pastelera, la de la ropa y la del mar Menor, en la que se estaba muy a gustito, por cierto. No quise preguntar para no quedar como una paleta, pero, madre mía, cuántos significado para una palabra tan corta. Mario lo decía con orgullo, así que presupuse que era como cuando los hombres hablan del tamaño de su pene y saben que lo tienen grande.

El barco tenía capacidad para doce y nosotros éramos sólo dos, ¿qué íbamos a hacer con tanto espacio?

Nos enseñó los seis camarotes, donde podían dormir unas ocho personas, aunque evitó mostrarnos el principal. Todos tenían baño integrado y estaban hechos con maderas nobles. Después subimos a la cabina. A ambos lados había una doble fila de ventanas

curvadas. Mario nos explicaba que ese tipo de ventana creaba un interior luminoso con vistas panorámicas.

—¿Por qué has cogido un barco con tantos camarotes? — pregunté curiosa a Carlos mientras subíamos a la parte superior.

—Porque pienso echarle un polvo en cada uno de ellos hasta que decidas en cuál quieres quedarte. —Sí que iba fuerte, sí.

—Pffff, mucho hablar y poco follar —lo piqué.

—Eso dímelo después.

Me gustaba que estuviera juguetero, eso me daba esperanzas.

El salón estaba situado en el interior de la cabina principal. Tenía un sofá de aspecto muy cómodo, una mesa de madera extensible y una confortable silla de lectura. Había armarios para guardar las pertenencias de los pasajeros. Una pantalla de televisión invitaba a relajarse y a disfrutar de una buena película.

—Si me acompañan, la cena los espera en la terraza.

Salimos tras él, todo estaba iluminado con velas, era realmente precioso.

Nos sentamos a la mesita de madera, donde había distintos entremeses que esperaban ser degustados. Mi estómago rugió al ver tanta delicia junta.

—Espero que les guste, ahora mismo les serviremos el vino.

Habían encendido el hilo musical y, de fondo, el inconmensurable Luis Miguel cantaba baladas de amor. Me sentía abrumada por todo lo que había preparado Carlos con tan poco tiempo.

—No sé ni qué decir.

Carlos sonrió de aquella forma que tanto me gustaba.

—No hace falta que digas nada, más bien que escuches y que comas.

—¿Porque calladita estoy más guapa?

Soltó una carcajada.

—Más bien porque tengo muchas cosas que decir antes de que tu boca esté ocupada en otros menesteres —replicó. Y yo que estaba deseando que acabara la puñetera cena y me diera la vuelta al mundo en seis camarotes—. Necesito un poco de vino.

—¿Necesitas resguardarte bajo los efectos del alcohol para estar conmigo, agente Jiménez?

—Más bien necesito la desinhibición que te brinda el alcohol para no callarme nada. —No sabía si eso era bueno o no..., ¿iba a reñirme? ¿A echarme un rapapolvo? Crucé los dedos mentalmente. «Por favor, Dios mío, que me eche el polvo y si acaso luego ya me lo rapa.» Carlos prosiguió, ajeno a mis enajenaciones mentales transitorias—: Necesito vencer el miedo para oír algo para lo que no esté preparado. —¿Y qué esperaba oír? Me estaba acongojando—. Luz, creo que ninguna arma en el mundo es capaz de herirme de muerte más que tus palabras de rechazo...

Eso sí que me dejó sin habla. ¿Rechazarlo, yo? ¿Estaba loco?

El camarero regresó, nos llenó las copas de un delicioso vino blanco y ambos las entrechocamos.

—Por las vírgenes encontradas —susurró divertido.

—Por los empotradores aterrados —sentencié resuelta antes de que el frescor del vino inundara mi paladar.

Carlos me acercó una cucharita que contenía una lámina de patata y encima una rodaja de pulpo a la gallega. Separé los labios y prácticamente la engullí.

—Mmmmmm, está supertierno.

—Eso no es lo más tierno de la mesa.

—¿Ah, no? —exclamé sorprendida mirando entre los distintos canapés e intentando averiguar de cuál hablaba.

—Lo más tierno de la mesa no está encima, Luz, sino debajo, justo entre tus piernas, y muero de ganas de hincarle el diente. —

Tragué con dificultad, mi clítoris se contrajo excitado ante sus palabras, yo también deseaba tenerlo justo ahí. Acabé mi copa de un trago—. Cuidado, preciosa, te quiero bien sobria para todo lo que deseo hacerte.

—Claro, tú necesitas beber para largar y yo no puedo hacerlo para extinguir el fuego que me consume. Si no quieres que siga bebiendo, pirómano mío, será mejor que te conviertas en bombero y apagues las llamas que provocas con tus palabras. —No iba a andarme con tonterías, éramos adultos y ambos sabíamos por qué estábamos allí.

—Está bien, cambiaré de tema, entonces. —¿Ya estábamos? ¿Por qué se emperraba en postergar lo inevitable? Cada vez que yo avanzaba, él reculaba, siempre igual, ya me estaba mosqueando de nuevo—. Me está costando mucho centrarme sabiendo que no llevas ropa interior debajo de ese vestido y que tus pezones me miran pidiendo guerra...

Proyecté el pecho hacia delante, a ver si así le quedaba más claro y encendía el interruptor de su cerebro que lo empujaba a atacar. Sabía que la luz de la vela convertía el vestido en una simple veladura, que si Carlos fijaba la vista como lo estaba haciendo podía distinguir el contorno de mis pezones con total nitidez.

—¿Tan importante es lo que quieres decirme que no puede esperar a que hayamos follado? —Volví a provocarlo con total sinceridad, no podía controlarme, llevábamos demasiado tiempo postergando lo inevitable.

Sus ojos se cerraron y comenzó a hiperventilar como si le costara la vida la decisión que iba a tomar. Abrió los ojos y me miró con rotundidad.

—Luz, esta noche tú y yo no vamos a follar.

«¡No, otra vez no! ¡Lo sabía!» Lo miré entre decepcionada y confundida.

—¿No? —Apenas me salía la pregunta, la segunda vez que la formulé lo hice con ira—: ¡¿No?!

—No —aseveró. Estuve a punto de levantarme y largarme, pero él se me adelantó, aunque lo que hizo me sorprendió. Vino a mi lado e hincó la rodilla en el suelo para mirarme con total adoración—. No voy a follarte porque esta noche te voy a adorar como te mereces y justamente como lo que eres. —Sus pupilas se clavaron en las mías—. Pregúntamelo, Luz.

¿Qué debía preguntar? «Piensa, Luz, piensa, ¿qué te ha dicho?» Y entonces supe qué pregunta debía formular.

—¿Qué soy? —Confieso que me daba pavor su respuesta.

—Eres mi diosa, mi otra mitad y el amor de mi vida. Lo supe aquella primera vez cuando no hice más que el imbécil, en las fiestas del pueblo, y lo supe en el preciso instante en que te vi con aquella alga entre los dientes. —Me encendí como una bombilla, ya tenía que salir la puñetera alga, sabía que esa anécdota me acompañaría para siempre—. Nunca nadie una mujer me ha hecho sentir tan desorientado y asustado, y eso sólo es por una cosa, porque tú eres mi vida, la luz de mi camino, y sin ti me siento a la deriva, solo y perdido. Dime que me aceptas, Luz, dime que no te importa que a veces sea un capullo integral, un celoso sin remedio, porque siento celos incluso del aire que respiras. Dime que soy para ti algo más que un medio para lograr tu objetivo, porque tras esta noche no soportaría perderte. Te necesito en mi vida, te quiero en ella desde que amanezca hasta que se vaya el sol, hasta que tu cabello cambie de color junto al mío. Te quiero, Lucero del Alba Martínez, y si tú no sientes lo mismo por mí creo que voy a ser incapaz de hacer nada contigo.

Sencillamente no me di cuenta de que una lágrima rodaba por mi mejilla hasta que su índice la atrapó. No estaba preparada para una declaración de amor tan bonita y tan sincera, sobre todo cuando yo no había pensado en otra cosa que no fuera tirármelo. No pensaba que se hubiera levantado para servirme su alma como plato principal. Estaba sobrecogida a causa de la emoción, apenas podía moverme o decir algo, así que me limité a hacer lo único que mi cuerpo me permitió: lanzarme contra él para demostrarle con actos lo que no decían mis palabras.

Lo besé con fervor, con ternura, con amor, no era un beso sexual, sino uno que intentaba transmitir todo lo que me hacía sentir, Carlos era mi otra mitad, yo también podía notarlo, siempre había estado ahí, siempre había tenido su lugar en mi pecho, de donde nunca había logrado arrancarlo.

Estábamos en el suelo, me importaba muy poco que el patrón, el camarero o quien fuera nos viera.

—Nena, si sigues besándome así no voy a poder aguantar...

—¿Y quién ha dicho que debas hacerlo? Yo también te quiero, y si bien es cierto que a veces eres un capullo, eres mi capullo.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¿No tienes hambre? —preguntó divertido.

—Creo que lo que quiero comer no me lo van a servir en ese menú; además, no creo que les importe si cenamos después.

Su sonrisa se intensificó.

—Ésa es mi chica, vamos.

Nos levantamos divertidos, parando a cada paso para darnos cientos de besos y arrumacos hasta llegar a la cabina principal. Cuando la puerta del camarote se abrió no lo podía creer: había muchísimas velas iluminando la estancia, la cama estaba repleta de pétalos de rosa y en ella, en el centro, había una única rosa roja.

La miré sorprendida y entonces lo comprendí todo: siempre había sido él, las rosas, las notas ¡eran de Carlos! El muy bribón me había estado engañando todo ese tiempo, seguro que había falseado la letra, y yo pensando que no eran suyas... ¡Me había estado tomando el pelo todo el tiempo!

La miré entornando los ojos, ¿no pensaba decirme nada?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Volvió a sonreírme como un niño travieso.

—Claro, dime.

Iba a ser sutil:

—¿Eres zurdo o diestro?

—¿La pregunta tiene trampa?

Negué esperando a ver qué respondía.

—Soy ambidiestro.

—¿Ambidiestro? Nunca he conocido a uno.

Curvó la comisura de sus labios.

—Me gusta pensar que voy a ser el primero para ti en muchas cosas —contestó con socarronería—. Aprendí a escribir con la zurda en el cole, en primer lugar para gastarles bromas a mis compañeros. —Se encogió de hombros—. Todos tenemos un pasado.

—¿Y en segundo lugar?

—Para falsificar las notas de mis padres, ya sabes, falsas citas médicas, mientras yo me iba con mis amigos o alguna novieta. —Cómo no, un estudiante modelo.

—Vaya, vaya, agente, así que te gusta ir dejando notitas fingiendo que eres otro... Sabes que eso no es muy legal, ¿verdad?

Sus ojos se oscurecieron.

—Lo que no es muy legal es que estemos perdiendo el tiempo con charlas que no llevan a ningún sitio pudiendo estar disfrutando

de lo lindo.

«Fin de la conversación», zanjó mi conciencia. Al fin y al cabo, me gustaba la idea de que Carlos hubiera sido mi admirador secreto, aunque no lo hubiera confesado todavía.

—Muy bien, agente, ¿y qué es lo que pretende hacer para disfrutar?

Torció la sonrisa, me agarró y, sin demasiada delicadeza, me lanzó contra la cama, provocando en mí un millar de carcajadas.

—Ahora lo comprobarás, pequeña mentirosa.

La falda se había arremolinado en mi cintura, mostrando mi sexo desnudo. No lo pensó dos veces para hundir la cabeza en él. Su lengua me recorrió de arriba abajo, sus fuertes dedos apresaban mis muslos, separándolos para darle total acceso. Gemí con fuerza.

—Joder, Luz, eres pura ambrosía, estás tan mojada y sabes tan bien... —Besó mis henchidos labios mayores, mordisqueándolos con deleite, mientras yo me aferraba a las sábanas a punto de perforarlas con las uñas.

El ambiente olía a rosas y a deseo, concretamente el mío, un aroma picante y dulzón que parecía extasiar a Carlos, que inspiraba hondo entre mis muslos a cada pasada de su lengua. Me daba un poco de vergüenza, pero si a él le gustaba, quién era yo para decir lo contrario.

Sus dedos vagaron entre mis pliegues, acompasando las acometidas de aquel apéndice voraz que tensaba mi clítoris como un arco. El placer se arremolinaba en aquel pequeño punto, concentrándose, amenazando con provocar una explosión épica que me haría volar por los aires. Parecía mentira que una cosa tan pequeña pudiera ser tan poderosa.

Mi cabeza se agitaba de un lado a otro, mientras que la de Carlos se levantó para hacerme sentir su ausencia.



Protesté.

—Tranquila, preciosa, que ahora sigo. Bájate los tirantes, Luz, y muéstrame tus pechos —ordenó, y así lo hice—. Eso es, quiero verte, no quiero perderme nada mientras te corres en mi boca. Tus dedos pellizcarán esos hermosos pezones que me vuelven loco, no quiero que tengas piedad con ellos, retuércelos, apriétalos, ténsalos llevándolos al límite y te prometo un orgasmo arrollador. —No había terminado de hablar que yo ya pensaba que me iba a correr. Tenía aquellos tiernos brotes entre el índice y el pulgar, tironeando de ellos con deleite—. Eso es, pequeña, no sabes cuánto me pones, más duro, más fuerte, tira más —grité de placer—, así, justo así, siéntelos mientras me ocupo de ti, no cierres los ojos y mírame, mira cómo me alimento de ti, de tu placer.

Era tan erótico, sus ojos parecían negros, casi diabólicos. Cuando enterró su lengua en mi vagina simulando el acto sexual, me abrí completamente a él, a cada acometida mis caderas se disparaban hacia arriba en su busca, lo quería dentro, muy dentro, me estaba volviendo completamente loca.

Su mano buscó el clítoris, agitándolo con tres dedos bajo un ritmo infernal me estaba catapultando a un viaje sin retorno, lleno de gemidos, quejidos y plañidos sinfónicos.

Él era el director perfecto, nunca una orquesta había estado más afinada, más acompasada que aquella, bajo el toque de un hombre. El placer fue *in crescendo*, tomando mi cuerpo hasta la súplica final, donde, sin abandonar el calor de sus ojos, me dejé ir en un deleite infinito, abandonándome entre sus labios para saciar nuestro apetito. No dejó de acariciarme tras aquel éxtasis brutal, simplemente apartó su boca mientras aquellos dedos seguían acrecentando aquella vorágine de vibraciones arrolladoras; cuando creía que iba a desfallecer me equivocaba, me impulsaba una y otra

vez, más y más alto, seguí creciendo en una espiral de deseo que amenazaba con arrollarlo todo.

Carlos tenía la barbilla mojada por mis jugos, su otra mano sacó un condón del bolsillo trasero, rasgándolo con maestría entre los dientes y sosteniéndolo ahí al bajarse la bragueta. Sonreí al comprobar que él tampoco llevaba calzoncillos, aunque no dije nada, no podía, sentía que otro orgasmo se estaba fraguando en las yemas de sus dedos.

Se puso el condón sin problemas y a mí me pareció enorme, aunque no le tenía ningún miedo.

Mi respiración iba a mil.

—Me-me voy a... a... a...

—Chiss, lo sé, pequeña, estás lista para mí, necesito que estés al borde, sólo un poco más, quiero que sientas la *petite mort*, que mueras de placer y te olvides del dolor, mientras estoy enterrado en ti, y sólo conozco un modo para que así suceda. Tú también eres mi primera vez, nunca antes lo había hecho enamorado —creí desfallecer con sólo oír eso—, quiero ser perfecto para ti.

—Ya lo eres, ya lo eres, no puedo mááás... —Entonces se enterró profundamente en mí, tan profundamente que creí que me rompía en dos, pero no fue así. Lo necesitaba como nunca había necesitado a nadie en este mundo, era mío, sólo mío, y lo quería por completo. Carlos se quedó quieto, como si algo le impidiera moverse, y yo no sabía cómo explicarlo, pero necesitaba que lo hiciera—. ¡Muévete! —le grité.

—¿Estás segura? Soy muy grande, no quiero hacerte daño, eres muy estrecha, primeriza y...

—¡Que te muevas, joder! —No estaba para milongas.

Cuando bombeó en mi interior sentí que alcanzaba el cielo. Mi vagina lo apresaba, lo estrujaba una y otra vez provocando los

gruñidos de Carlos, que por fin no cejaba en su empeño de partirme en dos, y cómo me gustaba... Mis piernas estaban alrededor de su cintura, él de pie al borde de la cama, contemplando cómo mis caderas emprendían el vuelo para encontrarse con él una y otra vez.

—¡Joder, nena, porque he notado que rompía tu himen, que, si no, te juro que no habría imaginado que una virgen pudiera follar como tú! No puedo más, me estás aniquilando, voy a correrme. — Puede que sus palabras fueran soeces, pero para mí eran música celestial y me ponían cardíaca perdida. Era como si un orgasmo se encadenara al otro.

—Yo también me corro de nuevo, no sé cómo ni por qué, pero necesito correrme contigo, lo necesito... —La voz se me entrecortaba.

—Está bien, nena, vamos a irnos juntos, ¿estás lista?

—Nunca he estado tan lista en mi vida, hazme tuya.

Carlos continuó empujando hasta que se puso rígido, su frente estaba perlada por el sudor.

—Luz, me corro, sígueme...

Y así estallamos juntos gritando al unísono, embebiéndonos el uno de los ojos del otro.

## Capítulo 25

### *Carlos*

Por fin era mía, completamente mía, y me había dicho que me quería. Estaba de pie, contemplándola ensimismado por el maravilloso regalo que acababa de hacerme. Su rostro resplandecía con los resquicios del último orgasmo.

Salí con cuidado de su interior, llevándome conmigo las primeras manchas de sangre. Inmediatamente sentí la pérdida, era como si mi cuerpo estuviera hecho para estar en conexión continua con el suyo, negándose a abandonarlo, pues había encontrado su lugar.

Me quité el condón, lo anudé y lo lancé a la papelera. Fui al baño a asearme, tomé una toalla humedecida y me dispuse a atenderla.

—¿Qué haces? —preguntó cuando me instalé de nuevo entre sus piernas para acercar la toalla a su intimidad.

—Lavarte, te has corrido muchas veces, preciosa; además, estás manchada de sangre. —Se sonrojó y me pareció encantador—. Seguro que apenas te quedan fuerzas —observé. Casi ni se había movido, estaba desmadejada sobre la cama. Cuando sintió el frescor de la prenda hizo un ruidito y se mordió el labio—. ¿Te molesta lo que te hago? —Intenté ser suave, pero ella emitió otro sonido que me preocupó—. ¿Te he hecho daño?

Abrió los ojos mostrándome una mirada completamente turbada.

—Todo lo contrario. —Su lengua acarició el perfecto labio superior mientras yo retomaba la tarea y ella gimoteaba.

—¿Me estás diciendo que ya estás recuperada? —Los indicios estaban ahí, su mirada, sus labios, el modo en que sus caderas buscaban mi mano.

—¿Eso es malo? —preguntó inocente.

—¿Malo? ¡Joder, Luz, eres lo que todo hombre querría tener! ¡Y yo soy el cabrón con más suerte de este mundo!

Yo también había vuelto a excitarme.

—¿Puedo pedirte algo?

En ese momento podía pedirme la luna, que yo se la bajaría.

—Lo que quieras.

Una sonrisa traviesa elevó las comisuras de su boca.

—Quiero seguir cenando.

Vaya, mi gozo en un pozo..., pensaba que iba a pedirme una segunda ronda. Pobrecilla, era su primera vez, y yo pensando en un maratón de sexo como si fuera una experta en la materia.

—Por supuesto, seguro que estás muerta de hambre.

—Lo estoy —aseveró, aunque por el modo en que me miraba parecía que su hambre fuera otra.

Mi polla saltó como un resorte. «Tranquila, amiga, tendrás que esperar.»

Subimos a cubierta intentando retomar la cena. Luz no se sentó, sino que se dirigió al camarero y después vino a la mesa cuando éste se retiró.

—¿Ocurre algo? —le pregunté extrañado.

—Nada, sólo que prefiero que no nos molesten mientras cenamos, quiero privacidad.

—No pasa nada, Luz, no dirán nada de lo que oigan.

Sus dedos volaron entonces a los tirantes del vestido y, de un plumazo, lo dejó resbalar por su hermoso cuerpo.

—¿Y de lo que vean?

Casi se me caen los ojos. Di un grito para que me oyeran todos los del barco:

—¡Si alguien se atreve a salir aquí, está muerto!

Su risa cristalina tomó la brisa del mar para acercarse a mis oídos y retumbar en ellos. Vino hasta la mesa.

—¿Vas a dejar que haga lo que deseo?

—Eres mi diosa, no puedo negarte nada.

Sonrió ladina.

—Muy bien, pues entonces, mísero mortal, quiero que cenes y que no te detengas haga lo que haga. —Reconozco que me excité ante la proposición y me costó tragar—. ¿Lo harás? —preguntó dubitativa. Vaya, mi diosa no estaba tan segura como aparentaba, pero eso no importaba, a mí me parecía fascinante.

—Lo intentaré.

—Muy bien. Entonces, empieza a comer.

Así lo hice, mientras ella se metía bajo la mesa, abría la cremallera de mi pantalón y le daba la bienvenida a mi hombría entre sus labios.

—Joder, nena, eres la fantasía de cualquier hombre hecha realidad...

Lamió mi glande de arriba abajo y yo gemí.

—Come si no quieres que pare —alegó separándose de mi miembro y soplando en él para pasar tímidamente la punta de su lengua por la abertura.

—Tranquila, preciosa, si sigues haciéndome eso cuando salgas de debajo de la mesa, no va a quedar nada encima. —Tras mis palabras, cogí un canapé de cangrejo.

En cuanto lo tuve en la boca, Luz volvió a engullirme, literalmente. Estaba haciendo lo mismo que me había hecho en la ducha, entornaba los labios alrededor de mi grosor, ahuecando las

mejillas para envolverlo en seda líquida. Era una puta locura. Su garganta caía en picado como un águila cazando a su presa, después alzaba el vuelo para salir casi del todo y succionar la punta con fuerza.

Ya no podía estar más duro, una de sus manos masajeaba mis huevos y la otra se había colado bajo mi camisa para pellizcarme las tetillas; el placer era infinitamente demoledor, volvía a estar a punto de correrme.

—Nena —la avisé—, no aguanto más, estoy intentando no correrme.

Su boca se separó por un momento.

—¿Y quién te ha pedido que lo hagas?

Aquella pregunta fue el detonante, y a la que volvió a deslizar los labios por mi erección estallé en el fondo de su garganta como la traca final de la Mascletá. Luz no me abandonó, recibía mi esencia capturándola por completo. Su pequeña nariz estaba enterrada en mi pubis, mientras mis manos sujetaban su cabeza contra mí. No pude evitar empujar las caderas para sentir el final de su cuello. Tras la última descarga aflojé el agarre y ella me lamió de arriba abajo como una gatita hacendosa, intentando guardar mi polla semierecta en los pantalones.

—Déjala y ven aquí, nena —la llamé—, no la guardes.

Me hizo caso y reptó por el hueco que había bajo la mesa hasta colocarse a horcajadas encima de mí.

—¿Te ha gustado?

La miré con extrañeza.

—¿Que si me ha gustado? Ha sido una puta locura... ¿Ahora vas a hacer lo que yo te diga? —Asintió con la cabeza—. Muy bien, quiero que te quedes justo así, sentada encima de mí, quiero tus pechos enfrente de mis ojos.

Pasó la lengua por un lateral de la boca donde quedaba un rastro de mi placer y lo degustó mientras se colocaba mejor.

Necesitaba saborearla, así que lo primero que hice fue besarla, rebañar sus labios en busca del sabor de mi deseo fundido con su saliva.

Luz ya estaba jadeante de nuevo.

—Quiero que te frotes contra mi miembro, pequeña, que me uses, que te masturbes sin meterla en tu interior y sin usar las manos. ¿Lo has entendido?

—Sí —musitó comenzando a bambolear las caderas. Estaba mojada, su humedad bañaba mi sexo, lo regaba una y otra vez con el vaivén de su pelvis.

—Ahora voy a alimentarte, quiero que comas todo lo que yo te dé. —Palpé a ciegas la mesa y le di una bolita; era un buñuelo de frutos del mar. Ella separó los labios y la degustó mientras no cejaba en su movimiento. Sentía su vagina envolviéndome, apresándome entre sus labios, mientras yo me recuperaba ganando rigidez. Me encantaba su sensualidad innata, me tenía fascinado.

Le di un segundo bocado y aproveché para tomar uno de sus pezones, lo que provocó una cadena de sollozos placenteros.

Así seguimos durante un buen rato, hasta que Luz entornó la mirada y me agarró de la cara separándome de la dulzura de sus pechos para decirme:

—Te quiero dentro, te necesito.

No podía..., para ello Luz debía levantarse para sacar otro condón.

—Está bien, pero debes levantarte, tengo los condones... —No pude acabar la frase que ya había cogido mi polla y se estaba dejando caer sobre ella—. ¡Joder, Luz!



—Chissssss —me silenció con el éxtasis iluminando sus facciones —, tranquilo, tomo la píldora, soy de reglas irregulares... Mmmmmm, madre mía, esto me encanta...

Pues si a ella le encantaba, yo estaba en el cielo.

—Pero yo no uso ninguna píldora..., ¿has oído hablar de las enfermedades de transmisión sexual? —Seguía moviéndose y yo dejé de pensar.

—¿Estás sano? —fue su rápida pregunta.

—Lo estoy.

—Entonces no perdamos tiempo.

No podía imaginar una mujer mejor.

—Nena, eres una puta locura, te juro que voy a hacerte muy feliz.

—Pues entonces no te detengas.

No tenía ninguna intención de hacerlo. Verla tan entregada, desnuda, agitándose sobre mí, que estaba completamente vestido, y con las estrellas de fondo, era la experiencia más erótica que había vivido jamás. Luz tenía las piernas por dentro del hueco del apoyabrazos, entonces se me ocurrió...

—Sube los pies a los brazos de la silla, con tu flexibilidad podrás hacerlo. —Lo hizo sin dudar, dándome una perspectiva magnífica de mi sexo adentrándose en el suyo—. Eso es. Dios..., eres la jodida diosa virgen del sexo.

—Te recuerdo que ya no soy virgen —contestó engreída.

—Puede que no tengas himen, pero no habías hecho nada de esto antes, y déjame que te diga que has nacido para follar, nena, aunque sólo sea conmigo.

Su risa brotó y se quebró al sentir mis dedos instigando el pequeño clítoris que asomaba la cabeza.

—¡Aaaaaaaaahhhh! —gritó a pleno pulmón.

—Eso es, pequeña, agárrate los tobillos y fóllame.

Y lo hizo, vaya si lo hizo, aunque esta vez el estímulo era tan intenso que eyaculó sobre mí, mojándome por completo. Tras el devastador orgasmo, que nos dejó más muertos que vivos, vi la preocupación ensombreciendo sus preciosas facciones.

—¿Qué ocurre? —pregunté abrazándola y depositando dulces besos en sus pechos.

—Yo..., eh..., no sé cómo decirlo, me da mucha vergüenza...

—Entre nosotros no existe eso, preciosa, di lo que necesites decir.

—Te he meado encima..., ¿no te da asco? —No pude parar de reír en un buen rato, mientras las tonalidades del rostro de mi amor me hacían pensar en un pequeño camaleón indignado—. ¡No te rías! —Me golpeó sobre el pecho—. Acabo de mearte entero y a ti te da por reír, ¿eres de éstos? ¿Te va la lluvia dorada?

—¿Y a ti? —Quise seguir con la broma un poquito más, su falta de experiencia era refrescante y encantadora—. No parecía importarte hace un minuto, cuando gritabas y me empapabas por completo.

Apartó la vista con consternación.

—Yo no había hecho esto antes, ya lo sabes.

—Pero te ha gustado. —Le tomé la barbilla y miré en el fondo de su mirada—. En el sexo no hay cosas buenas o malas, el sexo se debe vivir libremente, intensamente y sin restricciones. Es un continuo descubrimiento de lo que nos gusta, una explosión de emociones liberadora, donde cualquier cosa es válida, siempre y cuando te haga sentir bien. ¿Te ha gustado mearme encima? —pregunté conteniendo la risa.

—Yo-yo... —tartamudeó insegura—, en la línea erótica es un servicio que algunos piden, y a mí siempre me ha dado mucho asco.

—Hasta hoy —aseveré.

—Sí..., no, bueno, no sé, estoy hecha un lío.

Quise terminar con la tortura.

—Puedes estar tranquila, no me has meado encima, simplemente has eyaculado.

—¿Eyaculado? —preguntó sin entender.

—Exacto, algunas mujeres tienen esa capacidad y, al parecer, mi pequeña mentirosa la tiene, aunque no sucede siempre, depende de muchos factores.

Me golpeó con dureza en el pecho.

—Entonces ¿por qué has dejado que creyera que me había hecho pis?

—Primero, porque ha sido muy divertido ver tu carita de apuro y, después, para demostrarte lo que te decía: la vida está llena de grises, de matices muy distintos, no se debe prejuzgar, hay que vivir las experiencias para saber si te gustan o no.

—¿Me estás diciendo que para saber si me gusta estar con dos tíos debo probarlo?

La risa se me borró de golpe.

—Eso es algo que no vas a tener ganas de probar ni de broma.

Me puse en pie con ella ensartada, dejé caer los pantalones al suelo y, una vez supe que no iba a caerme de bruces, al estar libre de ellos, me dispuse a enseñarle a Luz por qué conmigo iba a tener suficiente.

## *Luz*

No podía estar más contenta, no había un solo lugar del cuerpo que no me doliera.

Me desperecé en la cama besando el fornido pecho que tenía al lado y que me había regalado la noche más placentera de toda mi

vida, o por lo menos la primera.

Tenía intención de repasar el *Kamasutra* con él de cabo a rabo. Sonreí al recordar cómo se había puesto cuando le propuse estar con dos hombres, obviamente era una broma, pero se ofendió, tanto que me tomó por detrás mientras sus dedos lo hacían por delante. ¡Oh, Dios mío!, nunca había imaginado que me gustaría que me dieran por el culo, literalmente hablando.

Carlos me dijo que tenía un don para el sexo y que lo íbamos a pasar en grande. Y yo no lo ponía en duda, me sentía tan completa, tan feliz, que me dolía al contemplarlo.

Pestañeó y abrió los ojos como si le costara un mundo.

—Buenos días, pequeña salvaje.

—Buenos días, agente Jiménez.

Sonrió.

—Estoy como si me hubiera pasado un tractor por encima una y otra vez.

—¿Me estás llamando gorda? —Él soltó una carcajada.

—Para nada, aquí la única gorda es mi polla, que parece no tener nunca suficiente de ti. —Desvié la mirada a su entrepierna, que parecía atenta a sus palabras—. A lo que me refería es que me has dejado seco, molido y sin fuerzas.

—Mmmm, entonces tal vez sí que necesito dos —respondí depositando un nuevo beso sobre su pecho.

Él me hizo una llave rápida y se colocó encima de mí.

—Eso ni lo sueñes, si tengo que pasar el día montándote para demostrártelo lo voy a hacer. —Me mordió el cuello y paseó su miembro arriba y debajo de mi vagina, que le dio la bienvenida.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Vas a mirar a otras mujeres después de mí?

Su expresión se volvió solemne y se detuvo en seco.

—Escúchame bien, señorita Martínez, no voy a mirar a ninguna más porque tú eres la mejor, la que me complementa, a la que amo y la que me hace feliz. No quiero ninguna otra mujer en mi vida que no seas tú, por eso no vas a regresar a tu piso, el lunes te mudarás al mío, quiero follarte a cada minuto que pueda y demostrarte que sí soy el empotrador de tus sueños —anunció volviendo a atacar mi cuello, envolviéndome en una vorágine de deseo—. En cuanto visitemos a tus padres en Navidad, pienso ponerte el anillo de compromiso en el dedo para que el mundo sepa que mi diosa es mía. —Siguió bajando por mi abdomen.

—¿Y por qué no aprovechamos, vamos a la granja de mi tía y que me marque con un hierro candente que soy de tu propiedad?

Mi pregunta le hizo gracia.

—No lo descarto, aunque entonces debería marcarte aquí —acarició con sus dedos el lugar donde latía mi corazón— y aquí... —Se zambulló entre mis piernas y yo ya no pude pensar más.

Su boca y su cuerpo eran mi templo, si él adoraba el mío, a mí me ocurría lo mismo con el suyo. ¿Quién era yo para decirle que no me amara tan intensamente cuando a mí me sucedía lo mismo?

Estuvimos amándonos hasta el último minuto, ese fin de semana iba a atesorarlo por siempre en mi memoria.

\* \* \*

No podía creer que el fin de semana hubiera pasado tan rápido, lunes, maldito lunes.

Me levanté sin demasiadas ganas de la cama, Carlos estaba roncando a pierna suelta después de haberme tenido toda la noche practicando mil y una posturas distintas. Seguían doliéndome partes

del cuerpo que no sabía ni que existían, y yo que pensaba que el yoga me mantenía en forma...

Tras una ducha reparadora, me cambié para ir a trabajar como una simple mortal, le dejé una notita a mi Superempotrador para que supiera que me levantaba pensando en él, no quería ser empalagosa, pero es que me salían corazoncitos por todas partes.

Mientras desayunaba, eché la vista atrás, recordando cómo habían transcurrido las cosas en Formentera. No podía quitarme de la cabeza la cara que traía Lucía al regreso en el ferri, no quiso hablar conmigo de lo ocurrido con Mino. Cuando fui a sacarle el tema me dijo que todo estaba zanjado, aunque sospechaba que no era así, estaba convencida de que el doctor Ulloa le había montado un broncón del quince y eso me hacía sentir culpable; si yo no la hubiera involucrado, su fin de semana habría sido muy distinto, aunque ahora ya no podía hacerle nada. Lo único que le devolvió algo de su buen humor fue saber que su hermano y yo por fin estábamos juntos de manera oficial. Éramos incapaces de controlar nuestras miradas, que se buscaban en la distancia, o mantener nuestras manos quietas en la cercanía.

Allí también aproveché para hablar con Luis y dejarle las cosas claras. Me sorprendió ver que le daba menos importancia de la que imaginaba, no daba la impresión de estar muy molesto, aunque una pelirroja con la que había congeniado mucho en los talleres parecía tener la culpa. Me soltó que yo no había resultado lo que él esperaba, que prefería conocer más a fondo a Natalia que seguir una relación conmigo, que prácticamente lo ignoraba. En eso no podía quitarle la razón. Lo cierto es que fue un alivio, antes de que yo lo dejara, me dejó él.

La que estuvo muy esquiva fue Ana María, prácticamente no me dirigió la palabra, estaba convencida de que se molestó porque pasé

la noche fuera y obviamente sabía que había estado con Carlos. Esa chica necesitaba la ayuda de un especialista, sabía que debía quedar con ella para hablarlo a solas, la suya era una situación compleja y yo no me veía capacitada para ayudarla mucho más. Intentaría que habláramos con más calma en algún sitio neutral, en el centro teníamos teléfonos de psicólogos muy buenos que podrían echarle una mano mejor que yo.

Estaba nerviosa, pues sabía que otra de mis tareas pendientes era hablar con Jud, necesitaba arreglar las cosas con ella, no deseaba estar peleada con mi *primi*, la quería muchísimo. Le mandé un whatsapp preguntándole si comíamos juntas en el wok y después íbamos a su casa a recoger a *Lucifer*. No tardó en responder que sí, y aunque no dijo nada más y fue bastante seca, me alivió.

Le mandé un mensaje a Carlos a media mañana para que estuviera al tanto de mis planes y pudiera hacer los suyos. Me envió un montón de caritas con corazones diciéndome que disfrutara, que él no dejaría de pensar en mí. Era tan mono..., suspiré.

En cuanto llegué al restaurante las dos nos miramos con cara de arrepentimiento y no hizo falta más: nos fundimos en un abrazo lleno de disculpas y lloriqueos. Si es que no sabíamos estar de morros.

Cuando terminamos, nos sonreímos mirándonos la una a la otra. Y Jud abrió unos ojos como platos.

—¡Te han cazado el Pokémon! —sentenció gritando tan alto que el chino que estaba en la puerta se nos quedó mirando y mi cara pasó a ser del color de la bandera de su país—. So zorrón, ¿cómo no me has contado que por fin tu Empotrador te rompió el «techo del amor»?

—¿Y qué querías que hiciera?, ¿llamarte al cruzar la frontera? ¿O mejor cuando me estaba corriendo como una posesa?

—¿Te corriste?

Mi cara seguía del color del pimentón.

—Del primer polvo al último, Carlos es brutal.

—Pues si ese tío ha hecho que pierdas la virginidad corriéndote, está claro que es el hombre de tu vida y el de los sueños del resto de las mujeres. Vas a necesitar atarlo en corto. Ni se te ocurra decirle a nadie que folla bien, ya sabes lo envidiosas que son las mujeres, seguro que aparece una lagarta buscando a ver si se lo ensarta.

—Me ha pedido que me vaya a vivir con él —zanjé.

Mi prima contuvo la respiración.

—¿Y?

—Sé que puede parecer precipitado, pero no encuentro un lugar donde, en este momento, me apetezca estar más que a su lado.

Ella asintió.

—Entiendo esa sensación, ¿qué te parece si me lo cuentas mientras comemos?

—Me parece genial.

Nos llenamos los platos hasta arriba dispuestas a mantener una comida de primas intensa.

—Entonces ¿lo tienes decidido?

Yo siempre había sido muy impulsiva.

—Sí —aseveré con rotundidad.

—Pues me alegro por vosotros; yo, en cambio, me voy a ir de casa.

Me quedé con los palillos colgando de la mano.

—¿Cómo dices?

—Tenías razón en todo lo que me dijiste, tengo un carácter endemoniado y, ¿a quién pretendo engañar?, lo mío con Queeny hace tiempo que hace aguas... Es muy guapa, muy dulce, y



supongo que es lo que un ama esperaría de su sumisa, pero no sé cómo explicártelo, es como si de un tiempo a esta parte necesitara otras cosas.

Conocía esa mirada, a mí no podía engañarme.

—Hay alguien más. —No era una pregunta.

Se limpió las manos con la servilleta y los labios también.

—No es lo que imaginas.

—O sea que sí lo hay.

Se encogió de hombros y miró al techo.

—No exactamente, ¿recuerdas el viaje que hice a Escocia con las de la editorial?

—Sí.

—Bueno, pues allí conocí a alguien. No ocurrió nada destacable, tonteamos y..., bueno, en fin, da lo mismo, sabes que esas cosas en mi relación con Queeny no importan, a veces jugamos con otras parejas. —Era cierto, su relación era bastante abierta—. En fin, que tonteeé con alguien y ese alguien después vino a España por unos días. Es tan o más dominante que yo y eso es algo que me sorprende, nunca había sentido la necesidad de someterme y con ella me sucede, y a ella conmigo.

—¿Ella también es un ama? —Eso sí que era sorprendente.

—Más que un ama, es dominante, le gustan los tríos y es bisexual.

No pude contener el asombro.

—Caramba, ¿y eso en qué lugar te deja a ti? ¿Y a Queeny?

—No lo sé, sólo sé que necesito tomar distancia un tiempo, aclararme las ideas. Si tú tienes tan claro que quieres probar la convivencia con Carlos, podrías dejarme que me mudara a tu piso ahora que parece que va a estar desocupado; así, si lo vuestro no

funciona no pierdes el piso, yo pagaré el alquiler como cualquier inquilina y no deberás preocuparte por los gastos.

—¡Si mi piso es un cuchitril! Tú siempre lo has dicho.

—Lo sé, pero necesito espacio, no me atrevo a pedirle a Queeny que se largue del piso, aunque sea mío, sobre todo cuando soy yo la que duda. Además, si ponemos un horario de duchas para que no me congele el culo, puedo encontrarle su gracia a tu caja de zapatos.

Pensándolo bien, no me parecía mala idea.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —me preguntó esperanzada.

—Que ya tienes piso. —Jud dio un grito de júbilo—. ¿Y sabes qué más?

—¿Qué? —volvió a preguntar.

—Que me han ofrecido un nuevo trabajo en el que me van a pagar una pasta y podré dejar de ser *teleputadora*.

—¿Qué me estás contando? ¿Y de qué es ese trabajo tan genial?

—Voy a ser la fotógrafa oficial de un club de BDSM del mejor amigo de Carlos. El sitio se llama Black Mamba, ¿te suena?

—Pues claro, juego allí a menudo, Patrick es un tío cojonudo. ¿Y a tu Empotrador no le importa que estés en las sesiones?

—No, dice que Patrick me vigilará y, que al fin y al cabo, lo que voy a hacer es dedicarme a lo que realmente me gusta.

—Entonces ¿ya has encontrado la profesión de tus sueños?

Asentí.

—Pues si es ésa, nena, no te va a faltar el curro. Verás cuando les cuente a Ilke y Akiko que eres fotógrafa, tus fotos van a subir como la espuma. Vamos a brindar por tu futuro, porque por fin has encontrado el camino y un novio con un buen pepino.

Ambas nos echamos a reír.

La comida fue genial, mucho mejor de lo que había esperado, terminamos yendo a por *Lucifer* y entrando en un sex-shop, quería sorprender a Carlos con algunos juguetitos. Jud añadió un montón de cosas a la bolsa, aunque tenía muy claro lo que iba a hacer para sorprenderlo, iba a dejarlo con la boca abierta.

Llegué a mi edificio y al subir a mi rellano encontré una rosa roja con una nota. Sonreí como una tonta al pensar en Carlos. Abrí la nota para leerla.

Bienvenida a casa, espero que por fin te hayas dado cuenta de que lo soy todo para ti, de que soy la única persona capaz de hacerte feliz. Muero de ganas de verte dentro de un rato, nos vemos en clase, Luz de mi corazón.

Menudo romántico se me había vuelto, ahora ya no jugaba al gato y al ratón.

Sólo entré en mi piso para coger cuatro cosas, después subí al de Carlos. Obviamente no estaba, solté a *Lucifer* y le di una buena sesión de mimos.

Volqué el contenido de la bolsa en la mesa del comedor: había un montón de lubricantes, consoladores, geles estimulantes y *plugs* anales; según mi prima no había nada más sexy y que provocara más a un tío que bajarle a una las bragas y encontrarse que llevaba un diamante en el culo. Sonreí al pensar en la cara que pondría Carlos cuando llegáramos a casa de la clase y descubriera mi secreto.

Me cambié, me puse una buena dosis de lubricante y me encajé aquella especie de bellota gigante con un pedrusco en el extremo. No pude evitar coger un espejo y admirar mi trasero. Ese día más que nunca tenía una joya de culo.

Terminé de vestirme sintiéndome algo extraña y excitada, saber que llevaba un *plug* y nadie lo sabía me ponía a cien.

Llegué a clase ansiosa, cuando vi a Carlos no pude evitar ir hasta él tras saludar a mis alumnos.

—Buenas tardes, agente Jiménez.

—Señorita Martínez.

Le sonreí coqueta y le susurré al oído:

—Si cuando me agacho ves algo brillando entre mis nalgas, avísame.

Abrió y cerró las manos con fuerza.

—¿Qué has hecho, pequeña mentirosa? —dijo casi en un gruñido.

—Jud me aseguró que te encantaría, simplemente te pongo sobre aviso de lo que te espera al llegar a casa.

Después me aparté viendo cómo se disparaban las aletas de su nariz y sus ojos se clavaban en mis nalgas.

—Antes de empezar la clase hablaremos un poco sobre la experiencia del fin de semana, quiero que cada uno de vosotros me cuente cómo la vivió, ya que sólo coincidí con Carlos y Ana María y no tuve demasiado tiempo de charlar con el resto.

Alberto y Antonio lo resumieron como una experiencia positiva, sobre todo el masaje tántrico, que pareció entusiasmar a ambos. De hecho, Antonio parecía mucho más afable y relajado, me alegré por él. Cristóbal seguía con sus drásticos cambios de humor, y Ana María era un mundo aparte.

—Ana María, me gustaría que habláramos a solas al terminar la clase, quiero comentarte algo.

—Está bien, Luz, yo también quiero hablar contigo.

Perfecto, pues comencemos con la clase. Me alegro de que en la medida de lo posible haya sido enriquecedor para todos.

Empecé con las respiraciones y la movilidad de tronco, me había puesto de perfil para que observaran el siguiente ejercicio. Sentía el

trasero pesado y algo tenso, no sabía que llevar una bellota en el culo pudiera cansar.

Hice el siguiente movimiento sintiendo los abrasadores ojos de Carlos sobre mis posaderas..., ¿podría ver mi brillante? ¿Se transparentaría? En cuanto me flexioné sentí cómo el *plug* salía propulsado hacia fuera contra mi malla. «¡Ay, Dios!»

Ahugué una exclamación y al instante vi cómo Carlos me levantaba en volandas al grito de...

—¡No se preocupe, señorita Martínez, que ha sido una torcedura, yo mismo se la reviso, que estoy acostumbrado!

Me llevó en brazos y, sin mediar palabra, me metió en el baño de minusválidos, me bajó las mallas, se bajó a su vez los pantalones y me penetró por detrás.

—Aaaaaaahhhh —gemí, estaba tan dilatada que sólo sentía placer mientras su mano se adentraba en mis labios estimulando mi clítoris y me empalaba por detrás.

—No sabes cómo me has puesto, llevo toda la clase empalmado por tu culpa, pequeña mentirosa, y ahora vas a pagar por ello.

—¡No podemos hacer esto aquí, es mi trabajo! —exclamé sintiendo un placer y un morbo arrolladores.

—Pues no haberte puesto un Swarovski en el culo para provocarme de ese modo; además, que con la cantidad de curro que vas a tener con las fotos vas a poder trabajar sólo con ellas. Y ahora haz el favor y déjame que termine lo que has empezado... Con lo cachondo que estoy y lo mojada que estás tú, no nos va a llevar más de un minuto.

Y vaya si lo terminó, aunque el minuto se convirtió en diez y un orgasmo de órdago. Salimos del baño, él superrelajado y yo roja como un tomate y fingiendo cojera.

—¿Estás bien, Luz? —Ana María parecía preocupada.

—Mucho mejor después de las sabias atenciones de Carlos, menuda suerte tener una hermana enfermera para poder atender a alguien cuando es necesario.

—Una suerte —determinó Alberto—, lo que no logro entender es cómo te torciste el tobillo si estabas quieta.

—Apoyé mal el pie —expliqué nerviosa—, pero tranquilo, con reposo y hielo seguro que mejoro.

—Si me permites, será mejor que te acerque a casa, hoy no estás para ir en bici. —Carlos sonreía beligerante.

—Y yo te llevo la bici si quieres, no tengo nada que hacer, así mañana ya la tienes allí.

—Me sabe mal, Ana María.

—No pasa nada, de verdad. Me das tu dirección, o si vais despacio os sigo.

No me gustaba ir dando direcciones a mis alumnos.

—No te preocupes, de verdad. Mira, hagamos una cosa, mañana nos vemos aquí, yo recojo mi bici y de paso tomamos un café, ¿te parece? Seguro que mañana ya estoy mucho mejor.

—Está bien —respondió no demasiado convencida. Carlos me levantó de nuevo en volandas.

—Sera mejor que te lleve en brazos, no vayas a lastimarte más.

—No es necesario. —Sentí el rubor en las mejillas.

—Lo es.

—Nos vemos el viernes, chicos —me despedí mientras Carlos me llevaba fuera.

Una vez en casa, y con tiempo de sobras para ir al piso de Gatitas Cachondas para despedirme, pude probar alguno de los juguetitos que había esparcidos sobre la mesa. Con mi poli no me iba a aburrir.

## Capítulo 26

Ambos estábamos en la cama y yo no podía dejar de llorar de la risa.

—¡Basta, pequeña mentirosa! Ya sabes que en el amor y en la guerra todo está permitido —sentenció mi poli empotrador.

—Es que no puedo creerlo..., ¿perfume de feromonas en mi ropa? Es lo último que esperaba de ti.

—Algo tenía que hacer. Además, parecías mucho más receptiva, sobre todo el día que te dejé los productos del sex-shop y te pusiste medio bote de cada.

—Con razón me ardía el cuerpo..., y yo pensando que era por ti.

—Siempre es por mí, nena. Eso era como el orégano de la pizza, un simple condimento, pero aquí tienes la materia prima —dijo tumbándose encima de mí para mordisquearme los labios.

Parecía que hubiera llegado la primavera y estuviéramos en época de apareamiento. No podía apartar mis manos de él y sentía deseo a todas horas. Al parecer, a mi poli le ocurría lo mismo, parecía un palomo en plena caza; me perseguía por todos los rincones de la casa a pecho descubierto, y menudos rincones... Me acaloraba sólo de pensarlo.

Cuando el día anterior me despedí de las chicas no podían creerlo, les expliqué todo lo ocurrido y, pese a que se alegraron por mí, sobre todo Niyireth, dijeron que me extrañarían, así que quedamos en que un mediodía iríamos a comer y pasar una tarde de chicas.

La que más pena me dio fue Paqui, había sido como una mamá para mí el tiempo que había estado en la línea, siempre dándome buenos consejos. Antes de marcharme me dijo que no me pusiera triste, que me esperaba una gran vida y un gran hombre fuera de esas cuatro paredes. Al fin y al cabo, a ellas siempre iba a llevarlas en mi corazón y podríamos quedar siempre que quisiéramos. Eso era cierto, pero no dejaba de cerrar una etapa de mi vida para abrir otra, y eso siempre daba algo de miedo y tristeza.

—Quita, provocador, que no puedo llegar tarde, he quedado con Ana María, ¿lo recuerdas? —Los labios de Carlos seguían su tortuoso recorrido hacia mis pechos. ¡Hay que ver!, con lo pequeños que los tenía y el partido que les sacaba.

—Pues déjala plantada, esa tía no me gusta nada, está medio ida. Además, si lo que buscas es locura, yo puedo volverte rematadamente loca —y lo estaba haciendo, volvía a estar más que dispuesta para recibirlo, aunque sabía que debía parar, ya tendríamos tiempo más tarde para seguir.

—No me hagas eso —tenía el pezón entre los dientes y tiraba de él—, sabes que... ¡Ohhhh, mierda! —Ya me tenía al límite otra vez, colando sus dedos y friccionando el traidor de mi clítoris, que no dejaba de agitarse—. Me rindo, pero uno rápido, que, si no, no llego.

—A sus órdenes, diosa mía.

\* \* \*

Con cara de satisfacción, los labios hinchados y una sonrisa de idiota que no podía con ella, me encaminé a la cita con Ana María. Carlos insistió en acercarme para que no llegara mucho más tarde, ya pasaban quince minutos de la hora y Ana María solía ser extremadamente puntual.



Me bajé de la moto, le devolví el casco y me despedí con rapidez. Ella ya estaba allí, apoyada en la pared lateral del centro, con cara de pocos amigos.

—Disculpa por la tardanza —dije corriendo para llegar a su lado y saludarla.

—Ya veo que tienes prioridades y hay una que te tiene muy entretenida. —Cabeceó hacia Carlos, que acababa de arrancar la moto e irse. Había quedado con Patrick para tomar unas cervezas y charlar.

—¿Te apetece que tomemos algo? —Quería limar asperezas con ella y, sobre todo, no hablar de mi vida privada, que tanto parecía molestarle.

—No sé, dímelo tú, tal vez ya no tengas tiempo para mí después de ver la cara que traes.

—¿Qué cara?

—La de recién follada. Conmigo no te hagas la tonta, que si en algo tengo experiencia es precisamente en eso.

Necesitaba rebajar la tensión del momento, aunque no creía apropiados sus comentarios, la cuerda era yo. «Vamos, Luz, que tú puedes», me animé.

—Creo que mi vida privada no debería importarte, al fin y al cabo, nuestra relación es independiente de lo que ocurra en mi casa. Yo quiero que seamos amigas y poder ayudarte en lo que esté en mi mano.

Cerró los ojos con pesar.

—Es que yo pensaba que sentías algo diferente por mí —obviamente, su confusión iba a peor—, pensé que lo nuestro podía funcionar, y sigo creyéndolo. ¿Acaso no te gustaron mis detalles?

—¿Qué detalles? —me tenía confundida.

Sacó una rosa roja que llevaba oculta a la espalda. Abrí los ojos desmesuradamente, era imposible, los engranajes de mi cerebro se despertaron. ¡No podía ser ella!

Me la tendió.

—Huélela, por favor, siente su aroma, te las regalaba porque son como tú: suaves, aterciopeladas, dulces, sensuales... Eres la rosa de mi jardín, yo no quiero colocarte en un florero, quiero cuidarte y mimarte para que florezcas junto a mí. —La acercó a mi nariz e inspiré por instinto. No olía exactamente a rosa, o sí, era un extraño olor que me embotó el cerebro y me mareó. De pronto sentí que me daba vueltas la cabeza—. ¿Qué te ocurre?, ¿estás bien?

Decididamente, no lo estaba. La boca se me había vuelto pastosa y me costaba hablar. Noté cómo Ana me cogía, mis pies se movían por inercia, después todo se volvió borroso.

## *Carlos*

—Te veo genial, hermano. —Patrick me abrazó.

—Eso es porque justamente me siento así, no sé cómo voy a agradecértelo.

—Pues debo decirte que la noche no te va a salir nada barata, aunque sí al cincuenta por ciento, que el dueño de la empresa de los yates es cliente mío.

—El dinero no importa, porque a través de ese medio logré el fin: conquistar a Luz. Te juro, Patrick, que me siento el hombre más afortunado de la Tierra y es el dinero mejor empleado.

—Pues me alegro mucho, tú ganas una mujer y yo a una fotógrafa excepcional, me encantan esas fotos, y muero por conocer a tu chica para explicarle cómo va a ser el trabajo.

—Si te parece, nos tomamos la cerveza y vamos al piso, Luz está tan entusiasmada como tú y seguro que tiene un millón de preguntas que hacerte. Además, no creo que tarde, ha quedado con una de las chicas del grupo de yoga para recoger la bici y echarle una mano: está un poco ida y Luz tiene un poco de síndrome de santa Teresa de Calcuta.

—Pues mucho mejor si la chica es generosa, eso dice mucho de una mujer; mira mi Patri, que trabaja con niños enfermos en el hospital, no podría soñar con tener una mujer mejor. Por cierto, ¿qué le ocurrió a la bici? —No pude evitar poner cara de circunstancias y eso activó el maquiavélico cerebro de mi amigo, que me conocía a la perfección—. Creo que no me lo vas a contar, aunque por la expresión de tu rostro diría que practicaste una evacuación de urgencia en el centro de yoga para tirarte a la profe.

No se le escapaba una.

—No vas mal encaminado, digamos que yo era tren y ella era el túnel, estábamos predestinados a encontrarnos.

Golpeó la mesa.

—Lo sabía, los primeros meses son agotadores, con Patricia tuve que ir a la farmacia a por vitaminas, esa mujer me tenía loco, y me sigue teniendo.

—Pues creo que yo voy por el camino. ¿Echamos un billar y vamos a casa?

—Claro, pero ya sabes que siempre te gano, soy un maestro colándolas en el agujero.

—Eso habrá que verlo, he practicado mucho este fin de semana...

—Pero tú has practicado con otras bolas y con un taco más corto.

—Te sorprendería lo grande que es el taco, ¿quieres que te lo enseñe?

Patrick puso los ojos en blanco.

—Si no eres amnésico deberías recordar que ya te lo he visto mil veces en la ducha. Anda, engreído, mueve el culo y demuestra lo que sabes.

Una hora y dos partidas perdidas después, llegamos a casa, aunque no había rastro de Luz, cosa que me extrañó. Era la hora de la cena de *Lucifer* y, por la manera que protestaba el gato, no había comido.

—Menuda cara de mala leche que gasta el bicho.

—Pues ten cuidado, si Luz está cerca y siente que la agredes de algún modo, convierte tu espalda en un lugar para afilar sus garras de ninja, ese gato es peor que un pitbull.

Patrick lo miró con desconfianza y *Lucifer* se erizó.

—Mejor me mantengo al margen, paso de meterme en territorio hostil con ese animal.

Cogí el móvil y la llamé.

Nada, daba tono, pero no lo cogía. Sentí una extraña sensación recorriéndome el cuerpo, era como si mi organismo me avisara de que algo no estaba bien con Luz.

—No lo coge —le anuncié a Patrick.

—Son mujeres, seguro que están en un bar parlotando y no lo oye, para ellas una hora del reloj femenino es como cinco minutos del masculino.

Tal vez tuviera razón.

—Ya, pero es que no me quedo tranquilo... No sé, llámame desquiciado, pero es que esa mujer con la que se ha reunido no me inspira confianza.

—Si te vas a quedar más tranquilo, vamos hasta donde se supone que debían estar y echamos un vistazo.

—¿No te importa?

Negó.

—Tampoco tenemos nada más importante que hacer, así que vamos a por tu chica.

Cogimos las motos y fuimos hasta el centro de Luz. Allí estaba la bici, pero no había ni rastro de ellas. Volví a llamarla y nada. Entré en el centro a preguntar por si se les había ocurrido pasar a saludar, pero nadie las había visto. Estaba empezando a mosquearme.

Entramos en todos los bares a dos manzanas a la redonda, peinamos la zona y tampoco.

—Esto no me gusta nada, Patrick. —Cada vez estaba más preocupado.

—Tranquilo, el teléfono sigue encendido, llama a comisaría y que lo geolocalicen, a ver dónde demonios están.

—¿Crees que soy un novio paranoico y sobreprotector?

—Creo que la amas y estás preocupado, es lógico, si dices que está con una mujer de la cual desconfías, simplemente la estás protegiendo, a mí me ocurriría lo mismo.

Asentí.

—Está bien, entonces voy a llamar.

## *Luz*

Seguía sintiéndome mareada, no estaba muy segura de qué había ocurrido. Fue muy extraño, no había perdido del todo la conciencia, pero sí estaba en un estado incoherente, como si careciera de voluntad.

Sabía que había subido a un taxi, que Ana María me había llevado con ella hasta un edificio que no conocía. No recordaba con claridad las cosas que me había dicho, pero sé que me había

hablado de felicidad, de pareja y de que a partir de ahora todo iba a ser distinto sin dejar de acariciarme las manos.

Estaba tumbada en su cama, la habitación era algo oscura. El olor me recordaba al de esas casas antiguas donde vive una anciana durante mucho tiempo. Estaba atestada de objetos y figuritas de porcelana.

Los muebles eran oscuros; el papel que cubría las paredes, de flores. Las lámparas estaban cubiertas de polvo como si hiciera tiempo que no limpiaran. Podría haber sido el piso de una octogenaria que vivía sola y sin ayuda.

Mi cabeza tocaba el cabecero de hierro forjado, me estaba clavando uno de los barrotes, pero no podía hacer nada para moverme. Mi cuerpo estaba muy lánguido, no tenía fuerza alguna.

Ana María entró en la habitación con una taza humeante entre las manos.

—Hola, preciosa, ¿cómo te encuentras? —Intenté hablar, pero me resultó imposible—. Tranquila —dijo sentándose a mi lado para acariciarme la frente—, sé justamente cómo te sientes, yo pasé por lo mismo hace años. —¿De qué me estaba hablando?—. Lo que has olido en la rosa es una droga de diseño que uno de los amigos de mi padre, que es químico, diseñó exclusivamente para mí. Sé que el olor puede ser demasiado intenso al principio, pero a medida que la usas la sensación no es tan potente. Cuando me la daban a mí me volvía una muñequita maleable y complaciente, es difícil olvidarse de la primera vez. —Quería echarme a llorar, pero ni siquiera eso podía. Ana María seguía acariciándome el rostro—. ¿Sabes que me hice adicta a ella? De hecho, sigo quedando con el hombre que la diseñó, ahora ya está jubilado, pero continúa fabricándola para mi consumo a cambio de tenerme una tarde en

exclusiva para él. Sólo debo complacerlo, dejar que use mi cuerpo tras un buen chute, y me da suficiente dosis para todo el mes.

Me dieron náuseas sólo de pensarlo, no quería ni imaginarme la escena. Al momento, otra idea cruzó mi mente: esa mujer estaba dando clases en un colegio, no quería ni imaginar el peligro que corrían aquellos niños con ella de profesora, la carne se me puso de gallina. Ella seguía a lo suyo, completamente abstraída:

—Lo que has inhalado es un compuesto que lleva *popper* y escopolamina, o como se la conoce vulgarmente, *burundanga*, ¿has oído hablar de ella? —Obviamente no esperó a que contestara—. Sí, claro que sí, es la droga de los violadores, te deja en este estado de semiinconsciencia y excitación en el que te encuentras; según la dosis, eres incapaz de recordar nada después. ¿Sientes calor en el cuerpo? —Pasó la mano por mi torso y la piel se me erizó, notaba un extraño placer que me hizo gemir—. Eso es, lo sientes, el *popper* es un gran estimulante afrodisíaco, imagina lo que hace junto a la otra droga: te hace levitar, nunca vas a sentir nada más intenso que follando con esta droga. —¡Yo no quería sentir absolutamente nada! Sólo quería irme y recuperar mi vida—. Voy a darte mucho placer, querida Luz, así va a ser siempre conmigo. Ya que no estabas dispuesta a colaborar porque ese imbécil te había sorbido el cerebro, y otros lugares del cuerpo, voy a demostrarte que conmigo va a ser mucho mejor. Hoy empieza nuestra nueva vida juntas, no vas a tener que preocuparte por nada a partir de ahora, yo cuidaré de ti y te satisfaré como ningún hombre lo ha hecho hasta el momento. Bebe un poco. —Me levantó la cabeza y, aunque intenté negarme, mis labios se abrieron y la infusión cayó inundando mi garganta. Tuve que tragar para no ahogarme—. Eso es, preciosa, cada vez vas a tener más ganas de mantener relaciones sexuales, he diluido un poco más de droga en el té. Bastará con un simple

roce, un simple beso para hacerte arder. —Tomó la taza y bebió ella—. Vamos a compartir la mejor experiencia de nuestra vida, el placer más absoluto, porque estamos hechas la una para la otra.

¡No quería que me tocara! Dios, ¿qué iba a hacerme? ¿Me iba a violar?

Tomó la cinturilla de mis pantalones, que era elástica, y se desembarazó de ellos sin dificultad.

—Eres tan bella —pasó las manos por mis piernas separándolas—, tengo tantas ganas de que esta vez te corras conmigo y no con él... ¿Sabes lo que fue veros cenar juntos? ¿Ver cómo follabais en ese camarote después de haberte dejado mi rosa sobre la cama? —«¡Oh, Dios mío, estuvo allí! ¿Cómo?» Como si hubiera intuido mi pregunta, respondió—: Tomé una pequeña embarcación, había un pescador despistado y se la robé, acceder al yate fue muy sencillo. Os vi, Luz, os seguí toda la noche, me toqué viendo cómo te entregabas a él, cómo te tomaba, cómo te arrebatava tu virginidad y te ofrecías desnuda en aquella terraza. Nunca deberías haberlo hecho, Luz, ¿sabes por qué? Porque eres mía, la niña de Ana María, ahora voy a ser yo quien tenga una muñequita para jugar como la tuvo mi padre, pero a mí no me gusta compartir, ya lo aprenderás. Fuiste una nena mala, te mereces un castigo, pero eso será más tarde, primero quiero marcar lo que es mío.

Ahugué un grito cuando comenzó a besar mis muslos. No podía ser, no podía estar ocurriéndome aquello, y lo peor de todo era que mi cuerpo reaccionaba, sentía humedad en mi sexo y los pezones endurecidos.

—Te estoy oliendooooo —canturreó con voz de psicópata—, tu cuerpo se prepara para recibirme. —Se acercó al vértice de mis piernas—. Mira —pasó un dedo arriba y debajo por mi aparente humedad—, te estás mojando para mí. Nunca he estado con una



mujer, pero sé que contigo disfrutaré, voy a devorarte, preciosa, voy a hacer que te corras una y otra vez, que te olvides de ese policía mediocre que te susurraba palabras de amor. Sabes que lo hacía sólo para follarte, ¿verdad? Y tú caíste en la trampa, te dejaste y te abriste de piernas como una furcia por cuatro palabras bonitas. ¿Cuánto crees que le habría durado el encaprichamiento? Te voy a responder: nada, porque ya has sido suya, ahora irá a por otras bragas que husmear, las tuyas ya las ha usado; no le importas, Luz, todos los tíos son iguales. Mienten, todos mienten; en cambio, yo te amo y voy a demostrártelo siempre.

Subió por mi cuerpo para capturar mis labios y besarme con ganas. Los músculos de mi boca, pese a que intentaba tensarlos, no reaccionaban. Me besaba con ahínco palpando mis pechos, mi cintura, mi abdomen, y no podía hacer nada por evitarlo, nadie sabía que estaba allí, nadie vendría a buscarme a ese lugar. Los ojos me ardían mientras contenía las lágrimas, pensando en lo poco que le había dicho a Carlos que lo quería, en cómo habíamos perdido el tiempo.

Ana María se detuvo, alguien había golpeado la puerta.

—Chisssss. —Escuchó atentamente para ver si seguían y efectivamente así fue, los golpes continuaron—. No te muevas, preciosa, ahora sigo contigo, no quiero que nadie nos interrumpa. — Antes de incorporarse soltó una risa completamente ida—. Pero qué tonterías digo, si no puedes moverte... Ahora vuelvo. —Me dio un beso duro y se levantó.

«Por favor, Dios mío, ayúdame, te juro que haré penitencia, que haré el Camino de Santiago andando, con Carlos, y no mantendré relaciones sexuales hasta que lo termine si me libras de ésta.» Aunque debo decir que en esos momentos la fe casi me había abandonado, era lo último que me quedaba, al fin y al cabo. Dios me

había escuchado la otra vez, aunque reconozco que lo que le pedí quizá había sido demasiado fuerte. Si ahora le ofrecía una buena penitencia, tal vez obrara el milagro. Estaba claro que pedir la pérdida de mi virginidad debía tener su consecuencia, y yo mi purgatorio por abusar. Carlos me había hecho el maratón sexual más largo de la historia, y eso era mucho pecar.

Si Dios me hacía caso era capaz de guardar el Pokémon hasta la batalla final, por muy buen entrenador que fuera Carlos; total, llevaba veintitrés años sin catar hombre, podía estar perfectamente unos meses sin él.

## *Carlos*

—Ésta es la dirección que nos ha dado Roldán, ¿te suena de algo?

—No, nunca he estado aquí, tampoco sé si vive alguna amiga de Luz, igual ha venido a visitar a alguien y yo estoy montando el circo de la vida.

Algo me decía que no era así, que no me estaba equivocando, era una especie de pálpito o llámese instinto policial, pero... ¿y si me estaba fallando y estaba liándola para nada?

—Vamos a hacerlo bien, a mí esto no me gusta un pelo, vamos a llamar a algún timbre para que nos abran y miremos los buzones, a ver si te suena algún nombre.

—Me parece bien. —Patrick llamó al azar a un piso del interfono, una mujer mayor contestó y él se hizo pasar por el cartero.

La mujer nos abrió. En esta vida no se puede ser tan confiado, después pasa lo que pasa y nos asombramos, menos mal que nosotros éramos los buenos.

Fuimos directamente a los buzones, los leí todos con la esperanza de reconocer a alguien, no me sonaba ningún nombre,

pero sí un apellido; si no recordaba mal, era el mismo que el de Ana María, aunque en vez de su nombre en el buzón figuraba el de un hombre: Rafael.

—Creo que es éste, es el mismo apellido que el de la mujer que iba a encontrarse con Luz.

—Está bien, si te parece llamaré yo a la puerta, a mí no me conoce de nada. Puedo hacerme pasar por un inspector del gas que ha recibido un aviso de fuga en el edificio y necesito comprobar las viviendas.

—Es creíble —respondí pensativo—. Si reconozco su voz, te hago una señal.

Patrick asintió.

El piso era el bajo, puerta primera, fuimos hasta allí y mi amigo llamó con fuerza. Nadie abrió, ¿me estaría equivocando? Imposible, la señal marcaba ese edificio. Volvió a intentarlo, parecía que no hubiera nadie o que no quisieran abrirnos. Me puse a rezar, le pedí a Dios que me dejara encontrarla, haría lo que fuera, pero necesitaba recuperarla sana y salva. Si perdía a Luz iba a perder mi vida por completo.

Cuando iba a volver a golpear se oyó una voz al otro lado.

—¿Sí? —Quien fuera no pensaba abrir así como así a un desconocido.

—Hola, disculpe, ¿podría abrir?, hemos recibido un aviso. Soy José Álvarez, de Gas Natural, parece que hay una fuga de gas en el edificio y debemos comprobar las viviendas.

—Aquí no hay ninguna fuga, así que ya puede largarse. Además, en el edificio no hay gas, no está hecha la instalación. —Sin lugar a dudas era la voz de Ana María, le hice la señal a Patrick.

—Disculpe entonces, la central debe de haberme dicho mal el número del bloque, ahora los llamaré. Muchas gracias por su ayuda,

que tenga un buen día.

—De nada.

Patrick me miró de reojo e hizo como si se marchara, abriendo la puerta del edificio y saliendo a la calle. Esperé dos minutos prudenciales y fui a abrirle. Sabía que era ella, y estaba convencido de que allí dentro estaba Luz.

Patrick estaba rebuscando en la moto.

—¿Qué haces? —le pregunté viendo cómo sacaba un pequeño maletín de debajo del asiento.

—Un tío como yo siempre ha de ir preparado. Anda, vamos a salvar a tu chica.

## *Luz*

Ana María volvió a la habitación, yo había intentado moverme, pero había sido en vano, me ardía el cuerpo y cada vez me sentía más desinhibida.

—Ya estoy aquí, se habían equivocado. ¡Mírate cómo estás! Si estás sudando, tienes las pupilas dilatadas y las bragas empapadas... —Me moría de la vergüenza—. No te preocupes, amor mío, que voy a solucionarlo.

Comenzó a desnudarse y yo cerré los ojos, no quería ver lo que iba a sobrevenir, por eso cuando oí un golpe y un grito no entendí qué estaba ocurriendo. Abrí los ojos de nuevo y, como si fuera un milagro, Carlos estaba allí, a mi lado, con cara de preocupación.

—Ya estoy aquí, preciosa, ¿estás bien? —Intenté asentir, pero no pude—. ¡Patrick, algo le pasa, rápido!

Un tipo rubio muy guapo se acercó a nosotros.

—Fíjate en su estado, creo que la ha drogado. —Carlos me acarició la mejilla y yo gemí—. Esto me huele a burundanga, estoy

casi seguro: mírale las pupilas y su estado de excitación. Llévala rápido al hospital, una sobredosis puede ser muy peligrosa, yo me encargo de la loca; con la descarga de tásers que le he metido, dudo que pueda moverse. —Carlos me cargó en sus brazos a pulso—. Ahora mismo llamo a Roldán, no te preocupes, tío, nosotros nos ocupamos.

Mientras estaba entre sus brazos no podía pensar en otra cosa que no fuera en sexo, era una sensación terrible porque no era algo voluntario, gruñía y resoplaba cada vez que sentía su toque. Por suerte, ahora estaba convencida de que todo se iba a solucionar.

En el taxi, caí en un estado de inconsciencia, seguramente debido al té.

Cuando desperté estaba en la cama de un hospital. Carlos estaba sentado en una silla con las manos cruzadas y la cabeza gacha, como si estuviera rezando.

—Ho-hola —susurré con la voz rasposa. Tenía mucha sed y de mi brazo pendía una vía con suero.

Mi poli levantó la cabeza de sopetón y vino hacia mí como alma que lleva el diablo.

—Nena, te has despertado, no sabes lo preocupado que me tenías, no vuelvas a asustarme así en tu vida...

Hice un amago de sonrisa.

—Vamos, agente Jiménez, que no ha sido para tanto. —Intenté quitarle hierro al asunto.

Él me miró desenchajado.

—Llevas dos días inconsciente, peleando por sobrevivir, esa loca te dio una sobredosis que casi te mata y de paso me mata a mí también. No sabes cuánto te quiero, Luz, ¡no vuelvas a hacerme esto, ¿me oyes?! ¡Me niego a que te mueras, es una orden!

No pude evitar soltar una carcajada, aunque sonó como un graznido.

—¿Puedes darme agua? —Con presteza llenó un vaso y me lo acercó a los labios. No sabía cuánta sed tenía hasta que lo terminé por completo.

—Tengo que avisar a todos de que estás bien.

—Espera —imploré sujetándole el brazo. Ahora que me fijaba, tenía unas ojeras muy feas bajo los ojos y unas arrugas de preocupación cruzando su frente.

—¿Qué sucede?

—Dame unos minutos, siéntate a mi lado, por favor. —Carlos se colocó en la cama y yo lo tomé de las manos—. En primer lugar, siento lo ocurrido, tú me dijiste que Ana María no te gustaba, que era una loca, y yo no te hice caso, resultó que ella era quien me dejaba las rosas con las notas.

Me miró intrigado.

—¿Qué notas?

—¿Recuerdas aquella primera vez que te pregunté si me habías dejado una rosa para disculparte? —Él asintió—. Pues no fue la única.

Le conté cómo había estado recibiendo aquellos mensajes, obviamente me riñó por no haberle contado nada, pues toda aquella situación se podría haber evitado si le hubiera advertido de lo que estaba sucediendo. Después le conté lo que me había dicho Ana María en su casa, cómo nos había seguido hasta el barco, mi posterior secuestro; cómo me drogó y sus planes de futuro conmigo.

—Lo siento tanto... No pensé que fuera tan grave y que Ana María fuera capaz de todo lo que hizo.

—Eso ahora no importa, Luz, lo que importa es que estés bien y ella ingresada en un psiquiátrico, que es donde debería haber

estado desde el principio, para que puedan atender su trastorno como merece. Esa mujer tiene un trauma muy *heavy* y ni tú ni nadie podría haberla ayudado como necesitaba, por muchas clases de yoga que hubiera hecho.

En eso estaba de acuerdo, ella necesitaba estar en manos de profesionales como yo pretendía aconsejarle. Ana María era una víctima del monstruo de su padre y, sin darse cuenta, ella misma se había convertido en uno; la terapia sería lenta, pero estaba convencida de que se repondría.

—No es sólo eso. —Necesitaba decirle lo más importante.

—¿Y qué es? —me preguntó preocupado.

—Es que me he dado cuenta de lo poco que te he dicho que te quiero, mientras que tú no has dejado de hacerlo. —Él dulcificó la mirada.

—Eso no importa, pequeña mentirosa, porque aquí —se señaló el pecho— es donde siento tu amor. No necesito los «te quiero» porque el amor es intangible, es un sentimiento tan magnánimo, tan grande que las palabras se quedan cortas. Con tus miradas, tus besos, tus sonrisas y tu cuerpo, me dices todo lo que necesito saber...

Lo detuve:

—Pero es que quiero hacerlo.

—Adelante entonces, soy todo oídos.

Me aclaré la garganta, pues nunca había hecho una declaración de amor.

—Para mí siempre serás aquel capullo que quiso que le hiciera una paja de adolescente y mi deseado Empotrador, que me llevó a una habitación de espejos para que perdiera la virginidad.

—¿Estás segura de que eso es una declaración de amor? —preguntó divertido—. Más bien parecen reproches; además,

recuerda que no sabía que eras virgen.

Sonreí.

—No me interrumpas —lo reñí muy seria, aunque se me escapaba la risa. Intenté centrarme de nuevo—. Has sido mi odioso vecino, el que ha intentado asesinar a mi gato, el que me ha llevado a la ebullición para después largarse en retirada. Has sido policía, escapista, humorista, enfermero y el Lobo Feroz de mis sueños. Porque a veces las mujeres nos equivocamos, creemos en el hombre perfecto y nos olvidamos de que en la imperfección está lo más bello. Eres el hombre que me llena el alma, el que me remueve por dentro como un mar agitado, para envolverme en sus brazos llenándome de calma. Quiero estar siempre a un paso de tus labios, a unos centímetros de tu piel, abrasándome en la intensidad de tus miradas, sabiendo que con sólo estirar los dedos estarás ahí, a mi lado, en un viaje sin retorno a nuestra felicidad. Has resultado ser quien no esperaba, nadie me había preparado para enamorarme de ti y, sin embargo, lo he hecho. Estás aquí, demostrándome con cada gesto y con cada palabra lo mucho que me amas. —Podía ver claramente cómo se estaba emocionando, y yo también—. Nunca voy a arrepentirme por las decisiones que tomé porque ellas hicieron que hoy estés a mi lado y yo pueda ver el reflejo de mis sentimientos en tus hermosos ojos oscuros. Te amo, y por más que pienso no logro encontrar un solo motivo que quiebre mi decisión de querer estar a tu lado el resto de mi vida, porque eso es lo que eres para mí: mi compañero de vida. Te has convertido en la persona más importante de este mundo, con la que no tengo miedo a equivocarme o a tomar una mala decisión, porque sé que estarás ahí para apoyarme. El viento ha decidido empujarnos el uno contra el otro, a veces incluso nos hemos dado de cabezazos, pero eso no ha impedido que me haya visto envuelta en el huracán de



emociones que me has hecho vivir. Aunque me has hecho dudar hasta el infinito, no deseo perder más tiempo, quiero cometer cada locura a tu lado, tú me enseñaste a flotar sobre las olas, a verme a través de tus ojos, a amarme cada día un poquito más; me has ayudado a cumplir mi sueño, a descubrir quién quería ser y, en definitiva, me has enseñado a amar sobre todas las cosas, pues cuando te miro es eso lo que veo: el hombre al que amo.

Cuando terminé sentí como si la cuerda que constreñía mi corazón siguiera haciéndolo. Pensaba que me sentiría aliviada, pero no fue así, era como si me faltara algo. Carlos me miraba muy quieto, como si analizara lo que le había dicho y lo estuviera digiriendo. ¿Lo habría asustado? ¡No, por favor, que no se me acojone ahora por mi intensidad! Eso era lo que me faltaba, que dijera algo tras mis palabras, ¿y si lo había distanciado con todo lo que había soltado? «Si es que no doy una...»

—¿Estás bien? Si crees que ha sido demasiado, bórralo de tu mente. —Vi que sacaba el móvil y se ponía a trastearlo. «¿En serio?»—. ¡Carlos, ¿quieres decir algo?!

—Chiss —me mandó callar. Luego vi cómo pulsaba la pantalla y entraba en la aplicación de grabar audio—. ¿Puedes repetirlo todo desde el principio omitiendo la parte del capullo? Es para que, cuando llevemos unos cuantos años casados y me estés pegando la bronca por dejar la tapa del váter levantada, la pasta de dientes abierta o los calzoncillos en el suelo del baño, recuerdes lo que dijiste hoy en esta habitación.

Sonreí de oreja a oreja y le di un golpe con la mano donde no tenía puesta la vía.

—Es usted un capullo, agente Jiménez, ¿y qué es eso de casarse?

Me tomó el rostro con una sonrisa dibujada en el suyo.

—Pero soy tu capullo, y casarnos es lo que haremos antes de que cambies de opinión y me veas todas las taras, que son muchas. No pienso esperar a Navidad para prometerme contigo, tus padres están en la sala de espera y te juro que no se vuelven a Villapene sin la promesa de que el verano que viene tú y yo seremos marido y mujer.

No había nada en este mundo que me hiciera más ilusión que convertirme en su esposa.

—Pero para eso tendré que decir antes que acepto, ¿no?

—Créeme que lo harás: voy a follarte tanto que vas a perder el juicio y no podrás pensar en otra cosa que en tenerme en tu cama para ti el resto de tu vida. —Fue a besarme, pero puse un dedo entre sus labios y los míos.

—Lo que siento por ti es puro, sincero y cien por cien pervertido, pero creo que debemos hablar del tema sexual.

Me miró con extrañeza.

—¿Por qué? Creo que te he demostrado sobradamente que en ese aspecto funcionamos más que bien.

—Le hice una promesa a Dios —anuncié con solemnidad.

—¿Una promesa? ¿Qué promesa?

—No tardarás en averiguarlo.

Y vaya si lo averiguó...

## Epílogo

*Carlos*

*Camino de O Pedrouzo a Santiago de Compostela,  
dos meses y medio después*

—Te juro, Luz, que ésta me la pagas, en cuanto lleguemos a Santiago pienso ponerte del revés... —Y yo que lo estaba deseando—. Encima, no has dejado de provocarme todo el puñetero camino con eso que llamas pantalón corto y que debería estar prohibido para evitar que un simple mortal como yo tenga toda la sangre acumulada en un maldito punto...

Caminaba delante de él exagerando mi movimiento de caderas, como si fuera la hermana perdida de la Kardashian, pues poco le faltaba a mi pandero para tener el mismo tamaño. Sabía exactamente el efecto que causaba en mi poli y me encantaba la sensación de empoderamiento que sentía.

Habíamos decidido pasar nuestras vacaciones haciendo el Camino de Santiago los tres. Sí, sí, los tres: Carlos, *Lucifer* y yo. No me había vuelto loca, hay gente que se lleva a su perro, ¿por qué no iba a hacer lo mismo con mi gato? Además, a *Lucifer* le encantaba corretear, para mí que tenía algún gen perruno extraviado.

Carlos y él habían logrado limar asperezas, cabe decir que mi poli lo había sobornado a base de latas gourmet y pescado fresco, además, que prometió buscarle una compañera sexy y guapa, si se portaba bien; era imposible que mi gato se resistiera a eso, porque

*Lucifer* era un felino, pero para nada tonto. Era muy divertido verlos a ambos sentados frente al ordenador mientras Carlos le enseñaba lo que para él eran fotos de gatas sexys, escucharlo no tenía desperdicio: «Mira, *Lucifer*, menudo pelazo tiene ésa... ¿Y la blanca?, ¿qué me dices de esos ojazos azules? Espera, espera, fíjate en la atigrada..., cómo saca la lengua, ésa seguro que te hace un buen lavado...». Yo no podía evitar carcajearme a escondidas, aunque parecía que se entendían a la perfección: cuando *Lucifer* maullaba, Carlos la preseleccionaba, había dicho que iba a montarle una *speed date* como Dios mandaba, me moría de ganas de verlo. Llevábamos todo julio y agosto conviviendo y sin consumir. Creo que ésa fue la parte más difícil de nuestra convivencia. Hasta septiembre mi poli no tenía vacaciones, así que la cosa estaba complicada con lo de mi promesa a Dios.

Yo había dejado todos mis trabajos, excepto el de fotógrafa. Lo cierto es que el de vendedora de seguros de decesos no me había costado nada dejarlo. Mi jefe insistió en que lo pensara, pues finalmente había logrado convertirme en la vendedora estrella del mes gracias a los taxistas, que no dejaban de llamar, incluso abrieron un producto nuevo para ellos de decesos de colectividades. Pero, aunque fuera así, lo de las pólizas para muertos no era lo mío.

Ahora, en vez de dar clases de yoga, iba al gimnasio con Carlos de alumna, acudíamos juntos a clase y así tenía mucho más tiempo libre. No obstante, desde que se había corrido la voz sobre mi nueva ocupación comenzaron a lloverme ofertas. He de decir que en gran parte gracias a mi prima y sus contactos.

Jud me había creado una web maravillosa, me había dado un curso acelerado de cómo gestionar las redes sociales para conseguir más seguidores, o, mejor dicho, *followers*. Estaba convencida de que los trabajos que había realizado para la última

colección de moda de Ilke y la nueva línea cosmética de Akiko iban a abrirme muchas puertas. Mi nombre comenzaba a coger peso gracias a ellas, y eso nunca iba a poder olvidarlo.

Por las noches iba al Black Mamba, nunca me imaginé que pudiera hacer unas sesiones tan *hot*, y mucho menos las enormes sumas que algunos clientes estaban dispuestos a pagar por tener plasmados sus encuentros más tórridos. Debo decir que encontrarme en medio de esas sesiones tan calientes no ayuda demasiado en mi promesa de castidad.

El pobre Carlos lo llevaba fatal y yo, no mucho mejor. Si teníamos en cuenta que en el piso hacía un calor asfixiante, pues había sido uno de los veranos más calurosos de los últimos años, que no podíamos más que ir ligeros de ropa mostrando nuestra carne al otro sin pudor, no era de extrañar que alguna que otra caricia se nos hubiera escapado, aunque las contuvimos como pudimos. El muy canalla de mi poli decidió que mi promesa había sido demasiado, así que añadía leña a la tortura quedándose en pelotas delante de mí justo después de tomar una ducha, con aquellas gotitas de agua lamiéndole el cuerpo como yo habría deseado. Cuando le pedía que se cubriera se reía y me decía que le gustaba secarse al aire, que había leído en una de esas revistas que a mí me gustan que en verano era lo mejor. Intenté advertirle que hablaban del pelo por los efectos nocivos del secador, y entonces me rebatía diciendo que los hombres tienen pelo en todo el cuerpo, aunque él se depilara.

En fin, que ante mi amenaza de morir en combustión intercedió por mí para pedirle a Patrick que me dejara librar dos semanas en septiembre, justo las que él tenía de vacaciones, así podríamos cumplir con mi promesa y terminar con aquella maldita purga que nos había autoimpuesto.

Mi cuñada Lucía fue otro cantar. Después de lo del viaje, se cerró en banda respecto a lo sucedido con Mino. No quiso hablar al respecto, ni conmigo ni con Carlos, y si lo hizo con su hermano a escondidas, a mí no me dijeron nada.

Sin lugar a dudas, algo ocurrió en Formentera, y de lo que ocurre en Formentera una no se entera. Me supo mal haberla metido en algo que igual no estaba preparada para sobrellevar, sobre todo teniendo en cuenta su pasado.

Pero, como decía Jud, a lo hecho, que no te vaya estrecho, porque puedes reventar la costura y que te salga toda la ranura. Uno no puede quedarse estancado en el pasado ni abstraído en el futuro pensando en lo que sucederá. Uno debe vivir el presente si no quiere perderse lo que la vida le ofrece delante de sus narices; así que yo iba a vivir el mío.

—Vamos, quejica, que ya no nos queda casi nada, estamos en la etapa final.

—La etapa final es la que te voy a dar yo en cuanto pisemos el hotel, te voy a dejar el Pokémon al rojo vivo.

Solté una carcajada, aunque no estaba segura de quién tenía más ganas de pisar la habitación.

Habíamos elegido el llamado «Camino primitivo», eran trescientos veintiún kilómetros desde Oviedo hasta Santiago.

Cuando llegamos a la provincia de Lugo hicimos una parada más larga, ya que aprovechamos para visitar a mis padres.

Carlos hizo la pedida de mano oficial, con pedrusco incluido, mi madre organizó una cena familiar a la que acudió hasta la tía Elvira. Carlos bromeó con ella y le pidió su hierro de marcar a los cerdos, arrancando las risas de mi familia. Anunciamos que la boda se celebraría en junio y que habíamos elegido mi preciosa aldea como

lugar del enlace, la parroquia que me había bautizado sería la misma donde le daría el «sí, quiero» a Carlos.

Todos se pusieron locos de contentos, mi madre se emocionó y no podía más que llorar y decirle a Carlos que era el mejor yerno que podría haber soñado.

Al día siguiente, para celebrar la incorporación oficial de mi poli a la familia, papá lo llevó de pesca, y después todos comimos las truchas ahumadas que Carlos cocinó, incluso yo, que odiaba ese pescado, tuve que reconocer que estaban deliciosas. Me sentía muy feliz de haberlo elegido a él y no haberme equivocado con Mino, del que ya no volví a saber nada.

Acabábamos de salir del pueblo de Lavacolla, cruzamos la N-634a y cogimos el desvío a Villamaior. En apenas cien metros estaba el río Sionlla, conocido como arroyo de Lavacolla. Un lugareño nos dijo que ése era el lugar elegido antiguamente por los peregrinos para despojarse de sus sucias vestimentas y lavarse antes de llegar a Santiago. Como todavía nos quedaban diez kilómetros para llegar, decidimos parar para descansar y comer.

Era un lugar idílico, completamente verde. Bajo un gran árbol dejamos nuestras mochilas. Era el lugar ideal donde poder comer y dejar que *Lucifer* correteara entre los matorrales, igual que hacía en Collserola.

Lo soltamos del arnés especial que le habíamos comprado para el viaje y Carlos se dispuso a jugar con él, lanzándole el ratón de goma.

Por mi parte, me puse a buscar la comida que había preparado en el albergue, desplegué la manta bajo el árbol para que estuviéramos cómodos; por suerte, daba mucha sombra. Hacía bastante calor y habíamos andado un buen trecho a pleno sol, tal vez pudiéramos refrescarnos un poco en el río.

Oía las risas de Carlos animando al gato una y otra vez a que le trajera su muñeco. Cuando ya lo tuve todo dispuesto anduve hasta él y lo cogí por detrás, metiendo las manos debajo de su camiseta para palpar esos cuadraditos que ya querría para sí Suchard.

—¿Qué haces, provocadora?

Apoyé la pelvis contra su redondo trasero.

—Comprobar que todo sigue en su sitio —advertí recorriendo el espacio que delimitaba cada tremendo cuadradito humedecido por el calor. Mmmmmm, lo que me habría gustado saborear una porción de *Carloslate*.

—Pues entonces creo que tus manos deben ir más hacia el sur, donde te cerciorarás de que definitivamente mi miembro no está en su sitio. —Me tomó las manos y las llevó a su paquete.

¡Menudo calor! ¡Y qué duro estaba! Ya casi ni recordaba lo que se sentía al tenerlo dentro.

—Pues yo la noto muy bien —bromeé. Me estaba costando un mundo no seguir frotándole esa enorme dureza. Le había prometido a Dios que no tendría sexo, pero no había dicho nada de no poder hacer comprobaciones para ver si todo estaba en orden.

—Si sigues moviendo las manos de ese modo, vas a comprobar que su sitio correcto es entre tus piernas, aunque eso me suponga repetir el Camino desde el principio para que Nuestro Señor vuelva a expiarnos.

Yo seguí sobándolo.

—¿Harías eso por mí?

Se volvió para atrapar mis labios y devorarlos con voracidad.

—Haría eso y mucho más, pero sobre todo para proteger mi hombría y que finalmente no se me gangrene... No sabes lo mal que lo estoy pasando, pequeña mentirosa.



—Créeme si te digo que yo estoy igual. —Froté mi sexo contra el suyo.

—¡Joder, Luz, ya podrías haber prometido algo más fácil y menos doloroso!

Le lamí el cuello.

—Era un momento extremo, y en situaciones extremas se hacen promesas extremas.

—Y tan extremas..., mira cómo me tienes. —Empujó las caderas contra las mías y yo gemí.

—Será mejor que paremos, no quiero que nos detengan por escándalo público, ni volver a comenzar la caminata por diez míseros kilómetros.

—En eso estoy de acuerdo.

Nos separamos y Carlos volvió a darse la vuelta para coger el ratón y lanzarlo a lo lejos.

—Luz —me llamó mientras yo estaba obnubilada contemplando su trasero.

—¿Sí?

—No te asustes, ¿vale?, pero creo que al gato le pasa algo. — ¿Cómo que le pasaba algo? Me puse a su lado—. ¡Ay, Luz, que creo que es un infarto, que a *Lucifer* le ha dado un infarto! ¡*Lucifer*! —le gritó—. ¡*Lucifer*! —Nada, la mancha gris que había en el prado no se movía, me entró el pánico—. ¡*Lucifer*, no te preocupes, que ya voy!

Vi cómo salía a la carrera para lanzarse en plancha sobre él, sentí el corazón en un puño. Mi prima ya me había dicho que lo dejara con ella, que no me lo llevara, que eran demasiados kilómetros para el gato; total, iba a estar en mi piso, pues ella y Queeny no habían arreglado las cosas. Pero nada, yo no le había

hecho caso y ahora mi pobre pequeño se debatía de nuevo entre la vida y la muerte.

Carlos ya lo había alcanzado. Se levantó con lentitud dejándolo en el suelo. Ni siquiera lo había cogido; me esperé lo peor. Carlos se dio media vuelta dejándolo allí, con el ratón en las manos y la mirada cabizbaja. No pude más y eché a correr gritando como una posesa:

—*¡Lucifer, Lucifer!* —Carlos me cogió sin dejar que llegara al lugar—. ¡Déjame, déjame! —le grité aporreándole el pecho.

—Luz, tranquilízate, es mejor que no vayas.

—¿Que no vaya? ¿Acaso estás loco? ¿Pretendes que abandone a mi gato muerto en medio del prado y no le dé siquiera un entierro digno? No creía que tuvieras tan poco corazón —seguí parloteando nerviosa, a punto de romperme en mil pedazos—. Pensaba que lo querías, que os habíais hecho amigos, ¡si hasta le estabas buscando novia...!

—Haz el favor de tranquilizarte, no es lo que parece.

—¿Es que el sol te ha afectado al cerebro? ¿Cómo no va a ser lo que parece? ¡Mi gato ha muerto!

—No es lo que parece porque no es *Lucifer*, sino una bolsa de basura. ¡Joder, Luz, me confundí y me daba vergüenza decírtelo!

Carlos estaba todo rojo, yo no podía creer lo que me decía hasta que fijé la vista sobre la mancha gris, que vista más de cerca sí que tenía pinta de plástico.

—¿Cómo? —le pregunté todavía desencajada.

—Mira allí —dijo señalándome la manta.

Allí estaba *Lucifer*, con la pata levantada y la lengua en sus partes nobles, encargándose de un buen aseo mientras, nosotros hacíamos el canelo pensando que había muerto. No sabía si echarme a reír o a llorar, finalmente opté por la primera opción.

Carlos y yo prorrumpimos en carcajadas, fueron tantas que la mandíbula nos dolió durante días.

Esa anécdota iba para nuestra lista de cosas absurdas para contar a nuestros nietos, que sería algo así como: «Entonces ¿el gato no había muerto?» «No, pequeñ@, el gato estaba tan tranquilo, mientras tu abuelo intentaba hacerle el boca a boca a una bolsa de basura».

Si es que nuestra vida daba para un libro, así que justo eso nos pusimos a hacer al regresar de nuestro viaje a Santiago.

Cada día, tras saciar nuestros instintos más primitivos, tomábamos nuestro cuaderno de viaje, el que iba a contar la mayor aventura jamás escrita: la nuestra. Algunas veces estaría narrada por mí y otras por él, para que no se dijera que mi opinión era la única que contaba, sino la de los dos.

Cada día escribiríamos un capítulo para que, cuando nuestra memoria fallara con el paso del tiempo, nunca se nos olvidara el amor que nos tuvimos.

Algún día nuestros hijos o nuestros nietos averiguarían cómo mi soñado Empotrador rompió algo más que el «techo del amor».

## Agradecimientos

Cuando empecé con esta aventura no tenía muy claro hacia dónde me iba a llevar, sólo sabía que era el momento de cumplir aquel sueño que llevaba postergando demasiado tiempo y que había llegado el momento de llevar a cabo.

Nunca imaginé que ese sueño crecería hasta llevarme de la mano de Esther Escoriza a publicar mi primer libro, bajo el sello de Esencia, con Editorial Planeta.

Así que gracias, Esther, por ayudarme a que aquella niña de dieciséis años que fantaseaba con ser escritora cumpla por fin la ilusión de su vida y pueda ver su libro en la estantería de una librería.

Gracias a los que no me frenaron, sino que me empujaron a que escribiera. A los que me alentaron desde la primera página sin cuestionar por qué y sólo me decían «adelante».

Gracias a mi familia, a mi marido y a mis hijos, que son capaces de sonreír aunque me vean pocas horas al día, que sacrifican parte de nuestra vida para que yo escriba, sin un reproche y con muchas palabras de ánimo. Gracias por hacerme las cosas tan fáciles.

A mis chicas, mi equipo de lectoras cero que son como una familia, porque aunque seamos muy distintas nos queremos mucho y eso nada lo va a cambiar.

Laura Duque, Nani Mesa y Esmeralda Fernández, sois el mejor equipo que una autora pueda tener. Gracias por acompañarme en esta gran aventura, sois mágicas.

A mi gallega Leti la Leti, a quien di la brasa con los términos utilizados en este libro, sabes que este libro lleva algo de tu esencia y siempre será así.

Gracias a Carol RZ, Tania Espelt, Verónica Naves, Yolanda García, Mila Parrado, Tania Lighlin-Tuker, Kathy Pantoja, Marisa Guillén, Sonia Martínez y Flavia Farias. Sé que siempre puedo contar con vosotras, chicas, sois muy grandes.

A Soraya, por ese café después del cole que inspiró el encuentro de Luz y Carlos. Sabes que sin ti este libro no existiría. Gracias, morena.

A las páginas de Facebook, *bloggers* y administradoras, que nos ayudan tanto a las autoras a promover las obras sin pedir nada a cambio. Infinidad de gracias por contribuir al mundo de la literatura.

A todas las personas increíblemente maravillosas que me ha ofrecido este mundo literario, sabéis quiénes sois; algunas estáis muy lejos, pero a todas os llevo en el alma.

Y, en definitiva, a todas mis adictas, a las que me leéis, a las que dais una oportunidad a esta soñadora para que os haga desconectar, reír y viajar a través de sus historias. Sois muchas, pero cada una de vosotras se lleva un pedacito de mí en cada libro; espero conseguirlo también con éste. Os quiero.

## Referencias a las canciones

*La cintura*, Airforce1 Records Release, interpretada por Álvaro Soler.

*La gozadera*, Sony Music Entertainment US Latin LLC / Magnus Media LLC, interpretada por Gente de Zona y Marc Anthony.

*A quién le importa*, Parlophone Music Spain, S. A., interpretada por Alaska y Dinarama.

*Déjala que baile*, Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Melendi, Alejandro Sanz y Arkano.

## Biografía



Nací en Barcelona un 17 de noviembre de 1978. Dicen que escorpio es uno de los signos más apasionados del zodiaco, tal vez por eso me he decantado por la romántico-erótica a la hora de escribir mis novelas.

Casada, con dos hijos y millones de musas revoloteando en mi cabeza, divido mi tiempo entre mi trabajo como *club manager* en una instalación deportiva, mis pasiones, que son leer y escribir libros, y, por supuesto, mi familia.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

en el Grupo de Facebook [Rose Gate adictas](#)

Facebook [@ROSAGATEBOOKS](#)

Twitter [@rosegatebooks](#)

Instagram [@rosegatebooks](#)

# Notas



1. *Simpa*: irse de un establecimiento, tras haber consumido, sin pagar.

1. *Que vergonza!*: «¡Qué vergüenza!», en gallego.

2. *Este mozo estache ben bo, de toma pan e molla*: «Este chico está muy bueno, de toma pan y moja».

1. *Mixiriqueira*: «Quejica».

2. *Rexoubona*: «Criticona».

3. *Monicreque*: «Flojo».

*Si caigo en la tentación, que parezca un accidente*  
Rose Gate

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Viktor Prymachenko y Tomertu, Shutterstock

© Rose Gate, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-08-22268-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**

